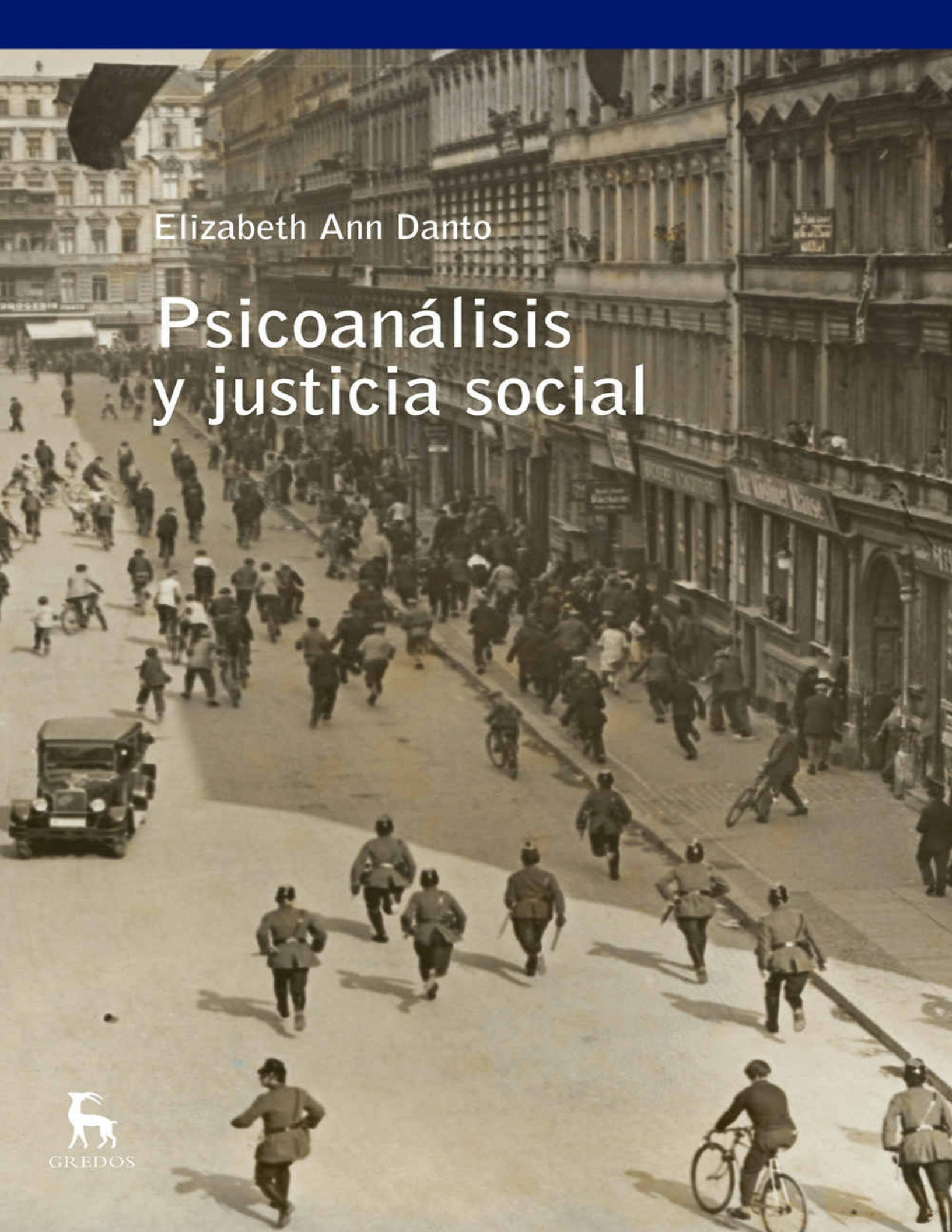




Elizabeth Ann Danto

Psicoanálisis y justicia social

Título original: *Freud's Free Clinics. Psychoanalysis*

© Elizabeth Ann Danto, 2005.

© de la traducción: De la traducción: Rosalba Zaidel Berger, 2013.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: GEBO512

ISBN: 9788424938246

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN «LA CONCIENCIA DE LA SOCIEDAD»

PRIMERA PARTE. 1918-1922: LA SOCIEDAD DESPIERTA

1918. «EL TRATAMIENTO SERÁ GRATUITO»

1919. «EL POLICLÍNICO SE ABRIRÁ EN EL INVIERNO»

1920. «LA POSICIÓN DEL MISMO POLICLÍNICO COMO CUARTEL GENERAL DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO»

1921. «DEBERÍA EXISTIR UN AMBULATORIUM PARA EL TRATAMIENTO PSÍQUICO EN SENTIDO EXTENSO»

1922. «UN AMBULATORIUM PSICOANALÍTICO EN VIENA»

SEGUNDA PARTE. 1923-1932: LOS AÑOS MÁS GRATIFICANTES

1923. «ESTA AYUDA DEBERÍA ESTAR DISPONIBLE PARA EL GRAN PÚBLICO...»

1924. «EL HONOR PROCEDE DEL PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA»

1925. «UNA CÁLIDA SIMPATÍA ANTE EL DESTINO DE ESTOS DESAFORTUNADOS»

1926. «AUNQUE AUSENTE EN LA APERTURA DE LA CLÍNICA, ESTOY CON VOSOTROS EN TODO»

1927. «ES DE VALOR ESPECIAL EN LA PROMOCIÓN (DEL PSICOANÁLISIS) EL ESTABLECIMIENTO DE INSTITUTOS Y CLÍNICAS PARA EL TRATAMIENTO AMBULATORIO»

1928. FREUD «SABÍA EXACTAMENTE CÓMO ERAN LAS COSAS EN EL MUNDO. PERO, ANTES DE PODER SALIR FUERA DEBÍA SABER QUÉ HABÍA DENTRO»

1929. «EL MISMO GRUPO DE PACIENTES QUE PRECISA NUESTRO TRATAMIENTO CARECE DE RECURSOS»

1930. «LOS ANÁLISIS GRATUITOS O DE BAJO COSTE (FUERON) AL MENOS UN PEQUEÑO COMIENZO»

1931. «COMO CONCEJAL SOCIALDEMÓCRATA, EL DOCTOR FRIEDJUNG HA FAVORECIDO NUESTROS INTERESES COMO PSICOANALISTAS»

1932. «LOS SOLICITANTES MASCULINOS DE TRATAMIENTO (ERAN) MÁS NUMEROSOS REGULARMENTE QUE LAS MUJERES»

TERCERA PARTE. 1933-1938: CONCLUSIÓN

1933. «EL POLICLÍNICO PSICOANALÍTICO DE BERLÍN... LLEGÓ A SU FIN»

1934. «EL PSICOANÁLISIS (COMO) EL GERMEN DE LA PSICOLOGÍA MATERIALISTA DIALÉCTICA DEL FUTURO»

1935. «UN SEMINARIO ESCRITO DE PSICOANÁLISIS MARXISTA SOBRE NIÑOS»

1936. «EL PSICOANÁLISIS SOCIAL»

1937. «FUE UNA ÉPOCA TRAUMÁTICA Y DESPUÉS HABLAMOS POCO DE ELLA»

1938. «EL DESTINO DEL PSICOANÁLISIS DEPENDE DEL DESTINO DEL MUNDO»

BIBLIOGRAFÍA.

NOTAS

PARA PAUL

No somos los primeros
que con la mejor intención hemos logrado lo peor.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*

AGRADECIMIENTOS

Las personas y las instituciones sin las cuales este libro sencillamente no existiría, forman una extensa y generosa lista y les estoy profundamente agradecida.

El decano James Blackburn y la presidenta Jennifer Raab han dado un gran impulso al Hunter College School of Social Work pues, junto con los estudiantes y la facultad, hacen que la Ciudad Universitaria de Nueva York sea un lugar excepcional para enseñar y escribir.

Me honra haber recibido el apoyo en la investigación del TIAA-CREF (2004), del DAAD/German Academic Exchange Service (2002), del Eugene Lang Junior Faculty Development Award del Hunter College (2000), el Incentivo a la Enseñanza e Investigación del presidente del Hunter College (1999), el Fondo para la Investigación del Archivo del Centro Rockefeller (1999, y la beca de la American Psychoanalytic Association durante 1998-1999. Le agradezco a Robert Buckley del Hunter College su brillante administración de estas concesiones.

Entre los documentalistas y bibliotecarios, pilares de este libro, quiero agradecer a Nellie Thompson y a Matthew von Unwerth de A. A. Brill Archives del New York Psychoanalytic Society and Institute; a Sanford Gifford del Boston Psychoanalytic Society and Institute los artículos de Helene y Felix Deutsch y de Grete y Edward Bibring; a Thomas Rosenbaum del Rockefeller Archives Center la ayuda con los documentos del Rockefeller Brothers Fund, los artículos de Laura Spellman Rockefeller, los Rockefeller Foundation Archives, y el Commonwealth Fund; a Rachel Vigneron su ayuda con las *Rundbriefe* de Otto Fenichel en la Biblioteca del Austen Riggs Center, Stockbridge, Massachusetts; a Marvin Krantz el acceso a Sigmund Freud Archives y los artículos de Anna Freud, Siegfried Bernfeld, Otto Fenichel y Muriel Gardiner en Manuscript Collections, Library of Congress, Washington D. C.; a Eckhardt Fuchs del German Historical Institute, Washington D. C.; a Stephen Novak por el acceso a la biblioteca personal de Sigmund Freud, Biblioteca del Colegio de Médicos y Cirujanos, Columbia University; también a los artículos y transcripciones de Otto Rank del Oral Histories of the Psychoanalytic Movement por Bluma Swerdloff en la Rare Book and

Manuscript Collection, Columbia University Libraries; a Jerome Kavka del Chicago Institute for Psychoanalysis los artículos de Therese Benedek y Franz Alexander; a Ellen M. Shea los artículos de Edith Banfield Jackson en la Schlesinger Library, Radcliffe Institute for Advanced Study, Harvard University; al New York Historical Society las actas del NY State Board of Charities; a Mary Boyd Higgins del Wilhelm Reich Infant Trust; a Dianne Spielmann del Leo Baeck Institute en la ciudad de Nueva York; a los archivos del Sophia Smith Collection, Smith College School of Social Work, Northampton, Mass.; a Lesley Hall los artículos de Melanie Klein del Wellcome Institute for the History of Medicine, Londres; a Riccardo Steiner, Polly Rossdale y el Committee on Archives del British Psycho-Analytic Society (Londres) los artículos de Ernest Jones; a Michael Molnar del Freud Museum en Londres; a Tom Roberts del Sigmund Freud Copyrights/Paterson Marsh Ltd., UK; a Robert Elwall los archivos de Ernst Freud, Royal Institute of British Architects, Londres; a Winfried Schultze del Universitätsarchiv de la Universidad Humboldt en Berlín; a Inge Scholz-Strasser y Christian Huber de los archivos de la Fundación Sigmund Freud, Viena; a Helmut Gröger del Josephineum Institute for the History of Medicine, Viena; a Gregor Pickro del Budesarchive en Koblenz, Alemania; a Johanna Bleker, Thomas Mueller y Cornelius Borck del Center for the Humanities and Health Sciences, Institute for the History of Medicine en Berlín; y a Philip Swan, Tanya Manvelidze y Norman Clarius de las Hunter College Libraries. Muchos de estos amables hombres y mujeres también son historiadores, psicoanalistas, asistentes sociales y médicos, y a todos ellos les agradezco su inestimable ayuda y orientación.

Agradezco a Martin Bergmann, Jean-Luc Donnet, Judith Dupont, Solange Faladé, Sanford Gifford, Pearl King, Eva Laible, Else Pappenheim, al difunto George Pollock, la difunta Helen Schur, Lou T. Seinfeld, Robert Stewart, Bluma Swerdloff, Mary Weigund, y al difunto Joseph Wortis que amablemente aceptaron que grabara sus recuerdos.

Algunos fragmentos de este libro los he presentado en encuentros de la American Association for the History of Medicine, la Society of the History of Science, el Hagley Museum for the History of Science and Technology, el Council on Social Work Education, la International Association for the History of Psychoanalysis, el Richardson Seminar on the History of Psychiatry, el Ad Hoc Committee on Community Clinics de la American Psychoanalytic Association, y el Austen Riggs Center. En forma de artículo-En forma de artículos se han publicado selecciones en *Psychoanalytic Social Work*, en el

Journal of the American Psychoanalytic Association, y en el *International Journal of Psychoanalysis* (IJP).

Mis amigos formaron un alegre y amable grupo de apoyo animándome mientras trabajaba con cada parte del manuscrito. Entre la maravillosa comunidad de lo que llamo la República Popular de Fifth Street, una comunidad que forma la triple hilera de pequeños edificios con altos portales en el East Village, algunos como Lucinda, Steven, Arie, y Ni y LiMing se mudaron; otros como Heide, Doug y Zeke o Ticia y Oscar o Kathryn y Margaret manzana abajo, o Monica y Abe, los Goyal, Lisa y su familia de músicos, Marva, Joseph, AJ, Romy, Hayes, Lydia, Judy, David, Mark,... Son tantos que no puedo nombrarlos, pero les estoy agradecida a todos. También estoy en deuda con Ruth Sidel, Anne Talpain, Norma Tan, Janet Becker, Eve Golden, Clark Sugg, y Ruby y Kevin Eisenstadt. Por su ayuda con las traducciones y becas, agradezco a Hede Estes, Janna Schaefer, Paul Werner, Louise Crandall, Theresa Aiello, George Franks, Mimi Abramovitz, Barbara Levy Simon, Alain de Mijolla, y Craig Tomlinson. De la Columbia University Press doy las gracias a John Michel por animarme y a Susan Pensak por su perspicacia editorial. Los errores sobre los hechos o las interpretaciones en las traducciones, así como en el material histórico solo pueden atribuirse a mi responsabilidad.

Provengo de una familia de escritores y, por este legado, quiero agradecer a mi padre, Arthur C. Danto, a mi suegra, Vivian L. Werner y a mi difunta madre, Shirley Rovetch Danto. Doy las gracias también al resto de los miembros de la extensa familia a lo largo y ancho del país.

Paul Werner, mi riguroso, agudo y sofisticado marido, contribuyó a este libro no solo con tres lecturas críticas, sino también haciendo que sea lo que es hoy. Sé que un amor así es excepcional y me siento afortunada.

INTRODUCCIÓN

«LA CONCIENCIA DE LA SOCIEDAD»

En la Viena de la década de 1920 y principios de la de 1930, los médicos que estaban muy ocupados, como Sigmund Freud, podían entregar un *Erlagschein*, un vale, a un paciente, posible o habitual, para que lo utilizara como una forma de pago a otro doctor. Los *Erlagschein* a menudo se imprimían con elegancia en un papel naranja pálido, con tipografía clásica, y carecían de una numeración propia, pues iban asociados especialmente a los depósitos bancarios y al cheque personal. Los vales atraían prácticamente a todos en la comunidad psicoanalítica de la ciudad ya que los terapeutas privados podían endosar un *Erlagschein* a una clínica como garantía para canjear (en efectivo o en tiempo) las horas de tratamiento que normalmente se donarían en persona. Sigmund Freud endosaba *Erlagscheine* de doscientos a cuatrocientos chelines regularmente a la clínica gratuita de los psicoanalistas de Viena, conocida como Ambulatorium.

En 1918, justo dos meses antes del armisticio, Freud había congregado a los psicoanalistas reunidos en Budapest en su quinto congreso internacional para poner en marcha estas instituciones: «sanatorios o lugares de consulta [...] estos tratamientos serán gratuitos [...]. El pobre no tiene menos derechos a la terapia anímica que los que ya se le reconocen en materia de cirugía básica», afirmaba, abrazando la nueva retórica de la socialdemocracia austríaca. «Puede pasar mucho tiempo antes de que el Estado sienta como obligatorios estos deberes [...] es probable que sea la beneficencia privada la que inicie tales instituciones».¹

Estas ideas, como todos los proyectos psicoanalíticos de Freud, evidencian una interesante tensión entre la teoría psicológica y la práctica terapéutica. Mientras que su teoría perseguía estar más allá de la historia como una ciencia fáctica, la práctica clínica de Freud se adhería a la ideología política socialdemócrata que predominó en Viena después de la Primera Guerra Mundial. Cuando los psicoanalistas del círculo de Freud abrieron el Ambulatorio para adultos, niños y familias que requerían tratamiento externo de salud mental en mayo de 1922, el carácter de la socialdemocracia y sus instituciones

de bienestar social ya habían calado tanto en la ciudad de origen de Freud, que su clínica era solo una entre muchos otros servicios gratuitos. Y Viena no era ni la primera ni la única ciudad donde establecer una clínica psicoanalítica. En esos años de modernismo emergente, las expresiones de conciencia social de Freud inspiraron la creación de una cadena de al menos doce clínicas cooperativas de salud mental al menos, desde Zagreb hasta Londres.² Mucho más tarde, en 1935, Freud aún escribía que «con sus propios recursos, estos grupos locales costean institutos donde se imparte la instrucción en el psicoanálisis de acuerdo con un plan didáctico unitario, y donde tanto analistas experimentados como principiantes ofrecen tratamiento ambulatorio gratuito a personas necesitadas». ³ Las décadas siguientes vieron desplegarse la práctica del psicoanálisis en consultas sencillas, caso por caso, en divanes donde inadvertidamente la teoría planeaba sobre los avatares clínicos. Entre 1918 y 1938, el psicoanálisis no era un tratamiento inaccesible para la población trabajadora, ni estaba estructurado rígidamente, ni se prolongaba excesivamente.

Al menos una quinta parte del trabajo de la primera y segunda generación de psicoanalistas fue para ciudadanos indigentes. Esto hizo que el psicoanálisis fuera accesible para estudiantes, artistas, artesanos y maestros de escuelas públicas. La idea de Freud influyó en practicantes y estudiantes de medicina de tal manera que conseguían financiar su aprendizaje atendiendo a pacientes sin coste. Médicos e intelectuales establecidos trataban a niños con problemas y a sus madres, o a adolescentes delincuentes y a personas con enfermedades psicosomáticas, desde asma hasta epilepsia, que de otra manera no habrían podido sufragar un tratamiento. La naturaleza relativamente sencilla de este intercambio, combinado con la amplitud de miras de la cultura política de entreguerras, marcaba una pauta que permitía a la gente de mundos sociales francamente opuestos encontrarse en la sala de espera de un psicoanalista. Incluso entre analistas que aparentemente evitaban la política, la práctica en una clínica gratuita reflejaba implícitamente un compromiso cívico con el bienestar humano. Helene Deutsch, miembro activo del círculo cercano a Freud que estuvo a cargo del Instituto de Enseñanza de la Sociedad Psicoanalítica de Viena después de residir en Berlín entre 1923 y 1924, hablaba por su generación. El «revolucionismo», escribió en su historia de la segunda generación de psicoanalistas, era «un espíritu de reforma [...] (que) nunca puede ser definido simplemente a través de su aplicación social. Es un atributo de los individuos que se lanzan a todo lo que se forma, se gana, se consigue de un modo nuevo». ⁴

Desde 1920 hasta 1938, en diez ciudades y siete países, la generación activista de psicoanalistas creó centros de tratamiento gratuito. Freud había hablado «en parte como profecía y en parte como desafío», dijo Max Eitingon, el psicoanalista cuya riqueza y talento administrativo hicieron posible la primera clínica en 1920, el Poliklinik de Berlín. Las innovaciones del Poliklinik incluían directrices sobre la extensión del tratamiento, análisis fragmentario (tiempo limitado), y, por supuesto, tratamiento gratuito. Fue allí donde primero se debatió formalmente sobre el análisis infantil y se estandarizó la educación psicoanalítica. En Viena, el dilema de cómo abrir una clínica psicoanalítica sin ofender necesariamente al estamento psiquiátrico conservador dependió de la habilidad diplomática de Eduard Hitschmann, amigo de Freud, quien abrió la segunda clínica, el Ambulatorium de Viena, en 1922. En 1926, los psicoanalistas británicos pusieron en marcha una clínica en Londres dirigida por Ernest Jones, cerebro psicoanalítico británico y más tarde primer gran biógrafo de Freud. Ernst Simmel, cofundador con Eitingon del Poliklinik de Berlín, también en 1926, abrió un centro de internamiento en Schloss Hegel, muy cerca de la ciudad. En 1929, el pionero analista húngaro Sándor Ferenczi fundó una clínica gratuita en Budapest. Para entonces, en Viena, Wilhelm Reich, cuya fusión de psicoanálisis y política de izquierda sigue siendo hoy tan controvertida como en la década de 1920, había creado la Sex-Pol, una red de clínicas médicas y de salud mental gratuitas con una inclinación libertaria particularmente radical.

Con el tiempo se sucedieron otras sociedades psicoanalíticas con programas (algunos de ellos realizados y otros no) para clínicas gratuitas en Zagreb, Moscú, Francfort, Nueva York, Trieste y París. Estas clínicas liberaban a la gente de su destructiva neurosis y, como las escuelas y universidades municipales de Europa, eran gratuitas. En el ambiente emocionante de los movimientos sociales y progresistas entre las dos guerras mundiales, se suponía que el psicoanálisis compartía esta transformación de la sociedad civil y que estos nuevos centros de tratamiento ambulatorio ayudaban a devolverle a la gente su inherente capacidad para obtener bienestar. Los psicoanalistas creían que tenían la obligación social de dar una parte de su tiempo a las personas que no podrían permitirse el psicoanálisis. Muchos ni siquiera tuvieron en cuenta sopesar la efectividad del tratamiento respecto a la carga financiera impuesta al paciente.

Erik Erikson, Erich Fromm, Karen Horney, Bruno Bettelheim, Alfred Adler, Melanie Klein, Anna Freud, Franz Alexander, Annie Reich, Wilhelm Reich, Edith Jacobson, Otto Fenichel, Helene Deutsch, Alice Bálint, Frieda Fromm-Reichmann, Hermann Nunberg,

Rudolf Loewenstein, y Martin Grothahn,... eran solo algunos de los analistas de las clínicas gratuitas que más tarde se dispersaron por el mundo occidental. Algunos llevaron la antorcha progresista y otros la enterraron, pero todos ellos son hoy conocidos por su revisionismo teórico y por la diversas maneras de continuar, transformar o romper con la teoría clásica de Freud. Pero en la década de 1920 y principios de la de 1930 los propios analistas se veían como agentes del cambio social, y para todos ellos el psicoanálisis era un desafío a los códigos políticos convencionales, una misión social más que una disciplina médica. Erich Fromm, residente en el Instituto Francfort para la Investigación Social a finales de la década de 1920, y Ernst Simmel, al frente de la Asociación de Médicos Socialistas de Berlín, eran analistas del Poliklinik que basaban su práctica en la relación simbiótica con los valores políticos de la era de Weimar. La libertad intelectual de Berlín le permitió a Melaine Klein la autonomía para el análisis profundo de niños. Karen Horney, quizá mejor conocida como la analista que introdujo el relativismo cultural en la teoría freudiana, fue miembro fundadora del Poliklinik y la primera mujer en enseñar allí. Para los intelectuales vieneses como Bruno Bettelheim, Otto Fenichel y Siegfried Bernfeld, que se introdujeron en el activismo romántico de los movimientos juveniles de la izquierda centroeuropea, el psicoanálisis representaba la liberación humana, la potenciación social y la liberación de las convenciones burguesas. Erik H. Erikson, el ganador del Premio Pulitzer que estableció, quizá más firmemente que ningún otro, el concepto central de la influencia del entorno social en el desarrollo humano, se formó como psicoanalista en el inicio de la Viena moderna, en el Ambulatorium. En Budapest, el primer director de la clínica, Sándor Ferenczi, cercano a Freud a lo largo de su vida, pertenecía a un círculo de intelectuales, poetas y escritores modernistas húngaros que incluían al filósofo de izquierda Georg Lukács y al compositor Béla Bartók.

Ferenczi, que murió en 1933, creía que los psicoanalistas que no tenían en cuenta las «condiciones reales de los diversos niveles de la sociedad» abandonaban a su suerte a la población para la cual la vida cotidiana es especialmente penosa. De diversas maneras, la Viena del *début de siècle* y de la posguerra consideraba la teoría y la terapia psicoanalíticas mucho menos controvertidas que en la actualidad. Pero casi desde sus inicios y ciertamente desde su llegada a América, los clichés contra la clínica han rodeado al psicoanálisis en todo el espectro político.⁵ Algunos críticos sugieren que la investigación psicológica individual descarta la variable del entorno y que los estudios psicoanalíticos sitúan al individuo al margen de la cultura. Otros han hecho su carrera a

fuerza de invalidar el psicoanálisis como disciplina no científica y puramente ideológica. Los mismos psicoanalistas han alegado que la objetividad clínica requiere distanciarse de la política y del pensamiento social. Wilhelm Reich, uno de los teóricos que más incidieron en este campo, observaba que «el conflicto dentro del psicoanálisis respecto a la función social era inmenso mucho antes de que cualquier implicado lo notara».⁶ Pero Ferenczi y Freud sí que reconocieron este conflicto y, en 1910, se embarcaron en una estrategia de gran alcance para resolverlo.

Uno de los cambios radicales que trajo la Primera Guerra Mundial fue que algunas actitudes políticas menospreciadas previamente se volvieron rápidamente dominantes, tanto en el movimiento psicoanalítico como en otros ámbitos, mientras que las primeras repúblicas austríaca y alemana continuaban en un camino difícil hacia su constitución como Estados. En 1918, Freud podría haber replanteado simplemente los principios de 1913 que sistematizaban su enfoque de preguerra sobre los pagos de los pacientes,⁷ pero él preveía que la historia de la teoría psicoanalítica se sostendría en última instancia en la historia de su práctica real. Las nuevas democracias requerirían de los psicoanalistas terapeutas, como de otros profesionales, mayor implicación y transparencia públicas. En este sentido, Freud discutía sobre una visión alternativa, no tradicional, de las obligaciones sociales colectivas del psicoanálisis. La conferencia de Budapest sobre «la conciencia de la sociedad» reflejaba el personal despertar de Freud ante la realidad de un nuevo contrato social, un nuevo paradigma cultural y político que señalaba a casi cada uno de los reformadores, desde Adolf Loos en la arquitectura hasta Clemens Pirquet en medicina y Paul Lazarsfeld en ciencia social.⁸

A finales de 1918 los cambios fundamentales que sufrieron tanto Alemania como Austria, en el ámbito territorial y en el de las perspectivas políticas, se agudizaron con el advenimiento de la «Viena Roja» y el «Berlín de Weimar» como modelos modernos de reconstrucción urbana. En ambas ciudades las políticas de agresivos planes sociales de los nuevos gobiernos se vinculaban a la recuperación económica de posguerra, en un enfoque de la obra pública por el que se instituyeron proyectos originales a gran escala junto con un desarrollo cultural y estético creciente. Freud creía que un día «el Estado llegará a ver estos deberes como asuntos urgentes», y realmente los nuevos gobiernos promovieron mucho más la salud mental y los servicios sociales que jamás antes ningún servicio de atención de la salud pública. Se aprovecharon de las nuevas profesiones surgidas de la arquitectura utilitaria, la política de salud pública, y el trabajo social

profesional, enfatizando la importancia de la cultura para la causa socialista. Los relatos vitales de primera mano en la Viena Roja, sus numerosas comunidades de viviendas públicas, sus programas de bienestar social para las familias, el fomento del arte y la música, compartían una estimulante calidad en el compromiso público y el orgullo cívico. Sin embargo, las interpretaciones de estos acontecimientos dependen siempre de la ideología del observador: para el conservador se trata de una intrusión y excesiva regulación del Estado; para el marxista desvelan el oportunismo socialdemócrata y la futilidad de introducir los cambios gradualmente; y para el progresista son ejemplos de equidad y discriminación positiva.

En 1919 las mujeres austríacas consiguieron el sufragio universal, e incitaron a los gobiernos a poner en práctica las políticas sobre salud, vivienda y familia, a cambiar la caridad paternalista individual por la prevalencia del derecho al bienestar social (los privilegios de la ciudadanía). Se invirtieron recursos públicos en clínicas médicas y dentales, programas de asistencia familiar, ayuda a los niños, y centros de consulta para jóvenes y madres. Este despliegue de programas lo diseñó Julius Tandler, el brillante anatomista y profesor universitario, quien transformó el Departamento de Bienestar de Viena en un sistema de asistencia profesional para familias y niños que impresionaba inclusive a los visitantes americanos. «Una cosa está clara —informaba una delegación del Fondo de la Commonwealth—, sería muy inadecuado decir que Austria es un país donde el trabajo social y la salud se hallan en un estado rudimentario».⁹ Los representantes del fondo se reunieron con Otto Bauer, el máximo líder de los nuevos marxistas austríacos y secretario de Asuntos Exteriores en 1918-1919. Editor del periódico socialista *Arbeiter-Zeitung*, Bauer les habló del movimiento social actual como una revolución en «el alma del hombre».¹⁰ Para los socialdemócratas vieneses, la cultura urbana debía abarcar toda la vida de los trabajadores, desde la privacidad de la vida individual y familiar hasta la política pública y el lugar de trabajo. Entre los psicoanalistas, el neurólogo de inclinación izquierdista Martin Pappenheim, amigo de Eduard Hitschmann e invitado frecuente de los Freud, mantenía que el cambio social debía alcanzar «la estructura de las relaciones familiares, la posición social de mujeres y niños, y la reforma sexual».¹¹

En 1920 Adolf Loos, quien es recordado por su modernismo implacable y racional, fue contratado como arquitecto jefe del Departamento de Obras Públicas de la ciudad de Viena, que en ese momento sufría de un déficit crónico de sedes. Anton von Webern, el

brillante compositor vanguardista, era el director principal de la Sinfónica del Trabajo de Viena y del Coro del Trabajo de Viena (donde permaneció hasta 1934) y promovió algunas de las primeras interpretaciones de las composiciones modernistas de Arnold Schoenberg. Este se había formado como el organizador de la orquesta de los trabajadores socialdemócratas. Mientras tanto, en Alemania, la fama del director de la Bauhaus, Walter Gropius, que representaba la quintaesencia del arquitecto en Weimar, encumbraba la producción de construcción urbana. En sus talleres de muebles artesanales y utensilios cotidianos, exquisitos y funcionales a un tiempo, la Bauhaus renovó la idea de la producción masiva. Sus principios para la creación de diseños racionales (muchos de los cuales aún parecen modernos en la actualidad) se aplicaron a todos los materiales comunes en la vida cotidiana de la ciudad, desde lámparas de mesa de cobre hasta juegos de té de porcelana, o desde tostadoras cromadas hasta cunas de bebé de madera curvada. El arte coexistía con la realidad económica, la cultura y la política; la ciudadanía, con la nueva estructura participativa del Estado.¹²

El Berlín de la década de 1920 acogía el Poliklinik, el programa de bandera de los psicoanalistas en terapia pública y, para muchos, el corazón de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, tanto como el *Ambulatorium* lo era para los vieneses. Para el analista y profesor húngaro Sándor Radó, los analistas berlineses forjaron una «sociedad maravillosa», un grupo particularmente vital de practicantes progresistas, tan popular entre los intelectuales de la ciudad que Karl Abraham estuvo a punto de establecer el psicoanálisis como disciplina universitaria.¹³ Aprendices internacionales en trabajo social, psiquiatría, orientación infantil y psicología se reunían en el Poliklinik no solo procedentes de Francia e Inglaterra, sino también de Egipto, Cuba y Estados Unidos. «Por favor, envíeme toda la información disponible sobre su Instituto —escribió el psicólogo Norman Lyon, del Worcester State Hospital, en agosto de 1929—, espero enseñar algún día psicología y dirigir una clínica de acuerdo con esa disciplina».¹⁴ Desde los interiores modernistas de la clínica, diseñados por Ernst, el hijo arquitecto de Freud, hasta los proyectos educativos, los esfuerzos se encaminaban a satisfacer las obligaciones sociales del psicoanálisis y concordaban con la visión social, política y cultural del Berlín de Weimar. Ernst había estudiado con Loos en su taller de Viena, así que dispuso las líneas simples y las superficies sin adornos de Loos dentro de un diseño comunitario para la sala de espera de la clínica. En su práctica terapéutica los psicoanalistas de Weimar debatían abordajes no tradicionales del tratamiento y, en el plano social, abogaban por la

reforma penal, la liberación sexual, la igualdad de géneros y la no criminalización de la homosexualidad.¹⁵ Y algo parecido ocurría en Berlín, donde la riqueza de Eitingon y la eficiencia de Karl Abraham como director de la sociedad llevaron a la simplificación de la fórmula de Freud para asignar servicios gratuitos, con donativos y visitas domiciliarias. La demanda pública de tratamiento psicoanalítico, que parecía llevar la solución a las deficiencias crónicas de tiempo y espacio, fue sensacional.

Ni en Viena ni en Berlín el psicoanálisis faltó a su compromiso con la red general de servicios disponibles de salud mental. Las clínicas médicas y de salud mental privadas, que antes estaban restringidas a los acomodados o casi acomodados, se abrían ahora a todos los estratos sociales. Pero al menos desde 1916 los gobiernos habían promocionado el psicoanálisis como una forma de psicoterapia para ayudar a los soldados traumatizados que volvían del frente. Y, mientras que Alfred Adler había abandonado las filas de Freud en 1911, los miembros de su popularísima Sociedad de Psicología Individual integraban el personal de las consultas de orientación infantil vinculadas al sistema educativo municipal de Viena. Con su intransigente énfasis en la sexualidad humana, el psicoanálisis era solo uno de los muchos tratamientos disponibles de la psicología moderna, pero, aun así, era el más complejo y controvertido. En el Ambulatorium de Viena, situado en Pelikangasse, el psicoanálisis lo practicaban diariamente clínicos muy interesados en los cambios en medicina y en la agenda sociopolítica. Y en el Poliklinik, situado en la Potsdamerstrasse de Berlín, se ofrecía a los pacientes psiquiátricos de la ciudad una alternativa compasiva a la atención institucional del Charité Hospital, tomando a aquellos que el establecimiento médico y psiquiátrico no estaba dispuesto a atender.

A pesar de que en 1938 los nazis redujeron tanto el psicoanálisis que se podía andar por los centros académicos de Berlín o Viena sin encontrarse con un solo analista, mucho menos judío, Otto Fenichel y su grupo de colegas exiliados sostuvieron sus creencias con más vehemencia que nunca. La clínica de Berlín se cerró en 1933; Sex-Pol, en 1934; el Ambulatorium de Viena, en 1938. Todavía entonces, Fenichel animaba a sus antiguos colegas a mantener una actitud política, crítica, incluso aunque el Poliklinik había sido expurgado de judíos (técnicamente no fue cerrado) en 1933. Fenichel articulaba la confrontación entre aquellos que se mantenían fieles al Freud humanista y una nueva clase de clínicos alineados con la psicología del yo, en las *Rundbriefe*, una serie extraordinaria de cartas que circularon dentro de su grupo de analistas activistas.

Alrededor de los diez años siguientes, Fenichel llegaría a ver la nueva teoría de la adaptación de la psicología del yo de Heinz Hartmann, en el mejor de los casos, como neofreudiana y, en el peor, como una inquietante versión prefreudiana. El grupo de Fenichel discutía constantemente, junto con sus colegas en la Asociación para Médicos Socialistas de Ernst Simmel, que la importancia del psicoanálisis residía precisamente en su dimensión social, inclusive marxista. «Estamos todos convencidos —escribía Fenichel desde Oslo en marzo de 1934— de que en el psicoanálisis de Freud se encuentra el germen de la psicología materialista dialéctica del futuro, y por ello necesitamos desesperadamente proteger y extender su saber».

Es extraño que se haya suprimido siempre la historia del activismo político en el psicoanálisis. Las carreras de los miembros de la segunda generación de psicoanalistas fueron ejemplares. Los discípulos de Freud eran líderes académicos, en la medicina e incluso en lo militar. La evidencia histórica oral y escrita, aunque fragmentaria, confirma que el movimiento psicoanalítico del inicio se construyó sobre un núcleo político progresista, aliado estrecho del contexto cultural de la Europa central entre 1918 y 1933, y que las clínicas ambulatorias gratuitas eran una implementación práctica de esa ideología. Este discurso progresista se hace presente cuando se sitúa el psicoanálisis en el contexto de los movimientos sociales del siglo XX, alternativamente reformistas y conformistas, del modernismo, el socialismo, la democracia y el fascismo. A día de hoy, las ciento diecinueve cartas que integran las *Rundbriefe* de Otto Fenichel sobreviven como una documentación elocuente del lazo histórico entre el psicoanálisis y la política progresista. A pesar de su forma epistolar es un texto tan clásico como la obra psicoanalítica de referencia de Fenichel, *Teoría psicoanalítica de la neurosis*, aunque solo son frágiles hojas de papel con tipografía antigua unidas por clips oxidados. Las *Rundbriefe* cuentan parte de la historia de la evolución del movimiento psicoanalítico desde 1934 hasta 1945, de sus activos participantes y sus grandes luchas ideológicas en Europa y en América. Es un desafío reconstruir otras crónicas igualmente válidas procedentes de recuerdos personales, de los pocos documentos que sobreviven y de los documentos fragmentarios dispersos en diversos archivos. No obstante, las filiaciones políticas reales de los principales miembros del movimiento psicoanalítico son un hecho probado. Entre los marxistas declarados estaban Erich Fromm, Otto Fenichel, Karl Landauer, Barbara Lanto, Georg Gerö, Frances Deri, Käthe Friedländer, Steff Bornstein y Wilhelm y Annie Reich. Como socialistas se identificaban Bruno Bettelheim, Grete

Bibring, Helene Deutsch, Ernst Simmel, Willi Hoffer, Eduard Kronengold (Kronold), Siegfried Bernfeld y Heinrich Meng. Entre los comunistas conocidos estaban Anny Angel-Katan, Edith Jacobson, Edith Gyömröi, Edith Buxbaum, Marie Langer, Ludwig Jekels y Wilhelm Reich. Y entre los socialdemócratas, Eduard Hitschmann, Paul Federn, Karen Horney, Josef Freidjung y Sigmund Freud. Desde entonces, algunos de estos analistas, como Erik Erikson y Karen Horney, han ganado en reconocimiento, mientras que Helene Deutsch y Erich Fromm, por ejemplo, se han difuminado en el paisaje cultural actual. Otros, como Wilhelm Reich y Sándor Ferenczi, han reaparecido con sorprendente energía. Como ocurre con las *Rundbriefe*, que han desaparecido del dominio público, el destino histórico de las clínicas públicas es casi completamente contrario a los sofisticados estándares de formación psicoanalítica y al modelo de práctica psicoanalítica que ahora prevalece en los institutos psicoanalíticos y las exclusivas consultas en todo el mundo.

Con su cultura fragmentada por el terrorismo, obligados a reconstruir la vida profesional en una lengua extranjera, y acuciados por el acusado nacionalismo de posguerra, muchos psicoanalistas centroeuropeos huyeron, pero seguían confiando en que la buena voluntad y la compasión generada por el psicoanálisis triunfarían al final, si ellos atemperaban las historias de su pasado radical. Aunque Ernest Jones ha sido siempre una voz del conservadurismo, sus declaraciones de conciencia social en 1926 dieron una orientación a la clínica en la sociedad británica que aún en nuestros días continúa ofreciendo psicoanálisis gratuito a los londinenses. El Centro Jean Favreau todavía se desenvuelve dentro de la Société Psychanalytique de París, fundada en 1920 y dirigida durante muchos años por Marie Bonaparte; sus psicoanalistas ofrecen consulta y tratamientos gratuitos a los habitantes de París.

Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, Ernst Simmel, que había servido como médico militar y director de un hospital para soldados con traumas de guerra, escribió sobre la urgente necesidad de participar en «la economía humana [...] por el gasto en vidas humanas durante los años de guerra y para la preservación de todas las naciones». Creía que la comunidad era el fluido vital para la supervivencia. Para Simmel, como para Freud, las clínicas gratuitas encarnaban la comunidad dentro del psicoanálisis. Los psicoanalistas se sumaban a la lucha de la Europa de principios del siglo XX sin sentimentalismo para construir la democracia y un mundo mejor. Helen Schur, estudiante de medicina de la Universidad de Viena en la década de 1920 y luego esposa del médico

personal de Freud, Max Schur, lo resumía muy bien: «Pienso que ellos se dieron cuenta de que este mundo sería el de la liberación personal. Conseguir que se liberasen realmente de la neurosis, para estar mucho mejor preparados para trabajar, es decir, en las palabras de Freud, para amar y trabajar».

Lo que sigue es la historia de esta liberación.

PRIMERA PARTE

1918-1922:
LA SOCIEDAD DESPIERTA

1918

«EL TRATAMIENTO SERÁ GRATUITO»

El psicoanalista alemán Max Eitingon escribía en 1925 que no era posible que sus colegas siguieran discutiendo sinceramente que «el factor de que los pacientes paguen o no paguen no tiene ninguna relevancia en el curso del análisis».¹ Pero Eitingon solo estaba anunciando lo que sería la conclusión del discurso sobre la conciencia social que Freud dio en Budapest en 1918. En ese discurso Sigmund Freud había abjurado de su posición de antes de la guerra, según la cual «el valor del tratamiento se reduce a los ojos del paciente si se le pide un pago muy bajo»,² y había repudiado su anterior imagen de 1913, la del médico psicoanalista como empresario médico.³ Hasta el final de sus días, Freud apoyó las clínicas psicoanalíticas gratuitas, defendió el pago flexible y la práctica del análisis profano, todas ellas desviaciones sustanciales de una tradición de privilegios de los médicos y de dependencia de sus pacientes. Su manifiesta repugnancia hacia Estados Unidos como «el país de los bárbaros del dólar» también se reflejaba en su desprecio por una actitud médica que él consideraba más americana que europea, más conservadora que socialdemócrata.⁴ Esta profunda revisión de su consideración de los honorarios médicos, que realizó entre 1913 y 1918, era en parte el resultado de las penosas privaciones materiales y psicológicas que la familia Freud padeció durante la guerra y en parte de los cambios trascendentales en el escenario político de principios del siglo XX.

El sentido de responsabilidad cívica de Freud no era nuevo. Siendo niño fue testigo del establecimiento en 1868 del profundamente liberal *Bürgerministerium* (ministerio burgués) que fomentaba la tolerancia religiosa y la legislación social progresista en asuntos como la educación laica, los matrimonios mixtos, la prohibición de la discriminación de los judíos y un sistema penal compasivo.⁵ Admiraba a Aníbal y a Masséna, un general judío del ejército de Napoleón, y le fascinaba el empleo de estrategias militares a gran escala. Parece que se le pasó por la cabeza la idea de dedicarse a la política cuando, siendo adolescente, «nació en mí el deseo de estudiar derecho [...] y dedicarme a la actividad pública».⁶ La Facultad de Derecho le enseñaría las artes del liderazgo político y así podría llegar a promover la agenda liberal de reforma

social para Austria. Pero la quiebra económica de 1873, que destruyó el sector privado de los bancos e industrias de Viena y la prosperidad económica de la ciudad en general, se abatió en el mismo año en que Freud ingresaba en la universidad. El joven Freud se vio profundamente afectado por «el destino de encontrarme en la oposición y ser proscrito por la “inmensa mayoría”» y reaccionó desarrollando lo que llamó, con ironía, «cierta independencia de juicio».⁷

La experiencia directa del antisemitismo en la universidad fue en la vida de Freud una poderosa motivación para poner al descubierto las raíces de la agresividad individual y social. Era natural que Freud se centrara en el contexto social del comportamiento individual. Su modelo de la familia judía liberal con una fuerte conciencia cívica, laica en gran parte, y exigente en el trabajo estaba arraigado en la Viena cosmopolita: «Nuestro padre era un hombre verdaderamente liberal», escribía la hermana de Freud, Anna Freud Bernays, sobre el paterfamilias Jacob:

... tanto que incluso las ideas democráticas absorbidas por sus hijos estaban ausentes de las opiniones más convencionales de nuestros parientes [...]. Alrededor de la mitad del pasado siglo, el padre era todopoderoso en la familia europea y todos le obedecían incuestionablemente. Con nosotros, sin embargo, prevaleció un espíritu mucho más moderno. Mi padre, un escolar autodidacta, era realmente brillante. Discutiría con nosotros, sus hijos, especialmente con Sigmund, todo tipo de temas y problemas.⁸

Así que no era sorprendente que Emma Goldman, una de las primeras feministas americanas y líder anarquista, encontrara mucho en común con el joven neurólogo y se sintiera muy impresionada al escuchar la conferencia de Freud de 1896 en Viena. «Su simplicidad y honestidad y su pensamiento brillante se combinaban de tal modo que una sentía que la guiaban al exterior de un sótano oscuro, hacia la clara luz del día. Por primera vez capté el significado pleno de la represión sexual y sus efectos sobre el pensamiento y la acción humana. Me ayudó a entenderme a mí misma, mis propias necesidades, y también me di cuenta de que solo la gente de mente depravada puede impugnar los motivos o encontrar impura una personalidad grande y ejemplar como la de Freud».⁹

Otros activistas liberales como Sándor Ferenczi, el gran psicoanalista húngaro compañero de Freud, estaban de acuerdo: «Nuestros análisis —le escribía desde Budapest a Freud en 1910— descubren los estados en que se hallan realmente los diferentes estratos de la sociedad, depurados de hipocresías y convencionalismos, tal cual

se reflejan en el individuo».¹⁰ Sándor Ferenczi era un médico e intelectual socialista de afable cara redonda que ya en 1906 defendía apasionadamente los derechos de las mujeres y los homosexuales. Hombre encantador, hijo de un editor socialista húngaro, Ferenczi extendió los límites de la teoría psicoanalítica más lejos y más rápido que nadie. En 1912 estableció la Sociedad Psicoanalítica de Hungría, cuna de grandes psicoanalistas como Melanie Klein, Sándor Radó, Franz Alexander, Therese Benedek y Alice y Michael Bálint. En 1929 hizo revivir la clínica gratuita que había concebido en Budapest en la universidad diez años antes, durante una breve docencia en psicoanálisis promovida por el régimen revolucionario.¹¹ La notable relación de Freud con Ferenczi se desenvuelve en el curso de más de doscientas cartas intercambiadas entre 1908 y 1933, año en el que Ferenczi murió de una anemia perniciosa. El diálogo epistolar entre los dos hombres estaba sumamente cargado de sentimientos personales, consignaba sus diversos intercambios sobre teoría psicoanalítica, y a menudo aludía, con un amargo sarcasmo, a los graves efectos de la injusticia social en sus pacientes. Ferenczi describe cómo debe escuchar el analista a sus pacientes porque solo ellos entienden en verdad cómo el psicoanálisis fomenta el bienestar social. Cuando la vida de las mujeres, los hombres y los niños esté más de acuerdo con su naturaleza individual, la sociedad podrá flexibilizar sus ataduras y permitir un sistema menos rígido de estratificación social. Su trabajo analítico con un linotipista, el propietario de una imprenta y una condesa le había demostrado a Ferenczi cómo cada individuo experimenta el efecto represivo de la sociedad dentro de su respectivo estrato social. Ningún estrato es más represivo que los otros, pero cada uno merece igualmente beneficiarse de la terapia. El estresado linotipista estaba aterrorizado por las órdenes del capataz del periódico; el dueño de la imprenta se sentía aplastado por la culpa que le producía haber conseguido sustraerse a las corruptas reglas de la Asociación de Propietarios de Imprentas; las fantasías sexuales de una joven condesa sobre su cochero revelaron su sentido de vacío interior. Y una sirvienta reveló el placer masoquista que obtenía al decidir aceptar un sueldo inferior de los aristócratas en lugar de un sueldo más alto de una familia burguesa. «Junto a la “Ley de hierro de los sueldos”, las determinaciones psicológicas —resumía Ferenczi— son lamentablemente descuidadas en la sociología actual».

Lo que podría parecer el despertar de posguerra de Freud a la dureza de la realidad de la vida y la desigualdad social se había estado incubando realmente durante años en los frecuentes intercambios entre los dos amigos. «He encontrado en mí solo una cualidad

de primer orden, una suerte de valor inquebrantable ante los convencionalismos», le escribía Freud a Ferenczi en 1915, postulando que sus descubrimientos psicoanalíticos eran resultado de una «crítica realista e implacable».¹² En verdad, la realidad política llamaba a examen a muchos niveles. En 1915 Freud aún era fiel a Francisco José y a la Viena donde los judíos asimilados prosperaban en la alta cultura, la investigación intelectual y la política de reforma social. Pero por entonces había comenzado la guerra: el alcalde reaccionario Karl Lueger, un populista antisemita de derecha, y el Partido Social Cristiano que cofundó en 1885, habían sustituido a los liberales vieneses y dominaron la política municipal hasta la Primera Guerra Mundial. En 1917 la vida familiar y la práctica profesional de Freud se vieron profundamente perturbadas. Le escribía a Ferenczi sobre el «severo invierno, las preocupaciones por las provisiones, expectativas frustradas [...] Incluso el ritmo de vida es difícil de sobrellevar».¹³ A los sesenta y dos años, y claramente exasperado por las batallas y la vieja idea del Estado absolutista, Freud subrayaba: «La tensión asfixiante, en la que todo el mundo está esperando la inminente desintegración del Estado de Austria, tal vez no es favorable». Pero, continuaba: «no puedo reprimir mi satisfacción por este resultado».¹⁴

Incluso antes del final de la guerra, Freud se dirigió en septiembre de 1918 al Quinto Congreso Psicoanalítico Internacional concentrándose específicamente en el futuro y no en la guerra o el conflicto individual. El discurso era un llamamiento a la renovación social a gran escala de la posguerra, una demanda en tres direcciones: la sociedad civil, la responsabilidad de gobierno, la equidad social. Para muchos de sus colegas psicoanalistas, diplomáticos y estadistas, amigos y miembros de la familia que escucharon a Freud leer su ensayo sobre el futuro del psicoanálisis, el bonito día otoñal en Budapest auguraba una audaz dirección nueva en el movimiento psicoanalítico. Anna Freud y su hermano Ernst habían acompañado a su padre al congreso y el psicoanalista británico Ernest Jones (que no pudo asistir) afirmó más tarde que Freud leyó su ponencia en lugar de emitir un discurso improvisado¹⁵ como era usual, lo cual molestó a su familia.¹⁶ Pero en la atmósfera discretamente festiva que predominaba el 28 y el 29 de septiembre, el discurso de Freud ante su excelsa audiencia era mucho más sedicioso por su significado que por su forma. Freud anunció que los conduciría a una situación «que a muchos de ustedes les parecerá fantástica. Sin embargo, en mi opinión, merece que uno se prepare mentalmente para ella».¹⁷ Invocó una serie de convicciones sobre el alcance del progreso, la sociedad laica y la responsabilidad social del psicoanálisis y defendió el papel

central del gobierno, la necesidad de reducir la desigualdad mediante el acceso universal a los servicios, la influencia del entorno en el comportamiento individual y la insatisfacción del *statu quo*.

«Cabe prever que alguna vez la conciencia moral de la sociedad despertará», proclamó Freud, e insistió en que «el hombre pobre debería tener derecho a la asistencia mental igual que tiene derecho a la cirugía que salva vidas. La neurosis amenaza la salud pública no menos que la tuberculosis y no puede dejarse en las manos impotentes de los miembros individuales de la comunidad la atención a la neurosis del mismo modo que no se deja la de la tuberculosis. Así que deberían establecerse las instituciones y las clínicas de atención externa, para las cuales se nombrarían médicos de formación analítica. Gracias a ellas los hombres que de otra manera se alcoholizarían, las mujeres que sucumbirían bajo la carga de sus privaciones, los niños condenados a convertirse en salvajes o en neuróticos, serían capaces, mediante el análisis, de resistir y de trabajar con eficacia. Esos tratamientos serían gratuitos». Más adelante, Freud proseguía diciendo: «Puede pasar mucho tiempo antes de que el Estado sienta como obligatorios estos deberes [...] es probable que sea la beneficencia privada la que inicie tales instituciones. De todos modos, algún día serán una realidad».¹⁸

Implícitamente incluía en el lote la emergencia del gobierno socialdemócrata.

Incluso en 1918, el psicoanálisis estuvo bajo el riesgo inminente de convertirse en una disciplina irrelevante y asilada prematuramente debido al elitismo. La misma ferviente independencia que impulsaba al movimiento psicoanalítico, practicado por un grupo de librepensadores eclécticos, y relativamente marginal respecto a las comunidades médicas y académicas de Viena, amenazaba ahora su pervivencia. La supervivencia económica de sus miembros dependía de una nueva configuración gubernamental, según la cual el Estado aceptara responsabilizarse de la salud mental de sus ciudadanos. En una serie de posiciones ideológicas contra la estigmatización de la neurosis, Freud proponía que solo el Estado podía dar a la salud mental el mismo lugar que otorgaba a la salud física. Inevitablemente, los individuos tienden a tener prejuicios con respecto a la enfermedad mental y ello limita la capacidad para proporcionar una atención digna de confianza. Cuando Freud redefine la neurosis deja de considerarla un problema personal para señalarla como un problema social más amplio, y con ello la responsabilidad de la atención a la enfermedad mental pasa a ser una cuestión de toda la comunidad civil.¹⁹

Freud respaldaba la idea de que el poder de la monarquía tradicional para establecer

las leyes de un país debía ahora redistribuirse democráticamente entre su ciudadanía. Coincidió con el político socialista austríaco Otto Bauer y el socialdemócrata Victor Adler, amigos y contemporáneos suyos. Como ellos, Freud creía que podía alcanzarse el progreso social mediante una alianza entre el Estado y sus ciudadanos. Los ciudadanos tenían derecho a la salud y el bienestar, y la sociedad debía comprometerse a asistir a las personas necesitadas dentro de un entorno urbano deliberadamente receptivo a las necesidades de desarrollo de los niños y las familias de los trabajadores. En la práctica, abogaba por un gobierno intervencionista cuya actividad influyera en la vida de los ciudadanos y se anticipara a la desesperación, cada vez más evidente, de mujeres sobrecargadas de trabajo, hombres desempleados y niños abandonados. Los logros políticos y sociales derivados de las nuevas alianzas de los psicoanalistas otorgarían, como mínimo, legitimidad a una forma de tratamiento en el ámbito de la salud mental que a menudo practicaban individuos que no eran médicos o médicos que no querían incorporarse al sistema.

Freud concluía su discurso de Budapest demandando que el tratamiento mental fuera universal y defendiendo la fundación de clínicas ambulatorias gratuitas de forma razonada y sosegada, como si fuera un veterano estadista. Era posible modificar el psicoanálisis para que en vez de ser una terapia meramente individual adoptara un enfoque más amplio, que tuviera en cuenta los factores ambientales, los problemas sociales que giran sobre cuatro puntos críticos: el acceso, el alcance, el privilegio y la desigualdad social. Primero: el «alcance terapéutico no es muy grande»²⁰ y, como si se anticipara a sus críticos, Freud apuntaba que esa escasez de recursos le conferían al tratamiento el carácter de un privilegio, el cual limitaba los beneficios que el psicoanálisis podría suponer si se ampliaba su alcance. Segundo: «solo constituimos un puñado de personas» que están cualificadas para practicar el psicoanálisis. La escasez tanto de terapeutas como de pacientes sugería que el psicoanálisis podría caer en las garras de un peligroso elitismo. Este escollo debía superarse con analistas preparados para sensibilizar mejor y a más gente respecto a su potencial curativo. Tercero: «por tenaz que sea la labor del analista, no puede consagrarse en un año más que a un reducido número de pacientes».²¹ Este dilema es intrínseco a la forma intensiva del uso del tiempo en el trabajo analítico, pero para Freud también significaba que los analistas no podían asumir una posición de responsabilidad social acorde con su obligación. Los pacientes analíticos individuales (llamados *analysands* [analizantes] en Inglaterra, entonces y ahora) acudían

a la misma cita de una hora diaria cinco días a la semana hasta que se completara el tratamiento. Su tratamiento duraba normalmente entre seis meses y un año, quizá menos de los que imaginamos en la actualidad pero, como ya en 1913 comentaba Freud irónicamente, «más tiempo de lo que el paciente espera».²²

El cuarto punto de Freud, que la real y «enorme miseria neurótica» que el analista puede eliminar es «ínfima desde el punto de vista cuantitativo», en el mejor de los casos, comparada con su realidad en el mundo, se lee como una simple renuncia. Pero es en este párrafo donde emerge la conciencia social de la adolescencia y la época universitaria de Freud. No hay necesidad de que el sufrimiento humano esté tan extendido en la sociedad ni sea tan profundamente doloroso para el individuo. Más aún, el sufrimiento no solo proviene de la naturaleza humana: al menos en buena medida lo impone, injustamente, la situación económica y la posición en la sociedad, una desigualdad social que describía vivamente Ferenczi en la carta de 1910. La desigualdad, resumía Freud, es el problema fundamental, y lamentaba que los factores socioeconómicos confinaran al tratamiento psicoanalítico a las «capas superiores y pudientes de nuestra sociedad». Las personas acomodadas «que suelen escoger sus propios médicos» ya pueden intervenir en su tratamiento. Pero las personas pobres, que tienen menos elección sobre su atención médica, son precisamente aquellas que tienen menos acceso al tratamiento psicoanalítico y sus beneficios.²³ El psicoanálisis se había estratificado social y económicamente al comienzo de su desarrollo. En esta coyuntura crucial en su breve historia, la falta de sensibilidad social lo volvía virtualmente impotente: «Por el momento, nada podemos hacer en favor de la numerosa capa popular cuyo sufrimiento neurótico es enormemente más grave».²⁴

¿Quién podía revertir mejor esta corriente que la audiencia de Budapest? El discurso de Freud del 28 de septiembre, nacido más de la indignación política que del desánimo en tiempos de guerra, tuvo un efecto sorprendente en sus oyentes. Tal vez el concepto de la clínica gratuita de salud mental era previo, pero el número de proyectos que surgieron de los participantes allí reunidos, especialmente de Anton von Freund, Max Eitingon, Ernst Simmel, Eduard Hitschmann y Sándor Ferenczi, fue extraordinario. Eitingon y Simmel abrirían el Poliklinik de Berlín en 1920, Hitschmann pondría en marcha una clínica gratuita en Viena en 1922, y Simmel establecería la clínica gratuita de hospitalización Schloss Tegel. Ferenczi abrió la clínica gratuita en Budapest algo más tarde, en 1929. Aunque Ernest Jones no pudo viajar a Budapest para asistir al congreso debido a la

restricciones de guerra en 1918, puso en marcha igualmente la Clínica Psicoanalítica de Londres en 1926. Melanie Klein, Hanns Sachs, Sándor Radó y Karl Abraham se encontraban también en dicha audiencia y todos se convirtieron en figuras clave del Poliklinik de Berlin.

Por el momento, la severidad de los últimos meses de guerra de 1918 daba paso al idealismo político, la buena compañía y una confianza renovada en Freud y el psicoanálisis. «Bajo un nogal en el jardín de uno de esos maravillosos restaurantes en Budapest [...] charlábamos confidencial y privadamente alrededor de una gran mesa»,²⁵ recordaba Sándor Radó de aquel ambiente festivo. Como secretario de congresos y codirector de la asociación de Budapest junto a Ferenczi, el joven Radó y su colega Geza Roheim, el futuro antropólogo, se vieron gratamente sorprendidos por cenar de manera tan informal con Freud y Anna Freud. Sus conversaciones continuaron a bordo del vapor del Danubio facilitado por la ciudad para el transporte de los analistas entre su hotel y las reuniones en la Academia de Ciencias de Hungría. Los visitantes se hospedaron en el espléndido y nuevo Hotel Gellértfürdő, famoso todavía por sus alicatados baños termales. El alcalde de Budapest, Bárczy, y otras autoridades de la ciudad dieron la bienvenida al psicoanálisis y agasajaron gentilmente a los congresistas con recepciones y banquetes privados. Salvo por el pacifista declarado Siegfried Bernfeld y Freud, la mayoría de los analistas presentes en Budapest se habían alistado como psiquiatras militares y asistieron uniformados al acto. Oficiales médicos de alto rango militar de Hungría, Austria y Alemania representaban oficialmente a las delegaciones de sus gobiernos en la convención y se mezclaban con las familias y los invitados de los cuarenta y dos analistas participantes.

El discurso de Freud tal vez fue sedicioso, pero sin duda también fue increíblemente estimulante, a juzgar por los numerosos analistas de la audiencia que se volvieron poderosos defensores de las clínicas gratuitas. Entre ellos la joven Melanie Klein quien, al ver a Freud por primera vez en aquel congreso, sintió que le invadía «el deseo de dedicarse al psicoanálisis».²⁶ Klein terminaría convirtiéndose en la introductora de la terapia del juego en el análisis infantil, en la autora de la extendida teoría de la pulsión dual y en una verdadera heredera de los principios de Freud. Pero en el congreso de 1918 aún era «Frau Dr. Arthur Klein» y madre de tres niños, una analizante de Ferenczi y miembro de la asociación de Budapest desde 1914. Anna Freud y Ernst, el hijo más joven de Freud que había estado luchando en primera línea durante los últimos tres años,

se vería más tarde inmerso en las clínicas gratuitas. Anna, la hija de Freud más devota y la única psicoanalista de sus seis hijos, era una profesora titulada que desarrollaba escuelas experimentales con las nuevas metodologías educativas para la primera infancia en familias marginales de Viena. No sabemos si Anna o Ernst se sintieron particularmente molestos por el discurso de su padre o solo sorprendidos, pero lo cierto es que ambos se integraron en breve en su plataforma socialdemócrata. La política progresista los atrapó tanto como el psicoanálisis, convirtiéndose en un elemento básico de la vida.

El líder que habían elegido para lanzar el psicoanálisis y la reforma social era un húngaro, rico propietario de fábricas de cerveza y analista en formación, al que se acababa de nombrar secretario general de la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA en inglés). Antol von Freund (Antal Freund von Tószeghi) era amigo y paciente de Freud y Ferenczi. Era un joven idealista con un doctorado en Filosofía que creía que el éxito de su reciente combate contra el cáncer y la depresión se debían al psicoanálisis. Toni, como apodaban cariñosamente a Von Freund, donó dos millones de coronas para la promoción del psicoanálisis y la realización de dos proyectos importantes: una editorial y un instituto de gran versatilidad en Budapest que albergaría una clínica ambulatoria gratuita. «Esto nos da seguridad material, y podremos mantener nuestras revistas y ampliarlas, ejercer influencia», agregaba Freud.²⁷ La empresa editorial, Internationaler Psychoanalytischer Verlag (originalmente Bibliothek), se puso en marcha al año siguiente. Su primer proyecto fue un libro que reunía las intervenciones principales del coloquio de 1918 en un volumen llamado «Psicoanálisis y neurosis de guerra», con una introducción de Freud.²⁸

El instituto que Toni Freund había previsto ayudaría a «las masas mediante el psicoanálisis [...] que hasta entonces solo había podido beneficiar a unos pocos ricos, para aliviar la miseria neurótica de los pobres».²⁹ Freund murió antes de que esta visión pudiera realizarse, pero Freud la describía más tarde como un proyecto que combinaría la enseñanza y la práctica del psicoanálisis bajo el mismo techo, junto a un centro de investigación y una clínica ambulatoria. Un gran grupo de analistas se formaría en el instituto y luego se los remuneraría específicamente «para el tratamiento de los pobres» en la clínica. Von Freund y sus amigos anticipaban que Ferenczi sería el director y que Toni ejercería la responsabilidad administrativa y financiera. Aunque hasta 1929 realmente no aparecería una clínica en Budapest, un esquema como ese estaba en consonancia con el diseño del gobierno municipal para los pacientes ingresados de la

ciudad y los tratamientos psicoanalíticos ambulatorios. El alcalde de Budapest, Stefan Bárczy, prometió facilitar la asignación del considerable legado financiero de Freund, como Freud recordaba: «los preparativos para crear esos dispensarios estaban en marcha justamente cuando sobrevino la revolución que puso fin a la guerra y al influjo de los funcionarios, hasta ese momento, omnipotentes».³⁰ Ciertamente, los enormes cambios políticos que sufrió Hungría al pasar de la monarquía liberal a la izquierda radical y luego dictatorial torpedearon la mayoría de esas promesas. Debido a múltiples y complejas transacciones durante varios años posteriores, los fondos de Von Freund pasaron de un banco a otro y lo que había sido una suma considerable prácticamente se evaporó. Aparentemente, la prensa pública en Budapest aceptaba menos el psicoanálisis que el gobierno municipal y, una vez alertada por el legado de von Freund, buscó expertos para testificar contra la clínica. «El psa no es una ciencia reconocida. Sin duda [este testimonio] es esencialmente político (antisemita y antibolchevique)», le escribía Ernest Jones a su colega holandés Jan van Emden.³¹ No obstante, en otros países las clínicas ambulatorias gratuitas, tanto en el aspecto más crucial como en el más polémico del proyecto de Von Freund, se construyeron según la línea formulada en la conferencia de septiembre de 1918.

En medio de las negociaciones sobre las clínicas gratuitas y, para algunos, sobre el futuro mismo del psicoanálisis, Ferenczi, Ernst Simmel y Karl Abraham hicieron públicas sus experiencias recientes con la «neurosis de guerra», el controvertido diagnóstico psiquiátrico de trauma entre los soldados. Los tres médicos ya tenían una experiencia militar y psicoanalítica importante (y estaban todos destinados a fundar una clínica gratuita) antes de ir a la conferencia de Budapest. Abraham, en la treintena, seguro de sí mismo, rubio de buen aspecto y espíritu aventurero, evocó su primer tratamiento de neurosis de guerra: «Cuando fundé una unidad para neurosis y enfermedad mental en 1916 —recordaba Abraham—, descarté por completo las terapias violentas³² así como la hipnosis y otros métodos de sugestión [...]. Por medio de un tipo de psicoanálisis simplificado conseguí [...] alcanzar una completa relajación hasta el restablecimiento».³³ Como psiquiatra jefe del Vigésimo Cuerpo de Ejército en Allenstein, en Prusia occidental, Abraham montó una unidad de observación de noventa pacientes junto con su colega berlinés Hans Liebermann. Los resultados impresionaron a los oficiales del ejército húngaro, que decidieron utilizar el psicoanálisis para tratar los síntomas psiquiátricos detectados en los soldados traumatizados durante el ejercicio del deber.

Ernst Simmel, entonces médico superior del Real ejército prusiano a cargo de un hospital militar especializado en neuróticos de guerra, en Pznan (Posen), estaba entre los primeros psicoanalistas que apreciaron el trabajo de Abraham. Se podía dirigir un psicoanálisis con éxito bajo condiciones de guerra, dijo, «pero rara vez es posible un análisis individual más extenso. Me esfuerso en acortar la duración del tratamiento [...] a dos o tres sesiones».³⁴

Simmel se inspiró en sus dos años de intenso trabajo de campo como superintendente de psiquiatría militar para desarrollar los diagnósticos y tratamientos sumamente interpretativos que describió en la conferencia. En 1918, Freud se las arregló para hacer publicar las observaciones de Simmel en un corto pero impactante libro, el primer volumen editado por la nueva *Verlag*.³⁵ «Gracias a esta publicación —escribía Freud más tarde— asistieron al siguiente congreso psicoanalítico, realizado en Budapest en septiembre de 1918, delegados oficiales de la administración militar alemana, austríaca y húngara, que allí se comprometieron a establecer dispensarios para el tratamiento puramente psíquico de los neuróticos de guerra».³⁶ Por entonces ya solo unos pocos psiquiatras conservadores seguían pensando en los soldados neuróticos como desviados o desleales, y las quejas de angustia severa, fobias y depresiones acompañadas de temblores, sacudidas y calambres eran considerados como auténticos signos de enfermedad.

El interés de Sándor Ferenczi en la neurosis de guerra también tenía un origen militar. El gobierno húngaro había elogiado el trabajo de Ferenczi con los soldados trastornados psicológicamente al principio de la guerra. Ferenczi fue inicialmente médico de regimiento y sirvió en la pequeña ciudad húngara del Papa, y más adelante, en 1915, fue transferido a Budapest como director de los servicios de salud de la ciudad para soldados con trastornos psiquiátricos. El médico oficial en jefe del comando militar de Budapest le encomendó a Ferenczi diseñar una sala psicoanalítica de hospitalización completa en Budapest. Los cuarteles residenciales serían adaptados para tratar a hombres «con el cerebro deteriorado (por la guerra) o con daños orgánicos y neurosis traumática», y al menos en parte tenía como modelo el instituto terapéutico vienés de Emil Fröschels, un colega del psicoanalista Alfred Adler.³⁷ Encantado con la respetabilidad científica que le había proporcionado el psicoanálisis, Ferenczi compartía con Freud su sueño de un «estudio preliminar (para) la institución psicoanalítica civil planificada», que comenzaría aproximadamente con treinta pacientes en 1918.³⁸ Freud sugería que Istvan Hollós, un

miembro de la asociación húngara que entonces dirigía el hospital psiquiátrico de Lipometzo, o Max Eitingon, que en ese momento aplicaba la hipnosis con gran éxito en una base del ejército, o los dos juntos, serían excelentes directores adjuntos. Desde 1915 Eitingon había supervisado las divisiones de observación psiquiátrica en varios hospitales militares, uno en Kassa (Kachau) al norte de Hungría, y el otro en Miskolcz, una pequeña ciudad industrial al este de Hungría. Juntos en la conferencia de Budapest por primera vez desde el comienzo de la guerra, Eitingon junto con Ferenczi, Simmel y Abraham comenzaron a establecer políticas para su práctica civil, derivada de la experiencia en psiquiatría militar. La mayor preocupación era la triple idea de un acceso al tratamiento psicoanalítico, libre de barreras, no gravoso, y de acceso participativo. Sándor Ferenczi presentó el concepto técnico de «terapia activa» durante esos debates sobre la neurosis de guerra, e inició una controversia clínica que se ha prolongado hasta nuestros días. A través de la historia del psicoanálisis, y en gran medida en el tratamiento moderno de la salud mental, el debate entre los que proponen la intervención verbal directa del terapeuta como ayuda al paciente, de un lado, y quienes consideran que el papel del terapeuta debe limitarse a orientar la interpretación del paciente en su propia búsqueda de conocimiento interior, del otro lado, ha ido cambiando de década en década. Con todas las posibilidades alentadas por el discurso intervencionista de Freud sobre el papel del Estado, la propia alocución de Ferenczi proponía una técnica psicoanalítica donde se detallaba el límite de tiempo, los objetivos y las prohibiciones.

Para Freud, la neurosis de guerra era una entidad clínica en gran parte análoga a «la neurosis traumática, que, según se sabe, también se produce en períodos de paz tras experiencias terribles o accidentes graves», y la única diferencia entre ambas es el «conflicto entre el antiguo yo de la paz y el nuevo yo del soldado tras la guerra».³⁹ Estaba describiendo lo que ahora llamamos trastorno por estrés postraumático o PTSD (siglas en inglés), un conjunto de síntomas psiquiátricos (depresión, hipocondría, ansiedad y escenas retrospectivas alucinatorias) que experimentan hombres y mujeres que han padecido un trauma. El diagnóstico requería trazar una distinción necesaria entre una condición psicológica involuntaria y las acciones de alguna manera deliberadas, como hacerse el enfermo, mentir, desertar o la falta de patriotismo. Para Simmel, el primero en articular el concepto de neurosis de guerra, se debía tener mucho cuidado en asignar este diagnóstico. «Con mucho gusto nos abstenemos de diagnosticar por desesperación», escribió, pero advirtió que la sociedad no puede permitirse el lujo de ignorar «lo que en la

experiencia de una persona es demasiado intenso u horrible para que su mente consciente lo asimile, y a través de filtros se sumerge y opera en el nivel inconsciente de su psique».⁴⁰ La denominación de «neurosis de guerra», que resumía todas las ambigüedades del diagnóstico psiquiátrico, resurgiría en 1920 cuando el Ministerio de Defensa en Viena llamó a Freud para testificar contra el neurólogo Julius Wagner-Jauregg.

«La política absorbe hasta tal punto el interés —escribía Karl Abraham a Freud un mes después del congreso de Budapest—, que uno se ve involuntariamente apartado de la ciencia. Pese a ello, comienzan a madurar nuevos planes».⁴¹ El mes de noviembre de 1918 no solo fue memorable para Austria y para el psicoanálisis, sino también para el resto del mundo occidental. El 10 de noviembre Freud le anunció animadamente a Jones que «nuestra ciencia ha sobrevivido bien a los tiempos difíciles, y han surgido renovadas esperanzas para ella en Budapest».⁴² Al día siguiente, día del armisticio, Freud amplió su interés en el psicoanálisis con un mayor interés por el mundo: los Habsburgo, le escribía a Ferenczi el 17 de noviembre, «no han dejado más que una pila de mierda».⁴³ El mapa del mundo político de Freud estaba cambiando rápidamente. Desde el palacio Schönbrunn hasta El Escorial de Madrid, y desde el siglo XIV hasta el siglo XX, el imperio de los Habsburgo había dominado Europa durante setecientos años y se había extendido por once países y catorce lenguas. Ahora terminaba, dejando una estela de revoluciones, nacientes naciones y unos pocos gobiernos ambiciosos intentando aliviar el sufrimiento humano. En Alemania, una vez que el káiser abdicó, el socialdemócrata Philipp Scheidemann proclamó la República. Austria se hundió, tanto desde el punto de vista territorial como político, pues pasaba de la inmensidad del imperio de los Habsburgo a una república más pequeña, independiente, con la economía arrasada. En pleno esplendor, Viena había sido la capital de Austria, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, el norte de Italia y parte de Polonia. Y mientras la nueva Austria ya no se enfrentaba con la presión de manejar una enorme administración de múltiples provincias, el gobierno tenía la necesidad urgente de un liderazgo efectivo. Entre los líderes, el médico y socialdemócrata Victor Adler tenía un perfil político particularmente inventivo que se acomodaba al campo atípico del psicoanálisis. Desdeñado por Karl Lueger y los socialcristianos, Adler promovía una única identidad para el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Viena (también conocido como el socialista austríaco, SDAP en

inglés, o como el partido austro-marxista) basado en los valores combinados de intelectuales liberales y de movimientos de trabajadores.

Victor Adler era un hombre de aspecto muy afable y cabello castaño, gafas de montura metálica y un grueso bigote. Primero fue *Armenarzt* (médico de los pobres), y después, inspector del gobierno recorriendo fábricas de Alemania, Suiza e Inglaterra así como su Austria nativa, y las primeras observaciones críticas de Victor Adler sobre la vida de las amas de casa corrientes lo llevaron a seguir las políticas de reforma social. En 1886 fundó el primer semanario socialdemócrata, *Gleichheit* (igualdad), y en 1889 el *Arbeiterzeitung* (el *Times* de los trabajadores), un periódico que aún existe en la actualidad. Su personalidad convencía incluso a aquellos que se resistían a aceptar que Austria se convirtiera en una república autogobernada y constitucional. Adler pertenecía al Círculo Pernerstorfer, un grupo vienés que rechazaba el liberalismo austríaco del siglo XIX en favor del sufragio ampliado, las estructuras económicas socialistas y la renovación cultural basada en el arte, la política y las ideas. De modo que era al mismo tiempo un nacionalista y un doctor en medicina comprometido socialmente, cuyos intentos personales de satisfacer el interés por la salud de los pobres nutría la visión política de la reforma social.⁴⁴ Adler murió repentinamente el día en que terminó la guerra, el 11 de noviembre. Su amigo Sigmund Freud, que no añoraba ni la monarquía ni la estructura tradicional, escribió a Ferenczi ese día: «Hemos perdido al mejor hombre, quizás el único que podría haber sido capaz de realizar la tarea», le dijo. Y añadía: «Probablemente no pueda hacerse nada con los socialcristianos ni con los nacionalistas alemanes».⁴⁵ Los judíos vieneses habían apoyado a Francisco José necesariamente porque les ofrecía protección contra el antisemitismo.⁴⁶ En ese momento, los socialcristianos que estaban a favor de los Habsburgo se oponían a los judíos de Viena de forma abierta y peligrosa. Freud y Adler seguramente habían comentado sus intereses junto con sus puntos de vista sobre la política y la cultura vienesas y recordaban las aventuras del colegio junto con su compañero activista, Heinrich Braun.

Braun fue una de las intensas primeras relaciones en la vida de Freud con hombres influyentes, y parece haber inspirado el deseo de su amigo por una carrera reformista cuando, en la adolescencia, se encontraron en el Gymnasium, al principio de la década de 1870. Braun era «mi amigo íntimo en los días escolares», recordaba Freud años más tarde,⁴⁷ y admitía que «bajo el poderoso influjo de mi amistad con un compañero de escuela algo mayor, que ha llegado a ser un conocido político, nació en mí el deseo de

estudiar derecho, como él». ⁴⁸ Finalmente Freud eligió estudiar ciencias naturales y luego medicina, pero sus convicciones adolescentes sobre justicia social y la necesidad de liderazgo político persistieron durante toda su vida. Como Victor Adler, Heinrich Braun se convirtió en un prestigioso político socialista y un experto en la teoría de la economía social. Cuando Braun murió en 1926, Freud envió una nota de condolencias a la viuda de su compañero de clase, dejando claro cómo la política estaba en los pensamientos compartidos por los tres amigos. «En el Gymnasium éramos amigos inseparables [...] Despertó en mí una multitud de inclinaciones revolucionarias [...]. Ni las metas ni los medios para nuestras ambiciones eran claros para nosotros [...]. Pero una cosa era cierta: que yo trabajaría con él y que nunca podría abandonar a su partido». ⁴⁹ Y nunca lo hizo, pues compartió con Braun, Adler e inclusive otro compañero de infancia, Eduard Silberstein, el bagaje de la tradición del siglo XIX de los liberales y eruditos médicos ateos. Ya en 1875, Freud le preguntó a Silberstein si los socialdemócratas austríacos «también son revolucionarios en temas filosóficos y religiosos; opino que a uno le descubre más cosas esta relación que cualquier otra, tanto si el rasgo básico de carácter es realmente radical como si no lo es». ⁵⁰ El adolescente Freud se preguntaba si el radicalismo, filosófico o religioso, en alguien como él era más importante para una posición revolucionaria que incluso el progresismo de la socialdemocracia. La carrera de Freud tendría que ser esta: forjar una posición revolucionaria, combinar el creciente liberalismo innovador con la ciencia, poner la profundidad y sofisticación tradicionales de las humanidades al servicio de las necesidades de la población. Al final, la lucha adolescente se resolvió por medio del descubrimiento del psicoanálisis. Mucho más tarde, el adulto Freud alquiló una vivienda que había pertenecido anteriormente a la familia de Victor Adler en Berggasse 19, una calle vienesa de sólidos edificios en la pendiente de una colina cerca de la Universidad de Viena. Victor Adler murió el día antes de que se decretara la República austríaca, pero sus ideas fueron la semilla de la época conocida como *Rotes Wien*, la Viena Roja. Así como la República de Weimar, la progresista Primera República duraría menos de veinte años.

En la Viena Roja el nacimiento de un Estado socialdemócrata fue posible, incluso antes

de Braun o Adler, gracias a la influencia del doctor Julius Tandler, el anatomista de la Universidad de Viena cuyo papel como administrador del sistema pionero de bienestar de la nueva República era apenas superado por su brillante reputación académica. En ese momento, al principio de la cincuentena, Tandler había sido profesor en la Universidad de Viena desde 1910 y decano de la Facultad de Medicina durante la guerra. Se hizo cargo de la Subsecretaría de Estado para la Salud Pública el 19 de mayo de 1919. Durante los diez años siguientes Tandler luchó por una gran ampliación de la salud pública y los servicios del bienestar, y dio una solución política integral para las altas tasas de mortalidad infantil, las enfermedades infantiles y, en fin, la pobreza de las familias de la ciudad. Los socialdemócratas «esperaban eliminar la vergüenza de haber nacido hijo ilegítimo», recordaba la psicoanalista Else Pappenheim. «Cualquier niño nacido fuera del matrimonio —decía— era adoptado por la ciudad. Se quedaba con la madre, y si esta era pobre se la enviaba durante seis meses a un hogar con el niño, que era adoptado oficialmente».⁵¹ Impactó incluso a un grupo de médicos americanos que visitaron Viena: «En ninguna parte la teoría y la práctica de la custodia legal para niños ilegítimos y dependientes ha sido llevada tan lejos», observaron.⁵² En realidad, la atención médica pediátrica se originó en Austria, y los principios de la tutela, el Estado en sí mismo, había estado sustituyendo el apoyo paterno para niños ilegítimos desde hacía tiempo. Durante los breves años de la guerra, el éxito extraordinario de los servicios infantiles mitigó la mayor parte de las críticas. Para Julius Tandler la salud de los niños era simplemente la fundación necesaria de un Estado saludable. Tanto en el consistorio de la ciudad de Viena como en la universidad, donde sus estudiantes de medicina incluían a futuros psicoanalistas prominentes como Erik Erikson, Wilhelm Reich, Otto Fenichel y Grete y Edward Bibring, las creencias de Tandler eran tan legendarias como su temperamento irascible, su largo bigote blanco, el sombrero de ala ancha y la pajarita.

Entretanto, Otto Bauer, el matemático que asumió la presidencia de los socialdemócratas a la muerte de Victor Adler, aplicaba la prudente fórmula de progreso del partido a la recuperación económica de Viena. El nuevo gobierno de Bauer, que incluía al abogado y experto en fiscalidad Robert Danneberg y a Hugo Breitner, antiguo

director del Ländesbank austríaco, buscaba socializar la vivienda sin atacar la propiedad privada, construir un sistema de gobierno viable basado en la democracia parlamentaria, y consolidar el país económica y políticamente. Para articular la compleja asociación entre arquitectura urbana y planificación social, Bauer contrató como secretario privado a Benedikt Kautsky, hijo del teórico del socialismo internacional Kark Kautsky y editor de la correspondencia de su padre con Engels y Victor Adler. Robert Danneberg abordó temas legales y confeccionó un conjunto de nuevas ordenanzas municipales. Finalmente, Hubo Breitner se convirtió en consejero de finanzas y responsable de la política fiscal y presupuestaria. Juntos abolieron el sistema fiscal anterior a la guerra y elaboraron una estrategia «a prueba de inflación» para proteger los ingresos de la ciudad en un entorno económico excepcionalmente volátil. Lanzaron una serie de medidas inteligentes de redistribución de impuestos que consiguieron equilibrar las cuentas municipales mientras permitían al gobierno continuar funcionando dentro de la economía capitalista preexistente. Diez años más tarde, en 1929, algunos extranjeros, como los representantes americanos del Fondo de la Commonwealth que estaban completando su misión filantrópica en salud pública, consideraron que la estrategia había sido un logro impresionante en todos los frentes económicos. «La ciudad socialdemócrata ha puesto en marcha una gama de experimentos en fiscalidad y ha sido pionera en empresas municipales (vivienda, por ejemplo) de una manera que concita la atención de toda Europa», informaban William French y Geddes Smith.⁵³

Entre 1918, al final de la Primera Guerra Mundial, y la mitad de la década de 1930, cuando comenzaron las incursiones fascistas en las calles de Viena, el principio de siglo fue una ruptura gradual y a veces dolorosa del reinado distante de la monarquía. La disolución en octubre de la monarquía austrohúngara había provocado el declive abrupto de un imperio supranacional de cincuenta y dos millones de súbditos en un Estado federal de solo seis millones de ciudadanos, un tercio de los cuales vivía dentro de los límites de Viena. Simultáneamente, el ascenso del *Deutschösterreich*, la así autodenominada Austria rural, generó conflictos con la Viena urbana (tanto en el área metropolitana como en la antigua ciudad imperial) que solo terminarían en 1933. Los terratenientes y los agricultores, conservadores y católicos en general, eran reacios a la idea de compartir alimentos, carbón y materias primas con la ciudad, que representaba para ellos decadencia, impuestos y judíos. La rama de la Viena Roja del marxismo austríaco, y la convicción socialdemócrata de que el cambio político y social debía ser

cada vez mayor, hicieron sonar las alarmas de los círculos tradicionalistas, pero el apoyo que recibió de la vanguardia progresista iba a asegurar su supervivencia. Una vez que el término *austro-marxismo* se volvió sinónimo de una alianza única entre las artes liberales y las profesiones de la salud, se deshizo de muchas de las imágenes negativas asociadas tradicionalmente con los movimientos de izquierda. Los socialdemócratas creían que era posible sostener futuras políticas socioeconómicas humanitarias sin violencia y a través de elecciones genuinamente democráticas. Por el momento, sin embargo, la construcción de viviendas, los conciertos sinfónicos para los trabajadores, la reforma escolar, las excursiones de esquí, las colonias de verano para niños de ciudad y los subsidios dejaban claro el compromiso del partido con la mejora de la realidad cotidiana de la vida humana. Un sistema genuino de bienestar coexistía con conferencias, bibliotecas, teatros, galerías y museos públicos, estadios deportivos y festivales populares. El éxito de estos experimentos condujo a la confluencia de diversas corrientes ideológicas que integraban un punto de vista económico materialista y centrado en el presente con la cultura tradicional, liberal.

Entre los años 1918 y 1934 Viena alcanzó un nivel extraordinariamente alto de producción intelectual. El compositor modernista Arnold Schoenberg y sus dos célebres discípulos Anton von Webern y Alban Berg, ligados a Austria por su reciente reclutamiento para luchar en la guerra, pero alejados de su nación por la cultura y la religión, formularon su denominada Escuela Vieneses de Música del Segundo Milenio, o del Siglo XX. Los polémicos músicos rompían con las formas tradicionales de la música y articulaban un nuevo sistema dodecafónico de la composición en serie. En febrero de 1919, Schoenberg fundó un foro de música moderna, la *Verein für musikalische Privataufführungen* (Sociedad para la interpretación privada de música), donde los compositores presentaban música de cámara, canciones, e incluso óperas, que desmantelaban la herencia musical de Viena, y exaltaban el modelo atonal contemporáneo. La *Verein* funcionó hasta 1921, tanto con las clases de composición de Schoenberg como ofreciendo algunas localidades para los conciertos con un pago a voluntad del espectador. La música moderna atraía a una escasa audiencia, pero el joven Wilhelm Reich, que aún iba a la escuela de medicina y se había hecho amigo de Otto Fenichel, Grete Lehner Bibring y otros futuros psicoanalistas, muchos de los cuales tocaban el piano, se apuntó en la *Verein* de Schoenberg. En filosofía, el Círculo de Viena (incluido Rudolf Carnap, defensor del positivismo lógico) se reunía semanalmente en la

Universidad de Viena entre 1925 y 1936 para examinar la relación entre las matemáticas y el mundo de la psicología. Y, en medicina, Guido Holzknecht, que ya era miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, fue pionero en el uso de la radiología mientras Clemens Pirquet formulaba la teoría de la alergia. Conscientes aún de su pasado, algunas instituciones como la Bildungszentrale (el centro socialdemócrata para la educación de adultos) y los museos municipales patrocinaban exposiciones donde mostrar estadísticas ilustradas de Otto Neurath que comparaban la vida cotidiana después de la guerra con la Viena de tiempo atrás. Se construyó un puente entre el arte y la sociología a partir de observaciones sobre las familias. De todas las producciones culturales que enlazaban el psicoanálisis con la Viena Roja, la nueva arquitectura para edificios públicos iba a demostrar que las construcciones que se edificaban específicamente para atender a las necesidades de los niños y las familias de la ciudad, atendían también las necesidades psicológicas esenciales.

Richard Sterba, recordaba que: «Las condiciones de vida en la Viena de posguerra eran miserables. Las raciones oficiales de comida eran tan pequeñas que uno tenía que complementarlas en el mercado negro para sobrevivir. No había combustible para la calefacción ni en casa ni en la universidad y hacía un frío insoportable en los pisos y las clases». ⁵⁴ Con el número de matrimonios y nuevas familias que se crearon al final de la guerra, la escasez de vivienda en Viena se convirtió en un problema grave para los jóvenes como Sterba. Con el retorno de los funcionarios del antiguo imperio y del personal militar, los recién casados que aún no tenían familia numerosa se veían obligados a subarrendar habitaciones o a alquilar «espacios para dormir» en los pisos existentes. La demanda de vivienda aumentó conforme los trabajadores eran desalojados de sus subarrendamientos y abandonados sin soluciones alternativas para su vivienda. Las casas de vecinos en las que permanecían las familias indigentes no tenían ni gas ni electricidad, y muchos residentes compartían el agua y los lavabos del vestíbulo o el pasillo. Inflación, desempleo, insuficiencia de capital privado invertido en bienes inmuebles y caída de los salarios reales se sumaban a una grave crisis de vivienda. Ya se habían reducido las rentas debido al *Mieterschutz* (la protección del inquilino, conocida también como control del alquiler), un decreto del gobierno del 26 de enero de 1917 destinado a proteger a los soldados y a sus dependientes familias de los aumentos del alquiler y los desalojos.

El núcleo la Viena Roja, donde Freud vivía y trabajaba, era «no tanto una teoría como

una forma de vida [...] impregnada de un sentido de esperanza que no tiene paralelo en el siglo XX», recuerda Marie Jahoda, una de las psicólogas sociales modernas más influyentes.⁵⁵ En el Instituto de Psicología de la Universidad de Viena, Karl Bühler, Charlotte Bühler, Paul Lazarsfeld y Alfred Adler combinaban el nuevo «método experimental» con la psicología académica basada en el laboratorio de observación directa de niños. En la escuela de medicina universitaria, Wilhelm Reich, Helene Deutsch y Rudolf Ekstein habían puesto en marcha una segunda generación de psicoanalistas con una específica orientación activista de izquierda. Al reflexionar en lo que la Viena Roja significó para la increíble gama de psicólogos sociales, psicólogos evolutivos, educadores y psicoanalistas, arquitectos y músicos cuya vocación surgía de una excepcional unión de ideología y práctica, Jahoda explica que quedó cautivada por aquella visión activista del mundo. El *Revolucionarismo* era, sin embargo, otra denominación del espíritu de la Viena Roja. Helene Deutsch acuñó este término en sus memorias de juventud, cuando era una ambiciosa estudiante de medicina nacida en Polonia, tan interesada en el activismo político como en la psiquiatría y, luego, en el psicoanálisis. La joven Helene Deutsch, cuyos impactantes rasgos clásicos resaltaban con el cabello oscuro recogido, era la amante secreta del líder socialista Herman Lieberman y junto a él conoció a la influyente defensora del marxismo Rosa Luxemburgo.⁵⁶ Deutsch fue una de las primeras y pocas mujeres admitidas en la escuela de medicina de la Universidad de Viena, donde estudió anatomía con Julius Tandler justo antes de la guerra. También fue la única psiquiatra femenina en la guerra con permiso para trabajar en la clínica de Wagner-Jauregg. Como médico admiraba especialmente al equipo de Kollwitz, a la artista socialista Käthe y a su marido, pediatra (activistas de Berlín que luego formaron la Asociación de Médicos Socialistas junto con Albert Einstein y el psicoanalista Ernst Simmel).

El joven Wilhelm Reich también estaba en Viena, y era entonces un apasionado médico interno que destacaba incluso entre los otros dos mil estudiantes. Como la mayoría de los psicoanalistas que carecían de posición política al principio de la guerra, Reich se radicalizó en 1918. Reich, que se incorporaría al Ambulatorium como director adjunto cuatro años más tarde, en 1922, acababa de licenciarse del servicio militar y de inscribirse como estudiante de medicina. En sus propias memorias de la Viena Roja, Reich explicaba que «todo estaba mezclado: el socialismo, la burguesía intelectual vienesa, el psicoanálisis» al describir esa época en la que se cuestionaron todos los

supuestos sobre los intereses del gobierno, los individuos y la sociedad.⁵⁷ Poco después de su primer encuentro con Otto Fenichel en la escuela de medicina, Reich leyó *Esoterik*, de Fenichel, que lo impresionó enormemente porque las imágenes de este ensayo capturaban realmente la agitación de la Viena Roja.⁵⁸ Como él recordaba, aquel texto sacaba a la luz por primera vez el testimonio escrito de una mujer que explicaba su lucha moral y política para que se le reconociera el derecho de usar su cuerpo para la reproducción, para venderlo o para el erotismo, en solitario o en compañía. Aquellas cuestiones desafiaban a Reich, quien en su posterior red de clínicas gratuitas ofreció, efectivamente, planificación familiar gratuita y confidencial para las mujeres. Mientras tanto, sus amigos Fenichel, Siegfried Bernfeld y Bruno Bettelheim se involucraron en los complejos grupos *Wandervogel* de Viena y, como otros jóvenes que volvían del frente, aplaudían la transformación crucial del movimiento, que había pasado del nacionalismo pangermánico prebélico a una posición «antibélica, pacifista y de izquierda».⁵⁹ Realmente, los jóvenes reformadores representaban solo un aspecto del movimiento juvenil ya que este se había dividido hacía poco en diversas líneas ideológicas. Los miembros de izquierda se afiliaron al socialismo, al comunismo y al sionismo mientras que otros se integraron a los nacionalistas cristianos y a otros grupos de derecha aún más radicales, precursores de las organizaciones nazis, como las juventudes hitlerianas. Los amigos izquierdistas de Bettelheim estaban específicamente interesados en la reforma radical de la educación. Inspirados en el ideal de una comunidad espontánea, que había propuesto el anarquista Gustav Landauer, entonces en boga,⁶⁰ se reunían los domingos en los bosques de Viena. Era este un vasto y exuberante parque suburbano de jardines y senderos con agradables bares al aire libre, lugar de recreo donde los grupos de jóvenes paseantes se reunían para jugar, cantar y discutir de política. Años más tarde, Bettelheim aún disfrutaba relatando la anécdota del día en que Fenichel irrumpió en su grupo, con su uniforme militar. Fenichel a menudo era desconsiderado, pero esa vez interrumpió la conversación exponiendo los puntos de vista de Sigmund Freud. Freud acababa de pronunciar algunas de sus famosas conferencias en la universidad y el deslumbrado Fenichel apenas podía contener la fascinación exuberante que le producían los sueños, la interpretación de los sueños y la sexualidad. Bettelheim, por su parte, tenía algo de prisa pero también curiosidad: «A pesar de que habíamos oído hablar vagamente acerca de estas teorías en nuestro círculo, que acometía con entusiasmo todas las ideas radicales nuevas —recordaba Bettelheim de su primer contacto con el psicoanálisis—, no

sabíamos de él nada sustancial».⁶¹ No obstante, dado que la fascinación parecía infectar también a la novia de Bettelheim, él corrió a encontrarse con el Sigmund Freud real. No pasó mucho tiempo antes de que Bettelheim hubiera encontrado su vocación (y recuperado, asimismo, su relación sentimental).

«Es bueno que lo viejo muera, pero lo nuevo aún no ha llegado», escribía Freud a su gran amigo y colega Max Eitingon de Berlín, solo unas semanas antes del final de la Primera Guerra Mundial. El primer atisbo de libertad de Freud desde la guerra fue «terriblemente emocionante».⁶² Ya en octubre de 1918, Freud tenía un sentido real de los notables cambios, en todos los niveles de la sociedad, que estaban a punto de transformar el mundo que había conocido. Un mes antes, junto con Eitingon y otros miembros de la nueva IPA que se habían reunido en Budapest para su quinto congreso internacional, Freud había trazado lo que llamaría significativamente «nuevos caminos» en la batalla por el psicoanálisis. Habían aprobado planes de largo alcance que requerirían sociedades psicoanalíticas locales para promover la investigación clínica, programas estandarizados de formación y clínicas ambulatorias gratuitas, en un clima de confianza y entusiasmo. El psicoanalista Rudolf Ekstein recordaba cómo «Anna Freud [y] August Aichhorn estaban interesados no solo en temas teóricos, sino también en temas prácticos de educación. En la Viena Roja, por supuesto —decía—, allí estaba Sigmund Freud».⁶³

1919

«EL POLICLÍNICO SE ABRIRÁ EN EL INVIERNO
Y SE CONVERTIRÁ EN UN INSTITUTO Ψ»

A los educadores de jóvenes en centros comunitarios cerca del Prater —una zona de Viena con sórdidas diversiones y prostitución—, la idea de establecer centros de tratamiento escolar para niños abandonados tras cuatro años de guerra y hambre les pareció una liberación. Había aparecido un anuncio para este preciso tipo de centro en el otoño de 1919, menos de un año después del armisticio, en el tablón de anuncios del Gymnasium local, el instituto de enseñanza secundaria de la calle Zircusgasse. El cartel anunciaba también la inminente apertura de una sección adicional del *Volksheim*, un tipo de residencia universitaria en la que los trabajadores asistían a clases nocturnas. Los cursos anunciados abarcaban desde la psicología infantil hasta la reforma educativa. Los impartiría Alfred Adler, fundador de una nueva escuela de Psicología Individual, y algunos seguidores de Sigmund Freud, como Siegfried Bernfeld y Hermine Hug-Hellmuth. Adler y Freud estaban dando conferencias en Viena y, más allá de la intimidad de los círculos psicoanalíticos, sus notorias diferencias de entonces aún no eran evidentes. En cualquier caso, dada la profunda necesidad entre los niños y los maestros de Viena, todo analista podía contar con encontrar una audiencia que agradecía la atención minuciosa, cuidadosa y metódica de la psicología infantil.

Adler era un orador atractivo, vestido impecablemente con traje de *tweed* a medida, camisa blanca almidonada, cigarro, actitud pensativa, bigote y gafas de montura metálica. A las ocho de la tarde, cuando Adler comenzaba a hablar en el *Volksheim*, la pequeña clase poco ventilada ya estaba tan abarrotada que incluso una clase más amplia apenas podía alojar a los maestros, asistentes sociales, psicólogos y enfermeras, todos ellos previamente impresionados por sus nuevos escritos en psicología educativa. El anuncio del Gymnasium apuntaba que Adler enseñaría un curso semestral llamado «Curación y Reeducción». Su conferencia comenzaba normalmente con una apasionante descripción de un caso, tal vez de Frank, un muchacho tímido de dieciocho años de un barrio marginal que mentía diciendo que su madre estaba gravemente enferma. La maestra de

Frank había visto a su enérgica madre en la lavandería, y no parecía agonizar. ¿Por qué había mentido el muchacho? Utilizando la técnica analítica de Adler, ella se dio cuenta de que las historias de Frank no eran «mentiras patológicas», sino, por el contrario, dispositivos que surgían de su necesidad de rectificar los sentimientos dolorosos de rechazo familiar y de abandono por parte de la comunidad. Adler inauguraba sus seminarios con historias como esta, aportando alguna información y principios generales para luego pedir a los participantes ejemplos de casos. Podía extraer análisis de una precisión impactante de pequeños incidentes de la vida cotidiana en los que de repente los niños se volvían importantes y la necesidad humana de pertenecer a una sociedad comunitaria adquiría una gran relevancia.

La joven psicóloga Hilde Kramer se encontraba en esa audiencia. Se había prestado voluntariamente a presentar el caso de su difícil cliente juvenil, Ernest, y le impactó la claridad de la explicación de Adler sobre el problema psicológico del muchacho. Pensó que curar con reeducación era una técnica avanzada, una unión pragmática de teoría y terapia. Porque, en primer lugar, los conceptos de «individualismo» y «comunidad» no eran necesariamente incompatibles; en segundo lugar, los niños eran tan sensibles como los adultos, si no más, al significado subyacente de esos dos términos y los hacían menos contradictorios; y, en tercer lugar, no haría daño reforzar en los niños el doble mensaje: que cada niño tiene un valor singular en el universo y, al mismo tiempo, está obligado a usar ese valor en beneficio de la comunidad. Dado el interés de Kramer en las necesidades de los niños y las familias de posguerra, era obvio que el paso siguiente era poner en marcha alguna forma de programa terapéutico independiente siguiendo estas líneas. Además, la posición ascendente de Adler en los círculos políticos y pedagógicos implicaba que el tipo de programa de clínicas gratuitas que Kramer se imaginaba, con perfil socialdemócrata, beneficiaría a numerosas familias locales. El intento de la joven psicóloga de ganar a Adler para sus ideas era alentador y, una tarde en que daba una de sus conferencias en el centro comunitario Prater, Adler se dedicó específicamente al interés de ella: «¿Por qué no comenzar con un lugar de orientación infantil (*Erziehungsberatungstelle*) por el bien de los niños y de los padres?», preguntó.¹ Era el momento de poner en marcha el primer centro de orientación infantil, la Clínica de Orientación Infantil.

El primer paciente de la nueva clínica fue el mismo joven Ernest, un ansioso y delgado muchacho de ojos penetrantes que destilaba hostilidad y, o bien estaba enfurruñado en

una silla, o bien salía corriendo por los tejados de los vecinos. Ernest era un primogénito, la mascota mimada de nueve años de unos padres excesivamente emotivos que, cuando nació su segundo hijo, perdieron de nuevo la cabeza. El niño, amargado, atacaba a su hermano pequeño, se ganó el lugar de cabeza de turco de la familia y se convirtió en vasallo de los recados familiares. La madre de Ernest intentó entonces darlo en custodia al Estado pero el tribunal rechazó tratar un «problema familiar» y los derivó a los servicios sociales. La madre y el hijo llegaron a la clínica desesperados. Kramer aún no había hablado con Adler, quien al final se enteró de la llegada del niño: «Trate de ayudarlo», animó Adler a Kramer. El trabajo terapéutico que ella comenzó entonces fue denominado psicología «individual», pero en verdad involucraba todo el ambiente social, incluida la familia, la escuela y el barrio. La madre se calmó una vez que la intensidad de su propia desesperación fue aceptada y tratada, estabilizando la atención distorsionada que prestaba a su hijo, lo que mitigó el comportamiento ansioso de Ernest. Cuando el consejo del grupo de padres en la escuela (algo como una asociación psicológica de padres y profesores) convocó una reunión vespertina para decidir si la extraña conducta indisciplinada de Ernest se había vuelto peligrosa para los otros noventa y nueve niños de la escuela, su madre se sintió más apoyada que reprendida. Adler revisó el caso, comentando que solo es peligroso un niño que es una unidad enteramente autónoma, pero que la genuina habilidad de Ernest para adaptarse con prudencia al centro comunitario y a la seguridad y confianza de sus compañeros de clase era un signo de salud.

La reformulación de Adler de la patología del niño ayudó al equipo de la Clínica de Orientación Infantil a promover su exitosa «reeducación» en la escuela y el hogar.

Este modelo de clínica de orientación infantil fue imitado en toda Viena durante los quince años siguientes. La mayoría de las clínicas estaban alojadas dentro de las escuelas y eran también laboratorios de tratamiento de niños que sufrían de carencia de lo que Adler denominó *Gemeinschaftsgefühl*, o sentimiento de comunidad. Adler instituyó una red de centros de prevención de suicidios para la ciudad porque desde su punto de vista el suicidio individual era una forma de traición a la comunidad. La pasión por la comunidad era la segunda naturaleza de Adler, quien había iniciado su vida profesional como *Armenarzt* pero, a diferencia de su homónimo (el otro médico famoso de

mentalidad reformadora, Victor Adler), al final eligió una carrera médica y no política. El «médico comunitario» austríaco (*Gemeindearzt*) de la década de 1920, un médico particular subsidiado por la comunidad, supervisaba la gestión de enfermedades contagiosas, autopsias y tratamientos gratuitos de los pobres. Este primer trabajo en salud pública le dio a Adler una formación práctica para sus programas de contenido comunitario y el consiguiente sistema psicológico. De popularidad ascendente entre los socialdemócratas, Adler atribuía la desigualdad social y la sensación humana de inferioridad a la perniciosa carencia de *Gemeinschaftsgefühl*.

En aquel mes de mayo de 1919, en unas aplastantes elecciones que se repetirían en 1927, el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores (SDAP) triunfó sobre los socialcristianos en las primeras elecciones de votación secreta. Las mujeres votaron por primera vez bajo el paraguas del sufragio universal y llevaron a las elecciones su interés por la salud familiar y la profunda preocupación por la necesidad de una firme acción gubernamental contra la oleada de tuberculosis, malnutrición y precariedad en la vivienda que diezmaban a los niños de la ciudad. Freud firmó la petición electoral a favor de los socialdemócratas.² El plebiscito se acomodó a un gobierno socialista que duró hasta su destrucción violenta a manos de los fascistas austríacos en 1934. Si bien el partido socialdemócrata había tenido una presencia cada vez más contundente en el paisaje político austríaco desde 1897, sus representantes solo consiguieron la mayoría en esas elecciones, cuando obtuvieron cien de los ciento sesenta y cinco asientos en el consistorio municipal. El nuevo Rathaus socialdemócrata, el consistorio de la ciudad de Viena, utilizó su mayoría absoluta para promover un programa de mayor innovación en las políticas comunitarias y rediseñar prácticamente cada recurso municipal.

Los políticos y funcionarios recién elegidos al principio no se sentían cómodos en presencia de Paul Federn y otros psicoanalistas políticos elegidos, leales a Sigmund Freud, en las reuniones del Rathaus. Federn era un hombre imponente, muy alto, de voz atronadora, brillantes ojos negros y una larga barba negra, cuya apariencia era poco menos que amenazante. Pero su posición social era completamente normal para un psicoanalista de 1919: era un médico titulado, representante del Primer Distrito de Viena, activo en la Organización Social de los Médicos de Viena y miembro de la junta de la Asociación para el Convenio de Viena. Richard Sterba, amigo de Federn, señalaba que: «Ideológicamente, la mayoría de los analistas eran liberales. Sus simpatías, como las de la mayoría de los intelectuales vieneses, estaban con los socialdemócratas».³ Federn

poseía grandes principios morales y una pasión por el trabajo asistencial reflexivo que, aún muchos años más tarde, hizo que su familia lo apodara «hombre-policlínico». No tardó mucho en convertirse en un valor para el nuevo alcalde socialdemócrata de Viena, Jakob Reumann.⁴ Este, que había sido tornero de madera, era un hombre amable y de anchos hombros, y desde 1900 había editado el *Arbeiterzeitung*. La alcaldía le ofreció una oportunidad de demostrar la eficacia del nuevo partido socialdemócrata en la aplicación de las estrategias de bienestar social a la crisis económica de la Viena de posguerra. Además de ayudar a Viena a llegar a ser una provincia separada, Reumann impuso la salud pública a gran escala y las políticas de bienestar infantil. Su primera prioridad era reconstruir una infraestructura viable para la salubridad ciudadana y la distribución de alimentos, y no rechazaba recibir ayuda exterior para las necesidades de la ciudad. Ante estas circunstancias incluso los países capitalistas parecían contentos con ofrecer asistencia y numerosas obras privadas de caridad americanas como la Fundación Rockefeller y el Fondo de la Commonwealth fueron generosos (aunque inevitablemente dispusieran de su propio programa social). Los alimentos y el transporte para niños los compraba el European Children's Fund of the American Relief Administration (Fondo para los niños europeos de la administración de asistencia americana), dirigida entonces por Herbert Hoover, que a su vez creía que a los adultos debían asistirlos, eventualmente, asociaciones de amigos.⁵ Esta postura, según la cual los adultos libres pueden valerse por sí mismos, cambió en 1922 cuando ambos proveedores de fondos, americanos y austríacos, decidieron apoyar a las familias en paro y a los académicos subempleados. Estas instituciones privadas apenas veían contradicción en sus objetivos de la posguerra, que consistían tanto en promover el entendimiento internacional y la disminución del nacionalismo como en difundir los ideales de la democracia americana. En la práctica, sin embargo, los niños de Viena, especialmente los huérfanos de guerra, requerían apoyo directo de emergencia de los dispensarios médicos, programas antituberculosos y enfermeras formadas. Cuando, al cabo de un año, llegaron los fondos para el bienestar de esos niños provenientes de Ely Bernays (el cuñado americano de Freud), del Proyecto de Reconstrucción de Posguerra de la Cruz Roja americana y del Fondo de la Commonwealth, Sigmund Freud integró, con Reumann, Paul Federn y Julius Tandler, un comité para prever su distribución.

El nuevo gobierno vienés apoyó el derecho a la vivienda e instó al desarrollo de una extraordinaria colección de edificios de apartamentos, la *Gemeindebauten*, cuya escala,

alcance e impacto arquitectónico y social no se han reproducido desde entonces. Los edificios que se construyeron en la ciudad de Weimar, en la Alemania central, diseñados a principios del mismo año (1919) por el renombrado arquitecto Walter Gropius e inspirados en la Bauhaus, generalmente son más conocidos, pero son comparables en intención al *Gemeindebauten* vienes. Como los edificios de Gropius, la *Gemeindebauten* de Viena celebraba la mecanización con unidades estandarizadas, e incluso prefabricadas, diseñadas para aumentar la eficiencia humana sin sacrificar la necesidad igualmente humana de gratificación estética. Los proyectos de vivienda en Viena y en Weimar compartían una lógica socialdemócrata de base, la de las teorías y prácticas de Loos, Peter Behrens, y Bruno Taut, antes de la guerra. Arte y oficio juntos, funcionalismo integrado con estética, razón y pasión, la escuela taller Bauhaus de Alemania (en parte como la *Werkstätte* de Viena) fusionaban artes puras y aplicadas para producir una estimulante variedad de diseños para muebles, lámparas, alfombras, vajillas, joyas, tipografías y diseño de libros, danza y música. La teoría y la práctica de Gropius sobre «arquitectura total» comunitaria, tan cautivadora como un heroico mito germánico, imaginaba los «nuevos edificios del futuro, que serán todo junto, arquitectura, escultura y pintura, en una forma simple, elevándose hacia el cielo a partir de las manos de millones de artesanos como un claro símbolo del surgimiento de una nueva fe».⁶ Lo mismo se podía decir del *Gemeindebauten* vienes, el excepcional programa de construcción que realojaría a miles de familias durante los quince años siguientes y que era, ya en 1919, la pieza central de la Viena Roja. En Alemania y en Austria estos grandes edificios bellamente diseñados eran totalmente congruentes con la preocupación de los psicoanalistas por el bienestar social.

Esta campaña de vivienda se convirtió en el punto álgido en las tensiones políticas entre el partido de izquierda que gobernaba la ciudad y la mayoría conservadora de la nación, clerical y rabiosamente antisocialista. Los socialcristianos —entre ellos el psiquiatra conservador Julius von Wagner-Jauregg— se veían también como defensores de la familia media de clase trabajadora, y seguían abogando por su programa antisemita enormemente popular que había promovido Karl Lueger, el poderoso alcalde de Viena de 1897 a 1910. Cuando Hitler estaba viviendo en Viena, de 1908 a 1913, se empapó del odio vengativo hacia los socialistas y los judíos, así como de la retórica populista del alcalde. Paradójicamente, la administración de Lueger fortaleció la infraestructura pública de la ciudad, centralizó la distribución de gas, electricidad, agua potable, e inauguró el

Stadtbahn, el tren urbano con las elegantes estaciones diseñadas por Otto Wagner. Y Austria pudo contar con un Departamento Nacional de Salud (una sección del Ministerio de Bienestar Público) con leyes sanitarias notablemente modernas, control de suministro de agua y alcantarillado, inspección alimentaria, enfermedades contagiosas e irregularidades de construcción desde 1870. Otras grandes ciudades de Europa central vieron planes comparables de reconstrucción urbana desarrollados después de las revoluciones de 1918 que introdujeron el sufragio universal y la democracia parlamentaria. Sin embargo, las políticas innovadoras de Viena para la vivienda eran únicas y mejoraron categóricamente la vida de los jóvenes trabajadores austríacos y sus familias, la tercera parte de los cuales, al menos, vivía en la capital o en sus alrededores. Estos eran los soldados que acababan de volver del frente y sus nuevas familias, o los veteranos y sus dependientes familias al borde del desahucio, para los cuales la falta total de construcción de nuevas viviendas significaba vivir sin techo y en condiciones urbanas cada vez más precarias. En última instancia, la extensa e imaginativa reforma de la vivienda fue posible gracias al nuevo estatuto de la ciudad como provincia (*Bundesland*) por derecho propio, responsable de su propio sistema fiscal. Los socialdemócratas que gobernaban la Viena independiente del resto de Austria creían que la reforma implicaba la conjunción de políticas sociales y económicas. Obtuvieron mayor apoyo entre los nuevos grupos de votantes al incluir a las mujeres y a otros grupos que antes estaban privados del derecho a ser representados, y consolidaron su partido atendiendo tanto a la crisis de vivienda como a los grandes problemas de salud pública, la tuberculosis y la malnutrición.

El brote de tuberculosis (y la consiguiente mortalidad infantil) era característico de la escasez de condiciones de salubridad y alimentación de posguerra, pero en 1919 su intensa propagación era una grave amenaza para los niños de la clase trabajadora. Tandler no perdió el tiempo y contuvo el daño. El anatomista carismático tendió un puente entre sus antiguas responsabilidades académicas y las nuevas responsabilidades cívicas, creando un sistema particularmente elaborado de ayuda a los niños. Con el imaginativo superintendente escolar Otto Glöckel y el pediatra Clemens Pirquet, inventor de la prueba cutánea para la tuberculosis, como asociados, Tandler combatió la tuberculosis con un programa sistemático de bienestar social y salud pública. Con el tiempo, este programa llegaría a incluir almuerzos escolares, revisiones escolares médicas y dentales, instalaciones de baños municipales, vacaciones y colonias de verano de

patrocinio público, nuevas guarderías, centros de estudio extraescolar y clínicas especiales para la tuberculosis y ortopedia de la infancia. Con la idea de unificar salud y salud mental del niño, los pediatras como Felix Tietze intentaron conseguir un nuevo tipo de especialización sociomédica. Entre 1920 y 1924, Tietze trabajó en la clínica Pirquet, la unidad pediátrica, en un dispensario de tuberculosis, dirigió un estudio sobre bienestar infantil, y asesoró a los donantes de la Commonwealth y la Cruz Roja en Viena.⁷ Como resultado de este amplio abordaje, a principios de la década de 1920 la mortalidad infantil había disminuido en un 50%, y la tasa general de defunciones, un 25%. Proliferaron las guarderías y los parvularios que pasaron de veinte en 1913, a 113 en 1931, con diez mil niños registrados.⁸ En las renovadas escuelas públicas laicas la enseñanza práctica y la creatividad reemplazaron a la memorización pasiva. Muchos de los programas escolares más nuevos fueron influidos por las innovaciones educativas de Maria Montessori y su fe en la creatividad innata y en la alegría que le produce al niño aprender. Especialmente después de 1924, los métodos de Montessori centrados en el niño supusieron un acercamiento entre el educador y los psicoanalistas como August Aichhorn y Siegfried Bernfeld (que ofrecía servicios de consulta gratuitos en el Ambulatorium) y otros intelectuales dedicados al bienestar y la educación de los jóvenes. En este entorno, la carrera de Anna Freud como una *volksschul-Lehrer* (una maestra de escuela del pueblo) en una escuela primaria la llevó a desarrollar una serie de seminarios públicos sobre la relación teórica y práctica entre psicoanálisis y educación. En el centro de toda esa modernización, Julius Tandler sostuvo con tenacidad que la educación y la salud pública de la temprana infancia eran conceptualmente inseparables, y apoyó programas especializados como la guardería de Clare Nathanssohn para familias tuberculosas. Clare Nathanssohn era una joven activista política, que más tarde se casaría con el psicoanalista Otto Fenichel, y que había adaptado los principios del yoga de Elsa Gingler, el movimiento del cuerpo y la sinergia mente-cuerpo a las necesidades de los niños enfermos. Dado que la mayoría de los niños tuberculosos se habían contagiado en casa, la escuela especial los mantenía en el exterior, al aire libre, proponiéndoles ejercicio físico y enseñándoles activamente a cuidar del cuerpo.⁹ Clare y su futuro marido se incorporaron posteriormente al movimiento de la escuela infantil, tal como hicieron algunos de los más famosos psicoanalistas de Viena.

Cuando Fenichel conoció a Clare Nathanssohn, ella era una bailarina joven y fascinante que llevó a su círculo de amigos el aura de los episodios heroicos como

prisionera política juvenil detenida por su afiliación de izquierda durante la efímera República Soviética Bávara (1918-mayo 1919). Clare estaba profundamente afectada por sus experiencias como activista con Gustav Landauer en Múnich, tanto por la animada cultura de los artistas urbanos y los colectivos de trabajadores de la ciudad como por la violenta represión de la comunidad por los fascistas, sobre todo Hitler, en 1919. Se incorporó a un colectivo (un círculo de veinte personas que se separó del movimiento Bauhaus) y decidió poner en marcha una guardería en el campo cerca de Darmstadt. Clare enseñaba el trabajo cuerpo-mente al grupo reducido que entonces repoblaba la colonia original de artistas de 1901 del arquitecto Peter Behrens. La comunidad de Behrens se había congregado de acuerdo con el ideal *Jugendstil* del «arte total», y aún hoy los preciosos mosaicos alegóricos del amor atraen admiradores a las pintorescas terrazas y pérgolas. Las creencias de la colonia en la fuerza curativa de la naturaleza, la música y la danza incluían los ideales de reforma escolar de Gustav Wyneken, que guiaron a Clare para imitar la original escuela de su mentor para niños con dificultades.¹⁰ Cuando Tandler dio apoyo a los esfuerzos de Clare en la guardería, ella dejó de ser una maestra rural para niños perturbados para convertirse en psicoanalista de la ciudad. Sus enseñanzas sobre el trabajo terapéutico cuerpo-mente influyeron finalmente en la orgonoterapia posterior de Wilhelm Reich. «Pude ver cómo los maestros tomaban contacto con el análisis —recordaba mucho más tarde desde su hogar en Boston—, era algo normal, por supuesto. No podía ignorarlo».¹¹

Erik Erikson, Anna Freud, August Aichhorn, Siegfried Bernfeld, y Willi Hoffer estaban entre los psicoanalistas que hicieron suya la educación de la temprana infancia. Políticamente socialdemócratas, como Alfred Adler, que a veces era su rival, intentaron hacer frente a los efectos de la quiebra económica de Viena sobre el bienestar físico y psicológico de los niños. Con el tiempo la idea original de entornos educativos contruidos cuidadosamente para niños pequeños se amplió, convirtiéndose en un proyecto de investigación psicoanalítica a gran escala sobre la interacción entre la sociedad y el desarrollo de la temprana infancia. Erikson en particular, un joven artista alemán que cuando llegó a Viena aún utilizaba su nombre de nacimiento, Homburger, exploraría las múltiples influencias de la realidad del entorno en el desarrollo de la identidad del niño y la personalidad individual. En 1919, sin embargo, aun antes de que Erikson lograra su guardería experimental, Anna Freud estaba trabajando con un joven y original educador, Siegfried Bernfeld, en una ocasión líder del movimiento juvenil

austriaco de izquierda. Bernfeld era «alto y demacrado, con una fealdad que a una le impactaba tanto como la belleza», recordaba Helene Deutsch quien, como Freud, consideraba que la intensidad del joven educador era coherente con su idealismo.¹² Bernfeld creía que la represión social era un temprano impedimento para el desarrollo de los niños y que los maestros, generalmente, reforzaban la carga moral en lugar de aligerarla. Bernfeld, sionista apasionado y organizador socialista durante los últimos diez años, quería que la educación progresista comenzara en la escuela infantil. Trataba de persuadir a los educadores de los niños más pequeños para que utilizaran realmente —no solo exhibieran— una completa gama de técnicas pedagógicas, desde el hipnotismo hasta el método Montessori. Bernfeld estaba fascinado en particular con las posibilidades del psicoanálisis. Un año antes había sido uno de los analistas más jóvenes presentes en el congreso de Budapest y en ese momento era el miembro más nuevo de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Pronto estaría presentando a Anna Freud y a Eva Rosenfeld, y en 1924 se encontrarían juntos en otro experimento educativo antiautoritario, la pequeña escuela Heitzing en Viena. Además de su trabajo psicoanalítico y de sus originales escritos políticos, Bernfeld fundó el *Kinderheim Baumgarten* (hogar para niños), una escuela infantil modelo dirigida más tarde por su amigo Willi Hoffer.¹³ El *Kinderheim* experimental también alojaba y alimentaba a niños desamparados, desplazados o sin hogar (incluyendo a más de doscientos cuarenta niños judíos refugiados) con capital proveniente de fondos municipales. Las conferencias de Hoffer sobre educación pública y su curso para educadores de Viena de base psicoanalítica llegaban tanto a profesores de las guarderías como a escuelas elementales y secundarias de la ciudad.¹⁴ El material teórico de esas conferencias se configuraba con ilustraciones de casos del trabajo del autor en el *Kinderheim* con los niños refugiados, muchos de ellos menores de cinco años, hambrientos, mutilados o traumatizados.¹⁵ Las conferencias se publicaron en el *Zeitschrift für Psychoanalytische Pädagogik* y aún transmiten el idealismo sincero, la vocación de servicio social y el tono austro-marxista de las primeras y escasas generaciones de psicoanalistas vieneses.

Wilhelm Reich, el psicoanalista de la segunda generación asociado quizá más a menudo con el radicalismo político, se estaba embarcando en la búsqueda de toda su vida: la fusión efectiva de cambio social y psicoanálisis. Su Proyecto Sex-Pol comenzó de forma brillante pero al final llegaría a atormentarlo. En 1919 Reich, hijo de un granjero y recientemente licenciado del ejército, se estaba costearo la escuela de

medicina para ser psiquiatra. Musculoso, delgado, de ojos penetrantes y mandíbula cuadrada, Reich parecía permanentemente angustiado en la clase de Tandler. Este aún enseñaba anatomía clásica en la escuela de medicina, aunque también dirigía el nuevo Departamento Municipal de Bienestar Social de la ciudad. Tanto en la clase como en la asamblea de la ciudad, Tandler convencía a su audiencia de que poner la habilidad para crear bienestar médico y social al servicio del gobierno local era la vocación más grande. Para Reich, como para sus amigos Grete Lehner, Otto Fenichel y Edward Bibring, el mensaje de Tandler fue una profecía. Grete Lehner reverenciaba a Tandler, pensando que haría lo mismo en la política que en la anatomía. Podía transformar una tarea médica penosa en una «experiencia hermosa y profundamente estética —decía—, las relaciones ocultas se volvían evidentes».¹⁶ Su conocimiento de la escultura griega clásica compensaba el uso lúgubre de los cadáveres transformándolos en animadas ilustraciones, ejercicios y especímenes. Un día, cuando Grete estaba sentada en una clase de la escuela de medicina, entre Edward Bibring y Reich, durante la clase de anatomía de Tandler, Fenichel le extendió una nota garabateada para que la pasara a los otros estudiantes. El mensaje los urgía a todos a seguirlo en un nuevo proyecto exploratorio. Fenichel, un creador sumamente fastidioso de grupos, quería lanzar un seminario convocado por los mismos estudiantes donde tratarían temas que no estaban incluidos en el currículum médico. Si los estudiantes idealistas crearan su propio seminario, pensó Grete, podrían examinar las relaciones sociales y debatir de política, religión y sexualidad con precisión tandleriana.

Los cuatro jóvenes activistas se propusieron desenterrar los descubrimientos psicológicos modernos dentro y fuera de la clase. Los edificios de piedra gris de la Universidad de Viena consistían en ocho patios conectados que rodeaban una gran plaza arbolada donde los estudiantes se reunían sin aparentes restricciones. Los cafés servían pastel de manzana debajo de las arcadas y, en el verano, eran populares las terrazas con bares en cada una de las esquinas del cuadrante, aunque a los estudiantes les gustaba encontrarse bajo los frescos de desnudos de Gustav Klimt, suspendidos sobre la entrada de la universidad. Reich y sus amigos habían escuchado recientemente al teólogo existencialista Martin Buber dirigirse a los estudiantes universitarios judíos en una inmensa concentración organizada principalmente por Siegfried Bernfeld.¹⁷ Buber estaba traduciendo por entonces la Biblia hebrea al alemán y desarrollando sus ideas sobre una moderna espiritualidad inclusiva. La multitud le tomó gusto rápidamente a esa nueva

retórica humana y substituyó fácilmente, decía Reich, una ideología de «raza-contr-raza» por otra de «pueblo-con-pueblo». Reich estaba tan entusiasmado con ese cambio conceptual como lo estaba con la misma Grete. La recordaba como «suave y elegante, estudiosa, una académica seria, a veces ingenua, y encantadora» la cual se sentía, para desgracia de Reich, atraída por Edward Bibring, más formal y con levita, un compañero veterano de guerra que estudiaba entonces de forma acelerada. No obstante, cuando encontraban tiempo que detraer del estudio, los tres amigos disfrutaban de fiestas, bailes de máscaras y flirteos en rondas interminables por los bares llenos de humo cercanos a la universidad. Bien escalando las montañas Rax que rodean Viena, o bien yendo en bicicleta por la orilla del Danubio, adoraban hablar, discutir sobre sexo y política, y conspirar para sacudir el estancamiento del género humano. La vida de estudiante, así como gran parte de la de la ciudad en 1919, a pesar de las estrecheces económicas, consistía en encuentros en el Café Stadttheatre los sábados, acaloradas discusiones sobre los desarrollos más recientes en el movimiento juvenil acompañadas de repostería en los cafés decorados con espejos que rodean el Rin, o preparando a última hora los exámenes con chocolate en el Volkscafé. En el Kammerspiele se interpretaban los complejos himnos (musicalizados) de Hölderlin, *La flauta mágica* en la ópera, y una serie interminable de teatros, dramas musicales y conciertos filarmónicos nutrían la vivencia del cosmopolitismo vienés. Experiencias culturales como estas tenían gran predicamento entre esos jóvenes doctores de la ciudad que más tarde integrarían la Sociedad Psiconalítica de Viena, e incluso desde Budapest su colega Radó advertía casi con envidia cómo las carreras médicas en Viena estaban más motivadas por el humanismo que por la ambición científica. Para el joven educador convertido en psicoanalista Rudolf Ekstein, la Viena Roja era un gran «movimiento... una ética».

Otto Fenichel era ya de joven un hombre grueso, de baja estatura y de pecho fuerte, de cara ancha y una dulce sonrisa amplia. Vestía chaquetas alpinas y botas de senderismo y a menudo llevaba una enorme mochila desastrada. En el período de la primavera de 1919, Otto había persuadido a sus compañeros de la escuela de medicina Reich, Lehner y Bibring para poner en marcha el nuevo grupo de lectura que habían creado furtivamente en la clase de anatomía de Tandler. Acordaron que se comentarían trabajos modernos sobre sexo y psicología, y que se centrarían en temas alternativos y no tradicionales que iban desde los descubrimientos científicos hasta los textos sociopolíticos. Su seminario, que impartían los estudiantes, trataba la fisiología genital, la

masturbación, la controversia sobre el orgasmo clitoridiano y la homosexualidad, todos ellos temas proscritos del currículum de estudios médicos. También se ocupaban del psicoanálisis. Fenichel había desenterrado una copia de los *Tres ensayos de la teoría de la sexualidad* de Freud y encontraba sus argumentos fascinantes. Compartía el libro con sus amigos, que desmenuzaban capítulo a capítulo en sus encuentros semanales. Los cuatro estaban fascinados por el pequeño texto cuyos rompecabezas igualaban a cualquiera de los que habían visto en medicina. Así que se fueron a la fuente, el mismo Freud, para que se los explicara.

Para llegar a la consulta de Freud bastaba un corto paseo bajando la empinada colina Berggasse de Viena, cerca de la universidad. Siguiendo la tradición médica de Viena, Freud reservaba una hora cada tarde para las visitas. De su propia experiencia formativa en Viena, el psicoanalista nacido en Budapest Franz Alexander recordaba que, por entonces, la práctica de llamar al 19 de Berggasse era «no solo natural, sino más o menos esperada» para los primeros estudiantes y profesores de psicoanálisis.¹⁸ En los días siguientes a su clase final con Tandler, Reich, Lehner, Fenichel y Bibring decidieron ir a ver a Freud durante su hora diaria de visita. Los cuatro jóvenes socialistas, que ya se sentían cómodos con el enfoque del bienestar social para la salud de la Viena Roja, también eran inusuales buenos lectores de psicoanálisis. Freud debió de haberse sentido contento con los conocimientos de aquellos jóvenes y con sus actitud inquisitiva porque invitó a los cuatro a asistir a las reuniones semanales de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Por fortuna para Reich y sus amigos, Freud estaba seleccionando en ese momento a «nuevos miembros sobre la base de las cualidades personales y profesionales, y de las conferencias dadas por el posible miembro». Como presidente de la sociedad, «la opinión personal de Freud era siempre la decisiva», indica Helene Deutsch en sus memorias.¹⁹ Entonces, de nuevo, como Erik Erikson recordaba de sus propios días de estudiante en Viena, el movimiento psicoanalítico tenía una sorprendente flexibilidad y si «los Freud sentían que tú tenías un cierto sentido del análisis, podías llegar a ser analizante de uno de los más destacados miembros veteranos sin otras condiciones».²⁰

La escuela de medicina reunió a Reich, Bibring, Fenichel y Lehner pero Freud les dio una causa. Desde 1902 Freud reunió a su alrededor un grupo de ideas afines de pupilos, amigos, antiguos pacientes y discípulos, que derivaría en la Sociedad Psicoanalítica de Viena en 1908. «La cercanía del trabajo de Freud *in statu nascendi* nos daba la sensación de participar en un proceso cultural y científico grande, de futuro», recordaba

Richard Sterba, un psicoanalista cuyas interpretaciones líricas de la vida en la sociedad de Viena idealiza a Freud pero también evoca un genuino placer en su presencia.²¹ Los cuatro estudiantes de medicina se ganaron rápidamente el favor de esta sociedad, mientras todos ellos observaban cómo Deutsch, Sterba y Hermine von Hug-Hellmuth respondían a los comentarios o ideas de Freud. Estaban en sintonía sobre todo con el contenido sociopolítico en aquellas mesas redondas de las noches de los miércoles y aún más con las polémicas del Café Riedl (uno de los cafés vieneses preferido de Freud) donde se reunían los psicoanalistas después de las conferencias.²² Al año siguiente, Fenichel marcharía a Berlín para trabajar en el Poliklinik, y en 1922 los cuatro participantes del seminario de sexología asumirían las tareas de dirección en el Ambulatorium, pero jamás olvidarían las noches de los miércoles en casa de Freud.

Reich pronto solicitó ser miembro de pleno derecho en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Ya le estaba dando vueltas a su artículo «Sobre la energía de las pulsiones» pero estaba seguro de que Freud «menearía la cabeza y lo rechazaría».²³ En su propio relato de su desarrollo personal como analista practicante, Reich fechaba su primera sesión clínica el 15 de septiembre de 1919. Para Navidad tenía dos pacientes, había comenzado su análisis con Isidor Sadger, y también participaba en el seminario psicoanalítico de Sadger. Pocos miembros del círculo de los miércoles parecían menos politizados que Sadger y ninguno más convencido de la primacía absoluta de la sexualidad en la vida humana. Sadger, él mismo homosexual y fetichista, tenía la reputación escabrosa de analizar a los invitados a cenar entrando en los más íntimos detalles. Exasperaba inclusive a Freud con su adhesión ultraortodoxa a la teoría de la sexualidad. Presumiblemente, Sadger analizaba a Reich en esta línea y su influencia en las teorías de Reich y en su fundación de la organización Sex-Pol y sus clínicas fue más importante y compleja de lo que indican las propias memorias de Reich.

El desarrollo personal como un psicoanalista con inquietudes sociales y su creencia en la validez de las teorías de Freud maduraron simultáneamente, pues Reich observaba a la gente de la ciudad con su perspectiva sociológica. Miraba a las señoras mayores enzarzadas en sus charlas mañaneras sobre la subida de los precios, preguntando a cualquiera cuándo mejorarían las cosas. A las siete de la mañana los profesores de secundaria hablaban de comunismo con un deshollinador cubierto de ceniza. Los grupos políticos se atacaban entre sí, fueran comunistas, socialdemócratas o socialcristianos, llevados por el ansia de poder y la presunción. En 1919, Reich se veía avanzando más

hacia la izquierda, esperando el trabajo clínico en el hospital, estudiando inglés, y dando su conferencia de cualificación en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, gracias a la cual se convertiría en miembro en 1920. Estaba convencido de «que la sexualidad es el núcleo alrededor del cual gira toda la vida social, así como la vida espiritual interior del individuo». Reich interpretaba con éxito los sueños de sus pacientes,²⁴ y, a pesar del análisis con Sadger, curiosamente, era ambivalente sobre la visión que sostenía entonces su amigo y compañero de estudios de medicina, Otto Fenichel, de la sexualidad omnipresente en todo, porque ello le parecía al exigente Reich una caricatura superficial de las ideas de Freud. La amistad entre Reich y Fenichel continuó manteniendo a lo largo de muchos años este intenso tono combativo de lucha política e intereses mutuos. Por ese entonces, sin embargo, Fenichel estaba mucho más ocupado con el seminario de sexología para estudiantes, su propia fusión de psicoanálisis y educación sexual que había iniciado a principios de ese año en la universidad. Poeta y médico, intérprete y escritor, Otto Fenichel pensaba que incluso los diarios más personales «se escriben siempre con la idea de que algún día serán leídos», así como las narraciones de psicoanálisis. Durante todo el año 1919 y principios de la década de 1920, el seminario psicoanalítico más conocido (las conversaciones de Fenichel con Reich, Lehner y Bibring) adquirió una enorme popularidad entre los estudiantes de medicina de la universidad, dispuestos a desafiar el *statu quo* político y académico, porque aquel seminario desafiaba completamente a la tradición.

Originalmente, cuando los primeros psicoanalistas formaron la IPA en el Segundo Congreso Internacional de Psicoanálisis celebrado en Nuremberg en 1910, establecieron una organización centralizada de afiliación de los miembros con ramas en Londres, Viena, Budapest y Berlín. En 1919, en grandes ciudades de toda Europa, Estados Unidos, Japón y la India, grupos similares se congregaban en sociedades psicoanalíticas locales para estudiar, enseñar y promover el trabajo de Freud. Con organizaciones basadas en el buque insignia del grupo de Viena, donde los miembros principales como Helene Deutsch aceptaban que había que defender a Freud y promover todos sus proyectos, las sociedades locales fomentaban los objetivos del psicoanálisis en público y en privado. Era una batalla, decía Deutsch, «librada externamente con y por Freud contra el medio profesional y científico del que se había salido; internamente la lucha era por Freud mismo, por su favor y reconocimiento».²⁵ Exteriormente los psicoanalistas luchaban contra lo establecido mientras que internamente competían por la bendición de

Freud, a veces amigablemente y otras no, y por la legitimidad tanto dentro como fuera de la IPA, su organización profesional.

Una de las condiciones de los estatutos de la IPA y de la permanencia de sus miembros era crear una dirección de la sociedad para poner en práctica las resoluciones concebidas en el congreso de Budapest de 1918, donde Freud había pronunciado su ponencia sobre las obligaciones sociales del psicoanálisis. La primera resolución oficial fue presentada por Herman Nunberg y concernía a la apremiante necesidad de estandarizar la formación psicoanalítica. Nunberg insistió en particular en que los psicoanalistas debían analizarse, pues la práctica del psicoanálisis era demasiado nueva y ya en sus comienzos corría el riesgo de corromperse, de modo que no convenía dejar a clínicos sin formación, ni siquiera a los psiquiatras, que también carecían de experiencia técnica específica. La fórmula básica de formación tripartita de curso teórico, curso práctico supervisado y análisis personal fue concebida en Budapest en 1918, implementada ese mismo año y ratificada en 1920 bajo la dirección de Max Eitingon. Las especificaciones desarrolladas a mediados de la década de 1920 por la Comisión Internacional Didáctica (ITC) y articuladas por Karen Horney como miembro del Comité de Educación del Poliklinik, fueron aceptadas tan ampliamente que aún siguen vigentes en nuestros días.²⁶ Pero una segunda resolución tomada en el congreso se centraba en el desarrollo de clínicas sin cita previa donde «estos tratamientos serán gratuitos» para posibles analizantes de pocos recursos.²⁷ A diferencia del resultado consolidado de la resolución sobre formación, la segunda es más conocida —a lo sumo— por el papel que desempeñaron las clínicas en aprovechar a los pacientes para la formación psicoanalítica de los aspirantes. No obstante, cuando las sociedades de Berlín, Viena, Londres y Budapest organizaron sus programas internos de formación psicoanalítica, también crearon programas externos basados en la comunidad: las clínicas ambulatorias gratuitas. Y, de hecho, las sociedades psicoanalíticas de principios del siglo XX sostuvieron tenazmente sus centros ambulatorios con dinero en efectivo, habilidad y donaciones en especie. Juntas, ambas resoluciones expresaban implícitamente los esfuerzos de los psicoanalistas para rechazar las tradiciones conservadoras y sustituirlas por instituciones de salud mental nuevas bajo una autoridad mucho más progresista.

En 1919 ya estaban en marcha los planes para una clínica psicoanalítica oficial gratuita en Berlín. El proyecto de la clínica de Berlín lo habían preparado al menos diez años antes Max Eitingon y Karl Abraham al unir fuerzas para promover el psicoanálisis. En

1910 habían constituido la Asociación Psicoanalítica Alemana (Deutsche Psychoanalytische Gesellschaft, DPG) como una filial de la IPA y, dentro de la misma, la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, así como el instituto de formación e incluso los primeros pasos en el establecimiento de los tratamientos ambulatorios. La energía creativa de Berlín llamaba la atención de los recién llegados urbanos y talentosos, como Eitingon y Abraham: ambos acababan de llegar con su formación de Zúrich y eran judíos autosuficientes. «¡Vamos viento en popa! El 27 se celebrará la primera sesión de la Asociación Psicoanalítica de Berlín», le había escrito Abraham a Freud en agosto de 1908.²⁸ Su básico primer Poliklinik para el tratamiento psicoanalítico de los trastornos nerviosos apareció al final de aquel año. Era una clínica modesta que, diez años más tarde, en 1920, se convirtió en la piedra angular de una imponente sociedad filial de la IPA.²⁹ A Freud le gustaba el agradable Abraham por su «serenidad y su firme confianza», pero había puesto todas sus esperanzas en Eitingon.³⁰

Max Yefimovich Eitingon era un hombre pequeño de cara redonda, con pelo corto y oscuro cuidadosamente peinado con la raya al lado, un bigote bien recortado y un aire perplejo. En las fotografías, tanto en los retratos como en las fotos con amigos médicos o psicoanalistas, su pequeña envergadura y el impecable traje sastre siempre lo distinguían y lo hacían reconocible en medio del grupo. Eitingon se crió en Alemania, consiguió un título en Filosofía en la Universidad de Marburgo y luego estudió medicina. Los miembros de su familia destacaron, inclusive entre los ricos comerciantes en pieles de Galicia, como poderosos negociantes internacionales con negocios repartidos por Rusia, Polonia, Inglaterra y Alemania. En 1905, a los veinticuatro años, Eitingon se hizo psiquiatra en la famosa Clínica Burghölzli de Zúrich. Dos años más tarde Carl Jung, que aún tenía amistad con Freud y era el director de tesis de Eitingon en Burghölzli, le sugirió que estudiara psicoanálisis. Desde 1907 en adelante Freud, que había cultivado relaciones apasionadas y generalmente decepcionantes con hombres como Josef Breuer, Sándor Ferenczi e incluso Jung, tomó a Eitingon con menos ardor pero con gran amistad. Durante los quince años siguientes, Max utilizó su extraordinaria riqueza para proveer a los indigentes el acceso al tratamiento de salud mental. En 1919 había asumido muchas de las grandes deudas de la IPA que primero había subsanado Von Freund. Incluso antes, en 1910, Eitingon había financiado el rudimentario servicio psicoanalítico independiente que, después del congreso de Budapest en 1918, serviría como anteproyecto del Poliklinik. Poner en marcha el Poliklinik era caro y, después de un desembolso inicial de

alrededor de veinte mil marcos (aproximadamente cinco mil dólares) en el otoño de 1919, la clínica vio escalar su presupuesto sin cesar debido a la espectacular inflación de la moneda alemana. No obstante, Eitingon anunció, en una carta a Freud de principios de diciembre, que habían encontrado unas instalaciones adecuadas para alojar la clínica. Abraham, que estaba cada vez más sorprendido por la capacidad administrativa de Eitingon, acordó enseguida que la sociedad de Berlín alquilaría el espacio si el precio estaba dentro de sus posibilidades.

En noviembre de 1919 Abraham anunció a Freud que «Berlín clama literalmente por el psicoanálisis» y contemplaba el Poliklinik como un objetivo logrado. «Eitingon le tendrá al tanto de los temas de nuestra policlínica. El plan pronto se hará realidad».³¹ El 19 de julio la propuesta de Eitingon para fundar un Poliklinik fue aprobada de forma unánime por la sociedad de Berlín y el 26 de julio ya se estaban tratando cuestiones concretas para su implementación. El 19 de septiembre Simmel presentó al consejo los planes para publicitar el Poliklinik y el 26 de septiembre Eitingon, Simmel y Abraham fueron elegidos formalmente como el Comité Clínico.³² Los analistas de Berlín se fueron animando cada vez más mientras le describían a Freud los detalles de varios preparativos. «Las cosas están *bien* en nuestro grupo. Es grande el entusiasmo y los logros son mejores de lo que eran», escribía Abraham. Su convocatoria de Budapest cayó en terreno fértil: «El policlínico se abrirá en el invierno, y se convertirá en el instituto de Ψ ».³³ Abraham señalaba a Ernst Simmel, uno de los nuevos analistas más serios de la IPA (y socialista confeso asociado con el Ministerio de Educación a través de sus actividades políticas) como «un impulsor excelente para el policlínico».³⁴ Freud, por su parte, estaba tan contento con toda esa actividad que «con ocasión de la fundación del policlínico de Berlín», él proponía «incorporar a Eitingon como miembro de pleno derecho al comité».³⁵ Ya nada detendría ahora a Abraham, Simmel y Eitingon para hacer del sueño socialdemócrata de Freud una realidad del siglo XX.

1920

«LA POSICIÓN DEL MISMO POLICLÍNICO COMO CUARTEL
GENERAL DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO»

El 24 de febrero de 1920, Freud envió a su hija Mathilde y a su esposo, Robert Hollitscher, el hombre de negocios vienés, a la ceremonia de apertura del nuevo Poliklinik für Psychoanalytische Behandlung Nervöser Krankheiten de Berlín, el primer centro psicoanalítico ambulatorio designado específicamente como clínica gratuita. La apertura de la clínica fue «lo más gratificante en este momento», le escribió Freud a Ferenczi, y la presencia de Mathilde junto a otros miembros prominentes de la comunidad psicoanalítica agregó una medida de autoridad a la festividad.¹ El Poliklinik, tal como llegó a ser conocido, era el invento de Max Eitingon y Ernst Simmel. Su amigo y benefactor húngaro Anton von Freund había muerto justo un mes antes, el 20 de enero, dejándole a la IPA algún dinero pero, sobre todo, un legado mucho mayor en buenos trabajos inconclusos y el proyecto, ahora pospuesto, para una clínica gratuita en Budapest. «Hay noticias mucho mejores en Berlín que en Budapest —le comentaba Ernest Jones a su colega holandés Jan van Emden—: Tienen el dinero para el Policlínico».² Y en verdad Max Eitingon, adinerado y generoso, se hizo cargo allí donde Von Freund lo dejó, financiando con su propia fortuna la puesta en marcha de la nueva clínica, ahora reubicada en Berlín. Eitingon continuaría suscribiendo los gastos del local del Poliklinik de Berlín en continuo crecimiento, primero en Postdamerstrasse 29, hasta 1928, y luego en Wichtmanstrasse hasta su cierre forzoso en 1933.

La ceremonia de inauguración del Poliklinik el 14 de febrero resultó ser un acto espléndido: hubo música clásica, lectura de poemas, y odas a la investigación psicoanalítica. El *Programme* de festejos a lo largo del día presentó interpretaciones de los miembros y amigos de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, e incluyó una sonata para piano de Beethoven, algo de Chopin, piezas para piano y canto de Schubert y Schoenberg, y *lieders* de Hugo Wolf. Ernst Simmel leyó «Presentimiento» y «Locura» del *Libro de las horas* de Rilke. Abraham concluyó el día con el artículo sobre «El

surgimiento del Poliklinik desde el inconsciente». Los temas del programa, simbólicos sobre todo, de la emoción, la realidad y la naturaleza humanas, se reflejaban en la combinación de piezas tradicionales de la cultura germana dominante con el trabajo contemporáneo moderno y subjetivo. Para la música, Schubert y Chopin se mezclaron con Schoenberg, compositor vienés de vanguardia, identificado musicalmente con los expresionistas y políticamente con los socialdemócratas. En la poesía los psicoanalistas compensaron la voz romántica de Rilke con el surrealismo mordaz de la sátira de Christian Morgenstern. Rilke todavía vivía en Europa, era enormemente popular aunque inquieto, y, como Freud, íntimo amigo de la intelectual rusa Lou Andreas-Salomé. Al caer el día, los analistas se habían deleitado con una elegante celebración en completa sintonía con los matices culturales de Weimar.

Siguiendo sus aspiraciones modernistas para el Poliklinik, Eitingon invitó al hijo de Freud, Ernst Ludwig, el arquitecto e ingeniero que se había formado en Viena junto a Adolf Loos, a planear la distribución física y el mobiliario de la clínica. Al cabo de un mes, Ernst se había «hecho merecedor de un duradero reconocimiento. El diseño ha suscitado la admiración general», le escribía Abraham a Freud en marzo.³ Ernst acababa de llegar a Berlín por invitación de su amigo íntimo Richard Neutra, su compañero en el estudio de arquitectura de Loos en la Bauschule de Viena en 1912 y 1913.⁴ Desde 1919 hasta su emigración forzosa a Londres en 1933, los años de Ernst como arquitecto berlinés se llenaron de experimentación siguiendo las líneas de la nueva objetividad y el estilo internacional de la década de 1920. El encargo de diseñar el espacio interior del Poliklinik y restaurar sus rancias estancias tenía un atractivo especial: «Adoro las condiciones que impone un edificio con carácter, ya existente —dijo Ernst años más tarde—, y con frecuencia las habitaciones de los viejos edificios tienen grandes posibilidades».⁵ Este juego de habitaciones en Potsdamerstrasse 29 había sido seleccionado y alquilado como la sede de la clínica por su localización central ideal y la comodidad de su proximidad a las consultas privadas de los analistas. En la cuarta planta de un edificio residencial bastante modesto a medio camino de una calle arbolada, el apartamento de cinco habitaciones interconectadas fue reorganizado para el tratamiento o la consulta. Las puertas dobles de madera en color claro insonorizaban las consultas o las terapias. Un diván de mimbre sin adornos, una mesa y una silla, algunas lámparas y retratos sencillos en las paredes decoraban las habitaciones. Ernst modificó el diván

analítico de su padre, lujosamente adornado, quitándole la ornamentación, racionalizando su forma para producir el modelo utilizado con más frecuencia en nuestros días.

«El desafío de esta tarea es ofrecer pisos cómodos con el mínimo de alteración», explicaba Ernst en otro contexto, una tarea que se hizo visible en su estructuración coherente del espacio del Poliklinik.⁶ Para Ernst, así como para su amigo Richard Neutra, el modernismo significaba proporción, respetar los requerimientos del entorno medioambiental y utilizar la luz natural para integrar el interior y el exterior del hogar. Al igual que Neutra, la arquitectura de Ernst Freud estaba impregnada de sensibilidad ecológica y medioambiental. A lo largo de toda su carrera en Austria, Alemania y especialmente en Inglaterra después de 1933, Ernst diseñaría muebles para clientes particulares y se deleitaba con las líneas funcionales sencillas, maderas ligeras y tejidos naturales. Sus proyectos arquitectónicos se extendieron desde fábricas hasta casas privadas, pero su talento particular era remodelar o «reamoldar» casas para adaptarlas a la vida moderna. En 1938, cuando la célebre ceramista Lucie Rie huyó de los nazis llevándose sus muebles diseñados por otro arquitecto modernista, Ernst Plischke, Ernst los adaptó a su nueva casa de Londres. Sus sofisticadas estanterías y armarios empotrados, pequeñas mesas y sillones de nogal, daban lugar a una convivencia apacible y armoniosa. El sentido de Ernst Freud del entorno orgánico, estilo que compartía con Neutra, ya se discernía en sus diseños de 1920 para el Poliklinik. Las consultas matizaban la luz con cortinas gruesas y oscuras mientras que las ventanas de la más amplia sala de reuniones, llamada Sala de Conferencias, dejaban entrar la luz a través de visillos de muselina. La habitación más grande también se utilizaba para conferencias, clases y reuniones. Con una pizarra considerable montada en la pared frontal y una tarima para el orador, esta habitación contaba con unas cuarenta sillas Thonet. El empleo de los muebles comerciales disponibles que hacía Ernst, como esas sillas de madera torneada, reflejaba la visión de Loos de que el diseño arquitectónico no debía influir en la elección del usuario de los productos cotidianos

De manera similar, elementos simples y bien elaborados amueblaban la pequeña sala de espera de la clínica, planificada conscientemente para inspirar un sentido de comunidad. Ernst había aprendido de sus colegas arquitectos de la Bauhaus y del *Gemeindebauten* de la Viena Roja a diseñar espacios públicos pensando en su efecto terapéutico. Imbuido de las creencias de Alfred Loos en formas sin ornamentos y, siempre que fuera posible, muebles empotrados, Ernst metió la biblioteca dentro de una

de las áreas públicas de reunión. De hecho, Eitingon, ante todo un intelectual judío convencido de los poderes curativos del conocimiento, requirió específicamente que Ernst acondicionara una habitación de la clínica como sala de lectura donde se reuniría toda la literatura psicoanalítica para ponerla a disposición tanto del cliente como del clínico.⁷ El ambiente deliberadamente concurrido del Poliklinik contrastaba mucho con el modelo tradicional de la consulta médica con puertas separadoras y acceso estrecho, casi confidencial, al profesional. Los pacientes de la clínica se veían unos a otros regularmente y, confidencialidad aparte, se podían sentir tranquilos al saber que un grupo de sus pares había sido admitido y estaban esperando para entrar a una sesión analítica. Eitingon creía que esa atmósfera de comunidad fomentaba sutilmente la autosuficiencia de los pacientes, de acuerdo con lo que más tarde se llamarían formas de «ambiente terapéutico». Una vez dentro de la sala del analista, sin embargo, prevalecía la intimidad. Efectivamente, Ernst aisló las consultas del sonido con una serie de técnicas nuevas (distintivas en su práctica arquitectónica posterior), incluyendo ventanas de doble cristal y puertas laminadas con alma de madera contrachapada a prueba de sonido. En conjunto, estas medidas estaban destinadas a disipar los aspectos del comienzo del tratamiento que suelen atemorizar. El primer encuentro de los futuros pacientes con el Poliklinik estaba diseñado tan escrupulosamente como la decoración y las estadísticas.

El Poliklinik publicó un anuncio oficial de su apertura:

La Asociación Psicoanalítica de Berlín
inauguró el 16 de febrero de 1920
el Poliklinik para el tratamiento psicoanalítico
de las enfermedades nerviosas
en W. Potsdamer Str[asse] 29, con la supervisión médica
de Dr. Abraham, Dr. Eitingon, Dr. Simmel
Consultas en días laborables de 9 a 11.30 h, excepto miércoles.⁸

Desde el día de su inauguración, Eitingon y Simmel coordinaron la afluencia inesperadamente grande de pacientes adultos y niños. Su pequeño equipo de clínicos, todos miembros de la sociedad de Berlín que habían acordado realizar análisis gratuitos, recibió un aluvión de demandas de personas con problemas crónicos o de larga duración —tanto psicológicos como fisiológicos—, y de pacientes que habían ido de un médico o una clínica a otra. Al menos dos horas y media diarias (excepto miércoles y domingos)

eran asignadas a esas consultas iniciales, que en principio dirigían los codirectores conjuntamente. Los nuevos pacientes «sufrían con especial intensidad neurosis debidas a la penuria económica —escribía Simmel—, o estaban especialmente abocados a la miseria precisamente como resultado de su inhibición neurótica».⁹ En el primer año del Poliklinik solicitaron tratamiento psicoanalítico gratuito trescientos cincuenta pacientes. Muchos de ellos venían de la calle, atraídos por el nombre en la clásica placa de cobre de la puerta de entrada. Pero progresivamente aumentaba el número de los que acudían por recomendación de antiguos pacientes, de amigos o de su médico personal. Asimismo, algunos pacientes leyeron la inauguración oficial de la clínica en los periódicos. La prensa berlinesa había sido bastante neutral, sin ser tan laudatoria como lo serían las portadas de los periódicos que anunciaron el Ambulatorium en 1922, pero definitivamente más favorable que la recepción de la clínica de Budapest, más tarde en la misma década. *Die Neue Rudschau* de Berlín, la prestigiosa revista mensual de Fischer Verlag, publicó el largo artículo de Karl Abraham resumiendo los principios del psicoanálisis.¹⁰ En ese momento las comunidades académica y psiquiátrica de la ciudad estaban entusiasmadas con el Poliklinik y deseando derivar pacientes. Aunque, efectivamente, el servicio *psicoanalítico* era algo nuevo para los psiquiatras de la Charité, el inmenso y magnífico hospital de enseñanza de la Universidad de Berlín, la idea de utilizar un Poliklinik como alternativa al tratamiento médico de los pacientes ingresados se remontaba al menos a cien años atrás. La práctica había comenzado en la Charité al final del siglo XIX y desde entonces se había vuelto estándar en todo el sistema médico de Alemania. En algunos campos, como la ortopedia y el psicoanálisis, los policlínicos de atención intermedia ayudaban a los hospitales proporcionando tanto formación académica como salud pública general. Aun antes de su inauguración, el policlínico psicoanalítico parecía tan promisorio que la Facultad de Medicina en la Charité consideró nombrar a Abraham como profesor en psicoanálisis. Ello nunca se materializó, pero Abraham, no obstante, informó a Freud de que «el policlínico, que se inaugurará indefectiblemente en enero, suscita gran interés en el Ministerio [de Educación]» y de que sus relaciones colegiales con las autoridades de salud pública estaban dando frutos.¹¹ El entusiasta Konrad Haenisch, al frente del Ministerio de Educación de entonces, le había pedido a Abraham que realizara un registro de «las primeras experiencias del policlínico en lo referente a la concurrencia de enfermos y cursos de formación», y de la audiencia que frecuentaba las conferencias de la sociedad.¹² «El policlínico cuenta con bastante concurrencia», decía Abraham con

alegría al cabo de un mes de su apertura. Al menos veinte análisis habían comenzado y el flujo de pacientes (de todas las edades, ocupaciones y estamento social) continuaba siendo tan grande que el Poliklinik nunca volvió a anunciarse. Abraham añadía: «Para mucho más adelante existe el proyecto de organizar una sección especial para el tratamiento de niños nerviosos. Hay una colega que está a punto de realizar el examen final y que está bien orientada y ha decidido dedicarse al psicoanálisis con el propósito concreto de tratar niños».¹³ En junio, menos de tres meses después de que Abraham enviara esta nota a Freud, Hermine von Hug-Hellmuth presentó el programa de tratamiento infantil del Poliklinik de Berlín.

Hermine von Hug-Hellmuth era «una mujer pequeña morena, siempre pulcra, podría decirse que vestía ascéticamente», recordaba su compañera de las mesas redondas de la sociedad de Viena, Helene Deutsch.¹⁴ Aun antes que Melanie Klein y Anna Freud, Hug-Hellmuth había desarrollado terapias infantiles basadas en juegos y dibujos y, como ellas, es conocida como una de las primeras profesionales del análisis de niños. Sus ideas encontraron su lugar en la educación, la crianza y los centros de asistencia a la infancia, y su práctica de tratamiento con niños en su propio hogar fue adoptada por el trabajo social, una profesión emergente entonces. Sus creencias en el impacto de la familia y el entorno más amplio en el desarrollo humano concordaban con los programas de Tandler para el bienestar social en la salud mental de los niños, y consiguió introducir el psicoanálisis freudiano en la creciente red de servicios sociales a la familia y las escuelas de la ciudad. Afortunadamente, Abraham había previsto la necesidad de tratamientos y formación en el análisis de niños e invitó a Hug-Hellmuth a ocuparse de ellos. Sin embargo, su llegada a Berlín no estuvo exenta de problemas. Aunque el diplomático Eitingon (que habló por todo el equipo en sus informes y cartas a sus colegas) nunca lo explicitó, dominaba la controversia sobre el breve libro escabroso de Hug-Hellmuth, *Diario de una chica joven*. Publicado justo un año antes, en 1919, como el testimonio auténtico de la sexualidad de una adolescente, y perfectamente acorde con la teoría freudiana, el *Diario* resultó ser en su mayor parte ficticio. El pequeño libro provocó tal furor entre los analistas que, como Deutsch recordaba, uno de ellos «colocó detectives en todos los hospitales para preguntar si había ingresado un hombre, cuyas características se describían, en la fecha que, en el diario del *Tagebuch*, constaba que el padre se había puesto enfermo».¹⁵ La búsqueda resultó inútil y solo popularizó más el libro. En 1923, el año en que Hug-Hellmuth volvió a Viena, finalmente reivindicó la obra como su

redacción personal del diario de una auténtica adolescente (tal vez el suyo). El relato adolescente, falso o no, contribuyó a la idea doble, cada vez más aceptada, de que los adolescentes, e incluso los niños, sufren neurosis y el psicoanálisis puede tratar tales aflicciones con tanto éxito como con los adultos.

No «podemos decir que el factor de que los pacientes paguen o no sea decisivo en el curso del análisis». ¹⁶ Podría decirse que una de las afirmaciones más paradójicas de Max Eitingon, la hipótesis de que el pago en sí tiene poco o ningún efecto significativo en el curso del tratamiento psicoanalítico, era tan intuitiva como controvertida. Utilizaba datos cuantitativos para confirmar la viabilidad de la creencia de Freud en el acceso público al psicoanálisis, datos que hoy refutan las conclusiones de varios análisis clasistas de los casos de Freud. ¹⁷ Eitingon creía que los pagos por el tratamiento debían negociarse, a pesar de cierta tensión inevitable, entre el paciente y el administrador o el médico. Eitingon personalmente podía manejar a la vez las preguntas monetarias y clínicas de un individuo, pero las preocupaciones mayores sobre el bienestar social que suscitó finalmente la cuestión del tratamiento gratuito eran notablemente complejas. El Poliklinik funcionaba como una organización privada de caridad, generalmente independiente de la supervisión del Estado y la supervisión regulatoria de Karl Moeli, director de la sección para casos psiquiátricos creada dentro de la división médica del Ministerio de Cultura de Berlín. Sin embargo, los honorarios, inusualmente bajos, generaron desacuerdos tanto dentro de la clínica como fuera de ella, y es de suponer que crearon cierta ansiedad en algunos psicoanalistas acostumbrados al modelo de práctica privada. Melanie Klein, en primer lugar, era plenamente consciente de ello. En sus pequeños diarios personales de la década de 1920, Klein registraba meticulosamente el tiempo de clínica que le debía al Poliklinik minuto a minuto. Con todo, Eitingon tenía confianza en que «el completo desinterés material» reforzaría al final la posición y la autoridad del analista del Poliklinik. Se enfrentó a analistas dubitativos que temían —o decían temer, y es inevitable preguntarse si no temían por el propio interés— que abandonar los honorarios significara renunciar a las oportunidades de presionar al paciente para abordar «complejos de importancia vital». Pero los tres argumentos de Eitingon sugerían que la lógica del «tratamiento gratuito» era total. Primero, el discurso de Freud en Budapest especificaba que «estos tratamientos deben ser gratuitos»; segundo, el Poliklinik no tiene reglas formales para el tratamiento gratuito; y, tercero, la independencia de los analistas respecto al tema de los honorarios tendría efectos favorables sobre su trabajo clínico.

Los análisis gratuitos y los análisis de pago se realizaban en el mismo lugar. Asimismo, los psicoanalistas trataban todos los casos por igual, sin reparar en la capacidad del paciente para pagar: los pacientes que podían pagar no estaban reservados a los analistas veteranos, ni el tratamiento gratuito era una obligación solo para los candidatos. En efecto, una suerte de escala móvil de honorarios a partir de cero y en ascenso eliminaba la línea divisoria entre tratamiento «gratis» y «de pago». Los analistas veteranos no tenían elección. Incluso Eitingon trató a varios pacientes gratis, aunque no era conocido por su sagacidad clínica. Muchos de sus colegas, desde Sándor Radó hasta Alix Strachey, admitían que Eitingon tenía una formación filosófica excelente, y una vasta y sofisticada cultura, pero era demasiado inhibido personalmente como para desempeñar una práctica clínica con éxito.¹⁸ No obstante, los tres primeros empleados asalariados a tiempo completo fueron Eitingon y Simmel como codirectores, con Anna Smeliansky como su asistente, por una jornada de catorce horas todos los días. Se agregarían nuevos miembros al equipo a medida que cumplieran con tres criterios definidos que Abraham le expuso a Freud: «Nuestras condiciones para trabajar en el policlínico son: primero, suficiente formación neurológica y psiquiátrica; segundo, suficiente conocimiento de la literatura psicoanalítica; tercero, análisis personal del candidato».¹⁹ Hanns Sachs se instalaría pronto en Berlín para conducir muchos de esos análisis didácticos. Los miembros voluntarios de la sociedad sustituían a cada uno de los cargos en caso de enfermedad o durante las vacaciones, y «supervisarán el Poliklinik como representantes de Eitingon durante sus viajes», como Abraham se apresuraba a garantizar a sus colegas internacionales.²⁰

Ante la perspectiva de que Theodor Reik se desplazara a Berlín, Freud le escribió a Abraham que: «El policlínico mismo se vería fortalecido en su posición de central del movimiento psicoanalítico».²¹ Reik era un hombre de letras de pobreza crónica y modelo original del analista sin formación médica. Su práctica desató tal escándalo que impulsó a Freud a publicar *Análisis profano*. Si Reik se trasladaba a Berlín, pensaba Freud, podría aliviar a Sachs de la carga de conducir todos los análisis didácticos de los candidatos, brindaría a Abraham una sustitución confiable para las series de conferencias y elevaría la estatura del Poliklinik dentro de la IPA y de círculos académicos más amplios. Mientras tanto, su ausencia de Viena mitigaría algunos de los conflictos internos de la sociedad local. Pero ni Abraham ni Eitingon recibieron bien la idea de Freud del traslado de Reik a Berlín. Estaban bastante contentos con las habilidades de Sachs y, más

importante quizás, inseguros sobre el compromiso político de Reik. Además, el joven e inspirado analista Otto Fenichel acababa de trasladarse de Viena a Berlín.

Después de un verano lleno de evasivas sobre Reik, la llegada de Otto Fenichel a Berlín marcó la puesta en marcha de una nueva y viva programación en el Instituto. Fenichel organizó y actualizó el sistema de registro de la clínica (su fuerte) y organizó un grupo que finalmente llegó a convertirse en los celebrados Seminarios de Niños (*Kinderseminar*). El nombre de esta reunión era atractivo, aunque desorientaba porque no era en absoluto un seminario pedagógico sobre análisis de niños. En realidad, los Seminarios de Niños era un curso autónomo especial para los candidatos más jóvenes de Berlín interesados en el aspecto terapéutico y sociopolítico del psicoanálisis. Fenichel le propuso primero la idea a Eitingon, quien acordó apoyarlo reuniendo un grupo de discusión muy similar al que tenía años atrás en la escuela de medicina. Muchos años después, la analista Edith Jacobson recordaba a Otto Fenichel como «uno de los que mantenían su interés por los problemas sociológicos». La misma Edith Jacobson destacaría, al final de la década de 1920, como una de las más radicales psicoanalistas activistas de izquierda, tal vez en segundo lugar respecto al más extravagante Reich, pero ciertamente más sagaz. Jacobson era profunda y bella, una mujer más bien pequeña, con ojos de intensidad profunda y cabello castaño brillante recogido en un moño flojo. Siempre recordó los Seminarios de Niños, sin reservas, como ese «grupo especial que planteaba las relaciones entre sociología y psicoanálisis».²² Desde este círculo, Fenichel desarrolló, en 1931, el círculo interno de psicoanalistas específicamente dedicado a la expansión y circulación del pensamiento marxista freudiano. La esfera más próxima a Fenichel se ha descrito como de izquierda, y es correcto, pero afirmar que representaban la «oposición de izquierda en psicoanálisis» es engañoso porque las afiliaciones individuales eran simplemente una cuestión de grado.

Dejando a un lado las ideologías políticas, Eitingon insistía en que el trabajo de la clínica no pudiera llamarse inequívocamente «terapia de masas» por muchas razones. Primero, y sobre todo, Eitingon tenía la intención de suprimir los obstáculos financieros al tratamiento individual y no hacer del psicoanálisis una causa caritativa. Segundo, el término *masas* podía ser engañoso conceptualmente. Como Fenichel explicó más tarde en su resuelto esquema de psicología materialista-dialéctica, los psicoanalistas no utilizan la expresión «psicología de masas» para describir un «espíritu de masas». Atribuir un inconsciente universal a la psique individual es tan impreciso, escribía Fenichel, que «C.

G. Jung tuvo que inventar la idea de un “inconsciente colectivo” [...] que obsesiona a las psicologías burguesas». ²³ En contraste, el psicoanálisis (incluso de muchos individuos) explora cómo un inconsciente individual interactúa con las reales condiciones sociales o ambientales; bajo ningún aspecto debía ser confundido con la imaginaria sentimental de Jung. En términos prácticos el Poliklinik apuntaba a proveer de un tratamiento mental a gran escala en los márgenes del sistema médico pero, aun así, dentro de los parámetros de la práctica psiquiátrica.

Eitingon tenía la fortuna de entender el problema de la marginación en todas sus dimensiones. Desaprobaba la idea de que el Poliklinik trabajara por el «principio de tratamiento gratuito», porque temía que este concepto, en un Estado cada vez más empresarial, marginara la función de la clínica, y que los especialistas engreídos de la Charité urdieran alguna forma de apropiarse de este servicio. El Poliklinik se posicionó deliberadamente en contraste con las instituciones de enseñanza de Berlín como la Charité donde, desde el punto de vista de Simmel, el «proletariado» y las personas con seguros precarios se convertían en conejillos de Indias de los estudiantes mientras que los «pacientes con posibilidades de pagar honorarios altos» estaban exentos de semejante abuso. Simmel cuenta la historia de uno de sus primeros pacientes, una pequeña mujer decepcionada que se alejó del Poliklinik refunfuñando: «¿No hay lámparas ultravioletas?». Tímida e incómoda, había respondido sencillamente a las preguntas exploratorias de Simmel: «Sí, me dijeron... que estoy mal de los nervios». Aparentemente, otras clínicas la habían desestimado con indiferencia, como una mera molestia, diciendo que ella pertenecía al grupo etiquetado como «psicopáticos» o «neurasténicos». Como Simmel defendía el «carácter igualitario del psicoanálisis en sí», difícilmente se podía atribuir el acceso al tratamiento solamente a la capacidad del paciente para pagar. ²⁴ Las decisiones de tratamiento se basaban exclusivamente en el diagnóstico y la necesidad del paciente, no en la necesidad de los candidatos del Instituto (o de los estudiantes de medicina del Charité) de material para la formación. Y puesto que el grado de urgencia del caso determinaba cómo iba a ser tratado el paciente, del diagnóstico dependía si el tratamiento tendría lugar en el Poliklinik.

No se impedía a los pacientes pagar por su tratamiento. Simplemente no estaban obligados a hacerlo. Se esperaba que los pacientes pagaran lo que estimaran que podían permitirse. Las personas que no podían pagar, como estudiantes, trabajadores en paro u hombres y mujeres indigentes, eran analizados sin cargo. Como cada individuo era

admitido a tratamiento en base solo a la necesidad diagnosticada, la mera capacidad para pagar no determinaba el acceso a la terapia. Se creía en los informes que daban los propios pacientes sobre su estatus financiero: que dijeran que podían o no pagar no era un factor importante. La expectativa de que los pacientes pagarían «tanto o tan poco como puedan o *crean que pueden*» (cursiva en el original) era más importante como tema del practicante clínico que como tema administrativo.²⁵ Los honorarios de la consulta inicial eran aproximadamente de un dólar (en 1926), con sucesivas visitas que oscilaban en una escala de veinticinco céntimos a un dólar. Los honorarios se basaban en una evaluación personalizada de los ingresos del paciente o la familia y de las «responsabilidades», el término utilizado por el psicoanalista americano visitante Clarence Obendorf para describir las obligaciones financieras como el alquiler o la comida. Los informes de Obendorf intentaban ofrecer a sus escépticos colegas de Nueva York una versión realista de cuánto podía obtener el solicitante del tratamiento.²⁶

En función de su estatuto de caridad privada sin ánimo de lucro, los fondos generales de la sociedad de Berlín, los pagos de los pacientes y las donaciones privadas sostenían el *Poliklinik*. Como los doce miembros de la sociedad trataban sin cargo al menos a un solicitante clínico en su consulta privada, la clínica podía llevar al mismo tiempo a doce pacientes sin pagar. Alternativamente, los miembros de la sociedad podían donar el importe equivalente de sus ingresos profesionales anuales para apoyar a la clínica. Pero incluso los miembros que elegían no atender a pacientes sin cargo ni hacer donaciones extra estaban obligados a apoyar al Poliklinik porque se creó un sistema de inscripción dentro de la estructura de cuotas de la sociedad. En su carta del 26 de agosto a Therese Benedek, una joven psiquiatra húngara instalada recientemente en Leipzig, Abraham describía los requerimientos para la admisión en la Sociedad Psicoanalítica y explicaba los honorarios: «Las cuotas de miembro consisten en 8 marcos anuales para el Comité de Dirección de la Asociación Internacional & 200 marcos para el grupo local [Berlín]. La magnitud de esta segunda cuota se explica por la necesidad de apoyo al Poliklinik».²⁷ Los honorarios reales provenientes de los pacientes, es decir, los ingresos, cubrían aproximadamente —y solamente— el 10% del presupuesto operativo del Poliklinik. El presupuesto del Poliklinik sufragaba los salarios, el alquiler, los archivos, el mantenimiento y la gestión del centro. Los miembros del equipo permanente cobraban salarios bajos, los cuales, comentaba Eitingon, «no están en relación con sus servicios o los sacrificios que hacen». Por ejemplo, los ayudantes remunerados recibían cada uno 75

marcos o 18 dólares mensuales, que procedían de los fondos generales de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Estos pagos salían de la cuenta bancaria de Eitingon, de la cual la IPA también recibió «un nuevo fondo ψ por valor de un millón de coronas (5.000 dólares)». Freud informaba satisfecho de que esto «ha puesto fin a nuestros temores más acuciantes».²⁸ Mientras tanto, en 1920, los gastos de la clínica durante ocho meses ascendieron a 20.000 marcos (5.000 dólares), con solo 2.500 marcos (600 dólares) en ingresos. Entre octubre de 1920 y octubre de 1921 el alquiler fue de 60.000 marcos (14.500 dólares) con 17.500 marcos (4.206 dólares) de ingresos. Históricamente, las clínicas de salud mental con políticas muy abiertas para el acceso al tratamiento pueden verse inundadas de pacientes; en cambio, solo esta política aperturista permite admitir a los pacientes de acuerdo con su necesidad diagnóstica y no precisamente con su capacidad personal para pagar. En consecuencia, reconocía Eitingon, la independencia económica del Poliklinik realmente daba a los practicantes mucho mayor acceso a pacientes que la práctica privada.

Ernest Jones estaba entonces en Londres, mirando con envidia desde lejos cómo el Poliklinik crecía en capacidad y estatura pero resistiéndose a embarcarse en un proyecto como ese. Le mencionó a su amigo Jan van Emden la nueva fundación del Poliklinik y también apuntó la llegada a Berlín de dos psicoanalistas inventivos, «Frau Klein de Budapest analizará a niños [...] Sachs analiza a un número de doctores que desean estudiar Psa y trabajar en la Clínica».²⁹ Hanns Sachs, un miembro de la sociedad de Viena desde 1909 y coeditor con Otto Rank de la revista *Imago*, iba a quedarse en Berlín como maestro de maestros, formando analistas hasta que se marchó a Boston en 1932. Jones pronto llevaría a Melanie Klein a Londres y finalmente estableció la clínica propia de la sociedad británica en 1926. Pero en 1920 Jones aún pasaba demasiados apuros para sustraerse a sus objeciones a la clínica: «Debemos reflexionar cuidadosamente antes de prestar nuestro prestigio a una institución que puede hacer más daño que bien al psicoanálisis a los ojos del mundo exterior», escribía a sus colegas en Viena y Berlín.³⁰ Consideraba alarmante el auge reciente del «análisis salvaje», a pesar de la campaña de los berlineses para ofrecer formación profesional a todos los nuevos practicantes, y pensaba que «la relación entre terapeutas médicos y profanos era exactamente opuesta a lo que debería ser». Para Jones, los analistas no médicos (o «profanos») jamás habían tenido realmente el mismo nivel de autoridad clínica que los médicos. Aunque Jones invocaba constantemente la autoridad de Freud en asuntos de psicoanálisis, no estaba de

acuerdo en que la educación médica no era fundamentalmente beneficiosa (ni en que pudiera incluso dificultar) el psicoanálisis eficaz. Admiraba la posición conservadora y excluyente de Brill en Nueva York. Más tarde, le escribía a Eitingon: «El punto de vista americano sobre el análisis profano no me inspira tanta antipatía como a mucha gente en Europa. Incluso me inclino a pensar que lo compartiría si viviera en América».³¹ A pesar de su fe en Freud y de su desprecio por los americanos, Jones se puso del lado de estos en la batalla para mantener el dominio médico de la profesión. De modo que no es de extrañar que la reiterada oferta de la psicoanalista Barbara Low para investigar la clínica de Berlín en nombre de la sociedad británica fuera aplazada por lo menos un año. Barbara Low era amiga y colega de Alix y James Strachey y su grupo literario de Bloomsbury. A mediados de la década de 1920, Alix y James se convertirían en los traductores expertos de Freud y viajarían entre Londres y Berlín a menudo para sus análisis. Así que Low se sentía cómoda en Berlín, pero su propuesta «de que se realizara un informe sobre la organización, financiera y demás de la Clínica Psicoanalítica de Berlín lo antes posible con vistas a establecer una clínica freudiana en Londres» quedó aplazada.³² Cuatro años más tarde, Low fue finalmente a Berlín, y su informe sobre el Poliklinik se convirtió en el plan que regiría la Clínica Psicoanalítica de Londres. Jones, un médico, se convertiría en su director.

En aquel mes de julio, aunque el Poliklinik de Berlín abrió sin aparentes obstáculos gubernamentales, el proyecto para una clínica en Viena fue recibido con mucha más cautela. Eduard Hitschmann, uno de los héroes anónimos del psicoanálisis y un socialdemócrata convencido, insistía en que los psicoanalistas debían tener una clínica gratuita y con ese propósito combatió al afianzado sistema médico y psiquiátrico de Viena. Durante dos años más, Hitschmann tropezó con obstáculos gubernamentales para abrir el Ambulatorium. Pocos analistas estaban en mejor posición que Hitschmann para actuar en interés de la sociedad de Viena creando una clínica gratuita. Respetado por sus homólogos como un «modelo de orden y exactitud en su trabajo y competencia» y un gran psiquiatra para el diagnóstico, Hitschmann parecía disfrutar del mismo modo al confrontarse con la circunspecta burocracia médica.³³ Competitivo y enérgico, y espoleado en lo personal por las noticias del éxito inmediato de Max Eitingon en el Poliklinik de Berlín, Hitschmann estaba decidido a organizar una clínica ambulatoria similar. La mayoría de los analistas de Viena estaban predispuestos a poner en marcha una clínica gratuita, pues su deontología médica alentaba los servicios gratuitos; sentían

que debían incorporarse al nuevo movimiento, y al mismo tiempo intervenían otras motivaciones, como el interés por ganar legitimidad y afianzar su práctica. «Cada rama de la medicina tenía su clínica gratuita. Así que no era raro para los psicoanalistas con inquietudes sociales decidir que también nosotros debíamos tener una», dijo la hija de Martin Pappenheim, Elsa, quien emigró bajo coacción en 1938, cuando aún era una psicoanalista en formación.³⁴

Al fin, el Ambulatorium tomó forma, en gran parte, gracias a las habilidades de Hitschmann, pero también gracias al activo interés socialista en las clases bajas de la sociedad de Paul Federn y de Helene Deutsch.³⁵ Aunque, curiosamente, el comienzo del Ambulatorium de Viena estuvo marcado por la desconfianza desde todos los sectores. Las peticiones de Hitschmann para establecer una clínica psicoanalítica para pacientes externos en nombre de la Sociedad Psicoanalítica de Viena fueron rechazadas tanto por el Departamento Médico del Estado como por el Consejo Municipal del Equipo Médico del Hospital General. Desafortunadamente, incluso el nuevo gobierno socialdemócrata hacía una distinción entre salud física y salud mental y dudaba antes de conceder a la enfermedad psicológica la misma cobertura que a la tuberculosis y a la higiene dental. Sin embargo, la resistencia mortificante con la que tropezó Hitschmann durante dos años mientras preparaba el Ambulatorium se debía menos a la clínica gratuita como una institución que al psicoanálisis como método de tratamiento. Tal como Freud lo había vaticinado en su discurso de Budapest, el apoyo público de la clínica iría a la zaga de la iniciativa benéfica privada de los psicoanalistas. Pero Freud, que se entusiasmaba ante la inauguración del Poliklinik en Berlín solo ocho meses antes, escribió a regañadientes a Ferenczi que «básicamente le harán un favor a la clínica si nunca llega a realizarse. No es apropiada para Viena».³⁶ También le sugirió a Karl Abraham que la solicitud de la sociedad de Viena para una sección psicoanalítica en el Hospital General iba completamente en contra de sus deseos: «Si la conseguimos, será algo muy contrario a lo que deseo —escribía Freud—, porque tendría que estar bajo mi nombre, no puedo dedicarle tiempo alguno y en la Asociación no hay nadie a quien pueda confiarle la dirección».³⁷

La ostensible retractación de Freud desde su manifiesto de Budapest en 1918 siguió una dinámica compleja e interesante. La ideología gobernante de la cultura política vienesa ahora era inequívocamente socialdemócrata, y Freud podía permitirse mostrar una dimensión política más reactiva. A nivel personal se sentía agobiado por la edad

avanzada (sesenta y cuatro años) y recelaba de las interferencias que la creciente carga de trabajo y las tareas de dirección producían en su práctica. Se lamentaba de una aparente falta de liderazgo independiente entre los analistas vieneses. La Sociedad Psicoanalítica de Viena carecía de administradores eficientes como Eitingon o incluso Jones, una situación creada quizá debido a la preeminencia de Freud, que no por evidente era menos preocupante. A nivel político, y en contraste con su anterior demanda proactiva para las clínicas psicoanalíticas gratuitas, Freud temía ver al psicoanálisis enteramente secuestrado por la izquierda ahora que se había cumplido el cambio de Viena hacia la izquierda. Dificilmente querría que el gobierno municipal legitimara los cometidos cívicos explotando su trabajo. Freud necesitaba situarse a la izquierda del partido de derecha dado que los socialcristianos eran abiertamente antisemitas, pero también buscaba apartarse del compromiso político manifiesto. Era una posición compleja en la que Freud incurriría periódicamente a lo largo de su vida, puesto que pretendía mantener al psicoanálisis por encima de la esfera política.

Los psicoanalistas vieneses de la década de 1920 representaban por entero el espectro político de la izquierda, desde los socialdemócratas a los comunistas. El hecho de que algunos se fueran muy a la izquierda no significa que otros se situaran muy a la derecha. «Entre la mayoría de los intelectuales, lo que aquí [en Estados Unidos] es un liberal era un socialista, un socialdemócrata en Viena», explicaba Grete Lehner Bibring.³⁸ Wilhelm Reich se fue finalmente a una posición radical de izquierda y se afilió abiertamente al partido comunista. Pero otros analistas, como Paul Federn, pensaban que los comunistas eran peligrosos para el naciente movimiento psicoanalítico no por su ideología, sino porque eran objeto de arresto o supervisión policial y podían ser dados de baja de su afiliación al partido si se los descubría en análisis. Los socialdemócratas, en cambio, eran personas como él mismo. Con una madre que abogó por los derechos de las mujeres, un padre cuya práctica como médico de familia se inclinaba por los pobres, y una hermana, Paula Federn, que fundó la primera agencia privada de asistencia social en Viena, Bienestar Social de Viena, y que era el epítome de la rama socialdemócrata del progresismo. Así que era importante distinguir entre «comunista» como una afiliación política de partido y «socialista» como una ideología política nominalmente marxista alineada con los socialdemócratas.³⁹ Sigmund Freud a menudo repetía su oposición al comunismo *per se*, pero ese era un partido diferente; y los psicoanalistas, incluidos Freud y Grete Lehner Bibring, siguieron siendo «todos socialdemócratas porque ese era el

partido liberal para nosotros». ⁴⁰ La generación más joven de analistas vieneses estaba profundamente apegada a los austromarxistas del ayuntamiento, mientras que Freud y los analistas mayores, cuyos valores se basaban en la tradición clásica liberal, sencillamente se identificaban con ellos.

Sin embargo, ambas creencias, que el psicoanálisis tenía una misión política implícita y que el freudismo era progresista, eran ampliamente aceptadas por sus practicantes, por el gobierno socialdemócrata de Viena y por los círculos intelectuales de vanguardia en Europa y América. ⁴¹ A Emma Goldman, la anarquista americana, que asistió a las conferencias de Freud en 1909 en la Universidad de Clark, le había «impresionado profundamente la lucidez de su mente y la simplicidad de su alocución». Goldman anotó en su autobiografía, *Viviendo mi vida*, cómo el discurso de Freud se hacía eco de los temas de sexualidad femenina y liberación de la opresión de los que ella le había oído hablar por primera vez en 1896. Freud y el psicoanálisis aterrizaron oficialmente en América en septiembre de 1909 para la Conferencia del Vigésimo Aniversario de la Universidad de Clark, realizada en Worcester, Massachusetts. Invitado por el psicólogo Stanley Hall para recibir un título honorario, Freud, inicialmente reticente, cruzó el Atlántico en compañía de Carl G. Jung y Sándor Ferenczi. Freud improvisó en alemán, y dio cinco conferencias en cada una de las cuales desarrollaba un descubrimiento psicoanalítico específico. La última conferencia exploraba cómo la «civilización» demanda represión y la aplicación de un código moral particularmente riguroso a las «clases cultivadas». La moral puritana de la ética en América ejemplificaba, para Freud, la represión inherente en los códigos morales de la civilización. Desafiando el estilo somático extendido por entonces en la psiquiatría americana, las ideas de Freud fueron recibidas con ambigüedad. No obstante, las conferencias de 1909 representaron un hito en América para las ciencias sociales y de la conducta. Para el neurólogo James Jackson Putnam, la visita «tuvo una inmensa importancia», mientras que el psicólogo de Harvard William James, el psiquiatra Adolph Meher y el antropólogo Franz Boas eran más ambivalentes. ⁴² Los periódicos y revistas lo encumbraron y reprobaron alternativamente, poniendo el acento en una frase, y estas relaciones ambivalentes se han prolongado hasta nuestros días. El resentimiento americano hacia Freud aún perdura de muchas maneras, pero el sentimiento ha sido siempre recíproco. Incluso a mediados de la década de 1920 Freud trató de evitar las preguntas americanas sobre socialismo y otras opiniones controvertidas, diciendo «políticamente, no soy nada» al periodista del Greenwich Village

Max Eastman, que antes había publicado un libro sobre Freud y Marx. Al mismo tiempo, Freud le decía a Eastman que Lenin estaba llevando a cabo «un experimento sumamente interesante», bastante racional por su serio aspecto científico, pero bastante anarquista para ser aceptado por algunos brillantes analistas jóvenes como Otto Fenichel y Wilhelm Reich.⁴³ Eastman estaba casi disuadido del progresismo de Freud.

Ciertamente, en 1920 Freud se sentía cómodo con los políticos socialdemócratas del momento. Como le dijo a Ferenczi, estaba encantado de recibir una invitación para incorporarse al comité del alcalde Jakob Reumann, dirigido por Clemens Pirquet y Julius Tandler, reformadores influyentes en la salud pública de la Viena Roja, para supervisar un fondo internacional para el bienestar infantil.⁴⁴ El barón Clemens von Pirquet, que se unió al proyecto de Freud y Tandler para el bienestar infantil, era una de esas figuras extraordinariamente inventivas de *début de siècle* en Viena. Un pediatra de aspecto distinguido al que describían como «sumamente amable y cortés aunque muy nervioso» quienes financiaban su laboratorio en la Fundación Rockefeller, Pirquet también introdujo el concepto de alergia dentro del lenguaje médico corriente y fue pionero de la nutrición moderna con el sistema de mediciones basado en unidades de leche.⁴⁵ Era afín a muchos psicoanalistas, como Helene Deutsch, quien acababa de terminar su período de psiquiatra de guerra y estaba interesada en la salud mental en la infancia. En algunos aspectos el proyecto se ajustaba claramente al interés primordial de los socialdemócratas por reconstruir Viena alrededor de un núcleo de bienestar público centrado en el niño —y la familia— y a su necesidad de hacer un uso constructivo de los fondos extranjeros. Por otra parte, como Richard Pearce observó con acierto, el antagonismo entre Tandler y Pirquet, «el primero representaba el punto de vista socialista, y el segundo, el aristocrático», dio lugar a enfrentamientos por los recursos en la Universidad de Viena.⁴⁶ En el momento en que Pirquet se integró a la campaña americana de ayuda a los niños austríacos, el Fondo de la Commonwealth había decidido ayudar a su famosa *Kinderklinik* a ampliar y reparar el hogar de convalecencia para niños tuberculosos. Varias subvenciones especiales ayudaron a reemplazar equipos técnicos desgastados e instrumental quirúrgico utilizado especialmente para operar a niños. En consecuencia, Eli Bernays, el rico y filantrópico cuñado de Freud, que vivía en ese tiempo en Estados Unidos, agregó un millón de coronas a la ayuda de 13 millones de coronas (608.000 dólares) de un grupo de médicos americanos interesados en fomentar la infraestructura médica de Viena, incluidos los hogares de convalecencia para niños.⁴⁷ Como aún estaban

frescas las imágenes del daño humano de la guerra, la decisión vienesa de aceptar subvenciones, incluso preferenciales, de los americanos ricos no fue difícil. Los americanos, sin embargo, eran responsables de administrar ese legado moral y equitativamente. Cabe destacar que, entre las fundaciones que orientaban el bienestar moderno del niño y la investigación sobre el desarrollo del niño, el Laura Spelman Rockefeller Memorial (LSRM) respondió con gran entusiasmo a la idea de que cultivar la buena higiene mental en la infancia produciría adultos sanos. Según la mayoría de los desarrollistas, incluido Freud, el carácter humano, la personalidad e incluso la fisiología individual son aspectos sumamente vulnerables a las influencias medioambientales en la infancia. Una sociedad pacífica y productiva de posguerra estaría por ello deseosa de unos servicios sociales atentos y progresistas en la educación temprana, dedicados al bienestar de los niños. En ese momento el LSRM estaba dispuesto a invertir directamente en los servicios sociales prácticos de Julius Tandler.

Freud era bastante más ambivalente respecto a otros doctores vieneses prominentes que no estaban afiliados a los socialdemócratas. Entre ellos, el neurólogo Julius von Wagner-Jauregg era entonces director de la principal clínica psiquiátrica pública de la ciudad y, en 1920, era un psiquiatra tan conocido en Viena como Freud. Delgado y de apariencia adusta, el porte severo de Wagner-Jauregg lo acentuaban el rictus de la boca hacia abajo, el largo bigote engominado y el pelo cortado al cero. La compasión no era su fuerte, pero, no obstante, era un profesor inspirado y un formidable investigador que recibió el Premio Nobel por su descubrimiento en 1927 del tratamiento del paludismo para la parálisis general. Sin embargo, en 1920 la Comisión de Investigación sobre el Abandono del Deber Militar del gobierno de la ciudad acusó a Wagner-Jauregg de haber usado de forma letal la electroterapia en soldados con traumas de guerra. La comisión, constituida por socialdemócratas prominentes, invitó a Freud a testificar como un testigo experto en las audiencias del 14 y el 16 de octubre, donde se investigaban las acusaciones de tortura practicada por psiquiatras militares bajo la competencia de Jauregg. Desde 1918 el *Arbeiterzeitung* y otros periódicos habían publicado relatos personales espantosos: a algunos soldados que sufrían de neurosis de guerra se los había acusado de fingirse enfermos o de pusilanimidad y torturado en la clínica de Wagner con «faradización» o corriente eléctrica hasta ocasionar la muerte o el suicidio. Aún leal a los Austrias, Wagner-Jauregg unía el deber patriótico con el poder médico y prescribía celdas de aislamiento, camisas de fuerza y quema selectiva como terapias para soldados que él

consideraba inútiles para la causa militar. Pero la brutalidad psiquiátrica, aun cuando pasara por deber patriótico, sencillamente indignaba a Freud. Los psiquiatras habían «actuado como ametralladoras detrás de las líneas del frente, forzando a volver a los soldados que huían», dijo Freud en el estrado.⁴⁸ Más aún, el tono de su texto, «Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra» no era el de un texto clínico, sino el de una declaración política.

Comenzaba el ensayo como lo haría un colega diplomático, sugiriendo que Wagner-Jauregg era un hombre de principios que había actuado en contra de su mejor juicio psiquiátrico por un compromiso cívico con los intereses del Estado. Si bien ambos hombres estaban de acuerdo en la sintomatología subyacente en la neurosis de guerra, disentían en el tratamiento, pero Freud concluía con una crítica fulminante de la psiquiatría militar tradicional y de guerra. El reclutamiento no era un deber patriótico del Estado, decía, sino lo contrario, la «causa inmediata de todas las neurosis de guerra, que genera rebeldía contra la implacable supresión de la personalidad que los superiores imponen [al soldado]». La disposición de Wagner-Jauregg a actuar en sintonía con el Estado corporativo, al apoyar implícitamente el uso gubernamental de la violencia, deshonoraba la preocupación humanitaria del médico por el individuo.⁴⁹ Freud le había dicho a Ferenczi que «trataría naturalmente [a Wagner-Jauregg] con la más clara benevolencia», añadiendo que los hechos «tenían que ver con la neurosis de guerra».⁵⁰ Solo quería mostrar al tribunal cuánto se diferenciaban sus respectivos enfoques teóricos y clínicos sin atacar personalmente a su colega. Precisamente en ese momento la Sociedad Psicoanalítica vienesa estaba ideando los planes para su propia clínica gratuita y Freud sabía que el proyecto requeriría al menos una diplomacia nominal con su conservador rival. Wagner-Jauregg fue finalmente exonerado pero continuó representando para Freud el anticuado sistema médico de Viena y el dominio de una postura punitiva y reaccionaria en psiquiatría.

Muy pronto, sin embargo, Freud halló la cortesía de la psiquiatría institucional de Viena y fue más hábil que Wagner-Jauregg. Los funcionarios hostiles y una burocracia médica aletargada bloquearon una y otra vez durante los dos años siguientes la propuesta de Hitschmann para el Ambulatorium. Dado que la licencia para abrir la clínica estaba en manos de los conservadores opositores al psicoanálisis de la comunidad, Hitschmann se hizo con el respaldo de su colega médico Guido Holzknecht. Muy respetado como eminente radiólogo del momento, asistente en la clínica de Hermann Nothnagel y en

contacto con la Sociedad de Médicos que gobernaba el Hospital Allgemeines, Holzkecht también había sido miembro de la Sociedad Psicoanalítica vienesa desde 1910.⁵¹ Holzkecht, Freud y Hitschmann eran amigos y compañeros, convencidos por igual de que la investigación de la mente inconsciente y del interior del cuerpo tenían metas equivalentes. El genio de Holzkecht para descubrir tumores era la contrapartida fisiológica a la detección de Freud de las neurosis. Holzkecht y Freud se hallaron también asociados como doctores y pacientes recíprocos: Holzkecht, antiguo analizante, fue el radiólogo que trató el cáncer de Freud en 1924, y en 1929 Freud visitó a Holzkecht, quien se moría de cáncer por sus propios experimentos, con el brazo derecho ya amputado. Freud le dijo: «Debes ser admirado por la manera en que soportas tu destino», y Holzkecht replicó: «Sabes que solo he de darte las gracias a ti por ello».⁵² Claramente, Hitschmann había encontrado un influyente portavoz y estratega.

Aun así, pasarían dos años enteros de maniobras tácticas planificadas antes de que el Hospital Allgemeines designara y aprobara oficialmente la sección para el Ambulatorium. Al parecer, la primera intervención personal de Holzkecht con la administración fue bien. El 16 de junio apuntó con optimismo la prometedora visita a la dirección del departamento y escribió a Hitschmann que «habrá sitio en los próximos meses para un “Ambulatorium para el tratamiento mental” en el Hospital Garrison N.º 1. Pero ¿cómo comenzar? ¿Con quién comenzar? Pienso en la asociación con una de las secciones en el Hospital General, aunque desafortunadamente en la mía es imposible. (Con todo, ¡nada es realmente imposible!)».⁵³ Hitschmann siguió el consejo optimista de su colega y apenas cinco meses después de que abriera la clínica de Berlín, su petición fechada el 1 de julio estaba en manos del Consejo Superior de Médicos del Hospital Allgemeines, la autoridad de la salud pública local del Departamento Médico del Estado y la Sociedad de Médicos presidida por Wagner-Jauregg. El Ambulatorium psicoanalítico, prometía Hitschmann, no competiría con el departamento de psiquiatría por los pacientes ni disminuiría el uso de terapia médica, sino que aportaría otras formas de tratamiento. Difícilmente podría considerarse al psicoanálisis como rival de otros departamentos del hospital, «dado que la psicoterapia, por no hablar del psicoanálisis, no se practica en ninguno de ellos». Aunque la psicoterapia había sido inaccesible para las «más amplias masas hasta hoy», estaba «preparada para las aplicaciones prácticas en un campo más amplio. El Ambulatorium se limitará a las personas enfermas menos atendidas».⁵⁴

Un edificio impresionante de ladrillos rojos que alojaba el Hospital Militar (Hospital

Garrison N.º 1) fue el lugar elegido para situar el Ambulatorium por su adecuada proximidad al Hospital General y porque algunas de sus habitaciones de tratamiento se habían quedado vacías desde el final de la guerra. Estas instalaciones se podían poner en servicio con bastante eficiencia, calculaban los psicoanalistas, pues necesitaban como máximo una sala de espera, otra zona amplia en la cual examinar a los posibles pacientes y algunas pequeñas habitaciones de tratamiento. Requerimientos modestos tal vez, pero la rama del hospital de la Sociedad de Médicos —el órgano de gobierno de la profesión médica austríaca— estaba a cargo de la asignación de instalaciones y no veía la necesidad de incrementar el ritmo lento de su proceso de decisión. Holzkecht, miembro de ese consejo (junto con Wagner-Jauregg), transmitió a Hitschmann, su amigo y «colega más estimado», algunos informes e instrucciones confidenciales para la acción futura: «Nuestra propuesta no fue planteada en la primera reunión del Consejo Médico del hospital. No hice nada al respecto para no ser identificado desde el principio como partidario. Te recomiendo encarecidamente que visites al director Dr. Glaser y, sin insistir demasiado, preguntes sobre el destino de la propuesta presentada repetidamente, para que la misma no se pierda dentro del agujero negro de la burocracia».

Las infructuosas negociaciones prosiguieron. Por razones no aclaradas, la audiencia que había solicitado Hitschmann fue cambiada del Consejo Médico local del hospital a la reunión de octubre de la Junta Médica Estatal. Según lo que los doctores filtraron de aquella sesión no conclusiva, Holzkecht rondaba charlando desenfadadamente cuando de repente el secretario de la junta le avisó de que los doctores Wagner-Jauregg y Jakob Pal estaban preparados para oírle. Holzkecht informaba sobre los actos del 23 de octubre, explicando que mientras «les leía las palabras introductorias de vuestra propuesta», Jakob Pal, un profesor de medicina interna y miembro también de la junta, interrumpió y pidió a Wagner-Jauregg que examinara los planes y emitiera una opinión experta. El consejo al completo estuvo de acuerdo, unánimemente. Era «el método austríaco», le dijo Holzkecht con desaliento a Hitschmann. Esta vez no se pudo hacer nada más que presionar a Wagner.⁵⁵ Así que el aristocrático Wagner von Jauregg, seguramente aún resentido por la aparición de Freud en su juicio, se tomó el año siguiente completo para examinar el documento, ejercer su jurisdicción y, finalmente, llegar a una decisión provisional en julio de 1921.

En contraste con el moroso progreso de la petición de los psicoanalistas para una clínica gratuita, otras ramas del nuevo Departamento de Salud Pública de Viena

avanzaban rápidamente. En noviembre de 1920, Julius Tandler fue nombrado consejero a cargo de la Oficina de Bienestar Público vienesa, cargo que mantuvo con energía hasta febrero de 1934. Tandler consideraba que el Estado, junto con un programa de bienestar comunitario, era el remedio más viable y conveniente al deterioro generalizado de posguerra en casi todos los aspectos de la vida humana en Viena. En línea con la evolución cultural de la Viena Roja, se convocó una reorganización completa de la estructura de salud y bienestar, y Tandler, junto con Hugo Breitner, Otto Glöckel, Karl Seitz y otros socialdemócratas, se convirtió en su principal arquitecto.

Las teorías de Tandler sobre los beneficios y el derecho al bienestar social provenían de modelos anteriores, como los programas a gran escala de Bismarck para la salud doméstica, los accidentes y las pensiones a la vejez. En una curiosa contradicción ideológica nada inusual en la política del siglo XIX, los programas progresistas de Bismarck se debían al impulso conservador de apartar a los trabajadores alemanes del movimiento socialista (aunque tuvieron el efecto contrario). Como Bismarck, aunque por diferentes motivos, Tandler se proponía ligar a los trabajadores al Estado, y viceversa. «En Alemania —escribía—, el 10 o el 15% de todos los niños nacidos con vida están contemplados en el sistema de bienestar; en Austria las cifras son del 4 o 5 %». ⁵⁶ Esto lo escribía admirado, no porque creyera que el Estado debería anular la responsabilidad de los padres en el cuidado de tantos niños sino porque, en caso de ocuparse de ellos, el Estado podría demostrar su capacidad para cuidar de los niños cuyas vidas las habían puesto en peligro condiciones ambientales y sociales más amplias. Se había creado en Viena un ambiente catastrófico después de la guerra, y Tandler respondía centralizando todas las instituciones de bienestar de la ciudad en una única Oficina Pública de Bienestar con controles legales y profesionales. Su primera preocupación —reducir las políticas paternalistas de la caridad para el «cuidado de los pobres» sustituyéndolas por formas modernas y planificadas, mucho más respetables, de asistencia directa— dio lugar a otras reformas administrativas. El interés particular de Tandler en las necesidades y derechos de los niños correspondía, en ese preciso momento, a la emergencia de nuevos estudios científicos sobre el desarrollo infantil y las nuevas técnicas de tratamiento, así como la educación de la primera infancia y el análisis infantil, todo lo cual implicaba la necesidad de servicios de bienestar social. Los psicoanalistas estaban de acuerdo porque creían que el Ambulatorium cambiaría el paradigma estigmatizador de la caridad en el tratamiento gratuito de la salud mental por el de servicio social.

Los servicios sociales de posguerra en Viena ofrecen un mapa virtual de los avances en la práctica del trabajo social moderno desde 1900 —cuando era sobre todo la provincia de la benevolencia de las clases altas que velaban por la moral— hasta la década de 1920, en que se transformó en una profesión instruida. En la Viena Roja algunos de los patrocinadores del trabajo social y el bienestar social internacional, la Fundación Rockefeller y el Fondo de la Commonwealth, colaboraron con los dirigentes de la atención sanitaria de la ciudad, como Julius Tandler, Clemens Pirquet y Guido Holzkecht. Los representantes de la Fundación Rockefeller observaban las políticas de Tandler con cierta ambivalencia, pero en general estaban de acuerdo en los objetivos. Era bien conocida su simpatía por el psicoanálisis, así como lo era la de Holzkecht, e influyeron en todas las grandes campañas de bienestar social de esos años formativos. La unión de los patrocinadores internacionales, los dirigentes de la ciudad y los psicoanalistas locales apoyando las políticas progresistas en el bienestar de los niños, supuso para la nueva profesión del trabajo social su respetada posición dentro del estado del bienestar.

En cada uno de los distritos de Viena una mujer designada como una «agente de bienestar» visitaba los hogares de los niños al cuidado de familias que no eran las de los padres biológicos, o de los niños adoptados y de los nacidos fuera del matrimonio. Esta agente trabajaba en los centros de orientación maternal en zonas residenciales y supervisaba las inspecciones médicas escolares, prestando atención a los problemas familiares y los signos de potencial abuso sexual o físico. Con un dinero extra, podía complementar en pequeña medida las necesidades de una familia, comprando ropa o zapatos para un niño o un equipo nuevo para un padre a punto de perder su trabajo por carecer de herramientas de carpintería. Por supuesto que ella documentaba sus observaciones sobre las condiciones de vida del niño: la naturaleza misma de su trabajo consistía en la alianza fructífera de la asistencia práctica con la metodología más actual de la universidad, la observación directa del comportamiento del niño. El motivo central de una asistente social estaba (y está) sujeto siempre a la interpretación, y autorizarla dentro del hogar familiar significaba renunciar a la jurisdicción sobre sus miembros del supuesto control del Estado. Pero se puede admitir el motivo opuesto: un gobierno puede estar más interesado en garantizar la seguridad y el bienestar de sus niños que en sustentar la falsa dignidad de las estructuras de la familia tradicional. Así es como Tandler refutaría las acusaciones de los socialcristianos respecto a que las asistentes sociales apartaban a los niños de las familias: «Solo puedo decir que estamos haciendo lo que está

en nuestra mano para dejar a estos niños con sus familias en todos los casos posibles. Pero [...] lo primero que tenemos que preguntarnos es si los padres son realmente capaces de criar a sus hijos». ⁵⁷ En cualquier sociedad que concede gran importancia a la idea de privacidad, las visitas al hogar familiar se experimentan como intrusivas y humillantes, salvo quizá cuando una emergencia requiere un médico junto a la cama del paciente. Pero, aunque la patriarcal y monárquica Austria sustentaba la supremacía de la autoridad parental, las políticas de bienestar de la Viena Roja afirmaban el derecho del Estado a proteger al niño.

Dada la preocupación vienesa por la protección de los niños y la propia creencia de Julius Tandler en el valor de la asistencia familiar específica, el gobierno estandarizó y estrechó los lazos entre los centros de salud pública infantil y los servicios de apoyo en el hogar. Las nuevas oportunidades para enseñar a las madres jóvenes no solamente en sanidad, que ya eran bastante buenas, sino también en la nutrición y la lactancia materna o en el tratamiento de la fiebre y las infecciones culminaron en la creación de una nueva ocupación: la *Fürsorgerin*. A medio camino entre una enfermera y una asistente social, pero más influyente que la combinación de ambas, el título de *Fürsorgerin* no tiene una contrapartida real en Estados Unidos. El impresionante prestigio de la *Fürsorgerin* provenía de un sistema sanitario especialmente centralizado y de un sistema de asistencia social que daba la responsabilidad del cuidado infantil directamente al gobierno, y por ello podía normalizar los abordajes en temas de bienestar infantil como los niños ilegítimos y huérfanos, o el abuso y el descuido de los niños. En tanto que asistente social, esta funcionaria (porque era en gran medida una profesión de mujeres) podía contar con la ley para apoyar sus decisiones, y, en tanto que funcionaria de la salud pública, su juicio era respetado por el peso médico que comportaba. A cada condado se le asignaban las *Fürsorgerinnen* entrenadas para asistir a los médicos en los dispensarios de salud prenatal o infantil, así como a las familias que vivían en sus áreas geográficas de influencia. Los autores del informe del Fondo de la Commonwealth sobre las viviendas *Gemeindebauten* declaraban: «¡Se encuentran dispensarios en toda clase de edificios públicos o semipúblicos: hospitales, ayuntamientos, edificios comerciales, casas municipales de vecinos, los cuales están decorados con un estilo moderno exquisito!». ⁵⁸ Los niños no estarían privados de atención aunque sus sobrecargadas madres carecieran de tiempo para el pediatra. Las madres veían, en cambio, que la *Fürsorgerin* en sus rondas de visitas a domicilio, examinaba la salud de los niños, enseñaba algunas medidas

de protección y proporcionaba cierto alivio de la deprimente carga del trabajo doméstico cotidiano. De los cien dispensarios de salud infantil con subsidio federal de Austria, los quince centros situados en Viena registraron casi diez mil niños y asistieron a otros cuarenta mil niños. Solo en 1927, las *Fürsorgerinnen* afiliadas a los dispensarios de salud realizaron cerca de dieciséis mil visitas domiciliarias para inscribir a los niños y párvulos de Viena.⁵⁹ Sin duda, tal como establecía la ley, las *Fürsorgerinnen* buscaban a los niños sin padres o supervisaban el cuidado de los niños acogidos, pero sobre todo derivaban a los niños que necesitaban atención dental o protésica a las clínicas especializadas, o a los tuberculosos a los dispensarios de salud, o a los que precisaban atención mental al Ambulatorium.

La mayoría de los niños que pasaban por la orientación clínica estaban desmoralizados por los problemas familiares, ya fuera el payaso de la clase o el parlanchín, el copión o el mentiroso, el presumido o el vanidoso, el que suspende o el que pasa el día masturbándose.... El Comité de Educación Austríaco de posguerra reorganizó entonces todo el sistema de la escuela pública al considerar tan importante la adaptación social de los niños como sus necesidades educativas. La elección estaba entre una pedagogía freudiana o adleriana, pero las instituciones educativas aliadas a cada uno de los grupos estaban imbuidas del psicoanálisis. El nuevo Instituto Pedagógico de la Ciudad de Viena, cuyos parvularios habían diseñado Willi Hoffer y Siegfried Bernfeld y llevaban la marca de la psicología individual de Alfred Adler, estaba afiliado simultáneamente a la Facultad de Filosofía de la universidad y al Instituto Psicológico de Viena de Karl y Charlotte Bühler. Los Bühler, destacados en la psicología académica de Viena, estaban afinando su metodología de experimentos controlados en el laboratorio, para entender el comportamiento infantil. Y cuando Adler habló en el Instituto Pedagógico reclutó un foro amplio de educadores, terapeutas, y directores de escuela en el primer programa para maestros de las clínicas de orientación infantil. Estaba comprometido personalmente en poner en marcha la primera clínica de lo que con el tiempo sería una red completa de clínicas para la orientación infantil. En un distrito de la ciudad con 67 institutos de enseñanza, 171 de los cerca de 20.000 niños de la zona fueron tratados voluntariamente en 1920 (el primer año del programa) partiendo de un modelo personalizado.⁶⁰ La mayoría de los maestros consideraban que los niños con problemas no formaban parte de la clase, y no pensaban en ellos como deprimidos o marginados. De modo que el método de Adler formaba a los maestros para involucrar por entero a la clase en la construcción

del sentido de *Gemeinschaftsgefühl*, o sentido de comunidad, entre los niños groseros o con ausentismo escolar. Los niños con dificultades tenían graves problemas y no un mal carácter innato.

Cuando Otto Glöckel, al frente del reformista Departamento de Educación de Viena y a cargo de la política administrativa escolar, resolvió apoyar oficialmente la psicología individual, se le ofreció a Adler la posibilidad de poner sus ideas en práctica. El edificio en Staudingergasse número 20, una de las estructuras clásicas más antiguas de la ciudad, fue reconvertido en una escuela primaria experimental basada en los principios de Adler del *Arbeitschule*, trabajo y comunidad. Los que habían sido dormitorios ornamentados fueron rehabilitados en salas comunitarias espaciosas. Se recogieron del ejército viejos bancos de madera, armarios e incluso tinteros pequeños de metal y se entregaron a los niños del lugar, la mayoría de familias pobres. Se utilizaban el psicodrama, las charlas en grupo y la terapia individual en ese ámbito escolar extraordinario en el cual los niños por sí mismos se volvían coeducadores, ayudantes y, con suerte, coterapeutas para sus compañeros más perturbados. Allí, Oskar Spiel y Ferdinand Birnbaum incorporaban la psicología profunda al programa diario de clase, proporcionando la moderna educación progresista para los diez años siguientes a niños abandonados, neuróticos, con discapacidades para el aprendizaje, o simplemente desfavorecidos. Los padres de la escuela del barrio obrero recibían el boletín adleriano ilustrado, *Eltern Haus und Schüler* (el hogar parental y el estudiante), y clases vespertinas gratuitas sobre el desarrollo infantil. Contentos de regirse por el currículum de la nueva escuela primaria de Austria, Spiel y Birnbaum trataban de salvar la distancia entre la psicología individual y el psicoanálisis (un puente que Adler y Freud no consiguieron construir) y promovían una atmósfera intensamente terapéutica en la que cada clase era una experiencia comunitaria. El psicoanálisis freudiano, que enfatizaba el yo íntimo frente al determinismo social, también desempeñó un papel en la legitimación del derecho individual del niño, al margen de la familia, a ser protegido por el Estado.

Junto a esta reorganización convencional de los valores sociales y los roles de género, parecía florecer la revolución sexual en prácticamente todos los niveles de la sociedad. Las mujeres votaban. La sexualidad se discutía abiertamente en los periódicos de mayor tirada y en las novelas como la de Hugo Bettauer, *Wiener Romane*. Bettauer, un prolífico novelista austríaco cuya novela *Die freudlose Gasse* llevó al cine (con el título de *Bajo la máscara del placer*) Georg Wilhelm Pabst en 1925, aparecería en los primeros años de la

década de 1920 como un divulgador del psicoanálisis y un verdadero paladín del Ambulatorium. Mientras tanto, la idea ambigua de una familia numerosa, que promovía al mismo tiempo imágenes maternas y feministas, impregnaba la vida cotidiana desde el transporte urbano hasta la arquitectura municipal. El seminario sobre sexología para estudiantes comenzó un año antes, en 1925, con Otto Fenichel y sus amigos Reich, Lehner y Bibring, que entonces no podía estar fuera de lugar, ni dentro de la universidad ni fuera de ella. Ahora, en su segundo año, el seminario planificaba explorar cómo se podían remodelar las creencias tradicionales sobre el sexo con la nueva metodología psicoanalítica y cómo extraer un programa político de las mismas. Para Fenichel, la libertad sexual era tanto una cuestión política como psicológica. «¿El hombre vive desde dentro o desde fuera?» era el título anarquista de un simposio experimental que se celebró el 22 de junio, donde se pedía abiertamente que los participantes dieran voz solo a sus sentimientos y expulsaran firmemente todo pensamiento científico o intelectual. A medio camino entre el sermón y la arenga, el denso discurso de dos horas y media de Fenichel exploraba soluciones sistemáticas pero humanas a los problemas sociales. La ciencia, la filosofía, el movimiento juvenil o la política ¿acaso eran la mejor forma de movilizar a la gente con el fin de aliviar la «gran miseria evidente en todos sus colores»?

⁶¹ La compañía de esa noche en el elegante apartamento de Hans Heller incluía al amigo y compañero de estudios de Reich, Desö Julius, un estudiante húngaro que había huido a Viena aquel verano después de la caída del gobierno de Béla Kun, y que introdujo el pensamiento de Reich en el movimiento comunista. La compañera de Fenichel, Lisl, estaba allí junto con su hermana y su cuñado, Paul Stein, así como Gisl Jäger del movimiento juvenil, Gretl Rafael y Willy Schlamm, futuro editor de *Die Rote Fahne* (la bandera roja) en Viena. Annie Pink, que se convertiría en la primera esposa de Reich y destacada psicoanalista, también estaba allí: aún era miembro del movimiento juvenil y estudiante de secundaria. También lo era Lore Kahn, maestra de parvulario en formación y la pálida novia de Reich, que poco después murió de tuberculosis. Cuando su desconsolada madre acusó falsamente a Reich de haber provocado la muerte de Lore al hacerle abortar, Reich derivó a la madre a Paul Schilder, por entonces profesor de psiquiatría en la Universidad de Viena.⁶²

A pesar de ser muy diferentes, Paul Schilder y Heinz Hartmann (el futuro pope de la psicología del yo) habían trabajado en el hospital psiquiátrico de la universidad, pero apenas veían alguna contradicción entre la visión psicoanalítica de Freud y la orgánica

biológica de WagnerJauregg sobre la enfermedad mental. WagnerJauregg presidía la Clínica PsiquiátricaNeurológica, el centro de la clínica psiquiátrica de Viena, y la mayor parte del tiempo seguía ateniéndose a sus protocolos de investigación basados en los tratamientos de choque con insulina y electroterapia. Incluso Helene Deutsch, una psiquiatra militar durante la guerra, había trabajado en esos experimentos. Dado que se impedía el nombramiento oficial a las mujeres, Deutsch perdió su empleo cuando Schilder volvió del frente, pero decía haber reconocido en él «un espíritu muy productivo y original» y no parecía resentida por el insulto institucional.⁶³ Deutsch utilizó algunos experimentos de Schilder con la hipnosis humanística para ayudar, por ejemplo, a una mujer anciana catatónica, intuyendo que justo detrás de la fachada en blanco de su paciente había una conciencia escondida escuchando e invitando al contacto humano. Evidentemente, a principios de la década de 1930 la mayoría de los analistas jóvenes del Ambulatorium eran animados a estudiar el modelo de Schilder. Erik Erikson (que entonces aún utilizaba el nombre Erik Homburger) asistió a algunas clases de Tandler y prosiguió estudios posteriores en psiquiatría con Schilder. Paul Federn mantuvo contactos amistosos con la clínica universitaria y más tarde consideró que la aplicación de la terapia de base psicológica a la psicosis era inestimable. La clínica misma no estaba lejos de la casa de Freud en Berggasse, y Anna Freud asistió a las sesiones vespertinas didácticas mientras Deutsch era una ayudante. En la formación rigurosamente controlada de Anna Freud como maestra de primaria, pocas cosas hubo que la preparasen para los aullidos espontáneos y la falta de paliativos del dolor de los pacientes psiquiátricos. Pero Anna aprendía rápido. Observaba a su amiga Grete Lehner Bibring, discípula también de Schilder, aplicar su modelo integrado a su primera paciente analítica: una prostituta con neurosis compulsiva. Grete se había graduado en la escuela de medicina a los veinticuatro años e iniciado la práctica psiquiátrica enseguida. Incluso después de dos años de experiencia en la clínica de Wagner-Jauregg, Grete aún recordaba la formación con Schilder como la mejor preparación para tratar, por ejemplo, los floridos síntomas psiquiátricos de un paciente clínico delirante, perverso polimorfo de veintitrés años. Sin embargo, tendrían que pasar diez años antes de que Schilder llevara formalmente la psiquiatría médica al Ambulatorium con el brillante Departamento para el Tratamiento de *Borderline* y Psicosis, que no obstante tuvo una vida muy corta.

Mientras tanto, en el campus principal de la Universidad de Viena, el seminario de sexología se hacía cada vez más popular. Después de que Fenichel abandonase Viena

para ir a Berlín aquel otoño, Reich asumió la dirección y la responsabilidad administrativa para programar charlas y conferencias. Su interés explícito en la sexualidad humana se vio reflejado en su elección de conferenciantes como Isidor Sadger (el propio analista de Reich), que entonces investigaba la homosexualidad y las perversiones sexuales, y Eduard Hitschmann, que había publicado estudios sobre la frigidez femenina. La experiencia de Reich con la estructura autoritaria durante los cuatro años en el ejército pronto lo llevó a dividir el seminario en dos ramas, un grupo biológico dirigido por Edward Bibring y un grupo psicológico, a su cargo. El seminario fue tan popular, informaba Reich, que treinta estudiantes y seguidores asistieron a una conferencia bastante clara sobre «Conceptos de pulsión y libido desde Forel a Jung». ⁶⁴ Conforme crecía la asistencia, Reich encontraba grupos entusiastas de estudiantes universitarios radicalizados, entre ellos los antiguos amigos y seguidores de Fenichel y Bernfeld en el movimiento juvenil, así como jóvenes del partido socialdemócrata. Lo que había comenzado como una sencilla actividad extracurricular en la escuela de medicina muy pronto se convirtió en un programa planificado de seminarios de estudio de la sexología. Se estudiaba endocrinología, biología, fisiología y psicoanálisis en especial como nuevas ramas de la nueva disciplina.

Entre los participantes ocasionales del seminario que con el tiempo se unirían a Reich en las clínicas Sex-Pol estaba Lia Laszky, una compañera de Tandler en clase de anatomía de la escuela de medicina de la Universidad de Viena. Lia era una elegante joven bisexual con la que Reich estaba infatuado y atormentado tan obsesivamente que sentía que «podía terminar con Jauregg». Lia tenía un «rostro delicado, la nariz y la boca pequeñas, el pelo rubio», recordaba Reich, y, aunque era pobre, llevaba una alegre vida bohemia en Viena. ⁶⁵ Llevó a Reich a la ópera y la música moderna de Viena y, a raíz de sus discusiones sobre socialismo, le regalaba libros, como el de Gustav Landauer *Aufruf* (la llamada). Reich tomó en cuenta de inmediato las visiones utopistas de Landauer y Sterner. Los críticos de entonces y de ahora desestiman a Reich por demasiado idealista y anarquista, pues su efecto en el psicoanálisis es casi irrealizable y gran parte de su impacto se funda en la aplicación de las ideas de Landauer. Del mismo modo, cuando Reich le dio a Lia libros de psicoanálisis (como el de Hitschmann) e intervino personalmente para asegurar su formación psicoanalítica, ella dejó de lado su participación en el *Wandervogel* y trató de organizar un grupo de orientación izquierdista con chicas del movimiento juvenil. Nombres más conocidos irían a unirse a los esfuerzos

posteriores de Reich para organizar el Sex-Pol —Annie Pink Reich, Edith Jacobson—, sin embargo, entre sus amigos de la segunda generación de psicoanalistas, Otto Fenichel se comprometió de manera resuelta con el activismo político.

Otto Fenichel era claramente un orador nato y, al regresar a Viena de otra estadía en Berlín aquella Navidad de 1920, cautivó a sus amigos durante dos veladas completas con una charla titulada «La fundación de una comuna en Berlín». Muchos de los miembros del seminario de sexología habían oído hablar del policlínico de Berlín aunque muy pocos, salvo Fenichel, lo habían visitado realmente. Pero fue Fenichel quien realmente previó las variadas y numerosas maneras en que el Poliklinik de Berlín se convertiría, tal como Freud lo planteó, en «una institución o clínica de pacientes externos en la que el tratamiento será gratuito». Fenichel estaba fascinado por el modelo de Berlín, primero y por el momento único en su tipo, que constituía un nexo social entre el Poliklinik como un servicio clínico y el Instituto como programa de formación psicoanalítica regular. La institución compuesta satisfacía las expectativas de Fenichel sobre la colectividad, un interés que dominaría su vida personal y profesional.

En Viena, Freud y Rank anunciaron en una circular a sus colegas que publicarían un informe a finales de año sobre la actividad de la clínica berlinesa, bien en forma de folleto o como suplemento de *Imago*, incluso antes de que el trabajo real de tratar pacientes hubiera comenzado.⁶⁶ En el Berlín de Weimar y en la Viena Roja, la idea de que la creatividad podía mezclarse con la práctica cotidiana tenía un particular atractivo intelectual y popular.

1921

«DEBERÍA EXISTIR UN AMBULATORIUM...
PARA EL TRATAMIENTO PSÍQUICO EN SENTIDO EXTENSO»

En marzo de 1921, Freud le escribió a Ernest Jones: «Es asombroso cuán poca “*Gemeinsinn*” [espíritu comunitario] y tendencia a la organización hay entre los mejores elementos en América. Solo los ladrones y piratas organizan bandas».¹ Asimismo, comenta: «La competitividad es más feroz entre ellos: no alcanzar el éxito significa la muerte pública del individuo [...] Y el éxito significa dinero», y a continuación se pregunta, con suspicacia: «¿Los americanos pueden vivir en contra de la opinión pública?». Las preguntas reverberan sobre temas importantes no solo relacionadas con la oposición entre afinidades psicoanalíticas americanas y europeas dentro de sus respectivas culturas, sino también sobre la comprensión por parte de Freud de la cultura como una comunidad *de facto*. Por supuesto, el término *comunidad* ya era muy popular en círculos de los profesionales de la salud mental gracias a su excolega Alfred Adler, pero también desempeñó un papel fundamental en la sociedad del bienestar de Viena.

La noticia del rechazo a la petición del Ambulatorium, por parte de las autoridades vienesas de la salud mental, fue particularmente mortificante para los psicoanalistas cuando llegaron en julio. Hitschmann recibió el informe negativo justo un año después de haber contratado a Guido Holzkecht para que ayudara a enviar la solicitud inicial a través de la maraña de complicaciones de la burocracia médica y administrativa. Debido a que la relación entre el conservador Consejo Médico (*Gesellschaft*), en el Hospital Allgemeines, y Wagner-Jauregg, en la Clínica Psiquiátrica de Viena, era sólida, su rechazo al psicoanálisis después de un extenso y engorroso estudio fue frustrante aunque previsible. Freud había despreciado el consejo, que consideraba el peor símbolo de la rigidez ortodoxa, desde el principio de su carrera médica. Incluso cuando la *Gesellschaft* le nombró miembro honorífico en marzo de 1931, Freud les dio las gracias sin entusiasmo alguno y le describió el acontecimiento a Eitingon como «un gesto cobarde de reconocimiento a la apariencia de éxito, muy desagradable y repulsivo».² Lo que no

estaba previsto, sin embargo, fue la opinión favorable del consejo, que afirmó que «debería existir un Ambulatorium para el tratamiento psíquico en sentido extenso».³ Evidentemente, WagnerJauregg era bastante consciente de su responsabilidad como administrador de la salud pública. Desde su perspectiva, el problema aparente era la aplicabilidad, o alcance general, del tratamiento psicoanalítico, y no la necesidad de un tratamiento de la salud mental *per se*. Pero Hitschmann conjeturó que la capitulación estaba basada en dos premisas adicionales mucho más polémicas. En primer lugar, una clínica psicoanalítica costaría demasiado si el ministro de Finanzas la patrocinara como un proyecto estatal. Y en segundo lugar, esa clínica parecería demasiado limitada terapéuticamente si excluía todas las formas de tratamiento psiquiátrico externo excepto el psicoanálisis (y estaba apoyada como tal por el Estado). Hitschmann percibió que esos problemas continuos con el emplazamiento y concesión de licencias presagiaban futuras peleas sobre el tema del análisis profano, de más envergadura, y la auténtica legitimidad de la práctica analítica. El camino de la persuasión parecía haber alcanzado su cenit: ni el entusiasmo de los analistas por el proyecto ni la campaña de relaciones públicas parecieron movilizar a la Autoridad Sanitaria local para conceder las licencias del Ambulatorium. La resistencia de la autoridad era desalentadora, especialmente en la Viena Roja, ya que cualquier otra rama de la medicina tenía ya su propia clínica, y los ciudadanos tenían acceso a la sanidad como un derecho social.⁴

Una delegación del fondo de la Commonwealth observó: «Al adulto enfermo, o al niño que necesita corregir un defecto, se le brinda automáticamente una oportunidad y se le garantiza algún cuidado médico. La mayor parte del tiempo y de la energía que emplean las enfermeras en Estados Unidos para conseguirles un tratamiento gratuito a sus pacientes [...] en Austria es tiempo libre para otras actividades». Durante seis años de esfuerzo por encargarse de la salud infantil en Austria, los oficiales de la poderosa caridad americana mencionaron de manera reiterada la efectividad del plan de asistencia sanitaria universal de los socialdemócratas. Además, las sociedades de seguros sanitarios privados (*Krankenkassen*), fundadas en la década de 1880 para cubrir a los pobres, se expandieron después de la guerra para incluir a la mayoría de la población. Todos los empleados del gobierno pertenecían ahora a este sistema de contribución regulado por el Estado, igual que todos los empleados, domésticos y obreros que ganaban un sueldo. De modo que cuando Freud afirmó que «el hombre pobre debería tener derecho a la asistencia mental igual que tiene derecho a la cirugía que salva vidas, y que las neurosis

amenazan la salud pública no menos que la tuberculosis», estaba simplemente pidiendo al Estado que incluyera el psicoanálisis en un sistema de salud pública universal.

Sin embargo, el gobierno obstaculizó la inauguración del Ambulatorium durante otro año entero, y rechazó conceder una licencia a la clínica a menos que garantizara que otros médicos pudieran ejercer en ella. Incluso después de que el espacio de oficina se hubiera fijado y la cooperación de miembros clave del Departamento de Salud Pública y del Consejo Médico fuese confirmada, hubo objeciones oficiales que no mostraron señal alguna de transigencia. Por supuesto, la controvertida relación de Freud —a veces hostil— con la universidad y la comunidad médica pudo haber dificultado las primeras oportunidades. Pero finalmente, durante aquel mismo verano, el doctor Tauber, un oficial en el servicio de salud pública, infrecuentemente imaginativo, le ofreció a Hitschmann algunas habitaciones disponibles en otra sección del Hospital Militar, Garrison Hospital N.º 2. Desafortunadamente, la primera proposición de Tauber resultó inviable.

El alto coste de rehabilitación de las habitaciones y la transformación del espacio médico militar en una disposición a la medida de las necesidades de los pacientes psicoanalíticos del Ambulatorium era prohibitivo. Otro año exasperante se cernía hasta que Felix Deutsch, jefe del Departamento de Cardiología del hospital y también psicoanalista, rescató el proyecto.

¿Habría dado fácilmente su consentimiento el doctor Tauber a la clínica de Freud si las clínicas de salud mental del propio Alfred Adler no hubieran estado funcionando adecuadamente desde 1918? Adler era, ya por entonces, felicitado por su trabajo en orientación infantil. Su primera clínica fue recibida tan favorablemente por los socialdemócratas que las autoridades vienesas le propusieron reproducirla en cada distrito. Finalmente se establecieron veintiocho de esos centros. De alguna manera los teóricos apuntalamientos de la psicología individual eran menos amenazantes para la comunidad médica que el psicoanálisis freudiano. Adler llevaba su propia clínica como un centro de entrenamiento para doctores, profesores, trabajadores sociales y estudiantes de psicología, todos interesados en participar en los movimientos obreros. Al graduarse, esos psicólogos dirigían las clínicas y generalmente trabajaban en ellas sin cobrar.⁵ ¿Qué más necesitaba Viena? En última instancia, los administradores de la Viena Roja veían las diferencias entre Adler y Freud, y encontraron espacio no solo para ambos enfoques terapéuticos, sino también para experimentos adicionales sobre psicoterapia y bienestar social.

Wilhelm Reich luchó para asociar bienestar social con psicoanálisis, tanto en el Ambulatorium como el Sex-Pol, finalmente demostraron que tales experimentos eran posibles. Reich, que pertenecía a una generación más joven que Adler, había participado en organizaciones estudiantiles y en el partido socialdemócrata, y estaba trabajando entonces en círculos psicoanalíticos con sus amigos del movimiento juvenil, Siegfried Bernfeld y Otto Fenichel. Por el momento, Freud tenía tan buen concepto de Reich que le permitió empezar una práctica analítica antes de graduarse en la escuela médica: era un alumno precoz. Eufórico, y con toda la razón, exclamó: «Estoy vivo. Tengo dos pacientes, *que pagan*, que me envió el mismo Freud». ⁶ Reich no tuvo ningún escrúpulo en criticar a Adler, cuyo trabajo le parecía esporádicamente interesante pero en gran medida deshonesto y moralista. «El socialista y psicólogo de lo individual, Alfred Adler, se sienta en el Café Central noche tras noche, una lumbrera para sus distantes estudiantes», escribió Reich cuando tuvo la oportunidad de observar a su rival. Los estudiantes «escuchan mientras él reflexiona sobre el problema del socialismo mundial y sigue parlotando acerca de la lucha de sentimientos de comunidad contra la voluntad de poder, acerca de objetivos socialistas, y mientras hay una danza de muertos ahí fuera». ⁷ Mientras Reich luchaba para equilibrar la objetividad adleriana con su propio sentimentalismo, su amigo Fenichel, que podía asignar a todos y a todo una categoría particular (Reich lo llamó la personalidad «casillero» de Fenichel), desvinculó lo político de lo personal. «Sí, hay un inconsciente en un sentido psicoanalítico», dijo Fenichel, pero «en un sentido filosófico, ¡no!». Fenichel reactivaría más tarde sus espectaculares habilidades de planificación a mitad y finales de la década de 1930, cuando el marxismo y el psicoanálisis clásico parecían, sin esperanza alguna, absurdamente contradictorios para cualquiera. Hasta entonces, sin embargo, los dos hombres continuaron siendo amigos, siendo Reich especialmente devoto una vez supo que su nombre estaba bien arriba en la lista de confidentes de Fenichel. En 1921 viajaron juntos a Wachau, una región encantadora en el Danubio, con Annie Pink y Berta Bornstein. Se separaron durante los siguientes años, solo para reunirse con mayor determinación en Berlín.

Entretanto, Max Eitingon estaba más ocupado de lo normal: se hizo unilateralmente responsable de cada paciente que se examinaba en el Poliklinik de Berlín porque decretó que «el criterio» debía ser observado «incluso más de lo normal en este tipo de trabajo». Eitingon también designó el analista *senior* encargado de llevar a cabo entrevistas adicionales, e incluso a veces permitió que un ayudante continuara el minucioso

cuestionario. Todos los candidatos recibieron exámenes físicos y breves chequeos neurológicos; a los pacientes con problemas físicos subyacentes o complicados los enviaban a otras clínicas donde se les realizaban radiografías o análisis de sangre. Pero siempre era Eitingon quien decidía el camino del tratamiento y el que derivaba los casos con sus analistas. Explicó a sus amigos en el extranjero su satisfacción al encontrar la clínica funcionando tan bien después de su ausencia, con un rendimiento y una reputación que crecían a la vez.⁸ El número de trabajadores a tiempo completo aumentó rápidamente. A pesar del incremento del voluntariado, los gastos de la clínica se duplicaron, alcanzando los 150.000 marcos (36.055 dólares) y solo 25.500 marcos (6.000 dólares) de ingresos en recibos. Eitingon calculó que el siguiente presupuesto sería de 275.000 marcos (66.100 dólares).⁹ Hans Lampl estaba trabajando allí con Ada Schott, la cual se estaba especializando en el tratamiento con niños. Karl Abraham, Hans Lieberman, Karen Horney y Melanie Klein voluntariamente trataron a pacientes sin cobrar. Felix Boehm y Carl Müller-Braunschweig, dos analistas idiosincrásicos que pasarían a ser, en 1933, colaboradores de los nazis y que guiarían el Poliklinik hacia la catástrofe de la arianización, aún eran, aparentemente, analistas serios a principios de la década de 1920.

Melanie Klein había llegado a Berlín desde Budapest en 1921, a la edad de treinta y ocho años, y pronto creó un crisol de nuevas ideas sobre análisis infantil. Aparentemente, Melanie Klein nunca rompió con sus raíces húngaras. Vestía maravillosos y enigmáticos sombreros, largos vestidos o faldas largas y rectas, y blusas bordadas. Se había formado con dos figuras importantes del psicoanálisis: el amable Ferenczi y el aconsejador Abraham. Las cartas que su amiga Alix Strachey, bohemía periodista británica y también candidata analítica, mandaba a casa desde Berlín atestiguan el entusiasmo real que había generado Melanie Klein en el Poliklinik: «Die Klein propuso sus puntos de vista y sus experiencias sobre *Kinderanalyse* [análisis infantil], y finalmente la casposa oposición le plantó cara», escribió más tarde Alix a su marido James Strachey. La noche de la presentación de Klein, «la oposición estaba formada por los doctores Alexander y Radó [...] y todo el mundo la apoyó y atacó a los dos húngaros de tez morena [...] Dos mujeres tomaron partido por Melanie. Una era Horney y la otra [Josine], Müller».¹⁰ Melanie Klein también confiaba en que los más atrevidos miembros de la sociedad berlinesa, especialmente Ernst Simmel, se unirían a ella. Su experiencia clínica aumentó en cuanto llegó a la ciudad, y aunque sus colegas estaban generalmente incómodos con

sus métodos de profunda indagación del inconsciente infantil, algunos, como Felix Boehm y Karen Horney, le permitieron llevar a cabo análisis profilácticos con sus propios hijos. Por supuesto, Horney era ella misma una experimentadora. El compañero húngaro de Klein, Franz Alexander (que había llegado a Berlín en 1921, huyendo de la represión política, junto con Sandor Radó) escribió que, como a Melanie Klein, a Horney «se le ofrecía la oportunidad de plantear sus propias formulaciones».¹¹ Más adelante, Melanie Klein recordaba con amargura su experiencia en Berlín y lamentaba que sus únicos pacientes en el Poliklinik hubieran sido o bien niños o bien personas enviadas por otros analistas, que resultaban ser familiares o pacientes profundamente perturbados. El relato de Klein sobre la controversia que envolvía su obra es bastante fiel a la realidad, aunque lo cierto es que también era muy popular en el entorno social del Poliklinik. Discusiones aparte, sin el ambiente de tolerancia y experimentación clínica del Poliklinik, Klein podría no haber tenido jamás la oportunidad de observar tan profundamente a niños.¹² El Poliklinik también se benefició. Con Klein en el equipo, cincuenta y dos niños de menos de diez años obtuvieron entrevistas que orientaron su tratamiento. Opuestamente, solo dos pacientes de más de cincuenta y seis años entraron en análisis en el mismo período, aunque se entrevistaron a casi cincuenta. El análisis infantil como método de tratamiento había empezado seriamente mientras el psicoanálisis con adultos se mantenía, como lo haría durante muchas décadas, remoto. Los análisis con niños que condujo Klein en Berlín con Egon y con Erna, de seis años, se presentaron más tarde en *El psicoanálisis de niños*. Entretanto, el seguimiento del tratamiento infantil y el progreso clínico se registraban prácticamente cada día en gráficos clínicos en grandes hojas de papel marrón satinado.¹³ Estos formularios estandarizados, supuestamente distribuidos por Otto Fenichel, se doblaban en cuatro como las listas de asistencia a clase. Durante los siguientes tres años, Klein usaría estos documentos para hacer el seguimiento de sus célebres primeros niños pacientes: Kate, Walter, Heinrich, Heinz y Evchen, de tres años; Tanya y Eva, de seis años; y Ralph, de diez años. A cualquiera que tratara analizantes, adultos o niños, en el Poliklinik se le exigía que usara ese práctico formato. El sistema de cuadros clínicos permitió la fácil actualización de los tratamientos, de las notas rápidas y los diagnósticos, y de los continuados comentarios acerca de la condición física de un paciente, como la fiebre alta de un niño o la tos crónica de un adulto. Los cuadros también registraban los pagos y daban cuenta de los sucesos en la vida del paciente, por

ejemplo, vacaciones y funerales. Y lo mejor de todo, una vez se rellenaba un cuadro, los datos estadísticos se podían entregar inmediatamente a Eitingon.

Estas cifras eran de suma importancia para Eitingon, quien se dio cuenta de que la presencia del Poliklinik en Berlín podía renovar o bien destruir la delicada relación entre el psicoanálisis y la psiquiatría clínica. El modelo del policlínico no era una novedad para la psiquiatría alemana. Los servicios psiquiátricos para pacientes externos habían surgido en la década de 1890, cuando los psiquiatras urbanos procuraban remediar la mala imagen pública de su profesión. La medicina académica ya concebía los policlínicos como espacios para la docencia donde los estudiantes combinarían visitas supervisadas a las casas de familias indigentes (*HausPolikliniken*) con algunas horas de consulta asignadas con regularidad, habitualmente cerca de un hospital universitario. En la Charité, los psiquiatras con conciencia social habían organizado el primer policlínico específicamente psiquiátrico y conectaron la clínica externa a la planta de neurología del hospital.¹⁴ En 1909 el número de pacientes inscritos en el hospital Charité a los que no se les cobraba o que pagaban cuotas bajas había crecido hasta los seis mil anuales. Doce médicos de la plantilla atendían la higiene mental y atestiguaban el sentido de la responsabilidad social que tanto había difundido la clínica. Se les ofrecía cuidados especiales a niños, alcohólicos y personas con enfermedades de transmisión sexual. Al concluir el siglo, los psiquiatras alemanes tuvieron éxito al revitalizar la profesión combinando tratamientos innovadores y actualizados tecnológicamente con un sistema de sesiones privadas en la salud mental comunitaria. Esta promesa de una mejor atención a la enfermedad mental encaja perfectamente con la imagen que Freud tenía de la clínica gratuita en 1918 y de la que habló en Budapest. Eitingon comprendió que el modelo del policlínico disminuiría los obstáculos externos al psicoanálisis, atraería tanto a las clases medias como a las clases bajas, proporcionaría el tipo de observación clínica intensa necesaria para una investigación científica básica, y daría lugar a preguntas acerca del bienestar social y la salud mental.

Ernest Jones no veía nada de eso. Hasta que los Strachey regresaron a Inglaterra desde Berlín en 1922, Jones rechazaba la idea de construir una clínica en Londres. El hecho de que los asuntos políticos de mayor alcance sencillamente se le escaparan era en sí mismo un signo de la propia posición privilegiada de Jones, como lo era su sensación de que podía mantenerse indiferente a las implicaciones de clase social en el psicoanálisis inglés. En realidad, según la psicoanalista londinense Pearl King, Jones prefería mantener

el psicoanálisis «al margen de la política». Ella describió a Jones como «un hombrecito, bien vestido [que] conseguía que la gente llegara puntual» a las reuniones.¹⁵ En una de esas reuniones de la sociedad británica debidamente organizadas, Barbara Low y Joan Rivière habían maquinado un debate particularmente animado sobre la clínica de Berlín. Incluso Glover accedió a iniciar «algo» más o menos parecido al Poliklinik. El simple hecho de que se planteara la cuestión de una clínica psicoanalítica era esperanzador para Low y para Rivière, pero, según la versión de los analistas que asistieron a la reunión, «no se tomó ninguna dirección definitiva en lo que respecta a su constitución».¹⁶ Durante muchos años los analistas habían carecido de herramientas tan básicas como un lugar oficial donde reunirse para presentar los casos, por no mencionar una clínica. Pero Jones, quien seguía siendo la principal autoridad y mantenía una actitud ambivalente acerca de un asunto políticamente tan connotado como el tratamiento gratuito, no daría su aprobación a un plan de prueba.

Incluso durante los años de la inflación en Europa, entre 1921 y 1923, Hugo Breitner y las políticas económicas de los socialdemócratas estabilizaron el presupuesto municipal de Viena y mantuvieron la solvencia sin recurrir a la dependencia del crédito extranjero. Al redirigir la carga de impuestos hacia los terratenientes y las grandes empresas que seguían siendo ricas después de la guerra y que se beneficiaron de la inflación, generaron suficientes ingresos para financiar viviendas y proyectos de bienestar social. Los caballos y los perros —a más calidad de linaje, más alto el impuesto— se valoraban selectivamente de la misma manera que la comida y la bebida vendidas en hoteles de lujo y restaurantes, cerveza, carteles, entretenimiento, publicidad y subastas, e inevitablemente estas decisiones arrastraban una carga moral. Los aranceles sobre los lujos como coches, sirvientes, propiedades y artículos de lujo (básicamente todo excepto ingresos) principalmente sustituyeron los impuestos directos sobre el alquiler y los cargos al consumidor. Pero la alta cultura estaba tan efectivamente integrada en la vida vienesa tanto de los trabajadores como de la burguesía que las óperas y los conciertos pagaban menos impuestos que las películas y los combates de boxeo. Terratenientes y grandes patrones, especialmente las entidades privadas como bancos, desacostumbrados a los impuestos, estaban ahora pagándolos mensualmente, y los fondos se dirigían inmediatamente hacia gastos del sector público. Los hombres de negocios se opusieron a los impuestos al lujo y alegaron que semejante interferencia del gobierno causaría bancarrotas y aumentaría el desempleo. Pero, de hecho, ocurrió lo contrario. La

inversión a gran escala en obras públicas empleó a miles de obreros y oficinistas, y la nueva clase trabajadora vienesa con derecho a voto estimuló la economía municipal. Los terratenientes e industriales, conservadores y enfurecidos, se aliaron con los socialcristianos, y rebautizaron la nueva política *Steuersadismus* (sadismo tributario), ya que según ellos la estrategia era desplazar gran parte de la carga fiscal que recaía sobre los trabajadores pobres hacia la adinerada élite local, lo cual era efectivamente cierto.¹⁷ De acuerdo con la triple política de vivienda del nuevo Estado, se congelaban los antiguos alquileres en apartamentos; se aseguraba con ello que los particulares pudieran ahorrar para financiar sus futuras viviendas, y, a continuación, se construían complejos de apartamentos a gran escala. Para disipar cualquier duda, el resolutivo Danneberg explicitó la ambiciosa política de vivienda igualitaria de la Viena Roja: «Mientras haya escasez de vivienda —proclamó ese invierno—, seguirá siendo inevitable que la comunidad tenga la última palabra en el mercado del alojamiento y la distribución del espacio habitable».¹⁸ El 15 de abril, la Asamblea Nacional aprobó el proyecto de ley de los socialdemócratas para crear un Fondo Federal de Vivienda y Asentamiento que destinaba fondos para construir el *Siedlungsamt*, el colectivo de asentamiento. Curiosamente, Danneberg encontró en Adolf Loos un arquitecto con la hábil mezcla de interés por la vivienda clásica, una ingenuidad franca y una ideología modernista.

Loos, autor del famoso ensayo titulado *Ornamento y delito* en el que condenó todas las formas de decoración de los edificios, y especialmente el popular *Jugendstil* y el trabajo de la *Wiener Werkstätte*, fue designado arquitecto jefe del *Siedlungsamt* (o colectivo de la construcción) entre mayo de 1921 y junio de 1924. Loos era un hombre pequeño, con unos ojos muy hundidos, algo siniestros, y un mentón puntiagudo. Sin duda era el arquitecto ideal para gestionar el ambiguo mundo de la arquitectura urbana. En buena medida él era el auténtico funcionalista del cual Ernst Freud, entonces aprendiz en el estudio de Loos, aprendió el uso del espacio racional y refinado. Cuando su grupo estelar de arquitectos, periodistas e intelectuales de izquierda se unieron al proyecto de vivienda de la Viena Roja, la construcción de edificios se convirtió en un movimiento social. Loos predijo las formas eficientes tan características de la arquitectura moderna, aunque también fue el tipo de visionario extraño que prohibió los árboles en los jardines por «antisociales» ya que, según él, generaban disputas entre vecinos.¹⁹ En un patrón que florecería a lo largo de los siguientes quince años, Loos supervisó la construcción de treinta asentamientos habitables donde «el jardín es primario; la casa, secundaria».²⁰ La

tradición de forestación urbana y autosuficiencia data del período de posguerra, cuando la escasez de comida y vivienda llevó a la creación de jardines para los trabajadores, cobijo alternativo, y, por supuesto, asentamientos de ocupación ilegal. La construcción real de los *Siedlungs* (asentamientos) se inició en las afueras de la ciudad cuando se dio apoyo municipal a las necesidades individuales o comunitarias. Finalmente, se construyeron unas cinco mil casas en los barrios obreros alrededor de Viena: solían tener la cocina en el comedor, un minúsculo dormitorio en el que solo era posible dormir y una caseta exterior que permitía reciclar los excrementos en abono para el jardín. Ese pequeño jardín verde se convirtió en el soporte sobre el cual daba vueltas la entera organización social y la economía de esa nueva vivienda centrada en la familia. Incluso hoy, al entrar a Viena en tren o autobús, la presencia de jardines y huertos, de algunas viñas y flores trepando por el cobertizo de las herramientas, es inconfundible.

1922

«UN AMBULATORIUM PSICOANALÍTICO EN VIENA»

El Ambulatorium abrió con gran fanfarria en mayo de 1922, pocas semanas después de que Freud cumpliera sesenta y seis años, y dos años después de que los berlineses inauguraran el Poliklinik. Después de dos largos años de tensas negociaciones con los veteranos médicos consagrados, Hitschmann dio la bienvenida a las fuerzas de refresco de Paul Federn, Helene Deutsch y su marido, Felix Deutsch, para relanzar el proyecto del Ambulatorium. Finalmente esta ronda de esfuerzos dio sus frutos. La intervención capital provino de Felix Deutsch, un médico especializado en enfermedades cardíacas en el Hospital Allgemeines y bastante poderoso como director de la Clínica para Enfermedades Cardíacas, la unidad de cardiología del hospital. Para alguien de posición privilegiada como Helene Deutsch el inmenso laberinto del Allgemeines Krankenhaus finalmente cedió un conjunto apropiado de habitaciones en un lugar inadecuado, la entrada de ambulancias, en la misma unidad de cardiología. La sala de cardiología, la *Herzstation*,¹ había sobrevivido como una unidad independiente del hospital gracias a dos de las eminencias médicas de Viena, el farmacólogo Hans Horst Meyer y el cardiólogo Rudolf Kauffmann. Ya en 1915 reconocieron la necesidad perentoria de designar un establecimiento médico independiente, exclusivo para pacientes cardíacos. Ahora, Meyer y Kauffmann aprobaban los planes de Felix Deutsch y sentían que el objetivo de salud pública del Ambulatorium coincidía con el suyo.

Sin dejarse intimidar por el comportamiento asfixiante de la administración del hospital, Meyer y Kauffmann desarrollaron la Herzstation al final de la Primera Guerra Mundial, después de convocar a un equipo de directores, similar al de la propia sociedad local de psicoanalistas. Estaban especialmente alarmados por el aumento de enfermedades crónicas relacionadas con el corazón que, junto con el importante incremento de las neurosis de guerra, se descubrieron en los jóvenes gracias a los exámenes médicos para el servicio militar. Entre los médicos examinadores de la Herzstation, jóvenes doctores como Tom Schwarz y Ernst Haudek apoyaban las políticas en pro de las familias de la Viena Roja y entendían que el esfuerzo vital de

posguerra para recuperar la población de la ciudad requería una innovación tanto práctica como técnica. Afortunadamente, la Herzstation adquirió rápidamente nuevos aparatos médicos, uno de rayos X y uno de hidromasaje terapéutico. Por cortesía de los Fondos de la Commonwealth se añadieron los servicios pediátricos. El afable Guido Holzknecht solicitó fondos a la Fundación Rockefeller (que entonces también ayudaba a la clínica de niños Pirquet y al instituto de tuberculosis del doctor Löwenstein) para adquirir un instrumento de rejilla Potter-Bucky y una cámara respiratoria, y asimismo ayudó a manejar el aparato de rayos X y entrenó a los técnicos.² Los resultados de esos rayos X u *Orthodiagrammen* fueron cuidadosamente registrados con gráficas estandarizadas para que los datos de los pacientes estuvieran disponibles para la revisión médica.

Esas gráficas médicas iban a ser, en muchos sentidos, el sustento del Ambulatorium. Meyer y Kaufmann creían que la Herzstation, concebido durante la guerra, debería seguir funcionando al menos durante el primer año de paz. Y como toda la burocracia del hospital giraba en torno a gráficas, estadísticas y diversas formas de contabilidad, ese enorme archivo de información del paciente justificaba esencialmente conservar esa unidad de salud cardíaca para utilizarla en el sector civil. La meticulosidad en los informes llevaría a protocolos nuevos para el cuidado activo de los enfermos, y también permitiría documentar retrospectivamente enfermedades relacionadas con la guerra y anticipar reclamaciones de compensación militar. Administrado por un círculo cerrado de amigos y colegas, así como el Ambulatorium lo sería por la Sociedad Psicoanalítica, la sociedad de la Herzstation desarrolló reglamentos organizativos e hizo que el gobierno de la Baja Austria encargara a Meyer y la Kaufmann que ampliaran su modesta clínica con nuevos programas terapéuticos.

Dos casas pequeñas en la calle Pelikangasse, con jardines pegados al hospital militar, alojaría los nuevos instrumentos EKG y los programas de extensión del tratamiento. La casa más pequeña de una planta, que pronto iba a compartir sus instalaciones con el Ambulatorium psicoanalítico, fue remodelada para que la anterior entrada a una casa privada se convirtiera en sala de espera para pacientes con traumatismos. Tanto los civiles como los veteranos aplaudieron el modelo vienes de clínica cardíaca comunitaria y los departamentos de salud pública en otras ciudades austríacas lo reprodujeron. Sus clínicas del deporte eran conocidas especialmente por los exámenes médicos exhaustivos y rápidos de los atletas austríacos en ciernes. En 1922, el entrenamiento atlético ya aparecía en las competiciones de gimnasia, carreras de obstáculos y los juegos

sumamente organizados y tan populares que, en 1931, las competiciones deportivas de los trabajadores culminarían en los Olímpicos Internacionales de los Trabajadores.³ Desgraciadamente, esta popularidad no se traducía en ingresos y la sociedad de la Herzstation de Kaufmann se veía obligada de continuo a buscar fondos. Así que cuando Felix Deutsch se acercó a Meyer con la idea de alquilar un pequeño espacio en el edificio más pequeño de Pelikangasse 18, parecía una solución inspirada para los problemas económicos de todas las partes. La sección del ambulatorio de la Herzstation ya contaba con habitaciones equipadas con puertas insonorizadas, y una disposición compatible con las necesidades del Ambulatorium respecto a la privacidad y confidencialidad de los pacientes. Y se alquilaron las cuatro salas de consulta, que podían utilizarse solo por las noches. También se puso a disposición y en alquiler un salón, o gran sala de conferencias, para las reuniones vespertinas del equipo del Ambulatorium. Helen Ross, la psicoanalista de Chicago que se había formado en Viena, recordaba las reuniones en aquella «gran sala de Pelikangasse, una sala alargada con una mesa larga y grandes sillas pesadas».⁴

La lucha por un Ambulatorium psicoanalítico aún no había acabado. Oculto tras el Consejo de la Asociación Profesional de los Médicos de Viena, el grupo conservador de los psiquiatras hospitalarios realizó un nuevo intento para anular a los psicoanalistas. El 11 de febrero el Consejo Médico (la poderosa asociación financiera de los médicos vieneses) reiteró sus objeciones al Ambulatorium por «vulneración de reglas comerciales». Declararon sin rodeos que exigían el control regulatorio total y la autoridad laboral sobre los terapeutas no médicos. Tal vez estuvieran dispuestos a tolerar el psicoanálisis, pero solo si se practicaba privadamente. El grupo médico negó la apertura del Ambulatorium con el argumento egoísta de que perjudicaría los intereses financieros de los médicos vieneses y de que la clínica era superflua. Como a esas alturas Federn, Deutsch y Hitschmann ya estaban acostumbrados a esas andanadas, presentaron una exposición de motivos que condujo al fin, el 9 de mayo, a un compromiso del comité ejecutivo del consejo. Este acordó rescindir su resolución si los psicoanalistas consentían en acatar que 1) la dirección del Ambulatorium mantendría los principios de la asociación financiera de los médicos; y 2) todos los aspectos del tratamiento psicoanalítico, enseñanza y aprendizaje estarían dirigidos exclusivamente por médicos. En otras palabras, se negaría la admisión en la institución a todos los profanos (excepto los pacientes). Los analistas estuvieron de acuerdo pero Hitschmann estaba furioso: «Esta

cláusula —decía Hitschmann—, evidencia qué grande es el temor en Viena: no sea que la profesión médica sufra daños materiales si se permitía a los profanos convertirse en analistas». ⁵ Su política «rigurosamente médica», reiteraba, estaba motivada por un acuerdo injusto del estamento de los médicos que se oponían al Ambulatorium. Apenas era un compromiso, pero después del 9 de mayo se aceptó finalmente la apertura de la clínica dentro del hospital y se autorizó su funcionamiento.

El Ambulatorium de Viena se inauguró el 22 de mayo de 1922. Hitschmann y sus colegas invitaron orgullosos a Freud a visitar las instalaciones, difundieron públicamente la apertura de su clínica y comenzaron su trabajo en Pelikangasse 18. En pocos días los signos alentadores sobre una amplia atención pública y privada se volvieron poco menos que emocionantes. Freud, en efecto, estaba contento al aceptar felicitaciones personales de colegas y amigos, y el aplauso oficial de las sociedades filiales de la IPA. El 24 de mayo, Sándor Radó y Sándor Ferenczi, secretario y presidente respectivamente de la Sociedad Psicoanalítica húngara de Budapest, recibieron la noticia con alegría. Felicitaron a los vieneses y les agradecieron la inspiración para poner en marcha una institución similar en Budapest, la misma ciudad en la que Freud articuló por primera vez la misión del psicoanálisis en la sociedad en general. ⁶ Radó y Ferenczi transmitieron formalmente estas felicitaciones en nombre de todos los miembros de la Sociedad Psicoanalítica húngara y aderezaron las observaciones con moderada admiración. El 30 de mayo, Max Eitingon envió felicitaciones colectivas desde Berlín, escritas de su puño y letra en una de sus elegantes tarjetas de color crema. Les deseó a los vieneses muy buena suerte con la apertura de la clínica y los animó respecto a la honesta recompensa de este trabajo. ⁷ Finalmente el deseo de Freud de que «siguiendo el ejemplo de Eitingon, los hombres o asociaciones creen instituciones parecidas» se había hecho realidad. ⁸

El retrato oficial del grupo evidencia la seguridad de sus miembros en el momento del prometedor comienzo. Los catorce hombres y mujeres bien vestidos, el equipo psicoanalítico del Ambulatorium, fueron fotografiados juntos formalmente en la parte trasera de una de las grandes salas alfombradas del hospital, mucho más elegante que la aséptica Herzstation. Wilhelm Reich está sentado en el centro de la primera fila con Grete Lehner Bibring, Richard Sterba y Annie Reich Pink a su izquierda. Hitschmann a la derecha de Reich junto a Ludwig Jekels, Anny Angel-Katan y Eduard Kronengold. Detrás de ellos en la segunda fila, Ernst Hoffmann, Ludwig Eidelberg, Edward Bibring, Parker, ⁹ Stjepan Betlheim y Edmund Bergler de pie ante un juego de pesadas puertas

dobles. Todos los hombres visten uniformemente cuellos blancos almidonados y trajes de *tweed*. Es un retrato de la emergente segunda generación de psicoanalistas, de los analistas jóvenes con conciencia política favorecidos por Freud para supervisar el crecimiento del movimiento psicoanalítico con sus publicaciones, clínicas e institutos de formación.

Desde luego, en 1922 el plan de estudios sistematizado para la formación psicoanalítica apenas había empezado a tomar fuerza. Franz Alexander, el primer estudiante en registrarse en el Instituto de Berlín, comparó este proceso con la «medicina medieval en la que los estudiantes se reunían alrededor de maestros famosos». ¹⁰ Para él, Freud era ese modelo de maestro, el funcionario de admisiones autonombado, despidiendo a algunos candidatos y tomándose interés personal en seleccionar analistas prometedores como Wilhelm Reich, Grete Lehner Bibring y el resto de médicos retratados como el equipo del Ambulatorium de Viena. En el grupo de analistas jóvenes seleccionados por Freud los había de inclinación izquierdista, como Annie Reich Pink, Anny Angel-Katan y Edmund Bergler, que se incorporarían a la Sex-Pol de Reich a finales de la década de 1920. Stjepan Betlheim, que estaba en Viena temporalmente para formarse con Paul Schilder en la clínica de Wagner-Jauregg, se convirtió en un pilar del psicoanálisis yugoeslavo y, en 1928, en uno de los fundadores de la clínica gratuita de Zagreb. Junto con los jóvenes e inteligentes médicos como Ludwig Eidelberg, un futuro director de la Clínica Neurológica de los Trabajadores de Viena, el equipo del Ambulatorium forjó un enfoque clínico que llegó a un equilibrio entre la franca neurofisiología del hospital y las afirmaciones del practicante privado sobre la neutralidad científica.

Pronto aparecieron noticias y pequeños anuncios de la clínica en los periódicos de Viena. Apenas pasó una semana después de la inauguración antes de que apareciera un largo artículo elogioso titulado «Un Ambulatorium psicoanalítico en Viena» en el *Ärztliche Reform-Zeitung* (Periódico Reforma de los Médicos). Su autor anónimo, sin amistad con el dominio conservador de la medicina, declaraba sarcásticamente que «está por ver si es cierta la afirmación de que habrá más personas pobres que no tendrán que hacerse cargo de las necesidades económicas de los médicos al ponerse en tratamiento en el Ambulatorium». ¹¹ El artículo informaba que resultaba que los miembros de esa obra de caridad habían heredado «una bonita práctica privada», y sus ingresos se incrementarían ahora que era más difícil obtener la «prueba de empobrecimiento»

individual y que la clase social o condiciones económicas de un paciente eran menos obvias. No parecía que los serios esfuerzos de la sociedad médica —para proteger a los médicos del uso indebido del Ambulatorium— tuvieran mucho éxito. Por ello, continuaba el periodista ingenioso, los médicos deberían estar preocupados doblemente ante los abusos del nuevo programa ambulatorio. La idea de que los pobres se aprovechan de la atención gratuita evidencia un clásico juego de conjeturas ideológicas contrapuestas. Los socialdemócratas creían en el acceso universal al sistema de salud, mientras que los conservadores insistían en que semejante acceso universal a la asistencia sanitaria corrompería aún más a una clase trabajadora que ya era perezosa.

El drama ideológico se desarrolló durante los siguientes quince años en los dos pequeños edificios de dos plantas que alojaban el Ambulatorium y se duplicó en la sección de selección de la Herzstation para el Allgemeines Krankenhaus. Frente al enorme edificio artístico del hospital, el revestimiento moderno del Ambulatorium con listones de madera y pequeñas ventanas que daba a la intersección con Lazaretgasse parecía la casa del portero de una finca opulenta. Incluso la acera se estrechaba frente a la clínica de Pelikangasse 18, una calle ancha y corta por la que al salir del centro médico principal los transeúntes tenían que subir al porche cubierto, en realidad la entrada de emergencia para los enfermos de cardiología, para evitar chocar entre sí. En aquella calle y a la vuelta de la esquina, junto a los enormes hospitales de enseñanza de Viena y los cuarteles militares, se hallaba aquella casa incongruente, recubierta de madera, que no disponía de más de doscientos metros cuadrados en dos plantas. La palabra alemana *klinik*, derivada del griego *kline*, que significa «cama», denota un gran cuidado, hospitalización. En la lengua inglesa el término *clinic* es, en Alemán, *ambulatorium* y deriva del término latino *ambulare*, circular. Y, de hecho, dentro de las modestas estancias del Ambulatorium los pacientes de psicoanálisis y de cardiología se mezclaban sin distinción de enfermedad o clase social. Mareas de docenas de personas al día atravesaban la puerta de Pelikangasse 18, pacientes cardíacos por la mañana y pacientes analíticos por la tarde, los vestíbulos apenas podían acoger a los grupos fluctuantes de pacientes, médicos, administradores, aparatos, estudiantes y familias. Se podía ver enfermedades psicológicas de todo tipo entre los pacientes derivados para psicoanálisis, desde el operario perdidamente enamorado con exaltación incontrolado hasta la paciente ninfómana que se masturbaba con un cuchillo. De promedio, el Ambulatorium registró entre 200 y 250 solicitantes anuales entre 1922 y finales de la década de 1930. Dentro de

las estrechas consultas médicas con camillas chirriantes, Richard Sterba y sus colegas mantuvieron los requisitos para el tratamiento psicoanalítico que —a diferencia de sus reflexiones ideológicas— Freud no había cambiado desde 1913: «Obedezco estrictamente al principio de establecer una determinada hora de sesión —escribió—. A cada paciente le asigno cierta hora disponible en mi jornada de trabajo».¹² Las horas de despacho, que se realizaban dos noches a la semana, estaban dedicadas a las consultas de pacientes externos o sesiones de admisión de dos horas cada una. Como se visitaba a los pacientes todos los días de la semana, durante una hora a cada uno, cinco análisis ocupaban cinco horas diariamente. Los analistas alternaban entre sus consultas privadas, sus responsabilidades hospitalarias y sus horas en el Ambulatorium.

Incluso en los últimos días de la sociedad de Viena, antes del *Anschluss* de 1938, «cada doctor tenía pacientes que no pagaban [...] y cada candidato en formación trataba a dos pacientes gratis [...] [Todos] los analistas trataban a pacientes en la clínica».¹³ La psicoanalista Else Pappenheim sentía que esto «debía ser sorprendente para los americanos [hoy]», pero lo mismo hicieron en diferentes momentos, en diferentes contextos, Eduard Hitschmann, Grete Lehner Bibring, Richard Sterba, e incluso Freud. Cada miembro activo de la Sociedad Psicoanalítica de Viena cumplió con el acuerdo, o promesa inicial de «asumir uno o más tratamientos gratuitos» tanto en la clínica como en consultas privadas.¹⁴ Y los candidatos que aún estaban en formación y todavía no eran psicoanalistas de pleno ejercicio podían firmar con Hitschmann, o más tarde con Wilhelm Reich, como subdirector de la clínica, y convenir en retribuir en especie el coste de su formación. El modelo particular de pagar la formación con el tratamiento gratuito de pacientes o contribuyendo financieramente al mantenimiento de la clínica significaba que los candidatos que se sometían a una formación gratuita deberían trabajar en el Ambulatorium durante dos años sin remuneración.¹⁵ Las ventajas de esta fórmula eran por lo menos triples: la clínica se aseguraba de que todas las necesidades de equipo estaban satisfechas, los candidatos realizaban el análisis didáctico como un elemento del aprendizaje psicoanalítico, y los analizantes en curso y con perspectivas recibían un tratamiento respetuoso y profesional, que demasiado a menudo solo era posible obtener en las consultas privadas. Se ponían en juego los mismos aspectos de confidencialidad y tratamiento equitativo que Ernst Simmel había señalado en Berlín.

Con el tiempo todos los analistas trataban gratis al menos a una quinta parte de sus pacientes, una costumbre no comentada ni compartida por los doctores más expertos de

Viena.¹⁶ En la privacidad de las consultas en su casa o en las salas no tan confortables y abiertas de la clínica, los analistas eran conocidos por ofrecerse voluntarios para un día completo de su semana laboral. «Nuestros institutos analíticos pioneros del pasado eran pobres —recordaba Anna Freud años más tarde—, e incluso al proporcionar salas de reunión y tratamiento para el trabajo analítico supervisado tensó al máximo sus recursos». ¹⁷ Helene Deutsch, Wilhelm Reich y Richard Sterba eran convocados repetidamente para hacer análisis gratuitos tanto en el Ambulatorium como en sus despachos. Como carecían de las brillantes habilidades administrativas de su colega de Berlín, Max Eitingon, pero estaban desesperados no obstante por conseguir un sistema que distribuyera sistemática y equitativamente sus pacientes, la sociedad de Viena adoptó el sistema versátil del recibo *Erlagschein*. Dentro de una comunidad médica como la de la clínica, un firmante autorizado podía reembolsar personalmente a un colega que había donado tiempo para atender a un paciente. Los analistas veteranos conseguían así un respiro en el trabajo voluntario, y los analistas jóvenes conseguían una compensación por asumir trabajo extra en la clínica, y el Ambulatorium se aseguraba un sustento económico estable, al menos a corto plazo. Freud optó por participar en la autofinanciación voluntaria del Ambulatorium (por la vía de los *Erlagscheine*), en parte porque estaba de acuerdo con este enfoque y también porque, en 1922, las clases profesionales de la ciudad no estaban exentas de las penurias económicas de posguerra de los pacientes que trataban.

Pero los psicoanalistas decidieron que en ocasiones podía recurrirse a otra fórmula, que consistía en realizar una contribución mensual en efectivo al Ambulatorium que les permitía eximirse de la responsabilidad del tratamiento directo. Si la memoria de Sterba no se equivocaba cincuenta años después, los pagos mensuales ascendían a 100 chelines austríacos por persona, que entonces correspondían a 25 dólares. «Cada uno de nosotros pagaba por entonces cien chelines por no tener pacientes [...] Tengo un paquete de recibos de los cien dólares con los que Freud pagaba cada mes como subsidio a otros análisis», recordaba Grete Bibring.¹⁸ Los célebres *Erlagsheine*, los recibos que Freud extendió al Ambulatorium, parecían hermosas sedas antiguas en sus manos, tal vez los artefactos supervivientes de la civilización desaparecida de la Viena Roja. Pero cuarenta años más tarde, Bibring no era sentimental e insistía en que a los analistas veteranos «se nos obligaba, a cada uno de nosotros, a atender a un paciente por lo menos, un paciente clínico que no pagaba. Y entre nosotros, quienes no podían o no querían pagar, o quienes

no tenían tiempo o estaban demasiado comprometidos como para atender a otro paciente clínico» pagaban a un analista joven, incluso a un analista americano joven, para asumir la responsabilidad clínica de aquel paciente. Los recuerdos de Bibring, de Sterba y de muchos otros evidencian que los analistas de alto nivel suscribieron una obligación no escrita pero muy específica por la cual debían tratar a uno o a más pacientes sin cargo y formar a uno o a más futuros analistas gratis. Así, hasta 1925, cuando Richard Sterba finalmente terminó su aprendizaje psicoanalítico no solo recibió un análisis didáctico gratuito, sino que recibía 300 o 400 dólares al mes como estipendio, aunque en realidad tenía una deuda con la clínica de varios miles de dólares. La experiencia de Sterba era similar a la de la mayoría de los miembros jóvenes de la Sociedad Psicoanalítica de Viena quienes, nativos o extranjeros por igual, eran compensados por su trabajo en el Ambulatorium, porque eran, en esencia, empleados de la sociedad.

Y efectivamente, también Freud trató a pacientes gratuitamente. Analizó, por ejemplo, a Marianne Kris, sin coste, intermitentemente desde 1931 hasta 1938. Tal como le informó más tarde Kris al analista de Nueva York Robert Grayson: «Freud me trató de forma gratuita».¹⁹ En el curso de su análisis ella cuestionaba si este gesto era más que cortesía profesional, si bien apenas tenía el dinero para ella misma. Cuando Freud rehusó dejarle pagar por su análisis, ella recordó que a su padre, Oscar Rie, no se le pagó por sus servicios como pediatra de la familia de Freud. «Pero fue muy generoso porque es algo muy diferente —explicaba—: Cuando un pediatra hace una visita, no pierde otra visita que pueda hacer; mientras que si uno tiene a alguien en análisis, durante esa hora no puede tomar a nadie más». Freud interrumpía con frecuencia el análisis de Kris por enfermedad, para usar la hora de ella con otro paciente o como un experimento clínico de análisis fragmentario. Así como Eva Rosenfeld en su propio análisis gratuito con Freud, Kris admitió que a veces se sentía «un poco envidiosa [...] [aunque] lo bastante agradecida [...] Como no pagaba, tenía que interrumpir [...] [no] dificultaba el análisis aunque eso podría haberlo hecho algo más difícil, pero yo podía expresar mi[s] sentimiento[s]». La carrera de Freud está sembrada con historias de análisis gratuitos: Marianne Kris, Eva Rosenfeld, los Wolfman, y Bruno Goetz son solo algunos.

A diferencia de la clínica psiquiátrica estatal de Wagner-Jauregg o los centros municipales de atención, el Ambulatorium lo gestionaba privadamente la Sociedad Psicoanalítica de Viena en locales alquilados al hospital. El espacio y las salas de tratamiento eran limitados incluso cuando los analistas trataban a los pacientes en las

consultas propias. Sus salas de consulta médica compartidas tenían que atender entonces a dos necesidades: la necesidad de privacidad de los analistas y la necesidad de ambientes tranquilos de los cardiólogos de la Herzstation. Aparte de las condiciones de Grim, los analistas tenían el gusto de demostrar que el éxito del psicoanálisis no dependía del entorno. Eran despachos de cirugía descarnados donde el sofá era una mesa metálica para examen: los pacientes analíticos tenían que usar una banqueta para llegar al borde de la mesa y así echarse sobre un colchón sin muelles. No solo los pacientes tenían que soportar una instalación tan improvisada: su analista se sentaba situado detrás de la mesa en un banco sencillo de madera sin brazos. «Después de cinco sesiones sentíamos los efectos del prolongado contacto con la dura superficie», recordaba Sterba.²⁰

Una tarde a hora avanzada, Grete Bibring era la última del equipo de analistas a punto de salir de la clínica cuando su colega del Departamento de Neurología, el residente del hospital experto en epilepsia, caminaba por el Ambulatorium con un apuesto estudiante de diecinueve años. Según el neurólogo los ataques del joven eran tan severos que limitaban la capacidad del muchacho para estudiar y, aún peor, le impedían socializar en los clubes de estudiantes de derecho, porque sus ataques eran frecuentes y repentinos. Más por compañerismo que por interés real en el paciente, Grete se puso a evaluar al joven en el despacho principal de la clínica, el que daba a un pequeño jardín interior compartido con otros departamentos médicos. Efectivamente, la entrevista se desplazó rápidamente de las circunstancias vitales presentes a la temprana infancia, y cuando hablaron de su madre, el joven abogado tuvo un ataque. Hacia el final de la siguiente sesión, y cada noche después de aquella, descendía de la mesa de examen —el diván analítico— y, mientras al conversar cambiaba del trato formal *sie* al más familiar *du*, parecía arrojararse ante la aterrorizada Grete y caer en convulsiones. Como médico, ella podía ocuparse fácilmente de la fisiología de la enfermedad, pero, como psicoanalista, deseaba desesperadamente que su joven paciente articulara su contenido latente bajo la expresión manifiesta del ataque epiléptico imbuido tan obviamente de simbolismo edípico. Con el tiempo la barrera entre inconsciente y entendimiento desapareció y su epilepsia se curó. Después de aquello, a Grete Bibring pocas cosas la asustaron más adelante, en su larga y venturosa vida como terapeuta, pero siempre reconoció el espeluznante sonido gutural de un paciente a punto de sufrir un ataque. Y desde luego quedó la pregunta: si los síntomas se curaron con psicoanálisis, ¿la enfermedad era epilepsia o histeria?

Los debates clínicos tan desafiantes como este se sucedían cada semana, tanto en el Seminario de Técnica Terapéutica como en las reuniones vespertinas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. La idea de un seminario Técnico, tal como iba a ser llamado, apareció por primera vez cuando Freud sugirió que su brillante alumno Wilhelm Reich tomara medidas prácticas para sistematizar la supervisión clínica en el Ambulatorium. El propósito del seminario difería de las reuniones científicas de la sociedad, en las que las presentaciones teóricas (apoyadas con material clínico) tenían lugar alrededor de la mesa de reuniones del despacho de Freud. En cambio, las reuniones del Ambulatorium eran menos teóricas, iban dirigidas a psicoanalistas poco experimentados, y tenían lugar alrededor de la mesa de reuniones de la Herzstation. Estos seminarios se centraban exclusivamente en casos de tratamiento analítico individual, grandes problemas clínicos y fracasos en el tratamiento. Por ejemplo, Bibring planteó su caso sobre bases psicosomáticas para su joven paciente epiléptico en una reunión del Seminario Técnico. Allí los candidatos menos experimentados se mostraron reacios ante su facilidad para mezclar psicología y medicina, pero estaban intrigados. Federn de inmediato discrepó con ella afirmando que la cura en sí misma descartaba cualquier diagnóstico que no fuera el de histeria. Mientras tanto, el amable y elegante Ferenczi, que estaba de visita solo esa tarde, la defendió. Era una idea espléndida, dijo, y Federn no tenía derecho a borrar de manera tan irreflexiva la noción de epilepsia psicosomática. ¿La epilepsia excluiría necesariamente una condición psicosomática? Eran muchos los pacientes en la lista de espera de la clínica que sufrían enfermedades aparte de sus opresivas neurosis. El primer paciente era analizado, tal vez el segundo, pero el tercer paciente gratuito podía endurecer incluso al clínico más altruista. Imaginen analizar a alguien durante un año y medio (una verdadera maratón en la década de 1920), descifrar sus sueños y fantasías, comprender a sus hermanas y hermanos ¡sin saber siquiera su nombre y dirección! Este paciente anónimo llegó a ser conocido como «el hombre de la c con cedilla».²¹

Cuando se abrió el Ambulatorium como centro de tratamiento, sus fundadores simplemente trataban de hacer accesible el psicoanálisis a las personas que carecían de medios para pagar un tratamiento privado. El Ambulatorium se mantuvo con fondos privados limitados y funcionó en gran parte basándose en derivaciones hasta 1926. Bien por flexibles o simplemente ingenuos, los psicoanalistas nunca esperaron realmente que el psicoanálisis se volviera tan lucrativo como la práctica médica tradicional. Para muchos pacientes vieneses en la economía inflacionaria de posguerra, la devaluación de la

moneda austríaca significaba que el pago de honorarios de 30 chelines era demasiado difícil. Pero en aquel momento venían muchos posibles pacientes y aprendices de América, Inglaterra y Holanda, y esos visitantes, esos *Ausländer* (extranjeros), llegaban dispuestos a pagar por su tratamiento y lo podían hacer en riguroso efectivo, dólares y libras esterlinas. Freud tomaba en tratamiento o formación a esos extranjeros entusiastas, y era «terrible y descaradamente caro», recordaba Grete Bibring, porque carecía de sentimentalidad y su conducta como un investigador (no como un médico) justificaba el precio.²² A los pacientes de la *Entente* les cobraba las sesiones perdidas para devolver a los amigos sus préstamos en tiempos de guerra, sustentar a su familia e incluso apoyar la ampliación del círculo de adeptos, como Lou Andreas-Salomé. Pero, como sus colegas vieneses, Sigmund Freud casi nunca cobró a un candidato austríaco cuando arreció la inflación.

Después de 1922 los ciudadanos vieneses, de la clase media inclusive, estaban en gran medida exentos de pagar por el tratamiento psicoanalítico y la formación que buscaban, tanto en el Ambulatorium como en el despacho de Freud. En general, los analistas tenían pocos escrúpulos en cargar las grandes sumas que cobraban a los extranjeros. De hecho, Freud pidió a su amigo Kata Levy que perdonara esta preferencia y mantuviera en secreto el hecho de que incluso él «ya no podía ganarse la vida con los vieneses, húngaros, alemanes. No es realmente una actividad para un anciano digno. *C'est la guerre*».²³ Pero el tema político más amplio en el que se encontraba sumido Freud era realmente una forma de los requerimientos de los residentes locales. En la Viena Roja, como en casi todos los sistemas de bienestar social, los gravámenes de impuestos pasaban a través de una administración municipal solo para ser redistribuidos a la comunidad local originaria bajo la forma de vivienda pública, parques, hospitales, escuelas y bibliotecas. Los requerimientos de residencia distinguían entre ciudadanos y no ciudadanos al cobrar, por ejemplo, a los residentes extranjeros una cuota superior por asistir a una universidad pública local. Así los psicoanalistas de la Viena Roja, y Freud entre ellos, les cobraban a los extranjeros honorarios altos mientras que les ofrecían los mismos servicios sin cargo a los residentes locales, ya fuera este un estudiante de medicina pobre que aún vivía con sus padres o un paciente de clase media.

Dentro del ambiente de la ciudad, cargado políticamente, el Ambulatorium proporcionaba a las familias indigentes de Viena la misma calidad en los servicios de salud mental que tradicionalmente había estado reservada a los pacientes privados. La

misión del Ambulatorium —tratar a las personas sin que importe su capacidad para pagar— inscribía a los psicoanalistas directamente en la ideología de bienestar social de la Viena Roja. En 1922, la celebración del Año Nuevo se dedicó a la independencia recién descubierta de Viena y la condición real de Estado, pues la ciudad se había separado voluntariamente de la Baja Austria por el *Trennungsgesetz* (estatuto de separación). La ciudad —y ahora Estado en constitución— de Viena por el momento estaba al margen de la conservadora atmósfera política austríaca mayoritaria militar y religiosa. El derecho a legislar y a determinar la imposición de impuestos situaba la responsabilidad para resolver los problemas urbanos directamente en el gobierno de la ciudad pero también hizo posible el programa particularmente audaz de experimentación económica y social.

El programa socialdemócrata penetró asimismo con facilidad en la psiquiatría clínica: Josef Berze, un especialista en investigación cerebral en el trastorno esquizofrénico y, como Freud, un antiguo interno en la clínica psiquiátrica de Theodor Meynert, había dedicado la segunda mitad de su carrera a dirigir el hospital psiquiátrico Am Steinhof. Abocada a los residentes de Viena desde su apertura en 1907, la famosa institución para la atención y el tratamiento de pacientes mentales y neuropatológicos estaba integrada dentro del nuevo sistema de bienestar después del *Trennungsgesetz*. Descendiendo por la colina Gallintzinberg en el decimocuarto distrito de Viena, el enorme asilo ornamentado se desplegaba en sesenta pabellones que albergaban a dos mil doscientos pacientes «inquietos» o «semiinquietos», además de centros de enseñanza e investigación, el primer programa hospitalario completo de terapia ocupacional, laboratorios y despachos para administradores.²⁴ A veces la población de pacientes de la institución se doblaba, como en 1914, cuando abrió un hospital militar y un cuartel en el jardín, o después de 1918, cuando sirvió como hospital de medicina general y alojamiento para refugiados de la guerra. Incluso entonces el valle de exuberante vegetación acunó los elegantes caminos y estilizados pasillos de los diecisiete edificios muy dispersos de la institución. Otto Wagner había diseñado estos edificios con jardines abiertos, galerías, balcones de hierro forjado y rampas similares a plantas que llevaban a las modernas salas de recepción y amplios auditorios para los espectáculos a los que asistían los pacientes y visitantes por igual. No sería sorprendente, entonces, que la innovación arquitectónica pudiera haber engendrado el cambio teórico en el campo de la salud mental. El campo relativamente nuevo de la psicología produjo, en una colaboración inusual que el psicólogo existencialista Karl Jaspers llamó psiquiatría de «asilo» y «universidad», un número de

escuelas conceptuales y una variada gama de teorías desde el materialismo y la fisiología, hasta la psicolingüística y el psicoanálisis. Por encima de todo, aún se sentía la influencia de Theodor Meynert: su énfasis pionero en la anatomía del cerebro, su clínica anatómica en psiquiatría, su enseñanza, y, lo más famoso de todo, su rechazo de vagas descripciones sintomáticas junto a su insistencia en que solo los hallazgos fundados en el análisis empírico podían llamarse científicos. Meynert y sus colegas Hermann Nothnagel y Ernst Brücke tal vez habrían apoyado incondicionalmente la petición personal de Freud para el ascenso a *Privatdozent* en el Hospital General a finales de la década de 1880, pero la siguiente generación del estamento psiquiátrico de Viena sostuvo firmemente el legado de Meynert sobre el estricto empirismo y seguían a Wagner-Jauregg en su rechazo del psicoanálisis. Periódicamente aún intentaban cerrar el Ambulatorium.

El 15 de julio Josef Berze, entonces psiquiatra director en Am Steinhof y todavía riguroso experto en el tratamiento institucional de la esquizofrenia, decidió informar sobre Hitschmann a la Dirección de Salud Pública vienesa. Criticaba la «actitud terapéutica unilateral» del Ambulatorium, advertía de la intrusión en neurología y psiquiatría, y demandaba que se le informase de cómo aplicaban los médicos clínicos su conocimiento especializado.²⁵ A Freud le molestó muchísimo y, dando la cara para enfrentarse de igual a igual, ejerció su autoridad como presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena y dirigió la réplica. El 27 de diciembre Freud recurrió la decisión del Departamento Federal de Administración Social de cumplir con la negación de certificación escrita por Berze, de la Oficina de Salud Pública, y la crítica verbal de Wagner-Jauregg. Estos expertos criticaban el Ambulatorium por no seguir las instrucciones de Wagner-Jauregg y por establecer una unidad autónoma independiente. Pero sobre todo aducían que la cualificación de especialista de Hitschmann no había sido probada a satisfacción de ellos. Así que Freud les recordó los once años de formación de Hitschmann en medicina interna en su propio Allgemeines Krankenhaus, su preparación superior en la clínica de Krafft-Ebing y su completa pericia para tratar la enfermedad mental (o casos neuropsiquiátricos) tanto en pacientes ingresados como externos. Se consiguió la documentación necesaria para acreditar la experiencia de Hitschmann, y finalmente se retiraron las objeciones y amenazas de las autoridades municipales, intimidadas por la psiquiatría oficial. «Como médico, psicoanalista y neurólogo, Hitschmann tenía el perfil adecuado y fue nombrado director de la Clínica Psicoanalítica de Viena», indicaba una entrada de 1931 del *International Journal of Psychoanalysis* con ocasión del sexagésimo

cumpleaños de Hitschmann. «La actitud de la profesión médica fue hostil con el instituto durante «largo tiempo —continuaba el documento—, y la necesidad primordial para su reputación era la fiabilidad del diagnóstico», que Hitschmann satisfacía admirablemente.²⁶

Una vez autorizado por el Departamento Federal de Administración Social, el Ambulatorium prosperó durante otros dieciséis años. La clínica creció e incorporó un instituto de formación dirigido por Helene Deutsch, un centro de orientación infantil y un departamento especial para el tratamiento de la psicosis. Deutsch, cuya «gran virtud —recordaba su discípulo Abram Kardiner— radicaba en su simplicidad y su gran sentido común», tenía un don para enseñar psicoanálisis, así que no le costó articular nuevos planes para un programa de aprendizaje.²⁷ Aunque al principio los primeros redactados oficiales esbozaban una separación entre el Instituto de Formación y el Ambulatorium, las dos organizaciones separadas legalmente llegaron a ser virtualmente interdependientes. En efecto, una vez establecido el Instituto de Formación de Viena tres años más tarde, el Ambulatorium se convirtió en la mayor fuente de casos supervisados de los candidatos. En tanto aseguraba la calidad del trabajo de los analistas en formación, Reich sugirió durante una reunión de planificación que el Ambulatorium serviría mejor a los pacientes al ampliar su alcance para incluir programas regulares de formación *in situ* y conferencias informales entre los estudiantes y sus colegas más experimentados. Reich acababa de terminar sus estudio de posgrado en neuropsiquiatría en la clínica de la Universidad de Viena dirigida por el profesor Wagner-Jauregg. Hitschmann y Federn estaban de acuerdo en que lo que funcionara en la psiquiatría pública hospitalaria sería igualmente efectivo en la clínica, así que una nueva serie de cursos de conferencias y de clínica llamados en principio «Discusiones sobre Técnica» fueron integrados dentro del Seminario Técnico de Reich en el Ambulatorium. Hermann Nunberg presidió las reuniones en 1922, las primeras diez sesiones de un proyecto excepcional que duraría hasta 1938, cuando se cerró también todo lo demás.

Entretanto, los lazos entre el Centro de Orientación Infantil del Ambulatorium y los servicios de bienestar social de la Viena Roja fueron ganando más fuerza. Se consideraba que las ideas de Freud sobre la crianza de los hijos eran próximas a las de Hermine Hug-Hellmuth: «Una crianza firme, a cargo de una madre inteligente, ilustrada por Hug-Hellmuth, ha sido muy beneficiosa», había escrito Freud a Abraham sobre su simpático nieto de cuatro años Ernst Halberstadt.²⁸ En sus conferencias sobre la educación de la

infancia a las mujeres vienesas en círculos privados y en las sociedades educativas para trabajadores, Hermine Hug-Hellmuth afirmaba que el psicoanálisis era un enfoque de la psicología infantil de miras muy amplias. Utilizaba historias del programa de terapia infantil del Ambulatorium para ilustrar a su audiencia sobre su trabajo. Hug-Hellmuth acababa de regresar de un destino de docencia en el Poliklinik de Berlín y creía que el apego del niño al terapeuta era necesario para el éxito del análisis infantil. Era un miembro activo del Seminario Técnico y enseñaba a sus colegas a escudriñar aspectos clínicos seleccionados de los sueños y fantasías tempranas de los niños utilizando los métodos analíticos que ahora se atribuyen en general a Melanie Klein. La atención de Hug-Hellmuth a las necesidades de dos grupos sociales, el de los terapeutas y el de los pacientes, generó un auspicioso comienzo para las instituciones terapéuticas que ella supervisó con gran éxito hasta su muerte súbita en 1924.

La originalidad del establecimiento de un programa de tratamiento infantil separado dentro de una clínica dedicada sobre todo a la salud mental de los adultos no debe sobrestimarse. Fue Karl Abraham quien concibió la idea, y Hermine Hug-Hellmuth la convirtió en una realidad clínica. Los niños debían ser tratados como individuos con sus propios derechos, no como versiones en miniatura de los adultos. Esther Menaker, estudiante de Nueva York, recordaba que al tratar a «un patético niño de siete años derivado al Ambulatorium», este contaba que se orinaba en la cama y que su madre, que era muy pobre, «estaba desesperada por los problemas de lavandería y el trabajo añadido que este síntoma le causaba. Era hijo único, y su padre, un obrero sin cualificación».²⁹ El estilo de tratamiento de Menaker era más de apoyo (como el de Anna Freud) que interpretativo (como el de Melanie Klein). Aunque su trabajo con el niño se centró en sus sentimientos, no podía ignorar las severas condiciones sociales y económicas de la familia. A veces los padres acompañaban al Ambulatorium a los niños, como el joven paciente de Menaker, pero con el tiempo muchos jóvenes acudían solos al centro. Como informaba Hitschmann diez años más tarde, escuelas y clubes, maestros, médicos escolares y pediatras derivaban niños «de todos los estratos de las clases necesitadas» a la clínica. Había varias razones para ello: en 1922 el Estado apreciaba la necesidad de proteger la salud y la salud mental de sus jóvenes ciudadanos; al mismo tiempo, los niños nacidos después de la guerra en las familias de Viena, jóvenes y con frecuencia pobres, pertenecientes a familias que necesitaban ayuda individual para sobrevivir al clima estresante.

El problema de la despoblación urbana lo abordó una de las nuevas instituciones estatales más controvertidas: una clínica de consulta matrimonial. El gobierno municipal de la Viena Roja y los miembros de su consejo socialdemócrata afirmaban aquí su mezcla compleja de política profamilia maternalista, salud del trabajador y subvenciones estatales. Se abrieron seis centros para la atención y la educación prenatal, cada uno enlazado con un ambulatorio de salud infantil y equipado con un médico, una trabajadora social y una comadrona.³⁰ Para alentar la procreación, la clínica ofrecía consejo a las parejas sobre salud sexual, predisposición y defectos genéticos, y perspectivas saludables sobre maternidad (mientras se evitaban ostensiblemente los temas relacionados con los consejos sexuales y el control de natalidad). La clínica duró solo unos pocos años, pues a los conservadores les parecía sacrílega, y a los liberales, demasiado intrusiva y sospechosamente eugenésica. No obstante, su desarrollo señalaba el reconocimiento oficial de la sexualidad como socialmente útil, especialmente al elevar los estándares morales de las familias obreras. «La sexualidad era mucho más abierta porque el Partido Socialdemócrata insistía en ello, en hablar de temas sexuales, en disponer de clínicas para ofrecer consejos», recordaba Else Pappenheim, entonces estudiante y ella misma una adolescente inquisitiva.³¹ En muchos sentidos, las políticas de bienestar de Tandler fueron igualmente paradójicas: en el fondo de una política aparentemente ultraliberal subyace una lucha entre la postura maternalista tradicional y la promoción radicalmente nueva de la autonomía sexual femenina. El Estado se oponía a que las madres trabajaran fuera de casa, como si ello contribuyera a la alta tasa de mortalidad infantil. Los múltiples servicios sociales integrados finalmente dentro del *Gemeindebauten* de Viena reforzaron esta contradicción entre la genuina atención del Estado a las familias (para que los niños crecieran sanos) y, simultáneamente, las limitaciones a que ello daba lugar en la vida de las mujeres (la demanda de procrear). Incluso las dos o tres páginas de la sección «*Menschen die einander suchen*» (personas que buscan a otras), los anuncios personales que se encontraban al final de cada número del periódico de gran popularidad *Er und Sie* (Él y Ella) de Hugo Bettauer, afirmaban que el objetivo de las relaciones humanas era el matrimonio y no la promiscuidad.³² Sin embargo, el énfasis del corolario de Bettauer sobre el origen sexual de los problemas sociales confería mayor legitimidad tanto a la clínica de consulta matrimonial como al movimiento psicoanalítico. La ilustración sexual era promovida con tanto vigor como las instituciones del matrimonio y la familia, porque el argumento de que una vida sexual saludable daba lugar a trabajadores más sanos y

más felices era compatible generalmente con la socialdemocracia. Tandler puso en marcha un centro regional para el tratamiento del alcoholismo en el mismo año y presumiblemente con la misma intención.

Los adolescentes atribulados encontraron un aliado inesperado en August Aichhorn. Antiguo maestro de escuelas públicas de la ciudad (y, según Helen Ross, él mismo exdelincuente) y organizador de instituciones para la atención municipal de los niños en la Viena Roja, Aichhorn desarrolló servicios sociales especiales orientados psicoanalíticamente para jóvenes perturbados o delincuentes. Fue conocido luego como un poderoso actor en la política de la ciudad y en el movimiento de reforma de la escuela de Viena, y acababa de llegar al psicoanálisis. Aichhorn tenía una cara amable con una larga barba, redondos hombros anchos y largos brazos. Vestía con sombreros austríacos anchos, chaquetas de lana y pantalones de tirantes. Cuando Aichhorn se interesó por el psicoanálisis, se impuso la tarea de construir un centro terapéutico y pedagógico para jóvenes delincuentes. Fue este el famoso Proyecto Jugendersiehungsanstalt Ober-Hollabrunn, una institución residencial sostenida por el partido socialdemócrata de esa época y que se puso en marcha primero en el espacio de un antiguo campo de refugiados y luego en la residencia St. Andrä. Aichhorn estaba entre los primeros analistas que enseñaron a su equipo asesor a trabajar asumiendo el principio de que la postura delincuente de sus jóvenes era un comportamiento antisocial motivado por el conflicto. Pobres, enfadados y mortificados sin esperanza frente a sus maestros y pares más cercanos, a esos chicos los habían expulsado de las escuelas primarias locales por pelear, robar y escaparse de casa (a menudo como una manera de sobrevivir al abuso). St. Andrä, con su amplio patio sombreado, edificios blanqueados y césped en su perímetro, era un espacioso refugio para los niños y adolescentes en dificultades de la ciudad. Veinte escolares de primaria llenarían las clases a la vez, niñas rubias con trenzas y niños sombríos desarmando a sus profesores y tutores especializados con ese comportamiento especialmente agradable que nace del rechazo y la inestabilidad. A Lana, una niña de trece años admitida hacía poco en St. Andrä, la habían sorprendido robando una manzana en un puesto ambulante. Lana ya había tenido problemas con la ley y faltado a clase incluso antes de su detención, y se había resistido ante la razonable psicopedagoga, de formación adleriana, de su propia escuela local, que la exhortaba a desarrollar la fuerza de carácter y la responsabilidad con la sociedad. Al contrario, su terapeuta psicoanalítica en St. Andrä creía que la infeliz niña sacaría fuerza interna del poderoso

lazo de la relación entre ellas. Aichhorn había enseñado al terapeuta a aceptar que, a la larga, Lana y su terapeuta curarían al yo enfadado de la niña, fracturado por los padres insensibles y un ambiente urbano punitivo. Una vez que su impulso latente de arremeter hubiera sido domado por la relación reparadora, la niña podría retomar la vida cotidiana con amigos, en la escuela y en el barrio. Para Adler, el caso de Lana, así como el de otros niños, consistía en que no se adecuaba (tanto por razones internas como externas) el estándar social ideal del «sentimiento de comunidad». Pero Aichhorn consideraba que esta interpretación era inherentemente opresiva, pues exigía a todos los individuos que se adapten a la sociedad. En lugar de esto, el punto crucial de la terapia, sostenía, debería descansar en la experiencia de una relación emocional positiva, fuerte (no muy diferente de la posterior conceptualización de Donald Winnicott sobre la terapia como una experiencia correctiva emocionalmente) que neutralice el impulso inconsciente del niño hacia la conducta desviada. El enfoque clínico de Aichhorn era menos moralizante que la psicología individual de Adler, y sus propios métodos de reeducación abordaban los terribles miedos sociales e individuales subyacentes en la conducta agresiva del adolescente. El psicoanalista húngaro Franz Alexander trabajó con Aichhorn y sus esfuerzos para entender a los jóvenes criminales tenían su origen en gran medida en ese elevado entorno teórico. Después de 1930, una vez que Alexander emigró al Instituto de Psicoanálisis de Chicago, se centró en la delincuencia juvenil y trabajó en el Hogar Pioneer, el proyecto de Fritz Reidl en Detroit. Pero en 1922 Alexander simplemente se desplazó de Viena a Berlín, enseñaba junto a Abraham y analizaba a los pacientes del Poliklinik en número cada vez mayor.

Se confirmó que Berlín se había convertido en el centro real del movimiento psicoanalítico cuando la sociedad alojó el Séptimo Congreso Internacional de Psicoanálisis en septiembre, el último congreso al que asistió Freud. El efecto de lo que presentó allí, un esquema del nuevo marco «estructural» del inconsciente publicado al año siguiente en *El yo y el ello*, fue sencillamente asombroso. Rudolf Loewenstein quedó marcado de forma indeleble por el discurso de Freud, una de las experiencias cumbre de su vida, algo así como el primer encuentro de Melanie Klein con Freud en el congreso de 1918 en Budapest. Klein ya se había trasladado de Berlín a Londres, y Loewenstein pronto se marcharía a París. Cada uno ejercería en las clínicas de su sociedad local, pero en ese momento los asistentes a la conferencia descubrían cómo la comunidad profesional del Poliklinik apoyaba tanto el trabajo clínico como la investigación. El

dispositivo de tratamiento y la sociedad habían ganado prestigio y el psicoanálisis cada vez era más aceptado por los principales terapeutas de Berlín. El psicoanálisis, al parecer, llegaría más lejos dentro de la producción cultural alemana en la vanguardia de los intelectuales de Weimar que dentro de Austria. En Berlín se reestrenaron las obras de Leist por el interés que despertaban sus temas psicoanalíticos del padre y los sueños edípicos y, más tarde, incluso el teólogo Paul Tillich se admiraba de la creciente y fuerte influencia de «la filosofía del inconsciente, iniciada por Freud», en Berlín.³³ Felix J. Weill, un joven doctor en ciencias políticas cuya defensa de tesis doctoral sobre los «problemas prácticos para implementar el socialismo» podría haber descrito la propia evolución del Poliklinik, consiguió financiación para crear un instituto autónomo con ideas afines dedicado al análisis y la aplicación social de la teoría marxista. Este abriría al año siguiente como la prestigiosa Escuela de Francfort del Institut für Sozialforschung (Instituto para la Investigación Social), cuya facultad, con pocas excepciones, estrechó la asociación entre el psicoanálisis y la teoría crítica de izquierda. Mientras tanto, en la conferencia, los analistas estaban de celebración en fiestas y cenas. El gran banquete final se cerró con el humorístico discurso de Jones —como él mismo lo dijo— sobre el patrono anónimo de la clínica de Berlín, del que mucho se rumoreaba debía de ser Eitingon. Inclinado sobre su bastón de empuñadura dorada, dijo Jones: «En inglés tenemos dos proverbios notables: “La caridad empieza en casa” y “El asesinato siempre se descubre”. Si ahora aplicamos los mecanismos de condensación y desplazamiento llegamos a la conclusión de que “el asesinato empieza en casa”, un principio fundamental del psicoanálisis, y de que “la caridad siempre se descubre”, algo que ilustra la dificultad de mantener en secreto el nombre del generoso donante del Policlínico de Berlín».³⁴

En la época del séptimo congreso de la IPA, el interés en ir a Berlín a enseñar, estudiar y trabajar reflejaba las mejores relaciones internacionales, que permitían francos intercambios intelectuales entre los psicoanalistas del este y el oeste de Europa. Sándor Radó se había trasladado hacía poco hacia el oeste, de Budapest a Berlín, para incorporarse al instituto de nueva creación. Fenichel viajaba una y otra vez entre Viena y Berlín. Helene Deutsch, que pasaría los dos años siguientes en Berlín como enviada especial de Freud, resumió los principales actos del congreso de Berlín en la reunión del 18 de octubre de la sociedad de Viena y describió el estado del movimiento psicoanalítico incluyendo sus avances teóricos. Para no ser superado por la competencia implícita con Berlín, en la misma reunión Hitschmann apuntó que las actividades del Ambulatorium

iban progresando y anunció que a principios de noviembre comenzarían dos series de conferencias. Él mismo daría «Una introducción al psicoanálisis» y Felix Deutsch daría un curso especial titulado «¿Qué debe saber el médico practicante sobre psicoanálisis?». A veces Hitschmann se sentía abrumado por sus responsabilidades como director clínico, pero también quería ayudar a sus colegas vieneses a promover su clínica tanto como los berlineses lo habían hecho para los visitantes de la IPA.³⁵

Al final del congreso el equipo del Poliklinik se dio cuenta de cómo habían aumentado su trabajo, en parte por el fuerte movimiento de pacientes, internos y miembros, pero también por las actividades pedagógicas en constante expansión. «Nuestro trabajo —se quejaba Eitingon— necesita más y más espacio, pero la escasez de vivienda [nos] impide ampliar nuestras instalaciones». Freud estaba de acuerdo, y esperaba a los «hombres o asociaciones que, siguiendo el ejemplo de Eitingon, creen instituciones parecidas».³⁶ Palabras alentadoras sin duda, pero Freud estaba recordándoles a los analistas su necesidad de vigilar y priorizar al menos dos áreas: primero, como hasta Jones había reconocido (y como Eitingon y Simmel habían hecho en Berlín), el liderazgo psicoanalítico en toda la IPA debía incorporar servicios sociales dentro de la salud mental y no al revés. Las clínicas subvencionadas por el gobierno podían volverse armas burocráticas que permitieran a la psiquiatría tradicional hacerle la guerra al psicoanálisis. Segundo, el psicoanálisis sucumbiría ante sus detractores conservadores si solamente se beneficiaban unos pocos pacientes. Ampliando el punto que había señalado en Budapest, Freud reiteraba su demanda de acceso universal. Sugería que el tratamiento gratuito no debería estar disponible solo para personas de las que se demuestre la indigencia sino también —e igualmente— para aquellas que sencillamente son demasiado pobres como para pagar el tratamiento. Las palabras de Freud estaban basadas en el éxito evidente del Poliklinik pero también iban destinadas a calmar lo que Radó recordaba como «los celos y la envidia de los vieneses que aumentan a la misma velocidad que crece la relevancia de Berlín».³⁷ Como un padre al que le divierte ver la lucha entre descendientes rivales, Freud animaba por igual a todas las clínicas gratuitas, no solo al dispensario hermano del Ambulatorium en Berlín.

¿El psicoanálisis puede llegar realmente a todas las clases sociales? El registro del Poliklinik demuestra que los analistas lo intentaron. «Y aquí por primera vez el análisis puede presentar estadísticas a aquellos que las anhelan, mostrando cifras recogidas en un solo lugar y relativamente en poco tiempo», informaba Eitingon con una risita. En

principio puso el análisis cuantitativo a la par con el psicoanálisis. Formado en el laboratorio y empirista por naturaleza, en los últimos años Eitingon había luchado para decidir cuál de los dos diseños opuestos —el discurso psicoanalítico de los procesos dirigidos o los registros estadísticos basados en resultados— convendría más a los informes clínicos. Recurriendo a las categorías del diagnóstico clásico que había promovido Emil Kraepelin en el siglo XIX, Otto Fenichel y Eitingon intentaron establecer una respetable base propia de datos clínicos. Todo psiquiatra de lengua alemana estaba familiarizado con el sistema nosológico del texto de Emil Kraepelin, ya en su octava edición en 1907. La tesis médica de Karen Horney la había dirigido un discípulo del gran experto en metodología clínica, y Helene Deutsch había estudiado el abordaje de Kraepelin en Múnich. Para ellos incluso el diseño de los cuadros originales de diagnóstico de Kraepelin (*Zählkarten*) en la Clínica de la Universidad de Heidelberg, impresas con su tipo de letra roman negrita, requería evaluaciones objetivas y claras de acuerdo con líneas previas y específicas de interrogación. De forma reveladora, muchos de los datos de Kraepelin estaban basados en observaciones de mujeres de clase baja, pacientes típicas de la clínica psiquiátrica de alrededor de 1900.³⁸ No es de extrañar que Fenichel y Eitingon, cuyo doble objetivo era tratar a personas de esta misma clase social baja, pero también brindar ayuda no sesgada, buscaran formas menos preceptivas de documentación.

Al final, Eitingon y Fenichel produjeron dos modelos de cuadros. Uno era una ficha clínica donde los psicoanalistas seguían el progreso de sus pacientes; era un diseño simple en forma de resumen, con amplios espacios para anotaciones y comentarios sin plazos definidos. Pero el otro era un cuadro estadístico cuyas diversas categorías de diagnóstico programado y listas de comprobación sumergían al lector en una profusión de detalles que hacían que la clínica cobrara vida. En el contexto de la era Weimar, los cuadros de Fenichel parecían obedecer al imperativo documental que exigía quitar protagonismo al autor en favor de una «nueva objetividad». En la actualidad las técnicas innovadoras en fotografía y cine periodísticos que desarrollaron los artistas de Weimar son bien conocidas, pero a principios de la década de 1920, cuando Otto Fenichel aplicó este enfoque documentalista al psicoanálisis, creó un informe inusualmente llamativo. Mientras tanto, Max Eitingon, que supervisaba el contenido del cuadro mientras Fenichel atendía a la forma, renunciaba a la responsabilidad científica gracias a las estadísticas. Las cifras «serían muy valiosas [si fueran] exhaustivas, claras en todos los detalles»,

decía Eitingon, y si se basaban en comparaciones controladas y diseñadas para eliminar la parcialidad y la interpretación individuales. Preguntas como el lapso de tiempo requerido para el tratamiento, y otros detalles «estadísticos [...] serían la prueba de nuestro coraje para dar al mundo» evidencia genuina de que el psicoanálisis toma —y debe tomar— tiempo. En términos generales estos esfuerzos, de hecho, tuvieron como resultado una asombrosa representación de la actividad terapéutica, eminentemente práctica y calculada, y una hábil justificación del valor real de las estadísticas.

Los dos informes más significativos, uno de 1923 y otro de 1930, permitían rastrear con precisión los patrones observados en los pacientes del Poliklinik según el estatus social, el género y la ocupación. Bajo «ocupación», incluía abogados, camareros, un director de banda musical, la hija de un general, un arquitecto, trabajadores fabriles, capitanes, y una amplia gama de estudiantes y «burócratas». Artesanos (25 hombres, 35 mujeres), empleados (22 hombres, 41 mujeres), funcionarios (7 hombres, 3 mujeres), maestros (16 hombres, 19 mujeres), empleados domésticos y enfermeras (27 mujeres solamente), comerciantes (23 hombres solamente), estudiantes (12 hombres, 5 médicos entre ellos; y 2 mujeres, 1 de ellas médico), y profesionales (médicos y académicos, 56 hombres y 59 mujeres). Casadas sin ocupación (63 mujeres), viudas (6 mujeres), y sin ocupación (2 hombres, 8 mujeres) eran otras categorías interesantes. En la tabla estadística del informe de 1922 solo se prestaba atención a las «Ocupaciones», mientras que otros cinco informes cruzaban listas de ocupación con edad, género, diagnóstico, duración del tratamiento y resultados del mismo. Pero el informe de 1930 prestaba menos atención a las ocupaciones, pues en él se cuentan solo veintidós ocupaciones por número de consultas, y no se menciona el género, la edad, ni siquiera la duración del tratamiento. Los que más buscaron la consulta durante diez años fueron los «burócratas» (173) y los que menos los agricultores (3). Sin embargo, que se contara con los agricultores es incluso más interesante dado el intenso cosmopolitismo urbano de Berlín. Las categorías de «sin profesión» (249) y «sin profesión determinada» (313), que podían significar «desempleado», están en las listas en gran número. Artistas, tenderos y maestros son categorías iguales con 124 casos cada una.

Se contaba a los solicitantes de atención clínica según el género, la edad, la ocupación/profesión y el diagnóstico. Algunos hombres y mujeres, a los que se visitaba solamente para una consulta de admisión, y cuyos casos no garantizaban la admisión al tratamiento (o eran derivados a otro sitio), se apuntaban por separado. Expuestos de

diversas maneras, desde listas simples (o «clasificaciones») a correlaciones algo complejas, los datos revelaban el cuidadoso trabajo individual cuantitativo del personal del Poliklinik (o el obsesivo de Fenichel). Las cifras de consultas y tratamientos están listadas por año, y desglosadas por mes. Las listas se ordenaban en tablas, las cuales luego se correlacionaban con factores clínicos y administrativos: los casos se examinaban a partir del resultado del tratamiento (activo, terminado e interrumpido o «fragmentario»), por duración del tratamiento, y por el año en que se completó el tratamiento. En el informe de 1923 las tablas estadísticas están dispersas por todo el documento y se utilizan para destacar temas específicos. Por el contrario, el informe de 1930 (en el que aparecen ensayos bastante polémicos de Simmel, Fenichel y Karen Horney) resume las estadísticas en una sencilla página desplegable en dos. Sin embargo, concluye con una tabla de correlación del diagnóstico elaborado, de la duración del tratamiento y del resultado del tratamiento.

Otra crónica de la vida en el Poliklinik, las notas orales o escritas de los psicoanalistas sobre sus casos en curso, atestigua un intercambio continuo de «comunicaciones breves» en los encuentros clínicos de la sociedad de Berlín.³⁹ Simmel informaba sobre los sueños de una paciente epiléptica; Melanie Klein, sobre una «neurosis de domingo» en un niño; Franz Alexander, sobre una neurosis obsesiva en un homosexual. De las tres reuniones que la sociedad celebró regularmente (con exceso de celo, según Radó) cada mes antes de la muerte de Abraham en 1925, se designó una solo para los intercambios breves (*kleine Mitteilungen*). «Las próximas reuniones tendrán lugar el 4, el 11 y el 18 de octubre», escribió Abraham en su invitación a Therese Benedek. Benedek, una joven e inquisitiva analista que frecuentaba la sociedad de Berlín mientras aún iba y venía de Leipzig, consideraba que la mezcla de *kleine Mitteilungen* y artículos clínicos más extensos encajaba perfectamente con su propia idea de conferencias sobre casos. Disfrutaba de la naturaleza democrática de la práctica basada en «comunicaciones cortas, a las que todos aportan lo que puedan tener», según decía, y ella misma era muy apreciada.⁴⁰ «Esta señora ha cosechado reales merecimientos, tanto por haber atraído a personas jóvenes como por su sobresaliente actividad práctica», informaba Abraham a Freud después de una de sus presentaciones clínicas.⁴¹ La observación no pasó desapercibida para Franz Alexander: diez años más tarde, cuando un terror inaudito barría a Alemania, Alexander llevó a Benedek y a su marido a América, aunque en esa época Franz Alexander también consideraba que las reuniones eran infinitamente

estimulantes. Recordaba que Abraham «era un maestro en su modo de presentación», donde agregaba solamente «una discusión teórica mínima, ateniéndose a los hechos y sin explicación psicodinámica». A Simmel, por el contrario, «le gustaba adentrarse en abstracciones de gran alcance teórico». ⁴² En los casi dos años desde que había abierto el Poliklinik, Simmel había desarrollado una gama interesante de estrategias políticas. En una de estas insertaba deliberadamente expresiones técnicas en el lenguaje psicoanalítico porque creía que así ampliaba la credibilidad externa de los psicoanalistas y para diferenciarlos de especialistas menos fiables en la atención a la salud mental. Los críticos del psicoanálisis, antes y ahora, han intentado marginar la práctica del mismo arguyendo que carece de fundamento científico y que no es verificable empíricamente. Estos reproches provienen, al menos en parte, del significativo número de nuevas palabras, acuñadas como términos científicos en el alemán de Freud pero traducidos selectivamente al inglés, latín o griego por palabras compuestas. La confusión fue muy bien resuelta con la publicación en 1926 del *Glosario* práctico, el cual sistematizó las definiciones y los términos psicoanalíticos.

Otto Fenichel, fabricante de la listas por naturaleza, ya tenía un mejor concepto de la fraseología psicoanalítica que muchos de sus colegas. Indexó cuidadosamente los diagnósticos, enumerando treinta y seis categorías clínicas en el informe del Poliklinik en 1923 y 31 en 1930. La distribución por géneros era notablemente similar tanto para consultas como para tratamiento: en el lapso de diez años (1920-1930) de 1.955 consultas, 969 fueron hombres y 986 fueron mujeres; de un total de 721 análisis, 342 fueron hombres y 379 fueron mujeres. Estas cifras refutan una vez más la crítica popular al psicoanálisis como un tratamiento al que solo recurrían las mujeres burguesas y diseñado exclusivamente para ellas. El informe de 1923 contiene una interesante tabulación cruzada de género y edad: la categoría de treinta a cuarenta años es la más numerosa (122 mujeres y 52 hombres) mientras que la menos numerosa es la de veinte a treinta años (67 mujeres y 72 hombres). Entre los diez y los quince años la proporción de género era idéntica (6 mujeres y 6 hombres). La histeria era el diagnóstico más frecuente en ambos inventarios y se diagnosticaba histeria con mucha más frecuencia a las mujeres que los hombres (95 mujeres y 10 hombres), un diagnóstico que dio lugar a 271 consultas y a 129 tratamientos en diez años. La neurosis obsesiva, mejor distribuida entre mujeres y hombres (25 y 37 respectivamente), era el segundo diagnóstico más frecuente. Los diagnósticos fisiológicos como la epilepsia y el asma bronquial se intercalaban con

categorías psicológicas como la depresión, la manía, el alcoholismo y la paranoia. Una pequeña muestra de neurosis de guerra (3 hombres) y un caso femenino de neurosis de subsidio de invalidez aparentemente entremezclaban diagnósticos psicológicos y fisiológicos. En total, las tablas estadísticas muestran un intento impresionante de inclusión social y un esfuerzo deliberado para tratar a personas de rangos sociales generalmente aislados y económicamente desiguales. La mayor población de pacientes de clase baja fue el resultado en gran parte del propio activismo social de Ernst Simmel. Esto respondía a su trabajo en la Asociación para los Médicos Socialistas con el pediatra Karl Kollwitz (marido de la artista expresionista alemana Käthe Kollwitz) y, en menor grado, a sus colaboraciones con una de la discípulas favoritas de Karl Abraham, Karen Horney.

Aunque Karen Horney es celebrada como la psicoanalista que introdujo el relativismo cultural en la teoría freudiana, su posición como la única mujer entre los seis miembros fundadores del Poliklinik en 1920, y la primera mujer en enseñar allí, hasta ahora ha sido subestimada. La posición de Horney como docente y pensadora en el Berlín experimentalista le dio el contexto perfecto para comenzar a formular sus ideas pioneras sobre la psicología de las mujeres, cuestionar la teoría de la libido de Freud y explorar el impacto de la cultura sobre el desarrollo humano. Impresionó a Alexander con «su lucidez y rechazo obstinado a aceptar construcciones teóricas habituales como hechos indiscutibles».⁴³ Horney era una mujer delgada, con ralo cabello rubio recogido por detrás, impactantes ojos grandes, y el estilo informal de las personas bien educadas. Había llegado a Berlín en 1909, cuando era una estudiante de medicina, y sus estudios oficiales culminaron en 1915 con una tesis clínica de alto valor académico defendida con el estilo diagnóstico de la psiquiatría kraepeliniana. También sostuvo otros dos roles, a menudo contradictorios: el de esposa y madre de clase media alta y el de analizante, entonces psicoanalista en formación, con Karl Abraham. Así como otros analistas del Poliklinik, cubriría los gastos de viaje de los pacientes en caso necesario para que el tratamiento pudiera continuar.⁴⁴ En su trabajo teórico Horney refrendaba, e incluso embellecía, los objetivos sociales de Freud, aunque sus posiciones eran menos claramente políticas que las de muchos de sus colegas en Berlín y Viena.

En 1922, en las Clínicas de Sexo-Higiene para Trabajadores y Empleados de Wilhelm Reich (Sexualberatungs-Klinik für Arbeiter und Angestellte) fueron emergiendo actividades de divulgación de la comunidad que se subsumían bajo la rúbrica de «sex-

political work». Varios días a la semana Reich y su equipo de psicoanalistas y médicos se dirigían en una furgoneta a las zonas rurales y suburbanas de Viena, anunciando sus visitas con antelación. Hablaban sobre temas sexuales para interesar a las personas que se congregaban en un parque local. El mismo Reich hablaba con los adolescentes y hombres; el ginecólogo del grupo, con las mujeres, y Lia Lasky (amiga íntima de Reich en la escuela de medicina), con los niños. El ginecólogo también prescribía y facilitaba dispositivos anticonceptivos a las mujeres. El modelo imitaba muy bien los dispensarios de salud prenatal e infantil establecidos por los socialdemócratas y sostenidos con ayuda extranjera, por ejemplo, de la Cruz Roja. El grupo abiertamente político de Reich probablemente parecía más subversivo, y aunque la policía persiguió y arrestó a sus miembros por actividades ilegales, estos repartían folletos con información sexual puerta a puerta. Reich daba entonces charlas políticas por la tarde. Al convocar a «políticos de la vida cotidiana», apuntaba a temas sociales amplios sin ignorar los problemas más íntimos que las personas le planteaban al equipo ese día. Los jóvenes se quejaban allí sobre la falta de dinero, su libertad coartada, el trabajo frustrante y el temor a los embarazos no deseados. Incluso cuando la policía disolvía de rutina las reuniones de higiene social, donde Reich criticaba el «poder del Estado», él veía a los agentes como seres humanos ocultos entre los «custodios de la ley y el orden». Desde su función represiva, con frecuencia militarista, la policía podía convertirse en «campeones de la causa de la marginación social». Reich les explicaba a sus oyentes cómo abandonar barreras de clase preconcebidas y conseguir que el individuo se liberase de las limitaciones de clase. Cuando hablaba sobre las dificultades en el matrimonio, la familia y la niñez, o los dilemas que tendrían que resolver por sí mismos los desocupados, trabajadores fabriles, jóvenes y mujeres, «la conciencia de la audiencia sobre la presencia de “protectores de los intereses de clase”⁴⁵ desaparecía por completo». Reich era extremadamente carismático y capaz de cosechar la simpatía entre sus oyentes apelando a la humanidad fundamental que tenían en común hasta con la policía que los vigilaba. Así, «se volvió radicalmente obvio para todos los presentes que esos agentes y policías eran ellos mismo empleados, a pesar de sus uniformes. Tenían hijos, esposa, problemas maritales y dificultades con la vivienda y con la crianza de los hijos. Vistos de esta manera, desde una perspectiva psicológica, práctica, las divisiones de clase aparecían de forma totalmente diferente a como eran retratadas en los programas [políticos] puramente económicos del partido».⁴⁶ En sus propios escritos, Reich utilizaba el término

trabajo social para describir su enfoque basado en la comunidad para los servicios de salud mental, una mezcla única de acción social y servicios directos, nada parecida al paradigma de trabajo social contemporáneo.

Las mujeres jóvenes y las adolescentes preocupaban a Reich de manera particular. Niñas que habían quedado embarazadas involuntariamente, simplemente por torpeza o ignorancia o, peor aún, por violación o incesto. Eran derivadas a las clínicas municipales de control de natalidad, pero no antes de una entrevista con un asociado de Sex-Pol que las instruía en sexualidad y en el uso de la contracepción. Muchos años más tarde, cuando a Edith Jacobson, una compañera de viaje que había repudiado a Reich, le preguntaron precisamente cómo podía ayudar a las adolescentes este asesoramiento, respondió: «Mucho, sorprendentemente».⁴⁷ Incluso en 1922 Reich vio que muchos de los embarazos satisfacían los deseos de la madre o de la sociedad en general de tener un hijo. Pero nunca se examinaba hasta qué punto satisfacían el deseo real de la madre de criar a un niño o sus necesidades sexuales y emocionales. Así, se convirtió en un campeón del aborto a petición de las mujeres, del «derecho incuestionable de toda mujer que está embarazada contra su voluntad a abortar».⁴⁸ Reich abogaba tanto por los derechos del niño como por los de la madre, y en 1952, repasando sus escritos de 1937, observaba que «las madres no contaban. La miseria infantil no contaba. Lo que contaba era un moralismo enfermo [de la sociedad]».⁴⁹ En otras palabras, si la sociedad justificaba tan vigorosamente el tener hijos, entonces la sociedad también debería asumir alguna responsabilidad en su crianza. Que la sociedad demandara la producción de niños pero no tuviera voluntad de asistirlos una vez que el niño naciera, era el signo de la opresión de las mujeres, y de los niños. Reich creía que para aliviar la subyugación de las mujeres era necesario subvertir la estructura patriarcal de la sociedad, y puso en práctica la hipótesis de Engels.⁵⁰

¿Qué eran las estrategias de asesoramiento económico sexuales? Las historias de casos de Reich escritas entre la década de 1920 y mediados de la de 1930 muestran el paso de las interpretaciones cautelosas a una postura terapéutica avanzada. Su propia confianza en su «oído» dual, políticoterapéutico y su formación inicial con Freud se combinaban para impregnar su enfoque con una mirada profunda del sufrimiento humano y de las necesidades urgentes, básicas, del yo sexual. Las palabras de Reich sobre la necesidad de hacer caso omiso de la familia patriarcal del paciente, así como los esfuerzos para preservar el orden y el control, son particularmente avanzadas:

Una mujer de treinta y cinco que parece mucho más joven [...] había estado casada durante dieciocho años, tenía un hijo mayor y vivía con su marido en un matrimonio aparentemente feliz. En los últimos tres años, el marido mantenía una relación con otra mujer. La esposa lo toleraba, porque le parecía comprensible que después de un matrimonio de tantos años él tuviera deseo de otra pareja sexual. Pero hacía algunos meses ella venía sufriendo palpitaciones, insomnio, irritabilidad y depresión. Había conocido a otro hombre, pero los escrúpulos morales le impedían tener relaciones con él, aunque ella consideraba que sus escrúpulos no tenían sentido. Su marido seguía jactándose de la fidelidad de la esposa, y ella sabía perfectamente que no estaría dispuesto a otorgarle el derecho que él se tomaba habitualmente.

Un caso como este necesita un análisis cuidadoso. La abstinencia sostenida implica con seguridad la enfermedad neurótica. Era imposible obstaculizar la nueva relación del marido y recuperarlo, por dos razones: primero, él no permitiría que le estropeasen su relación y había admitido abiertamente que ya no la deseaba (y ella a él tampoco). La única alternativa era el hombre al que ella amaba. La dificultad era que ella no era independiente económicamente y su marido, al enterarse, empezaría de inmediato los trámites del divorcio. Comenté todas estas posibilidades con la mujer y le dije que pensara en ello. Después de algunas semanas supe que había decidido establecer una relación sexual con su amigo y no decirle nada a su marido. Sus síntomas neuróticos de estancamiento pronto desaparecieron. Ella había conseguido tomar aquella decisión gracias a que mi intento de disipar sus escrúpulos morales fue exitoso.⁵¹

Reich, un hombre grande que parecía desaliñado y elegante a la vez, tenía un estilo de cascarrabias que conseguía provocar a todo el que hablaba con él. Pero obviamente también tenía una increíble capacidad para ponerse en el lugar del otro, y su experiencia en las clínicas lo alertó de las necesidades especiales de los adolescentes. Ni su trabajo en el Ambulatorium ni su práctica privada con adolescentes perturbados lo habían preparado para la situación dolorosa de los «jóvenes, normales, trabajadores vieneses». Después de dos años de Sex-Pol, dijo, «el conflicto entre el científico y el político dentro de mí se hizo aún más intenso [...] Gradualmente aprendí a entender, a afirmar y a eliminar la desconfianza profunda y completamente justificada que tiene la juventud en todo lo relacionado con la autoridad y los adultos».⁵² A través de Sex-Pol, Reich definía para sí mismo cómo se estaba fortaleciendo personal y políticamente el trabajo social. En las áreas clínicas, uno de los propósitos de un trabajador social era aconsejar a los pacientes potenciales o en curso sobre el coste personal de la sexualidad reprimida y, en materia económica, sobre las consecuencias de la opresión. Reich aplicaba su papel de defensor al pie de la letra. Argumentaba que el trabajo realizado desde los catorce hasta los veinte años (como los trabajadores fabriles, mensajeros o sirvientes) ya les había formado como adultos, así que les ofrecía el trabajo social de Sex-Pol, una mezcla de asesoría psicoanalítica, consejos marxistas y anticonceptivos. El siguiente caso inusualmente sencillo tuvo un desenlace satisfactorio.

Una chica de dieciséis y un chico de diecisiete años, ambos fuertes y bien desarrollados, vienen a la clínica de higiene sexual, tímidos y aprensivos. Después de animarlos, el chico pregunta si es realmente perjudicial tener relaciones sexuales antes de los veinte años.

—¿Por qué piensas que es dañino?

—Es lo que dice el líder de nuestro grupo en los Halcones Rojos y cualquiera que habla de temas sexuales.

—¿Habláis en vuestro grupo sobre estas cosas?

—Seguro. Todos sufrimos terriblemente pero nadie se atreve a hablar abiertamente. Solo recientemente un montón de chicos y chicas abandonaron y formaron su propio grupo, porque no podían llevarse bien con el líder del grupo. Es uno de los que va diciendo que las relaciones sexuales son perjudiciales.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis?

—Tres años.

—¿Habéis tenido relaciones sexuales juntos?

—No, pero nos queremos mucho y tenemos que romper porque siempre nos excitamos terriblemente... Estamos a punto de volvernos locos. Lo peor es que por nuestras funciones siempre tenemos que trabajar juntos. Ella ha tenido ataques de llanto muy frecuentes y yo estoy empezando a fallar en la escuela.

—¿Cuál creéis ambos que sería la mejor solución?

—Pensamos en romper, pero no funcionaría. Todo el grupo que dirigimos se desintegraría y entonces ocurriría lo mismo con otro grupo.

—¿Hacéis deporte?

—Sí, pero no es nada bueno. Cuando estamos juntos solo pensamos en una cosa. Por favor, díganos si es realmente perjudicial.

—No, no es perjudicial, pero a menudo crea muchos problemas con los padres y otras personas.

Les expliqué la fisiología de la pubertad y las relaciones sexuales, los obstáculos sociales, el riesgo de embarazo y la anticoncepción, y les dije que pensaran sobre ello y volvieran. Dos semanas después los volví a ver, felices, agradecidos y capaces de trabajar. Habían superado todas las dificultades internas y externas. Continué viéndolos ocasionalmente durante un período de dos meses.⁵³

Reich registraba con detalle las modificaciones en el funcionamiento sexual de sus propios pacientes, pero también examinaba las transcripciones de las entrevistas clínicas y gráficas de los casos de aproximadamente doscientos pacientes tratados en el Ambulatorium. Si las perturbaciones sexuales existen en todas las neurosis (la tesis original de Freud) y la neurosis no tratada ocasiona una crisis, entonces, los pacientes que mejoran en terapia con el cambio tienen una vida sexual más saludable y también más capacidad para sobrellevarla. Reich pensaba que la mente y el contexto ambiental eran inseparables, de modo que, al dejar de lado un análisis excesivamente individualista del sufrimiento humano, ligaba la opresión política a la neurosis y a la sexualidad reprimida o a la culpabilidad sexual.

Adondequiera que fuese, a Reich le impresionaba tanto la resistencia y adaptación de

las personas como su necesidad de alivio frente a la opresión y de autonomía psicológica, que podían alcanzarse mediante la asistencia política y psicológica combinada. Creía que Sex-Pol, con el tiempo, sería entregada a las personas a las que servía porque los trabajadores resolverían pronto los problemas sociales por su cuenta y asumirían el liderazgo de la sociedad. El nombre Sex-Pol era una acrónimo de Sociedad Alemana de Políticas Sexuales Proletarias, y Reich escribía en 1937: «Era completamente posible que las personas organizaran por sí mismas clínicas de niños para los pobres, o establecieran consultas de asesoría sexual, o tomaran varias medidas prácticas respecto a los problemas».

Reich coincidía con Julius Tandler, director de la Oficina de Bienestar Público, en que la sexualidad y la construcción de viviendas decentes eran componentes complementarios y esenciales de la estabilidad de los trabajadores y sus familias. Sin embargo, los dos hombres disentían en su comprensión ideológica del tema. La posición inevitablemente más burocrática y tradicionalista (incluso en una administración progresista) consideraba la vivienda como una garantía para combatir la decadencia moral y fomentar la creación de familias. Reich criticaba este argumento, afirmando que una vivienda mejor llevaba por sí misma a una expresión sexual más libre y, por ello, psicológica y físicamente más saludable. Cuatro personas compartían una única habitación en el diseño de viviendas estándar de los trabajadores vieneses: esta falta de privacidad, reclamaba Reich, no se prestaba a la promiscuidad.⁵⁴ Por el contrario, simplemente reprimía la sexualidad de la clase trabajadora porque sus condiciones difíciles llevaban a la indiferencia hacia los otros y al temor a ser perturbado. A Reich le preocupaba especialmente que el hacinamiento frenara a los jóvenes y, por ejemplo, expusiera peligrosamente a aquellos que eran forzados a buscar refugio en los portales. Defendía la expresividad sexual para todos, incluyendo a los jóvenes y los solteros, con una permisividad que inquietaba tanto a los de la izquierda política como a los psicoanalistas.

SEGUNDA PARTE

1923-1932:
LOS AÑOS MÁS GRATIFICANTES

1923

«ESTA AYUDA DEBERÍA ESTAR DISPONIBLE
PARA EL GRAN PÚBLICO...»

Para los analistas más jóvenes que realizaban sus prácticas en el Ambulatorium desde su fundación el año anterior, el nuevo Seminario Técnico ofrecía una especie de campo de pruebas donde era posible decirlo todo, criticar los diagnósticos y discutir las teorías de tratamiento con mucha menos cautela que la requerida en las reuniones formales de la sociedad de Viena. Al comienzo de 1923, Hermann Nunberg cedió la dirección del seminario a Eduard Hitschmann. A partir de entonces y durante los dos años siguientes, Paul Federn registró todas las semanas (como secretario del seminario y también como director adjunto del Ambulatorium a partir del 17 de octubre) las actas del seminario con gran compasión y flexibilidad intelectual. En dichas actas de las reuniones del seminario en 1923 y 1924 destaca la capacidad de Reich para razonar cuidadosamente de un modo poético característico; las teorías de Nunberg se despliegan tan concienzudamente como las de un abogado de apelación; y Hug-Helmuth descubre con alegría que la observación sistemática de niños puede ser integrada en el repertorio psicoanalítico. A principios de la década de 1920, la mayoría de los analistas vieneses no consiguieron explorar la psique del paciente más allá de las etapas sexuales del desarrollo humano establecidas por Freud, ni más allá de lo que permanece accesible a la conciencia de los recuerdos en la adultez. Pero Otto Fenichel, que viajaba con frecuencia entre Berlín y Viena, presentó a los participantes del seminario uno de los sistemas más nuevos del Poliklinik para separar la teoría psicoanalítica de la técnica: argumentaba que la teoría debía separarse de la técnica porque la teoría hace hincapié en la investigación dentro del inconsciente, mientras que la técnica es más significativa para la terapia. Debido al examen riguroso de los impulsos propios del terapeuta, que requiere la formación psicoanalítica, en especial de la contratransferencia supuesta en los nuevos terapeutas, la supervisión en el Ambulatorium tendría que ser programada con rigurosa regularidad.

Una noche de octubre —pues tales reuniones siempre tenían lugar por la noche, después de una jornada entera de práctica—, Federn tomó la dirección. Se presentó un

buen ejemplo durante la exposición de un caso de Rudolf Urbantschitsch sobre el tratamiento de un obrero de veintiún años con violentos sueños de sangre y excitación incontrolada. Federn apuntó que Urbantschitsch, el más joven y uno de los pocos católicos de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, «debe [estar] disfrutando demasiado de los sentimientos de transferencia, un error en el que caen todos los principiantes con mucha facilidad».¹ Rudolf von Urbantschitsch, rico y aristocrático, era un endocrinólogo capaz que manifestaba interés por el psicoanálisis desde mucho tiempo atrás y, de forma similar al fallecido Anton von Freund, había esbozado lo que Ferenczi describió como un «gran plan para una fundación», un proyecto de clínica e investigación en honor de Freud.² A la edad de veintiocho años este médico excéntrico era al mismo tiempo un monárquico y amigo de la hija del antiguo archiduque Fernando, así como un eficaz conferenciante que promovía el pensamiento psicoanalítico en escuelas, aulas de trabajadores y sociedades médicas. Su proyectado centro de consulta tenía a Freud como director médico, una sede sería el castillo Weilburg, propiedad del archiduque en los alrededores de la ciudad de Baden, y financiado por el Bodenkreditanstalt (Unión de Crédito Nacional). Según Ferenczi, Freud y Anna sabían que el esquema de Urbantschitsch era ilusorio pero no obstante estaban interesados en mejorar la reputación de su clínica de bandera como un serio centro de investigación. Pero en parte por deferencia hacia Hitschmann y en parte por el carácter variable de Urbantschitsch, el proyecto fue abandonado. Sin embargo, Urbantschitsch continuó tratando a pacientes en el Ambulatorium. En una discusión posterior sobre la regla de abstinencia —que trataba sobre sí, cuándo y cómo, debería prohibirse la masturbación durante el análisis— se unió a los participantes del seminario en su lucha por estandarizar la técnica sin sacrificar la espontaneidad en la sesión. La propia explicación de Freud en 1919 sobre la regla de abstinencia había sido realmente bastante flexible. Por supuesto, como lo apuntaron más tarde analistas como Alexander, Freud era invariablemente menos rígido y ortodoxo en su técnica que la mayoría de sus seguidores.³ Hitschmann, por ejemplo, se había iniciado ciñéndose al «estándar» de Freud, pero en 1923, como se pudo ver en esa reunión, estaba deseoso de establecer principios esquemáticos mucho más rígidos e ideales, mandatos y prohibiciones. Ayudó al grupo a preparar registros exactos de los pacientes, a articular perfiles de diagnóstico estadístico articulados, y a quedarse con un formato específico de escritura y presentación del estudio del caso analítico. Desde entonces en adelante, cada analista parecía generar un estilo terapéutico personal. Ferenczi se volcó

en temas de transferencia; Jokl quería que el analista escuchara durante cinco meses sin intervenir; y Reich afirmaba categóricamente que ninguna actividad, masturbación u otras, debería ser prohibida por excesiva que le pareciera al analista. En todo caso, decía Reich, el terapeuta debería convertir esa actividad en el principal objetivo del tratamiento. Reich, obviamente, estaba trabajando en el tema clínico para su artículo sobre genialidad que presentó tres semanas más tarde en una reunión formal de la sociedad.

En el libro de 1933 *Análisis del carácter* —quizá su contribución al psicoanálisis clásico más reconocida (si no significativa)— Reich desarrollaba un modelo para pensar a través de las reacciones caracteriológicas de un paciente al tratamiento. El episodio, como la masturbación, era menos importante en sí mismo que la reacción psicológica inconsciente del paciente, así como la del analista. Incluso en 1933, cuando parecía que Reich tenía más enemigos que amigos, todos coincidían, sin embargo, en que este serio trabajo técnico de la década de 1920 había dado lugar a un avance y expansión de la psicología del yo. Antes de lanzarse en el estudio de un nuevo caso, decía Reich, el analista debía decidir entre explorar la neurosis de carácter del paciente (la personalidad) o la neurosis de sus síntomas (lavarse las manos). La diferencia es crucial, pues en la perspectiva del síntoma mecanicista, un estudio detallado sobre el hecho de que el paciente se lave las manos compulsivamente, por ejemplo, implica un diagnóstico de trastorno obsesivo-compulsivo; pero al analizar el carácter, no los síntomas, de una persona podría exhibir una organización mental pobre y un nivel de angustia abrumado por el mundo exterior. Reich sugería que el análisis tanto del carácter como del síntoma podía combinarse si se entendía que el síntoma, en este caso lavarse en exceso las manos, es realmente el intento inconsciente del paciente para conseguir en alguna medida el control del entorno hostil. Reich lo llamaba «armadura de carácter». El síntoma podía enraizarse perfectamente tanto en factores de estrés del entorno, por ejemplo la pobreza crónica, como en el trauma infantil. Obviamente el método vitalista de Freud llamó la atención de Reich por varias razones: los psicoanalistas (más que los psiquiatras) parecían respetar la capacidad aparentemente innata en los seres humanos de autorregularse, y el psicoanálisis animaba al médico a atender los problemas humanos fuera del aséptico laboratorio médico. Cuando Reich escribió por primera vez su concepto de «carácter impulsivo» individual, un estudio sobre los ladrones y matones en el Ambulatorium, se estaba anticipando a su estudio más amplio de 1933 sobre la personalidad humana y la salud psicológica. De forma similar, la energía de Reich y su

entusiasmo por sondear el material clínico transformó un ejercicio académico poco propicio, el Seminario Técnico, en un laboratorio práctico para el desarrollo de la teoría psicoanalítica en 1923 y 1924. El seminario era uno de los centros más provocadores y estimulantes de Viena para la formación de los nuevos analistas.

Richard Sterba, al recordar su época de estudiante, explicaba:

Una noche, en diciembre de 1923, fui al Ambulatorium para preguntar cómo podía convertirme en analista. Me atendió un médico anciano cuyo nombre era Eduard Hitschmann [...] Inicié mi análisis al comienzo de la primavera de 1924. Como no tenía dinero [...] no me cobraron por el análisis. Sin embargo, se esperaba que en el futuro yo asumiera el tratamiento de algunos pacientes del Ambulatorium gratuitamente o por una mínima contribución quedería pagarse al Ambulatorium.⁴

Sterba estaba lejos de ser el único candidato que experimentó tal cortesía: Grete Lehner Bibring, Willi Hoffer y Wilhelm Reich —de hecho, casi todos los que trabajaban en psicoanálisis en el Ambulatorium o en otro sitio— eran analizados gratis.⁵ Freud le escribía a su amigo Franz Alexander, en Berlín, que: «En Viena, por ejemplo, donde casi todos los análisis didácticos se hacen gratis, temo que renunciar a cualquier elección preliminar (de los candidatos) amenazaría nuestro trabajo en exceso».⁶ Los analistas coincidían en que apreciar la personalidad individual de un candidato es inevitablemente subjetivo, pero seguir requerimientos oficiales o formales (seguramente los que preferiría el administrativo Eitingon) es solo un pobre sustituto de las entrevistas individuales. Por ejemplo, ¿un candidato entendería el requisito de ofrecer tratamiento en la clínica gratuita? Aceptar servicios gratuitos para uno mismo también es significativo e indica una posición psicológica no defensiva, abierta. «Cada analista didacta en Viena estaba obligado a formar gratis a dos estudiantes», explicaba Else Pappenheim. Años más tarde comentaba que «en Viena no era inusual, aunque sorprendía a los americanos, yo nunca pagué por mi análisis».⁷ Su relato confirmaba los recuerdos de Grete Bibring y de Helene Deutsch de que la mayoría de los candidatos analíticos en efecto recibieron un análisis de formación gratuito.⁸ Que incluso analistas no austríacos deberían tener este privilegio a cambio de sus servicios en el Ambulatorium se convirtió en una manera sorprendente de política no escrita, otra dimensión de la responsabilidad social psicoanalítica. Ciertamente, Freud, Ferenczi y muchos otros confiaban en los altos honorarios americanos pagados en dólares para sobrevivir económicamente después de la Primera Guerra Mundial. Incluso el nuevo código fiscal de la Viena Roja estructuró una

redistribución de fondos de los propietarios más ricos a los inquilinos de apartamentos, y los psicoanalistas americanos eran obviamente ricos.⁹ Pero, en general, formar a todos los analistas suponía honorarios insignificantes o inexistentes, así que los análisis gratuitos y los tratamientos gratuitos eran dos caras de la misma moneda política.

Lo mismo puede decirse de Berlín. Freud escribió en 1923, en su prefacio al primer informe anual del Poliklinik, que «las clínicas parecen ser una necesidad social especialmente en esta época, en que el estrato intelectual de la población, que es especialmente propenso a la neurosis, se está hundiendo ineluctablemente en la pobreza». Al tener que afrontar el creciente número de maestros desempleados y jóvenes burgueses, hombres y mujeres, buscando tratamiento, los siete miembros a tiempo completo del equipo del Poliklinik trabajaban duro en una combinación diaria de veinticinco a veintiocho horas de tareas administrativas, sin contar las horas de tratamiento. En 1925 los miembros de la sociedad de Berlín admitieron que el presupuesto estimado por Eitingon de 275.000 marcos (66.100 dólares) aproximadamente, cerca del doble que el del año anterior, sería difícil de cumplir dada la inflación y la debilidad de la moneda. Felix Boehm sugirió en enero que era necesario establecer una regla por la cual los miembros harían una contribución regular a un fondo para sostener la clínica.¹⁰ Al mes siguiente un comité de seis miembros anunció que la sociedad podía (y debía) fundar el Poliklinik como un centro para la formación y el tratamiento psicoanalíticos. Se fijaría una contribución mensual por psicoanalista del 4% de los ingresos totales del miembro derivados de la práctica analítica (por ejemplo, los ingresos de un día al mes), o de menos para analistas con ingresos temporales reducidos o aumento de los gastos laborales. El dinero sería recolectado en la segunda reunión de cada mes y supervisado por un comité de tres miembros. Los miembros extranjeros pagarían la mitad y de forma trimestral.¹¹ Llegaron donaciones ocasionales de amigos y simpatizantes. «Nuestro policlínico ha recibido de la señorita Van der Linden, que se encuentra aquí con Ophuijsen, una donación de 100 florines, que ahora equivalen a 330.000 marcos, con los cuales aún hoy se puede hacer algo».¹² El dinero se emplearía para aumentar el número de salas de consulta y reconvertir las viejas instalaciones en aulas para el instituto. Mientras tanto, el programa del Poliklinik de conferencias públicas y artículos introductorios florecía y tenía la doble ventaja de publicitar la clínica y recaudar fondos. Los primeros cursos fueron presentados en la elegante sala de conferencias del Poliklinik tapizada de libros. Sachs y Radó enseñaban allí y Melanie

Klein organizaba un curso sobre sexualidad infantil específicamente para maestros de parvulario. Pero al final de 1923 las clases ya «no se podían sostener en las condiciones limitadas del policlínico» porque la audiencia se había doblado en número, había pasado de cuarenta a ochenta o noventa asistentes. Se mudaron a una «sala de conferencias muy agradable en el Zentralinstitut für Erziehung und Unterricht»,¹³ justo cruzando la calle, frente al Poliklinik.¹⁴

Helene Deutsch, de visita entonces en Berlín como analista y estudiante avanzada, sintió que la ciudad reavivó su conciencia social. Escribía a su esposo, el psicoanalista Felix Deutsch: «En algún lugar del mundo hay hambre y necesidad, en algún lugar se derrama sangre inocente, en algún lugar se juntan las nubes de protesta y resentimiento [...]. Cuánto está fermentando y echando espuma, cuánto sufren las personas, cuán imponentes son las olas de agitación social... Eso es historia: el individuo está donde quiere estar».¹⁵ De todos los analistas del círculo del número 19 de Bergasse, Helene Deutsch fue seleccionada y encomendada para ir a Berlín a estudiar las innovaciones de la clínica de Karl Abraham. Al año siguiente se valdría de su experiencia en el Poliklinik para asistir a Hitschmann con el Ambulatorium e iniciar el programa de educación reglada en Viena. Tal como Freud le explicaba a Abraham, ella «formará el nuevo Comité de Formación y organizará la enseñanza de $\Psi\alpha$ siguiendo muy de cerca el modelo de Berlín».¹⁶ Deutsch, en efecto, se inspiró en el Instituto de Viena después de Berlín, y lo que en otras manos podría haber competido con la clínica (la primera organización), en las suyas fue un aliado progresista.

La comprensión que tenía Ernst Simmel de la política era tal que siempre veía a las mujeres iguales a los hombres, pares en la luchas de clases. Entonces, ¿por qué una mujer embarazada debía ser humillada por los educadores médicos simplemente por ser pobre? En las instituciones médicas públicas, informaba, se fuerza a la mujer a «exponer su momento más difícil ante cientos de estudiantes y observadores distantes». Comparaba la vulnerabilidad de una mujer al dar a luz con la del paciente analítico. El paciente debía ser el único foco de atención de un médico, en una habitación, durante una hora, sin que importase su capacidad para pagar. Además, la calidad del tratamiento gratuito sería idéntica a la calidad del tratamiento pagado privadamente. La idea de que la confidencialidad del paciente y la clase social van de la mano no era muy nueva: los pacientes adinerados compraban una forma de privacidad médica de la que los pacientes pobres estaban excluidos. Pero el reto en el Poliklinik no era tanto asegurar que los

pacientes más pobres tuvieran atención privada como que la atención individual en sí misma pudiera justificarse ideológicamente. En otras palabras, y como Simmel argumentaría en *El médico socialista* de 1925, el paradigma de paciente individual/médico individual es el sello de la medicina burguesa. Por el contrario, el paradigma de la medicina socialista es el grupo (equipos médicos/unidades de pacientes) y es imposible lograrlo sin una reorganización estructural de todo el sistema de salud. Julius Tandler estaba precisamente intentando hacerlo en Viena. Tanto Tandler como Simmel compartían un compromiso con la igualdad y ambos criticaban la medicina burguesa, pero Simmel estaba atrapado en una contradicción porque quería los privilegios burgueses para sus pacientes. Esperaba que la «naturaleza fundamentalmente igualitaria del psicoanálisis» transformara este dilema de la práctica que, con el tiempo, incluso los psicoanalistas radicales como Ronald D. Laing no pudieron resolver. Simmel, en efecto, insistía en que el equipo clínico no podía elegir a sus pacientes sobre la base de «consideraciones éticas o estéticas». Incluso Eitingon se resistía ante el riesgo de personalizar en exceso las relaciones con los pacientes, riñendo a Therese Benedek por saludar y dar la mano a los pacientes (una costumbre normal de Freud), pero vacilando cuando ella le respondió: «Si no lo hiciera, no sería yo misma y ello no sería bueno para mis pacientes».¹⁷ Sin embargo, los pacientes indigentes eran tratados con más respeto y equidad en el Poliklinik que en ningún otro sitio, subrayaban Simmel y Eitingon, intentando asegurar que este sentido de justicia social gobernaba todas sus políticas. les horrorizaba que los centros de enseñanza más elegantes, e incluso la Charité, separaran a «los pacientes con alta tasa de pago», pero obligaran al «proletariado y a los enfermos asegurados [a] proporcionar material para la instrucción médica».¹⁸

Para Simmel, las palabras como *proletariado*, *explotación* o *igualitarismo* estaban cargadas de un significado político particular. Dentro de una sociedad atrapada en una vasta lucha de clases, pensaba Simmel, la clase «proletaria» estaba oprimida por su carencia de los recursos materiales, cuyo acceso estaba cerrado por parte de las clases altas. Aún más opresivo, el acceso limitado a recursos no materiales como la educación y la capacidad crítica impedía el desarrollo de la rousseauniana capacidad natural del individuo para autorregularse. El privar a las personas pobres del uso del psicoanálisis —verdadero instrumento de liberación que los ricos usaban para el realce personal— era una dimensión más de la opresión de clases. Más aún, era una crueldad usar la enfermedad humana para exhibirla a beneficio (aunque fuera un beneficio docente) de

médicos en prácticas, y ello daba a los profesionales médicos intrusivos un poder y una ventaja injusta sobre el paciente: es lo que Simmel llamaba «explotación». Para él, la única forma de que las personas pobres superaran semejante opresión consistía en ejercitar su inteligencia innata y desarrollar su capacidad crítica. Esta podía desarrollarse mediante el psicoanálisis (y además, la capacidad crítica promovía la responsabilidad personal) porque eliminaba algunos de los obstáculos psicológicos del inconsciente individual. Así como Freud sostenía que «la neurosis amenaza la salud pública tanto como la tuberculosis», Simmel conjeturaba que los servicios públicos de salud mental, como el psicoanálisis, compensarían los daños causados a los particulares por la opresión social. Convencido de la naturaleza doblemente «igualitaria» del psicoanálisis, Freud y Simmel tenían suficiente fe en su teoría para exponerla a la práctica en su clínica. Más tarde, Max Horkheimer, el influyente filósofo marxista que dirigiría el Instituto de Francfort para la Investigación Social durante su período más fértil, entendió esto muy bien: «El hecho de que Freud considerase a Simmel como uno de los pocos que lo entendió mejor y como un verdadero hermano de armas nunca cambió», recordaba Horkheimer.¹⁹ Él supervisó la emergencia de la Teoría Crítica, el trabajo por el cual la Escuela de Francfort es más conocida, y reclutaba sociólogos, filósofos, psicoanalistas con talento y críticos culturales para articular desde su escuela una crítica de la sociedad moderna con fundamento empírico.

Cuando Freud elogiaba a Eitingon por facilitar a «la multitud de seres humanos, que son demasiado pobres para recompensar al analista por el desempeño de su trabajo», con igualdad de acceso al tratamiento, había establecido para él mismo la diferencia entre la caridad paternalista y las formas menos estigmatizadoras de asistencia directa organizada.²⁰ La asistencia era nada menos que un imperativo humano en 1923, aunque la clase media de Viena, los profesores y científicos como él mismo, o los escritores y artistas y comerciantes, no eran precisamente un grupo desafecto a la política. Y, sin embargo, para muchos que ni fueron designados como destinatarios de la asistencia social de los socialdemócratas ni se habían recuperado por su cuenta de las privaciones de posguerra, la perspectiva de la miseria era cada vez más ineludible. Fueron diversos filántropos americanos quienes ayudaron a la clase media vienesa. La Administración de Ayuda Americana (ARA en inglés), el Fondo de la Commonwealth y la Fundación Rockefeller, las cuales ya estaban subsidiando programas para los niños de la ciudad, montaron una campaña de emergencia en Austria: «Estamos alimentando en la actualidad

13.540 cocinas de clase media; 3.334 hogares de clase media; a 675 profesores y a 3.708 estudiantes, o un total de 21.257», informaba Gardner Richardson desde Viena a Barry C. Smith, director general del Fondo de la Commonwealth. «Ningún miembro de la clase media que pueda probar su situación de indigencia será rechazado».²¹ Sin embargo, de las 168.000 solicitudes de alimentos recibidas, solo 36.305 pudieron ser atendidas. Antes de que llegara más efectivo desde Nueva York, los empleados de la ARA en el número 9 de Elisabethstrasse tenían que rechazar hasta los pedidos urgentes de medicinas y equipo médico, el pago de alquileres atrasados y billetes de tren para reunir a familias o enviar a los parientes enfermos a los sanatorios. Smith y Edward Harkness enviaron una donación de 1.000 dólares (aproximadamente 73 millones de *kronen*, o coronas) de ayuda de emergencia, una suma importante en Austria aunque menos al cambio en dólares. Los cheques pequeños eran distribuidos por la asociación de *Fürsorgerinnen* vieneses y se destinaban a la compra de zapatos, ropa de cama, o para recuperar los bienes empeñados por la familia. Una típica solicitante de clase media, la señorita F., vivía en el distrito noveno de Viena, en el número 18 de Glasergasse. Esta educada viuda, sin pensión, de cincuenta y cinco años obtenía su único ingreso de 200.000 *kronen* (3 dólares) al mes de subalquilar una habitación de su apartamento de dos habitaciones. Recibía dos paquetes de alimentos en caso de que tuviera que usar el dinero en ropa o artículos del hogar. Luego, en junio, se destinaron tres nuevas asignaciones para la clase media. El Departamento de Ayuda a la Clase Media de la ARA distribuyó 100 dólares (aproximadamente 7.000.000 de *kronen*) a menos personas y en importes más altos que los que se habían dado a los *Fürsorgerinnen*. Otros 100 dólares fueron a la ayuda a la clase media en las provincias austriacas. Y el comedor de profesores de la Universidad de Innsbruck recibió 200 dólares para mudarse a los barrios nuevos y comprar utensilios de cocina, platos y cubiertos.²² Esta reorientación de los fondos hacia las clases medias y, al parecer, lejos de los pobres y de la clase trabajadora, no era en realidad tan desconcertante. Las políticas económicas deliberadamente redistributivas de los socialdemócratas estaban asistiendo a los más vulnerables, en primer lugar. Su solución a la crisis fiscal de posguerra, que a largo plazo benefició a todos los ciudadanos vieneses, a corto plazo enfureció a las familias acomodadas que sentían que tenían más que perder. Cuando los observadores americanos se quejaban de que «el salario del profesor universitario se había doblado entre 1914 y 1920, mientras que el salario de un trabajador había aumentado más de veinte veces», de hecho, estaban en lo cierto. Lo

que ellos veían como una fuente de sufrimiento, que las «únicas personas prósperas en Viena eran de la clase trabajadora», los socialdemócratas lo veían como una validación de su estrategia económica.²³

En 1923 el centro municipal de Viena para el asesoramiento matrimonial estaba trazando un registro del número de ingestas. La institución del matrimonio, dijo Julius Tandler en su discurso sobre «Política de matrimonio y población», les da a los niños los beneficios de «la selección planificada y la educación con seguridad jurídica y material». El bienestar, por ello, debía garantizar las «condiciones óptimas para la educación» para asegurar que la familia siguiera siendo la unidad básica de la sociedad.²⁴ El tono de Tandler era el de un defensor del bienestar con una clásica postura profamilia. Hablaba sobre los beneficios patrocinados por el Estado como si no fueran un seguro rutinario, poco original. De los tres enfoques distintos que esta asistencia podía tomar, explicaba, la ciudad podía enviar pagos de emergencia en efectivo a las familias o alojarlas en edificios del gobierno o simplemente ofrecerles un ingreso garantizado, aunque mínimo, y continuo. Pero el efecto importante, cualquiera que fuera la fórmula real, era salvaguardar a los niños dentro del núcleo de la familia biológica siempre que fuera posible. Como socialdemócrata, Tandler creía que el gobierno es igualmente responsable de mantener a los niños en las familias que funcionan bien y proteger a aquellos para los que no es así. La idea de que el niño poseyera el derecho social a un entorno familiar seguro que era bastante revolucionaria. Los derechos de los niños ciertamente precedieron al gobierno de la Viena Roja, y en la década de 1920 las políticas centradas en el niño se debatían a ambos lados del Atlántico. En ese momento, la comunidad de Viena, tal como lo describía Tandler, reclamaba el derecho explícito a intervenir en la vida de una familia si se juzgaba que un niño estaba en riesgo de daño significativo. Los socialcristianos del Consejo de la Ciudad respondían vehementemente, acusando a Tandler de corromper lo sagrado de la maternidad y alejando a los niños de sus familias (para acercarlos al socialismo). Esta disputa evocadora de la controversia bien conocida sobre los derechos del niño dio lugar a una batalla de supuestos ideológicos sobre el papel de la familia, el propósito del gobierno y la relación entre ambos. Tandler, por supuesto, pensaba que el éxito de la Viena Roja de posguerra probaba, de una vez para siempre, que el bienestar sencillamente ayudaba a los niños a quedarse con su madre y protegía a las familias frente a las oscilaciones económicas.

De todas las instituciones que afianzaban la estabilidad de las familias de la clase

trabajadora vienesa, los *Gemeindebauten*, literalmente «edificios comunitarios», simbolizaban duración, eficiencia y camaradería. La construcción de unidades elevadas de viviendas múltiples dentro de la ciudad la apoyaba Karl Seitz, el nuevo alcalde de Viena. Como parte de un nuevo paradigma cultural que tomaba en cuenta las necesidades económicas y estéticas de la población urbana, el partido socialdemócrata transformó la ciudad en un laboratorio para la nueva arquitectura. Adolf Loos dejó el proyecto en 1922, terminando efectivamente la construcción de casas suburbanas en fila y con jardín. Un regreso a la vivienda unifamiliar individualizada no era ni socialmente factible ni fiscalmente ventajoso. Los aumentos de impuestos habían hecho la especulación en viviendas menos atractiva para los inversores privados. En cambio, el gobierno respondió al empeoramiento de la escasez de viviendas con uno de los programas más amplios en la historia urbana de construcción de vivienda municipal. Un nuevo edificio como el Fuchsenfeldhof contaba con doscientos doce apartamentos, una gran tienda cooperativa y algunas tiendas más pequeñas, una instalación para guardería, una lavandería con energía de vapor central y unos baños comunales dentro de un gran patio cerrado. Una vez más el equipo de Hugo Breitner, Robert Danneberg y Julius Tandler recibió el encargo de supervisar la administración sociomédica, legal y bancaria del programa de construcción para toda la ciudad. Breitner reintrodujo el impuesto a la construcción en febrero, un impuesto a los grandes propietarios de tierras y propiedades comerciales y a los inquilinos de apartamentos caros (solo el 0,5% de las viviendas disponibles) y recaudó casi la mitad de los fondos necesarios.²⁵ Desde 1919 se habían construido unas cuatro mil viviendas. La decisión de febrero del Consejo de la Ciudad de construir mil más ese año fue rápidamente seguida por el trabajo de construcción de otras veinte mil unidades, tan progresistas funcional y estéticamente como el primer grupo. Este programa prosiguió con la construcción de cinco mil apartamentos anuales durante los cinco años siguientes. El control de los alquileres se llevaba a cabo con pagos mensuales de alrededor del 3,5% de los ingresos de los inquilinos, incluyendo los servicios públicos. Desde 1923 en adelante el programa de construcción lo dirigían conjuntamente los departamentos de Obras Públicas, Vivienda Pública, y Bienestar y Salud Públicos de la ciudad, los cuales también planeaban la ubicación de instalaciones para la atención a la salud como los centros de inmunización VD, parvularios, clínicas, bibliotecas y otros servicios al niño y las familias en cada bloque de casas.

«Aire y luz del sol para nuestros niños [...] Yo contemplaba a Seitz como si estuviera

contemplando a Dios, y él decía estas palabras de pie, ante mí. Seitz hacía que esas viviendas municipales parecieran tan magníficas que lo único que yo pensaba era: Dios, cómo me gustaría tener una», recordaba *Frau* Anna Müller, una inquilina de *Gemeindebauten*, una empleada doméstica casada con un obrero del metal y su niño pequeño. El discurso para las elecciones del alcalde no era solo propaganda.²⁶ Los apartamentos estandarizados eran generalmente pequeños, muchos de ellos de solo 37 metros cuadrados con un lavabo privado, o 46 metros cuadrados con un dormitorio extra. A diferencia de los típicos apartamentos oscuros y estrechos de preguerra, esas pequeñas habitaciones luminosas tenían ventanas amplias para la luz del día directa, ventilación adecuada, electricidad, gas y agua corriente. Cocinas empotradas, cuidadosamente estudiadas y diseñadas por Margarete Lihotzky, con unas precisas dimensiones de 192 cm 162 cm, que incluían fregadero y espacio para encimera, y economizaban al máximo pasos y gestos. Lihotzky, una arquitecta austríaca que colaboró con Adolf Loos desde 1921 hasta 1925, diseñó la famosa Cocina de Francfort, notable por su funcionalismo y atractivo estético. «Los exhaustivos estudios —escribía más tarde sobre su colaboración con Loos y el científico social Otto Neurath—, en particular durante los días de trabajo, nos llevaron a concluir que para toda tarea correspondía una instalación de cierto tipo que sería la mejor, la más simple y menos agotadora».²⁷ Cuando Lihotzky y Joseph Frank formaron equipo con los diseñadores del *Wiener Werkstätte* como Joseph Hoffman para desarrollar mobiliario funcional, estético y sostenible, tenían como objetivo ser tan prácticos y radicalmente diferentes de la tradicional tapicería vienesa como la *Gemeindebauten* lo era con respecto al palacio Schönbrunn.²⁸ Los alquileres bajos y la protección contra los desalojos reforzaban la vida familiar y estabilizaron la población de la ciudad. La idoneidad para la vivienda se evaluaba mediante un sistema de puntos para que las jóvenes parejas con niños, especialmente trabajadores que habían estado viviendo hacinados en apartamentos, con padres o suegros, obtuvieran prioridad en la lista de espera para nuevas viviendas. Dado que las instalaciones comunales amplias aliviaban a las mujeres trabajadoras de la triple carga de trabajo, hogar y cuidado de los niños, las feministas dentro del partido socialdemócrata se unieron ideológicamente a Otto Bauer al dar apoyo al alojamiento en apartamentos. Esta taylorización racionalizada en tiempo y movimiento del trabajo doméstico puede ser criticada como una simple redomesticación del ama de casa austríaca, pero los planificadores socialdemócratas como Lihotzky sostenían lo contrario,

esa coordinación reducía el aburrimiento del trabajo doméstico, dejaba más tiempo a las mujeres para la actividad política y por ello resultaba liberadora. Otra crítica de la centralización urbana que promovió la élite laborista gobernante sugiere que la vivienda planificada debilitaba la motivación política y contribuía al plácido aburguesamiento, cuando las clases trabajadoras, los oficinistas de bajo nivel y los obreros viven en los mismos edificios de apartamentos y comparten abundantes instalaciones comunales. Pero el realojamiento de al menos al 10% de la población de posguerra, ya agotada por enfermedad o pobreza y en riesgo de colapso económico, se impuso a la fidelidad a las ideas políticas. Con la posición social más alta de la clase trabajadora llegó la autosuficiencia económica, un nuevo nivel de respetabilidad y, como Breitner y Tandler pretendían, el restablecimiento de la economía.

1924

«EL HONOR PROCEDE DEL PARTIDO
SOCIALDEMÓCRATA»

Alrededor de 1924 cada vez menos ciudadanos de la Viena Roja creían que el psicoanálisis era una ciencia arcana o un hijastro dependiente de la medicina psiquiátrica. Después de la guerra el interés del público por el psicoanálisis «realmente se propagó más rápido que en aquella corporación conservadora, la profesión médica», escribió Paul Federn, y los pacientes médicos pedían información psicoanalítica, derivaciones, y consejo de sus doctores en prácticamente todas las áreas de especialización.¹ Pero la tarea de asegurar que incrementara la popularidad del psicoanálisis recayó sobre Siegfried Bernfeld, quien organizó un *Propaganda-Komitee* (comité de publicidad) especial para este propósito. «Su fascinante personalidad, buen sentido común y dotes de oratoria», le escribió Freud a Jones acerca de Bernfeld, estaban hechas para el liderazgo particularmente imaginativo de un grupo de la sociedad vienesa que precisaba de muy poco para montar una campaña pública creativa en la ciudad.² Organizaron conferencias en los centros culturales de la ciudad como el *Ärtze-Kurse*, un programa de educación continua para doctores, en la universidad el *Hochschulkurse* (escuela de estudios internacionales), y en la Sociedad Académica para la Psicología Médica. Había incluso cursos en la Sociedad Médica Americana de Viena, el *Volkbildungshaus* «Urania» (un proyecto educativo popular), el *Volkschhochschulen* (cursos de educación para adultos), y un abanico de sociedades por la educación de las mujeres y los trabajadores. Felix Deutsch, Josef Karl y Paul Schilder dieron conferencias en la misma universidad. Cada pocos meses August Aichhorn, entonces director de educación para el Departamento Juvenil Estatal, discutió la aplicación de la teoría psicoanalítica con los directores de varias instituciones de cuidado infantil, escuelas y clínicas. La prensa cada vez daba mayor cobertura a esos acontecimientos, y el nexos público entre el nombre de Freud y los socialdemócratas en el gobierno crecía cada vez con más fuerza. Los socialdemócratas vieneses subrayaron esta unión y decidieron recompensar a Freud en su

sexagésimo octavo aniversario con un homenaje cívico de alto nivel como Ciudadano de Viena.³

La distinción especial que los líderes municipales ofrecieron a Freud tenía que ver con el partido socialdemócrata (concretamente con el carácter complementario del psicoanálisis y la ideología de gobierno del partido). Freud estaba bastante satisfecho. A principios de mayo de 1924 le escribió a Abraham: «Este reconocimiento proviene de los socialdemócratas que actualmente dominan el Consejo Municipal. He sido informado de que a mediodía del 6, el profesor Tandler, en representación del burgomaestre, y el doctor Friedjung, pediatra y miembro del consejo, uno de los nuestros, me harán una visita solemne».⁴ A Freud se le concedió el estatus de *Bürger der Stadt Wien* (ciudadano honorífico de la ciudad de Viena) coincidiendo con su cumpleaños. Su amigo Josef Friedjung, con su doble cargo, como miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, y como concejal de distrito socialista especializado en bienestar social infantil, se unió a Julius Tandler, a Karl Richter, y al alcalde en la ceremonia. Aparte de una felicitación formal por «la excelente contribución a la ciencia médica», los políticos alabaron los esfuerzos humanitarios de Freud y su habilidad para orientar a los inversores extranjeros hacia las causas sociales de Viena, especialmente aquellas que tienen que ver con los niños indigentes. Por una vez la recompensa era el resultado del auténtico idealismo. «El honor procede del partido socialdemócrata», le escribió a su hijo Oliver, igual que a Abraham, pero añadió en esta carta que: «El *Periódico del Trabajador* me ensalza en un breve y bonito artículo».⁵ En realidad el artículo en el *Arbeiter-Zeitung* era incluso más halagador, pues en el periódico socialdemócrata se decía: «Una obligación y gratitud especial recae sobre nosotros, los socialistas, por los nuevos caminos que Freud ha abierto para la educación de los niños y las masas».⁶ Ciertamente es que Freud estaba inquieto y preocupado por la idea de que aquel sexagésimo octavo cumpleaños fuera el último, y los recientes elogios dieron con una anotación recurrente: se preguntaba si el gobierno de la ciudad había acelerado el homenaje sabiendo que este sería su último cumpleaños. A pesar de esto, disfrutó de su relación con la administración del estado del bienestar de la Viena Roja. Para ser más precisos, durante los últimos seis años Otto Bauer había supervisado la renovación de la ciudad y Freud se sentía honrado por su contribución a los nuevos sistemas educativos y psicológicos. En 1930, cuando se le concediera la misma medalla a Alfred Adler, que ya recibía el apoyo de los dirigentes del partido

socialdemócrata, como Carl Furtmueller, por la psicología individual, el papel que jugaba el psicoanálisis en la comunidad se había expandido aún más.

El psicoanálisis era tan popular en Viena que los políticos del Rathaus entregaron un solar para construcción de propiedad municipal, ubicado en la parte baja de la Berggasse, la calle en la que vivió Freud, para dar cobijo a los esfuerzos psicoanalíticos venideros. El nuevo edificio en el número 7, cerca de la escuela de medicina y de la escuela de transporte urbano, uniría a la sociedad, el Ambulatorium, y el Instituto de Formación bajo un mismo techo. Pero el edificio se cedía sin fondos para construir, de modo que la planificación de un establecimiento psicoanalítico centralizado se dejó de lado al menos hasta 1936. Entretanto, el espinoso tema del psicoanálisis laico aparecía una y otra vez. Julius Wagner-Jauregg se había reunido con la conservadora Sociedad de Médicos para examinar las referencias de Theodor Reik, que por entonces estaba poniendo en práctica la fuerza de su formación académica y formación psicoanalítica con Freud. El desafío arrastraría a Freud dentro de la refriega política al siguiente año y le incitó a escribir *La cuestión del psicoanálisis laico* en 1927. Pero, a gran escala, a medida que los programas de la Viena Roja prosperaron durante los siguientes ocho años y se fueron estableciendo, los psicoanalistas cargaron con las diversas responsabilidades clínicas y educativas del Ambulatorium con una ecuanimidad sorprendente, teniendo en cuenta la situación política.

Wilhelm Reich, en aquel momento director del Ambulatorium, consideraba que su trabajo con pacientes clínicos tenía una recompensa mutua. La clínica permitió a Reich desarrollar sus intereses sociales tratando los problemas emocionales de gente pobre y desfavorecida como grupos de trabajadores, granjeros, estudiantes, y otros con salarios demasiado bajos para poder permitirse tratamiento privado. Como analista introdujo en el Ambulatorium un carácter muy versado en política. Estaba convencido de que «la pobreza material y la falta de oportunidades» exacerbaba el sufrimiento emocional y los síntomas neuróticos de la gente pobre.⁷ Puesto que las perturbaciones sexuales, la crianza de los niños y los problemas familiares eran inseparables del gran contexto de la opresión económica y social, Reich llegaría a ampliar el alcance del psicoanálisis añadiendo las clínicas de asesoramiento sexual gratuitas a los esfuerzos de difusión que ya estaban en marcha.⁸ Mientras que en el Ambulatorium, sin embargo, Reich deliberadamente buscó tratar a pacientes difíciles que habían sido diagnosticados como «psicópatas», aunque se los consideraba más como individuos moralmente malos que

como «enfermos». Habitualmente antisociales, mostraron tendencias destructivas (hacia sí mismo o hacia otros) en forma de criminalidad, adicciones, arrebatos de ira o tentativas suicidas. Reich creía que el psicoanálisis los liberaría de la rabia y permitiría que emergiera de manera natural una motivación más productiva para la sociedad.

En 1924, el apasionado Wilhelm Reich, que solo tenía veintidós años y se acaba de graduar en la escuela de medicina, asumió su cargo de jefe adjunto principal de Eduard Hitschmann en el Ambulatorium. A lo largo de los siguientes seis años los dos hombres, de carácter opuesto en muchos sentidos, trabajarían juntos como codirectores de la clínica. Parece que Reich tenía el privilegio de realizar ilimitadas visitas a Freud, quien descubrió aturcido el *Steckenpferd* (caballo de batalla) de Reich, su obstinada convicción de que la neurosis, tanto individual como social, radica en la sexualidad.⁹ Pero él era realmente bien visto por los analistas y especialmente apreciado por su manera imaginativa y carismática de dirigir el Seminario Técnico. Reich mantenía estas reuniones semanales inicialmente en el Ambulatorium, y más tarde, entre 1925 y 1930 —año en que se mudó a Berlín—, en el Instituto de la Sociedad Psicoanalítica de Viena.¹⁰ Las primeras ponencias de Reich para el seminario, en las que persistió en sus tempranos esbozos que teorizaban acerca de una nueva terapia basada en la estructura del carácter individual, fueron inesperadas no solo por su contenido, sino también por su estructura. El psicoanálisis, dijo, debería basarse en exámenes cautelosos de rasgos inconscientes seleccionados, más tarde llamados defensas del yo, que impiden una aceptación individual de sí mismo en la sociedad. Else Pappenheim, más amiga de Annie Reich que de Wilhelm, recordaba la posterior fama de «su libro sobre análisis del carácter que todos leímos. Era parte del currículum. Y él era muy respetado en Viena por aquel entonces».¹¹ Reich reclamaba un nuevo enfoque para el análisis del carácter individual. En su momento, concibió el formato de las conferencias de casos individuales en profundidad, un formato que aún perdura como el método estándar para resumir sistemáticamente y discutir temas terapéuticos en configuraciones clínicas. Aunque han sobrevivido no más de veintisiete páginas de las actas escritas a mano durante los seminarios, los encendidos intercambios de opiniones y las críticas imaginativas entre los analistas dejan claro por qué estas sesiones eran unas de las más valiosas actividades de la sociedad.¹² Los analistas se encontraban en la sala de conferencias sin ventanas del Ambulatorium y, al menos en la discusión del 9 de enero, 6 de febrero, 5 de marzo, 7 de mayo y 1 de octubre de 1924, se respaldaron los esfuerzos de todos por tratar a todos

aquellos que habían pedido tratamiento clínico (sin tener en cuenta los honorarios). Cuando Reich entraba en la sala de conferencias después de un día entero en la clínica, su relativa juventud se desvanecía. Desprendía una energía electrizante por sí solo; sus ojos hundidos, el cabello ondulado y su alta frente de intelectual alemán rebelde, apenas templado por los manierismos militares de un oficial del ejército prusiano. Bajo su liderazgo los analistas desarrollaban no solo protocolos clínicos pioneros, sino que también atendieron a los aspectos más mundanos del funcionamiento de una clínica. Formalizaron el personal, el registro y las exigencias estadísticas de la clínica tanto para su uso interno como para el control público. Como sociedad filial, los vieneses enviarían estos informes para que la IPA los publicara y distribuyera.

Los informes de las actividades de las sociedades filiales de la IPA habían migrado, a partir de 1920, del *Zeitschrift* al *International Journal of Psychoanalysis (IJP)*. Los grupos locales alrededor del planeta expedían a los editores de *IJP* las actas de sus reuniones científicas y administrativas. Los informes más concienzudos venían de Berlín, donde los talentos administrativos combinados de Eitingon y Fenichel produjeron una envidiable variedad de cuadros estadísticos detallados. Reich no deseaba quedar en la segunda mejor posición, pero como era escéptico con respecto a semejantes sistemas berlineses y temía que fueran deshumanizadores, sugirió un modelo alternativo para el resumen estadístico del Ambulatorium. Los informes de Viena, dijo, no iban a presentar meramente el trabajo pasado y el presente. Más bien serían retratos narrativos intercalados con números, descripciones diagnósticas y notas clínicas sobre pacientes dados de alta. Reich y Jokl organizaron estudios de seguimiento y convocaron a expacientes, contactando de nuevo con ellos si era necesario. El cuidadoso uso de las palabras en la denominación de los planes de tratamiento (por ejemplo, designando a un analizante «libre de síntoma» en lugar de «curado») constituía un ejercicio crítico sobre las relaciones públicas, especialmente debido al imperativo de confidencialidad y la relación del Ambulatorium con los servicios sociales públicos. Los pacientes potenciales debían sentirse bienvenidos y los expacientes que habían interrumpido o terminado su análisis prematuramente (o que habían sido recomendados para un análisis fraccionario) debían encontrarse lo suficientemente cómodos para retomar el tratamiento.

Las creencias de Reich eran difícilmente poco usuales entre los psicoanalistas en aquel momento. Tampoco era el número 18 de *Pelikangasse* la única clínica de pacientes externos. Lo que Hitschmann llamó «competencia no autorizada» generalmente venía de

clínicas formadas por los habituales rivales de Freud y expartidarios como Alfred Adler y Wilhelm Stekel, un pacifista que abandonó el círculo de Freud incluso antes de la guerra. Un caso a señalar fue el anuncio del 24 de octubre publicado en un periódico local vienés, el *Wiener Sonn- und Montags-Zeitung* (el Periódico Vienés del domingo y el lunes), justo por encima de la sección del pronóstico meteorológico: «La Sociedad de Médicos Analistas Independientes, bajo el liderazgo de los doctores Anton Mikreigler, Wilhelm Stekel y Fritz Wittels, ha abierto una clínica de pacientes externos para hacer posible el tratamiento analítico de los pobres y necesitados. Acuda a la consulta para: trastornos sexuales, nervios, epilepsia y trastornos del espíritu. Abierto de martes a viernes, de 6 a 7 de la tarde, 8º Distrito, Langeasse 72».¹³ Frente a este aparente asalto de nuevas prácticas psicológicas en las clínicas de la ciudad, algunos viejos miembros atrincherados de la Facultad de Medicina en el Allgemeine Krankenhaus, en el quinto distrito de Viena, se prepararon para tomar represalias. Esta vez, a diferencia de los anteriores intentos de bloquear el acceso del Ambulatorium a terrenos profesionales, se centraron en el «problema» que causaba el gran número de estudiantes extranjeros en la universidad. Así, el doctor Eversole le escribía a Richard Pearce de la Fundación Rockefeller: «A los viejos profesores no les ha cambiado la guerra y [son] aún dictadores, nada abiertos a la nueva psicología, mientras que la facultad joven está haciendo un inmenso y estimulante trabajo».¹⁴ Aparentemente estos «viejos profesores» les estaban cobrando de más a los extranjeros, en parte simplemente para cubrir la supervivencia financiera de sus departamentos (Freud había hecho lo mismo). Pero muchos no entendían la naturaleza del progreso médico e, imponiendo las reglas de la práctica tradicional, intentaban evitar la expansión de nuevas ideas en la medicina austríaca. Desde el punto de vista americano de Eversole, la fundación debería dar becas de estudio a los jóvenes doctores austríacos en el extranjero. Desde la perspectiva de Grete Lehner Bibring, amiga de Reich en la escuela de medicina que finalizaba justo entonces su estancia, la psiquiatría y la neurología tradicional de la clínica de Wagner-Jauregg era aún pedagógicamente útil. El planteamiento de un tratamiento orgánico biológico a menudo resultaba un complemento útil a la práctica psicoanalítica, pensaba Bibring, pero su conservadurismo académico era peligroso. Y Helene Deutsch (que había finalizado su rotación allí, durante la guerra) avisó de que tratar a hombres y a mujeres analfabetos de aquella manera llevaba solo a su sumisión ciega. Deutsch quería trabajar con «los pacientes sin esperanza, los que han encerrado su entera vida emocional en lo

más profundo, incapaces de dar amor o de aceptarlo». Recuerda cómo «yacían en su cama, inmóviles y mudos, como muertos, hasta que después de un período de “observación” eran juzgados como poco prometedores para posterior investigación, dado el ominoso “estupor” durante el diagnóstico, y enviados a instituciones para incurables». Sus colegas viejos y tradicionales, todos hombres, estaban convencidos de que ella perdía el tiempo. Pero Deutsch perseveró y «aprendí que uno puede penetrar el muro más grueso de narcisismo mórbido si dispone de un fuerte deseo de ayudar y de la correspondiente capacidad de afecto». ¹⁵ El mensaje no se perdió entre la prensa vienesa, y pronto en los diarios locales populares empezaron a publicarse historias acerca del sufrimiento humano y la ayuda psicoanalítica.

Entre los más audaces de estos periódicos, uno de los más abiertos al psicoanálisis era la revista de noticias vienesa llamada *Bettauer's Wochenschrift*. A mediados de 1923 el *Wochenschrift* publicó una serie de artículos entusiastas acerca de los tratamientos psicoanalíticos que ofrecía la clínica. La «publicidad espontánea del tratamiento psicoanalítico —recordaba Richard Sterba— trajo un flujo de pacientes al ambulatorio». ¹⁶ Puede que, en realidad, Sterba hubiera subestimado el impacto de la revista, ya que cerca de trescientos cincuenta hombres y mujeres se presentaron solo en 1924. Las novelas de Hugo Bettauer, obras de teatro, los periódicos como *Er und Sie: Zeitschrift für Lebenskultur und Erotik* (Él y Ella: una revista sobre el estilo de vida y el erotismo), el *Wochenschrift* (Semanal), y *Bettauers Wochenschrift* (Almanaque), que popularizaban el psicoanálisis, enviaron a más gente buscando ayuda al Ambulatorium de la que los terapeutas tenían tiempo de tratar. Estos diarios de amplia distribución discutían sobre la sexualidad abiertamente, reclamaban la emancipación sexual sin restricciones y recomendaban la psicoterapia psicoanalítica a la gente con dificultades sexuales. Las referencias a Havelock Ellis, Magnus Hirschfeld, Wilhelm Stekel y, por supuesto, a Freud eran habituales en los principales artículos de *Er und Sie*. Los periodistas decidieron ocuparse de cinco temas morales centrales, los mismos temas que seleccionó Wilhelm Reich: la hipocresía del Estado, los derechos de los homosexuales y el derecho al aborto, un estándar doble para las mujeres, los sinhogar, y la distinción entre sexualidad natural y pornográfica. En noviembre de 1924 la nueva sección de cartas de los lectores, «*Probleme des Lebens*» (Problemas de la vida), dio a la gente joven, a las mujeres y a los adolescentes una oportunidad de expresar sus inquietudes familiares. Pronto, palabras como *pulsión*, *impulso*, *sublimación*, *inconsciente*,

complejo e *instinto* aparecieron en la columna semanal escrita por un *Nervenärz*t (psiquiatra), junto con su recomendación directa de buscar ayuda psicoanalítica si las palabras describían su estado de ánimo, y los lectores preocupados acudían al centro de tratamiento en Pelikangasse. Estos diarios, cuyo precio era asequible, de 12 a 16 páginas, mezclaban prensa amarilla, entretenimiento y sátira política con columnas serias sobre educación sexual, novelas, anuncios personales, y un fórum clínico sobre comportamiento tanto normal como «anormal». «Solitario: Tienes 29 años, eres inteligente, con educación, un buen trabajo y anhelas a un compañero que comparta contigo penas y alegrías... Sin duda este es un caso que precisa tratamiento psicoanalítico. Consulta con el Ambulatorio Psicoanalítico, Viena, Distrito Noveno, 18 de Pelikangasse, horario de oficina de 6 a 7 de la tarde».¹⁷ Los diarios solían ser de tendencia claramente feminista: condenaban la opresión de la mujer y apoyaban su causa en un tono que sin duda alguna coincidía con el trabajo de Reich. «Diariamente uno puede observar el espectáculo grotesco de los padres que permiten a su hija trabajar ocho horas al día en una oficina pero evitan que viva su propia vida. Tiene que ganar dinero, trabajar para un hombre y cuidar de sí misma».¹⁸ Los lectores que fueron al Ambulatorium en busca de tratamiento psicoanalítico, aunque posiblemente no fueran demasiado sofisticados ni estuvieran informados psicológicamente, se veían reforzados por la tarea de promoción que ejercía Bettauer, la posibilidad de adquirir una mejor vida personal y familiar en la posguerra, y, particularmente entre las mujeres y la gente joven, un nuevo sentido de ciudadanía.

Mientras el populista Hugo Bettauer lamentaba la hipocresía sexual y abanderaba el psicoanálisis como la liberación de la opresión social, el elitista escritor Karl Kraus también arremetía contra las leyes de represión sexual de la sociedad burguesa pero se burló del psicoanálisis al describirlo célebremente como «la enfermedad mental de la cual se considera ella misma la cura».¹⁹ Su célebre revista satírica *Die Fackel* (La antorcha) publicaba las desenfadadas críticas de Kraus de los clichés y sensacionalismos de la prensa general aunque, en una clara contradicción interna, abogaba por la igualdad de género, la liberación de la mujer, y generalmente defendía más o menos el mismo programa social que Bettauer. El psicoanálisis representaba una línea divisoria. La cuestión no era tanto la teoría del psicoanálisis como la efectividad a la hora de influir realmente en el cambio individual y social. Bettauer, que mandaba gustosamente a sus lectores de clase trabajadora al Ambulatorium, veía el psicoanálisis como un servicio

auténtico que aliviaría el sufrimiento individual de seres humanos depresivos y sobrecargados y, consecuentemente, mejoraría la vida de toda su familia y el sistema social. Por su propio conocimiento, Kraus detestaba la idea de cambio individual pero no consiguió entender el efecto democratizador de la transformación personal en el universo social y económico. Así, Kraus acusaba a Freud de culpar a las víctimas por sus oprimidas situaciones, mientras que Bettauer aplaudía a Freud justamente por lo contrario: por liberar al individuo de la culpa personal. Su desacuerdo ejemplificaba la discusión entre partidarios y detractores de Freud que aún hoy le hace hervir la sangre a quienes discuten. Pero más allá de cuáles fueran los enfrentamientos intelectuales que agitaron la sociedad de la Viena en las cafeterías, en la década de 1920 los psicoanalistas creían en la tarea de ayudar a los trabajadores, estudiantes, sirvientas y mayordomos, oficiales del ejército y desempleados a lidiar con la miseria personal.

Algunos de los relatos son increíblemente tristes. Una chica anoréxica de dieciséis años está enamorada. Su pérdida de apetito es total, y está perdiendo masa corporal tan rápidamente que se le seca el pelo hasta caérsele. ¿Debería el Ambulatorium preparar un análisis individual, o debería tratarla junto a su novio? Se sabía que August Aichhorn intervenía activamente en estas situaciones con adolescentes en su grupo terapéutico de St. Andrä. La severidad en la condición de la joven chica la hacía parecer una emergencia, así que Hitschmann aceptó ver a los dos jóvenes juntos, manteniendo el enfoque de Reich. Pero —uno debe preguntar siempre— ¿es el «asesoramiento de pareja» realmente análisis? Otro chico de dieciséis años sufre ataques de manía ambulatoria. Tal vez el joven «anhelara morir en un lejano paisaje soleado, lo opuesto al estrecho útero» o quizás estuviera huyendo de un hogar violento. ¿Eran estas tendencias exhibicionistas de la adolescencia realmente signos de esquizofrenia? Sí, porque el joven tuvo una imagen ilusoria de su propio cuerpo incluso a los cuatro años de edad. Probablemente se le dio el alta demasiado temprano y se habría beneficiado de una terapia de más duración en el Ambulatorium ya que el análisis clásico era, al fin y al cabo, posible después de la pubertad. De esta manera, los casos de los pacientes se discutían durante al menos treinta minutos cada uno, en reuniones clínicas celebradas cada quince días a las ocho y media de la noche en una habitación del sótano ostensiblemente despojada de sus funciones médicas pero que, de hecho, albergaba aún una entrada de emergencia para los ataques al corazón.

Hitschmann tal vez se parecía a un pastor alemán de pelo blanco y bigote espeso, pero

tenía un gran sentido del humor que le permitía iluminar a sus colegas más pretenciosos.²⁰ Consiguió aligerar una acalorada discusión sobre eritrofobia y esquizofrenia con un chiste: «El analista debe preguntar al exhalar su último aliento: “¿Qué imagen le viene a la mente ante esto?”».²¹ La broma de Hitschmann, que se registró en las actas clínicas y que Helen Deutsch y otros analistas recordarían durante mucho tiempo, brindó un gran alivio a un grupo de médicos tenaces y austeramente disciplinados. Seguramente a él y a Reich los intimidó el frío uso que hacía Federn del término *diagnóstico diferencial*, una frase descriptiva tomada de la psiquiatría académica para explorar cómo una serie de síntomas puede provocar una enfermedad. Pero donde Reich era combativo, Hitschmann parodiaba al psicoanalista distante, científico, más preocupado por la técnica que por aliviar la miseria humana.

Reich disfrutaba enormemente de esos debates clínicos. Incluso en la década de 1920 a algunos de los colegas de Freud les tentaba practicar psicoanálisis a través de un idealizado y rígido protocolo «ortodoxo». En realidad, la mayoría de los analistas, y especialmente Freud, ejercieron casi todas las variaciones de flexibilidad clínica. La disputa sobre lo que constituye una duración apropiada en el tratamiento reapareció en cada clínica y en casi cualquier serie de notas clínicas. En Berlín la terapia breve fue finalmente considerada como una técnica curativa oficial que se llamó análisis «fraccionario». En Viena los doctores clínicos preguntaban si «debían esforzarse por conseguir éxitos rápidos y, de este modo, acortar la duración del tratamiento». Federn cuestionaba el juicio de los pacientes a los que se les daba el alta cuando la pedían. Pero ya que, después de todo, nadie estaba jamás libre de síntoma, estaba de acuerdo en que la interrupción del análisis podía ser un atajo viable a la hora de tratar el problema. De nuevo, el tratamiento largo era discutible. Por citar un caso, Reich acusó a Hoffer de retener a un paciente de trece años en tratamiento demasiado tiempo porque se sentía como si un principiante le hubiera entregado el caso de forma repentina. El chico fue asignado al Ambulatorium por «problemas educacionales», pero en realidad había ridiculizado e insultado a judíos y era miembro de una sección antisemita de los *Boy Scouts*, cuyo líder se refería al psicoanálisis como «basura judía». Durante la presentación del caso, Reich instó a Hoffer a consultar directamente con Hitschmann, mientras Federn y Felix Deutsch se preguntaban desapasionadamente si el joven estaba actuando un complejo de castración agresivo sin saber que estaba circuncidado. Lo que emerge de esta larga disputa sobre la imagen sobre el cuerpo, la represión sexual, y el

nacimiento del trauma, entre cuatro hombres que son ellos mismos judíos, es una extraña —quizás ingenua— capacidad para distanciarse del peligroso antisemitismo de Viena y concentrarse en curar a un joven chico con problemas escolares. El distanciamiento presuponía, naturalmente, una confianza libre de faltas entre colegas y en el sistema de pacientes externos que estaban creando.

En el sistema de anotación del Ambulatorium era necesario que los analistas, más allá de su posición jerárquica dentro de la clínica, enviaran a Reich resúmenes escritos cada semana. Él creía que los informes orales derivaban en menudencias y desorganización. Mientras que los informes escritos los compilaban cuidadosamente los analistas más veteranos, los informes orales, como sistema propio de aquellos con menos experiencia, se presentaban una vez cada tres meses al seminario y al menos una vez por mes al supervisor. De cualquier modo, si la distribución de informes escritos ponía la confidencialidad del paciente en duda, al carácter poco discreto de los informes orales se sumaba a la probabilidad de causar gran confusión. En consecuencia, se instituyó un registro para identificar a pacientes solo a partir de números asignados previamente. Así, se documentaban por escrito las interrupciones del análisis, la reducción o ampliación del número de sesiones y las dificultades clínicas. Las señales de peligro como tendencias suicidas o gestos homicidas, o alucinaciones acústicas o visuales, e importantes modificaciones en el tratamiento se informaban de inmediato. Tales reglas eran necesarias porque gente con trastornos mentales de todo tipo había acudido al Ambulatorium. Pero con toda esta supervisión y responsabilidad tan ritual, ¿qué sucedería con el intercambio espontáneo de ideas clínicas, el núcleo tan satisfactorio de la interacción entre colegas? Para salvaguardar la naturaleza científica del seminario se reservaba un rato al final de cada presentación de caso para discutir sobre cuestiones de técnica. Sin estas discusiones el Ambulatorium habría parecido demasiado burocrático, solo otra de las instituciones de bienestar social de Tandler.

Nadie puede decir, en este momento, cuántos tipos de personas de la política subterránea o marginal estaban siendo tratados en el Ambulatorium, pero en todo momento los analistas debían controlar que no hubiera fallos en la confidencialidad. Incluso cuando el peligro acechaba en la clínica a principios de la década de 1930, los analistas mantuvieron esta regla. La confidencialidad significaba que las tendencias políticas de un paciente estaban protegidas desde el sofá hasta la sala de conferencias. Por supuesto, este nivel de confianza era posible porque los analizantes y los analistas

mayoritariamente compartían las mismas convicciones izquierdistas. Muchos creían, dijo más tarde Helene Deutsch, que el cambio social era inevitable y que «el socialismo no era una etiqueta [sino] [...] algo perfectamente respetable».²² Falsificadores de salvoconductos, espías industriales provenientes de Rusia, incluso hasta incipientes nazis, recibían tratamiento, así, para Grete Bibring o Richard Sterba, el deseo de un paciente por unirse a un partido político no entraba en conflicto con su análisis en curso.²³ Sterba había abandonado su trabajo en el hospital en una posición similar a la de psiquiatra residente del Ambulatorium. El nuevo trabajo acarreaba una reducción de sus ingresos pero Wilhelm Reich abordó la posibilidad de que los honorarios de los pacientes privados compensaran el recorte en el salario. Esto resultó ser complicado. Como psiquiatra interno, Sterba llevaba cinco análisis de pacientes del Ambulatorium cada semana. Aun así saboreó la oportunidad y prescindió de lujos con la emoción de dedicarse a su vocación. Bajo las luces deslumbrantes de las salas de reconocimiento de la Herzstation, Sterba era libre de adoptar una personalidad única entre los profesionales de la salud: padre e hijo, consolador y conciencia, guardián de los secretos sexuales y protector de la inteligencia de los sueños.

Para Hitschmann, muy a menudo el estrés que le causaba la relación con el Estado en la gestión del Ambulatorium eclipsaba su sentimiento de logro personal. Por una parte estaba satisfecho de que «nuestra colaboración siempre haya sido tan armoniosa, y que el espíritu de humanidad y la conciencia de estar tratando con nuestros pacientes pobres haya sido en todo momento eminentemente respaldada». Por otro lado, le irritaba que, a su parecer, el Ambulatorium estuviera sujeto a diferentes tipos de regulaciones y demandas cívicas que el Poliklinik de Berlín. La diferencia con otras clínicas municipales era que en el Ambulatorium solo se aceptaban fondos privados mientras siguieran tomando casos derivados de las instituciones gubernamentales.²⁴ Los analistas vieneses debían lidiar con incontables casos recibidos de las autoridades de asistencia social, los tribunales, la clínica psiquiátrica de Wagner-Jauregg, sociedades aseguradoras, y el Centro de Consulta Matrimonial. «Aquí en Viena —informaba Hitschmann— estábamos estrictamente obligados a aceptar solo aquellos pacientes cuya falta de medios era

demostrable, de manera que durante años no aportaron financieramente nada a nuestros gastos».

Puesto que los «salarios del personal médico y los honorarios de los médicos a tiempo parcial suponían una fuerte demanda [...] muy por encima de los gastos de mantenimiento», tal como informó Hitschmann, no era posible recabar fondos únicamente de donaciones espontáneas pero insuficientes. En discusiones acerca de la administración de la clínica durante las reuniones de organización del 7 de mayo de 1924, Hitschmann, Helene Deutsch, Otto Isakower y Dorian Feigenbaum estuvieron de acuerdo en que los asuntos financieros del Ambulatorium debían estar deliberadamente sistematizados. Decidieron que se le impondría a cada miembro de la sociedad un cargo de un 4% para ayudar a sufragar los costes del Ambulatorium, lo mismo que habían hecho los berlineses por su propia clínica.²⁵ Esto incrementó el dinero en mano del Ambulatorium para pagar los salarios, alquilar mobiliario y editar publicaciones. Ya en 1924, la estrategia de financiación, junto con otras ocasionales aportaciones de dinero de analistas entusiastas, habían estabilizado la situación fiscal del Ambulatorium y finalmente permitieron la financiación de los salarios. Los miembros de la sociedad que decidieron no tratar a pacientes libres de cargo se hallaron, de acuerdo con la regla de «un quinto», contribuyendo a pagar los salarios de un creciente número de asistentes e internos del Ambulatorium. Reich incluso se habituó a solicitar pequeñas pagas mensuales a pacientes no indigentes que podían colaborar con los gastos administrativos de la clínica. Muchos años más tarde, Wilhelm Reich recordaba que sus resolutivos esfuerzos por cobrar las cuotas del 4% a sus colegas analistas provocaron gestos de satisfacción de Freud a principio de la década de 1920.

Obviamente, el Ambulatorium no era más inmune a la política interna que a la externa. Durante el Octavo Congreso Psicoanalítico Internacional celebrado en Salzburgo en abril, Siegfried Bernfeld le pidió a Ferenczi que considerara la opción de trasladarse de Budapest a Viena y tomara el control de la clínica ya que Hitschmann era tan detestado por sus colegas de la sociedad. Hitschmann, dijo, carecía de iniciativa personal y capacidad para motivar a jóvenes analistas. Freud hizo campaña a favor de la invitación, halagando a Ferenczi con su «completa simpatía y el más alto interés» por el traslado y tentándole con elaborados incentivos. «Si fuera omnipotente —escribió Freud— lo trasladaría a usted sin más dilación». Ofreció asignar a Ferenczi todos sus pacientes extranjeros, designarlo para sustituir a Otto Rank como su sucesor, e incluso encontrarle

residencia.²⁶ Pero tanto Freud como Bernfeld tuvieron que admitir que Hitschmann estaba profundamente comprometido con el Ambulatorium. Las acusaciones de ineficiencia eran difícilmente creíbles ya que en aquel momento él estaba negociando con la mujer de un banquero rico retirado para que invirtiera en un nuevo edificio para completar la clínica con un apartamento para el director residente. Freud, en consecuencia, se reunió con Frau Kraus aquel mes de julio y en diferentes ocasiones a lo largo del año para solucionar los detalles de la pretendida clínica, incluyendo a su futuro director. Pero, en realidad, el proyecto del edificio nunca funcionó. Freud le escribió a Abraham: «El proyecto de conseguir aquí una casa para instalar una clínica se ha evaporado. La señora opulenta que quería construirla se hace la ofendida y se echa atrás.²⁷ A pesar de los múltiples incentivos, del honor de ser escogido y de su devoción personal a la causa, Ferenczi finalmente decidió dejar pasar la oferta de Viena porque un desafío incluso mayor —América— se divisaba en el horizonte.

Para Sándor Ferenczi, la idea de fundar una clínica de pacientes externos en América, «para la cual supuestamente hay dinero disponible [...] durante dos o tres años», era irresistible.²⁸ Sumándose a un número creciente de invitaciones profesionales para dar conferencias y consejo, esta particular propuesta vino de Caroline Newton, una figura controvertida en ambos lados del Atlántico. Ferenczi ni aceptó ni rehusó, sino que se lo expuso primero a Freud, tal y como Newton le había pedido.²⁹ En Nueva York, Newton estaba, por aquel entonces, en el epicentro de la disputa que escalaba internacionalmente acerca del requisito de acreditación de un título de medicina para poder participar legítimamente en el movimiento psicoanalítico. La discusión sobre el análisis laico reflejaba, como en un microcosmos, las diferencias entre psicoanalistas americanos y europeos que, a pesar de ser manifiestamente menos sanguinario que entre los Montesco y los Capuleto, mantuvieron las mismas opiniones intransigentes los unos de los otros. Para Freud y los europeos, el psicoanálisis era, por encima de todo, una empresa humanista practicada mejor por aprendices bien analizados, más allá de sus credenciales académicas. Para Abraham Brill, como jefe titular del movimiento americano, el psicoanálisis era una ciencia médica que debían proteger de intrusos los médicos acreditados por la Asociación Médica Americana. De modo que cuando Caroline Newton, una trabajadora social analizada en primera instancia por Freud en 1921 y más recientemente por Rank, intentó abrir un centro en Nueva York, la Asociación Psicoanalítica de esa ciudad respondió con indignación, y la rechazaron en las reuniones

por violar sus privilegiadas fronteras médicas.³⁰ El consecuente revuelo urgió a Brill a promover cláusulas para la afiliación aún más restrictivas, y a Newton, que ya era miembro de la sociedad vienesa, a llevar a cabo una clínica gratuita como el Ambulatorium en Nueva York. Nada podía ser menos americano que la combinación de trabajo social, análisis laico, formación europea, y el dar a la gente pobre el tipo de tratamiento psicológico anteriormente reservado para los acaudalados. El proyecto de la clínica fracasó, pero Ferenczi persistió en sus planes de visitar América, lo cual dio lugar a los comentarios cada vez más escandalizados de Freud: «Es una sociedad completamente desprovista de libertad, que realmente solo conoce la caza del dólar», escribió en 1921, llamando a Estados Unidos «Dolaria» y desafiando a los americanos a iniciar el tipo de clínicas vistas en el Berlín de Weimar o en la Viena Roja.³¹

En Berlín, de hecho, la atención al paciente del Poliklinik era diferente. Josephine Dellisch, una paciente del Poliklinik, era una profesora de escuela en paro que, como muchos, tenía una posición ambivalente sobre su análisis. ¿Carecía realmente de dinero para pagar o era su angustia financiera una forma de resistencia contra la búsqueda de análisis? Sus razones eran «meros pretextos, evidentes al final del trimestre: la escuela en crisis, no tiene dinero para vivir en Berlín ni amigos que la ayuden, no puede afrontar tener que tomar un puesto temporal como institutriz ni dar clases», escribía Alix Strachey a James, el futuro traductor del inglés de Freud, en sus cartas desde Berlín. Eitingon simplemente no iba a permitir que las finanzas se interpusieran entre ella y su tratamiento. Él «dijo dos veces, de manera enfática, que el dinero “estaba *ahí*”, pero que la pregunta era cómo conseguir que la mano de esa lunática lo soltara».³² En otras palabras, Eitingon creía que la gente como Dellisch tenía derecho a tratamiento, independientemente de su posibilidad de pagar. Él, como Freud y otros socialdemócratas, habían llegado a creer que el pago y el impago, por igual, eran asuntos clínicos y eran más significativos para el terapeuta que para el paciente; eliminando el honorario podía liberar a los analizantes para que exploraran y resolvieran obstáculos en su trabajo y en su vida personal. Por supuesto, para poder mantener este nivel de neutralidad, la necesidad de recabar fondos para el mantenimiento del Poliklinik era interminable. Primero, el comité administrativo comprobó cómo los vieneses equilibraban los gastos de alquiler, los salarios del personal y los subsidios a los pacientes. A continuación, decidieron buscar donaciones externas a pesar de que las cuotas y suscripciones voluntarias de los miembros de la sociedad continuarían en 1924, igual que en 1923.³³

Los nuevos miembros vieron esto como algo bastante severo. El renovado *Mitgliedskarte* (tarjeta de miembro) de Therese Benedek en la Sociedad Psicoanalítica de Berlín de 1924 identifica sus cuotas de manera bastante específica. Además del honorario de 10 marcos que pagaba como miembro de la sociedad, la secretaria introdujo a mano un cobro de 5 marcos impuesto de manera estricta al Poliklinik. Predeciblemente, los 5 marcos apenas compensaban los honorarios no pagados por los pacientes de la clínica.

La difícil situación financiera y psicológica de Dellisch como profesora en paro era cada vez más común en Alemania a mediados de la década de 1920. Igual que los afligidos segmentos de la clase media austríaca, los profesores de universidad empobrecidos en Alemania atrajeron la atención filantrópica de la Fundación Rockefeller. Pero después de que Raymond Fosdick del Memorial de Laura Spelman Rockefeller encargara un estudio confidencial sobre los «trabajadores intelectuales» del país, la situación parecía menos grave en Austria. Aproximadamente doscientos científicos médicos estaban recibiendo ya entonces alivio en forma de estipendios, literatura científica, animales experimentales y recambios de laboratorio. En caso contrario, «creo que no es ninguna situación crítica pedir acciones inmediatas», informaba Stanton Ford desde Berlín.³⁴ Otro delegado de Rockefeller, Eversole, observó la riqueza de Berlín en relación con la de Viena e informó de que hombres jóvenes «podrían encontrar un trabajo en Alemania pero no tienen suficiente material ni ropas para acudir a este. Es una sensación extraña, por mi parte, al ayudar a técnicos jóvenes a ir a Alemania —escribió Eversole a Richard Pearce en la oficina de Nueva York—, donde tienen trabajo esperándolos, ¡si consideramos toda la propaganda sobre supuesto desempleo y sufrimiento en Alemania!». ³⁵ En efecto, el justo número de bibliotecas, academias e institutos especiales era tan grande que al menos una institución era probable que tuviera los libros y periódicos necesarios. Los salarios eran bajos, pero también lo eran los precios, y el nivel de vida de las «profesiones intelectuales» parecía, al menos por el momento, relativamente estable.

A principios de 1924, para los berlineses, la práctica del psicoanálisis era aún vanguardista, un poco más sofisticada culturalmente y quizá menos clandestina que en Viena. Cuando «el viejo amigo Fenichel apareció», escribía Alix Strachey, ya había «emigrado de Viena hacía un año o dos para sacar un poco más de brillo a su cerebro. Una buena idea». ³⁶ Y Helene Deutsch escribió a su marido, Felix, que en Berlín «no hay

ambiente de pánico, no hay barricadas ni hambruna», a pesar de las inminentes elecciones y algunos de los aspectos más duros de la vida diaria como la inflación y las perpetuas amenazas de desalojo por parte de los propietarios a favor de los americanos.³⁷ Alix, siempre un observador cáustico pero astuto, estaba esencialmente de acuerdo con Helene acerca de la atmósfera de Berlín. «La mayoría de la gente parece apática» ante el desfile de camiones envueltos en banderas nacionalistas alemanas negras, blancas y rojas y de jóvenes patriotas, escribió a James desde su mesa favorita en el Café Romanisches.³⁸ La festiva vida social de los analistas del Poliklinik se desarrollaba en esos cafés y en las salas de conciertos, en viajes de fin de semana al campo, en el cine y en los espectáculos de cabaret, y en los apartamentos de unos y otros. Fenichel, Bornstein, y Wilhelm y Annie Reich disfrutaban de las excursiones a los bosques cerca del lago Marditzer y de las conversaciones sobre lo que hacían en el psicoanálisis mientras que Fenichel, que llevaba consigo su máquina de escribir portátil, permanecía acomodado entre sus manuscritos. Con Radó y Alexander, se juntaban en casa de Melanie Klein o de Abraham durante largas veladas. Los Eitingon celebraban encuentros para tomar té, organizaban un salón literario y participaban en encuentros sociales de emigrados culturales de la diáspora rusa de 1920.³⁹ Alix, nada ajena a todo lo sofisticado, estaba fascinada por la casa victoriana de Max y Mirra Eitingon en Grünewald, a juzgar por lo que le escribió a James: «Sospecho que este hombre tiene buen gusto. O quizá su mujer. Fue divino inclinarse hacia atrás y observar filas y filas de estanterías llenas de libros, y un mobiliario bien dispuesto y gruesas alfombras.⁴⁰ Durante un fin de semana cálido de octubre, Simmel lideró un viaje de placer a Würzburg para ver los frescos-trampantojo de Tiepolo en el palacio de Bishop y para beber vino de Main en un seleccionado *Ratskeller* local. Hans Lampl, Radó, Alexander, Jan van Emden, Josine Müller y Hanns Sachs exploraron el encantador pueblo sobre la colina hecha de casas viejas y un serpenteante río. Los mismos amigos disfrutaron de la sucesión semanal de bailes en Berlín, el Baile Feuerreiter, el Baile de la Academia de Arte, y, ocasionalmente, algún baile de disfraces desconocido durante el invierno (Simmel en una ocasión se disfrazó de sereno berlinés). Melanie Klein adoraba los bailes y siempre vestía sombreros preciosos. La famosa decadencia dorada del Berlín de la década de 1920, los calurosos cabarets, los salones de baile de travestidos, los bares y los parques de atracciones giraban en torno a los psicoanalistas, que se sintieron atraídos por todo ello. «No hay ciudad en el mundo tan inquieta como Berlín», escribió el diplomático británico y

biógrafo Harold Nicolson. Casado con Vita Sackville, del grupo de Bloomsbury, al oeste de Londres, Nicolson no era ajeno al psicoanálisis como tampoco a su inserción en la sociedad vanguardista de Berlín. «A las tres de la madrugada las gentes de Berlín encenderán otro cigarro y se embarcarán, frescos de nuevo, en otra discusión acerca de Proust o de Rilke, o sobre el nuevo código penal, o sobre si la timidez proviene del narcisismo». ⁴¹

Como consagrados sibaritas, Sándor Radó y Franz Alexander se unían en ocasiones a esas discusiones humeantes, pero otros analistas del Poliklinik como Ernst Simmel parecían disfrutar discutiendo sobre teoría día y noche. A Simmel le atraían especialmente los círculos de la izquierda política. Cuando Otto Fenichel organizó la primera reunión del Seminario de Niños en el instituto, Simmel se unió de inmediato. Virtualmente idéntico en estilo y estructura al seminario de sexología en Viena, este era un grupo de estudio semiformal que se reunía cada pocas semanas en casas privadas para explorar los temas que quedaban fuera del currículum institucional. Fenichel pronto se decantó hacia un enfoque más político y sus amigos, que se unirían a él diez años más tarde en un último intento de defender el marxismo dentro del psicoanálisis, estaban aparentemente de acuerdo. Erich Fromm, Annie y Wilhelm Reich, Edith Jacobson, Francis Deri, Bertha Bornstein, Kate Friedländer, Alexander Mette, Barbara Lantos, y otros se reunieron 168 veces en grupos de cinco a veinticinco, de noviembre de 1924 hasta 1933. ⁴²

En 1924 Simmel había empezado a interesarse cada vez más en los esfuerzos interdisciplinarios de un grupo de intelectuales extremadamente originales, conocidos desde 1930 como la Escuela de Francfort, que habían abierto su propia academia en 1923 para explorar, en profundidad y sin hacer concesiones, la teoría social y psicológica. Los miembros más filosóficos (Theodor W. Adorno, Max Horkheimer y Herbert Marcuse) y el crítico cultural Walter Benjamin no se asociarían con los investigadores durante al menos cinco años más. Pero los psicoanalistas, liderados por Simmel, estaban ya intrigados por los debates académicos de la Escuela de Francfort, que a menudo coincidían con sus propios enfoques teóricos. Erich Fromm se uniría a la escuela junto a Karl Landauer, fundador del Instituto Psicoanalítico de Francfort en 1929. Por entonces, Landauer ya había formado el Grupo de Estudio Psicoanalítico de Francfort junto a Fromm y su mujer, Frieda Fromm-Reichmann, Heinrich Meng y Clara Happel. Así como los analistas diagnosticaban patologías individuales, los científicos sociales diagnosticaban

las grandes patologías de la sociedad occidental. Mientras los analistas examinaban e interpretaban el mundo inconsciente individual, la Escuela de Francfort analizaba motivaciones sociopolíticas y finalmente plantearon la Teoría Crítica, su propia metodología dialéctica marxista. Articulada con mayor claridad a principios de la década de 1930 por Max Horkheimer, la Teoría Crítica analizaba facetas de la cultura y la sociedad industriales, con un específico énfasis cultural sobre la reciprocidad entre factores políticos y económicos. Los psicoanalistas afiliados a la escuela criticaban a Freud, y los filósofos, a Marx, todos desde la izquierda, y en general el grupo de Francfort pretendía una integración teórica de las dos concepciones del mundo humano, la política y la económica, eternamente irreconciliables. Esta síntesis optimista era uno de los intentos más osados de la Escuela de Francfort de romper con la tradicional desconfianza académica y los clichés intelectuales. Al final, el Ministerio de Educación autorizó la construcción de una futura sede para el Instituto de Investigación Social en el 17 de Victoria Allee en Francfort. Era un rígido y pétreo edificio de cinco pisos con pequeñas ventanas y algunos adornos, arquitectónicamente aburrido pero famoso por hospedar a Erich Fromm y el Instituto Psicoanalítico de Francfort. Hasta que los nazis la cerraron a la fuerza, la Escuela de Francfort investigó los problemas más incómodos de aquella era, más allá de las consignas propias a su afiliación política, y promovieron un diálogo críticamente riguroso entre psicoanálisis y teoría marxista.

Dada la temprana oposición en Viena a un programa didáctico oficial con cualquier parecido al de la sociedad berlinesa, con la única excepción de la Escuela de Francfort, Helene Deutsch estaba sorprendida de encontrar una nueva opinión sobre los cursos psicoanalíticos cuando regresó de Berlín después de un año. Deutsch estaba satisfecha y movilizó a sus colegas vieneses para atacar el programa didáctico del Ambulatorium. «Resulté ser una buena organizadora», recordaba ella a partir de su experiencia en el trabajo comunitario con mujeres durante su juventud.⁴³ Al mismo tiempo, John Rickman instó a los miembros de la sociedad británica a revisar sus planes para una clínica y un programa de tratamiento en Londres. Aunque poco salió de aquella discusión (el proyecto clínico de Londres estaba progresando, aunque lentamente), en Viena Deutsch apuntaba a una inauguración para otoño de 1924. Ella planeaba una asociación entre instituto y clínica donde el Seminario Técnico haría de puente para las necesidades de los estudiantes en formación psicoanalítica, y los analistas con experiencia impartirían cursos más avanzados. Deutsch se impuso con éxito y el Instituto de Formación empezó ese

mes de octubre con solo un cambio importante respecto al sistema berlinés: en Viena la clínica y el instituto estaban legalmente separados. Estratégicamente, lo que parecía ser una concesión a las organizaciones médicas locales y a las autoridades gubernamentales era, en realidad, un triunfo: permitió a los analistas formar, por ejemplo, a educadores que habían quedado excluidos de la clínica debido a la insistencia del gobierno en la cuestión de usar personal médico solamente. El instituto fue rápidamente inundado por solicitudes de trabajo. Algunos venían de Alemania escapando de la «rígida disciplina» de Berlín, para después retroceder porque infravaloraron el nuevo programa en Viena.⁴⁴ Fueron seleccionados cuatro candidatos para una formación completa y pronto se unieron los ocho estudiantes que habían finalizado sus análisis personales, de modo que pudo iniciarse el trabajo clínico supervisado por Hitschmann en el Ambulatorium.

1925

«UNA CÁLIDA SIMPATÍA ANTE EL DESTINO
DE ESTOS DESAFORTUNADOS»

«Supongo que a largo plazo el éxito de la clínica significaría un estímulo general del Ψa —escribía lánguidamente James Strachey desde Londres a su esposa Alix, aún en Berlín— y con el tiempo nos beneficiaría personalmente».¹ En la reunión general de la IPA en 1925, John Rickman anunció que la sociedad británica había fundado su Instituto, organizado una serie de conferencias, instalado una pequeña biblioteca psicoanalítica y esperaba abrir pronto una clínica de pacientes externos.² Cualquier analista de Londres interesado en contribuir al esfuerzo ambulatorio era requerido para contactar con el Comité Clínico recién formado. En enero trataron de decidir «quién daría cuánto tiempo de trabajo allí» y cuál sería la asignación justa de tiempo. Rickman se ofreció voluntario para una o dos horas al día y Edward Glover y Douglas Bryan ofrecieron una hora cada uno. Como respuesta, según James Strachey, Jones expresó su desdén habitual, mascullando: «Bien, estoy seguro de que es extremadamente generoso por vuestra parte ofrecer tanto tiempo. Por mi parte, no podré dar más de dos horas a la semana».³ En buena medida, el éxito de Jones se debía a que, salvo cuando se enfrentaba a otros analistas, mantenía una postura bastante neutral y permitía acontecimientos como la futura llegada a Londres de Melanie Klein para trabajar al margen de él, como en efecto ocurrió. Jones se había abstenido de hacer comentarios cuando, en una reunión de la sociedad británica solo pocas semanas antes de la llegada de Klein, Strachey leyó un extracto (enviado por Alix) del último artículo de Melanie Klein sobre el análisis de niños. En él, Klein dejaba claro que el tratamiento psicoanalítico «en el sentido estricto de la palabra, era aplicable incluso a niños muy pequeños, aunque era necesaria una técnica especial».⁴ Presumiblemente se refería a la interpretación de la transferencia, la atención a los sueños y la sexualidad y la agresividad inconscientes. A primera vista, el razonamiento parecía claro y conciso. El tratamiento psicoanalítico aplicado a niños, al menos en teoría, no es tan diferente del trabajo estándar con adultos. Pero en términos prácticos el argumento era formidable: sugería que los psicoanalistas podían

efectivamente expandir el uso de su técnica y llegar a poblaciones cada vez más desatendidas sin, por ejemplo, desexualizar su enfoque como lo había hecho Adler. La posición clínica de Klein y sus partidarios se encontraría en 1939 con el virulento desacuerdo de Anna Freud, que abogaba por un enfoque más comprensivo, menos intrusivo, en el análisis de niños. Como su predecesora Hermine Hug-Hellmuth, Anna creía que la técnica analítica clásica era inapropiada para los niños antes de la pubertad. Pero en 1925 la mayoría de los analistas de Londres se sintieron animados por el enfoque de Melanie Klein. Como señalaba James Glover, hacer consciente lo reprimido nunca es dañino, con independencia del nivel de desarrollo del paciente.⁵ Por supuesto que estos puntos de vista en el análisis profundo de niños necesitaban ser validados por los datos recogidos de primera mano, no mediante más teoría y, por fortuna, la clínica de Londres lo hizo posible. Mientras tanto, la preparación de las conferencias de Klein en Londres estaba en marcha e incluso Karen Horney aceptó compartir la presentación de un artículo del seminario con su polémica colega. La discusión teórica del grupo era simplemente académica, pues, a diferencia de Berlín, no eran amigos. El compañero de Klein y su traductor Alix Strachey bien lo sabía e imploraba, seis meses después: «¿Pero por qué no hay un Poliklinik en Inglaterra?».⁶

Entretanto, el Poliklinik, tras cinco años de vida, estaba atravesando un año de retos. Abraham había caído enfermo y su muerte el día de Navidad de 1925 proyectaría una inmensa sombra sobre el equipo y los pacientes. Max Eitingon tuvo que hacerse cargo por completo. Era un hombre organizado, un maestro muy potente y se había unido a Simmel en la prosecución de las obligaciones sociales del psicoanálisis, intentando romper las barreras de clase en Berlín y lograr que el psicoanálisis estuviera disponible para todos los que necesitaran tratamiento. Paradójicamente, era enormemente rico, así como generoso: la hija de Karen Horney lo apodaba «*der Rosenmax*» porque les traía rosas siempre que las visitaba.⁷ Pero no todos los psicoanalistas simpatizaban con su política ni les convencía su encanto personal. Max tenía «una cultura considerable y un conocimiento enciclopédico», decía Sándor Radó, pero era «totalmente reprimido y desprovisto de originalidad o imaginación científica».⁸ Sí, Eitingon había «pagado cada níquel que se gastaba» en Potsdamerstrasse, y más tarde suscribió gastos para futuras instalaciones de la clínica más amplias y más sofisticadas en el número 10 de Wichmannstrasse. Aquí surgieron las famosas disputas internas entre los psicoanalistas rivales, ya que los hombres competían por la condición de seguidor más devoto de

Freud. Parece que Freud siempre favoreció a Max mientras que Radó, Jones e incluso Ferenczi miraban con recelo a su colega. En verdad, con el clima económico inflacionario de posguerra, Freud procuraba ingresos en su constante intento de aliviar el empobrecimiento crónico del movimiento psicoanalítico. Pero su apego a Max era real, y la historia de su *entente cordiale*, como escribía más tarde en 1931, nació del afecto genuino y las creencias políticas mucho más que de la voracidad cínica. «Con tus maneras tranquilas e irresistibles», saludaba Freud a Eitingon cuando este cumplió cincuenta años, «no había tarea, por difícil e ingrata que fuera, que no tomaras en tus manos [...] y no llevaras a una conclusión exitosa».⁹

La tarea de aumentar la capacidad clínica del Poliklinik se había vuelto urgente, y tanto Eitingon como Freud entendieron la necesidad de incorporar a psicoanalistas con conciencia social. Por suerte Siegfried Bernfeld, una figura prominente en el movimiento educativo progresista de Viena, aceptó mudarse a Berlín. «Debería considerarse al doctor Bernfeld, hombre de primera, un profesor brillante pero que se mantiene a distancia de lo patológico», había recomendado Freud ya en 1920.¹⁰ Lo «patológico», por supuesto, significaba la psicopatología individual y la figura retórica de Freud revelaba una notable conciencia de la posible oposición de izquierda al tratamiento clínico individual. El Partido Comunista de Berlín en particular criticaba al psicoanálisis por centrarse en la responsabilidad del individuo por el éxito o el fracaso personal a expensas, pensaban, de la lucha de clases. En mayo la prensa berlinesa de gran divulgación reanudaba sus ataques al psicoanálisis.¹¹ Pero Bernfeld, sugería Freud, se cuidaba de no culpar a los individuos en análisis por su propia condición psicológica, sino que se centraba en las condiciones sociales estresantes que provocaban la angustia del paciente. Parte del contexto político complicado que persuadió a Freud de enviar a Bernfeld a Berlín era la cada vez más popular Asociación de Médicos Socialistas, de Ernst Simmel, que incluía la salud mental en su programa de promoción de la salud pública. Las nuevas publicaciones como el *Der Sozialistische Aerzte* (El Médico Socialista) hacían que fuera imposible ignorar que los psicoanalistas eran reconocidos entre los activistas izquierdistas de la medicina. Ahora bien, si una crítica acusaba a los analistas de intentar complacer a los ricos, ellos podrían señalar a Simmel: «Desde que la sociedad de médicos socialistas fue fundada doce años atrás —escribía Simmel—, esperábamos reunir a todos los médicos que creyeran en la idea socialista. Hoy nuestra organización ha sido consolidada».¹² Solo en 1925, además de la revista, la Unión de Médicos Socialistas promovió conferencias

públicas sobre las leyes de higiene social, e invitó a Alfred Adler a hablar de psicología individual y a Julius Tandler de Viena a hablar de «Medicina y Socialismo». Esperaban que Tandler les ayudaría a conseguir su objetivo principal: una reorganización estructural global de la atención médica urbana. Los grupos de estudio de la Unión exploraban legalizar la jornada de ocho horas (junto con sus implicaciones para la salud y el significado cultural), la salud y seguridad laborales, la baja por maternidad para madres embarazadas y lactantes, y la medicina socializada. Luchaban por el control de natalidad y contra la criminalización del aborto. Sus acciones denotaban una visión optimista sobre la posibilidad de democratizar la medicina y la sociedad. Albert Einstein, que ya era un miembro activo de la Unión de Médicos Socialistas, se unió a la artista Käthe Kollwitz para recaudar fondos de ayuda a las «esposas y niños necesitados de los prisioneros políticos». Como pieza clave en el esfuerzo de Freud para impulsar el Poliklinik, Siegfried Bernfeld era un reconocido activista que aceptaba la dirección psicoanalítica de Simmel, podía trabajar con Melanie Klein y mejoró el trabajo con niños que Hermine Hug-Hellmuth había abandonado. La educación infantil temprana psicoanalíticamente informada, especialmente para los niños no privilegiados, había orientado gran parte del trabajo de Bernfeld, y acababa de publicar *Sisyphus, or the Limits of Education* (*Sísifo o los límites de la educación*), una defensa de las reformas radicales de la educación tradicional basada en una transformación igualmente radical de la sociedad. Bernfeld entendía también que la clínica tenía que crecer y que el Instituto didáctico era crítico para su expansión. La afiliación entre la clínica y el programa didáctico estaba, por necesidad, cerca de Berlín y distante de Viena. Clarence Oberndorf, de visita desde Nueva York, estaba verdaderamente asombrado por la compleja organización, las finanzas y las políticas de personal del Poliklinik de Berlín y, en Viena, del Ambulatorium.¹³

El Ambulatorium, independiente del Instituto didáctico, se había convertido en un dispositivo autónomo de tratamiento, pequeño pero próspero, al cual se vinculaban tres importantes centros clínicos: el centro de orientación educacional, el departamento para el tratamiento de psicosis y el Seminario Técnico. Inevitablemente, el Ambulatorium se convirtió en un foro para un sostenido debate público sobre los servicios sociales. Aunque la clínica reivindicaba su independencia financiera del gobierno, las oficinas del servicio social derivaban hacia la comunidad psicoanalítica a los clientes necesitados. Las sociedades de seguros médicos de la Viena Roja, los jueces y los tribunales de menores,

los consejeros para las relaciones materno-filiales, los centros de asesoramiento matrimonial, e incluso el gran Hospital Am Steinhof enviaban a sus pacientes con problemas para ser tratados o evaluados. Otros pacientes de todo tipo llegaban desde el campo y desde las afueras de la ciudad, a pesar de la separación política de envergadura entre la Viena socialdemócrata, que en ese momento era en sí misma un pequeño Estado autosuficiente, y el resto de Austria, mucho más conservadora. No sorprende que con el tiempo incluso Hitschmann, siempre diplomático, se sintiera explotado por las maniobras deshonestas del Departamento de Salud, que por un lado otorgaba legitimidad oficial a la clínica con referencias, por el otro se beneficiaba de su estatuto de clínica gratuita y al mismo tiempo no cubría los honorarios de los pacientes. Nuevamente surgía la perenne discusión sobre si había que continuar separando la salud física y la mental o unirlos. Barry Smith, cuyo Fondo de la Commonwealth estaba entonces suscribiendo algunos de los programas mayores de salud infantil de la ciudad, creía firmemente que debían separarse. Se quejaba de que «el trabajo médico debería incluir lo prenatal, infantil, preescolar y escolar, y dental. [...] Se presta demasiada atención a los temas de asistencia social como la delincuencia, la dependencia, los hijos ilegítimos [...] y se ofrece consuelo en vez de salud».¹⁴ Alan Gregg, homólogo de Smith en la Fundación Rockefeller, coincidía en que las ayudas americanas debían limitarse a los programas explícitamente médicos y científicos. Se podía donar a los servicios sociales pero no en las mismas condiciones. Gregg también reconocía que Julius Tandler creía lo contrario, pues, como administrador de los programas de salud infantil de la Viena Roja, veía esta diferenciación como falsa y contraproducente. Sin embargo, Tandler era un diplomático hábil que mantenía el flujo de los dólares americanos hacia los servicios para niños en Viena sin sacrificar su sello personal de integración de atención a la salud y trabajo social.

La asociación singular entre Tandler y los psicoanalistas se mantuvo sólida incluso frente al sistema psiquiátrico de Wagner-Jauregg. Como presidente de la poderosa Sociedad de Médicos, Wagner-Jauregg recelaba de los analistas ante cualquier posible infracción en su dominio y, quizá con inteligencia, planteaba repetidamente la cuestión problemática del análisis laico. Ese año no fue la excepción, y Theodor Reik era el blanco específico. En marzo, la alta coalición de los médicos emitió otra ordenanza que prohibía a los profesionales no médicos incorporarse a la clínica, amenazando con cerrar el Ambulatorium por no cumplir con sus exactas e interminables instrucciones, estatutos y reglamentos. Una vez más, Freud se sintió obligado a interceder y en una de sus largas

cartas, elegantemente sarcástica, pidió a Tandler que protegiera a Reik. La hostilidad de los magistrados hacia los psicoanalistas estaba innegablemente instigada por la Sociedad de Médicos, indicaba Freud, en detrimento de los pacientes, así como de los investigadores. Las credenciales de Reik como analista eran impecables y los médicos, maliciosamente, buscaban imponerle restricciones. La disputa se intensificaba: «¿Debería abstenerme de derivar a un paciente con dolor en el pie a un ortopedista y en cambio prescribirle analgésicos y electricidad, solo porque he hecho un diagnóstico médico de pies planos?». Los procedimientos legales lanzados contra Reik se ampliaron a un juicio a gran escala, con testimonios tanto de Tandler como de Freud, para examinar la aplicación del psicoanálisis a la orientación y la educación infantiles. Finalmente, una vez que ambos bandos se quedaron sin munición, la pequeña y resistente clínica llevó adelante los «ideales de servicio público» de Hitschmann con un permiso del Estado siempre «sujeto a revocación».

Como siempre, las listas de espera de los pacientes para el Ambulatorium eran inmensas. Wilhelm Reich, a pesar de que más tarde lo acusarían de poco práctico, llegó incluso a pedir pequeñas contribuciones para los gastos administrativos a los pacientes «no totalmente desprovistos de medios».¹⁵ Evidentemente, muchas personas fueron rechazadas o simplemente ni siquiera evaluadas para consultas. Los casos urgentes podían esperar meses antes de poder ser tratados, si es que llegaban a serlo. Pero al menos cuando la eficiente reorganización en tres partes de la clínica surtió efecto, los posibles clientes pudieron ser seleccionados por edad y para los servicios apropiados según el diagnóstico. Desafortunadamente, el diagnóstico psicoanalítico nunca era tan preciso como sus practicantes (y oponentes) hubieran deseado: la interesante historia de Helene Deutsch revela demasiado bien esta disparidad. Su propio despacho estaba en Wollzeilgasse, a una media hora andando desde el Ambulatorium, en Pelikangasse. «¡Es extraño que lo que en mi opinión es un inofensivo caso de histeria (en Pelikangasse) — bromeaba Hitschmann sobre el diagnóstico inconsistente de los pacientes del Ambulatorium—, se transforme con frecuencia en un caso de esquizofrenia cuando llega a Wollzeilgasse!».¹⁶

En el más ocupado de los tres departamentos de la clínica, el Centro de Orientación Infantil, hasta seis psicoanalistas atendían de diez a veinticinco pacientes, niños o adolescentes con problemas, semanalmente, después de la escuela y por las tardes. Entre cuarenta y setenta niños al año viajaban diariamente en tranvía o autobús para su

tratamiento analítico, una cita de una hora durante al menos cinco días consecutivos, durante dos o tres meses. Este plan se ajustaba tanto a los horarios diarios de los niños como a la disposición de la clínica para compartir el espacio con el Herzstation. Pero el psicoanálisis no era siempre el tratamiento elegido para niños deprimidos y a veces el evaluador de admisión de la clínica aconsejaba a la familia adoptar un enfoque menos intensivo. Se reservaba un día a la semana para otras evaluaciones y consultas. A un niño ansioso, que se distinguía en actividades deportivas pero afirmaba que odiaba leer, se le podía ayudar más cambiándole el ambiente extraescolar que con psicoterapia. Un cambio de escuela o aleccionar al maestro podía ser otra opción para un niño obsesivo o fóbico. Y los adolescentes, que a menudo iban a la clínica en pareja para recibir consejos sobre opciones en materia de sexo o trabajo, formaban la idónea audiencia de las consultas vespertinas con Wilhelm Reich, por entonces muy involucrado con cuestiones de sexualidad adolescente. Los maestros y los padres eran vitales para el proceso; los analistas del Ambulatorium suscribían en gran medida la creencia de Anna Freud según la cual la represión que la sociedad ejercía sobre la sexualidad de la infancia y el «temor a la inmoralidad» dificultaban la compasión del adulto por el niño. En la crítica apenas velada de Anna Freud a la construcción desexualizada del carácter en Alfred Adler, para quien el «análisis del niño podía ser cierta forma especial de guía educativa», la hija de Freud señalaba que la angustia de los padres y maestros privaba al niño de una ayuda posible.¹⁷ A partir de aquí aportaba ciertas orientaciones familiares para educar a niños perturbados, que a pesar de no ser aún tan normativas como la terapia familiar, ya involucraban a los padres en la valoración de las dificultades de sus hijos. En el ambiente caótico, si bien amigable, del Centro de Orientación Infantil, Editha Sterba (que se había hecho cargo del centro después de Flora Kraus y la difunta Hermine Hug-Hellmuth) adoptó el enfoque de apoyo de Anna Freud. Esta y Willi Hoffer estaban por entonces tan cerca de las necesidades de los pobres de Viena y de las familias trabajadoras como lo estaban de las intervenciones de Tandler. Ya se habían ocupado de la crianza de los niños con padres en los centros educativos de los trabajadores y eran conocidos en todos los distritos escolares y de bienestar de Viena. Cuando las asistentes sociales y las asistentes de bienestar del distrito (que asistían a estas charlas) visitaban los hogares familiares locales notaban que las familias consideraban ahora el análisis de niños con menos reservas.

El año 1925 había comenzado bien para el Ambulatorium. El pequeño equipo estaba animado por la inauguración del Instituto didáctico con la primera clase de quince

estudiantes. Helene Deutsch era la directora, Siegfried Bernfeld el director adjunto temporalmente, pues pronto se mudaría a Berlín, y Anna Freud la secretaria.¹⁸ El arduo curso de cuatro períodos de estudio fue diagramado según el programa de Berlín y en el equipo docente estaban Federn, Hitschmann, Nunberg y Reich. Era deliberadamente riguroso y difícil, pues requería de los candidatos un serio compromiso de tiempo, si no de dinero. Cuando algunos solicitantes perezosos viajaban desde Alemania para escabullirse de la exigencia supuestamente mayor del Instituto de Berlín, Hitschmann rápidamente denunciaba su oportunismo y los enviaba de vuelta a casa. El primer año de estudiante exigía análisis personal, conferencias sobre teoría clínica, seminarios, presentaciones de casos e investigación bibliográfica. El trabajo clínico tutelado, un requisito del segundo año, se llevaba a cabo mejor (aunque no necesariamente) con pacientes del Ambulatorium, como consultas externas de la sociedad.¹⁹ Se permitía especializarse a los estudiantes en el trabajo psicoanalítico con adultos en la consulta regular, con personas jóvenes en el Centro de Orientación Infantil, o con personas con perturbaciones más severas en el centro de tratamiento externo especial, que no alcanzaría su nivel más alto de capacidad y servicios hasta 1929. Para Freud, tal vez, no era «un programa muy vasto», pero para Edith Jackson, una pediatra visitante de Boston cuyas últimas cartas muestran una resolución impresionante para asistir al seminario cinco noches a la semana, el ritmo era agotador. Análisis diario, supervisión diaria con Sterba y Walder, horas de atención a pacientes y asistencia a lecciones de lengua, eran motivos suficientes para dormitar durante una de las conferencias de Anna Freud.²⁰ El Seminario Técnico de Reich y Bibring aportaba a los analistas del Ambulatorium un foro clínico o supervisión entre pares de forma continua. El nombramiento de Reich, a mitad de año, como primer médico titulado de la clínica fue honrado por la sociedad en su conjunto y llegó con un regalo de Freud, un gran retrato de sí mismo, quizás el único recuerdo de Viena que Reich realmente atesoró, exponiéndolo más tarde en su estudio de Maine al menos durante la década de 1940.

La influencia de Freud en los círculos académicos de Viena (excepto quizás en los más conservadores) se amplió, entonces como ahora, por la presión aparente de tomar partido: de alguna manera todo el mundo estaba alabando o burlándose del psicoanálisis, probándolo o refutándolo, negando su valor científico o afirmando sus fundamentos positivistas. Ciertos académicos positivistas incluso intentaban cuantificar literalmente *Psicología de las masas y análisis del yo*, de Freud, y traducirlo al lenguaje de la

fiabilidad empírica para el seminario de Otto Neurath en estadística social.²¹ Al mismo tiempo, Marie Jahoda, que entonces trabajaba con Neurath para desarrollar el Museo Socialdemócrata de Asuntos Sociales y Económicos, y Paul Lazarsfeld, el pionero en ciencias sociales, consideraban que estos esfuerzos no prosperaban ni eran útiles sino más bien alegres. Lazarsfeld, un amigo de infancia de Siegfried Bernfeld en el Movimiento Juvenil, que en ese momento enseñaba matemáticas en un instituto, asistía a las influyentes conferencias de Bühler en la universidad y a las clases de psicología de Jean Piaget en su Instituto. Fuera de este emporio de teorías en psicología llegó una nueva mezcla conceptual descrita por los contemporáneos como el cruce cuádruple de datos cuantitativos, datos cualitativos, análisis de datos sociológicos y análisis de datos psicológicos. Con raíces fáciles de rastrear en la Viena Roja, donde los opuestos podían coexistir, esta única metodología de investigación austríaca permitía el análisis sistemático de experiencias subjetivas elaboradas sin abandonar su complejidad natural.

Los datos estadísticos publicados por el Ambulatorium para ese año eran un ejemplo de ello.²² Por primera vez, los hombres superaron en número a las mujeres como solicitantes de tratamiento psicoanalítico, y más hombres que mujeres continuaron siendo pacientes a lo largo del año. Este patrón de género no era una rareza: más hombres que mujeres estaban en tratamiento, según todos los informes de las clínicas psicoanalíticas en toda Europa, y evidentemente también en la práctica privada. De los cuarenta y tres casos registrados de Freud entre 1907 y 1939, veintisiete eran hombres y dieciséis eran mujeres.²³ Y ya en 1914 Karl Abraham escribió a Freud sobre el tema de los usuarios de psicoanálisis: «Mi experiencia es que por el momento hay solo una clase de pacientes que buscan tratamiento: hombres solteros con dinero heredado».²⁴ En todo el año 1925 los resúmenes de admisión del Ambulatorium mostraban que, sobre 300 pacientes posibles que fueron registrados, 182 (el 60%) de los solicitantes eran masculinos y 122 (el 40%) femeninos.²⁵ Estas cifras no pueden ser interpretadas como simples incidentes aislados de inversión de roles porque se veían los mismos patrones de género en los informes anuales de la clínica publicados antes y después de ese año. Con toda probabilidad, los contemporáneos de Hitschmann, Marie Jahoda y Otto Neurath se habrían deleitado con estas cifras descriptivas similares a un censo, que ellos denominaban «contabilidad social», un estilo estadístico «antimetafísico» muy usado entonces para dilucidar aspectos de política social.²⁶ En el contexto de las políticas de la Viena Roja destinadas a proveer de servicios sociales neutrales en cuanto al género, el hecho de que, incluso antes

de ser aceptados para el tratamiento, el 60% de las personas que deseaban servicios de salud mental eran hombres, y 40% mujeres, no era en absoluto inusual.

El significado de que los hombres utilizaran el tratamiento psicoanalítico ofrecido en el Ambulatorium con más frecuencia que las mujeres se pone de relieve de forma gráfica con los tres interesantes agrupamientos en los que los pacientes son categorizados por ocupación, diagnóstico y duración del tratamiento. Primero, en la clasificación de los pacientes por ocupación, setenta y siete son designados como «oficiales», lo que significa que el 26% de los analizantes posibles eran empleados asalariados que poseían cierto nivel de respeto y responsabilidad dentro de sus organizaciones. Segundo, mientras que la categoría «ama de casa y personas sin ocupación» ascendía al 22%, la categoría de «trabajadores» estaba cerca de menos del 20%. El término *trabajador* es sin duda una designación masculina más explícita que *oficial*. Estas cifras por sí solas indican que los hombres constituían por lo menos la mitad del conjunto de los solicitantes de la clínica. Una vez que se añaden los sectores de «profesiones independientes (12%), estudiantes universitarios (9%), profesores (3%), soldados, sirvientes y escolares», el número total de hombres es más extenso. Es más, lo que le da a los hombres la ventaja real en el cuadro estadístico es el tercer grupo de cifras, el diagnóstico psicoanalítico apuntado en la admisión. «Impotencia» era, con el 12%, la queja psicológica más frecuente registrada en las consultas de aquel año. La impotencia superaba por tres la frecuencia de los casos de «frigidez». El número de diagnósticos de «impotencia» es el doble que los de «histeria», tal vez el diagnóstico clínico más frecuente asociado a las mujeres. «Onanismo» es diagnosticado con la misma frecuencia que «psicopatía» (depresión delirante).

Para los contemporáneos de los analistas del Ambulatorium, entonces, la ventaja numérica de los hombres sobre las mujeres en tres grandes áreas —número, ocupación y diagnóstico de los solicitantes— no implicaba la supremacía masculina. Es difícil apreciar que los hombres asistían al tratamiento en el Ambulatorium sin importarles el estigma de la feminización parcial y la culpa, hoy asociados al psicoanálisis. Se pueden dar algunas explicaciones, pero la más plausible es la política de acceso universal a la atención. En los últimos cinco años las políticas de salud y bienestar de la Viena Roja habían asegurado que, tal como Freud había dicho en 1918, «el hombre pobre debería tener el mismo derecho a la asistencia mental que tiene ahora a la ayuda para salvar su vida gracias a la cirugía». Los planificadores urbanos de la Viena Roja habían pretendido facilitar la vida de las mujeres proletarias (con dispositivos domésticos para ahorrar trabajo y cuidados

comunitarios de los niños) y los hombres (con apoyos a la familia *in situ*, incluyendo los centros de asesoría matrimonial). En verdad, las políticas de Tandler respecto a la maternidad y la red de clínicas dirigidas a niños se centraban en facilitar el acceso de las madres a los profesionales de la salud mental. Sin embargo, las clínicas fueron construidas en la estructura general socioespacial del *Gemeindebauten* y, por ello, los antiguos espacios privados de salas de tratamiento se convertían ahora en zonas comunitarias. Dado que los servicios de salud mental se incluyeron en el conjunto de los servicios sociales, los hombres podían abordar el tratamiento (para la impotencia, por ejemplo) como una forma de apoyo a la familia. Otro factor era la popularidad: los periódicos de actualidad que los hombres leían en los cafés solían dedicar espacio al psicoanálisis. Desde comentaristas como Karl Kraus a poetas sumamente populares como Rilke, la relevancia del psicoanálisis en los medios impresos fue mucho más allá de los periódicos locales socialdemócratas. Finalmente, un tercera consideración era la guerra reciente y la experiencia de los soldados con el tratamiento psicoanalítico de las neurosis de guerra, de las cuales el efecto más preponderante era la impotencia: «*Casi todos los pacientes neurológicos hospitalizados en Budapest después de la Primera Guerra Mundial se quejaban de la completa anulación, o al menos cierta deficiencia, de la libido y la potencia sexual*». ²⁷ La impotencia socavaba por entero la identidad masculina, debilitaba los roles tradicionales de género en el hombre como marido y padre, y los privaba de la descarga biopsicológica del sexo. En la cultura de la democracia emergente y la apertura de la Viena Roja, la sexualidad y el psicoanálisis eran los materiales de construcción de una vida mejor.

Las amables y divertidas historias de los días de Helene Schur como estudiante vienesa de medicina recrean la batalla de la «Nueva Mujer», cuyas elecciones personales para la salud física y psicológica eran al mismo tiempo sancionadas por el Estado y condenadas por la tradición:

Solo tenías que ir al médico, (quien) decía que estabas enferma y que tenías que abortar. Si podías decir que tenías TB, entonces muy extendido en Austria, o cualquier otro *lungenspitzen catarrh*, el médico decía que podías abortar.

Una mujer acude a mí diciéndome que quiere abortar. Le digo:

—¿Tiene fiebre?

—No —me contesta ella.

—¿Tose?

—No.

—¿Sudores por las noches?

—No.

Así que voy a ver al jefe y le pregunto:

—¿Qué debo hacer?

—Dígale que se vaya a casa, que hable con su amigo y vuelva mañana.

Al día siguiente vuelve y le pregunto:

—Terriblemente.

—¿Tiene fiebre?

—Todo el tiempo.

—¿Sudores por las noches?

—Todas las noches.

Consigue abortar. Era así de fácil. *No* existía carga moral en ello.

La Nueva Mujer vienesa, quizá menos conocida que su versión weimariana (para la cual el aborto aún estaba prohibido), representaba un electorado educado y con conciencia política, y un elemento importante para los esfuerzos de renovación del gobierno. Vivienda, parques públicos y un sistema sanitario urbano mejorado: la calidad de vida en la Viena Roja iba en ascenso en casi todos sus aspectos. La estabilidad económica relativa finalmente había llegado a Viena y a toda Austria, junto con una mayor, aunque frágil, democratización del sistema político. El acceso libre y bastante desestigmatizado a los servicios sociales y de salud animaba la fundación y el mantenimiento de las familias. En la dinámica organización de la Oficina de Bienestar Público de Julius Tandler, los servicios sociales representaban el filtro a través del cual el gobierno llevaba a la práctica sus políticas de familia, higiene y educación. Los programas giraban en gran parte en torno a la idea de la «buena familia», una familia de orden patriarcal donde el padre ganaba el sustento y la madre cuidaba de los hijos. Una especie de versión femenina del trabajador heroico de anchos hombros, serena en su capacidad para criar y proteger a un montón de niños, la buena madre (la Maternidad en sí misma) aparecía por doquier en las esculturas públicas. Las populares revistas semanales, por el contrario, destacaban la imagen de la hábil Nueva Mujer, la ciudadana votante para quien se habían tomado las medidas de la cocina racional, camarada de su marido, amiga de sus hijos. Desde 1920 los periódicos como *Wochenschrift*, de Bettauer, habían ayudado a las mujeres a analizar por sí mismas la contradicción entre la relación reproductiva monogámica y la libertad sexual de la que los hombres estaban disfrutando. Los carteles, los panfletos y los folletos coloridos, que se entregaban mano en las clínicas, presentaban fotografías y cuentos de

escritores revisionistas suplicando a las mujeres cambiar los roles tradicionales de género para promover una imagen de la *garçonne* (chico-chica) segura de sí misma, con ropa suelta y funcional, zapatos cómodos y pelo corto.²⁸ Obviamente, la inconsistencia entre estas dos imágenes contradictorias de la feminidad era indudable, y el conflicto se desarrollaba repetidamente en grandes y pequeños episodios de la cultura política vienesa. No hay indicador más dramático de esta contradicción que la experiencia de las mujeres jóvenes que, en octubre, aplaudieron a la corte cuando el escritor activista Hugo Bettauer fue absuelto de los cargos de ofender la moral pública y, en septiembre, lloraban delante de Langeasse 7, donde fue asesinado por un pionero nazi, Otto Rothstock.²⁹ Como madres jóvenes, y por ello usuarias de los servicios familiares, estas mismas mujeres se vieron atrapadas en un tira y afloja entre líneas ideológicas que enfrentaban al «asistente social como agente arrogante del control social» con el «asistente social como agente informado de un gobierno asistencial». ¿El gobierno podía equilibrar efectivamente su obligación de proteger a los ciudadanos vulnerables, como los niños, con la necesidad de privacidad y autonomía de las familias? Las madres generalmente lo veían así, pero solo el acceso más extendido a los servicios sociales (donde todos, desde los profesores a los actores, pasando por los hijos de camareros desempleados, pudieran socializar en la sala de espera de una clínica psicoanalítica o un centro de desintoxicación) lo probaría. Esta era, por supuesto, la misión del Ambulatorium, pero toda la historia de la Viena Roja fue notable por su sucesión de similares iniciativas basadas en la comunidad terapéutica. Para Helen Schur, por entonces aún en los márgenes del psicoanálisis, la Viena Roja era una época en que «hacías algo por la gente que no tenía dinero. El dinero no tenía un gran papel. Nadie era realmente rico, pero todo el mundo se preocupaba más por los otros».

Cuando Paul Lazarsfeld alojó el Instituto de Psicología Social (Wirtschaftspsychologische Forschungstelle) dentro del Instituto Psicológico de Karl y Charlotte Bühler, la Universidad de Viena por fin reconoció el potencial para la recolección de datos en las ciencias sociales.³⁰ Activista, curioso y amigo de políticos intelectuales como Otto Bauer y Käthe Leichter, Lazarsfeld y sus colaboradores buscaban vincular sus resultados sobre políticas sociales con las necesidades de los trabajadores. Patrocinador de una avalancha de investigaciones inigualada hasta el advenimiento del Departamento de Investigación Social Aplicada de la Universidad de Columbia en la década de 1940, el Instituto para la Psicología Social produjo estudios

sobre los empleados domésticos, trabajadores a domicilio, abandono escolar adolescente y, lo más significativo para la Viena Roja, el famoso estudio *Marienthal* para adultos desempleados. Había allí clínicas gratuitas, programas de extensión comunitaria, centros de atención maternofilial, centros de consulta matrimonial, asesoría sobre el aborto y servicios escolares para niños y adolescentes.

La clínica de orientación infantil de Alfred Adler era uno de los esfuerzos más exitosos de la ciudad en práctica e investigación. A finales de 1925 el consejo de la ciudad de Viena propuso el establecimiento de estas clínicas de orientación infantil en cada uno de los distritos municipales de Viena. El modelo terapéutico de psicología individual con la firma de Adler se practicaría en las escuelas guardería locales, en escuelas primarias, y en el trabajo en bienestar social. El número de oficinas autónomas de orientación educativa aumentó a veintidós, y había no menos de veintiocho centros de psicoterapia gratuita por toda la ciudad. La mayoría de los psicólogos que dirigían estas clínicas ya eran miembros o asociados de la Sociedad para la Psicología Individual de Adler y trabajaban sin cobrar. Bien en la clínica que supervisaba, bien en las conferencias universitarias, o bien en las clases nocturnas que tenían lugar en el *Volkshochschule* (centro de educación de adultos) vienes, esta oportunidad de formarse en la metodología de la persona-en-comunidad con el mismo Adler atrajo a decenas de médicos, maestros, asistentes sociales y estudiantes de todo el mundo. Los maestros de la escuela primaria vienesa llevaban a sus estudiantes problemáticos, junto con los padres del niño, directamente a las sesiones formativas y los entrevistaban, presentando los casos para tratarlos en consulta experta ante una audiencia participativa. Entre los internos jóvenes más concienzudos de Adler, Lydia Sicher desarrolló una clínica de consulta externa para adultos y niños. Al igual que el nuevo servicio que su colega Emil Mautschesky ofrecería en 1930 en la Clínica de Psiquiatría y Neurología en el Hospital General de Viena, el equipo de Sicher compartía las instalaciones para reuniones y salas de tratamiento con otro ambulatorio terapéutico, la clínica Mariahilfer.

Cuando *Juventud desamparada*, el delgado pero influyente volumen de August Aichhorn para el tratamiento de la delincuencia adolescente, apareció con un prólogo de Freud, la afirmación recurrente de que Freud era ajeno a la realidad política perdió otra porción de credibilidad. El vibrante librito de Aichhorn se basó en ejemplos de casos de adolescentes extraídos de las residencias para grupos que él había supervisado: Ober-Hollabrunn de 1918 a 1920 y St. Andrä de 1920 a 1922. Como modelo totalmente

psicoanalítico para el tratamiento de adolescentes perturbados (muchos de los cuales también eran pobres o huérfanos), el tratado teórico proponía el doble enfoque de la terapia orientada al conocimiento y la responsabilidad de la comunidad para remediar las consecuencias de la privación de derechos sociales. En su elogioso prólogo, Freud escribía: «La actitud de Aichhorn hacia sus pupilos tenía su fuente en una cálida simpatía por el destino de esos desafortunados», y asimismo aplaudía el «gran valor social» de la enseñanza y el trabajo social de Aichhorn con los niños.³¹ Mucho más tarde, Anna Freud reiteraría el elogio de su padre apuntando en particular que los esfuerzos de Aichhorn confirmaban que «todo desarrollo individual, tanto en lo social como lo antisocial, era el resultado de la interacción entre los factores innatos y del entorno».³² Pero no fue esta la primera vez que Freud declaraba su apoyo a un proyecto con una misión política subyacente, ni tampoco al análisis de clase del comportamiento criminal. Franz Alexander, cuyas teorías psicoanalíticas en criminología eran muy leídas por los psicoterapeutas de Chicago que trataban a los miembros de bandas juveniles, se reía ante las afirmaciones de que Freud descuidaba los factores sociológicos. Los psicoanalistas socialdemócratas sencillamente no creían que solo la psicología forense resolviera los crímenes. De sus días de estudiante en el seminario mensual de Freud, Alexander recordaba una significativa anécdota. Un día, le explicaba a Freud los motivos inconscientes de la delincuencia en el caso de un obsesivo amante de los coches: el individuo hacía repetidamente largos viajes en taxi, algo que estaba por encima de sus posibilidades como camarero, e inevitablemente aterrizaba en prisión. Entonces Freud le respondió:

No veo cómo este caso puede arrojar luz sobre el problema esencial de la criminalidad. Si su paciente hubiera sido el hijo de un millonario habría podido convertirse en un plusmarquista y, como tal, en un héroe nacional. Solo por su posición social y porque era un pobre camarero, no pudo expresar su compulsión o hobby de una forma legal.³³

1926

«AUNQUE AUSENTE EN LA APERTURA DE LA CLÍNICA,
ESTOY CON VOSOTROS EN TODO»

Durante los primeros años de las clínicas gratuitas, los psicoanalistas de varios países siguieron una secuencia muy bien organizada, un «orden lógico», diría Ernest Jones, constituyendo primero una sociedad local entre ellos mismos, editando luego una revista clínica, y finalmente organizando un instituto didáctico. Después de 1920 se añadió un cuarto componente: la clínica de atención externa. Las sociedades de Viena y Berlín tenían la suya y ahora también la tendría la británica. Jones le había dicho a Freud antes de la Navidad de 1925: «Las principales noticias de Londres, que le contaré cuando haya una mejor ocasión, son que un antiguo paciente mío le ha dado dos mil libras a nuestro Instituto, suma que probablemente nos permitirá empezar una nueva clínica a comienzos del Nuevo Año».¹ Jones tenía razones para estar animado, pues esta enorme donación financiera de Pryn's Hopkins, un industrial americano nombrado por la sociedad británica como su propio «Limosnero Honorífico», les permitió a los analistas abrir su nueva clínica «con el propósito de hacer accesible el tratamiento psicoanalítico a los pacientes ambulatorios de las clases más pobres».² Freud estaba encantado, y sin perder la oportunidad de despotricar contra Estados Unidos, elogió a Jones por sus «buenas noticias [...] Siempre he dicho que América no es útil más que para dar dinero. Ahora al menos ha cumplido esta función. [...] Me alegra saber que ha sido así para Londres. [...] ¡Mis mejores deseos para la marcha de su Instituto!».³ Eitingon también envió un telegrama con felicitaciones de la sociedad de Berlín.

La Clínica Psicoanalítica de Londres se inauguró oficialmente el día en que Freud cumplía setenta años, el 6 de mayo de 1926. A las ocho de la mañana John Rickman dio la bienvenida al primer paciente en los nuevos locales arrendados en el número 36 de Gloucester Place, en el centro de la ciudad, al oeste de Londres. Sin embargo, los otros pacientes fueron aplazados hasta el otoño siguiente. Al principio los analistas ocupaban solo una parte de la casa adosada de Gloucester Place y subarrendaban los dos pisos

superiores. La construcción del edificio frustró sus intentos de ofrecer un horario clínico diario y, finalmente, admitieron que las reformas necesarias pospondrían hasta septiembre las perspectivas de un funcionamiento clínico completo. A pesar de ello, Jones estaba cada vez más impaciente conforme se acercaba el día de apertura y garabateaba nota tras nota, conteniendo apenas su entusiasmo en previsión del martes 24 de septiembre. Durante los veinte años de amistad, Freud, que afirmaba detestar las ceremonias, se había dado cuenta de cuánto le gustaban a Jones, de modo que celebró su triunfo con una cortesía impecable: «Aunque estaré ausente en la apertura de la clínica mañana, estoy con usted y soy consciente de la importancia del día».⁴ La sociedad británica delegó formalmente entonces la responsabilidad de la clínica a una junta de directores. Ernest Jones saludó a los simpatizantes como director de la clínica y del Instituto, mientras que Edward Glover tomó a su cargo el puesto de director adjunto, y los doctores Douglas Bryan, Estelle Cole, David Eder, William Inman, John Rickman, Robert M. Rigall y William Stoddart completaron el resto del equipo. Sylvia Payne y Marjorie Brierley, las únicas dos mujeres del equipo veterano, interrumpieron su trabajo profesional para hacerse cargo de responsabilidades «domésticas» y supervisar la atención del edificio, el grupo de limpieza y mantenimiento, y asignar las salas de tratamiento. Y finalmente Warburton Brown, Marjorie Franklin, Lionel Penrose y Adrian Stephen fueron nombrados clínicos adjuntos autorizados a hacer psicoanálisis bajo supervisión. Jones estaba particularmente satisfecho de que Glover y él mismo hubieran organizado el control del análisis porque ahora la clínica estaría vinculada legítimamente al Instituto.⁵

Más tarde, en noviembre, Melanie Klein, en el último año de búsqueda de un hogar permanente para sí misma y sus ideas, llegó a Londres, y su traslado desde Berlín no pudo producirse en mejor momento. Se estaba poniendo en marcha la clínica de Londres y Klein estaba idealmente preparada para contribuir a su éxito. De alguna forma su decisión de aceptar la invitación de Jones a incorporarse a la sociedad británica estaba teñida de pesar, y ella añadía alguna provocación: «Se dice que Simmel se ha pronunciado positivamente sobre mi trabajo y sus perspectivas en el futuro», escribió en su carta de aceptación, «y ha expresado la esperanza de que cuando yo regrese a Berlín desde Londres vuelva con energías renovadas».⁶ No obstante, se adaptó bien a la atmósfera de Londres y permaneció allí, controvertida como siempre, hasta el final de su vida. Tras más de seis años de lucha en Berlín en torno a su análisis de niños, Klein

podía ahora clarificar sus «ideas conectadas con la educación» y basarlas en «notas del análisis de un niño de cinco años» con mucho menos miedo a la mala voluntad de su colega.⁷ Melanie Klein era muy cuidadosa con las notas y muy atenta a los mínimos detalles de las palabras y los dibujos de sus pequeños pacientes. Su trabajo londinense con Alan, Julia, George y Richard formaba el núcleo del *Relato del psicoanálisis de un niño*. Al igual que sus democráticos colegas en Berlín y Viena, Klein trataba al menos a un paciente sin cargo diariamente o desempeñaba un servicio equivalente en la clínica. Tomaba notas de estas citas en agendas de bolsillo pequeñas como joyas, de idénticas medidas cada año desde 1923 a 1946, con cubiertas de cuero marrón tan gastado que parecía negro, indistinguibles una de otra salvo por el año estampado en oro. Muchos de sus pacientes eran niños para cuya terapia de juegos pidió juguetes de madera pintada de un proveedor especial de Alemania. Los honorarios de los niños eran apuntados, en el alemán abreviado de Klein mezclado a veces con un toque de húngaro, con particular referencia a las cuentas que mantenía (hasta 1926) para el Poliklinik: «Estoy obligada con el Polik. por 26 marcos, 6 k. por septiembre», garabateaba el 31 de octubre de 1924.⁸ Escribía en tinta negra con una estilográfica clásica, pero su caligrafía era irregular y a menudo descuidada. Algunos días registraba sus cuentas en horas de servicio en la clínica: «Por la semana (de mayo) 24-31», anotaba el 3 de junio; «Soy responsable de 14 horas, 20». El mismo sistema de deber clínico se aplicaba ahora que Klein estaba en Londres. Ella también reconocía que, como en sus otras clínicas, los candidatos que no podían darse el lujo de pagarle su análisis didáctico eran considerados por el profesorado didáctico como «pacientes de la clínica» en lugar de la ahora habitual responsabilidad de los pacientes externos. Para decirlo todo, el equipo clínico trataba a cerca de veinticinco pacientes a diario. Como en todas las otras clínicas, hombres y mujeres de todas las edades y ocupaciones hacían cola para las consultas iniciales. Los posibles pacientes, que llegaban allí por consejo de médicos o familiares, esperaban las entrevistas de admisión realizadas alternativamente por Jones y Glover un día cada semana, los martes a las cinco y media de la tarde. Se ofreció una asombrosa cantidad de cien consultas en los primeros nueve meses de la clínica y, de forma igualmente sorprendente, casi todos los entrevistados llegaron a ser casos analíticos, y muchos de ellos siguieron más allá de los seis meses iniciales de tratamiento. La clínica de Londres nunca difundió sus servicios al gran público y ni siquiera se anunció nunca en los periódicos locales durante sus primeros

diez años, pero aun así las peticiones excedieron en tal medida la capacidad del equipo que su lista de espera llegó a alcanzar dos años completos.

Para evitar una demanda potencialmente abrumadora, los analistas de Londres concibieron el diseño de la lista de espera antes de que acabara el primer año. El tratamiento era gratuito en la clínica desde sus inicios y aún lo es en la actualidad. La lista de espera se dividía en tres rúbricas: casos urgentes, casos especialmente adecuados para estudiantes, y los casos permanentes restantes. Dado que la empresa entera giraba alrededor del procedimiento de admisión, Jones y Glover se vieron rápidamente empujados a establecer tres categorías más que no estaban en la lista de pacientes en espera. El repertorio de un entrevistador de admisión es muy amplio, pues debe escuchar imparcialmente tanto las quejas de un neurótico como el florido discurso del psicótico y, sobre todo, las lamentaciones de personas, generalmente equilibradas, abrumadas por una gran variedad de crisis cotidianas. Así, la primera de las nuevas categorías, «con asesoramiento *in situ*», clasificaba sobre todo a padres y niños con crisis escolares repentinas; detenciones por delitos menores con una clara descripción psicológica como la cleptomanía o quizá la violencia doméstica. La segunda categoría, «consulta con el médico habitual del paciente», era para las quejas de dolor de cabeza, asma, epilepsia, narcolepsia, trastornos digestivos, y otras consultas ocasionales sobre sonambulismo y tics. Finalmente, el tercer grupo de pacientes, aquellos cuyos problemas podrían ser mejor atendidos en otra institución médica, incluía enfermedades cardíacas, adicciones a las drogas y esquizofrenia severa. El equipo, que se reunía trimestralmente, estaba satisfecho con el resultado terapéutico y estimaba modestamente que algunos pacientes se habían curado y otros habían experimentado «grandes mejoras».⁹

En Viena, Grete Lehner Bibring y Eduard Kronold formaban equipo con Reich y Hitschmann: los cuatro juntos constituían ahora el equipo profesional de la clínica analítica a pleno rendimiento. Richard Sterba se incorporó oficialmente después de presentar su artículo de iniciación «Sobre la transferencia negativa latente», que Reich consideró impresionante, en una de las reuniones de la sociedad en la noche de los miércoles. Este artículo le otorgó a Sterba la pertenencia como miembro de pleno derecho en la sociedad pero, al admitirlo, el Ambulatorium obtuvo un leal y destacado miembro que preservaría la integridad de la clínica hasta su obligado cierre en 1938. Aun así, el equipo estaba más directamente interesado en la necesidad de proteger a cada paciente niño, adolescente y adulto admitiéndolos e involucrándolos lo más pronto

posible en el tratamiento psicoanalítico. El mayor número de niños tratados en la historia del Ambulatorium se incorporó en 1926 y 1927. Incluso se visitó y contabilizó a niños menores de diez años (y las personas mayores de sesenta y uno a setenta años), aunque representaran solo una fracción menor de la población total atendida en el Ambulatorium. Como de costumbre, se trató a más varones que niñas, contando con cerca de siete niños y cinco niñas regularmente. Los analistas estaban poco preparados en su experiencia clínica para llevar casos de niños, los «pequeños pacientes del gueto», como dijo la americana Helen Ross, y la mayoría de los analistas, excepto Hermine Hug-Helmuth y Anna Freud, eran principiantes.¹⁰ Un día, Jenny Waelder-Hall, pediatra en el Hospital Kaiser Franz-Josef durante cinco años y medio, que ya analizaba a adultos en la Herzstation, tomó allí su primer caso, un niño pequeño entrevistado inicialmente por Anna Freud. Afortunadamente, el hospital estaba cerca, así que aunque sus responsabilidades médicas no se acoplaban a las extrañas horas vespertinas de la clínica, Waelder-Hall optó no obstante por comenzar su caso al día siguiente. Anton, un escolar tímido de nueve años, experimentaba unos terrores nocturnos tan profundos que afectaban gravemente a su rendimiento escolar y terminaron entorpeciendo todas las rutinas familiares. Imágenes recurrentes de violentas escenas de palizas entre sus padres importunaban su sueño. Estaba poseído por la imagen mental agonizante de un intento fallido de rescatar a su madre a los tres años, intento frustrado al caer de repente —según le relataron después— gravemente herido, y de toda la familia en la comisaría de policía.¹¹ Excluido de los juegos con sus compañeros, Anton desarrollaba una vida de fantasía animada por amigos diurnos invisibles y enemigos nocturnos. El delicado dilema clínico que este caso planteaba —cómo aliviar a un niño de esas mismas fantasías inconscientes que permitían su supervivencia diaria consciente— hacía patente la necesidad de orientación y supervisión clínica.

El concepto de un seminario en técnica psicoanalítica, en ese momento el método estándar de Reich y Bibring para comentar los casos de pacientes adultos, fue transferido fácilmente al análisis de niños. Dado que Anna Freud era la elección natural para dirigir el nuevo seminario semanal de supervisión, se asignó la noche de los lunes, y Edith Buxbaum, Editha Sterba, August Aichhorn, Grete Lehner Bibring, Marianne Rie Kris, Annie Reich, Anny Angel-Katan, Dorothy Burlingham y Willi Hoffer se incorporaron al proyecto, «Sobre la técnica del análisis de niños». Jenny Waelder-Hall recordaba que: «Fue tanta la gente que supo de nuestro seminario y comenzó a venir, que las reuniones

estaban llenas. Kris, Waelder, todos los que tenían a algún paciente e incluso los que no tenían ninguno, venían».¹² Para Dorothy Burlingham, el seminario fue una de sus primeras presentaciones oficiales en la vida de los psicoanalistas de Viena. Dorothy, la futura compañera de toda la vida de Anna Freud, era la hija rica y triste de Louis Comfort Tiffany y hacía poco que había llevado a sus cuatro hijos a Viena. Como su interés por el psicoanálisis creció más allá de su necesidad de alivio personal, comenzó a asistir al seminario. Ella recordaba que la mayoría de las reuniones aún se celebraban en el Ambulatorium, en la «sala de conferencias, llena de humo, de la Herzstation en el Distrito Universitario [...] un centro para la investigación cardíaca durante el día y sede psicoanalítica al llegar la tarde».¹³ Pero el espacio en esta «sede» se había vuelto tan concurrido en 1926 que los administradores del hospital amenazaron, una vez más, con desalojar la clínica. A su debido tiempo se permitió continuar allí al Ambulatorium y al Instituto, mientras que las reuniones de la sociedad se desplazaron a algunas manzanas de distancia. Anna Freud sostuvo sus propios seminarios en un conjunto separado de salas en Berggasse. La ventana del patio de su sala de espera estaba justo enfrente de la de su padre, pero Freud nunca se unió al grupo porque, según Jenny Waelder-Hall, «él sabía que, si hubiera estado presente, ninguno de nosotros habría funcionado».¹⁴ El seminario original, desbordado por el crecimiento acelerado del número de niños derivados por los maestros escolares y en deuda con la misión del Ambulatorium, crecía a la velocidad de un reguero de pólvora y tuvo que organizarse en tres cursos separados, más manejables. El tipo de casos de los que se hablaba en el seminario técnico sobre análisis de niños reflejaba el censo de las familias obreras de Viena, desde el caso de Annie Reich de una niña prostituta callejera, hasta el intento de Dorothy Burlingham de involucrar a una madre analfabeta, portera, en la educación sexual de su hija de ocho años. Aparte de su común interés por el bien público, los analistas no estaban nada preparados para el tipo de temas que planteaba su trabajo en la clínica. La niña de ocho años era un ejemplo perfecto de la ingenuidad de ellos. Cuando Dorothy aconsejó a la madre hablar de sexo con su hija y explicarle «por qué es útil y no peligroso», recordaba Waelder-Hall de la conferencia sobre el caso, la portera le espetó que las imágenes desagradables podían estar bien en la fantasía de la analista sobre los niños, pero que ella limpiaba una casa llena de solteros y ¡quién sabe lo que haría su niñita! La pequeña paciente huyó del Ambulatorium y al mismo tiempo los analistas se percataban de que tenían que adquirir toda una gama de nuevas habilidades para trabajar con familias,

maestros de escuela, consejeros orientadores y asistentes sociales. No es de extrañar que el asesoramiento infantil desexualizado de Adler tuviera tanto éxito entre los socialdemócratas. El curso de Adler sobre pedagogía psicoanalítica florecía porque precisamente rebatía la incomodidad que suscitan unánimemente (entonces y ahora) las ideas de sexualidad, agresividad y fantasía infantil entre los profesores de niños pequeños. August Aichhorn, que también era miembro del seminario, era menos reticente a aceptar la agresividad infantil, y sus respuestas empáticas a los niños con problemas hacían que fuera un maestro vivaz. Aichhorn llevaba una subdivisión del seminario sobre adolescencia y delincuencia, y lo dirigía desde su pequeña clínica en la planta baja del número 18 de Pelikangasse.

Debido a que eran tan pobres, los adolescentes indigentes y de clase obrera estaban en el último lugar de los pacientes tratados por los consejeros municipales de orientación aun cuando, como bien sabían Aichhorn y Reich, su malestar indicaba algo más que un intervalo problemático en su camino hacia la edad adulta. Incluso los padres capacitados se quedaban en Babia cuando sus adolescentes hablaban de la angustia inevitable del crecimiento, un tormento personal que parecía sumir a toda la familia en el padecimiento. Aichhorn y Adler, por el contrario, estaban fascinados por la depresión de los adolescentes y, ahora que se conocían mejor sus estrategias terapéuticas, otros terapeutas comenzaban a basarse en esos métodos. Y así, el profesor Schroeder del instituto de neurología de la Universidad de Leipzig decidió abrir una clínica para adolescentes en noviembre. Para establecer el nuevo centro policlínico y de observación para jóvenes delincuentes, Schroeder convenció primero a las autoridades hospitalarias para reservar una gran sala, para visitantes, y algunas salas más pequeñas para tratamientos. Agregó después un serie de conferencias los domingos por la tarde, en las cuales los psiquiatras locales exponían su trabajo en el centro de observación contiguo. Desde luego que había otras instalaciones cerca de Leipzig para niñas y niños, pero ninguna ofrecía tratamiento para las situaciones traumáticas o de complejo de Edipo. La clínica de Schroeder se basaba en los métodos que Aichhorn había publicado un año antes, en *Juventud desamparada*, y en los informes de Bernfeld sobre el Kinderheim Baumgarten.¹⁵ Los terapeutas de Leipzig se identificaban con el psicoanálisis y muchos de ellos eran, con toda probabilidad, candidatos en formación en el Poliklinik de Berlín. Cuando Teresa Benedek, que viajaba a menudo de Berlín a Leipzig, se hizo cargo de la dirección del grupo de estudio local en octubre, confiaba en que el psicoanalista de orientación

sociológica Erich Fromm y Frieda Fromm-Reichmann, ambos de Heidelberg, se incorporaran a su grupo o bien a la reciente subdivisión de la sociedad de Berlín abierta en Francfort. Incluso la prensa estaba al corriente de la actividad dentro del movimiento psicoanalítico. En la cabecera de la edición del 13 de octubre de 1926 del *Leipziger Volkszeitung*, un redactor editó un titular de citas halagadoras sobre Freud en ocasión de su cumpleaños. El periódico decía: «Hay un aspecto sociológico del psicoanálisis que es solidario con el progreso social».¹⁶ A la larga, la pequeña sociedad de Francfort, con Clara Happel y Karl Landauer, resultó ser históricamente más importante que Leipzig, en gran medida porque se había afiliado al distinguido Instituto de Investigación Social.

En ocasiones especiales como la de ese año, en que Freud cumplía setenta años, él ayudó al fondo del Ambulatorium destinando la mayor parte de los 30.000 marcos —unos 4.200 dólares— recaudados por sus colegas a un Fondo de Jubileo Psicoanalítico para el mantenimiento de la clínica de Viena. Freud agradecía este fondo, obtenido en gran medida por sus discípulos y su colega húngaro Sándor Ferenczi en lugar de los regalos, y distribuyó los importes confiando en haber sido «fiel a las intenciones de los donantes».¹⁷ Freud dejó a un lado su irritable humor de cumpleaños, y dio las gracias a los contribuyentes como Marie Bonaparte, cuya fortuna imperial sobreviviría incluso a la quiebra económica de 1929. Freud se burlaba de que le hubieran concedido la placa socialdemócrata, el diploma acreditativo de su ciudadanía honorífica de Viena (mientras que sutilmente le insistía en que financiara una clínica en París). Pero el impulso de Freud por apoyar el Ambulatorium no era meramente caritativo. Las políticas económicas redistributivas de los responsables financieros de la Viena Roja, Robert Danneberg y Hugo Breitner, habían arraigado y los fondos excedentes se asignaban invariablemente al bienestar social, para lo que el estatuto de independencia de Viena también era útil. «La ausencia de barrios pobres, las calles limpias, los parques bien cuidados [...] los nuevos apartamentos de trabajadores y un buen número de escuelas muy interesantes para niños y adultos» impresionaron a una joven americana y candidata psicoanalítica llamada Muriel Gardiner.¹⁸

Muriel Gardiner se convertiría en una de las más hábiles y enérgicas luchadoras antifascistas de la época. En el verano de 1934, cuando los fascistas abatían a tiros a la gente por las esquinas, Gardiner se convertiría en una rescatadora clandestina extraordinaria y eventualmente, de vuelta en Estados Unidos, en protectora del socialdemócrata Otto Bauer hasta su muerte. Pero a mediados de la década de 1920 aún

asistía a la escuela de medicina y a los seminarios psicoanalíticos. Las memorias de su vida a ambos lados del psicoanálisis tienen el efecto de presentarle al lector actual los sencillos modos de intercambio entre los psicoanalistas vieneses e incluso entre analistas y pacientes: «Muchos aspectos del análisis de esa época no serían aprobados en los Estados Unidos de hoy», escribía en sus memorias de 1983. Gardiner nació en 1901 en una rica familia del Medio Oeste. Fue alumna de Durant en Wellesley, activa en la política socialista en el campus y fundadora de la Liga Liberal Intercolegiada con amigos de Radcliffe y Harvard. En 1922 se marchó a Europa, primero para graduarse en Oxford y luego para estudiar psicoanálisis y medicina en Viena. Su llegada coincidió con el nuevo sistema de bienestar social de Tandler, y su interés en aplicar el conocimiento psicoanalítico a la educación estaba de acuerdo con la misión del Ambulatorium. En esa época los analistas «manifestaban sus opiniones y gustos más abiertamente, y a menudo hablaban libremente con sus pacientes», observó, añadiendo que «no evitaban el contacto social con tanto rigor».¹⁹ Por ejemplo, Bruno Bettelheim conoció por primera vez a su analista Richard Sterba en un ambiente social, público, y acordó con él temas prácticos, como la hora diaria de cita y los honorarios, muy abiertamente.²⁰ Para Bettelheim, así como para otros analizantes, las entrevistas preliminares con sus futuros analistas eran animadas, incluso habituales, y en general eran experiencias amables. A menudo el contacto inicial era una introducción de Anna Freud y Paul Federn a la atmósfera de camaradería que era especialmente intensa entre los analistas legos. Erik Erikson, aunque en general ambivalente sobre su análisis con Anna Freud, recordaba que en las sesiones ella tejía una pequeña manta para su hijo recién nacido. La laxitud de la interacción social entre analista y paciente también tenía implicaciones políticas. Muriel Gardiner sentía que podía revelar libremente sus actividades clandestinas a su analista Ruth Brunswick, no solo por el respetado imperativo de la confidencialidad del paciente, sino también porque, según decía, «yo sabía que ella compartía mis puntos de vista».²¹ Y, sobre todo, llamaba la atención el caso de Freud por el despreocupado descuido de sus propias recomendaciones técnicas en el ámbito del anonimato (no revelar reacciones personales), la neutralidad (no dar directrices), y la confidencialidad (no compartir información del paciente con un tercero). Estrechaba las manos de sus pacientes al principio y al final de cada sesión y, casi en cualquier ámbito, se desviaba constantemente de sus propias instrucciones publicadas en 1913. Cada uno de los casos de Freud registrados entre 1907 y 1939 revela como mínimo su tendencia a urgir a los pacientes a

adoptar medidas concretas en sus vidas y también su placer en conversar, bromear e incluso chismorrear con ellos. Gran parte de esta actitud sigue siendo clínicamente controvertida y a menudo ha dado lugar a justificadas acusaciones de incorrección, dada la curiosidad lasciva y experimental de Freud. Pero sin duda su actitud también evidenciaba su preocupación manifiesta por los pacientes y su sociabilidad. Incluso anteriormente, en 1905, cuando los ingresos de Freud apenas cubrían los gastos de su familia, ayudó a Bruno Goetz, un joven poeta suizo con problemas visuales y severas jaquecas. Freud leyó sus poemas con admiración, hizo algunas preguntas y luego dijo:

—Bueno, mi estudiante Goetz. No voy a analizarlo. Puede llegar a ser de lo más feliz con sus complejos. Por lo que se refiere a su vista, le haré una receta. Entonces se sentó a su mesa y escribió. Mientras tanto, me preguntó:

—Me han dicho que usted apenas tiene dinero y que vive en la pobreza. ¿Es eso cierto?

Le dije que mi padre recibía un salario muy pequeño como maestro, que tenía cuatro hermanos y hermanas más pequeños, y que sobrevivía dando clases particulares y vendiendo artículos periodísticos.

—Sí —dijo—. La severidad con uno mismo a veces es buena, pero no hay que excederse. ¿Cuándo comió un bistec por última vez?

—Creo que fue hace cuatro semanas.

—Me lo imaginaba —dijo levantándose de su mesa—. Aquí tiene su receta. —Y agregó algún otro consejo, pero de pronto casi se volvió tímido—. Espero que no le importe, pero yo soy un médico establecido y usted es un joven estudiante. Por favor, acepte este sobre y permítame que le haga de padre por esta vez. Un pequeño honorario por el placer que me ha proporcionado con sus poemas y la historia de su juventud. Volvamos a vernos otra vez. *Auf Wiedersehen!*

¡Imagínese! Cuando llegué a mi habitación y abrí el sobre, encontré 200 *Kronen*. Estaba tan conmovido que rompí a llorar.²²

Ese año Ernest Jones le escribía a Freud: «En sus opiniones políticas privadas uno puede ser bolchevique, pero no ayudaría en nada a la proyección del psicoanálisis».²³ Jones, como siempre deferente e impulsivo, matizaba su correspondencia con una particular cualidad emocional. Aquí, irrumpe con su propio descubrimiento de la naturaleza política del pensamiento de Freud. El portavoz del psicoanálisis divulga exactamente aquello por lo cual castiga a Freud, pero no lo repudia. Entiende la fascinación de Freud por el cambio y se debate entre la lealtad al hombre y la lealtad a la «causa» psicoanalítica.

La dimensión política de la causa era mucho mayor de lo que Jones podía entender. En 1926 ya estaban muy avanzados los planes de la IPA para una red de institutos didácticos y clínicas gratuitas, propuestos en Budapest en septiembre de 1918. La alianza

entre socialismo y psicoanálisis se selló en Berlín cuando a Ernst Simmel se le adjudicó simultáneamente la presidencia de la Asociación de Médicos Socialistas y de la Asociación Psicoanalítica Alemana (Deutsche Psychoanalytische Gesellschaft o DPG). Luego, Siegfried Bernfeld y Otto Fenichel, dos de los miembros políticamente más dinámicos del movimiento, se incorporaron oficialmente al Poliklinik después de desplazarse de Viena a Berlín. En julio Bernfeld resumió su posición de izquierdas en un amplio informe remitido al Sindicato de Médicos Socialistas. El discurso, llamado «Sobre socialismo y psicoanálisis», lo escucharon Barbara Lantos, Fenichel y la mayoría de los miembros de los Seminarios de Niños, y se publicó en una edición de *El Médico Socialista*, el periódico del Sindicato de Médicos Socialistas.²⁴ En su ensayo, Bernfeld argumentaba que el psicoanálisis puede tener un auténtico significado para el proletariado, pero solo si se pone en práctica en la lucha de clases. En una época en que tanto el socialismo como el psicoanálisis aspiraban a contribuir a la salud de la nación, la medicina continuaba floreciendo en las manos privadas de la burguesía. Una vez que la práctica médica fuera completamente reestructurada y redirigida hacia las clases trabajadoras, el psicoanálisis le seguiría. Tal vez el psicoanálisis aún no beneficiaba al público en general tanto como a los individuos, pero sí que explicaba algunos fenómenos (como el conflicto familiar o las dinámicas de grupo), algo que la ciencia social no podía hacer. Lógicamente, las ideas del psicoanálisis podían aplicarse a la lucha de clases con el objetivo de mantener la salud psicológica individual. Para los miembros de la Asociación de Médicos Socialistas como Heinrich Meng, Margarete Stegmann, Angel Garma, y el político-psicoanalista vienés Josef Friedjung, la afirmación de Bernfeld era la expresión más clara hasta esa fecha de la tesis de que las dos corrientes del psicoanálisis (la teoría y la práctica) tenían una influencia igualmente poderosa. En otras palabras, la teoría y la práctica juntas tenían un impacto político que ningún elemento solo podía conseguir. Desde el punto de vista de algunos miembros y candidatos DPG más jóvenes, el grupo conocido también como los Seminarios de Niños, Bernfeld hablaba su mismo idioma. Desde 1924, cuando los Seminarios de Niños se reunieron por primera vez, hasta octubre de 1933, cuando todos fueron disueltos a la fuerza, el grupo sostuvo 168 reuniones en las casas de uno u otro.²⁵ La mayoría de las reuniones estaban dedicadas, naturalmente, al psicoanálisis y la política. Pero Bernfeld podía explicar la naturaleza exacta del vínculo entre psicoanálisis y materialismo dialéctico que incluso Fenichel y

Reich (quien visitó la Unión Soviética en viajes de estudio con ese propósito) no eran capaces de explicar.

El enorme desafío de mantenerse como líder de una organización con cuatro vertientes y que cambiaba rápidamente —la IPA, la sociedad de Berlín, la Verlag, y el Poliklinik— recayó en Max Eitingon dadas sus magistrales habilidades administrativas. «Es muy tranquilizador para mí saber que la dirección de las diversas organizaciones permanece en manos de Eitingon», respondía Ferenczi a la nota igualmente tranquilizadora de Freud sobre el destino post-Abraham del Poliklinik.²⁶ El 12 de enero tuvo lugar un acto en memoria de Abraham, el fundador y primer presidente de la sociedad de Berlín. Después de los dignos discursos de Eitingon, Sachs y Radó, el retrato de Abraham fue colocado en la sala de conferencias de la clínica y allí permaneció para siempre.²⁷ Ferenczi animó a sus *Liebe Freunde* (queridos amigos), convencido de que el talento de Eitingon y Simmel juntos daría la mejor solución a los problemas administrativos causados por la muerte de Abraham.²⁸ Eitingon rápidamente nombró una presidencia de Simmel, Radó y Horney hasta que se pudieran programar las elecciones.

Loewenstein partió para París y Alfred Gross, su sustituto, continuó con el programa de Simmel para pacientes ingresados, el Sanatorio Schloss Tegel, solo para ser sustituido por el doctor Witt. Para entonces el equipo del Poliklinik estaba constituido por los directores más siete adjuntos asalariados, diez candidatos veteranos y cerca de quince miembros de la Sociedad Psicoanalítica. Cada uno dedicaba cuatro horas diarias a los pacientes de la clínica, a los que trataban o bien en el Poliklinik o bien en sus consultas privadas. Cuatro adjuntos adicionales no remunerados ofrecían las mismas cuatro horas semanales de tratamiento en la clínica. El número cuatro parecía ser una especie de estándar, porque cada paciente visitaba la clínica, regularmente, cuatro horas por semana.

¿Se puede acortar o acelerar un tratamiento individual? ¿La hora analítica es de sesenta o de cuarenta y cinco minutos, o puede variar? ¿Cuántos días a la semana son necesarios para un análisis eficaz? ¿Un análisis debería completarse en solo cuatro meses? ¿Es mejor que estas decisiones las tome el paciente o el terapeuta? Al igual que en los debates epistolares entre Freud y Ferenczi, el equipo del Poliklinik sostenía a menudo estas polémicas morales y prácticas, si bien de forma no conclusiva. Aunque Freud había presagiado en 1918 que los analistas «tendrían que mezclar alguna aleación con el oro puro del análisis» una vez que el tratamiento gratuito se difundiera, el equipo del Poliklinik no encontraba un sustituto adecuado para el método analítico y condenaba

de forma igualmente metafórica como «inútil [...] el cobre de la sugestión directa». Rehusaban implementar *a priori* los límites del tratamiento sin tener en cuenta el diagnóstico. Mientras experimentaban intensamente con los parámetros concretos del tratamiento, la única definición del curso del análisis era «el proceso creado por Freud». Para justificar la duración del tratamiento, Eitingon se remitía al discurso de Budapest y comparaba la terapia de largo recorrido en la neurosis con el tratamiento de otras enfermedades crónicas como la tuberculosis: «cuanto mayor y más profundo es el éxito, más largo es el tiempo del tratamiento».²⁹

El tratamiento activo era una innovación, una extensión del psicoanálisis quizá, pero no lo reemplazaba. Aunque Eitingon se burlaba del tratamiento breve como una de esas «intervenciones forzadas, hiperingeniosas», que poco conseguían pues se desviaban de la trayectoria de la patología real, sin embargo, urgía a los analistas a investigar en los regímenes fraccionarios, es decir, limitados en el tiempo o intermitentes.³⁰ Franz Alexander recordaba que «le gustaba experimentar con las interrupciones, y “análisis fraccionario” era una expresión que utilizaba con frecuencia».³¹ Desde la perspectiva de Alix Strachey, Eitingon era un hombre algo contradictorio y con «un carácter encantador», que consideraba que la duración del tratamiento dependía del paciente o, en su defecto, de una decisión mutua entre terapeuta y paciente. Disfrutaba desarrollando ventajosos programas *fraktionäre* diseñados para pacientes como Josephine Dellisch, la empobrecida maestra suiza que se había hecho amiga de Anna Freud. «Un mes en Navidad, 3 semanas en Semana Santa, etc., para adaptarse a su calendario escolar (comenzando en diciembre)», registraba Alix.³² El equipo del Poliklinik apuntaba a soluciones flexibles para los dilemas prácticos en la clínica, y la duración de la hora clínica, así como el tiempo de tratamiento, estaban sujetos a tanto debate, o más, en la década de 1920 como en la actualidad. Lo ideal eran las sesiones diarias, pero dado que muchos de los pacientes trabajaban, estaban más difundidas las tres veces semanales. En 1926 se consideraba adecuado el programa de tres horas semanales y se sostuvo como práctica estándar en Berlín. Diez años más tarde, como fundador del nuevo Instituto de Psicoanálisis de Chicago, que se inspiraba en su experiencia berlinesa, Alexander aún insistía en la flexibilidad, en que el tratamiento se ajustara al paciente y no a la inversa. Decía que, incluso aunque supusiera abreviar la experiencia analítica, «es ventajoso a veces cambiar la intensidad de la terapia alternando la frecuencia de las entrevistas, o con la interrupción temporal del tratamiento».³³

¿Cuánto debía durar una sesión analítica? Si el tratamiento es una parte cotidiana de la vida, una hora como cualquier hora de trabajo del día, entonces tal vez una sesión de treinta minutos es una unidad de tiempo tan natural como la de sesenta minutos o una hora. Sesenta minutos había sido la duración estándar de una sesión hasta la década de 1920, cuando Karl Abraham y el equipo del Poliklinik planteó el asunto como una de las cuestiones polémicas. Eitingon escribió que, al principio, los analistas intentaban «reducir sistemáticamente y en todos los casos la duración de la sesión analítica de una hora a media hora», debido a los horarios abarrotados de trabajo y familia de sus pacientes. En su lugar, la sesión de cada paciente se fijaba individualmente, con un rango que iba de cuarenta y cinco a sesenta minutos. El factor decisivo era la receptividad del paciente a la «disciplina» (quizás otra palabra para la motivación). Para alguien que acepta el rousseauniano talento natural de la humanidad para autorregularse, la afirmación de Eitingon de que «a pesar de su neurosis [...] no es raro encontrar (gente autodisciplinada) entre los funcionarios públicos y otras personas en la Alemania prusiana» era sarcástica en el mejor de los casos. ¿La disciplina es una motivación interna natural del ser humano hacia la salud? ¿O es una respuesta a una motivación externa tal como un programa fraccionario? ¿Cuál tendría más sentido clínicamente? Tal como sus amigos de la Escuela de Francfort dirían, la respuesta se halla en la dialéctica. Una entrevista, o sesión, analítica podía durar entre cuarenta y cinco y sesenta minutos dado que, en la teoría al menos, solo un equilibrio de la valoración clínica del practicante y la disciplina del paciente daría lugar a un esquema apropiado. No obstante, según Alexander, los experimentos iniciales de Eitingon con las entrevistas de media hora resultaron «insatisfactorios» y lo que se convertiría en la hora analítica estándar de cincuenta y cinco minutos fue instituida como la norma oficial. Se veía a los pacientes tres, cuatro o más veces por semana, sin límite de tiempo preestablecido para el final del análisis. El Poliklinik abría desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde diariamente y se asignaban trescientas horas analíticas (completas) semanales a pacientes de la clínica.

La posibilidad de modificar la duración de la hora clínica también atraía a los vieneses. En particular el equipo del posterior Departamento para casos de Borderline y Psicosis del Ambulatorium, de carácter experimental, consideraba que la hora analítica completa de sesenta minutos producía en el paciente una agitación insoportable. Reducir la sesión a catorce o quince minutos parecía contener la ansiedad del individuo y en general dar lugar a una entrevista más productiva. Pero serían necesarios al menos otros veinte años

para que el marco de tiempo abreviado, los cincuenta y cinco minutos, entrara en la corriente principal de la cultura psicoanalítica. Después de la Segunda Guerra Mundial el psicoanalista francés Sacha Nacht reintrodujo la hora más corta de cuarenta y cinco minutos, y el programa de tratamiento de tres veces semanales, para los terapeutas que lo desearan, en la clínica de la Société Psychanalytique de París.³⁴

Naturalmente, del mismo modo que se sometió a escrutinio la hora clínica, también se examinó la duración de un tratamiento completo. ¿Cuánto debía durar el psicoanálisis? ¿Con qué rigor debían mantener el analista y el paciente el programa diario? Sándor Ferenczi había explorado la teoría clínica en la que basar el «análisis fraccionario», el programa basado en intervalos, ahora considerado un precursor del actual tratamiento planificado de «tiempo breve», y Eitingon lo había aplicado.³⁵ Al mismo tiempo, Ernst Simmel reintrodujo experimentos con el tratamiento efectivo, de dos a tres sesiones, que había iniciado durante la guerra. Aplicado más tarde en Viena, el análisis fraccionario no era interminable y podía interrumpirse o dividirse en segmentos dictados por la vida del paciente. Un embarazo, una resistencia al cambio clínico, el servicio militar eran solo algunas de las indicaciones para interrumpir legítimamente el curso del tratamiento. A diferencia de otras acciones terapéuticas, un «fraccionamiento» deliberado señalaba el final del tratamiento o simplemente una interrupción durante la cual los pacientes practicarían (quizá presagiando la teoría del desarrollo de Margaret Mahler) las opciones obtenidas de los nuevos conocimientos y luego volverían —o no—, a su elección. Los analistas y sus pacientes podían fijar una fecha aceptable mutuamente para la «terminación», el final planeado del tratamiento. Por supuesto, el método del análisis fraccionario era estadísticamente satisfactorio también porque permitía a los analistas documentar y contar un tipo de «tasa de éxito»: un análisis completado era exitoso, y los más ambiguos eran simplemente fraccionarios (pero no fallidos).

¿Convenía satisfacer las fantasías paternas de los pacientes, para después inducirlos a renunciar a ellas? Esta clase de pregunta librepensadora podían plantearla e incluso actuar en consecuencia los experimentadores del Poliklinik. La independencia de los analistas del Poliklinik respecto al interés financiero en el paciente ofrecía a ambas partes

libertades clínicas hasta ese momento desconocidas. De una manera que evocaba los esfuerzos de Ferenczi en el «análisis mutuo», tanto el analista como el paciente podían valorar si las transferencias cambiaban de acuerdo con el estatuto del paciente y podían utilizar su libertad para experimentar con estas nuevas formas de tratamiento. Como decía Eitingon: «En la práctica privada (esto) jamás podría haberse llevado a cabo, porque solo rara vez la vida permite una actuación tan costosa».

1927

«ES DE VALOR ESPECIAL EN LA PROMOCIÓN (DEL PSICOANÁLISIS)
EL ESTABLECIMIENTO DE INSTITUTOS Y CLÍNICAS PARA
EL TRATAMIENTO AMBULATORIO»

El 30 de enero de 1927 constituyó un punto de inflexión para Wilhelm Reich, así como para la izquierda política de Austria: un terrorista de derecha disparó al azar en una multitud de socialdemócratas en Schattendorf, un pequeño pueblo cerca de la frontera húngara. Lo que enfureció a los trabajadores y liberales fue que los criminales acusados fueron absueltos rápidamente el 14 de julio. Al igual que las facciones paramilitares de Alemania, los socialcristianos conservadores de Austria estaban asociados con los grupos militaristas autónomos. Las fuerzas reaccionarias austríacas habían organizado sus propias facciones paramilitares independientes, el protofascista Heimwehr (Guardianes de la Patria), solo para esas ocasiones. El partido socialcristiano había sido derrotado otra vez en Viena y, aunque se aferraba al liderazgo nacional, perdió la ciudad, y su cultura cosmopolita —tan importante para los austríacos como el poder político— quedó en manos de los socialdemócratas. De hecho Viena se mantuvo aliada a los socialdemócratas hasta finales de la década de 1920. Pero el final de la década estuvo marcado por una lucha agudizada entre dos partidos políticos profundamente diferentes: los liberales seculares, urbanos, de la Viena Roja, y el partido gobernante de Austria, cuyo electorado rural católico era aún fiel a la monarquía. Incluso dentro del poder judicial de Viena, los jueces conservadores imponían penas más leves a elementos violentos de extrema derecha, una política que aumentaba la tensión entre los trabajadores y los partidos oficiales.

«¡Abajo toda la política! —ordenaba Reich—. ¡Llevemos a la práctica las exigencias de la vida!». Las protestas estallaron en Viena al día siguiente en respuesta a la puesta en libertad de los soldados del Heimwehr. La manifestación espectacular que avanzaba velozmente calle abajo frente al despacho de Reich interrumpió su sesión analítica por la mañana y, juntos, él y su paciente la dieron por finalizada. Los trabajadores habían parado y ocupado el interior de la ciudad mientras la policía se armaba. Al amanecer la

policía había lanzado un asalto violento sobre los trabajadores y Reich fue testigo de la masacre y del famoso incendio en el que ardió el Palacio de Justicia. La imagen de la multitud y de la policía disparando a los trabajadores le mostró a Reich «aquel día que sin duda el individuo reprimido socialmente es por completo diferente psicológicamente de cómo lo describe la rígida sociología del antagonismo de clases o de cómo querría que fuera [...] Descubrí, en suma, que la vida real de las masas trabajadoras se vive en un nivel completamente diferente de aquel que enfurece al tumulto de políticos y a la política de partido».¹ Las manifestaciones eran necesarias y sin embargo tristemente inútiles. Si los mítines se volvieran violentos ante cualquier provocación, entonces, el movimiento de trabajadores no sería nada más que un grupo de personas pobres, insatisfechas y desorganizadas, cambiando de causas incesantemente. Se debía llegar a las personas en un nivel verdaderamente personal para evitar que se reprodujeran las barreras artificiales de clase entre los organizadores del partido y los manifestantes. En paralelo con el análisis profundo que libera al individuo de la opresión interna y permite el fluido natural de la energía, una campaña plenamente desplegada de la izquierda liberaría a la gente corriente de la opresión externa y daría lugar a una armonía social natural. Al igual que sus colegas del momento, Reich trataba de realizar las dos vertientes al mismo tiempo, aplicando el psicoanálisis al mundo interior y la socialdemocracia al exterior. Entre sus primeras etapas de planificación en 1927 y su cierre en 1934, Sex-Pol implementó servicios psicológicos y sirvió de puente al vínculo teórico de Reich entre la sexualidad humana y las actividades políticas organizadas. Llamó a esta teoría «sexo-economía», lo que significa que el comportamiento humano y la sociedad serían saludables y autorregulados si las personas pudieran ser libres de la represión cultural. Como se apuntaba anteriormente, la práctica «sexo-económica», que suponía asesoramiento, difusión y reforma, era mencionada como trabajo social. En ese día de febrero, sin embargo, las formas conciliadoras de la socialdemocracia resultaron inadecuadas y Reich se incorporó al grupo médico del Arbeiterhilfe, asociado al Partido Comunista Austríaco.

En 1917, un año antes de escuchar el discurso de Freud sobre el progreso de las clínicas gratuitas, Ernst Simmel ya había solicitado la autorización del gobierno para una institución de investigación psicoanalítica que incluyera un sanatorio y una clínica gratuita. Creía que el tratamiento de pacientes ingresados debería extenderse a las personas incapaces, por múltiples razones, de asistir a la clínica externa en la ciudad.

Para Simmel, director en la Primera Guerra Mundial del hospital de campaña para neurosis de guerra desde 1916 hasta 1920, el discurso de Freud de 1918 en Budapest solo confirmaba la idea de que la atención a pacientes hospitalizados era una de las obligaciones sociales del psicoanálisis. Su meta para un sanatorio psicoanalítico era por tanto anterior al Poliklinik de Berlín. Realmente todas las ideas de Simmel sobre clínica y política combinadas estaban resumidas en el proyecto del sanatorio. Durante ocho años había estado recaudando fondos para ampliar la experiencia del Poliklinik y, finalmente, en abril de 1927, logró el suficiente respaldo financiero para su equivalente en hospitalización. El Ministerio alemán de Salud y Educación prometió enviar camas y emplear a médicos estatales para la formación. Era un artículo de fe en el Poliklinik, y entre los miembros del círculo de médicos socialistas, que el sanatorio tendría tanto éxito como la clínica. Aunque nunca llegó a alcanzar la prosperidad, el Sanatorio Schloss Tegel de Ernst Simmel sobrevivió durante cerca de cinco años como un núcleo de las iniciativas clínicas originales. El sanatorio también le sirvió a Freud personalmente como un retiro extraordinariamente tranquilo en un pequeño castillo restaurado en los límites de Berlín.

En algunos aspectos el Sanatorio Schloss Tegel evocaba la vida de suburbio arbolado de la Austria de preguerra. Freud le relataba a Ernest Jones: «Está a media hora de camino en coche del centro de la ciudad, el lugar es hermoso y tranquilo, situado en un parque a pocos minutos del lago Tegel».² El 1 de abril Freud felicitó a Simmel por la apertura de Tegel: «Le deseo ahora lo que va a necesitar por encima de todo, un poco de suerte».³ El Sanatorio Tegel abrió oficialmente el 11 de abril para el tratamiento residencial de personas indigentes con dificultades profundas. El arquitecto Ernst Freud, quien dio la bienvenida al encargo de diseñar y renovar el interior del establecimiento de salud, construido cien años atrás, también prestó al proyecto su capacidad de organización. Simmel escribió a Freud: «No solo nos proporcionó un alojamiento adecuado, sino que también me ayudó mucho aconsejándome en asuntos de negocios. Cuando algún peligro amenazaba el desarrollo de toda la empresa, él siempre nos daba ayuda práctica».⁴ Ernst convirtió el edificio de dos plantas, que ya se había utilizado previamente como sanatorio, a partir de sus cincuenta habitaciones grandes y pequeñas que acogían a setenta y cuatro pacientes, en un marco más funcional y simplificado para veinticinco o treinta pacientes. Enfrentado a un oscuro edificio victoriano pasado de moda, Ernst decidió que una nueva gran entrada de doble arco con plantas y sillas de

mimbre abriría el espacio y agradaría a los pacientes y al equipo. Dado que su trabajo pretendía promover un ambiente terapéutico, algunas habitaciones grandes fueron despojadas de su ornamentación y convertidas en zona de baño comunitario e instalaciones para comer con reminiscencias de los edificios de la *Gemeindebauten* vienesa supervisados por su mentor anterior, Adolf Loos. Se colgaron de los techos las lámparas de estilo Bauhaus con pantalla blanca para distribuir la luz de manera uniforme sobre los pacientes y los médicos en las mesas del comedor (los dos grupos compartían las comidas comunitarias). Los vestíbulos fueron despejados para que las habitaciones se abrieran directamente a ellos, y una zona grande en la parte posterior fue equipada con una inusual bañera redonda para hidroterapia. El mobiliario era sencillo y atrevido, característico de los diseños de Ernst, con amplios sillones tapizados, mesas redondas y las ubicuas estanterías de madera.

Para los psicoanalistas osados, el atractivo de Tegel se hallaba en su nueva variedad de pacientes con su comportamiento a menudo turbulento. Como surgían problemas, los dos jefes médicos, los doctores Nussbrecher y Ludwig Jekels —ambos de Viena—, supervisaban al equipo de médicos adjuntos y enfermeras formados analíticamente. El equipo clínico era estelar: Moishe Wulff, Edith Wiegert-Vowinckel, Irene HaenelGuttman, Rudolf Bilz, Karl Maria Herald, Helmut Kaiser, Alfred Gross, Frances Deri, y Ludwig Fries, y la amiga de Anna Freud Eva Rosenfeld como administradora de la institución. Muchos eran acérrimos socialdemócratas y algunos, en particular Frances Deri y Edith Wiegert, más tarde se unirían a Otto Fenichel en un ambicioso proyecto para fundir la práctica psicoanalítica con la teoría marxista. Otros, los más cercanos políticamente a Simmel, estaban anticipando amablemente un tiempo en que podrían comenzar a tratar a pacientes desde una perspectiva marxista seria, que visualizaban como una combinación de análisis personal y organización comunitaria. La máxima ratio del Sanatorio Tegel fue de ocho pacientes para cada analista. Solo los pacientes con organicidad intransigente eran devueltos a las unidades psiquiátricas de los hospitales mayores de Berlín. Afortunadamente, el propietario de un pequeño asilo psiquiátrico privado situado solo a pocos minutos de Schloss Tegel acordó acoger a pacientes psicóticos (al principio solo mujeres) hasta que el nuevo sanatorio pudiera alojarlos. Los tratarían psicoanalíticamente Simmel y su equipo. La población con enfermedad mental destinada a Schloss Tegel la derivaban sobre todo los clínicos de Berlín y eran pacientes que sufrían desde adicciones hasta problemas severos de carácter o trastornos de personalidad. De otra manera, todos

ellos caían demasiado fácilmente en prisiones o asilos, víctimas de raras curas de hambre o electroshocks, cuando no terminaban suicidándose o deambulando desesperados de un médico a otro.

La primera paciente era una mujer pequeña, con ansiedad aguda, para la cual la enfermedad, la cirugía, la muerte, el entierro y el luto eran tabús tan grandes que se veía impulsada incesantemente a llevar a cabo un ritual de lavado. A instancias de Freud, su marido la acompañó al sanatorio porque su obsesión iba más allá del alcance del tratamiento ambulatorio, no intensivo, de pacientes externos. Otra mujer triste estaba incapacitada a causa de sus piernas elefantiásicas deformadas: no había estado de pie durante los últimos dos años porque, según ella, el mobiliario horizontal era tabú y la perseguía (literal y metafóricamente) para mantenerla despierta y obligarla a lavarse, de modo que se hallaba sometida noche tras noche a un tormento. No solo los pacientes sufrían terriblemente, sino también sus familiares: eran presa del miedo o de la infección fóbica, del dolor o de la ruina efectiva a causa de la cleptomanía del cónyuge o de las trágicas apuestas del padre. Sobre la base de los conceptos de terapia familiar elaborados posteriormente por Salvador Minuchin y Nathan Ackerman, Simmel se percató de que algunos miembros de la familia se sentían obligados a prestar atención en casa a todos los síntomas detectados en el paciente, tal vez colaborando en la interminable preocupación de una hija anoréxica por la ingesta de alimentos. En este caso el sufrimiento de la hija estaba simplemente describiendo la neurosis colectiva del sistema familiar. Por ello, Simmel sugería que aislar a la persona sintomática de sus hermanos y hermanas, o padres, o su cónyuge, por alarmante que pareciera, le permitía al paciente alguna libertad para recuperarse por sí solo. Pero ¿acaso la nueva comunidad terapéutica no replicaba simplemente los diversos síntomas de ansiedad, depresión y rituales obsesivos? ¿Y no les imponía a las personas de por sí frágiles «disquisiciones hipocondríacas sobre la calidad de su moco nasal y a personas con depresión cotidianos y audibles discursos sobre su deseo de morir»?⁵ Los críticos argumentaban que un ambiente tan protegido era en realidad perjudicial para la recuperación porque promovía la dependencia y, por ello, privaba inevitablemente a los pacientes de la oportunidad de confrontar la realidad. «Pero no se puede quitar a un hombre aquello a lo que él mismo ha renunciado: la vida en el presente real», les decía Simmel a los críticos. Y dado que la existencia psíquica perturbada del paciente es solo una pseudo-realidad, difícilmente será una privación el ofrecerles una *nueva* realidad. La nueva realidad es agradablemente neutral, y en ella hay

«médicos dispuestos a ayudar, asistentes amables, hombres y mujeres, buena comida, salas artísticas y un hermoso entorno natural».⁶ La ausencia de la preocupación financiera es liberadora tanto para el médico como para el paciente ya que, en una clínica gratuita, no puede haber trueque de salud por dinero. El tratamiento comienza lentamente, tal vez en paseos por el parque con el analista, hasta que todo el mundo de la clínica, el equipo y los pacientes se convierte en una familia fantasma recreada, grano para el molino analítico y, en última instancia, una forma de verosimilitud duradera.

Tegel difícilmente podía darse el lujo de dejar que un paciente se desmoronara completamente, así que su equipo tomaba efectivas medidas para evitarlo. Los médicos, las enfermeras y el personal interno se encontraban cada mañana para comentar los casos alrededor de una mesa de roble en la sala de consultas. Los analistas revisaban lo que había ocurrido durante las sesiones del paciente y la señora Bruenitzer, la encargada en el sanatorio, compartía sus observaciones sobre cualquier nuevo comportamiento observado de día o de noche. ¿Cómo prevenir una historia de amor, un suicidio, una pseudocura, una intoxicación no alcohólica y bastante asombrosa en un dipsómano en recuperación? A este último y extraordinario paciente, con insaciables y mórbidos antojos durante la desintoxicación, Simmel le consentía dobles y triples raciones de comida y se contuvo de regañarlo cuando el paciente cortó tres ramas de árboles y rompió un juego de café. Se le asignó una enfermera especial para él solo y sesiones analíticas al menor signo de violencia o ansiedad, los efectos de la abstinencia, día y noche. Al haber recreado de este modo el ambiente de intimidad en la alimentación madre-hijo, «la fase infantil desapareció espontáneamente» y el tratamiento progresó.⁷ En su conjunto, sin embargo, Simmel exigía a los pacientes que se ajustaran a los estándares de civilidad aceptados fuera del recinto, que regresaran a su familia o trabajo progresivamente conforme el tratamiento progresaba y que se convirtieran en contribuyentes conscientes de su inusual comunidad weimariana.

El Sanatorio Schloss Tegel tardó ocho años en construirse y duró apenas cinco. Los esfuerzos de Simmel para alcanzar una comunidad de curación que integrase a pacientes y psicoanalistas nunca disminuyeron realmente. Desarrolló algunas teorías audaces y extraordinarias en Schloss Tegel, como la terapia familiar y la idea de la neurosis complementaria (codependencia). Reintrodujo ideas terapéuticas como el tratamiento psicoanalítico de tiempo breve que provenían de su anterior carrera dirigiendo un hospital de campaña para soldados traumatizados. La técnica de Simmel combinaba, según él

decía, «hipnosis analítico-catártica con discusión analítica e interpretación de sueños [...] que daba lugar a la liberación de los síntomas en dos o tres sesiones».⁸ Pero llevar este proyecto a término habría requerido una capacidad para recaudar fondos tan grande como su talento clínico. Al recordar el esfuerzo de dos años de presión política de Hitschmann para asegurarse de que el gobierno aprobase el Ambulatorium, Freud, quien finalmente intervino en nombre de Simmel como lo hizo en el procedimiento de Viena, siguió alentándolo: «Le envidio la paciencia que le permite estar dispuesto a librar la batalla contra esa gente poco fiable (el Ministerio de Salud del gobierno alemán) [...] El principio debería ser siempre no hacer concesiones a aquellos que no tienen nada que dar, sino que tienen todo que ganar de nosotros».⁹

Mientras tanto, en Viena, Freud tenía nuevas razones para apoyar los proyectos psicoanalíticos innovadores. Por una parte, su hija Anna se había embarcado en una empresa psicoanalítica propia: una nueva escuela pequeña, llamada Escuela Heitzing por su localización en los arbolados suburbios de Viena, implementaba un experimento en la educación de la primera infancia diseñado por Anna Freud y su compañera Dorothy Burlingham junto con su íntima amiga Eva Rosenfeld. Rosenfeld era una mujer huesuda con cabello castaño peinado hacia arriba, y unos largos brazos con los que gesticulaba y que además le permitían recoger a un niño que cayera al suelo o cargar una caja de nabos dentro del coche. Eva era una pariente de Berlín de los Freud que se había mudado a Viena quince años antes para casarse y ahora estaba en la penosa situación de sobrevivir a la pérdida de tres de sus hijos. Cuando su hija mayor Mädi murió de forma repentina y accidental en 1924, Eva empezó a considerar el diseño de un monumento conmemorativo que fuera más útil socialmente y más potente que el típico sepulcro. Su vida estaba llena de psicoanálisis y enseñanza, y los Freud eran sus grandes amigos. Con la pena por la muerte de Mädi aún reciente, Eva hizo uso de su propia experiencia anterior de enseñanza en Zellerhaus, un orfanato para niñas en Berlín, y construyó una escuela progresista en memoria de su hija. «Las jóvenes alumnas a las que mi escuela les ofrecerá una suerte de laboratorio de investigación» en su recorrido para convertirse en la Nueva Mujer, decía Eva, vivirían y aprenderían «un modelo de gestión del hogar y de jardinería».¹⁰ Pero Eva también pensaba que el componente psicoanalítico era esencial para el crecimiento y el desarrollo, así que trajo a su escuela de fomento del hogar a Anna Freud, a quien fue presentada por su común amigo, el psicoanalista Siegfried Bernfeld. En 1925 Dorothy Burlingham se unió al círculo de manera permanente.

Cuando Erik Erikson, entonces un joven artista alemán llamado Erik Homburger, llegó a Viena aquella primavera invitado por su amigo Peter Blos para trabajar en un nuevo jardín de infantes, Anna Freud y el más amplio círculo de Freud lo acogió y «le dio la oportunidad del trabajo de su vida».¹¹ En los años que pasó en Heitzing, hasta que la escuela cerró en 1932, Erikson, Blos y sus colegas se dieron el lujo de meses de ensayo y error para aprender lo que realmente educaba a los niños y lo que simplemente atraía su sentido del juego. Erik estaba dispuesto a poner a niños y adultos en el mismo plano (una reciprocidad que Anna Freud encontraba demasiado indulgente) y a utilizar un currículum como el de Dewey, donde la educación se basaba en proyectos de clase de toda la comunidad. Los niños que prosperaban en la independencia y la autosuficiencia de los proyectos serían aquellos que, en el futuro y famoso trabajo de Erikson, ya tenían un mejor sentido de la identidad personal. Era relativamente fácil tener una misión educativa progresista en un agradable distrito de clase media como Heitzing cerca del parque, un lugar ideal para una pequeña escuela privada instalada en el patio trasero del amplio hogar suburbano de los Rosenfeld en Wattmanngasse. Técnicamente, el proyecto Heitzing era una escuela privada comunal para niños y adolescentes jóvenes. Aunque algunos de los niños residentes eran niños acogidos y se hallaban realmente bajo la custodia del Estado. Los alumnos variaban: estudiaron allí desde Kyra Nijinsky, hija de la bailarina, y Vera von Freund-Toszeghi, nieta del fallecido patrocinador húngaro del psicoanálisis Anton von Freund, hasta los niños de la calle abandonados y perturbados, junto con el hijo de Ernst Simmel y los cuatro hijos de Dorothy. Burlingham construyó, amuebló y dotó a la escuela de dos plantas con cuatro salas, diseñadas por Erikson, mientras que Rosenfeld contribuyó con sus habilidades de gestión, así como con la música y el almuerzo diario para los cinco años siguientes. El currículum de la pequeña escuela integraba los principios psicoanalíticos de la interpretación de los sueños, los símbolos y la influencia del inconsciente en las relaciones humanas. Erikson enseñaba arte, alemán y humanidades. Peter Blos, el director de la escuela, enseñaba geografía y ciencia, y Joan Serson (que se casaría con Erik en 1930) enseñaba danza. Marie Brielh, la futura analista de niños, y Dorothy Burlingham enseñaban inglés. August Aichhorn aparecía por la tarde para las conversaciones libres con los niños, formas *ad hoc* de terapia de grupo. El ambiente protegido, con pocas reglas y grandes proyectos especiales, podía parecer caótico o liberador para los niños pero, hasta el final de su actividad, la

investigación producida por la escuela configuró gran parte del emergente campo del análisis de niños e influyó significativamente en la enseñanza de la primera infancia.

Anna Freud distinguía su enfoque terapéutico de apoyo de la intensa concentración de Melanie Klein en el inconsciente infantil, en sus artículos de 1927, «Cuatro conferencias sobre el psicoanálisis con niños», y en sus seminarios en la Sociedad de Viena y en el Kinderhaus local para niños menores de seis años y familias de clase trabajadora. Casi dos tercios de los alumnos de Heitzing estaban en análisis con Anna como pacientes y objetos de estudio (como lo eran también los niños de los amigos analistas), así que su autoridad clínica era enteramente convincente. August Aichhorn tenía una influencia diferente, a veces más cuestionable, en Heitzing. Como funcionario del gobierno tenía autoridad jurisdiccional para intervenir si un niño era perjudicado por un miembro de la familia. Anna era simplemente una ciudadana particular, que ejercía una enorme influencia moral pero con poco poder real, y cuya visión del mundo social en sentido amplio, en esa época, estaba circunscrita. No podía perturbar la recíproca devoción a su padre y sufría, también, de una timidez producto de su desempeño dentro del ámbito analítico individual exclusivamente (una limitación que sin duda no compartía su padre). Anna y Dorothy habían elegido una vida más simple, una casa de campo con parcelas de verduras y flores estacionales y un estilo austríaco de vestimenta con faldas largas y anchas y blusas blancas plisadas. En 1927 este estilo rústico en una mujer vienesa tal vez hablaba de una fidelidad austríaca, un conservadurismo impulsivo que reaparecería en algunos aspectos de su vida posterior. No obstante, en Heitzing y en su vida pública, Anna admiraba abiertamente el trabajo terapéutico de Aichhorn con delincuentes juveniles tanto como la defensa de Bernfeld de las reformas escolares, y alentaba a los líderes de la Viena Roja a que avanzaran con los centros especiales de orientación infantil. Incluso alimentaba a sus pacientes infantiles hambrientos durante las sesiones analíticas. Erik Erikson relata una historia que contaba Martha Freud, quien vio a la criada Paula Fichtl llevar una fuente de comida a la consulta de Anna, diciendo: «¡Un asunto costoso, el análisis de niños!». ¹² Muchos de los pacientes de Anna eran privados, pero algunos eran niños de acogida pública. Curiosamente, los niños de acogida a menudo eran objeto de la investigación de Erikson en el desarrollo infantil. Erikson, que sabía poco de psicología antes de iniciarse en Heitzing, descubrió que los niños de familias pobres «confiaban más datos en el análisis de los que suministraban los niños cuyos padres podían sufragar el tratamiento». Muchos años después de abandonar Viena

desarrolló un ambicioso metadiagrama para la identidad y el ciclo de la vida, sus famosos ocho estadios de la vida que se entretajan íntimamente con las dimensiones psicológica y social de la experiencia humana. En el esquema de Erikson la resolución exitosa de las «crisis» psicosociales epigenéticas de las personas depende de su capacidad para ajustarse a la cultura occidental dominante y separarse de la familia, conseguir autonomía y resultados, y envejecer dignamente con la sensación de haberse realizado personalmente en su sociedad. Paradójicamente, su investigación se centraba precisamente en aquellos individuos más alienados de la cultura hegemónica.

El 20 de abril el nombre de Sigmund Freud fue publicado, junto con el de Alfred Adler, en la lista formal del *Arbeiter-Zeitung* de los treinta y ocho ciudadanos más prominentes de la Viena Roja, elogiándolos por sus logros culturales y sociales.¹³ Fue un momento crucial en la continua expansión del movimiento psicoanalítico, cuando las clínicas hermanas en Berlín y Viena se retaban con regularidad por el dominio en la innovación teórica y clínica. «Un sentimiento de comunidad», les advertía Freud, con cierta desesperación paternal, a sus amigos enfrentados, les «capacitaría para unir [...] vuestros esfuerzos» alrededor del trabajo a realizar en el Décimo Congreso Psicoanalítico Internacional, al que no podría asistir.¹⁴ Berlín se jactaba de las instalaciones ampliadas, mientras Viena se vanagloriaba de la presencia de Freud. En Stuttgart el periódico *Stuttgart Tagblatt* publicó un largo artículo sobre psicoanálisis como tema de la «semana pedagógica» de la ciudad. El artículo anunciaba conferencias de Bernfeld y Landauer y convocaba a los educadores, monitores y doctores de la ciudad a «barrer» la neurosis.¹⁵ Con el tiempo, ni Berlín ni Viena sostendrían el movimiento frente a las amenazas nazis y fascistas. Pero, por el momento, al menos en Viena, la primera asociación entre los analistas y las instituciones de bienestar social de Tandler de alguna manera protegía el campo del psicoanálisis de niños y adolescentes.

La renovada necesidad de clínicas gratuitas no pasó desapercibida para los analistas y, tal como leerían en los estatutos más recientes de la IPA, «es de valor especial en la promoción del psicoanálisis el establecimiento de institutos y centros de tratamiento externo, clínicas».¹⁶ Lo sorprendente no era que los informes clínicos pasaran a ser temas habituales en el programa de cada reunión semianual de la IPA a partir de 1927, sino que se consideraran poco importantes anteriormente. Hitschmann se apresuró a honrar su primer informe del Ambulatorium en 1927 con un pasaje crucial de la intervención de Freud en Budapest en 1918, «el pobre debería tener [el] derecho a la

asistencia mental». La preocupación principal de Hitschmann era cómo publicitar la urgente necesidad del Ambulatorium de adquirir nuevas dependencias, e informar a la vez a sus lectores del mejorado estatuto legal del Ambulatorium, sin abandonar el sentido de lucha continua. Hitschmann y Federn se reunieron con Tandler en enero para hablar de la acuciante falta de espacio de la clínica y para rogar al gobierno que suministrara fondos para las nuevas oficinas. Al mismo tiempo, Josef Friedjung, un miembro veterano del consejo municipal, se había reunido con el alcalde Seitz para realizar peticiones convincentes a los funcionarios municipales. Sostenían que a lo largo de los últimos cinco años miles de pacientes —la mayoría oficinistas, tenderos y funcionarios del gobierno— habían encontrado en el Ambulatorium asistencia y una sensación de bienestar indispensable para los desposeídos.¹⁷ El Ambulatorium era por entonces uno de los proveedores de tratamiento para la salud mental más grande de Viena (por detrás de la clínica de pacientes externos de WagnerJauregg) y estaba desarrollando nuevos servicios como la clínica infantil tan rápido como podía. Vigilados continuamente por el Departamento de Salud Pública, los analistas de Viena habían pagado voluntariamente el alquiler, la luz, la calefacción (y donado su tiempo) completamente por su cuenta. Mientras tanto los médicos municipales, las compañías de seguros de salud, los consejeros matrimoniales, los centros para alcohólicos y los dispensarios de alimentos enviaban un número cada vez mayor de pacientes. Hitschmann aún estaba en el equipo médico del Hospital General y era leal a «la gran comunidad clínica en el centro de Viena», como decía su colega Josef Friedjung.¹⁸ Hitschmann decía que, por encima de todo, los analistas buscaban simplemente promover los propósitos humanitarios del psicoanálisis, pero las cinco pequeñas salas de la Herzstation a la sombra del hospital distaban mucho de estar a la altura de esta misión. Sin embargo, la propuesta de Hitschmann no tuvo éxito y el gobierno de la ciudad, como entre los años 1920 y 1922, rehusó acceder a las solicitudes de los analistas. En su lugar, la ciudad estaba gastando cientos de miles de dólares comprando tantos bienes inmuebles como podía y desarrollando una expansión extraordinaria de la vivienda para trabajadores, básicamente la imponente firma de la Viena Roja.

«*Erbaut von der Gemeinde Wien in der Jahren 19*»: aún hoy cada conjunto de edificios fechados en el período de la Viena Roja preserva con orgullo las palabras «Construido por la Comunidad de Viena en los años 19...» en su fachada. Estas firmas a gran escala, agrupadas y repetidas en cientos de edificios de toda la ciudad, revelan las

preocupaciones del discurso sociopolítico de la época. Efectivamente, los lemas para el impacto duradero de la relación entre el ciudadano y el Estado, las palabras, sitúan nuestra atención en la interdependencia de la vida privada y la cultura pública, un efecto que las clínicas psicoanalíticas gratuitas también producen. En su núcleo, una dialéctica fascinante entre arquitectura y ciencia social formaba la base en la que los planificadores socialdemócratas de la ciudad crearon para los ciudadanos vieneses un sentido identificable de espacio, dirigido a las necesidades sociales de familias con niños, e hizo aumentar el potencial del trabajador individual en un Estado democrático. «Grandes edificios de viviendas, tan audaces arquitectónica como económicamente, proclaman su origen en destacadas letras rojas», informaba un admirado comunicado del Fondo de la Commonwealth.¹⁹ La segunda gran ola de construcción de viviendas municipales comenzó ese mes de mayo y dio lugar a un total de sesenta y tres mil nuevas viviendas asequibles para los trabajadores de la ciudad de Viena. En su momento álgido el proyecto dio empleo a más de dos mil arquitectos e ingenieros, muchos de los cuales habían estudiado en la escuela de Otto Wagner. Influenciados por el nuevo diseño de viviendas en Alemania y el Oeste, los últimos apartamentos eran individualmente más espaciosos que el *Gemeindebauten* original y organizados en inmensas estructuras con cientos de viviendas distribuidas en varias manzanas de la ciudad. Cada uno de los destacados *Mittelstandswohnungen* (edificios de clase media) medía unos cómodos cincuenta y siete metros cuadrados y la cocina estaba separada del comedor. Estos edificios residenciales estaban situados lejos de la calle, contruidos alrededor de grandes parques semicerrados, accesibles a través de una entrada común monumental. Eran virtualmente pueblos autónomos, y la vida cotidiana en estas viviendas de «supermanzanas» de más de mil apartamentos generaba una economía por sí misma. Grandes almacenes cooperativos, docenas de tiendas de productos y talleres (*ateliers*), salas de reuniones, una biblioteca, y grandes instalaciones de lavado automático y de baño fomentaban el estilo de vida comunal. En los baños al aire libre los hombres como el trabajador cualificado del metal Karl Potenski, se encontrarían con sus familias. «Me fui directamente de la fábrica al baño, donde me encontré con mi mujer y nuestro hijo —recordaba—. El Kongressbad abría hasta las 10 de la noche. Nuestro hijo creció en la arena de ese baño. Jugábamos al tenis de mesa, que llamábamos ping pong. Era nuestra hora más feliz».²⁰ Los niños corriendo hacia los campos de juego para los deportes extraescolares animaban los enormes patios interiores, las madres charlaban en los bancos, había juegos infantiles,

senderos, aseos públicos y salas para cambiar pañales. Los servicios sociales y los equipamientos públicos iban desde clínicas de tuberculosis, quizás algunos parvularios e instalaciones para la atención a la juventud, piscinas infantiles para niños y piscinas de natación para adultos, hasta la oficina del seguro de salud de los trabajadores y la farmacia. Desde allí los asistentes sociales, a veces temidos y a veces bienvenidos, se diseminaban por los edificios para visitar a las familias en sus hogares. En 1927 muchos distribuían las tristemente célebres canastillas de bebé.

Cuando Julius Tandler consiguió que el Consejo Municipal lo autorizara a distribuir canastillas de bebé a todos los recién nacidos, sin importar la necesidad familiar, fue acusado con fiereza por favorecer la maquinaria de propaganda socialista. La ropa de bebé estaba empaquetada con primor en cajas rojas de regalo. *Maternidad*, una escultura de madre y niño de Anton Hanak, estaba pintada en el frente y los paquetes estaban ornamentados con los característicos tipos de letras Wiener Werkstätte. Se había impreso una lista de los treinta y cuatro centros de consulta materno-infantil en el interior.²¹ El hecho de que no se tuviera en cuenta la necesidad de los destinatarios al distribuir las canastillas enfurecía particularmente a la oposición —que objetaba cualquier propuesta de subsidio—, porque se subsidiaba a las mujeres en edad reproductiva con esta ayuda tan solo por ser ciudadanas de Viena y sin tener en cuenta su situación económica. En todo caso, pensaban los socialcristianos, los paquetes de ropa debían ir solamente a las familias necesitadas. Tandler argumentaba que las canastillas gratuitas eran educativas, sanitarias, y que tenían un «efecto beneficioso en el estado anímico de las madres jóvenes».²² Los principios psicoanalíticos habían tocado el Estado del bienestar y Tandler urgía a los asistentes sociales municipales (la mayoría formados por Aichhorn), a los funcionarios de bienestar del distrito y a las *Fürsorgerinnen* de los dispensarios de salud locales a entregar los paquetes en sus rondas a los hogares familiares.

Los asistentes sociales distribuyeron al menos trece mil canastillas municipales solo ese año al hacer visitas domiciliarias. Los trabajadores sociales, sin duda, también evaluaban el entorno psicológico y físico de la casa y si era necesario derivaban a los niños o adolescentes al Kinderüberahmsstelle (Centro de Observación Infantil). La sola mención del visitante a domicilio podía evocar el sentimiento de un ataque sorpresivo, de la policía de moralidad patrullando en los barrios indigentes buscando y sustrayendo a los niños de unos padres cuyo único crimen era la pobreza. En realidad, su apariencia era mucho más benigna. Las familias pobres podían recibir ropa extra y vales de comida, y la lista de

espera para el alojamiento podía agilizarse. Sin embargo, lo más importante era que podía darse ayuda a los niños descuidados que dormían con sus ropas y zapatos en camas «indescriptibles, sucias, realmente terribles» o a un niño «lleno de moratones». Tantas familias recibieron ayuda que el número de incidentes registrados disminuyó un 8% en un año: pasó de 3.324 en 1926 a 3.089 en 1927. Afortunadamente, los números hablan más que la retórica: los niños extraídos del hogar por «riesgos morales» solo eran un 2% del total. Las razones más significativas para transferir niños a la atención no familiar incluían: «parientes admitidos en el hospital» (30%), pobreza/desempleo (14%), sin techo (16%), abandono (7%), y delincuencia (8%).²³ Detrás del trabajador social que hacía esta valoración estaba el poder de la nueva profesión médica del Estado y de la responsabilidad de la salud pública organizada entre los médicos. Médicos escolares y dentistas escolares, especialistas en tuberculosis, consejeros y orientadores, se diseminaban por doscientos dispensarios de salud infantil, y en edificios comunitarios y casas familiares. En efecto, Tandler finalmente había logrado que el gobierno respondiera directamente a las necesidades de salud y de salud mental de los niños dependientes.

En Estados Unidos, a mediados de la década de 1920 el progreso realizado por el psicoanálisis era ambiguo: su popularidad en los círculos médicos oficiales también era su ruina, pensaba Ferenczi, y conducía a «la tendencia a satisfacerse con un conocimiento superficial» del psicoanálisis.²⁴ Ferenczi informó en una reunión de la sociedad británica de que la reciente emergencia del interés al respecto le preocupaba porque los valores conservadores americanos del individualismo y la autosuficiencia, y la renuencia general a analizarse personalmente, estaban en desacuerdo con el psicoanálisis tal como lo conocían los europeos. Había dado dos series de conferencias en la Universidad de Columbia y en la Nueva Escuela para la Investigación Social. El miedo exacerbado de los médicos a la invasión de los practicantes laicos de Nueva York hizo que Ferenczi separara sus cursos en dos grupos, uno para la audiencia médica y otro para los demás. Sin que Freud se lo agradeciera, Ferenczi había proseguido un plan de enseñanza y formación increíblemente arduo, apaciguando a los americanos con seminarios, y ejerciendo influencia al mismo tiempo para conseguir nuevos fondos y subsidios. La inclemente burla de Freud de «Dolaria» y la igualmente desalentadora y desconfiada visión de los húngaros parecían excesivamente severas. Un periodista había solicitado un discurso sobre el psicoanálisis para un documental. Ferenczi le escribió a Freud de manera desganada: «Aceptaría solamente si me dieran suficiente dinero para establecer

un policlínico en Budapest». ²⁵ Aunque, en ausencia de Ferenczi, Imre Hermann había congregado a la sociedad húngara con vigor renovado en Budapest. Una vez que Ferenczi regresó en octubre pudo informar a Freud de que esperaba «no tardar mucho en encontrar una casa y trabajo en una clínica externa» y que la sociedad de Budapest estaba concentrada en los planes para sentar las bases de la clínica. ²⁶

1928

FREUD «SABÍA PERFECTAMENTE CÓMO ERAN
LAS COSAS EN EL MUNDO. PERO ANTES DE PODER SALIR
FUERA DEBÍA SABER QUÉ HABÍA DENTRO»

En 1928 Wilhelm Reich, completamente concentrado en la política activa pero aún trabajando a diario en el Ambulatorium, propuso una visión de los servicios sociales liberados de las ataduras del estigma y la ideología. Reich decidió llevar el psicoanálisis por un camino trazado por el trabajo social, una profesión bien establecida a finales de la década de 1920, y nótese que se usa el término *trabajo social* como sinónimo de *trabajo sociológico*. «Retomando una conversación con Freud —recordaba Reich—, le expliqué mis planes y le pedí su opinión. Se iban a abrir centros de asesoramiento sexual a gran escala [...] destinados al gran público. Freud lo apoyó incondicionalmente. Él sabía tan poco como yo adónde llevaría todo esto».¹ Y, efectivamente, bajo el nombre encubierto Sex-Pol, Reich llevó a cabo su proyecto de poner al alcance de los ciudadanos los servicios sociales sin esperar a que estos se consideraran aptos o concertaran citas de acuerdo a un formato burocrático diseñado previamente. En Viena y sus suburbios la clínica gratuita Sex-Pol de Reich se expandió hacia la más amplia comunidad municipal con algunos inusuales servicios médicos y educacionales, y una forma abreviada de psicoanálisis. «Asesoramiento gratuito sobre problemas sexuales, sobre la crianza de los niños, y la higiene mental en general, para todos aquellos que estén buscando consejo».² El fiable equipo de difusión de Reich, que incluía a su vieja amiga de la escuela de medicina Lia Laszky, dedicó toda su energía a un viaje de tres o cuatro días por las ferias sobre salud en una camioneta preparada con un equipo sanitario. Para el cuidado mental trataron de hacerse lugar en la privacidad, también dentro de la camioneta. Adoptando el lema «la sexualidad libre dentro de una sociedad igualitaria», el equipo del Sex-Pol desempeñó un auténtico servicio al ofrecer una valiosa educación personalizada sobre salud.³ Sus esfuerzos de difusión a gran escala permitieron que se reconociera la posibilidad de llevar a cabo reformas sexuales de largo alcance que, Reich creía, debían acompañar el cambio social. El asesoramiento de SexPol, una extensión del psicoanálisis

de Reich y un componente de su modelo insignia de «trabajo social», era dialéctico y bilateral: entender profundamente que los individuos vivían en simbiosis y eran un producto de su entorno general, aunque para ocuparse de la experiencia única de cada persona en este entorno.

Al mismo tiempo que Reich abría sus clínicas de trabajo social, Freud remarcó que los trabajadores sociales formados en el análisis un día llegarían a ser una fuerza poderosa en la prevención y el tratamiento de enfermedades mentales. Con metáforas que sugerían tanto una gran conquista como un tributo a Julius Tandler, Freud visualizó una asociación de trabajo social (fundada por un rico americano) suficientemente fuerte como para movilizar un cuerpo especial para dar batalla a la neurosis que surgía de nuestra civilización. «Un nuevo tipo de Ejército de Salvación [ayudaría ahí donde] [...] nuestra cultura ejerce sobre nosotros una presión casi insoportable».⁴ Reich se veía a sí mismo literalmente apresurándose a realizar el rescate y le explicó sus planes a Freud, a pesar de la creciente tensión en su relación. Aparentemente Freud fue más que alentador con la causa de Reich en su trabajo con la comunidad. «Adelante, llévalo adelante [dijo Freud]. [...] discutimos los detalles y él estaba entusiasmado».⁵ Reich y Freud eran ideólogos, que buscaban obtener una nueva forma distintiva de terapia clínica con objetivos sociales mejorados. Su sistemática fusión de las políticas progresistas y la teoría psicoanalítica de la pulsión había funcionado por el momento: en aquel momento podía comprobarse en el Poliklinik y el Ambulatorium. Pero las clínicas Sex-Pol llevaron este concepto más allá y, durante los próximos años, en Viena y Berlín, Reich construyó su sistema de prevención y enfatizó un modelo de tratamiento de integración de la persona a su entorno, dos de las prácticas estandarte de los profesionales modernos del trabajo social.

Hacia finales de la década de 1920, afirmaba Reich, era «nuevo combatir la neurosis con la prevención más que con el tratamiento», y la idea clave, que los individuos eran realmente inseparables de sus entornos sociales de mayor escala, era intrigante. Entonces, para ser realmente efectivo, un analista que busca pruebas de un trauma anterior del paciente (por ejemplo, las privaciones) debe también enfrentarse a las presiones sociales (la raíz de las privaciones, la pobreza) que crearon el problema individual. Las clínicas Sex-Pol «integraban los problemas de la neurosis, los trastornos sexuales y los conflictos cotidianos con tal de aliviar la miseria» que, alegaba, Reich derivaban de «condiciones sociales arraigadas en el orden social burgués». En otras palabras, el analista debe ser un activista social para ser competente. Pero incluso el

activismo social, tan significativo en el elenco de tareas del analista como lo era la terapia individual, debería pasar a un segundo plano en relación con el siempre ignorado campo de la prevención. En realidad los analistas deberían atajar los problemas sociales incluso antes de que se presenten, pensaba Reich, y el proyecto del Sex-Pol, que cada vez le ocupaba más tiempo, estaba profundamente vinculado con esta iniciativa. El trabajo preventivo del Sex-Pol ya no consistía solo en la terapia clínica individual, sino que abarcaba la literatura impresa que circulaba ampliamente entre los trabajadores, o lecturas populares «que proporcionaban información sobre higiene sexual y sobre las causas y posibles remedios para las dificultades emocionales». Reich se centraba en dotar a los individuos de la confianza suficiente para superar barreras sociales represivas, que se hallaban tanto en sí mismos como en el mundo. Enfatizó la importancia de ayudar a los adolescentes y a los jóvenes adultos a lidiar, a su manera, con la emergente sexualidad, y de que valoraran sus experiencias y sentimientos como algo normal. Reich abogaba por la regulación pública de una sexualidad adolescente sana, una alta disponibilidad de anticonceptivos, los abortos sin tener en cuenta el estado civil o la edad y los derechos para que las mujeres obtuvieran la independencia económica. Esto, postulaba, prevendría que la neurosis emergiera más tarde durante la edad adulta.

Reich enfatizó reiteradamente hasta qué punto Freud era consciente del impacto del entorno en los individuos. Tal como explicó posteriormente Reich, Freud «era consciente de toda la cuestión social [...]. Sabía perfectamente cómo eran las cosas en el mundo. Pero antes de poder salir fuera debía saber qué había dentro. Le hacía feliz que alguien que lo conocía tan íntimamente hubiera salido para intentar hacer algo al respecto». Para ese fin, Reich planeó expandir el Sex-Pol y abrir algunas clínicas más en los próximos años. Ya había abierto seis, principalmente a las afueras de Viena. Los centros incluían asesoramiento individual y de pareja, educación sexual, consejo sobre métodos anticonceptivos, y consultas ginecológicas equipadas con diafragmas y literatura sobre la crianza de los hijos de manera efectiva. Las salas de espera estaban equipadas con panfletos y textos clásicos del psicoanálisis. Y, por supuesto, tenían amplias salas de lectura donde los pacientes potenciales podían escuchar a Reich elaborar explicaciones sobre culpa sexual, represión social y liberación personal.

A medida que Reich dedicaba más tiempo a los centros Sex-Pol, Freud empezó a preocuparse. ¿Hasta qué punto estaba Reich asumiendo bien las múltiples exigencias de su práctica privada, los centros de asesoramiento sexual, la presidencia del Seminario

Técnico, y la codirección del Ambulatorium, al mismo tiempo? Freud sospechó, con acierto, que el entusiasmo de Reich con el Ambulatorium menguaba. En su sexto año de operatividad autónoma, el Ambulatorium estaba tan desbordado por pacientes derivados que los psicoanalistas habían empezado a rechazar incluso casos urgentes. El personal, formado por un médico a jornada completa, un médico novel a jornada completa y dos médicos noveles a media jornada, terminó tratando entre cuarenta y cincuenta personas por día. Muchos eran niños. En aquel momento todas las escuelas primarias y secundarias en Viena estaban asociadas con una clínica, ya que se habían abierto once clínicas de orientación infantil locales bajo la dirección de Alfred Adler. Los estudiantes y los profesores se beneficiaron por igual, hasta el punto de que los niños escolarizados tenían acceso a los servicios psicológicos, mientras que sus profesores participaban en los foros técnicos gratuitos sobre psicología individual, o en los seminarios de psicoanálisis gratuitos basados en la obra de Hoffer y Bernfeld. En los centros de atención sanitaria locales las mujeres embarazadas y las nuevas madres acudían a las populares conferencias que daban especialistas en cuidado prenatal y desarrollo del niño. Otros cursos más formales, mejorados con demostraciones e instrucciones sobre cómo realizar los registros, estaban dirigidos a grupos más especializados, como enfermeras, trabajadores sociales y *Fürsorgerinnen*. Solo en 1928, los graduados de estos cursos examinaron cuatro veces aproximadamente a tres mil niños asignados a centros sanitarios, mientras seis mil quinientos quince niños de todas las edades recibieron visitas a casa al menos dos veces cada uno.⁶ Las *Fürsorgerinnen* asignadas a los centros sanitarios locales encaminaban a los niños problemáticos, con o sin sus padres, hacia el tratamiento en un centro de salud mental como el Ambulatorium. En teoría las *Fürsorgerinnen* se suponía que debían proporcionar evaluación psicológica a las clínicas, pero, en la práctica, la mayoría de analistas que atendían la entrada de niños debían iniciar sus reconocimientos de cero. No todos los analistas del Ambulatorium estaban satisfechos con estos pacientes añadidos. De vez en cuando incluso los periódicos locales se burlaban del aparentemente caótico exceso de servicios de salud mental, pues cada institución competía por captar enfermos, aunque lamentaba el exceso de pacientes. Una notable dosis de humor ácido provino del propio diario de los socialdemócratas, el *Die Stunde*, de la mano de un columnista que obviamente adoraba mezclar metáforas:

Sigmund Freud, Alfred Adler y Karl Marx... ¿Cómo suenan todos estos nombres juntos? ¿No están mezclando

chocolate literario con ajo económico? El año pasado los psicólogos de la Psicología Individual, bajo el liderazgo de Alfred Adler, intentaron persuadirnos de que su búsqueda del alma podría encajar en la teoría socialdemócrata igual que un nuevo lecho de hierba en un gran césped descuidado. Pues bien, ahora el psicoanalista doctor Bernfeld afirma que la teoría freudiana es la auténtica mediadora entre la psicología y el progreso social. Es cierto que los psicólogos individuales [de Adler], con sus momificados conceptos del estímulo, el sentido de la inferioridad y la necesidad de validación, son una secta pequeñoburguesa capaz únicamente de embellecer el mundo burgués con antiguos grabados de paisajes [...] [Opuestamente] Sigmund Freud, una de las pocas personas brillantes de hoy en día, y sus más cercanos discípulos [p. ej. Bernfeld], se han abstenido hasta ahora de dejar la marca de sus teorías grabada en mensajes políticos [...] ¿No son acaso el marxismo y el psicoanálisis tan marxistas como la psicología individual, una ramificación escindida del psicoanálisis? Un investigador del alma acusa al otro de no ser suficientemente revolucionario. En efecto, de Karl Marx a Sigmund Freud hasta Alfred Adler, esto no es más que la evolución del materialismo histórico al histórico.⁷

Era un exquisito ejercicio de marxismo de la década de 1920: ¿quién es más revolucionario, Freud o Adler? Freud y Bernfeld jamás habían dicho públicamente que su teoría fuese específicamente marxista, decía el *Die Stunde*, así que en realidad es más marxista que los adlerianos pequeñoburgueses. Los adlerianos tienen todas las ataduras de la socialdemocracia, pero su psicología individual (el ajo) en realidad está atravesada por el romanticismo burgués. Bernfeld está en peligro de cometer el mismo error. A diferencia de Freud, el racionalista (chocolate), que jamás peleó en nombre del marxismo, ha demostrado ser una forma más pura de socialdemocracia en la praxis.

En una variación propia del educador sobre la cuestión del «porcentaje de marxismo», el diario vienés *Der Tag* realizó un reportaje sobre las exitosas conferencias de Bernfeld promovidas por los Profesores de la Juventud Socialista. El controvertido grupo había liderado una campaña potente a favor de la reforma escolar basada exclusivamente en las teorías pedagógico-psicológicas más modernas, e invitaron a Bernfeld para debatir si «el marxismo coincidía más con el psicoanálisis o con la Psicología Individual». Creían incluso que la influencia de Adler en la reforma escolar podía ser muy propia de la vieja guardia. Bernfeld exploró deseoso las relaciones entre el marxismo y las psicologías de Freud y Adler, pero su parcialidad a favor de Freud era obvia y bienvenida por los socialdemócratas. «El marxismo es una ciencia y solo puede armonizar con la educación psicológica que avanza científicamente —citaba el periodista del *Der Tag*—, el psicoanálisis de Freud ofrece ese enfoque científico. Nace —igual que Marx y Engels— del amor y el hambre como los impulsos humanos fundamentales. Investiga la influencia del entorno en las pulsiones básicas del individuo».⁸ El «inspirado e increíblemente

agudo» Bernfeld aludió a otras teorías como la «psicología de masas y la memoria racial», al parecer, una referencia cauta a los lazos entre Jung y la creciente presencia fascista, y los conceptos «sentimiento de comunidad» y «estímulo» que habían llevado a Adler a separarse de Freud. Tal como le habían pedido, Bernfeld fue capaz de presentarse ante los Profesores de la Juventud Socialista con una serie de proposiciones inspiradas por Freud pero asentadas en el marxismo. Fue una respuesta fácil a una cuestión compleja.

Cualquiera que hubiera escuchado el discurso de apertura de Sándor Radó para la inauguración del nuevo instituto se habría quedado desconcertado por su afirmación de que los psicoanalistas berlineses estaban al cargo de «110 tratamientos en análisis gratuitamente cada día», sin incluir los análisis didácticos.⁹ En las nuevas dependencias, dijo Radó, los doce analistas en formación del Poliklinik y cuarenta candidatos llevaron a cabo esta práctica pública de increíble envergadura. Obviamente, la demanda creciente de tratamiento psicoanalítico no se reducía a Viena. Además hacía años que se presionaba para obtener espacio en las instalaciones de Postdamerstrasse. Pero una vez más Max Eitingon usó su riqueza para ayudar al Poliklinik a hacer frente a una crisis: garantizó el traslado de la clínica a unas nuevas instalaciones de mayor tamaño en el número 10 de Wichmannstrasse, la nueva localización a la que tan orgullosamente se refería Radó en su discurso de Francfort. Otto Fenichel ya había compilado los suficientes datos estadísticos para justificar esta inversión. De los 721 análisis llevados a cabo en el Poliklinik de febrero de 1922 hasta enero de 1930 (el año que este informe sería publicado), 363 tratamientos se finalizaron con éxito, 117 estaban en activo aún y 241 se consideraron fraccionarios, en algunos casos interrumpidos. De los 363 que se finalizaron (por cura o cierre), 70 pacientes fueron tratados durante seis meses, 108 durante todo un año, 74 durante año y medio, 51 durante dos años, 29 durante dos años y medio, 15 durante tres años, y 16 se analizaron durante más de tres años. Fenichel era capaz incluso de indicar gráficamente el crecimiento de la popularidad del Poliklinik a lo largo de los años: de los 117 análisis en activo o casos en marcha en 1930, dos se iniciaron en 1922, dos más en 1924, cuatro en 1925, nueve en 1926, diecisiete en 1927, cuarenta en 1928, y cuarenta y tres en 1929.

Las dependencias nuevas del Poliklinik berlinés comprendían seis pequeñas salas dispuestas a lo largo de un edificio de apartamentos con balcones. Desde todas las ventanas se veía la vegetación, y los tipos de sala variaban desde espaciosas estancias

con luz cenital para realizar consultas, conferencias y reuniones hasta actualizadas salas de reconocimiento para médicos psicoanalistas. En la entrada de médicos y la sala de consultas había una clásica biblioteca con puertas vidriadas. El espacio restante estaba ocupado por una mesa cuadrada con cuatro sillas a juego, además de un sofá tapizado que se usaba durante el análisis (con un cojín) y un sillón situado detrás. La luz se filtraba a través de la gran ventana frontal, mientras que unas lámparas, un tanto fuera de lugar, hechas de vidrio ornamentado, iluminaban las entradas de los pacientes. Retratos de Freud, a veces cuatro por habitación, se dispusieron sin ningún orden junto a anodinas fotografías de otros analistas. A un lado de la nueva sala de conferencias varias docenas de majestuosas sillas de respaldo alto rodeaban una mesa de seminario inmensamente larga. Esta sección del seminario estaba separada de la otra parte más grande de la sala de conferencias por dos grupos de puertas francesas con ligeras cortinas y culminada por una chimenea cubierta por un manto, estanterías sin puertas, alfombras tejidas, y el retrato presente de Freud supervisando las dependencias. De acuerdo con la simplicidad del sentido decorativo de Ernst Freud, unas gruesas cortinas de lino protegían un grupo de salas de reuniones que daban a la fachada de la calle. Solo cinco años más tarde las mismas cortinas tomarían un significado extraño cuando a los miembros «les supuso un gran esfuerzo correrlas» durante una discusión sobre arianización y, tal como Felix Boehm informó más tarde, incluso quitar el nombre de Simmel de la placa en la puerta, por si «dañara nuestro instituto».¹⁰ Finalmente el edificio entero fue entregado al gobierno de Hitler y rebautizado como el Instituto Alemán para la Investigación Psicológica y la Psicoterapia (Deutsche Institut für Psychologische Forschung und Psychotherapie) o simplemente el Instituto Göring, en honor a su director, Matthias Heinrich Göring. Incluso en 1928 Göring estaba ya implicado con el Allgemeine Ärztliche Gesellschaft für Psychotherapie, un grupo de profesionales de la salud mental liderados por Ernst Kretschmer hasta 1933 (y por Carl Jung después de 1933). Pero el instituto de Berlín iba bien por el momento, de hecho crecía, en su nueva dirección en la Wichmanstrasse.

Erich Fromm realizaba el discurso de apertura en la serie inaugural de conferencias celebradas con motivo la inauguración en 1928 de la clínica en Wichmanstrasse. Él era el primer invitado académico al que se brindaba tal honor. Proveniente de Heidelberg, Fromm habló del psicoanálisis de «personas de clase media-baja» en dos ocasiones, una en la reunión de la sociedad en marzo y otra vez con motivo del seminario formativo de

Radó. Fromm, un hombre delgado, con un abundante pelo negro perfectamente peinado y la frente alta y autoritaria, adoptó una postura relajada poco habitual en un académico. Se había casado recientemente con la psicoanalista urbana Frieda Reichmann. En los últimos años Frieda había inquietado a la comunidad médica de Heidelberg con la creación de una clínica privada de psicoanálisis. Sus directores externos de la clínica, un círculo de intelectuales que se reunían periódicamente en casa de ella para hablar de literatura y teoría, incluidos Karl Landauer, Leo Lowenthal y Max Horkheimer, del Instituto de Francfort. Desde el inicio, el grupo anticipó que una clínica de pacientes externos, parecida a la de Berlín, se albergaría física e intelectualmente dentro del emergente Instituto de Investigación Social de Francfort. Para Fromm y sus colegas, pues, la idea de formular el tratamiento psicoanalítico específicamente en torno a las necesidades de la clase trabajadora de Francfort no solo era plausible sino también práctica y necesaria. Casualmente, las conferencias de Fromm en Berlín representaron una apuesta intrépida porque habló del binomio psicoanálisis y religión, aparentemente incongruente, dentro del contexto de la justicia social. Años más tarde, ya apartado de sus progresistas colegas de Francfort, Fromm intentaría desarrollar una «psicohistoria» en *La Misión de Sigmund Freud*, donde esencialmente acusaba a su mentor de fracasar en la fusión de estos tres elementos (religión, psicoanálisis y sociedad). «La finalidad de Freud era fundar un movimiento para la liberación ética del hombre —escribió—, una nueva y secular religión científica para una minoría que dirigiría a la humanidad».¹¹ Fromm mantenía que Freud había cometido un error fatal al permanecer «ciego ante el inconsciente social», mientras que él —Fromm— entendió que el hombre y la sociedad eran inseparables. Por supuesto, cuando volvió al Poliklinik en la década de 1920, Fromm había lanzado una campaña personal, para ser más exactos, freudiana, para resituar el contexto social en torno al psicoanálisis. En esta causa se le unió Theodore Reik, que había abandonado Viena para ir a Berlín en octubre, y Ernst Simmel, que disfrutó del equilibrio entre teoría sociológica y práctica psicoanalítica y reforzó la simetría en la observación de casos en la clínica. A diferencia de Fromm, Simmel hizo que la medicina social pareciera inevitable. En la declaración de la boyante misión hecha en la Asociación de Médicos Socialistas, Simmel afirmó que su grupo buscaba «examinar todas las cuestiones de la salud pública y los beneficios relevantes para las leyes y el gobierno del Estado y la comunidad. Nuestra sociedad también trata de alentar a los doctores no socialistas, para expandir el reconocimiento del movimiento obrero socialista

y sus metas, y para promover entre los miembros del partido un mejor conocimiento de la medicina y la sociedad socialista». ¹²

El traslado del Poliklinik a Wichmannstrasse fue aclamado como un signo de que el Instituto Psicoanalítico de Berlín había pasado a ser, una vez más, el epicentro del psicoanálisis. El doctor L. Pierce Clark era uno entre los muchos americanos ingeniosos, a menudo de Nueva Inglaterra o Chicago, que les escribió para averiguar el «coste aproximado de un curso didáctico para ser un analista en el Instituto Psicoanalítico de Berlín». ¹³ Eitingon respondió con su buen inglés y su característica mezcla de diplomacia e implacabilidad. La cuota de seis a doce meses didáctico-analítica varía «de diez dólares a cinco dólares por lección, dependiendo de los recursos del candidato. Pero —añadía— a algunos colegas con mucha experiencia no se les prohíbe —permítame ponerme a mí como ejemplo— pedir más por una lección de acuerdo con su nivel de vida». ¹⁴ El mensaje del Poliklinik era coherente: nadie sería privado de una formación o un tratamiento por falta de dinero, pero el analista tampoco sacrificaría la oportunidad de ganarse la vida o financiar su clínica. Estas indagaciones ya se habían convertido en algo habitual por entonces, y a través de la intencionada estrategia del Poliklinik de ampliar el campo de acción, en 1928 se llegó hasta aquellos personajes sorprendentemente originales atraídos por el psicoanálisis tiempo atrás. «Tengo poco más de cuarenta años, con una salud perfecta, de profesión controlador ferroviario, y soy aficionado a escribir ficción para revistas y estudiar psicología social y anormal. No quisiera hacer un viaje tan largo como el estudio del psicoanálisis, pero parece que en este país nadie está interesado en ser curado de sus enfermedades por otra persona que no sea el doctor en medicina». ¹⁵ Así escribía el señor Claude B. Carter, desde Columbus, Ohio, que contactó con Eitingon a partir de una primera reunión con el doctor William Alanson White en Washington D. C. John Dollard, del Instituto de Relaciones Humanas de la Universidad de Yale, le agradeció a Eitingon las enseñanzas brindadas en Berlín y escribió que «el “Instituto” es una institución de primera y un excelente ejemplo». ¹⁶ Para los psiquiatras establecidos y los psicólogos de Estados Unidos, el Poliklinik principalmente representaba un tipo didáctico psicoanalítico más liberal que los disponibles en Viena. Pero mientras la comunidad médica de Nueva York situaba el psicoanálisis al alcance de las élites de profesionales liberales sin problemas, la división del trabajo entre los profesionales de la salud mental americanos se hizo claramente patente.

De los tres grupos principales que proporcionaban psicoterapia y psicoanálisis, los trabajadores sociales profesionales (más que los psiquiatras y los psicólogos) se habían acercado más al enfoque del Poliklinik sobre la salud mental urbana. En los relatos de trabajadores sociales como Margaret Powers, hay lazos históricos de gran interés entre las clínicas de psicoanálisis gratuitas en Europa y el trabajo social en América, tal como se enseña y practica hoy en día. La joven Margaret Powers era «una persona de una inteligencia y equilibrio excepcionales», escribía Mary Jarrett en su carta de 1928 recomendando que los trabajadores sociales se formaran en Berlín.¹⁷ Jarrett, la resolutiva fundadora del trabajo social psiquiátrico y directora asociada de la Escuela de Trabajo Social del Colegio Smith, creía que proporcionar activistas altamente educados a la sociedad reflotaría el menguante compromiso americano a favor de la salud mental pública. Curiosamente, Max Eitingon y Mary Jarrett habían partido de la misma posición ideológica. En 1918, «la Escuela didáctica de Trabajo Social Psiquiátrico era un curso de emergencia durante la guerra [...]. La atención pública a la higiene mental, estimulada por el interés general por la neurosis durante la guerra [...] está empezando a crear una demanda masiva de trabajadores sociales psiquiátricos», anunciaba el informe anual de 1919-1920 de la Escuela de Trabajo Social del Colegio Smith. Jarrett incluso contrató a conferenciantes conocidos por sus conexiones con las clínicas de Viena y Berlín. La prestigiosa facultad incluyó a Bernard Glueck, un psicoanalista de Nueva York, abiertamente interesado en tratar a gente con enfermedades psiquiátricas. «He estado muy ocupado los últimos meses organizando un hospital para trastornos nerviosos y mentales —le escribió Glueck a Eitingon en 1928—, donde tengo la esperanza de poder poner en práctica métodos psicoanalíticos con pacientes que no encajan exactamente con la consulta en el despacho». De manera similar, William Alanson White, que elevó el St. Elizabeth a la categoría de gran hospital psiquiátrico en Washington D.C. y a la vez abogaba por una prevención de las enfermedades mentales de largo alcance, era ponente en el Colegio Smith en cuestiones de trabajo social. En sus viajes oficiales a Europa, White se había quedado impresionado por el cambio en la percepción general de la neurosis de guerra, así como en los sistemas militar y psiquiátrico. De hecho, antes incluso de la guerra él y Pearce Bailey anticiparon «el reconocimiento de la enfermedad mental como una posible lesión producto de las operaciones de guerra». Pero cuando White visitó la Charité de Berlín posteriormente, volvió a Estados Unidos firmemente convencido de que todos los soldados, desde los recién reclutados a los soldados

veteranos que ya sufrían «discapacidades mentales causadas por el servicio militar», debían ser examinados por profesionales de la salud mental.¹⁸ Decepcionado por esta chocante evidencia de que la guerra producía un impacto sobre la psicología humana, Abraham Brill, fundador de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York, y Adolf Meyer, del Johns Hopkins en Baltimore, acordaron unirse a la facultad itinerante de la Escuela de Trabajo Social del Colegio Smith. Margaret Powers era una estudiante en la clase de graduación de 1918.

Para cuando alcanzó el Poliklinik en 1928, Powers ya había adquirido una amplia experiencia en psiquiatría y como trabajadora de bienestar infantil en la Asociación Auxiliar de Beneficencia Estatal, una de las Sociedades de Organización de la Caridad (SOC). A pesar de ejercer el impopular papel de investigadora de los hogares de las familias que solicitaban la adopción, se centró en su preocupación por los niños que permanecían en tutelaje hasta su adopción legal. A ella le desagradaba el tono moral de superioridad con el que algunos de sus colegas se distanciaban de los pobres, mayoritariamente familias de inmigrantes en el Lower East Side de Nueva York, que eran sus clientes. Pero tampoco pecaba de la ingenuidad de creer que hubiera alguna virtud en ser pobre, y si los niños eran golpeados, pasaban hambre o sus padres les obligaban a ejercer la prostitución, estos tenían el derecho a vivir con familias mejores. Powers fue a Berlín porque el modelo del Poliklinik se adecuaba excepcionalmente a las necesidades de salud mental de las familias de su Nueva York natal. Conocida conferenciante en el ámbito del trabajo social psiquiátrico, estableció el primer Departamento de Trabajo Social profesional en la división de psiquiatría del Hospital Universitario de Cornell. También instituyó prácticas clínicas en Cornell para estudiantes de último curso en las escuelas de trabajo social del Colegio Smith y Nueva York (más adelante la Universidad de Columbia). El Departamento de Trabajo Social de Powers asistía a entre quinientos y seiscientos pacientes, y a menudo también a sus familias. Incluso Stanley P. Davies, el agente de la Asociación Auxiliar de Beneficencia Estatal habitualmente poco comprometido, disfrutaba de la habilidad de Powers para mantener «el nivel de exigencia en el trabajo de campo [de modo que] [...] sirviera como modelo para el desarrollo de departamentos similares en otros lugares».¹⁹ Powers importó a Nueva York la creencia de los berlineses en la psicoterapia individual, en el tratamiento basado en el diagnóstico y no en la posibilidad de pagarlo, y técnicas especiales para trabajar con niños. Su deliberada introducción del *ethos* weimariano en las clínicas privadas y públicas

americanas provocó el cambio de la educación en el ámbito del trabajo social profesional. Incluso los servicios de salud mental establecidos en la isla de Ward en Nueva York y a lo largo del nordeste estuvieron influenciados por lo que Erik Erikson llamaría el «paradigma psicosocial». Actualmente el trabajo social americano tiende a seguir en muchos sentidos el modelo de Berlín de psicoanálisis urbano, mientras que el psicoanálisis americano generalmente se alía con el modelo de higiene mental funcionalista.

1929

«EL MISMO GRUPO DE PACIENTES QUE PRECISA NUESTRO
TRATAMIENTO CARECE DE RECURSOS»

«De inmediato, los centros se abarrotaron tanto —decía Reich en referencia al Sex-Pol—, que cualquier duda acerca del sentido de mi trabajo desapareció de pronto».¹ Una vez que los diarios de Viena anunciaron que la nueva clínica de higiene sexual para trabajadores y empleados había abierto, el proyecto de las clínicas despegó. En enero de 1929 Reich decidió expandir la red gratuita de clínicas comunitarias del Sex-Pol, y añadir el psicoanálisis individual de largo alcance al breve contacto de las operaciones de captación. Las clínicas adquirieron un importante apoyo de los posibles pacientes que, por alguna razón, no acudían a terapeutas privados u otros consultorios en Viena, ni siquiera el Ambulatorium, donde Reich era aún director adjunto. Desde su oficina de la cuarta planta de uno de los edificios ornamentados en estuco, equidistante del Ambulatorium y el Allgemeine Krankenhaus, Reich coordinaba la red de actividades. Por entonces seis clínicas habían abierto en diferentes distritos de Viena, cada una de ellas dirigida por un médico. Tres obstétricos y un abogado se ofrecieron para trabajar en cualquier momento. Reich, que disfrutaba de su posición como director científico sin perder popularidad como analista, debía programar una segunda hora de consulta diaria porque como mínimo diez personas a la vez esperarían turno para verle durante su hora reservada al asesoramiento. Aun así, las concienzudas consultas diagnósticas duraban media hora por persona y muchos de los futuros pacientes exigían una asistencia considerable.² Los cuatro colegas psicoanalistas de la sociedad vienesa que se unieron a Reich —probablemente Annie Reich y Grete Lehner Bibring, junto a Siegfried Bernfeld y Otto Fenichel en sus viajes de retorno de Berlín— se encontraban desbordados de igual modo. Su falta de tiempo pasó a ser particularmente acuciante una vez empezaron las conferencias de divulgación, y Reich estaba impaciente y se mostraba exigente. Seguía viendo a sus compañeros psicoanalistas como colaboradores en la lucha por la liberación humana, pero estaba preocupado de que su compromiso se tambaleara bajo presión. A

pesar de ello, Reich les aseguró a sus colegas vieneses que el activismo en marcha y el apoyo eran aún efectivos.

De todas maneras, la imagen profesional de Reich era bastante poco conocida entre la mayoría de norteamericanos que estaban en Viena con motivo de su formación psicoanalítica. Tenían sus sospechas acerca de la pertenencia de Reich al Partido Comunista. Un candidato joven y extranjero avisó a O. Spurgeon English, un neoyorquino que se analizaba con Reich en aquel momento, de que el comunismo era peligrosamente contaminante: «Cuando volví a Estados Unidos, como resultado del contacto [con Reich] —le previno a English—, no me fue posible obtener una plaza en ninguna universidad americana».³ Una noche, cuando English hizo caso del aviso de su amigo y pidió a Reich que le explicara de qué modo sus actividades políticas afectaban al psicoanálisis, Reich le sugirió que hablara con Helene Deutsch como directora del Instituto. Reich estaba inquieto por dejar su reputación en las manos de un analista, especialmente desde que él y Deutsch habían discutido acerca de temas de práctica en el Seminario Técnico. De todas maneras Deutsch manifestó su «completa confianza» en Reich y le dijo a English que ella «jamás había visto ningún signo de que sus tendencias políticas perturbaran su habilidad como analista».⁴ Tal vez Deutsch estaba siendo generosa, o sencillamente coincidía con las opiniones políticas de Reich. Por entonces algunas de las salidas más escandalosas de Reich habían causado que el *Arbeiter-Zeitung*, habitualmente afín, denunciara sus «maniobras contraproducentes».⁵ El periódico acusaba a Reich de haber intentado —sin éxito— establecer una célula comunista en Ottakring, un barrio de clase trabajadora, y de hacer un mal uso del nombre del Partido Socialdemócrata.

No quiere decir esto que Reich abandonara su convicción sobre la unión del psicoanálisis y las políticas de izquierdas. Alertaba de que la lucha por la liberación humana solo podía mantenerse si «los descubrimientos y formulaciones del psicoanálisis no se diluyen y pierden su sentido sin que sus defensores se den cuenta». Esta crisis desafiaría incluso a su propia Asociación por la Higiene Sexual e Investigación Sexológica. A pesar de todo, en sus ensayos escritos entre 1929 y 1931, Reich aún enfatizaba que «el correcto estudio del psicoanálisis es la vida psicológica del hombre en sociedad». Sus análisis basados en clases situaron la sexualidad de los trabajadores dentro de una cultura burguesa dominante. El empobrecimiento de la sexualidad del trabajador era una forma de subyugación causada por las condiciones de vida impuestas,

especialmente dañinas para la gente joven, con una energía que no podían sublimar con eventos deportivos. Después de un peregrinaje de dos meses a Moscú en 1930 (donde sus conferencias no consiguieron conquistar al público local de la Academia Comunista), Reich estaba más que convencido de la necesidad de una revolución sexual universal. Reich afirmaba que: «La historia del psicoanálisis en la sociedad burguesa está conectada con la actitud de la burguesía hacia la represión sexual o, en otras palabras, con la supresión de la represión sexual».⁶ Finalmente preguntaba de forma completamente sincera si «la burguesía podía vivir junto al psicoanálisis durante un tiempo indefinido sin dañarse a sí misma». Si el psicoanálisis y la sociedad burguesa se unieran para hacer realmente accesible el cuidado psicológico de la ciudadanía, el resultado podría asemejarse a sus propias clínicas gratuitas.

Reich empujó a sus socios psicoanalistas hacia una comunicación más franca e íntima con la gente a la que trataban individualmente. Al mismo tiempo, planteó que un «curso práctico sobre economía social» o sociología académica permitiría trascender el psicoanálisis. Una reforma social adecuada nacería de esta forma de trabajo social combinado con psicoanálisis. Cada vez más impaciente con los urbanistas académicos y con «la sociología oficial que aún compila estadísticas muertas», Reich veía el trabajo social como una aplicación más directa y significativa de las ciencias sociales que la investigación experimental. La investigación en ciencia social en sí misma era demasiado abstracta y por entonces un ejercicio bastante inútil, con pocas cualidades públicamente compensatorias, excepto quizá en sus aplicaciones prácticas. Los sociólogos aprenderían mucho más acerca de las puras realidades de la vida humana «no en sus despachos universitarios, sino en los lechos de enfermedad de la sociedad, en las calles, en los barrios bajos, entre los desempleados y los pobres», escribía Reich. Como era habitual en sus declaraciones sobre la condición humana en continuo deterioro, Reich pedía «practicidad» incluso desde una disciplina académica, y prescribió al menos seis años de experiencia práctica como «trabajadores sociales» a los sociólogos, «igual que los médicos alcanzan su profesión después de seis años de duro trabajo en laboratorios y clínicas». En el reino del trabajo social Reich siguió y extendió el pensamiento político de Freud. Reich creía que, del mismo modo que el análisis libera al individuo de la opresión interior y libera el fluir de las energías naturales, la izquierda política liberaría a los oprimidos y desataría su innata ecuanimidad social autorregulada. Casualmente, Reich insistía en sus esfuerzos por ampliar el Sex-Pol al mismo tiempo que su colega activista

Ernst Simmel estaba realizando su campaña de captación de fondos para otra institución controvertida (apoyada por Freud): el centro para pacientes internos Schloss Tegel.

«El mismo grupo de pacientes que precisa nuestro tratamiento carece de recursos, precisamente a causa de su psiconeurosis. Estoy recibiendo constantemente cartas de adictos a la morfina y la cocaína, y de alcohólicos suplicando ser tratados, a la mayoría de los cuales no puedo tratar, o solo puedo hacerlo si me sacrifico personalmente», rogaba Simmel al ministro de Estado Becker.⁷ Clínicamente, el sanatorio había permitido a la gente indigente un entorno totalmente terapéutico con el «objetivo de producir en nuestros pacientes un íntimo sentido de responsabilidad». ⁸ Becker, entonces *Kultur Minister*, ministro prusiano de arte, ciencia y educación, declaraba estar muy interesado en el trabajo de Freud y se sentía honrado por su presencia anual en Berlín-Tegel. ¿Estarían, sin embargo, de acuerdo Becker y sus importantes funcionarios con una futura financiación del sanatorio? Freud, que encontró el centro de Tegel de gran beneficio para él y, de manera más general, para el psicoanálisis, decidió explicarle personalmente a Becker la difícil situación financiera del hospital. En una reunión especial entre él mismo, el ministro, el personal de Tegel y Simmel, Freud recuperó el concepto y el tono, casi literalmente, del desafío final que había planteado en su intervención en Budapest. Simmel recordaba que Freud había dicho: «Es difícil apoyar esta obra con recursos privados únicamente, y su futuro depende de si usted, por ejemplo, *Herr Minister*, nos ayuda a sostener semejante trabajo». ⁹ En última instancia, Freud mantuvo que, ya que los representantes del Estado ejercían un considerable poder más allá del régimen presente, y que por definición permanecerían inmóviles ante la situación de la gente corriente, los analistas eran responsables de proporcionar principios racionales a su gobierno para guiarles. Y mientras la crisis financiera del hospital solo parecía que empeoraba, la respuesta de Freud fue declarar la urgencia no solo de preservar la institución, sino también de mejorarla con programas de investigación y formación. De hecho, Simmel había planeado expandir las dependencias del Schloss Tegel, ahora una institución semicerrada, y desarrollar una unidad para el ingreso de personas con psicosis severa. Pero, como muchos de los centros, el sanatorio se encontraba en medio de un enfrentamiento a tres bandas entre las preocupaciones experimentales y humanitarias de los psicoanalistas por un lado, el sistema psiquiátrico por otro lado, y los imperativos de mercado de los propietarios en tercer lugar. La familia Von Heinz, propietaria del cercano Schloss Humboldt, había eludido cualquier obra caritativa y pronto se opuso a la

perspectiva de que el valor de la propiedad disminuyera, una perspectiva que a esta familia le resultaba aún más aterradora que la de que los pacientes psiquiátricos deambularan libremente. «Pues a mucha gente le disgustaría la idea de instalarse cerca de una institución para los enfermos mentales —escribió el propietario a Simmel—, cuya naturaleza y propósito, después de todo, no puede ocultarse, de modo que mi propiedad perdería su valor de forma lamentable».¹⁰ El gobierno estaba de acuerdo. A pesar de las declaraciones individuales de Becker en apoyo al proyecto de Simmel, el gobierno alemán concluyó, junto con el propietario, que semejante institución dañaría la inversión y la especulación inmobiliaria. Mientras tanto, el doctor Gustav von Bergmann, director de medicina de la Charité de Berlín, emitió una opinión negativa paralela, en esencia, al veredicto de Julius Wagner-Jauregg sobre el Ambulatorium en Viena. «No son los recelos de la facultad de medicina lo crucial —dijo al emitir su voto en contra del Sanatorio Tegel—, sino la convicción de que la concepción psicoanalítica del mundo es tan sesgada como la puramente somática [...]. El principio de la clínica psicoanalítica como programa —tal como lo veo— no puede ser aprobado» incluso si el psicoanálisis tiene éxito al combinarse con otras terapias médicas.¹¹ Con o sin la unidad de pacientes internos, el Estado no retiró su apoyo.

Un grupo fresco y más joven de seguidores apoyó la causa de Simmel y empezó a reconstruir la base financiera de la clínica con una serie de programas de captación de fondos. Marie Bonaparte emprendió una campaña para recaudar una dotación, similar a la cruzada en marcha de Eitingon para rescatar el Verlag, y de este modo conservar el centro de Tegel. Bonaparte se había quedado en el sanatorio y, como dijo Freud, «se interesó por la institución y decidió por sí misma que aquello no debía malbaratarse».¹² El psicoanalista francés René Laforgue sugirió que los miembros de la IPA deberían comprar acciones, aunque fuera una proporción muy pequeña, de la corporación. Pero por entonces la buena fe de los benefactores de la IPA como Pryn's Hopkins estaba siendo peligrosamente puesta a prueba. En marzo, tan pronto como Hopkins «donó 1.000 libras esterlinas a la Clínica de Londres, la princesa (Marie Bonaparte) ya pedía dinero para salvar el sanatorio de Simmel».¹³ Freud mandó su propia petición por carta al mundo entero e incrementó su contribución anual, pero la perspectiva de obtener una ayuda continuada seguía siendo poco clara. Aun así, Anna, que había vivido en Tegel durante unas semanas mientras su padre se recuperaba de una cirugía por cáncer, seguía siendo optimista con el futuro del sanatorio. Escribiendo desde Tegel, le comunicó a su

amiga Eva Rosenfeld que la calma y la confusión disminuían simultáneamente durante el análisis. Opuestamente, la auténtica calma del campo producía la suficiente tranquilidad como para ayudar a la mente a recuperarse del estrés de la ciudad. «Tegel es [...] una isla de seguridad en medio del tráfico de la ciudad [...] un lugar ideal y más bello que nunca», le escribió a Eva, que se trasladaría allí a finales de ese mismo año. A instancias de Anna, Eva iniciaría también un período de análisis gratuito con Freud cuando volvió a Viena. Mientras tanto, las perspectivas de supervivencia de Tegel mejoraron. «El doctor Simmel está motivado y lleno de esperanzas», informó Anna.¹⁴ Y dos semanas después escribió a Eva acerca del plan de Laforgue. «Estamos tratando de financiar la corporación Tegel, pero faltan algunas personas ricas que pudieran comprar acciones. Espero que lo consigamos».¹⁵ La oferta era torpe y muy inefectiva, incluso entre los analistas de Londres que habían valorado sus acciones a 25 libras esterlinas cada una.¹⁶

Anna Freud no perdió mucho tiempo en Tegel. Impartió un seminario en el Instituto de Berlín y otro curso de tres días sobre análisis con niños en Tegel. En general estaba satisfecha de que algunos de los analistas de Berlín, como Melitta Schmideberg (la hija de Melanie Klein), Jenö Harnik y Carl Müller-Braunschweig se hubieran encontrado con ella en Tegel —incluso alquilaron un coche para el viaje al campo en octubre—, pero Anna aún se sentía como una extraña entre ellos y prefería con mucho a su grupo de Viena. En esa disputa continua entre berlineses y vieneses por lo que fuera, desde el carácter humano hasta la técnica analítica, pasando por el placer estético, Anna captó enseguida la tendencia weimariana a preferir lo «utilizable y útil» en contraposición a la inclinación vienesa por lo «fácil y placentero». Personalmente, sin embargo, rechazaba lo que ella llamaba los eficientes «ideales, las casas, los antiguos muebles y las comodidades» de los berlineses en favor de una vida más rural, simple y, quizá, comunal.¹⁷

La apertura de la clínica de pacientes externos más nueva se programó en Francfort, con cierta emoción por su asociación con el Instituto Marxista para la Investigación Social (Institut für Sozialforschung). Siempre al día de la constante expansión de sociedades analíticas locales, los colegas y viejos amigos de Simmel Karl Landauer y Heinrich Meng, de la Sociedad Psicoanalítica Alemana Suroccidental, fundaron su instituto psicoanalítico y su clínica asociada en Francfort en febrero de 1929.¹⁸ A través de una acción osada y perspicaz, Landauer decidió establecer la clínica a partir de las premisas de su socio intelectual, el Instituto para la Investigación Social de Max

Horkheimer. Ahora, como «instituto invitado» del Instituto para la Investigación Social, la Sociedad Psicoanalítica de Francfort pasó a ser, de manera indirecta, el primer grupo psicoanalítico con suficiente reputación como para estar conectado a una universidad. La Universidad de Francfort, que el teólogo socialista Paul Tillich (encargado de la cátedra de filosofía el año anterior) consideraba «la más moderna y liberal de todas las universidades» a finales de la década de 1920, era un lugar propio para la asociación.¹⁹ Para celebrar la alianza de su clínica con los científicos sociales de Francfort, Landauer invitó a todos sus colegas internacionales de la IPA a participar en una serie de conferencias inaugurales. Quedaron maravillados. Incluso Ernest Jones estaba tan satisfecho que anunció a sus colegas de la sociedad británica la invitación de Landauer a «abrir una clínica psicoanalítica en Francfort» y se sintió tentado de viajar desde Londres.²⁰ La lista de oradores ilustres de Berlín atrajo la atención de los medios locales, y las ideas de los psicoanalistas recibieron críticas generalmente positivas en la prensa de Francfort. El *Frankfurter Zeitung* en particular dedicó un reportaje entero de su suplemento *Für Hochschule und Jugend* (Para la Universidad y la Juventud) a la nueva serie de conferencias a las que asistieron médicos, estudiantes y profesores en el Instituto para la Investigación Social. El 16 de febrero Sándor Radó, Heinrich Meng y Erich Fromm pronunciaron cada uno un discurso inaugural para anunciar los programas venideros del Instituto.

La intervención de Erich Fromm —por entonces jefe del Departamento de Psicología Social en el Institut für Sozialforschung y conferenciante en el instituto psicoanalítico— en las ceremonias de apertura fue inusualmente apasionada, porque él, igual que sus colegas de Francfort, había investigado sobre una comprensión interna y externa de la humanidad unificadas. «El doctor Erich Fromm (Heidelberg) habló de la posibilidad de aplicar el psicoanálisis a la sociología —informaba el *Frankfurter Zeitung*—, ya que por una parte la sociología se ocupa de los seres humanos y no de la mente de las masas, mientras que por otro lado los seres humanos existen, tal como el análisis siempre ha reconocido, solo como criaturas sociales».²¹ Los reporteros resumieron bien su tesis. En la intervención de Fromm titulada «La aplicación del psicoanálisis a la sociología y los estudios religiosos», publicada al mismo tiempo en la revista pedagógica del analista, proponía que, desde el principio, el psicoanálisis había comprendido que «no existe tal cosa como el “homo psicologicus”». El auténtico desafío consiste en captar «el condicionamiento recíproco del hombre y la sociedad», y las relaciones sociales no son

opuestas sino paralelas a las relaciones objetales.²² Los cursos de Fromm en el instituto presentarían inevitablemente dos posiciones aparentemente antitéticas, pero la diferencia entre sociología y psicología era realmente solo metodológica, una cuestión de forma y no de contenido. Como todos los analistas profesores, Fromm subrayó el hecho de que su material de curso estaba basado en datos de la clínica. Si los analistas podían comparar observaciones y explorar las historias de los casos de los pacientes de la clínica, justificaba Karl Landauer, las probabilidades de éxito de los psicoterapeutas quedarían determinadas por un conocimiento objetivo y empírico y no por la así llamada comprensión intuitiva. En sus observaciones iniciales Radó señalaba que este enfoque ya existía en Berlín, donde los doce profesores del Poliklinik «llevan a cabo cada día» cerca de cien «tratamientos analíticos gratuitos», sin incluir los análisis de formación. Ahora Francfort tenía la oportunidad, como la segunda institución psicoanalítica en Alemania, de satisfacer tanto la necesidad de tratamiento de la población como la necesidad de los psicoanalistas de obtener datos clínicos.

Los analistas de Francfort toparon con una interesante dificultad. Por un lado tenían muy poco espacio para una oficina de tratamiento completo hasta el próximo año y muy pocas facilidades para poder constituir un centro de formación. Paradójicamente, su impresionante afiliación al Institut für Sozialforschung les convirtió en un centro colectivo de información psicoanalítica, y la facultad recibía multitud de peticiones de jornadas de conferencias públicas, presentaciones en centros de educación comunitarios y cursos continuos de formación profesional para abogados, trabajadores, profesores, psicólogos y doctores. La intervención en Francfort de Bernfeld sobre «Socialismo y Educación» era la primera de una serie de cuatro conferencias inaugurales. La educación burguesa convencional, explicaba Bernfeld, exige conformismo y favorece un tipo de adoctrinamiento en normas sociales. Por el contrario, los socialistas creen que la educación es un proceso sobre el aprendizaje de uno mismo y de los otros a través de la lucha personal (por lo tanto, el psicoanálisis) y el desarrollo de la conciencia de grupo.²³ Anna Freud también habló sobre pedagogía, y Paul Federn y Hanns Sachs prosiguieron con dos intervenciones más libres acerca del significado del análisis en la sociología, la medicina y las ciencias mentales. Murmuraban entre ellos. Anna Freud se quejaba ante Eitingon de que «Bernfeld sacara conclusiones erróneas de una correcta observación. Para eso es mejor ahorrarse el problema de la terapia».²⁴ Pero también limaron asperezas: «¡Qué corazón tan cálido tiene usted, buen hombre!», exclamó Jones en un

arrebato de reconciliación colegial con Eitingon.²⁵ En cualquier caso, de cara al público permanecieron unidos como una vanguardia para el psicoanálisis. El grupo de Francfort centralizó su oficina de asesoramiento educativo igual que habían hecho sus colegas del Ambulatorium, y añadieron una coalición de investigación compuesta por psicoanalistas y médicos internistas para enseñar a sus profesiones aliadas cómo aplicar la técnica psicoanalítica. El constante cruce de sociología con teoría económica y psicoanalítica en las discusiones, conferencias, investigaciones y tratamientos clínicos produjo una comunidad intelectual excepcionalmente inquieta: «Había contactos personales y académicamente fructíferos entre nuestros profesores y el teólogo Paul Tillich», recordaba Heinrich Meng. Tillich, en «uno de sus temas de discusión [...] insistió en que el joven Marx hizo gran hincapié en el humanismo como el núcleo del socialismo».²⁶ En el apogeo del instituto muchos de sus líderes centraron sus estudios en la naturaleza y las raíces del fascismo y, en particular, en el ascenso del nacionalsocialismo. Desgraciadamente, esta meta intelectual era alarmantemente premonitoria, y como el poder nazi crecía diariamente, las discusiones eran estériles o motivo de exilio. Cuatro años más tarde la única opción sería el exilio.

En el ambiente de debilitamiento económico de Europa, afectada en aquel momento por la depresión en Estados Unidos, Ernest Jones tenía muy pocas opciones más allá de apelar a la lealtad de los miembros de la sociedad británica con el objetivo de sostener el trabajo de la clínica de Londres. A finales de octubre Jones propuso, como una medida de ahorro, disolver la barreras formales entre los cuatro componentes de la sociedad. Esto era una decisión lógica, ya que el mismo grupo nuclear de miembros dirigía el instituto, editaba la revista, organizaban encuentros sociales y se ofrecían como voluntarios en la clínica. Además, algunos funcionarios, apoyándose en sus títulos, los usaron para mejorar las relaciones con grupos académicos y médicos institucionalizados. Al escribirle a Max Eitingon, Jones descartaba la preocupación de su amigo acerca de la viabilidad de la clínica en Londres explicándole que Sylvia Payne, la nueva «secretaria de negocios», atendía toda la correspondencia de la sociedad, el instituto y la clínica, mientras Edward Glover coordinaba la investigación y los programas públicos.²⁷ Para el personal no médico estos contactos institucionales eran pruebas de legitimidad particularmente importantes. De todas maneras la situación presente exigía eficiencia por encima de prestigio, y todos los miembros de la sociedad británica estaban designados unilateralmente como asistentes clínicos. Todo el personal trataba a un paciente

diariamente en el centro de Gloucester Place o, como en las otras sociedades, ofrecía una alternativa, pero con una cantidad de servicio y dinero equivalente para el instituto.²⁸ Jones disfrutaba con los planes en marcha para fusionar la sociedad, el instituto y la clínica en una sola unidad y describió, en las cartas prácticamente idénticas que le envió a Freud y Eitingon, cómo «consolidaría la nueva profesión del psicoanálisis».²⁹ El elemento más original del proyecto —Jones lo llamó «revolucionario»— consistía en situar a los analistas laicos de la clínica al mismo nivel que el personal de plantilla. Asimismo, igual que en Berlín y Viena durante diferentes épocas, los nuevos conocimientos clínicos se discutían en la sociedad pero se implementaban solo dentro de la clínica.

Mientras otros analistas formulaban teorías sobre el desarrollo infantil o adulto, Erik Erikson concibió un camino longitudinal a través de la vida humana y estableció las metas para una transición equilibrada de la infancia a la edad adulta.

Apuesto y cortés, Erikson era un hombre joven y atractivo. Tenía unos sorprendentes ojos azules, la mandíbula recta y el trato atento de un médico nato. Fiel al estilo tradicional de los intelectuales alemanes, llevaba un bigote corto y el pelo rubio ondulado muy bien peinado. Las legendarias fases psicosociales de Erikson (opuestamente a las fases psicosexuales de Freud) se concibieron mientras trabajaba con adolescentes en el Ambulatorium y se basaban en su experiencia allí. Su trabajo con adolescentes lo supervisaba August Aichhorn, mientras Helene Deutsch y Edward Bibring controlaban el tratamiento de su primer paciente adulto. Erikson explicaba más tarde que había decidido seguir su formación analítica con Anna Freud cuando estuvo convencido, mientras trabajaba con niños en Heitzing, de que el psicoanálisis era compatible con el arte y tenía un fuerte componente visual. Incluso hoy las ocho fases de Erikson son esencialmente una representación visual del desarrollo psicológico humano. Las «fases» se ordenan en diagonal en vez de hacerlo en vertical para mostrar que la secuencia de fases —cada una de las cuales atestigua la resolución individual de la lucha entre el yo interior y sus demandas ambientales o culturales externas— está «presente al inicio de la vida y permanece siempre presente».³⁰ De acuerdo con su modelo, cada fase es susceptible de una resolución sana y otra insana, concretamente la «Identidad contra Difusión» de la adolescencia, y asume que la resolución sana depende de que el sujeto logre satisfacer ciertas reglas culturales como la autonomía, el individualismo y la realización personal. A pesar de todo el hincapié de Erikson en el aspecto «social» del desarrollo y la

construcción de la identidad individual (el trasfondo autobiográfico es obvio aquí), la fuerza de su teoría se halla en las herramientas que ofrece al terapeuta para ayudar a los individuos a explorar su mundo interior.

Por aquellos tiempos, Anna Freud dirigía tres seminarios en el Ambulatorium, y había impartido cada uno de los cursos semanalmente desde 1926. Casi todos los psicoanalistas notables de Viena acudían a su informal *Kinderseminar*³¹ para jóvenes analistas de la clínica, o a su seminario pedagógico semanal sobre técnicas psicoanalíticas y educacionales combinadas (principalmente extraído de su trabajo en la Escuela Heitzing), o bien a su Seminario Técnico sobre análisis con niños que se organizaba en el Instituto de Formación de la sociedad. En su infatigable búsqueda de explicaciones al desorden psicológico durante la niñez, Anna invitó a expertos en cada fase del ciclo vital para hacer presentaciones a los analistas con experiencia, que se sentaban alrededor de una mesa mientras los analistas principiantes se sentaban detrás de ellos o permanecían de pie. Aichhorn, por ejemplo, impartió psicología adolescente y delincuencia juvenil. En otro seminario Willi Hoffer hizo la presentación completa de los comportamientos, sueños y fantasías del caso de un niño al que analizaba. Reich propuso un programa igualmente elocuente donde analizaba casos de adolescentes y adultos.

Heinz Hartmann, que predicaría más adelante la ortodoxia psicoanalítica bajo el disfraz de la llamada «psicología del ego», volvía de Viena después de varios años en el mucho menos convencional Poliklinik de Berlín. Hartmann y su colega Paul Schilder fomentaron un doble o sintético enfoque psicoanalítico y biológico, para las enfermedades mentales, y quisieron probar esta fórmula en el tratamiento de trastornos psiquiátricos. A pesar de la omnipresente atracción de la poderosa Clínica Psiquiátrico-Neurológica de Wagner-Jauregg, donde ambos se formaron en el modelo de tratamiento patológico-anatómico, los dos psiquiatras elaboraron los planes para un nuevo departamento experimental en el Ambulatorium. Diseñado específicamente para tratar a adultos con síntomas borderline y psicóticos, la nueva sección marcó un antes y un después en las mejoradas relaciones entre los psicoanalistas y los cuadros médicos de la psiquiatría nativa vienesa. Quince años antes, durante e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, el enfoque psiquiátrico, en los casos de adultos con diagnósticos psicológicos serios, había variado y se había pasado de las acusaciones de simulación de los síntomas al tratamiento más amable de un trastorno llamado neurosis de guerra. El psicoanálisis había triunfado como la forma preferida de tratamiento en

todos lados excepto en los círculos médicos más conservadores, y había obtenido una popularidad significativa incluso en la medicina militar. Al parecer lo mismo podía suceder ahora con otros trastornos. Pero desgraciadamente, en cuanto Schilder inauguró la clínica especial en el Ambulatorium en marzo, y se proponía realizar un experimento psiquiátrico con la psicoterapia de la psicosis, le llegó una oferta de trabajo de Adolf Meyer, la aceptó y partió hacia Estados Unidos. Edward Bibring, el amigo de Schilder, tomó las riendas como nuevo director de la clínica en septiembre. Bibring también era un psiquiatra formado en el hospital, pero sobre todo había formado parte del animado grupo de estudiantes de anatomía de Tandler que una tarde de 1920 visitó a Freud y se convirtieron en sus últimos discípulos. Esta misma energía caracterizaba la dirección de Bibring en la nueva clínica, una iniciativa que quería contribuir a las políticas de la Viena Roja pero muy vanguardista en su tiempo. Incluso los visitantes que venían de América eran capaces de darse cuenta: «La república de once años de edad de Austria — observaba William French, del Commonwealth Fund— ha construido un sistema de [...] atención que es personalizado, flexible y cada vez más eficiente».³²

Si Bibring no hubiera mejorado el novedoso programa del Ambulatorium con el Departamento para Casos Borderline y Psicosis, o el modelo de tratamiento psicoanalítico para gente con esquizofrenia de Hartmann y Schilder, no habría atraído a Ruth Brunswick, que se unió en 1930. Con la pericia de Brunswick en el tratamiento de la depresión severa y su compasión única hacia la gente marginada por la enfermedad mental, el trabajo de la clínica tomó una dirección aún más progresista. La estandarizada evaluación a fondo de adultos neuróticos fue eliminada en favor de un cuestionario más breve de evaluación de los síntomas. Se preguntaba al paciente si había oído voces, o tenido visiones o alucinaciones. A fin de evitar el sesgo, un equipo de médicos estudiaba las respuestas del paciente y entonces escogía uno de los tres posibles lugares de tratamiento. Primero, los pacientes que necesitaban un cuestionario adicional para confirmar la presencia de enfermedad mental eran enviados a una sección regular para adultos. Se debía hacer una distinción entre, por ejemplo, las alucinaciones orgánicas del esquizofrénico y la alucinación alcohólica de los deprimidos severos. Para saber qué pacientes eran aptos para el tratamiento en la sección psiquiátrica, no podían descartarse los síntomas psicóticos o borderline mientras quedara pendiente un escrutinio intensivo, y de este modo permanecían bajo observación y eran finalmente tratados debidamente. Segundo, a aquellos que necesitaban un plan de tratamiento individualizado que encajara

con su categoría diagnóstica se les ofrecía formas de psicoterapia de menos pureza psicoanalítica. Alguien con un control frágil de la realidad toleraría con dificultad la ansiedad provocada por un régimen de hora diaria de libre asociación. Y, técnicamente, el psicoanálisis podía ser modificado: la hora entera podía quedar reducida a cuarenta y cinco minutos, la frecuencia podía reducirse de cinco veces a tres veces semanales, y quizás el sofá podía ser sacrificado por una silla. Tercero, los analistas asumieron la posición, sumamente discutible, de permitir al personal ofrecer psicoanálisis clásico de manera selectiva a casos borderline o a personas con una incipiente psicosis. Eduard Hitschmann, que naturalmente estaba al corriente de los debates que había sobre la mesa, informó de los casi setenta casos de esquizofrenia que se habían tratado a lo largo de diez años. Incluso la clínica psiquiátrica del hospital municipal, dominio de Wagner-Jauregg, derivaba pacientes. Como también hicieron los tribunales: los agentes de los tribunales podían conmutar la pena de delincuentes que aceptaran encargarse de su incontrolable comportamiento por tratamiento psicológico en lugar de la encarcelación. Los centros de bienestar social, los médicos de barrio y los sanatorios donde el personal creía en un enfoque benigno de la enfermedad mental, enviaban pacientes. Y por supuesto la propia sección de pacientes externos del Ambulatorium enviaba pacientes con neurosis que se inclinaban hacia la psicosis. En retrospectiva, Bibring y sus colegas fueron ingenuos al asumir que la esquizofrenia podía tratarse solamente con análisis. Pero los colegas en Berlín estaban discutiendo este planteamiento, y en Budapest Sándor Ferenczi estaba experimentando con modificaciones del método ingenuas, por no decir controvertidas, que iban mucho más allá del estilo individual.

Bajo circunstancias políticas muy diferentes, Sándor Ferenczi estaba también explorando las posibilidades de crear una clínica en Budapest. Sus colegas en Viena, Berlín y Londres habían tenido éxito al asumir la obligación de atender las necesidades de los pobres y desatendidos mediante servicios de salud mental. En su polémica introducción de un informe de un caso publicado, Ferenczi sugería que los recursos crónicamente inadecuados de Budapest, públicos y privados, habían provocado la pérdida de muchas vidas. Ferenczi promovió el panfleto «Sobre la infancia de una joven proletaria», como un resumen clínico y un alegato a favor del conocimiento. En las notas, terribles y fascinantes, se registraban los diez primeros años de vida de aquella chica de diecinueve años, hija de un padre alcohólico subempleado y de una madre desesperada, y se exploraba, con una precisión extraordinaria, la relación entre clase

social y miseria humana. Ferenczi había sido incapaz de frenar el suicidio de su paciente precoz, pero sí que publicó su *Diario* y permitió que se conociera lo que Imre Hermann afectuosamente llamó «palabras subversivas para 1929».³³ En aquel diario, la joven había escrito: «Los niños ricos son afortunados. Ellos pueden aprender muchas cosas, y [aprender] es una forma de diversión para ellos [...] y cuando aprenden algo se los premia con chocolate. Su memoria no está llena de todas las cosas horribles de las que no es posible librarse. El profesor les trata con un falso respeto. Así era en nuestra escuela [...]. Creo que bastantes niños pobres no aprenden nada o solo un poco por las mismas razones y no porque tengan menos talento».³⁴

1930

«LOS ANÁLISIS GRATUITOS O DE BAJO COSTE...
(FUERON) AL MENOS UN PEQUEÑO COMIENZO»

En 1930 la oferta de Freud de tratamiento gratuito había tomado forma de un modo que se adecuaba mucho a la línea que él había previsto cerca de una década antes. Los hombres y mujeres pobres de Viena ahora tenían el mismo derecho social al tratamiento de salud mental que a la cirugía; la enfermedad mental era considerada una amenaza para la salud pública igual que la tuberculosis; las decisiones se tomaban en comité, no de forma individual, para poner en marcha instituciones donde se designaba a médicos con formación analítica. Aunque la atención a los pacientes clínicos externos se había iniciado gracias a la caridad privada, ahora el Estado reconocía su valor. Freud no podía estar más satisfecho. El Poliklinik de Berlín, escribía, seguía esforzándose por «volver accesible nuestra terapia al gran número de personas que no sufren menos sus neurosis que los ricos, pero que no están en condiciones de sufragar los gastos de su tratamiento». ¹ Convergían entonces muchos factores: la nueva localización de la clínica, su capacidad ampliada y el interés de los jóvenes académicos, su posición política y la reputación de Berlín como un epicentro urbano y entusiasta. No obstante, la clínica también había padecido las consecuencias del deterioro económico mundial, y asimismo la repentina y poderosa victoria del Partido Nazi en las elecciones más recientes había supuesto una conmoción. Con el Partido Nazi, que ahora era el segundo partido político más grande de Alemania, se intensificó la preocupación de Eitingon, Radó y Simmel por la supervivencia del psicoanálisis en un ambiente hostil. Ellos formaban a nuevos analistas, analizaban a pacientes cinco o seis horas cada día, impartían nuevos cursos, y en general seguían fomentando su propia versión de la democracia. Incluso la esposa de Freud se vio envuelta en el escándalo: Martha, a la que le gustaba visitar el hogar de Eitingon y su esposa Mirra en Alteinsteinstrasse en Berlín-Dahlem, hizo también un llamamiento al instituto en Wichmannstrasse.

La demanda de psicoanálisis para pacientes externos era más variable que para

pacientes ingresados en psiquiatría, pero la participación dentro de grupos predefinidos por edad y profesiones aumentó o bien se mantuvo constante. Tomando el registro demográfico de la clínica en su conjunto, los adultos jóvenes habían aumentado cinco veces en el período de diez años que comienza en 1920, así que en 1930 eran los más frecuentes consumidores de los servicios de la clínica. Eitingon seleccionaba a casi todos los solicitantes por sí mismo pero, por muchas razones, no podía admitirlos a todos en el Poliklinik. De hecho, solo la mitad de los adultos jóvenes entre veintiuno y veinticinco años que demandaron atención recibieron tratamiento realmente (184 de 372). El siguiente grupo demográfico, el de veintiséis a treinta años, prácticamente ofrecía el mismo cuadro: de sus 358 consultas, el 44%, es decir, 160, dieron como resultado un tratamiento analítico. Incluso entre los hombres y mujeres de mediana edad, entre treinta y uno y treinta y cinco años, el modelo era el mismo: el número de consultas (293) era justo el doble del número de los análisis que se realizaron (128). Si el puntilloso Fenichel hubiera analizado los datos de Eitingon habría estado contento de descubrir que todos los casos atendidos durante la década de 1920 fueron registrados al detalle, desde niños menores de cinco años a adultos mayores de sesenta años o más. Una tremenda diversidad de edades, sexo, ocupación y situación social formaba la base de todos los pacientes del Poliklinik, pero parecía haber poca correlación entre la edad de los pacientes y su diagnóstico. Ciertamente, a pesar de la serie de pruebas de lo contrario, los supuestos estereotipados de que las mujeres burguesas eran las primeras interesadas en el psicoanálisis porque eran histéricas y podían permitirse la atención perduran en la actualidad. En la literatura abundan pasajes falsos y seductores. Por ejemplo, Robert Graves una vez escribió: «que un médico te alentase a hablar de ti mismo con todo lujo de detalle era una gran experiencia nueva, especialmente para las mujeres adineradas y solitarias que tenían “crisis nerviosas”». ² En verdad, las instituciones clínicas como el Poliklinik afianzaron su reputación histórica impugnando las medidas en contra de los grupos marginados, entre ellos las mujeres. Los psicoanalistas creían que su teoría permitía a las personas trabajar productiva y solidariamente, con menores restricciones internas de la sociedad represiva.

La joven Edith Banfield Jackson, que buscaba la misma libertad de la que había disfrutado en su almidonada infancia en Nueva Inglaterra, llegó a Viena en enero para analizarse con Sigmund Freud. Edith Jackson era una rica, inteligente y trabajadora médico. Era delgada, de largos brazos y piernas, pelo castaño e imperturbables ojos de

un verde azulado. En pocos años, Jackson se convertiría en un pilar financiero para el movimiento psicoanalítico y, al igual que Von Freund, Eitingon, Marie Bonaparte y Muriel Gardiner, financiaría programas psicoanalíticos en curso, intimaría con los Freud, y ayudaría a los analistas a escapar de los nazis. Pero en 1930 Jackson era nueva en Europa y disfrutó de la agradable rutina de una analizante extranjera recién llegada. Tomaba lecciones diarias de alemán para asistir a los seminarios del instituto, trabajaba con niños y asistía a lecciones de danza por las noches en los bailes vieneses. Todas las tardes salvo el domingo dejaba la habitación que alquilaba a la madre de Else Pappenheim y caminaba a la consulta de Freud en la calle Berggasse. Su sesión analítica, de cinco a seis de la tarde, era en inglés. «Trabajar en presencia de la mente de Freud es la experiencia más excitante que jamás he tenido —le escribía a su hermana Helen—: Me parece el personaje más entrañable».³ El análisis era difícil y la ponía de malhumor, pero el conjunto de las actividades sofisticadas de las noches de Viena la animaba fácilmente. Por toda la ciudad las conferencias, los conciertos, el teatro y la ópera comenzaban a las siete o siete y media de la tarde. Jackson disfrutaba particularmente de danzas como el Baile de los Artistas, donde miles de hombres y mujeres bailaban el vals toda la noche vestidos *en masque*. Cuanto más escandaloso era el traje, más alegremente chismorreaban los amigos analíticos del *Kinderseminar* sobre la bailarina. El traje de cactus verde con una flor de cactus de color rojo en la gorra era su gran favorito para el Baile Concordia. Pero el traje de seta, que ella se puso para el Baile Concordia (al que asistió con otro paciente de Freud), tenía un chaleco ajustado, con una adorable boina blanca, y una falda de tul redonda con los bordes levantados. Mientras tanto, las nuevas amigas de Jackson, Anna Freud y Dorothy Burlingham, atraieron a Edith a la vida del instituto y el Ambulatorium y sus experimentos en el tratamiento de la primera infancia. Ernst Simmel, un especialista en trastornos psicóticos, invitó a Jackson a considerar su equipo en el Schloss Tegel. Jackson estaba especialmente impresionada por la originalidad del trabajo de Simmel. En el «sanatorio *psicoanalítico*»⁴ —escribía— están presentes solo 12 o 14 pacientes (la capacidad es de 25). No sé si tenemos alguna institución así en América, pero espero que la tengamos. Pues para las personas que necesitan análisis es excelente disfrutar de los beneficios de semejante ambiente placentero y saludable con un ligero nivel de supervisión y regulación».⁵ Se encontró con Ruth Mack Brunswick, otra analizante americana en el equipo del Ambulatorium, que estaba introduciéndose con entusiasmo en la rama más nueva de la clínica, el

Departamento para Casos Borderline y Psicosis para el tratamiento de la enfermedad mental severa. Brunswick le mostró a Edith su investigación sobre la psicosis y su esfuerzo (compartido con otros analistas formados por Reich, Schilder y Hartmann) para comprender la enfermedad mental entrevistando a pacientes psicóticos o esquizofrénicos.

Wilhelm Reich es quizá más conocido en la actualidad como un experimentador cuya mención inspira más bien incomodidad, dados sus experimentos con acumuladores orgón y máquinas de producir lluvia a principios de la década de 1950, o su defensa de la sexualidad liberada, mistificada por los terapeutas radicales de la década de 1960. Otros lo recuerdan por escribir libros como *Análisis del carácter* y por encabezar organizaciones como el Ambulatorium y Sex-Pol. La historia de Reich a menudo se divide en dos, el «buen» Reich psicoanalítico y el «mal» Reich que perdió la razón con la política y padeció una esquizofrenia incipiente en algún momento alrededor de 1930. En septiembre de 1930 Wilhelm Reich renunció al Ambulatorium y se trasladó de Viena a Berlín⁶ con su esposa, la psicoanalista Annie Reich, pero no perdió la razón. Entre 1930 y 1934 la implicación de Reich en el psicoanálisis y la actividad política continuó imbatible, y su reputación intacta. Berlín inicialmente satisfizo sus esperanzas de un entorno más receptivo que Viena. Muchos de los analistas jóvenes también se trasladaron a Berlín —Otto Fenichel, Erich Fromm, Edith Jacobson, Siegfried Bernfeld y Karen Horney— y estaban de acuerdo en el vínculo inquebrantable que establecía Reich entre el psicoanálisis y el marxismo. Lo apodaban «el personaje imbatible». Reich estaba personalmente consternado por la indiferencia (o algo peor) de Freud hacia él y evitaba deliberadamente recrear las tensiones debidas a las disensiones de sus últimos años en Viena. Ejerció y dio seminarios sobre el análisis del carácter en su casa cerca de Wichmanstrasse. Tenía prohibido provisionalmente ejercer de formador de analistas a causa de su terapia analítica del carácter, no obstante lo cual dio conferencias en el Poliklinik y atendió a pacientes allí. Pronto Reich y Otto Fenichel, su viejo amigo de los círculos sociales de Viena, reunieron a su alrededor un círculo interno de jóvenes colegas autodenominados analistas materialistas-dialécticos. Uno de ellos, el analista Alexander Mette, escribía: «La existencia del inconsciente psíquico es un punto incontrovertible de la ciencia materialista. Reconocerlo no modificará sus fundamentos mucho más que, por ejemplo, la ley de la relatividad».⁷ Reich también se incorporó a los Seminarios de Niños que Fenichel había supervisado desde 1924. El núcleo de sus participantes, entre los que se hallaban Fromm, Jacobson, Kate Friedländer, Georg Gerö y Edith Buxbaum,

constituyó en 1934 el centro del último proyecto organizativo de Fenichel en Europa, el círculo *Rundbriefe*.

Con ánimo renovado, Reich comenzó a restablecer su red de clínicas gratuitas de asesoramiento sexual y trasladó Sex-Pol de Viena a Berlín. Como ya había hecho antes en Viena, al final de la década de 1920 reunía en Berlín a las personas para conversar sobre educación sexual, información contraceptiva y psicoterapia breve para individuos y parejas. Annie Reich, Fenichel, Edith Jacobson y Käthe Misch, miembros aún de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, trabajaban con él como defensores de la reforma sexual y política. Dio clases a un grupo de estudiantes sobre «El fiasco de la moralidad burguesa», un curso que Fenichel prosiguió dando una conferencia con el interesante título de «Temor a la Comunidad». Habló luego ante la Asociación de Médicos Socialistas de Berlín, el grupo dirigido por Ernst Simmel, sobre la prevención de problemas emocionales. Así como en Viena, Reich se movió por una gama de organizaciones políticas pero finalmente decidió que la expansión de Sex-Pol llevaría mucho más lejos lo que él llamaba temas «político-sexuales». En un discurso en la Liga Mundial para la Reforma Sexual, Reich informaba de que los centros de higiene sexual ya habían registrado setecientos solicitantes en dieciocho meses.⁸ Era uno de los pocos psicoanalistas adheridos al Partido Comunista Alemán y, tal vez inevitablemente, su reputación se vio afectada cuando los comunistas decidieron suscribir su organización políticosexual. Desde el cambio de siglo, los comunistas habían criticado al psicoanálisis por ser demasiado individualista e ignorar la raíz económica del sufrimiento humano. Pero coincidían con Reich en que los programas de salud pública ignoraban la enfermedad mental o, aún peor, prescribían consejos de rutina. El 60% de los problemas de los trabajadores eran demasiado severos para el asesoramiento breve, decía Reich, e incluso el tratamiento del 30% que lograba encontrar el camino a las clínicas era inadecuado. Los comunistas, que más tarde repudiaron a Reich, como lo hizo la IPA, decidieron subsidiar la nueva *Deutscher Reichsverband für Proletarische Sexualpolitik* (Asociación alemana para la política sexual proletaria). Según su segunda esposa, Ilse Reich, la *Reichsverband* atraía a más de veinte mil miembros con una campaña muy similar a la cruzada popular de Hugo Bettauer en Viena: mejor vivienda para la masa, aborto y homosexualidad legalizados, libre control de la natalidad y la contracepción, educación sexual, atención infantil asalariada y seguro de salud para madres y niños.⁹

En la mayoría de los asuntos, las convicciones políticas de Reich eran las de los

socialdemócratas vieneses, tal vez más radicalizadas pero basadas igualmente en la idea de construir programas sociales específicos, viables, como la vivienda y la salud. La relación entre Reich y Freud era intensa, ambivalente, y, en los años treinta, combativa. Freud tenía una misión política, la misión de los socialdemócratas que implementaron la idea de un Estado redistributivo en la Austria de la década de 1920. Mientras Freud aclaraba que la «agitación política y la miseria económica tienen derecho a llamar la atención de la gente y antes que nada la suya», como le escribió a Ferenczi, él personalmente mantuvo a raya la participación abierta en un movimiento político específico.¹⁰ Si bien su reserva para dar apoyo explícito «al ideal comunista» no le evitaba tener un programa político, dado que «seguía siendo un liberal de la vieja escuela», como le escribió a su amigo Arnold Zweig.¹¹ De hecho, la identificación con otro movimiento además del psicoanálisis habría difuminado su programa para la liberación humana. Reich lo entendió. A pesar de todas las críticas que le hizo a Freud, y que Freud le hizo a él, Reich hablaba de Freud con admiración y lo excluía de su condena general de los psicoanalistas (quienes, después de todo, habían expulsado a Reich de su propia asociación profesional). Antiguos amigos como Paul Federn y Otto Fenichel con el tiempo se mostraron desleales. Ernest Jones le acusó de engañar indirectamente a su líder y de desplazar el psicoanálisis lejos de la práctica clínica a la arena política más amplia. «Lamento mucho que tantos miembros berlineses y vieneses que han boicoteado el único Congreso científico para la Investigación Sexual¹² —le escribió Jones a Eitingon— hayan estado sin embargo leyendo ponencias en el popular y no científico Congreso para la Reforma Sexual».¹³ Pero como muchos seguidores de Freud, desde Melanie Klein y Ernest Jones en adelante, Reich se veía a sí mismo como el defensor solitario del verdadero maestro y consideraba sus conflictos interpersonales como meros obstáculos humanos al progreso científico del psicoanálisis. En 1930 Reich había adoptado una retórica más extravagante que, con el tiempo, le distanciaría de algunos de sus amigos más cercanos. Asimismo, Sex-Pol pareció tomar un camino de izquierda cada vez más radical. En realidad, su trabajo apenas difería del de Simmel en Tegel o el de Eitingon en el Poliklinik, pero no consiguió persuadir a los analistas de que él representaba la vanguardia.

Mientras tanto, en Francfort, Erich Fromm y un grupo de élite del instituto psicoanalítico local abrieron con éxito una nueva clínica con un modelo francamente socialdemócrata. «Los análisis gratuitos o de bajo coste [...] son al menos un pequeño

comienzo», le relataba Karl Landauer a Eitingon, al comentarle los planes que él y Heinrich Meng habían propuesto.¹⁴ La clínica de Francfort, el último de los tres centros gratuitos de tratamiento externo atribuibles al discurso de Freud en Budapest, duraría solo dos años. Sin embargo, en su momento fue provisto con fondos modestos pero adecuados, y la clínica de Francfort fue capaz de asegurar el nivel de seria autoridad académica que habían eludido las otras clínicas. El antiguo analizante de Landauer, el filósofo social Max Horkheimer, acababa de ser nombrado profesor de la Universidad en Francfort y simultáneamente director del Instituto de Investigación Social. Landauer estaba emocionado. Horkheimer «ha dado su apoyo activo al psicoanálisis —le explicaba a Eitingon—, y quiere una colaboración estrecha entre su instituto y el nuestro. Me parece que nos trasladaremos allí y también tendremos lugar para un centro de tratamiento». Freud también estaba contento y le envió cartas de reconocimiento a Horkheimer.¹⁵ La clínica, pequeña pero prometedora, comenzó su andadura y, excepto por su notable conexión con su huésped, el Institut für Sozialforschung, se mantuvo bastante modesta. La lista de espera acostumbrada de diez a quince pacientes comenzó antes incluso de que la clínica abriera. Con el tiempo los analistas llegaron a atender a cinco pacientes simultáneamente a tiempo parcial. Los pacientes formaban en este caso un grupo más homogéneo que en Berlín o Viena, pues eran casi exclusivamente intelectuales asociados al instituto matriz o sus afiliados, y sobre todo académicos jóvenes entre veinte y treinta años. Aunque la casuística era diferente —en Francfort no se trataba a agricultores, ni a trabajadores, ni a niños—, estructuralmente la clínica era similar a las de otras ciudades. Se había decidido que las sesiones clínicas duraran cuarenta y cinco minutos. Los diagnósticos eran desproporcionadamente masculinos: impotencia, esterilidad psicogénica e histeria y, como cabía prever en un medio académico, «conflictos existenciales que no han sido superados, perturbaciones del carácter, inhibiciones laborales».¹⁶ Algo muy interesante era que los pacientes podían transferir sus análisis entre las clínicas de Berlín y Francfort. Landauer, que vio las ventajas de compartir recursos entre las dos clínicas alemanas, buscó el consejo práctico de Eitingon. «Me gustaría preguntarle sobre los términos bajo los cuales designa a los asistentes en el Instituto de Berlín. Me refiero más particularmente al aspecto financiero», le escribía, aunque se daba a entender implícitamente que el dominio en el aspecto teórico era irreprochable. Erich Fromm, junto con Landauer y Meng, atendía a los maestros de la comunidad cuyas escuelas primarias y secundarias habían acudido a

ellos para recibir asesoramiento sobre alumnos difíciles y adolescentes con problemas de conducta, en parte para educarlos en el desarrollo infantil y en parte para tratar las neurosis inducidas por el estrés de los propios maestros. Con Max Horkheimer dirigiendo el instituto de investigación y Meng, Fromm-Reichmann, y especialmente Erich Fromm en la facultad, Landauer podía llevar la integración del psicoanálisis y el marxismo más allá de lo que nunca había llegado antes.

La carrera de Erich Fromm como psicoanalista practicante había comenzado en el Poliklinik de Berlín en 1926. Fromm era un joven de razonamiento teórico, de modo que se sentía cómodo tanto con filósofos como Horkheimer y Marcuse como con sus colegas psicoanalistas de izquierda de Berlín, Otto Fenichel y Wilhelm Reich. Sin embargo, una vez se incorporó al instituto, los escritos de Fromm se volvieron cada vez más críticos con Freud. Como Reich, daba prioridad al matriarcado sobre el patriarcado (mientras alineaba a Freud con el patriarcado) y rechazaba completamente la configuración del Edipo. Difería en esto de Adorno y Horkheimer, quien, creía Fromm correctamente, consideraba a Freud «más revolucionario» porque insistía en la franqueza con respecto a la sexualidad.¹⁷ Más tarde, una vez que Fromm desligó su trabajo de los avances del Instituto de Francfort en teoría crítica, Horkheimer le escribió a su viejo amigo Lowenthal: «Estamos realmente en deuda con Freud y sus primeros colaboradores [...] Incluso en los aspectos en que no estamos de acuerdo con las interpretaciones de Freud y el uso de conceptos, nos parece que su intención objetiva es profundamente correcta». Lo que Horkheimer admiraba especialmente en Freud era su férrea insistencia en que la psicología interna individual existe *per se* y está, al mismo tiempo, enraizada en el momento histórico. Para Freud el yo (*self*) no es un simple producto del entorno ni una personalidad mecánica preformada, sino que evoluciona en un proceso constante de redefinición de la relación entre los mundos interno y externo. Los defensores de la teoría crítica agradecían este enfoque porque precisamente progresaban en el examen de las paradojas y las contradicciones sociales de la vida moderna. Acusaban a los denominados revisionistas o neofreudianos, como los postBerlín Erich Fromm y Karen Horney, de diluir el carácter incisivo de la teoría freudiana al desexualizarla e imponerle un patrón cultural lineal al desarrollo variable de la naturaleza humana. Fenichel y Simmel estaban de acuerdo, acusando a los neofreudianos de conformidad mientras afirmaban que el freudismo ortodoxo es aún más liberador por su énfasis en el inconsciente y la sexualidad y por su tolerancia de lo irracional. Al hablar en el homenaje a Simmel en 1946, Max

Horkheimer dijo que Freud y Simmel eran «enemigos implacables de superestructuras intelectuales como los lugares metafísicos escondidos de la mente [...]. Perseguían —dijo—, desapasionadamente, la desmitificación radical».¹⁸

Una vez que la sociedad de Berlín hubo reafirmado públicamente que «la obligación de tratar sin cargo un caso en el Poliklinik aún es válida», Barbara Low reintrodujo esta discusión, que aún era polémica, en la sociedad británica en Londres.¹⁹ Era poco probable que los británicos compartieran ciegamente la creencia de Eitingon de que los miembros del instituto contraían una obligación real de trabajar en la clínica o hacer un trabajo equivalente. Tanto Jones en Londres como Hitschmann en Viena habían seguido debidamente este principio, de hecho, pero, con la disminución de los recursos y sin una posición política fuerte, los británicos dudaban antes de tomar más compromisos. La naturaleza apropiada de colaboración entre el instituto y la clínica, decidieron, solo podía ser arbitrada con datos empíricos. Por el momento Jones había encontrado la manera de posponer la decisión. Dado que primero debían recogerse los datos para realizar un análisis, tendría que hacerse un cuestionario a todos los miembros preguntando exactamente con cuánto tiempo estaban contribuyendo a la clínica. El consejo definiría el término *trabajo equivalente* solo después de que toda la información hubiera sido recolectada.²⁰ Tal vez la cuestión más espinosa de la política mundial tenía gran influencia en sus decisiones. El buen amigo de Jones, Franz Alexander, por ejemplo, se encontraba entre los primeros analistas en salir de Berlín rumbo a Estados Unidos.²¹ Dos años más tarde, bajo la dirección de Alexander, nació el Instituto de Psicoanálisis de Chicago, la primera sociedad americana y, hasta 1948, la única, donde alojar una clínica externa.

A mediados de noviembre de 1930 la nueva generación de funcionarios municipales de Budapest, cuyos predecesores habían cacareado con tanto entusiasmo su compromiso con el psicoanálisis, decidieron demorar la petición de la sociedad húngara de una licencia para abrir la clínica. Como sus colegas de Londres, los analistas húngaros lucharon para mantener vivas las perspectivas de una clínica externa gratuita. La responsabilidad de la demora era menos de jueces, comentaba Ferenczi a sus colegas internacionales, que de los profesores universitarios encargados de evaluar el proyecto.²² Estos «expertos» ya eran tan hostiles al psicoanálisis en el momento en que revisaron los planes que la solicitud tuvo que ser retirada. Pero estaba claro, tal como lo estuvo en Viena desde 1920 a 1922, que las iniciativas psicoanalíticas privadas (o concertadas) irían mejor que las que

buscaran la aprobación pública. Margit Dubovitz ya había lanzado una clínica psicoanalítica para niños bajo los auspicios de la Liga Húngara para la Protección de los Niños.²³ La puesta en marcha de esta clínica, subsidiada en parte por el gobierno, era prometedora y despertó mucho entusiasmo en la comunidad psicoanalítica. La Liga Nacional había entregado a Ferenczi una consultoría psicoanalítica para padres e hijos de todas las clases sociales. Ferenczi empleó a Dubovitz y juntos delinearon un sistema de servicios sociales que incluyera la creación de hogares seguros para madres y niños, orfanatos, vacaciones organizadas para personas con discapacidades y convalecientes, clínicas externas y una publicación, el *Periódico para la Protección de los Niños*.²⁴ A principios de mayo Dubovitz y su colega Vera von Felszeghy habían reunido material clínico sustancial y estaban en condiciones de presentar el informe de un caso de la clínica externa de niños en la reunión mensual de la sociedad de Budapest.

1931

«COMO CONCEJAL SOCIALDEMÓCRATA,
EL DOCTOR FRIEDJUNG HA FAVORECIDO NUESTROS
INTERESES COMO PSICOANALISTAS»

Martin Grotjahn ya era un psiquiatra del equipo del hospital mental estatal Berlín-Buch y, según escribió más tarde, no fue una excepción para la orgullosa reputación de los profesores universitarios cuando solicitó la admisión en el Instituto Psicoanalítico de Berlín. La elección de Grotjahn era significativa políticamente: a pesar de su popularidad en el Berlín de la década de 1920, el estatuto del psicoanalista nunca logró realmente el del médico/psiquiatra, lo que significaba que cualquiera inclinado a seguir una formación psicoanalítica se arriesgaba a perjudicar su carrera académica. A la inversa, pocas organizaciones eran más interesantes para un psiquiatra con conciencia social, cuya inclinación cívica estaba cada vez más confinada a reuniones secretas y juegos codificados, que el Poliklinik de los psicoanalistas. Por supuesto los analistas tenían sus propias prácticas excluyentes, que algunos críticos dirían elitistas. El extenuante proceso de admisión en cuatro etapas consistía entonces, como ahora, en entrevistas designadas para valorar la motivación personal de los candidatos, la capacidad de empatía y la ecuanimidad en general (y excluir a individuos considerados no aptos para tratar a los demás a causa de su neurosis particular). Grotjahn nunca olvidó su proceso de admisión. Primero vino la entrevista con Max Eitingon, a quien Grotjahn describía como un «hombre tímido, bajito y con un ligero tartamudeo», que más tarde le ofreció discretamente apoyo financiero.¹ Luego vino la entrevista con la directora adjunta de la clínica, Karen Horney. Los siete gatos de Horney dormían en el único sofá confortable de su consulta y las pilas de artículos y manuscritos que había en su mesa eran tan altas que Grotjahn tuvo una sensación divertida, así como una necesidad un tanto malvada de poner orden. Horney, por su parte, habló muy poco. Cuando Horney salió, lo entrevistó un hombre calvo entrado en años con una enorme barba, que declaraba con vehemencia todo el tiempo su posición antipsiquiátrica. Le dijo que cualquier estudiante de teología o

antropología aportaría una mente más abierta al psicoanálisis que un psiquiatra, no obstante se abstuvo por completo de descalificar a Grotjahn. Las entrevistas culminaron con una entrada dramática de Wilhelm Reich, que le hizo pocas preguntas sin ni siquiera sentarse, y en general parecía tomar la entrevista como una formalidad irrelevante. La candidatura de Grotjahn fue aprobada y su análisis didáctico pronto se puso en marcha con Ernst Simmel.

En el relato de Grotjahn sobre su análisis didáctico hay una metáfora deslumbrante de la época (el frío uso del dinero en efectivo). Ernst Simmel tenía la reputación de ser un analista técnicamente meticuloso y políticamente radical pero de escrúpulos tradicionales. Su sala de espera era digna de atención por su robusta mesa de roble liso diseñada por Ernst Freud y el lustroso libro de Charlie Chaplin. Ahora, sin embargo, Simmel insistía en cobrar en efectivo. Esta clase de conveniencia era inusualmente cínica en un individuo como él, pero, una vez más, solo los recursos en efectivo harían posible escapar de los nazis. El sentido de su conducta se aclaró cuando, de repente, en el cuarto mes de análisis de Grotjahn, la paz de la sesión diaria fue perturbada por una llamada telefónica. Un amigo dentro del distrito policial de Alexanderplatz se había enterado de un barrido de la Gestapo y alertaba a Simmel de que la policía secreta pronto estaría detrás de él con un arresto inminente y una amenaza de muerte. Grotjahn ayudó a su analista a escapar de los nazis empujándolo por la ventana hacia el patio trasero. Al contrario, Felix Boehm, un no judío que se quedó en el Instituto de Berlín después de su arianización en 1933, también pedía efectivo, cobraba sus honorarios, siempre andaba corto de dinero, y a menudo enviaba a su doncella a recoger su pago antes de que venciera. En momentos de retroceso o menos visibilidad del antisemitismo, los analistas habían resistido cuidadosamente el impacto de esas tensiones sobre el Poliklinik. Ahora, con la presencia nazi en las salas de tratamiento, salas de conferencias y en los seminarios, el sentido de la democracia y el aperturismo de los analistas se resquebrajaban. La economía alemana se había desplomado, la violencia deambulaba por las calles y los psicoanalistas estaban menos a salvo (financiera y físicamente) que nadie. En una conversación sobre las deterioradas finanzas del instituto, los berlineses resolvieron que, entre otras medidas, los candidatos en análisis didáctico harían una contribución mensual al instituto equivalente a los honorarios del analista por una sola sesión. «Los honorarios totales de los pacientes en el Poliklinik que pueden pagar por el análisis —decidió la sociedad de Berlín— serán entregados al instituto».² No obstante, cuando Barbara Low, en Londres, informó a la

sociedad británica sobre su visita a Alemania y las recientes actividades sociológicas y pedagógicas de la sociedad de Berlín, enfatizó las actividades públicas de los miembros.³

Fenichel, que plantaba cara a la censura desde el interior de la IPA y (peor) a la vigilancia y la condena desde el exterior, «convocó a todos los analistas de izquierda en Berlín a una reunión» donde hablar, citando la célebre pregunta pragmática de Lenin, de «qué hacer».⁴ La IPA buscaba activamente moderar a Wilhelm Reich, Otto Fenichel y los enfoques resueltamente izquierdistas en el grupo de los Seminarios de Niños. Fenichel fue destituido como editor del *Zeitschrift* y el artículo de Reich de 1931 sobre masoquismo fue rechazado sin exclusión de responsabilidad. Pero la ofensiva de la IPA solo radicalizó sus posiciones. El grupo comenzó a reunirse, regular aunque informalmente, en casa de Reich. Por primera vez desde 1919, en que Reich, Fenichel, Lehner y Bibring habían convenido después de la clase de Julius Tandler en tratar temas controvertidos fuera del curriculum médico dominante en Viena, los dos líderes se encontraban recreando la estructura de una camarilla izquierdista. Fenichel, que acababa de regresar de estudios en la Unión Soviética, ayudó al grupo a integrar las formulaciones de Reich en una síntesis freudo-marxista, a planear la réplica al creciente conservadurismo político de las revistas psicoanalíticas, y a explorar la posibilidad de una nueva organización. En 1931 los amigos aún pudieron dedicar sus conversaciones nocturnas a investigar la relación entre psicoanálisis, religión y educación para poner en claro el peligroso impacto de lo que Fenichel dudosamente llamó los «puntos de vista analítico-burgueses». Después de 1933, sin embargo, el grupo asumiría una nueva apariencia: se convirtió en una red informal de psicoanalistas en el exilio, unificada por su defensa del materialismo dialéctico en el psicoanálisis y unidos por la constancia epistolar de Otto Fenichel hasta 1945.

Conforme la campaña contra el psicoanálisis (y otros campos del saber moderno) se intensificaba en Alemania y Austria, el gobierno de la ciudad de Budapest pareció redescubrir su interés en la clínica gratuita que había abandonado más de una década atrás. El 18 de diciembre de 1931, la municipalidad concedió a los analistas el permiso para abrir un policlínico llamado el Allgemeines Ambulatorium für Nerven und Bemütsskranke (Ambulatorio General para Pacientes Mentales y Nerviosos).⁵ Después de un año entero de negociaciones, el Ministerio de Bienestar Público aún se sentía obligado a pacificar el arraigado sistema psiquiátrico. «Dado que el psicoanálisis no es una ciencia independiente sino una parte de la psicología general y la neuropatología —

decía el funcionario local de Budapest—, la Asociación (psicoanalítica) debe expresarlo en el título del policlínico». Según le escribió Ferenczi a Freud, acordaron llamar a la clínica «simplemente un servicio clínico para enfermedades emocionales y nerviosas en el cual, entre otras cosas, se practicaba el psicoanálisis».⁶ Al final, el mismo gobierno que había obstruido la clínica de forma vociferante ahora inauguraba su apertura con un discurso laudatorio del honorable doctor Rostagni, funcionario del ayuntamiento. Mientras que el corto programa de apertura era quizá más un gesto de relaciones públicas que una celebración, Ferenczi no obstante relataba la historia del movimiento psicoanalítico en Hungría con alegría. Bálint diseñó el trabajo terapéutico de la clínica y Hermann las funciones didácticas. El futuro daba grandes posibilidades al análisis de niños, decía Margit Dubovitz, a pesar del cierre reciente de la clínica psicoanalítica de la sociedad de protección a la infancia. Alice Bálint, antigua compañera de clase de la celebrada analista del desarrollo infantil Margaret Mahler, analizaría allí a niños. Istvan Hollós, un diestro administrador así como clínico, proyectó una luz positiva sobre la relación entre psicoanálisis y psiquiatría. La sociedad húngara invitó colectivamente al doctor Ferenczi a sumir la dirección de la clínica con Michael Bálint como adjunto y los doctores Imre Hermann, Istvan Hollós y Zsigmond Pfeifer atendiendo las consultas.⁷

En todos los aspectos, el número 12 de la calle Mészáros era un lugar central para una clínica gratuita en Budapest. Michael Bálint, Vilma Kovács y su hija mayor Alice (que más tarde se casaría con Michael Bálint) se toparon con el sitio en un edificio imponente en la intersección de las calles Mészáros y Ag. El edificio, con sus clásicos pisos y pasillos exteriores en todas las plantas, pertenecía al marido de Vilma, el arquitecto Frederic Kovács. En el centro de este típico edificio residencial húngaro había un patio cuadrado donde los pacientes podían encontrar fácilmente el camino a la entrada de la clínica en la planta baja. Los hijos de la portera que jugaban en el patio abierto raramente se aventuraban en la clínica, que estaba en la esquina posterior, a la izquierda, pero, ocasionalmente, la misma señora, de edad avanzada, cojeando y con un niño de la mano, daría paso a los pacientes a través de las gruesas puertas dobles durante el día. La sociedad había alquilado el piso de cinco habitaciones con sus propios fondos y lo había reformado, creando salas de tratamiento y una zona de reunión fuera del recibidor. En el vestíbulo relativamente grande se podían ver los programas de conferencias en folletos clavados en la pared de la derecha, leer un número de *Gyógyászat* (Terapéuticas), la revista que editaba la institución, o simplemente elegir una silla de las dos filas en la sala

de espera. El vestíbulo también funcionaba como sala de conferencias y se podía correr una cortina entre las filas de sillas, de modo que a un lado quedaban los pacientes que esperaban a que sus analistas los atendieran, y en el otro eventualmente podía celebrarse una reunión administrativa. Dado que las salas de tratamiento se abrían hacia la zona de espera, no se hacía ningún esfuerzo para detener a los pacientes que se encontraban con otros amigos y analistas, lo cual producía el mismo efecto de desarrollar el sentido de comunidad que en el Poliklinik de Berlín. El doctor Endre Almásy vivía en una habitación de la clínica a cambio de un puesto de asistente de casi todo el día.

En las manos de hombres y mujeres laicos como Edith Gyömrői, quien más tarde se uniría al grupo de activistas de Fenichel en Berlín, el policlínico de Budapest se extendió rápidamente. Los pacientes pagaban muy poco, quizá cinco *pengő* por sesión o incluso nada, y los analistas trabajaban gratis. La mayoría de los analistas aceptaban derivaciones de las oficinas de servicio social de su ciudad, pero la clínica, más pequeña y privada, de Budapest solo aceptaba adultos y niños derivados por médicos. Los primeros pacientes en la calle Mészáros, de hecho, fueron niños. Una niña alta y pálida, de una familia tan pobre que no comía nada más que patatas mañana, tarde y noche, llegó a la clínica desvanecida tras llorar durante días. Su hermana más joven parecía estar bien, más preocupada por la tristeza de su hermana mayor que por su propia falta de comida. «Tratábamos de entender por qué las dos niñas reaccionaban a la misma situación de forma tan distinta», decía Judith Dupont, que en aquel momento era psicoanalista en París.⁸ La mayoría de los analistas exploran la motivación individual y apoyan al paciente en varios niveles durante este proceso. En Budapest bastaba quedarse en la sala de espera de la clínica para ver evolucionar un nuevo tipo de psicoterapia. Ello se debía en parte a la intensidad de la influencia de Ferenczi y en parte a que allí se trataba a más niños que adultos. Los psicoanalistas exigieron y obtuvieron una nueva agencia de protección infantil, un programa de educación para los trabajadores y un centro de servicio social. Desafortunadamente, una vez que los miembros de la sociedad finalmente aseguraron la autorización del gobierno para abrir la clínica (un logro siempre importante pero especialmente significativo cuando «la reacción antirrevolucionaria y católica (estaba) en la cima de su poder», comentaba Ferenczi a sus colegas), estallaron palabras airadas de forma súbita.⁹ La presión de todo este trabajo causaba disputas que brotaron dentro del equipo e incluso fuera de la clínica. Los funcionarios locales que habían apoyado sus esfuerzos mostraban signos de discrepancia. Algunos de los analistas más

veteranos ridiculizaban la laboriosidad de los jóvenes médicos, en su mayoría mujeres, e incluso retiraron su apoyo a la clínica. Imre Hermann renunció como secretaria. Durante los días de apertura, los analistas se atacaban entre sí porque estaban enfadados con la comunidad profesional de Budapest y el Consejo Sanitario del Estado, donde, según Ferenczi le relató a Freud, «todo foro médico al que se pidió apoyo fue grosero y despectivo».¹⁰ También entre Ferenczi y Eitingon se produjeron tensiones, y entre Berlín y Budapest se cruzaron acusaciones de envidia, alegación de pobreza y exigencias de sacrificio. Pero prevaleció la lealtad. Esta lealtad a la «causa» y a Freud era necesariamente frágil y a veces parecía hacerse añicos. No obstante, en 1931 los analistas de Budapest aún se mantenían fieles al desafío que su líder había propuesto en el ambiente más festivo de 1918.

Freud cultivaba esta lealtad de forma imperturbable. Había decidido recibir a un número de prominentes socialdemócratas vieneses e inicialmente invitó a Josef Friedjung para celebrar su cumpleaños, los sesenta años, con un té dominical en casa de los Freud en octubre. Friedjung ya no era un miembro activo del Consejo de la ciudad, pero mantenía su triple implicación con el psicoanálisis: académica, pediátrica y de bienestar infantil. El trabajo basado en el análisis de niños que tomó a su cargo en el Ambulatorium, combinado con sus actividades de promoción entre los legisladores de Viena, le granjearon el cariño de sus colegas. «El interés del doctor Friedjung en cuestiones sociales —apuntaba Hitschmann en el *IJP*—, y su amor por sus semejantes le hizo entrar en la política y, como consejero socialdemócrata de la ciudad, ha ejercido una influencia benéfica en los asuntos municipales e impulsado nuestros intereses como psicoanalistas».¹¹ Friedjung con gusto devolvió los elogios y, a diferencia de Freud, nunca dudó, como defensor del movimiento, en señalar las cualidades políticas particulares responsables de la efectividad de sus colegas. Friedjung, Hitschmann y Paul Federn habían sido amigos desde sus días de escuela y mantuvieron la fidelidad entre ellos durante su participación en los experimentos de la socialdemocracia de Viena. «Su alianza no era de poca importancia en su ciudad, al tener los tres una reputación en los círculos médicos de allí por su seria capacitación y éxito temprano en la práctica», decía la nota de Federn en el *IJP* cuando Hitschmann cumplió sesenta años (28 de julio de 1931).¹²

En efecto, desde principios de la década de 1920, y especialmente desde su nombramiento conjunto en el comité de financiación del bienestar infantil en el Consejo

de la ciudad, Freud y Julius Tandler se mantuvieron en contacto. Se encontraban periódicamente para tratar proyectos cívicos como el programa Bernays de bienestar infantil y, sin duda, el Ambulatorium. «Es asombroso que un hombre tan mayor tenga esta fuerza vital, esta fuerza sexual», escribía Tandler de Freud. Freud era «sin ninguna duda una persona que ha influido en su época», decía Tandler, y había poca discusión sobre su papel en Viena. «Es una persona que solo es responsable ante su propia ley [...]. Si no fuera judío podría ser Bismarck».¹³ El mayor de estos elogios era la alusión a Bismarck, el arquitecto del seguro social y, para Tandler, el administrador ideal del bienestar social. Freud estaba impresionado por la campaña de los socialdemócratas para luchar contra el desempleo creciente mediante su controvertida distribución de canastillas a familias sin trabajo. En su agenda personal del 29 de noviembre apuntó que su carta a Julius Tandler había sido editada en el *Neue Freie Presse* de esa mañana. La carta proponía una estrategia de recolección de fondos que a él le había resultado eficaz en sus diversos esfuerzos para rescatar proyectos psicoanalíticos en declive. Decía que se debía urgir personalmente a las personas para comprometer una suma regular de recaudación sobre una base semanal. Freud prometió contribuir con veinte chelines por día, excepto los domingos. «Esperamos que sea posible encontrar a muchas personas que posean el mismo alto nivel de conciencia de sus obligaciones sociales —comentaba el editor del *Presse*— como este erudito vienés conocido internacionalmente».¹⁴ En realidad este fue el procedimiento característico de Freud en 1931. «Ser pobre hoy no es una desgracia», le escribía a Paul Federn como una explicación de su regalo financiero al Ambulatorium.¹⁵ Freud había aceptado el regalo de la sociedad de Viena de un hermoso busto realizado por el escultor Oscar Nemon y reconocía el «sacrificio (de los miembros) en un momento en que la carga financiera nos preocupa a todos». Luego decía que, como no podía reembolsar a la sociedad su regalo, le gustaría que los tres mil chelines austríacos (alrededor de cuatrocientos dólares al cambio oficial, según Ernst Federn) «se utilizaran para beneficiar a nuestra Clínica y el Instituto Didáctico».

Tandler administraba de forma brillante tanto las instalaciones sanitarias públicas de Viena como los asilos y las clínicas para tuberculosos, pero su apoyo financiero probablemente se debía más a América que al Rathaus. Las fundaciones Rockefeller y Commonwealth solo estaban dispuestas entonces a ayudar a las instituciones médicas europeas. Pero su generosidad se inscribía en un programa social. Los Rockefeller, por ejemplo, enviaron a Maggie Wales, una hermosa bostoniana, al extranjero para investigar

exactamente adónde iban los dólares médicos en varias ciudades austríacas. Por casualidad, era amiga de Edith Jackson y en febrero las dos viejas amigas se encontraron en una noche de «ópera y café». ¹⁶ Jackson asistía por entonces al seminario de Anna Freud al menos cuatro noches a la semana desde las nueve hasta las doce y pensó que Maggie podría estar interesada en acompañarla. Realmente el psicoanálisis no se ajustaba al programa de Maggie en aquel momento, pero apenas se oponía al mundo clínico que cautivaba a su amiga. Por entonces Anna Freud estaba sumergiendo a sus estudiantes en la teoría del desarrollo infantil. Anna amenizaba los seminarios con ejemplos de casos extraídos de su práctica analítica y del proyecto escolar de Heitzing que ella dirigía de cerca con Dorothy y su socia, Eva Rosenfeld. Eva, cuyo análisis con Freud le dio suficiente seguridad en sí misma como para separarse de su marido, se había marchado recientemente de Viena para trabajar con otro miembro del círculo psicoanalítico, Ernst Simmel. En agosto aceptó el cargo asalariado de administradora del sanatorio de Simmel, en quiebra permanente, cerca de Berlín y se ocupó de su disolución en 1932.

Anna quería saber «¿Quiénes son los pacientes seriamente enfermos? ¿Los adictos a la morfina o los melancólicos?», y le preguntaba a Eva: «¿Y cómo son los médicos?». ¹⁷ Por un lado Anna indagaba en el proyecto de Simmel con una curiosidad aparentemente morbosa; por el otro veía con sagaz perspicacia clínica la miríada de conflictos terapéuticos que podían impedir la sólida atención del paciente. Un problema era el propio riesgo del analista de agotamiento. Le escribía a Eva: «Creo que la mayor dificultad al tratar con la clase de pacientes que tenéis en Tegel debe ser la desilusión asociada a la cuestión de la pureza e intensidad del psicoanálisis que necesitan y pueden soportar». El segundo problema, el riesgo de una valoración errónea de la capacidad del paciente para tolerar la angustia provocada por el análisis, era aún más grave. Calibrar la angustia de un posible analizante era un factor crítico para determinar el éxito o el fracaso del tratamiento, y en rigor solo se podía confiar en analistas experimentados como Ferenczi, Aichhorn y Simmel. La posibilidad de que se ocupasen de la tarea terapeutas menos experimentados preocupaba a Anna, porque un síntoma como la agitación podía ser malinterpretado como energía, o el abatimiento como simple depresión en lugar de un retraimiento psicopático. Anna establecía una relación interesante con el análisis de niños, al sugerir que el riesgo para los psicóticos es doble porque, como los niños, no pueden recuperarse por sí mismos, pero además carecen del optimismo natural del niño. Por desgracia, como el reducido presupuesto de Tegel requería personal de bajo coste,

muchos pacientes eran tratados por jóvenes analistas inexpertos, internos posiblemente, bajo la supervisión de Simmel. Pero ¿acaso Simmel disponía de tiempo para enseñar, analizar y administrar el programa simultáneamente? «Una empresa que solo puede mantenerse en funcionamiento cuando se alimenta a la gente en su interior para aniquilarla y devorarla —le escribía Anna a Freud, trazando una analogía dramática entre el sanatorio y un cuento para niños—, no es viable en los tiempos que corren».¹⁸ ¿Acaso Eva podía sostener Tegel solo a fuerza de trabajo duro?

El título de «enfermera jefe» de Eva Rosenfeld era, según ella misma, «doble: para tratar con la crisis financiera provocada por la quiebra del banco Danat por un lado, y para lidiar con los terapeutas, pacientes y enfermeras por el otro. Esto último podría haber sido posible, aunque el trabajo requería recursos materiales inmensos: no había ascensores, ni ningún descanso en las interminables caminatas a lo largo de los tremendos corredores (y no se pudo soportar la tensión financiera)».¹⁹ Mientras el gran número de pacientes había cubierto los gastos diarios, todos guardaban aún esperanzas. Financiar la Clínica Schloss Tegel había valido la pena, aunque había sido difícil desde el inicio. En su corta vida Ernst Simmel había actuado según su visión clínica, aplicar el psicoanálisis «para aliviar a aquellos pacientes cuya gravedad es mayor y a los cuales se había condenado a la muerte en vida».²⁰ Y, fiel al discurso de Freud en Budapest, el sanatorio se financió mediante la caridad privada, gracias a las donaciones de grandes empresas vienesas y de Berlín y de miembros de la sociedad berlinesa. Freud había apoyado esta institución tanto moral como financieramente. Repetidamente, urgía a sus colegas de la IPA a «preservar este instrumento para nuestro movimiento y contribuir a que sea susceptible de investigaciones futuras».²¹ Aunque Dorothy Burlingham, Ra-Burlingham, Ra-, Raymond de Saussure, Marie Bonaparte y otros se unieron al esfuerzo de recaudación de fondos, finalmente la institución, que se había declarado en bancarrota en el otoño de 1929, cerró efectivamente en 1931. Hoy los edificios de la institución no existen, aunque el castillo Tegel como tal y sus establos de ladrillos rojos permanecen. Y en los últimos años el bonito parque inclinado, donde tanto Anna Freud como su padre encontraron una paz que podían considerar propia, ha sido reabierto para que todos puedan disfrutarlos en sus paseos cotidianos.

1932

«LOS SOLICITANTES MASCULINOS DE TRATAMIENTO
(ERAN) MÁS NUMEROSOS REGULARMENTE
QUE LAS MUJERES»

En marzo de 1932 el Ambulatorium celebró su décimo aniversario publicando su informe más extenso hasta esa fecha sobre aquellos que tuvieron «la oportunidad de someterse a un análisis, de forma gratuita».¹ Algunos de los analistas de mayor confianza para Hitschmann se encontraron para tratar cómo promover el registro de la clínica, y lo convencieron de seguir el ejemplo del Poliklinik de Berlín. Decidieron que se publicaría un informe inicial en el *IJP*, seguido de un resumen impreso que se editaría en forma de folleto por separado. El informe pretendía detallar lo bien que el Ambulatorium había llevado a cabo la misión declarada por Freud en 1918, pero señalaba también el papel de la clínica en el marco de la Viena Roja. El Ambulatorium había llegado a ser conocido, escribía Hitschmann, como un centro independiente donde granjeros, profesionales, estudiantes, obreros y otros que no podían permitirse pagar una terapia habían sido tratados sin coste desde 1922. El informe también sugería, como Helene Schur, que Viena se había convertido en «una ciudad muy progresista y los dispensarios eran excelentes» a principios de la década de 1930, a pesar de que los analistas se toparon primero con un sistema médico hostil. «Los hospitales eran realmente muy buenos —decía—. La gente que trabajaba disponía de seguros; la que no tenía dinero recibía tratamiento gratuitamente».² Incluso en un ámbito político más amplio los socialdemócratas consiguieron un holgado 59% del voto austriaco. Sin embargo, los nacionalsocialistas (el Partido Nazi) habían participado por primera vez en las elecciones municipales y lograron obtener más del 17% de los votos, con el restante 20% para los anticuados socialcristianos.³ De todas maneras, varios psicoanalistas que también eran representantes socialdemócratas (como Friedjung y Federn) consiguieron permanecer en el poder a pesar de que hubiera sido elegido como canciller el conservador Engelbert Dolfuss. Hitschmann y Sterba ahora querían complementar la causa de 1922 para lograr la efectividad del Ambulatorium sobre la salud pública, y argumentaban que los nuevos

datos y algunas interpretaciones nuevas mejorarían el papel de la clínica en el sistema de bienestar social de la ciudad. Aquel último informe había sido oportuno pero demasiado seco y formal. La nueva publicación incluiría novedosas tablas estadísticas y categorías, con pacientes que diferían en diagnóstico, edad, sexo u ocupación (o clase social). Desgraciadamente, el documento era farragoso y aburrido, y las categorías estadísticas que prometían proporcionar una sólida evidencia de que el Ambulatorium tenía un impacto sobre el bienestar social sencillamente se reducían a una lista de números. Las estadísticas agrupaban a los solicitantes en pares de años (de 1922/1923 a 1930/1931) y los apilaban en sumas «totales». En la mayoría de los casos, el Ambulatorium registraba entre 200 y 250 solicitantes cada año. Hitschmann prestaba poca atención a la diferencia entre «consulta/entrada» y «tratamiento», y sus pocas tablas de información denotan el esfuerzo que implicaba producir esta información. A su manera, sin embargo, la información era precisa: los datos sobre los pacientes del Ambulatorium proporcionaban pruebas de una inesperada desigualdad de género durante el ejercicio del psicoanálisis. Hitschmann había publicado el primer (y quizás el único) estudio longitudinal confirmando que los varones eran mayores consumidores de psicoanálisis que las mujeres.

«Los solicitantes varones [son] regularmente más numerosos que las solicitantes mujeres», dijo Hitschmann. Los había clasificado por grupos de edad y género, y descubrió que casi el doble de hombres que de mujeres habían solicitado tratamiento. De forma similar, cuando agrupó a los solicitantes por ocupación y género, descubrió que los hombres superaban en número a las mujeres en casi todas las categorías, incluyendo a escolares y estudiantes. Durante los últimos diez años 1.445 varones habían solicitado psicoanálisis, mientras que solo 800 solicitantes eran mujeres, solo un poco más de la mitad que el número de varones. La ratio de hombres y mujeres solicitantes, constante en el Ambulatorium y aun hoy sorprendente, era especialmente impactante dentro del grupo de edad entre veintiuno y treinta años. En 1923 y 1924, cuando los periódicos de Bettauer promovían abiertamente el psicoanálisis como un remedio para la soledad de la juventud, exactamente la mitad de mujeres (118) que de hombres (236) solicitaron tratamiento. La mayoría masculina tenía su lógica: en la Viena Roja la mayoría de los socialdemócratas, desde Tandler a Reich y a Hitschman, suponía comúnmente que la cualidad viril del psicoanálisis liberaría a los hombres para desempeñarse en sus ocupaciones, buscar la realización personal y la independencia. La impotencia, como

otras enfermedades masculinas, estaba relacionada con la economía y no estaba asociada a cuestiones morales. «La gente no muere solo por una bacteria mortal —sostenía Simmel—, sino que más bien ocurre que cualquiera, exhausto por la explotación brutal de la industria, se convierte en presa fácil de todo tipo de gérmenes con los que esté en contacto».⁴

Al mismo tiempo el amigo de Simmel, Julius Tandler, evocaba las imágenes de obreros saludables (y enfermeras) para fomentar la entusiasta imagen de la familia y subrayar su discurso sobre la relación democrática entre el médico y la comunidad. El discurso de Tandler sobre medicina y economía, titulado «Camaradas», fue anunciado no solo por una, sino por dos de las organizaciones socialistas de Berlín, los Médicos Socialdemócratas Alemanes y la Sociedad Libre de Académicos Socialistas. El Ambulatorium mismo era un lugar obrero: la planta baja de una clínica de cardiología hospitalaria. Los pacientes eran «empleados asalariados, clase trabajadora, servicio doméstico, maestros, desocupados, pensionistas, y estudiantes (universitarios)». En otras palabras, con frecuencia eran hombres, en muchos casos desempleados, no precisamente la imagen típica de pálidas mujeres ricas. La impotencia se clasificaba como el diagnóstico más frecuente de la clínica, lo cual confirmaba que el psicoanálisis podía darles a los hombres —que ya tenían más libertad social que las mujeres— aún mayor licencia para hacer frente a la disfunción sexual, mejorar su vida sexual y, así, producir familias y contribuir a la reconstrucción de un Estado vigoroso. El dato podría sugerir que el psicoanálisis freudiano era más aceptable para los hombres simplemente porque trataba abiertamente la cuestión del sexo. No obstante, las mujeres no eran ignoradas. Uno de los logros del psicoanálisis era afirmar que las mujeres sí tenían respuestas sexuales. Una idea aún más atrevida era que las mujeres de las clases «más bajas» también tenían autonomía sexual. Con independencia de que los hombres acudieran más habitualmente al Ambulatorium, la propia disposición de la clínica a tratar a las mujeres con la misma equidad sexual era vanguardista.

Las dos excepciones a la mayoría masculina en los cálculos de Hitschmann pueden encontrarse en las categorías ocupacionales de «servicio doméstico» y «sin ocupación». En ambos casos, el número de mujeres (296) multiplicaba por cuatro el de hombres (66). Las mujeres reclutadas en los centros de consulta materno-infantiles u otros programas de asistencia a la familia probablemente expliquen estas cifras. Las conferencias de la comunidad sobre el desarrollo infantil, el apoyo de los asistentes sociales municipales y

los artículos de los periódicos locales constituyeron las formas más visibles de promoción del psicoanálisis, y muchas estaban dirigidas a las mujeres. En consecuencia, las mujeres pobres o «sin ocupación» buscaban asistencia no para la histeria, sino para aliviar los mismos problemas que acosaban a los hombres: depresión, insatisfacción laboral y disfunción sexual. Al principio de la década de 1930 apareció un perfil interesante e inesperado de los pacientes del Ambulatorium. Por un lado, los pacientes masculinos y femeninos tenían en gran medida las mismas quejas psicológicas (y, presumiblemente, el mismo sentido de disfunción sexual). Y, por el otro, la población clínica se veía eclipsada por los adultos jóvenes con independencia del género o la clase social. En los diez años que abarcaba el informe, los pacientes entre veintiuno y treinta y un años formaban un grupo que alcanzó más de mil (específicamente 1.083). Eran de lejos la clasificación simple más grande de pacientes y el único grupo que se le acercaba más, aunque en un 50% por debajo, era de treinta y uno a cuarenta años de edad (537). Al final de esta curva de edad, se veían y contaban los niños por debajo de diez años de edad y las personas mayores de sesenta y uno a setenta años, pero representaban una pequeña fracción de la población total de pacientes. En 1926 y 1927, años de máximos para niños y ancianos, Hitschmann contó siete niños, cinco niñas y cinco ancianos. Por el contrario, no se contó ningún anciano y tan solo unos pocos niños, tanto en 1922/1923 como en 1928/1929. Es posible que los pacientes infantiles, a los que se trataba aparte en el Centro de Orientación Infantil, no estuvieran bien contados en este informe.

El Centro de Orientación Infantil de Viena estaba boyante, ahora que August Aichhorn se había hecho cargo, como resultado de una consulta, después de retirarse del servicio público.⁵ La Escuela Heitzing había cerrado y por lo tanto él había abandonado la enseñanza periódica allí, que reemplazó con la práctica de terapia breve, las derivaciones y el asesoramiento a los niños y sus familias. Aichhorn se mantuvo como una figura ambigua en la comunidad analítica. Apreciado tanto por Sigmund como por Anna Freud, provenía de una familia católica conservadora aliada al Partido Socialcristiano y permanecería (porque podía) en Viena durante y después de la guerra. El don de Aichhorn era su firme y profunda empatía con los niños con problemas. Los trataba con compasión y respeto y era un psicoanalista con capacidad para aunar las diversas escuelas de psicoterapia infantil. En sus ausencias ocasionales, sus colegas Editha Sterba y Willi Hoffer continuaban con el trabajo en el Centro de Orientación Infantil para evaluar y tratar a jóvenes escolares derivados por los servicios de bienestar social. Para la

mayoría de analistas dividir el día de trabajo era un problema, y muchos enseñaban por la mañana, analizaban pacientes por la tarde, y por la noche asistían a los seminarios y presentaciones clínicas en el Vereinigung. Pero sobre todo, la sociedad representaba un refugio. «El Berggasse es el centro de todo —observaba Anna Freud—, y nos movemos por allí a veces en pequeños círculos y otras veces en grandes círculos».⁶

El salón de Berggasse atrajo a Siegfried Bernfeld durante una visita breve a Viena que realizó en enero. El pelo negro y las formas angulosas de Bernfeld agrandaban su ya poderosa presencia y sus audiencias estaban bastante impresionadas ante sus conferencias sobre el abandono infantil, la adolescencia, la agresividad y la sexualidad. En una de las reuniones del seminario de invierno de la sociedad de Viena, Edith Jackson, quien se labraría un futuro en la psiquiatría infantil americana utilizando las teorías de Bernfeld para alterar la atención médica convencional, lo encontraba «un conferenciante maravilloso, claro, fluido, preciso e ilustrativo, con un humor que burbujea en un cauce tranquilo».⁷ Él insistía en que el abandono no es un concepto simple.⁸ Un ambiente o entorno sociológico de abandono familiar, tiene una influencia muy profunda: dos niños cuyas disposiciones psicológicas iniciales fueran idénticas se verían afectados de manera muy diferente tras un episodio de abandono. Al final del seminario dos maestros le preguntaron a Bernfeld cómo responder con exactitud cuando los chicos adolescentes les piden consejo sobre sexo: ¿debían tener relaciones o no? ¿La masturbación, la abstinencia y las relaciones tempranas causaban un daño permanente? En el curso del desarrollo de la pubertad ¿hay una secuencia normal de pensamientos eróticos, masturbación, actividad homosexual y actividad heterosexual? Bernfeld no se dejaba atrapar en tales banalidades. Insistía en que la verdad es que esas generalizaciones son imposibles porque todo el desarrollo humano es un producto conjunto de la historia familiar del individuo más su estatus socioeconómico.

Bernfeld tal vez exagerara la importancia de la agresión individual (o su audiencia lo entendió mal) en sus conferencias sobre adolescencia. Muchos analistas vieneses lo encontraban bastante irritante y lo desestimaron como un típico pensamiento de la «Escuela de Berlín», prefiriendo la perspectiva de Anna Freud. Entre finales de la década de 1920 y 1936, cuando Anna publicó su libro clásico sobre *El yo y los mecanismos de defensa*, reformulaba el papel del yo y le adjudicaba la eminencia en el crecimiento psicológico humano. También insistía en respetar las particularidades psicológicas de cada estadio del desarrollo. En otras palabras, una técnica clínica que podía ayudar a un

niño de seis años a resolver su sistema edípico sería inapropiada para un adolescente que intenta formarse una identidad individual. Aunque Anna sentía que el cálculo de éxito terapéutico de Bernfeld era exagerado, en general estaba de acuerdo en que su enfoque era válido y de interés clínico. El «análisis fraccionado», la estrategia de tratamiento no convencional adoptada en Berlín, podía ser especialmente efectivo en adolescentes heridos psicológicamente.⁹ Sin embargo, una noche, durante la presentación de casos en su propio seminario, Anna argumentó que el tratamiento de Bernfeld de los adolescentes agresivos como Danny tenía el inconveniente de que el analista no había tenido en cuenta el estadio de desarrollo específico de la edad del paciente. Danny era un niño alemán de quince años que regañaba groseramente a su madre y la culpaba de su propia gonorrea (ella «me encierra»), pero también la protegía («es culpa mía, por masturbarme»), pero como le iba bien en la escuela rechazaba el psicoanálisis. ¿Qué hacer? Durante algunos minutos los oyentes del seminario habían propuesto un plan «fraccionario» de horas analíticas reducidas gradualmente, absteniéndose sistemáticamente del análisis profundo, pidiendo el comentario de devolución al paciente e invitándolo a volver si se sentía deprimido (una condición interna) o humillado (una condición externa).

A diferencia de Reich, Bernfeld rechazaba la preeminencia del discurso sexual. Ningún acto sexual es universalmente perjudicial o beneficioso, porque cada individuo es una amalgama personal de la historia de la primera infancia, la personalidad individual y el entorno social. Mientras Reich pensaba en la familia como microcosmos insidioso de patriarcado y capitalismo burgués, Bernfeld era por lo general más indulgente. Algunos años antes, Reich le había sugerido a Freud que Sex-Pol estaría «tratando el problema de la familia de forma rigurosa» en una inmensa campaña contra la hipocresía moral. A esta propuesta atractiva pero improbable, Freud replicó: «Meterá el dedo en un avispero». En 1932 Freud favorecía claramente a Bernfeld sobre Reich y reflexionaba: «siempre me alegra verlo. Es un hombre listo».¹⁰ Asimismo afirmaba que «si hubieran veinte como él en análisis» se preocuparía menos, y esperaba que Bernfeld, entonces en Berlín, volviera a Viena por razones políticas. Freud bromeaba francamente diciendo que Hitler había hecho muchas promesas, y una que probablemente podría cumplir sería la represión de los judíos. Pero, aunque tal vez Bernfeld se percatase de la importancia del comentario de Freud en ese momento, no dijo nada. Regresó a Berlín y a su grupo solidario de la Unión de Médicos Socialistas, que estaba, tristemente, más ocupada en pelear con otros grupos de izquierda que en planear una campaña contra Hitler.

Poco después de que Bernfeld regresara a Berlín, la Unión de Médicos Socialistas convocó una reunión titulada «Nacional Socialismo: el enemigo de la salud pública». Allí Ernst Simmel ofreció las líneas generales de una solución marxista al empeoramiento de los problemas económicos de Alemania, además de ofrecer una explicación psicoanalítica de la actividad nazi de Hitler.¹¹ Abiertamente, Simmel parecía más interesado en resolver la crisis de salud pública que en alarmar a su audiencia, pero forjó sus argumentos tan estratégicamente que, al final, el fascismo y la búsqueda de una medicina corporativa se volvieron la misma cosa. Los médicos que antes eran idealistas, pensaba, se sentían incapaces de pasar suficiente tiempo con sus pacientes públicos, cuyas cifras totales conducían a que la práctica de su trabajo se pareciera a una cadena de montaje, exactamente la situación que él había querido evitar deliberadamente en el Poliklinik. Esta explotación de los médicos representaba, para Simmel, el ascenso simultáneo del capitalismo y del fascismo. Explicó que la crueldad requerida para este tipo de competición era tan despiadada que minaba la confianza mutua y, en último término, llevaba a la guerra. Un gobierno fascista hace lo mismo: sustituye la creatividad humana individual y espontánea por un ámbito totalitario. En el capitalismo los impulsos agresivos y reprimidos de la corporación se liberan y, si no se controlan, adquieren de modo triunfal la propiedad privada y la riqueza o los beneficios del rival. En el fascismo el gobierno da rienda suelta a sus impulsos agresivos para ganar terreno y poder a través de la guerra. Al final, tanto el capitalismo como el fascismo tienen a la guerra como la continuación natural de sus objetivos. Hitler, advirtió Simmel, estaba avanzando en ambos frentes. Su argumentación era sofisticada y meditada para el Berlín de 1932. Leyendo hoy los pasajes de *El Médico Socialista*, la advertencia de Simmel puede parecer oscura a causa del lenguaje marxista. Por desgracia, la retórica también ocultaba el valor real de su visión política exactamente cuando las armas de Hitler comenzaban a disparar. Los nazis se habían convertido en el partido político más grande elegido en Alemania, y Hitler ya había empleado al sanguinario Sturmabteilung (SA o Guardias de asalto de camisa marrón) y el Stahlhelm (SS o Cascos de acero), las milicias en que se apoyaba para tomar el poder.

Durante los pocos meses siguientes Schloss Tegel, la brillante clínica de hospitalización que había sido siempre más un concepto que una realidad práctica, se deterioró tan severamente que el equipo se percató de que no sobreviviría. «El experimento hizo aguas —recordaba Eva Rosenfeld— cuando los padres y parientes de los pacientes escribieron

declarándose insolventes».¹² Las familias rechazaban recuperar a sus incómodos miembros enfermos mentales, porque según ellos ya habían encontrado vigilantes adecuados. Algunos pacientes fueron dados de alta y trasladados a instituciones más alejadas de la ciudad, otros a sus propios hogares, donde podían vivir independientemente como limpiadores o cocineros. Una vez cumplidas esas tareas, Eva continuó para dirigir el cierre y encontrar empleos para el personal. Como su amiga Anna Freud, Eva nunca había pensado que esto sucedería realmente. «Desde que conocí Tegel, el espectro de la disolución había planeado sobre él. Era tan hermoso y perfecto en sus principios y objetivos —elogiaba Anna—, que parecía un sueño; y ni las insuficiencias, ni los defectos, ni la apretada situación financiera parecían encajar, sino que parecían agregados accidentales. Siempre tuve la sensación de que podrían desaparecer y entonces Tegel sería lo que podía ser».¹³ Pero al final simplemente se acabó el dinero y ni siquiera se pudo pagar a Rosenfeld. Cinco años después de que Simmel clausurara Tegel oficialmente, Eva Rosenfeld volvió a encontrarse en serias dificultades económicas y vitales. Escribió entonces a Glover en Londres: «Puesto que he tenido una vasta experiencia en este tipo de trabajo, me gustaría ofrecer mis servicios como supervisora y enfermera jefe en hospitales (también organizando y formando al personal para hospitales mentales). Durante más de diez años fui supervisora en hogares para alcohólicos y criminales en la Clínica Psicoanalítica del doctor Simmel, y estoy segura de que siempre podría realizar trabajos de investigación terapéutica y práctica como enfermera».¹⁴ Finalmente volvió a la práctica privada en Londres y mantuvo una relación intermitente, aunque intensa, con Anna. Lo que más le sirvió a Eva para los siguientes cuarenta años fue el soberbio entrenamiento analítico que Ernst Freud diseñó para ella como un regalo en Berlín en 1932.

Freud y Reich celaban el uno del otro. En la entrada de su diario fechada el viernes 1 de enero de 1932, Freud escribió: «Voy a dar un paso contra Reich».¹⁵ Estaba respondiendo a la controversia provocada por la propuesta de Reich de utilizar vocabulario marxista en un artículo psicoanalítico de 1931. La decisión de Freud se debía a diversos factores posibles: que estuviera cada vez más influenciado por Jones y los miembros más conservadores de la IPA o simplemente que quisiera ser más cuidadoso de lo que había sido hasta entonces ante la vulneración reaccionaria. Kurt von Schuschnigg acababa de ser nombrado ministro de Justicia, un paso dirigido a ayudar al canciller austríaco Engelbert Dollfuss a reprimir a los socialdemócratas. La popularidad del Partido

Nazi estaba creciendo tan rápido en Austria como en Alemania. O quizá Freud tan solo se atuvo en esta oportunidad a la sospecha de Paul Federn, según la cual Reich daba signos de incipiente esquizofrenia. Fuera cual fuese la explicación, Freud indicó que la acción política abiertamente de izquierda podía comprometer la credibilidad científica del psicoanálisis, que ya sufría los ataques del sistema médico, psiquiátrico y académico. A la inversa, según Helene Deutsch al menos, el «radicalismo político» de Reich no era la causa específica de su distanciamiento. Según ella, el problema era la personalidad dominante de Reich. Freud había roto con la historia en su trabajo teórico, y en su práctica protegía sus descubrimientos. Freud y Reich eran compatibles ideológicamente en un nivel metapolítico, pero ciertamente no sin tensión en el trato cotidiano.

Freud no estaba muy contento con Franz Alexander, uno de los primeros analistas en marcharse de Alemania rumbo a Estados Unidos. La primera clínica externa americana se fundó en otoño en Chicago bajo la dirección de Alexander. Él mismo declaraba que: «El propósito básico de la clínica era el propósito del psicoanálisis en todas partes: poner los servicios de curación de un grupo de especialistas a disposición de aquellos que lo necesitan».¹⁶ Alexander, un hombre de anchos hombros y mandíbula recta, intentaba difundir el psicoanálisis en América. Nacido en Hungría y formado como médico, Alexander había trabajado primero con Ferenczi y luego, después de doce productivos años en Berlín, rehusó ceder en nada ante los nazis.¹⁷ Estaba de acuerdo con su psiquiatra mentor Emil Kraepelin (aún con vida y comprometido políticamente en Alemania) en que era necesario establecer sanatorios para tratar «enfermedades sociales» como el alcoholismo, la sífilis y hasta el crimen. Ahora, con algo más de cuarenta años, Alexander suscribía el carácter médico del psicoanálisis y, a su juicio, su vinculación natural con la medicina psicosomática. Aunque los analistas podían imaginar fácilmente qué síntoma psicológico correspondía a una enfermedad fisiológica, pocos habían investigado las formas reales que adoptaba la enfermedad mental. Franz Alexander llamaba «especificidad» a esta relación y tenía la hipótesis de que existían enlaces específicos entre los órganos internos del organismo dañados y sus consecuentes desórdenes psiquiátricos mentales (hígado y depresión, bazo y ansiedad). En principio su controvertida investigación atrajo fondos serios de prominentes inversores de Chicago como el de Alfred K. Stern. Para sorpresa de la mayoría de analistas, incluso la Fundación Rockefeller respondió a la propuesta de Alexander para proveer fondos a la investigación empírica sobre la conjunción mente-cuerpo. Alexander podía reconciliar

ideas supuestamente contradictorias, aceptando a la vez las cualidades relacionales del psicoanálisis y la naturaleza biológica de la enfermedad mental mientras persuadía a los americanos ricos del valor científico de esta investigación. Pero sus colegas eran mucho más escépticos sobre los resultados. «La investigación no equivale a una fila de guisantes», le escribía Brill, habitualmente acrítico, a Ernest Jones.¹⁸ Y cuando Alexander decidió ayudar a emigrar a Karen Horney nombrándola directora asociada del nuevo instituto, Brill se preocupó más de los gastos. Jones y Brill no podían creer que Alexander y Horney estuvieran cobrando honorarios por el análisis cuando, específicamente, «el Instituto no está destinado a aceptar casos que pueden permitirse pagar los honorarios habituales».¹⁹ Irónicamente, al mismo tiempo que este reproche venía de dos de los más sinceros oponentes a las clínicas gratuitas, Alexander y Horney afirmaban su lealtad al modelo de Berlín. Su clínica era «la columna vertebral del Instituto», decía Alexander, y cobraban a los pacientes solo «lo que podían pagar. Algunos no pagan nada». Los 125 pacientes a los que se visitaba cada año pagaban de promedio, hasta mediados de la década de 1950, tres dólares por hora. Las reuniones científicas del Instituto de Psicoanálisis de Chicago se atuvieron a las técnicas experimentales del Poliklinik, la terapia activa, el uso consciente de la informalidad y, muy notablemente, la flexibilidad del tratamiento se practicó desde el primer año. Como Richard Sterba al recordar la sociedad de Viena, Ralph Crowley, el analista americano, recordaba cómo «el psicoanálisis miraba hacia adelante: era una rebelión contra las viejas maneras y las viejas ideas [...] era un saber estimulante y controvertido [...] los psicoanalistas eran gente interesante, dedicada no ya a conseguir la seguridad personal y financiera, sino a experimentar y explorar, y a su propio crecimiento personal».²⁰ A diferencia de Sterba, sin embargo, hay poco sentido de un esfuerzo político más amplio. Tal vez esto explica por qué ninguno de los institutos psicoanalíticos americanos, excepto Chicago y Topeka, fomentó las clínicas externas gratuitas. Al menos hasta mediados de la década de 1950 las sociedades psicoanalíticas en Boston, Detroit, Philadelphia, Nueva York, Washington, Los Ángeles y San Francisco adoptaron programas didácticos pero, como comentaba Alexander en 1951, «se limitaron sobre todo a la instrucción teórica y el trabajo clínico con pacientes privados».²¹

Dos de las otras clínicas europeas, la de Londres y la de Budapest, fueron planeadas con la misma mezcla de voluntarismo y apoyo financiero que el Ambulatorium. En Londres la donación de Navidad de Pryn's Hopkins parecía indicar que continuaría

apoyando a la clínica si podía. Los analistas de la clínica, que no contribuyeron financieramente, acordaron que su trabajo era voluntario y estaba al margen de sus deberes de enseñanza o administrativos en el instituto. Estas dos decisiones vinieron de la junta de la sociedad británica en su bienintencionada supervisión de los planes de la clínica. En junio, por ejemplo, la junta acordó que el papel de traductora para el *IJP* de una colega podía eximirla de atender en la clínica.²² En Budapest, mientras tanto, la clínica prosperaba. «Estamos desbordados y felices —escribía Ferenczi a Freud— y ¡nos esforzamos por dominar las dificultades que surgen de esta manera!».²³ Las dificultades eran en gran parte financieras, y cuando Freud envió una petición especial a los presidentes de las sociedades locales llamando a apoyar a la editorial de publicaciones psicoanalíticas, Ferenczi le recordó de mala gana que, al menos en Budapest, cualquier recurso extra estaba dirigido a la clínica. Vilma Kovács, como él mismo, ya había contribuido con mil cuatrocientos *pengő* húngaros cada año para el mantenimiento de la clínica. Los otros analistas apenas ganaban lo que necesitaban para sobrevivir: donaban tiempo pero difícilmente se podía esperar que contribuyeran con efectivo.

TERCERA PARTE

1933-1938:
CONCLUSIÓN

1933

«EL POLICLÍNICO PSICOANALÍTICO DE BERLÍN... A
LLEGÓ A SU FIN» A

Al principio, los psicoanalistas de Berlín se enfrentaban a los sucesos políticos de febrero de 1933 con una actitud conciliadora y los encuentros de Freud con el nuevo mundo fascista eran extrañamente comprometedores. Hitler había sido nombrado canciller del Reich el 30 de enero. Herman Göring, el poderoso primo de Matthias Göring y futuro azote del Poliklinik, fue nombrado ministro de Interior e inmediatamente expandió los rangos de las SA y las SS, la policía política nazi, mientras publicaba decretos que determinaban quién era —y quién dejaba de ser— aceptable para el Estado. El 28 de febrero la oposición al régimen pasó a ser un crimen punible y el siguiente mes, el 23 de marzo, el Reichstag votó la «Ley de Habilitación» (*Ermächtigungsgesetz*, o Ley para la eliminación de necesidad), que preparaba el escenario para que Hitler dictara por decreto durante los próximos cuatro años. Muchos de los afectados por esta primera ola de acoso nazi descubrieron su destino únicamente cuando supieron que estaban despedidos. Los empleados estatales no arios fueron despedidos y, ya que los nazis ahora insistían en ejercer un control homogéneo sobre cada institución política, cultural y social, prácticamente todos los artistas, científicos, actores, profesores y músicos estaban amenazados de suspensión.

La situación, dudosa pero conciliadora, de que Freud siguiera a disposición del instituto —una situación que Ernest Jones malinterpretaría más adelante— se prolongó hasta mitad de marzo. Cuando Freud finalmente señaló tres posibles acciones que la sociedad de Berlín podía llevar a cabo, lo hizo ante la inquietud de Max Eitingon, que entendió, antes que nadie excepto quizá Wilhelm Reich, el impacto del reciente golpe de Hitler. Eitingon podía disolver el instituto e irse, aconsejó Freud, o podía mantenerlo temporalmente entregándoselo a «cristianos de origen puramente alemán» como Felix Boehm o Claus Müller-Braunschweig.¹ Si el instituto debía sobrevivir al precio de que alguien como Schultz-Hencke reemplazara al no ario Eitingon, estaba claro que su mala gestión terminaría descalificándolo y motivando su expulsión de la IPA. El psicoanálisis

sobreviviría en Alemania, concluyó Freud, mientras Eitingon permaneciera. Pero, por Pascua, cuando el programa de Hitler ya dejaba ver sus catastróficas consecuencias, Eitingon escogió el último de los caminos. Sin embargo, el cambio en el liderazgo no estuvo exento de controversia, y el alcance de la cooperación de Boehm y Müller-Braunschweig con los nazis por mantener la fachada del psicoanálisis alemán corrompiéndolo parece haber sido muy trascendental. Incluso Ernest Jones y Anna Freud, los dos autoproclamados «pilares de la Europa del este y el oeste», mostraron conflictos de intereses problemáticos.² Dos años más tarde, Jones (como presidente de la IPA) le escribía a Anna Freud: «Prefiero que el Psicoanálisis lo practiquen gentiles en Alemania a que no se practique en absoluto». Seguramente, Freud ya había sospechado esta preferencia de Jones durante todo aquel tiempo.

El 8 de abril el diario *Gross-Berliner Ärzteblatt* cumplió la orden de Hitler y publicó el decreto del régimen que dictaba que todas las organizaciones médicas «cambiaran» sus juntas directivas (es decir, las arianizaran) bajo la dirección del Consejo Médico Alemán. Fue un acontecimiento crucial tanto para la sociedad berlinesa, como para muchos grupos en Alemania, y determinar la manera de satisfacer aquel decreto era una meta difícilmente alcanzable. Según Felix Boehm, que estaba presente en la primera reunión (no hay que olvidar, sin embargo, su posición ambigua), los psicoanalistas debatieron si al realizar una votación que alterara la composición racial del gabinete de dirección esto permitiría, o debería permitir, que el psicoanálisis sobreviviera en Alemania. Esta «reunión general extraordinaria» tuvo lugar el 6 de mayo. Los psicoanalistas corrieron las gruesas y oscuras cortinas que protegían las ventanas de la sala de reuniones del Poliklinik de una nueva imagen de la calle Wichmanstrasse, ahora cubierta de esvásticas. Les parecía que el instituto de formación podía proseguir, más o menos dañado, debido a su condición de centro de investigación. Pero mantener el Poliklinik suponía un riesgo mayor, ya que proporcionaba principalmente servicios terapéuticos, o servicios médicos inmediatos, a personas con enfermedades mentales. «Prohibirán [el psicoanálisis] de todas maneras», había pronosticado Freud por aquellos tiempos, y también había cuestionado que tuviera sentido aceptar la presión y consentir con el Consejo Médico Alemán.³ Preservar el *statu quo* serviría, en el mejor de los casos, para retrasar la obstrucción del gobierno. Al final votaron en contra de la arianización. Para algunos miembros, como Frances Deri, que ya había abandonado Alemania, el rechazo a modificar la dirección era la iniciativa más peligrosa. Otros cambiaron sus votos, tras

decisiones de última hora cargadas de tensión. Ernst Simmel, Clara Happel, Eitingon, Landauer y Meng estaban entre los quince votos en contra. Felix Boehm, Carl Müller-Braunschweig y Edith Jacobson votaron a favor junto a otros cuatro. Teresa Benedek, Fenichel y otros tres se abstuvieron. La hostilidad de Fenichel hacia el nuevo liderazgo alemán no le impidió pensar dialécticamente: mientras que su mente racional le decía que aprobara la medida, su corazón se oponía. «Aunque estuviera seguro de que la votación ganadora será en favor del cambio, debería votar en contra, tal como me indica el sentimiento».⁴ A pesar de ello, años más tarde, mientras los analistas luchaban desde el exilio, Fenichel reconoció que habían calculado mal el nivel de peligro al suponer que el psicoanálisis podía sobrevivir con alguna integridad en la Alemania fascista. «Debo confesar que entonces yo y Edith Jacobson, opuestamente a Reich, representábamos la posición contraria», escribió.⁵ Independientemente de haber sabido que Jacobson se había unido secretamente al Neu Beginnen (Nuevo Comienzo), una primera fortaleza de la resistencia socialdemócrata, su pertenencia al grupo antinazi hizo poco por evitar la imprudencia política de los psicoanalistas. Las discusiones entre viejos amigos les habían cegado ante la elección del mejor camino, que consistía sencillamente en disolver el DPG tal como Freud (y al parecer Wilhelm Reich) había propuesto.

Felix Boehm había sido secretario y profesor en el Instituto de Berlín y analista en el Poliklinik, al servicio de Eitingon. Era bastante bajo, pálido, con un pelo fino de color marrón bien peinado y ojos hundidos. Boehm, que era psiquiatra y se definía a sí mismo como experto en el «problema» de la homosexualidad, terminó asesorando al Wehrmacht de los «peligros» de esa tendencia sexual y recomendando que se vigilase y «reformase» a los homosexuales, especialmente a los de la Luftwaffe. Cuando los nazis obedecieron a sus indicaciones poniendo en marcha un programa de encarcelamiento, esterilización y finalmente de exterminio de homosexuales, el «vulgar, arrogante y misógino» Boehm manifestó que se oponía a esa política.⁶ Sin embargo, según John Rickman, en tiempos de guerra Boehm asumió deberes militares que implicaban decidir si los soldados desertores eran enfermos fingidos o no, y cuyas consecuencias eran escalofrantes. Rickman reproducía así una conversación con Boehm, donde este le había explicado que «si eran enfermos fingidos entonces... y [Boehm] cruzó su garganta con el dedo pulgar haciendo un sonido como “zas” y luego se encogió de hombros».⁷ Incluso en 1933, como nuevo presidente del DPG, podía elegir bando, y, desgraciadamente, su inclinación por el régimen político del momento parecía ya determinada. Boehm escogió de manera

repetida y específica no consultar con Eitingon, ni siquiera con Simmel o Fenichel, sobre la gestión de la peor crisis del Poliklinik desde la muerte de Abraham en 1925. En cambio procedió a trabajar directamente con los miembros del Partido Nazi dentro del Consejo Médico Alemán. En consecuencia, el primer signo de una colaboración inapropiada entre los dirigentes nazis y el nuevo director del instituto se había hecho patente antes de la Reunión Extraordinaria. Los analistas del Poliklinik fueron un día al trabajo y se encontraron con que Boehm y MüllerBraunschweig habían convencido al Consejo Médico para que no atacara el Instituto de Berlín porque este podía ser muy útil para el Estado nazi. El Poliklinik, basado en el tratamiento, sin embargo, debía modificarse y convertirse en un centro psiquiátrico no freudiano. Boehm y MüllerBraunschweig aceptaron las órdenes, pero otros eran mucho menos optimistas. Incluso Ernest Jones era escéptico acerca de las consecuencias. «Dos gentiles, Boehm y MüllerBraunschweig, se han puesto en contacto con las autoridades nazis —escribió a Brill—, y han logrado obtener la promesa de que no se interferiría con el instituto o la práctica del psicoanálisis en Alemania. Hasta qué punto vale la pena, o bajo qué condiciones se ha obtenido esto, lo desconozco».⁸ Durante los próximos dos años Boehm se uniría a Werner Kemper, Harald SchultzHencke y Carl MüllerBraunschweig, en la dirección del segregado Deutsche Institute für Psychologische Forschung (Instituto Alemán para la Investigación Psicológica), también conocido como el Instituto Göring, en honor a su fundador, Matthias Heinrich Göring, y su famoso primo, el *Reichsmarschall* Hermann Göring. El Instituto Göring personificaba la nazificación del psicoanálisis. De algún modo Boehm, al combinar factores psicoanalíticos y políticos, se situó en una posición similar a la de muchos de los primeros activistas psicoanalíticos. Ahora, sin embargo, la «causa» era el fascismo y el «movimiento» era la exclusión de todos los no arios, con un vehemente énfasis en los judíos, los homosexuales y los comunistas.

Mientras, el régimen empezó a acorralar a doctores judíos en su campaña contra el psicoanálisis, y la práctica de Felix Boehm de apelar a la buena voluntad de los contactos internos del Partido Nazi se volvió cada vez más desesperada. La facultad Charité había acusado a Fenichel de formar una célula comunista dentro de la sociedad. En vez de centrarse en la defensa de Fenichel, el grupo del Seminario de Niños escogió disolverse después de su última lectura, «El psicoanálisis, el socialismo y las tareas para el futuro».⁹ En una gran exhibición pública del odio a los intelectuales se quemaron las obras de Freud y Adler. El grupo de Mark Brandenburg de las SA nazis confiscó los edificios del

Sanatorio Scholss Tegel. Detuvieron a Simmel como antiguo director de la Unión de Médicos Socialistas, y Jones, extrañamente disgustado, escribió a Brill: «Simmel [...] fue arrestado hace dos semanas, pero afortunadamente salió de prisión unos días más tarde».¹⁰ Brill y Jones hablaron de recaudar fondos para enviarle a Nueva York, pero Simmel voló a Suiza por seguridad. Mientras todo esto sucedía, Eitingon cerró sus consultas privadas y envió sus muebles al Poliklinik, donde ahora ejercía, aunque únicamente fuera del despacho de director. El 7 de septiembre celebró sus últimas sesiones analíticas y el 8 de septiembre se marchó para preparar su traslado a Palestina. Eitingon renovó el alquiler de las dependencias en Wichmanstrasse durante dos años más, pero mandó a Boehm y Müller-Braunschweig a hablar con el propietario. De alguna manera Jones se enteró de la operación y, una vez más, malinterpretó la iniciativa de su colega. «Hay un rumor que dice que la clínica de Berlín está cerrada —escribió desde Londres—. En una nota breve tuya de hace cinco semanas prometiste enviar más noticias en un día o dos, pero no he sabido nada desde entonces».¹¹ La preocupación de Jones por su amigo traicionaba su cauta diplomacia aplicada en tres frentes. Primero, subestimó el peligro del reciente e imperioso nombramiento del canciller. Segundo, estaba ofendido personalmente y de un modo inapropiado por el hecho de que Eitingon hubiera estado demasiado ocupado planeando su huida como para responder a alguien que no era ni judío ni, después de todo, estaba en peligro de muerte. Tercero, Jones sabía perfectamente lo que ocurría. Seis meses antes Van Ophuisjen había difundido advertencias educadas pero alarmantes sobre el equipo de Boehm y Müller-Braunschweig. «La sociedad alemana no está en posición de cumplir todas las condiciones escritas y no escritas que se les imponen a los miembros de la IPA —escribió—. Pero esto es una emergencia».¹² La advertencia, como tal, fue ignorada. En cambio Jones se centró en señalar al canalla, Wilhelm Reich, que, abiertamente comunista y psicoanalista a la vez, había comprometido a todo el mundo sin ni siquiera dar la cara. Los psicoanalistas determinaron expulsar a Reich de la sociedad berlinesa sin informarle de la decisión. La decisión de culpar a Reich, que era en efecto hacer de su más franco miembro un chivo expiatorio, ayudó a pacificar al gubernamental Consejo Médico Alemán y a apaciguar también temporalmente a muchos de los psicoanalistas. Boehm usó con éxito la expulsión de Reich para demostrar el rechazo de la sociedad al comunismo y asegurar una promesa oficial de que nadie tomaría medidas contra el resto

de miembros de la clínica excepto, quizá, la agencia gubernamental conocida como el Kampfbund für Deutsche Kultur (Liga de Combate por la Cultura Alemana).

El Kampfbund, o KDK, no se dejaba convencer tan fácilmente de que el Poliklinik hubiese abandonado sus convicciones políticas. Creado por el Partido Nazi en 1929, el KDK tenía la misión específica de repudiar cualquiera prueba de modernismo mientras, al mismo tiempo, promovía «la alemanidad cultural total [...] originaria [...] característica».¹³ La pintura, la arquitectura, la música y la poesía modernas eran etiquetadas como «*Nigger-kultur*» y «*kultur bolschewismus*», y el psicoanálisis pasó a llamarse «porquería judeomarxista».¹⁴ Tanto el aliado de Freud, Thomas Mann, como la amiga de Simmel, Käthe Kollwitz, junto a Bertold Brecht y Paul Klee, e instituciones modernistas como la Bauhaus (en las que presumiblemente se incluía a Ernst Freud), ahora dirigida por Mies van der Rohe, fueron oficialmente despreciados por no encajar con las teorías raciales sobre cultura del KDK. Aparentemente, para el KDK, el prestigio intelectual del Poliklinik era más amenazante que su reputación médica, y, cuando los oficiales nazis aparecieron por el Poliklinik para preguntarle a Boehm (a quien Eitingon había transferido oficialmente la responsabilidad de la clínica) cuántos miembros eran judíos, estaban en realidad queriendo hacer limpieza de los intelectuales modernistas. Para los nazis, el arte moderno, la música, la arquitectura y el psicoanálisis eran la misma cosa. Boehm eligió proporcionar cualquier detalle porque, dijo, un agente de policía en uniforme había ido personalmente al Poliklinik a preguntar quién estaba exactamente tratando casos ahí, cuántos tenían una licencia alemana para ejercer y cuántos tenían la nacionalidad alemana. Pero la llegada del KDK no era en absoluto la oportunidad de preservar la independencia de la clínica que Boehm creía. Evidentemente los nazis simplemente disfrutaban entrometiéndose en los asuntos internos de las organizaciones progresistas, una rutina enervante que perfeccionaron con Mies van der Rohe en la Bauhaus. Mientras, en su memorándum del 29 de septiembre, Müller-Braunschweig anunció que «explicaría [el psicoanálisis] de forma adecuada a las autoridades en el nuevo gobierno».¹⁵ Él y Boehm sugirieron que, en realidad, el gobierno debería diferenciar entre dos tipos distintos de psicoanálisis. Uno de ellos era el que defendía Wilhelm Reich: se centraba en la sexualidad y la política y había alienado a muchos de sus asociados, excepto a Simmel (arrestado hacía poco) y a su viejo amigo, Otto Fenichel (recientemente acusado). Pero había otro tipo de psicoanálisis que podía ofrecerle oportunidades valiosas al nuevo Estado nacionalsocialista. El psicoanálisis podía

desarrollar personalidades humanas y ciudadanos útiles, dijo Boehm, y unos cuantos de los restantes analistas alemanes apoyaron esta fórmula. La estrategia de Boehm, de desautorizar las premisas sexuales del psicoanálisis y en su lugar reforzar su potencial en la construcción de una personalidad consciente, funcionó. Además, «no hace falta decir que no hay ningún judío extranjero trabajando con ellos», aseguraron Müller-Braunschweig y Boehm a los funcionarios médicos en Berlín.¹⁶ El jefe de policía ahora no se oponía menos a la existencia del Poliklinik que a los programas de formación del instituto en curso, especialmente laicos, sin una licencia especial. El psicoanálisis oficial sería racionalizado, simplificado y segregado racialmente. «No habrá apenas problemas entre el grupo jungiano y la escuela de la caracterología y de la formación autógena. El auténtico niño problemático es y sigue siendo el psicoanálisis», escribía el psiquiatra Fritz Kunkel a Göring.¹⁷ Pero él sabía cómo hacer ese cambio: «Por encima de todo, debe crearse un marco de reglas que obligue a los psicoanalistas a abandonar su espléndido aislamiento. Me gustaría caracterizar este punto como “reblandecimiento de la corteza de la vieja escuela”».

Cuando hubo conseguido calmar al jefe de policía y al KDK, Boehm se acercó al Ministerio del Interior dirigido por Hermann Göring. Para el psicoanálisis en particular, el Ministerio del Interior resultó ser una de las secciones del Partido Nazi más difícil de influenciar. El Ministerio del Interior fue una de las administraciones históricamente más monstruosas, pues convirtió el tratamiento de la salud mental en una de las peores pesadillas: era un ministerio inquisidor, calumnioso, inhumano y, en definitiva, uno de los máximos exponentes del programa de exterminio nazi. Boehm creía que los analistas de la IPA no le agradecían que hubiera prevenido que el Ministerio del Interior les cerrara las puertas. De hecho, ellos sabían que les había abierto las puertas a lo peor. Mientras el instituto proporcionaba, después de 1933, cursos educativos cuyos títulos cambiaban con facilidad, el Poliklinik, como centro de tratamiento, se transformó en un horrible centro de criba donde los psicoanalistas condenaban a muerte a sus pacientes. En 1938 el Poliklinik, ya en aquel momento prácticamente convertido en una guillotina psiquiátrica, recibió una gran inyección de dinero nazi y el respaldo personal de Hitler. No está claro que la IPA pudiera haberlo previsto. ¿Cuánto sabía Jones al decidir, en una reunión de negocios de la IPA el 29 de agosto de 1934, excluir las actividades de las clínicas de los informes de las filiales? Dos años más tarde Anna Freud y Edward Bibring revocarían

esta decisión y pedirían a los directores de las filiales que les informaran detalladamente de las actividades de sus clínicas.

De todos modos, en 1933 Felix Boehm todavía podía persuadir a mucha gente, desde funcionarios del Ministerio del Interior hasta Ernest Jones, para que cumplieran sus directrices. Cuando Boehm y MüllerBraunschweig acordaron la integración de la sociedad de Berlín en el nuevo gobierno separando el psicoanálisis en dos tipos, Ernest Jones pareció satisfecho. «Boehm ha salvado el psicoanálisis», le escribió a Anna Freud.¹⁸ El psicoanalista holandés Van Ophuijsen era más escéptico y se preguntaba si eran necesarias medidas extremas como aquellas. Para él, tanto Boehm como MüllerBraunschweig eran nazis confirmados. Pero Anna estuvo de acuerdo con Jones. «Espero que superes todos los obstáculos en un futuro próximo», le escribió a Boehm después de recibir las noticias de Jones en octubre.¹⁹ Paradójicamente, Jones hizo un gran esfuerzo por rescatar a los analistas refugiados, asegurar fondos de emergencia y dispersarlos por el mundo. Ya en abril, empezó una serie de presentaciones en la sociedad británica que revelaban las contradicciones profundas en su personalidad y creencias. Primero propuso un «voto de simpatía» y habló de asistencia práctica para sus colegas, lo cual incluía «la posibilidad de que los analistas alemanes encontraran trabajo en Inglaterra».²⁰ En junio anunció que Maas, Cohn, Fuchs y Jacobson serían bienvenidos.²¹ Maas se había comprometido a establecer «un sanatorio que llevarán psiquiatras alemanes que tienen una clientela inglesa y americana», y, tal como Jones le explicó a Anna, consideraba que las posibles «conexiones de la clínica eran prometedoras».²² Pero en privado Jones se quejaba a Brill de que, puesto que ningún analista tenía «suficiente dinero para ir a América» y él no tenía ni idea de cómo se ganarían la vida en Inglaterra, aquel «momento angustiante con los refugiados alemanes» amenazaba con sobrepasar los recursos de la sociedad británica.²³ Jones insistía en que el inquebrantable apoyo al compromiso de Boehm y MüllerBraunschweig con Göring no debía ser entendido como un abandono de sus colegas analistas.

A finales de 1933 la última forma de psicoanálisis en Berlín estaba camino de aliarse con la nueva asociación médica oficial de Alemania. En lo que parece un obituario titulado «El Movimiento Psicoanalítico», Jones (como editor del *IJP*) describió cómo, «con el cambio de situación política en Alemania, la Sociedad Psicoanalítica Alemana y el Instituto Psicoanalítico de Berlín (Policlínico e Instituto de Formación) han llegado a su fin. La mayoría de miembros han abandonado».²⁴ Al mismo tiempo que Jones

publicaba sus terribles noticias, solo quedaban nueve analistas judíos en Berlín. Lo que hizo de esta noticia una tergiversación de los hechos, sin embargo, era que el Instituto de Berlín no cerró técnicamente en 1933. Fue arianizado, se purgó de judíos al personal docente y en formación y las operaciones y principios de la clínica se diluyeron en la ideología nazi. Cuando la mayoría de analistas judíos estuvieron en el exilio, Matthias Göring tiró adelante la Sociedad Médica Alemana para la Psicoterapia, racialmente simplificada, se nombró a sí mismo presidente, y ascendió a Carl Jung a vicepresidente.

El 1 de mayo de 1933, Matthias Heinrich Göring se unió al Partido Nacionalsocialista.²⁵ Pertenecía también a otras cinco organizaciones nazis, tres de las cuales eran alas ultraderechistas del movimiento nazi. Se unió a las SA y las SS, la policía de Hitler designada para descubrir y asesinar a la oposición, igual que el Dozentenbund, o la Alianza de Profesores, una organización nazi encargada de erradicar a los profesionales librepensadores y académicos universitarios.²⁶ Puesto que Göring había sido especialista en enfermedades nerviosas y afectivas desde 1922, también se afilió al Ärztebund (NSD, o la Alianza Nacionalsocialista de Doctores Alemanes), y a la Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (NSV, u Organización Nacionalsocialista del Bienestar del Pueblo), que asistió a familias, madres e hijos. Con sus hombros anchos, frente alta y abundante barba gris, apenas parecía un leal militante nazi. Aun así, enseguida exigió que todos los miembros del instituto leyeran el *Mein Kampf* y se ocupó de todas las funciones sociales y profesionales. A menudo acompañado de su mujer Erna, seguía todas las discusiones, tanto si se organizaban en el instituto como en casas privadas, y finalmente se aseguró de que todos los que quedaban en Berlín estuvieran afiliados al nacionalsocialismo. Insistió en abolir todos los términos freudianos como *Edipo* y *sexualidad infantil* dentro de la enseñanza y práctica del psicoanálisis, y afirmaba que tales conceptos ponían en peligro la misma existencia del instituto. «Ahora que los libros de Freud han sido quemados, la palabra “psicoanálisis” debe ser eliminada —escribió Göring—.²⁷ Lo mismo ocurre con los términos como “psicología individual”, que quizá podrían reemplazarse por “caracterología aplicada”». Carl Jung era, creía Göring, la mejor persona para reescribir este lenguaje y, en última instancia, desarrollar el *Neue Deutsche Seelenheilkunde* (la Nueva Psicoterapia Alemana, o, literalmente, la ciencia de la salud del alma).

Cuando Carl Jung ocupó su cargo, Göring inició una renovación del psicoanálisis en Alemania. Pensó que entendía la relación entre judaísmo y freudismo, y él y Jung empezaron a reemplazar ambas cosas por la nueva psicoterapia alemana, supuestamente

distinta de una psicoterapia «judía». Como enlace de Göring con las corrientes principales del psicoanálisis desde 1933 hasta 1936, Jung viajaría frecuentemente de Zúrich a Berlín para dar conferencias y seminarios. Los dos hombres coeditaron el *Zentralblatt für Psychotherapie*, la publicación oficial del instituto, que apoyaba sus convicciones raciales nazis. Poco después de que la Ley Habilitante de marzo de 1933 ratificara la dictadura de Hitler y clausurara el Reichstag, Jung aceptó hacer una entrevista en la radio alemana. La administración civil oficial ya había obligado a todos los judíos a abandonar posiciones importantes en las universidades. Asimismo, se había boicoteado oficialmente los negocios y a los profesionales judíos y los ataques de las SA sobre individuos judíos eran en la práctica sancionados por la policía. Todos los doctores no arios (y todos los comunistas), entre ellos los psicoanalistas, fueron excluidos de los programas de salud privada o pública y en consecuencia, y por todos los medios, se les privaba de sus ingresos. Pero como el psicoanálisis no había sido prohibido *de facto*, aquellos que se quedaron en Berlín técnicamente aún podían ejercer bajo los auspicios de la nueva asociación de Göring y Jung, el Deutsche Allgemeine Ärztliche Gesellschaft für Psychotherapie (Sociedad Médica General Alemana para la Psicoterapia). La nueva asociación pudo haber persuadido a algunos analistas para que se quedaran, pero la nueva psicoterapia alemana obligatoria, donde todas las enfermedades mentales eran una cuestión de raza y toda la salud mental cuestión de higiene racial, les pareció repugnante.

Y de este modo comenzó el éxodo. Annie Reich, ahora separada de Reich, fue a Praga con sus dos hijos. Kate Friedländer y Barbara Lantos se mudaron a París. Fenichel se fue por un tiempo breve a Suecia y después a Praga. Theodor Reik, René Spitz, Berta Bornstein, Hans Lampl y Jean Lampl de Groot regresaron, temporalmente, a Viena, ligeramente más segura. Helene y Felix Deutsch estaban ya en América, como también Franz Alexander. Reich, después de que el gobierno danés le negara el permiso para abrir una clínica psicoanalítica en Copenhague, se mudó de nuevo a Oslo, llevándose consigo SexPol y su resistente editorial. Decidido aún a fomentar la psicología dialéctico-materialista, el núcleo de su trabajo conjunto con Otto Fenichel en Berlín, Reich continuó ejerciendo y promocionando la economía sexual, su concepción en la que el sexo, el psicoanálisis y la política estaban estrechamente unidos. En este punto la mente de Reich podía haberse deteriorado, y él probablemente lo sabía. «Si no estuviera tan seguro de mi trabajo en curso, me parecería una fantasía esquizofrénica», les admitió a Fenichel y Edith Gyömrői.²⁸ El comportamiento de Reich había sido siempre errático y, para

muchos, ofensivo, pero también era poderoso, brillante y seductor. Era, en muchos sentidos, un hombre ansioso que había controlado sus depresiones y obsesiones bastante bien durante los últimos quince años.

Tanto si uno atribuye su tendencia depresiva al estrés causado por la inmigración forzada o a un tipo característico de personalidad paranoica, es importante separar sus ideas políticas de su psicología. Reich vivió en un mundo donde el apoyo público de la comunidad de amigos (especialmente de Freud) no estaba reñido con la posibilidad de criticar las creencias del otro. En cierto sentido él prosperó gracias a la discusión. Pero su despiadada exigencia de pureza política combinada con una investigación bastante idiosincrásica sobre economía sexual señaló a Reich, durante los próximos años, como el niño problemático. Era el punto de mira de psicoanalistas desde todos los lados del espectro político: para los marxistas su dedicación a la sexualidad era demasiado controvertida, para Freud era demasiado marxista y para los conservadores era demasiado freudiano.

La persistente amenaza conservadora también se dejaba sentir entonces en Viena. A pesar de carecer del explícito poder terrorífico de los alemanes nazis, el triunfo electoral del partido cristiano era un motivo de preocupación. El canciller Dolfuss suspendió la constitución parlamentaria, prohibió el SDAP, y aunque oficialmente también prohibió el Partido Nazi Austríaco, formó su propia coalición con el Heimwehr paramilitar. «La situación política aquí es de gran interés —observó Edith Jackson, en una carta a su hermana en Boston, que sin duda evidencia la reserva típica de Nueva Inglaterra—, aunque es casi imposible saber qué es. Nadie sabe qué nueva dirección va a tomar todo esto».²⁹ De todas maneras, a medida que avanzaba el año, los amigos judíos de Jackson quedaron visiblemente más afectados por la creciente fuerza de los nazis. Sabían que todas las clínicas de asesoramiento infantil de Alfred Adler habían sido cerradas. Algunos de los analistas estaban ya marchándose hacia Praga, Londres y Estados Unidos. Cuando Erik Erikson se fue hacia Boston con su familia, Edith Jackson (con quien había trabajado en la enfermería de Anna Freud) le puso en contacto con su hermana. Los analistas tuvieron que soportar en Viena la presión del día de las elecciones en Alemania, ahora llamado Día de la República. «Las calles están tan tranquilas como es posible —escribió Jackson el 12 de noviembre—. Todas las celebraciones han sido prohibidas. Hay

policías en las esquinas, por todos lados, para asegurar que se mantiene la prohibición. Parece que no hay ningún intento de desobedecerla. No hay ninguna amenaza, ninguna alarma, es un domingo tranquilo cualquiera [...] Uno ya no sabe lo que puede estallar en cualquier momento. Pero el temor a que algo terrible ocurra ha durado tanto que ya se nota de forma tan aguda».³⁰

Precisamente este tipo de inconsciencia parecía prevalecer en el Ambulatorium en 1933. El informe de Hitschmann de mediados de octubre sobre el estado de la clínica no contribuyó demasiado a mejorar los ánimos en la sociedad; como tampoco lo hizo el informe del tesorero Edward Bibring, que presentó en calidad de nuevo vicepresidente de la clínica. Al mismo tiempo, Hans Lampl, ampliamente admirado por ser un colega particularmente reflexivo, preparó con cuidado sus observaciones sobre sus recientes experiencias en Berlín. Contrastando la posición del Ambulatorium con la del Poliklinik, y señalando las condiciones bajo las cuales la clínica alemana sobreviviría más o menos, pareció ahorrarle a Freud, Anna Freud y los amigos de la sociedad la realidad, a saber, el creciente totalitarismo del régimen nazi. El informe de Lampl deliberadamente quitaba hierro a la situación para evitar alarmar al consejo directivo del Ambulatorium, quizá para proteger a Freud. La junta accedió a reducir el número de conferencias públicas y funciones consultivas. Pero Hitschmann, que había rescatado el Ambulatorium una y otra vez, insistió en mantener la clínica abierta y activa. Examinando todos los aspectos, desde los honorarios fijados hasta el pago de las conferencias, los psicoanalistas invocaron el espíritu de 1918 de Budapest y decidieron reducir sus salarios personales. Al mismo tiempo, aquellos que hicieron contribuciones financieras, en vez de trabajar en la clínica, incrementarían la suma de su *Erlagscheine*.³¹ La cuota general permanecería fijada en unos asequibles diez *shillings* mientras que la contribución sustitutiva se incrementaría hasta veinte *shillings* al mes. A algunos analistas les preocupaba el creciente auge del fascismo en Viena, mientras otros se impacientaban por las finanzas del día a día de la clínica, pero todos estaban de acuerdo en que se enfrentaban a una emergencia sin precedentes.

Para aliviar su propia situación financiera angustiosa, la sociedad de Londres había previsto alquilar la casita adyacente al edificio. En cambio, la junta había decidido convertirla en salas de tratamiento.³² La obra de Melanie Klein con niños era tan influyente en aquel momento, y ella había atraído a tantos pacientes, que el Departamento de Niños, en estado de expansión, necesitaba más salas de tratamiento,

analistas con más experiencia e incluso más analistas en formación. Pasó a ser la famosa teórica, mientras Marjorie Brierley supervisaba el cuidado y el mantenimiento general de la clínica. El personal sufría, pero la sociedad prosperaba, mientras Ernest Jones extendía su vacilante influjo al acercarla un poco más al territorio siniestro de la IPA en Austria y Alemania.

Incluso en medio del desastre universal que Hitler había diseñado, el grupo activista de psicoanalistas de Otto Fenichel produjo un pequeño milagro. Ellos, y posiblemente el psicoanálisis en sí mismo, sobrevivieron en el exilio precisamente porque su razón política de ser, que habían desarrollado en la década de 1920, les había preparado para afrontar las demandas hostiles de un gobierno caprichoso y peligroso. Algunos, como Reich y Gyömrői, se habían alineado con los comunistas, mientras otros, especialmente Fenichel y Simmel, permanecieron con los rivales socialdemócratas. Como marxistas sin complejos en un mundo cada vez más capitalista, estaban asustados pero no intimidados por las prácticas autoritarias arcanas de los nazis. Cuando el antisemitismo se imponía como la posición oficial del Estado, el primo de Matthias Göring, el famoso Hermann Göring, construyó el primer campo de concentración para eliminar a los delincuentes. El racismo de Göring era tan perverso que casi todos los miembros de la «bella sociedad» de Berlín, tal como la llamó Radó, se dieron cuenta de que debían abandonar el país enseguida. Aun así, no renunciaron a su identidad de reformadores sociales. En marzo del año siguiente las *Rundbriefe*, ese maravilloso legado epistolar que concibió Otto Fenichel, unió a los dispersos miembros del grupo del Seminario de Niños para elaborar sobre la marcha el corpus de teoría social y política. Usaron el psicoanálisis como una metáfora virtual para examinar la vida dentro y alrededor de la Alemania de mediados de la década de 1930, a veces sacando partido de los más pequeños detalles de la especulación marxista y en otros casos tratando de hacer objetivas las críticas de la nueva teoría.

1934

«EL PSICOANÁLISIS (COMO) EL GERMEN DE LA
PSICOLOGÍA MATERIALISTA DIALÉCTICA DEL FUTURO»

«Todos estamos convencidos —escribía Otto Fenichel desde Oslo en marzo de 1934— de que reconocemos en el psicoanálisis de Freud el germen de la psicología materialista-dialéctica del futuro, y por ello necesitamos desesperadamente proteger y extender su conocimiento». ¹ Así comienza la extraordinaria serie de 119 cartas escritas entre 1934 y 1945, que circularon entre el grupo nuclear de los psicoanalistas activistas que se encontraron en el Poliklinik de Berlín en la década de 1920, escaparon de los nazis y siguieron siendo amigos íntimos y aliados políticos en el exilio. Otto Fenichel, autor principal de las *Rundbriefe*, o cartas circulares, encarnaba el espíritu de ese núcleo y las *Rundbriefe* cuentan la historia de la evolución de los psicoanalistas desde 1934 a 1945, las actividades de sus participantes, y sus grandes batallas ideológicas en Europa y América. Cuando nueve de cada diez psicoanalistas fueron forzados a dejar Berlín y Viena entre 1933 y 1938, se llevaron con ellos una ideología especialmente humanista forjada en un momento curioso. Por un lado, los nuevos Estados-nación habían sustituido la monarquía por la democracia participativa, el Imperio Habsburgo se había disuelto, y las mujeres habían ganado el derecho a votar. Por otro lado, había un antisemitismo sin límites, un fascismo creciente y la consiguiente persecución intelectual. Aunque desde entonces se señaló al grupo de Fenichel como políticamente de izquierda, o incluso radical (una calificación que los miembros marxistas del grupo hubieran admitido de buen grado), difícilmente representaban una «posición de izquierda» en psicoanálisis. En primer lugar porque todos los psicoanalistas eran socialdemócratas. En segundo lugar porque, como reconocía Fenichel, la ideología del grupo exiliado provenía del mismo impulso progresista que había guiado al psicoanálisis después de la Primera Guerra Mundial. Y en tercer lugar porque este grupo se mantuvo fiel a Freud, mientras que la IPA y las sociedades filiales, bajo la opresión y la disidencia crecientes, se habían vuelto tristemente rígidas y más conservadoras. Las *Rundbriefe* son pues un testimonio

de la historia del psicoanálisis, tan clásico a su manera como el texto psicoanalítico de mayor envergadura de Fenichel, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*.

De las 119 cartas confidenciales que integran las *Rundbriefe*, cerca de la mitad fueron escritas en Europa hasta 1938; y entre 1938 y 1945 en Estados Unidos. El núcleo del grupo —Edith Jacobson, Otto Fenichel, Annie Reich, Wilhelm Reich, Barbara Lantos, Edyth (Glück) Gyömrői, George Gerö y Frances Deri— se habían reunido justo diez años antes, en 1924, en el Seminario de Niños del Poliklinik. Estos «niños» psicoanalíticos del movimiento, en ese momento casi todos desperdigados por el exilio alrededor de Escandinavia, Europa y con el tiempo en Estados Unidos, dieron en su conjunto la bienvenida al liderazgo intelectual y político de Fenichel. Las *Rundbriefe* consistían en argumentos ideológicos, informes organizativos de las sociedades filiales de tres continentes, disputas psicoanalíticas, un largo desacuerdo público meticulosamente teórico con Reich, breves pullas contra los pretenciosos neofreudianos, análisis de las reuniones científicas, informes de situación, reseñas de libros y artículos, opiniones políticas y chismorreos. Se intercambiaron alrededor de tres mil páginas, la mayoría mecanografiadas en fino papel blanco, a doble espacio, copias de carbón o mimeografiadas, cada página corregida a mano. Algunas de las cartas más largas son blocs encuadrados con información que contiene facsímiles de cartas entre analistas de fuera del círculo de las *Rundbriefe*, recortes de periódicos y revistas, programas, y algunas incluyen fragmentos adjuntos de cartas circulares anteriores. Generalmente las cartas eran largas y detalladas, el promedio era de veintitrés páginas (algunas cartas eran de diez páginas y otras de ochenta), cuidadosamente numeradas y seriadas, y escritas en un estilo ejecutivo poco elegante.

La primera *Rundbrief* de Fenichel estaba fechada en marzo de 1934 desde Oslo; la número 100 fue emitida en julio de 1934; la última carta fue fechada el 14 de julio de 1945, desde Los Ángeles. Para los primeros organizadores las cartas podían haber sido secretas o clandestinas. Pero como recordaba más tarde el joven Martin Grotjahn, entonces aún en Berlín, él de alguna manera sabía que su amigo Fenichel estaba escribiéndolas y organizándolas. «Era un escritor prolífico que juntaba borradores de cartas muy largas, de hasta treinta páginas, enviaba los manuscritos a sus amigos, que añadían sus comentarios, enviaban el paquete a su vez, hasta que la carta encontraba su camino de vuelta a Otto».² Algunas de ellas eran compartidas únicamente con el núcleo del grupo, que se ejercitaba en los temas teóricos de psicoanálisis y el marxismo. Otras

cartas tenían un número mucho más amplio de lectores y estaban dirigidas al círculo exterior, un grupo secundario de analistas políticamente comprometidos que no habían pertenecido a los Seminarios de Niños de Berlín. Cualquier cosa estaba abierta a la crítica. En diferentes momentos Fenichel criticó el biologismo, el culturalismo, el sentimentalismo y el historicismo romántico. La segunda carta desde Oslo está fechada en abril de 1934 y circuló entre Erich Fromm, Frances Deri, George Gerö, Edith Glück (Gyömrői), Nic Hoel, Edith Jacobson, Käthe Misch-Frankl, Wilhelm Reich, Annie Reich, Vera Schmidt y Barbara Schneider-Lantos. Otros miembros externos al círculo que recibían cartas ocasionales y menos urgentes eran Alice Bálint, Michael Bálint, Therese Benedek, Martin Grotjahn, René Spitz, Abram Kardiner, Angel Garma y Sándor Radó.

El estilo sencillo de Otto Fenichel, que detestaba la hipocresía de tener que mantener las formas, o la aséptica jerga del psicoanálisis, cuando su misma existencia estaba siendo atacada, simplemente evidenciaba su entusiasmo político. Como Reich y Simmel, creía en el trabajo sociológico o social, para el cual el uso correcto del psicoanálisis se basaba en sus realizaciones prácticas, en darles a las personas corrientes acceso al privilegio del entendimiento. A través del discurso de las *Rundbriefe*, discurre entre líneas un texto dialéctico que se propone mostrar que el respeto a la sociología enteramente marxista es una condición previa para practicar el psicoanálisis desde un punto de vista freudiano impecable. Las anécdotas, comentarios y polémicas de los colaboradores atestiguan la historia de un grupo que libraba su batalla teórica peleando en múltiples frentes al mismo tiempo, dentro y fuera de los confines del mundo psicoanalítico. En las *Rundbriefe* los analistas seguían defendiendo su misión política original mientras su propia asociación profesional (la IPA), bajo la política de Ernest Jones de apaciguamiento, parecía estar haciendo concesiones a las mismas personas (los nazis) que los habían condenado al exilio. Para sobrevivir como exiliados en países acogedores u hostiles, con pocas perspectivas de regresar a Berlín, incluso aquellos ya acostumbrados a un estatuto de «forastero» ansiaban la cercanía personal de los amigos. Así que el plan de Fenichel para reunir al grupo durante el verano de 1934 en Oslo era de la mayor importancia y se puso en marcha rápidamente. Para motivar a los analistas desperdigados a asistir a esta reunión, Fenichel describía lo que estaba ocurriendo en su antiguo instituto en Berlín: la Sociedad Médica Alemana para la Psicoterapia fundada recientemente le había dado a Carl Jung un papel predominante en la nueva sociedad.

El nombre de Carl Jung había encendido las alarmas de los analistas freudianos desde

la ruptura oficial de Jung con la IPA, justo antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Dejando de lado las cuestiones de carácter y las relaciones personales, las cosmovisiones de Freud y Jung se evidenciaron como claramente opuestas después de 1918. Mientras Freud estaba elaborando su propuesta firmemente secular y socialdemócrata, y explorando las transformaciones inconscientes de la sexualidad humana, su viejo amigo e irreconciliable rival estaba forjando un sistema vinculado espiritualmente a los arquetipos psicológicos. Dessexualizar las motivaciones y la conducta humanas siempre había enfurecido a Freud —había causado su ruptura con Adler y Stekel—, quien había construido el psicoanálisis precisamente para enmendar el daño individual causado por la inaceptable represión social de la sexualidad. Freud también había sospechado el antisemitismo de Jung. Y, ciertamente, en febrero de 1933 Jung había aceptado la invitación de Heinrich Matthias Göring a participar en la dirección del Allgemeine Ärztliche Gesellschaft für Psychotherapie, la nueva sociedad de psiquiatras y psicoterapeutas que trabajaba fuera de la sede del antiguo Poliklinik en Wichmanstrasse. Göring dejó clara la misión de su clínica: en su discurso de clausura del Congreso Médico General de Psicoterapia exhortó a su audiencia a acatar *Mein Kampf* de Hitler y, en sus funciones oficiales, se refirió a Carl Jung como intérprete del ideal hitleriano.

A nosotros, los médicos nacionalsocialistas, los académicos nacionalsocialistas, nos mantiene en pie nuestra idea, el amor de nuestro pueblo [...] Asumo que todos los miembros de la sociedad se han ocupado de este libro con toda la seriedad científica y lo reconocen como la base de nuestro pensamiento. Les pido a todos ustedes que estudien en detalle el libro y los discursos de Adolf Hitler. Quienquiera que lea el libro y los discursos del Führer y estudie su naturaleza esencial observará que tiene algo que a todos nosotros nos falta: Jung lo llama intuición. ¡Heil Hitler!³

De repente, las peleas ideológicas entre los miembros del círculo interior, específicamente Fenichel y Reich, parecían menos importantes. Citando el famoso «¿Qué hacer?» de Lenin (lema que también Simmel había hecho suyo), Edith Glück sugirió sellar un compromiso a partir del deseo de Fenichel de dar lugar a un cambio organizativo dentro de la IPA y de la insistencia de Reich en producir una plataforma teórica completamente nueva. El grupo *Rundbriefe* acordó mantenerse unido, tolerar el aumento de actitudes reaccionarias de sus colegas y debatir sobre la tolerancia y las reformas constitucionales en el futuro decimotercero Congreso de la IPA en Lucerna. Acatarían la «ideología liberal-burguesa» de la IPA, aunque consideraran que la organización era antidemocrática,

confiando en movilizarla hacia una acción política antifascista más comprometida. «Todas las razones que Ferenczi dio originalmente para fundar la IPA siguen en pie aún hoy, nos parece, de forma concentrada —escribía Fenichel para tranquilizar a sus amigos—. Pues aunque el psicoanálisis impregna a fondo la esfera pública, en la teoría psiquiátrica y educativa, esto no significa inevitablemente, como enfatizaba Freud, el triunfo del psicoanálisis. Si el psicoanálisis debe abandonar constantemente su autonomía, cambiar su lenguaje y moderarse una y otra vez para recibir la aprobación universal, esto solo logrará que el toque de difuntos sea más agudo».⁴ Pero el grupo *Rundbriefe*, envalentonado, al llegar a las reuniones de Lucerna tuvo que confrontar, con consternación, el comportamiento de sus colegas tras el triunfo nazi en 1933. Aquellos que aún podían permanecer en Austria y Alemania (veinticuatro de los treinta y seis analistas de Berlín habían huido), así como los americanos, habían comenzado a rehacer la teoría freudiana y a convertirla en un amable dogma contrarrevolucionario. Y según Anna Freud, incluso a Teresa Benedek y a los pocos que aún quedaban en Berlín «su “paraíso” en el último año no les parecía tan ideal como Boehm lo describía».⁵ El papel de Ernest Jones como presidente de la IPA era demasiado ambiguo, pensaban, porque por un lado insistía en conseguir un acuerdo con los nazis, y al mismo tiempo se esforzaba tremendamente para rescatar físicamente a los analistas del control nazi en Berlín. Por último, la sospecha de Reich de que la IPA estaba ahogando activamente la disensión resultó cierta: de acuerdo con un plan que Anna Freud y Jones habían estado urdiendo durante un año, Reich fue expulsado de la IPA en agosto, justo al final del Decimotercer Congreso Psicoanalítico Internacional que tuvo lugar en Lucerna. Y resultó que la estrategia de Jones para rescatar a sus colegas expulsados de la sociedad de Berlín enmascaraba su conjura con Boehm y Müller-Braunschweig. Pero, a diferencia de Jones y muchos de sus colegas de la IPA, Reich nunca pudo evitar hacer preguntas, ni tampoco sabía mantener las distancias entre él y los analistas más conservadores o más marxistas. Anna Freud acusaba a Reich de haber atribuido un potencial socialista a la teoría psicoanalítica, y de haber iniciado por su cuenta un movimiento y una revista, traicionando tanto la fidelidad a su padre como al Partido Comunista. Reich, por otro lado, protestaba por haber sido victimizado debido a su evidente movilización antinazi justo cuando Jones, Anna Freud y Freud estaban negociando para mantener mal que bien la actividad psicoanalítica en la Alemania bajo Hitler. Realmente, Anna Freud era bastante más sagaz cuando la naturaleza de su trabajo tenía que ver con la evaluación

clínica que con la política cruda. En una valoración, que tal vez siga siendo el retrato más perspicaz de Reich hasta la fecha, Anna Freud le describía su personalidad a Jones en estos términos:

Conozco a Reich desde hace mucho tiempo, y siempre conseguía llevarme bien con él algún tiempo más que los otros [...] porque yo intentaba tratarlo bien en lugar de ofenderlo. Esto ayudaba un poco y podría haber ayudado más si él fuera una persona sana, cosa que no es [...] En algún lugar hay un muro en su interior donde él deja de entender el punto de vista de la otra persona y huye a un mundo propio [...] Siempre pensé que era honesto, como él mismo sabe, algo que muchos otros no creen de él. Pero, por supuesto, sus actos no son coherentes ni lógicos, lo cual cabría esperar de alguien honesto y sano. Creo que su comprensión del psicoanálisis era profunda, pero que ahora la está llevando a terrenos que no armonizan con otras convicciones suyas mucho menos complicadas. Es una persona infeliz [...] y me temo que terminará enfermo. Pero como aún forma parte nuestro mundo, estoy segura de que la forma en que usted trata con él es la mejor manera posible. Ahora mismo está cerca de Viena para visitar a su mujer y sus hijos.⁶

Cuando Fenichel y Reich consideraban que su postura en la política y en la sexualidad, y en la totalidad de la teoría y la práctica, estaba más cerca del Freud original, estaban en lo cierto. El psicoanálisis solo podía alcanzar todo su potencial en una sociedad socialista. Fenichel no era ni aislacionista ni sectario, pues simplemente elaboraba el propio pensamiento socialdemócrata del Freud de la posguerra. Sin embargo, las discusiones entre Fenichel y Reich fueron en aumento y los dos hombres, amigos y colaboradores desde la escuela de medicina en 1919, se separaron al final de 1934. Reich, cansado de los dimes y diretes, volvió a su trabajo en Oslo, mientras Fenichel, a quien le gustaba escribir, siguió escribiendo sus artículos para la revista de Sex-Pol. Incluso para un forastero como Martin Grotjahn, las diferencias de Fenichel con Reich se habían vuelto obvias. Anna Freud lo advirtió también. Le escribió a Jones: «Alguien me dijo confidencialmente que los problemas de Fenichel con Reich han comenzado».⁷ Reich aún se identificaba con el comunismo mientras que Fenichel se mantuvo en sus raíces socialdemócratas de la Viena Roja. Además, Reich, cuyo trabajo consideraban una desviación tanto el psicoanálisis institucional como del comunismo institucional, había sido rechazado por ambos sistemas, mientras que Fenichel abrazó las afiliaciones organizativas sin apenas coste para él. Desde la escuela de medicina, Fenichel parecía haber empujado demasiado lejos a sus amigos, mientras él mantenía su lealtad. En cartas, ensayos, artículos y discursos continuó discutiendo que el marxismo debía aceptar al psicoanálisis y que su amigo Wilhelm Reich lo había entendido perfectamente: «La

desconfianza de la psicología es comprensible pero [...] no está justificada. El desconocimiento por parte de los marxistas de los detalles de la interacción dinámica puede convertirse en un gran impedimento para su causa [...] Reich iluminó estos factores⁸ de forma apropiada».⁹

Apenas disimulando el hecho de que los nazis habían tomado el poder de la institución, los editores del *IJP* anunciaron que «de acuerdo con la información recibida, reanudaron (la sociedad y la clínica de Berlín) el trabajo en enero de 1934. Se dan los cursos de conferencias para practicantes del psicoanálisis y para maestros, y se mantienen las mismas líneas aproximadamente que antes, pero el instituto tiene nuevas norma de ingreso». Presumiblemente fue Jones quien consideró que estos eufemismos eran correctos para enmascarar los hechos, pero estaba preocupado. Le preguntó a Eitingon: «¿Has encontrado alguna razón para suponer que la sociedad se alejará de nuestro proyecto en la teoría o la práctica?».¹⁰ Obviamente, Eitingon había encontrado unas cuantas razones, pues de lo contrario no habría abandonado Berlín. El hecho de que Jones no consiguiera comprender lo que llamó el «enigma» de por qué Eitingon «había abandonado Alemania para siempre» no era nada nuevo. En todos los años anteriores del psicoanálisis, Jones había tratado de poner las necesidades del movimiento por delante de las suyas y en general tuvo éxito, aunque solo fuera por falta de imaginación. Pero la época reciente estaba poniendo a prueba su devoción, y la aparente determinación repentina de tantos colegas (todos judíos) de protegerse a sí mismos en lugar de a la «causa» lo ponía nervioso. Llegó a la conclusión de que Ernst Simmel había caído «en manos de gente dudosa» al planificar un instituto experimental, sin duda activista políticamente, en Los Ángeles.¹¹ Y, en lugar de conceder que la reubicación masiva de colegas traumatizados podría desestabilizar justificadamente sus instituciones, Jones sugirió con estrechez de miras que «la antigua Sociedad de Berlín ha transferido las interminables peleas personales a otros países».¹² Afortunadamente Jones también hizo otros anuncios públicos: «En breve se abrirán en Jerusalén un Instituto Psicoanalítico y un Centro de Tratamiento bajo la dirección del doctor Eitingon» y de unos pocos antiguos asociados de Berlín.¹³ En realidad, tanto Jones como Anna Freud estaban francamente encantados de que Eitingon hubiera hecho la petición al canciller de la Universidad Hebrea de Jerusalén para organizar un «departamento de psicoanálisis».¹⁴ En medio de la destrucción que les rodeaba, una nueva actividad académica sería «espléndida».

Mientras tanto, lo que quedaba del Poliklinik lo dirigía entonces de mala gana Martin Grotjahn, uno de los miembros del círculo exterior de las *Rundbriefe*, que por entonces estaba acabando su propio análisis con Felix Boehm. Durante los primeros meses del año, Grotjahn trató a un puñado de pacientes «huérfanos» que quedaron en la clínica cuando sus analistas se escaparon del país. Aunque se inventó varias justificaciones para este trabajo, estaba tan angustiado que la invitación de Magnus Hirschfeld de abandonar el Poliklinik para dirigir el Instituto de Ciencia Sexual llegó como un alivio. Un día después de que Grotjahn se iniciara en su nuevo empleo, los guardias de asalto nazis rodearon, asaltaron e incendiaron el edificio. Desde 1919 el instituto de Hirschfeld había alojado cuatro departamentos clínicos (psicoterapia, medicina somática y sexual, sexología forense, y ginecología y asesoramiento matrimonial), así como una biblioteca y las oficinas de la Liga Mundial para la Reforma Sexual y el Comité Humanitario Científico, la primera organización homosexual. Como el Poliklinik, este instituto había surgido en el contexto del movimiento de reforma progresista de la República de Weimar y, después de 1933, fue denunciado como inmoral, judío y socialdemócrata. También como el Poliklinik, el instituto fue cerrado y reabierto como edificio de oficinas nazi justo tres meses después de que Hitler tomara el poder. Al final del otoño, como continuaba la investigación poco entusiasta del reciente arresto de Edith Jacobson por la Gestapo, se estableció un inquieto cinismo en Grotjahn y otros miembros del grupo de las *Rundbriefe*. Al año siguiente Jacobson estaría en prisión. Muchos analistas habían sido amenazados u hostigados, pero hasta entonces ningún otro había sido arrestado. Grotjahn mismo había conseguido esquivar al gobierno durante un tiempo ignorándolo simplemente: el papeleo oficial donde se le interrogaba sobre su pureza racial y afiliación política se hallaba sin responder en su escritorio, polvoriento. Pero su negativa a responder y su momentánea buena suerte tocaron a su fin, y cuando despidieron a su esposa, medio judía y médico, de su trabajo, se dio cuenta de que el momento de decidir había llegado. Los dos escaparon para sobrevivir.

La Viena Roja cayó el 12 de febrero. Aunque el intento de la toma de poder por parte de los nazis fracasó, Engelbert Dolfuss fue asesinado y Kurt von Schuschnigg se convirtió en el nuevo canciller de Austria. Los quince años de un régimen de trabajadores en un entorno urbano habían querido demostrar que podía sobrevivir una nueva estructura social basada en las viviendas equitativas, el empleo y los servicios de bienestar social. Y efectivamente, consiguió sobrevivir a las fuerzas del mercado, pero no

a las fuerzas armadas. A medida que el desolador fascismo se extendía por Europa, Alfred Adler y Wilhelm Reich, dos analistas raramente vinculados en los anales del psicoanálisis, emigraron a Estados Unidos. Dentro de una política municipal socialista en general, los dos habían militado por la aplicación práctica del psicoanálisis, Adler desde la pedagogía y Reich desde la higiene mental. De forma insólita, al verse separadas de los movimientos obreros de la Viena Roja, sus teorías quedaron aisladas de los factores sociales. En Estados Unidos las teorías educativas de Adler fueron asumidas y defendidas porque exaltaban el individualismo, mientras que la investigación bioenergética y las teorías de la liberación sexual de Reich fueron acogidas más tarde por las terapias radicales y contraculturales.

El Ambulatorium, sin embargo, parecía tener un gran poder de permanencia incluso cuando las perspectivas de la Viena Roja eran absolutamente negras. Otto Isakower, un psiquiatra que había trabajado en la clínica de Wagner-Jauregg con Paul Schilder y Heinz Hartmann a finales de la década de 1920, se unió a Hitschmann y fue nombrado director adjunto del Ambulatorium en 1934. Durante sus rondas psiquiátricas en el hospital público, Isakower conoció y empleó a Betty Grünspan, una de esas extraordinarias enfermeras veteranas que trabajaban en primera línea con tanto vigor contra la sífilis y la tuberculosis en el hospital local como contra el cólera y la fiebre eruptiva en el frente serbio en la Primera Guerra Mundial. Al igual que muchas de sus amigas entre las modernas Nuevas Mujeres Vienesas, perseguía constantemente nuevos retos y decidió llegar a ser médico especialista en cirugía. A mediados de la década de 1920 Grünspan siguió a Tandler en la dirección de las oficinas de Salud Pública y creó una escuela de educación continua para enfermeras graduadas. Además de su docencia, dirigió la cirugía y atención posterior en el Hospital Am Steinhof, así que observaba habitualmente los procesos mentales de los pacientes psiquiátricos. A pesar de su preparación, los efectos del sufrimiento psicótico son particularmente intensos para los médicos que lo tratan de cerca, así que Betty Grünspan se decidió a estudiar psicoanálisis para desarrollar tratamientos para la psicosis. Asistió a los seminarios didácticos del instituto en Pelikangasse, analizó a adultos y niños y, en una de esas curiosas vueltas del destino, perdió su puesto como médico municipal pero permaneció como psicoanalista en el Ambulatorium: ocurría exactamente lo contrario del anterior decreto gubernamental según el cual «solo médicos» eran aptos para el Ambulatorium. Allí, la combinación de habilidad e independencia de Grünspan atrajo la atención de la pediatra americana y

analista de niños Edith Jackson, que fundaría, autorizaría y financiaría la Guardería Jackson.¹⁵ Solo una mujer con la personalidad de Grünspan tendría la fortaleza de hacerse cargo como asistente en el Ambulatorium en 1937, el intrépido último año de la clínica antes del Anschluss.

1935

«UN SEMINARIO ESCRITO DE PSICOANÁLISIS A
MARXISTA SOBRE NIÑOS»

Como muchos nazis en 1935, Felix Boehm no dudó en traicionar a los psicoanalistas marginados e incluso en condenarlos a muerte cuando creía que ello beneficiaría al arianizado Poliklinik. Como presidente del nuevo DPG, informó a Jones de que los analistas judíos exiliados habían perdido su estatuto de miembros en la sociedad y se les asignaba ahora el rango de «invitado». Boehm informaba de que a pesar de las intervenciones urgentes de Müller-Braunschweig con el Kampfbund, ni siquiera Teresa Benedek y algunos otros que quedaban en Berlín estaban a salvo. Jones no se dejó engañar: «Parece que la Sociedad Alemana pronto se verá forzada a expulsar a todos sus miembros judíos —le escribió con un toque de ironía a Brill—. La situación de los judíos en Alemania es mucho peor de lo que admite cualquier información de los periódicos».¹ A los arios restantes tampoco les iba mucho mejor: fueron forzados a borrar «Berlín» del nombre de su instituto y a cambiar el nombre de la clínica, Poliklinik, por el de Ambulatorium. El cambio de nombre indicaría que la clínica actual estaba totalmente separada del gobierno.² No obstante, Boehm pidió descaradamente a todos los analistas, exiliados y residentes por igual, felicitaciones escritas en el decimoquinto aniversario de su organización. El grupo *Rundbriefe* se enteró de esto y sintió que Boehm estaba tratando de arrinconarlos en una tácita complicidad (o absolución) al emular los halagos de Freud en el décimo aniversario de la autorización del Poliklinik en 1930. Aun así, Edith Gyömrői decidió enviar una respuesta por cable. «Con motivo del decimoquinto aniversario —escribió—, los antiguos miembros piensan con cariño en la vieja administración de libre investigación y desean que siga prosperando bajo la vieja bandera».³ En realidad, Gyömrői estaba tratando de decir que, incluso en 1935, seguía comprometida con el principio que había enunciado Freud en 1918 sobre el tratamiento y la investigación gratuitas, y que sus camaradas estaban con ella en su lucha contra la corrupción de dicho principio. A menos que el gobierno alemán alterara formalmente su posición en la dirección del Poliklinik, los activistas que quisieran practicar el psicoanálisis

tendrían que estar lejos de allí. Su amigo Fenichel lo entendía así, pero también creía que Gyömrői y el resto del grupo *Rundbriefe* sería menos vulnerable si se centraba en su fortaleza, una teoría psicológica y política unificada.

Otto Fenichel acababa de mudarse a Praga desde Oslo y retomó su producción periódica de las *Rundbriefe*. Entre cada tres y seis semanas ofrecía a sus lectores una reunión política virtual llena de humo, por correspondencia, con una fantástica gama de nuevas oportunidades para criticar, comentar, analizar o condenar las ideas de sus colegas. Su estilo meticuloso de reunir y dar forma a los datos en un documento legible hizo de su posterior manual de psicoanálisis clásico uno de los más ampliamente adoptados en todo el mundo. Hasta que fueron publicadas, las cartas sobrevivieron en copias de carbón pegadas a la ligera, mecanografiadas y corregidas a mano, con las esquinas dobladas y clips oxidados. «A pesar de todos los obstáculos —escribía—, estas *Rundbriefe* son necesarias para la unión de los analistas de nuestra orientación [...] un Seminario escrito de psicoanálisis marxista sobre niños».⁴ En esto dependía de sus colegas por toda Europa, Estados Unidos y Latinoamérica para mantener la circulación de noticias, información, teorías, reseñas de conferencias o libros y comentarios. Pero a diferencia del Seminario de Niños en el Poliklinik, los miembros de las *Rundbriefe* tenían que acordar la discreción. Fenichel lamentaba este aspecto, pero su creencia en el proyecto y su amor por el psicoanálisis nunca se deterioraron. No veía contradicción alguna entre el psicoanálisis y el marxismo, y animaba a sus colegas desperdigados a aplicar la teoría política a la práctica clínica caso por caso, y con honorarios gratuitos si fuera necesario. Insistía en que la tarea de los analistas era prestar ayuda a los individuos que sufrían mentalmente, no dar aliento moral al burgués. Esto no era caridad ni «terapia de masas», como habían repetido Fenichel y Simmel durante años a las comunidades política y analítica, las cuales con frecuencia malinterpretaban por igual los propósitos primordiales del grupo *Rundbriefe*. Los marxistas carecían de un sentido de la realidad individual, mientras que la mayoría de los analistas no entendían la importancia de una realidad social más amplia, y Fenichel trataba de corregir ambas percepciones erróneas simultáneamente.

La promesa del grupo *Rundbriefe* de sostener discusiones de teoría y psicoanálisis político significaba que la controversia continuaría dominando las cartas circulares durante buena parte de los años siguientes. Había polémicas sobre Wilhelm Reich, sobre marxismo *versus* socialismo, sobre analistas freudianos *versus* neofreudianos, sobre la

vida interior *versus* la externa, sobre el impacto de la cultura en la psique, los pacientes, las sociedades y muchos otros asuntos. En ese momento el debate entre colegas disminuía el dolor del aislamiento en el exilio. ¿Las nacionalidades tienen estructuras de carácter específicas? Sopesándolo desde Copenhague, George Gerö imaginaba que el inconsciente humano era «internacional», pero que la «forma del carácter» era única para cada país y se basaba en gran medida en el superyó. Conforme el niño se transforma en un adulto, esa forma del carácter (o el «carácter nacional») se vuelve más fuerte a medida que aumenta el poder del superyó, el lugar del inconsciente de la mente que custodia las normas culturales. Según este argumento, la población de cada país también tendría un carácter político predominante. A Fenichel le agradaba la idea básica, pero advertía a Gerö sobre el riesgo intelectual del reduccionismo. Las condiciones históricas, recordaba Fenichel al grupo, determinan el carácter nacional para todos los ciudadanos y el desarrollo histórico de un país avanza paralelo al curso de una neurosis de los individuos y su sociedad.⁵ La mayoría de los psicoanalistas refugiados afrontaba su rechazo proponiendo una teoría explicativa, pero Fenichel, a quien le gustaba más discutir que resolver, declinaba reducirlo todo a una simple explicación lineal.

Poco después de que la teoría de Gerö apareciera en las *Rundbriefe*, Michael Bálint envió a Fenichel un manuscrito que reinterpretaba las fases de la libido, haciendo un énfasis particular en la educación y la cultura. Bálint, que se había hecho cargo de la dirección de la clínica de Budapest tras la muerte de Ferenczi en 1933, había estado en el Poliklinik de Berlín en la década de 1920, había sido estudiante en la facultad de clínica en la Charité y conferenciante en el Instituto de Química Orgánica en la Real Academia de Berlín. Ahora, desde Budapest, Bálint refutaba ostensiblemente su descuido anterior de los factores sociales y su gusto por el biologismo, otro enfoque reduccionista que Fenichel aborrecía. A pesar de ello, Fenichel respondió con una crítica de quince páginas, que sacó a relucir el tono ultrafreudiano que utilizaba para criticar a los analistas que llamaba «neofreudianos», que situaban el impacto de la cultura por encima del instinto. Reprendía a la esposa de Bálint, Alice, por ceder al culturalismo decidido. Cualquiera que sea su contribución real a la técnica, decía, la indiferencia de los Bálint con respecto a la base instintiva de la vida psíquica ignora la realidad. Pero naturalmente terminaba con un amistoso: «¡Envíeme una contra-crítica!».⁶ Los amigos continuaron intercambiando críticas cáusticas y sus rondas de cartas viajaban con un interminable fondo de comentarios entremezclados con informes de novedades del frente alemán.

Pocos meses después de que la Gestapo, el 24 de octubre, encarcelara a Edith Jacobson por alta traición, Jones expresó su confusión a su amiga Marie Bonaparte en París: «La situación en Alemania es de un terror extraordinario, no menos entre las filas del mismo Partido Nazi. Se gasta una enorme cantidad de energía en el constante espionaje y contraespionaje».⁷ Jacobson había sido arrestada en Berlín en el momento en que regresaba de visitar a Reich en Escandinavia con vistas a retomar su tarea de resistencia con el grupo Nuevo Comienzo. Era un trabajo estimulante, convencido. «Neu Beginnen era una organización política pequeña —evocaba el colega de Jacobson, Gerhard Bry—, un grupo socialista radical que se había desarrollado desde una tradición eminentemente comunista, pero había cambiado en la dirección de las convicciones y políticas socialdemócratas».⁸ En Alemania y otros lugares, la izquierda política se había dividido en facciones parciales, competitivas. Como resultado, mucha de la colaboración activista contra la principal amenaza nazi estaba exhausta, y lo poco que quedaba después de enero de 1933 desapareció. No obstante, los estrategas de Neu Beginnen organizaban secretamente a algunos de los miembros más críticos de los remanentes de los grupos políticos. Se encontraban en minúsculos grupos privados, recogían y distribuían información y contrabandeaban gente y dinero a través de las fronteras. «Éramos jóvenes, optimistas y confiábamos totalmente en que el futuro sería nuestro», decía Bry. Edith Jacobson aparentemente era la única psicoanalista entre los nuevos exiliados en arriesgarse a volver a Alemania, y así lo hizo a pesar de la orden explícita del DPG prohibiendo a los analistas tratar a pacientes que se opusieran a los nazis. Los acusadores alegaban que, con el nombre en código de «John», había abierto su casa para celebrar reuniones políticas, había contribuido con cinco marcos al mes para ropa y comida de los prisioneros políticos, e incluso había tratado a los miembros Miles-Gruppe en su consulta psicoanalítica. Se rumoreó que el tratamiento de Jacobson de una joven comunista, asesinada después por la Gestapo, enfureció especialmente a la policía, que tenía sed de información confidencial de su análisis. «Primero arrestaron a algunos de sus pacientes y asesinaron a uno de ellos —escribió Jones a Brill—, y tuvimos mucho miedo de que fuera torturada para sacarle información».⁹ Jones estaba tan conmovido que decidió visitar Berlín inmediatamente, a pesar de que el gobierno parecía satisfecho, por el momento, con dejar a Jacobson en prisión sin un juicio. Pero Jones fue cuidadoso: «Evidentemente, sería un error tratar de utilizar cualquier influencia en un caso aún tan indeterminado —prevenía a Anna Freud—, en manos de autoridades judiciales

apropiadas»¹⁰ La decisión de contratar a un abogado nazi para Edith fue rara pero deliberada: se trataba de utilizar la paranoia nazi contra sí misma. Tanto Jones como Fenichel (que raramente estaban de acuerdo en algo) calcularon que, si a ella la liberaban demasiado pronto de la prisión local, la Gestapo la pondría en *Schutzhaft* (custodia protectora) y la despacharía a un campo de concentración o *Schulungslager* (campo de reeducación),¹¹ el notorio término eufemístico adoptado por Felix Boehm. Jones entonces reinterpretó el asunto por el bien de Brill. Sospechaba que el abogado de Jacobson «está del otro lado, y está procurando mantenerla dentro más tiempo del necesario para aumentar sus ya exorbitantes honorarios».¹²

En la misma semana en que Ernest Jones regresó a Londres, Felix Boehm redactó volando un telegrama raro y urgente avisándole de que detuviese la campaña de recogida de fondos organizada para ayudar a Edith a salir de la prisión. Aunque el abogado sugirió que la presión exterior podría acelerar su salida, Boehm se oponía a cualquier gesto que conectara públicamente al DPG con su caso. Tenía miedo en particular a enfadar a sus amigos en el gobierno con las noticias de que Jacobson había albergado reuniones de la resistencia antinazi mientras trabajaba como analista en el Poliklinik. ¿Era ella realmente una amenaza para el psicoanálisis? Dentro del pequeño círculo de los representantes clave del psicoanálisis en 1935, no solo era posible que Felix Boehm pensara así en medio del Berlín nazi, sino también que Anna Freud estuviera de acuerdo. «Edith había sido muy incauta y había puesto al movimiento analítico en peligro —le dijo Anna a su colega escandinavo Nic Hoel. Y proseguía arguyendo—: ¿Cómo podía Boehm acudir al ministro de Cultura y hablar con él sobre la conformidad del análisis con los métodos alemanes?». ¹³ Anna Freud, ingenuamente impresionada por lo que había sabido sobre Felix Boehm, culpaba a Edith Jacobson de su propio encarcelamiento. El profundo miedo internalizado de Anna hacia el antisemitismo la había cegado: no reconocía que los nazis habían secuestrado el psicoanálisis y culpaba a Jacobson del veredicto. Quizá más precisamente, Anna Freud se ponía ahora del lado de Boehm y el régimen policial contra el activismo político, el núcleo histórico del movimiento psicoanalítico. Mientras tanto, Ernest Jones, tan dedicado a la causa analítica como Anna Freud, estaba bastante cómodo con las contradicciones políticas y disfrutaba, más que nada, compitiendo por la atención dentro de la subcultura específica de los propios guardianes de Freud. «En el presente estoy tratando de ver qué se puede hacer para apelar al gobierno alemán el *Gnadenact* (perdón) —escribía Jones a Eitingon después de haber intentado contactar

con el personal diplomático de Hitler en Londres—. No puedo decir que piense que las perspectivas son muy halagüeñas [...] Edith Jacobson fue sentenciada a dos años y cuarto de *Zuchthaus* (prisión), seis meses de los cuales fueron deducidos a cuenta del encarcelamiento previo». ¹⁴ El caso se pospuso otro año, pero el frenesí de las visitas y la correspondencia interna sobre la historia de Jacobson señala el dilema de la IPA al final de 1935. Estaban atrapados en la disyuntiva de condenar a los analistas alemanes por colaborar con los nazis o denunciar a los analistas por participar en la resistencia política activa. Los nazis ganaron.

1936

«EL PSICOANÁLISIS SOCIAL»

El 15 de octubre de 1936 el Instituto Alemán de Investigación y Psicoterapia Psicológica ocupó las instalaciones del Poliklinik en el número 10 de Wichmannstrasse. Dirigido por Matthias Heinrich Göring, protegido por el *Reichsmarschall* Hermann Göring y asistido por Carl C. Jung, el Instituto Göring nuevamente configurado fue el centro del régimen nazi para la formación y el tratamiento de psicoterapia «racializada» hasta al menos el final de la Segunda Guerra Mundial. Mediante un conjunto de complejas maniobras, a menudo comprometidas éticamente, Felix Boehm y Carl Müller-Braunschweig consiguieron mantener su condición de miembros de la sociedad en la IPA. Boehm y Müller-Braunschweig sentían que aparentemente podían contar con el apoyo de Anna Freud y el presidente de la IPA Ernest Jones para cumplir con los deseos de Matthias Göring de limpiar la sociedad de Berlín y el DPG de todos los miembros judíos.

Jones creía que el deber organizativo requería de él un acuerdo con Matthias Göring para mantener el DPG, ahora absorbido en el Instituto Alemán de Investigación y Psicoterapia Psicológica, como una sociedad integrante de la IPA. «Personalmente, me inclino favorablemente ante la posibilidad de que la sociedad alemana permanezca con nosotros», le escribió a Anna Freud, con la advertencia formal de que tal vez finalmente «no sea posible un acuerdo entre ambas partes».¹ Cuando Jones se reunió con Müller-Braunschweig, Boehm y Göring, este le aseguró a Jones que el psicoanálisis se mantendría independiente dentro del nuevo instituto, aunque evidentemente no era sincero. A cambio, Jones acordó que se permitiera la recolocación de los miembros judíos que habían «renunciado voluntariamente» a la sociedad de Berlín. Jones colaboró, mantuvo la amistad con Müller-Braunschweig y asistió a la destrucción del Poliklinik, que dejó de ser una institución progresista comprometida con la intervención social para convertirse en un censurable centro para la actividad nazi. Durante toda la administración Göring y después de la Segunda Guerra Mundial, Jones y Anna Freud insistieron en que ellos solamente estaban preservando el psicoanálisis a toda costa.

A primera vista, el Instituto Göring aún se parecía a una clínica externa convencional

para la salud mental. Las instalaciones eran las del anterior Poliklinik. Un equipo de cincuenta y dos psicoterapeutas trataba a los pacientes, supervisaba a los estudiantes, consultaba con las escuelas públicas y definía su misión como una institución para indigentes (*Anstalt für mittellose Volksgenossen*, literalmente una «Fundación para Camaradas de Raza sin Medios»). Algunos pacientes fueron transferidos desde el antiguo Poliklinik, y los médicos en la Charité derivaban a otros para el tratamiento de la psicosis, el alcoholismo, la depresión y toda la gama de trastornos mentales. La afiliación del instituto con el Ministerio del Interior y el *Reichsärzteführer* (director de la Junta Médica Estatal) les daba protección federal. Pero ni Boehm ni Herbert Linden, el psiquiatra nombrado como jefe administrativo del Instituto Göring, creían que el enfoque psicoanalítico del Poliklinik anterior pudiera (ni siquiera debiera) coordinarse con la Nueva Psicoterapia Alemana. Esta consistía en un conjunto difuso pero indicativo de estándares —la mayoría de ellos abiertamente propagandísticos— que reflejaban el objetivo fascista de reforzar la creencia de sus pacientes en valores centrales como la vida y la grandeza del pueblo alemán. «Müller-Braunschweig combina una filosofía del psicoanálisis con una concepción cuasi teológica de la ideología nacionalsocialista», le escribía Jones, que acababa de estar con los líderes nuevos en Berlín, a Anna Freud.² Al fin, el *Seelenheilkunde* propuso la eutanasia para los pacientes con enfermedades mentales con los que fracasara el tratamiento. Los principios duales de «curación o exterminación» los codificaría Von Hattinberg (basándose en el esquema de Carl Jung) y los implementaría Herbert Linden en 1938.³

Una vez que Göring y Boehm se habían asegurado el derecho a llevar el instituto como querían, decidieron apoyar sus decisiones llevando un registro estadístico similar al de Eitingon. Los antiguos formularios del sistema de registro del Poliklinik probablemente aún estaban archivados en el cajón de algún escritorio (el Instituto Göring se había apropiado de todo el mobiliario de Ernst Freud), pero Boehm, que disfrutaba produciendo estadísticas regulares e informes médicos, retrató inadvertidamente una nueva clase de clínica. En contraste con el primer Poliklinik centrado en las clases bajas y pobres, casi el 80% de los pacientes del Instituto Göring eran de clase media, el 10% eran de clase obrera, y el 10% restante eran de clase alta.⁴ La nueva mayoría demográfica representaba exactamente la clase de paciente que es etiquetado como un clásico consumidor burgués del psicoanálisis, que rara vez se veía en la década de 1920 pero que aún hoy se asocia comúnmente a la práctica freudiana. Se abandonó el

tratamiento gratuito. Todos los pacientes pagaban su análisis, y el instituto compensaba a los terapeutas si los honorarios caían por debajo de seis marcos por hora. Al menos a la mitad de los pacientes se les prescribía un tipo específico de tratamiento focal breve (*Fokaltherapie*) diseñado para la eliminación eficaz de la neurosis y la mejora de la salud pública. El tratamiento concentrado también garantizaba que los clínicos no perderían el tiempo en adultos que eran considerados incurables o «niños emocionalmente desgarrados por las demandas del Estado de que informen sobre sus padres», o cualquiera definido por los nazis como «dañado hereditariamente». ⁵ Así es como Göring lo había explicado el año anterior:

Sabemos que aún hay miembros —y colegas— del partido que niegan la necesidad de psicoterapia, que afirman que la herencia es lo único que importa y que la educación es innecesaria. Como el Führer, reivindicamos que el carácter puede desarrollarse y por eso la psicoterapia es de la mayor importancia. Pues la psicoterapia, como Jung lo ha señalado una y otra vez, no consiste solo en curar a las personas, sino en hacer que las personas que carecen de una actitud correcta ante la vida encajen en nuestra sociedad. ⁶

Las descripciones siniestras de Wilhelm Reich sobre los peligros y el rumbo histórico del fascismo habían sido completamente precisas. Reich ha sido considerado un alarmista, un fanático político, obsesionado con el sexo, y paranoico, pero su manifiesto *Sex-Pol* era curiosamente optimista. Postulaba que si bien el núcleo humano es biológico, también es social, sexual y sensible de manera innata. Pero los regímenes políticos autoritarios, que reproducían la estructura de la familia patriarcal y el impulso de acumular dinero y estatus, reprimían la verdadera bondad del ser humano y creaban la neurosis individual y social. En una sorprendente repetición de la historia, Wilhelm Reich, que emigró a Estados Unidos para escapar de la persecución nazi en 1935, vería cómo el gobierno estadounidense quemaba y prohibía su trabajo. Reich murió en la cárcel en 1957. Aun así, en los años intermedios, cuando daba conferencias en la New School for Social Research (Nueva Escuela de Investigación Social) en Nueva York, y enseñaba en su propia escuela y laboratorio en Maine, Reich tuvo un profundo efecto sobre los clínicos americanos. Los terapeutas de la década de 1960 y de principios de la de 1970 consideraban a Reich como un destacado profesional y reformista de la salud mental, conocido por su interés solidario en los problemas de la juventud. En todo momento, Reich defendió a Freud como un revolucionario que transformó la cultura burguesa. Creía que Freud era consciente de los factores culturales y ambientales en el desarrollo

humano como Harry Stack Sullivan y Karen Horney. Sus antiguos seguidores de las *Rundbriefe* habrían estado de acuerdo.

El grupo *Rundbriefe* se reunió en persona una última vez, sin Reich, en el decimoquinto congreso de la IPA celebrado en Marienbad, Checoslovaquia, en 1936. La comunicación por correo se volvió tan difícil conforme la censura invadía Europa, que la necesidad de los exiliados de mantenerse en contacto incluso se agudizó. Acababan de arrestar a su colega Edith Jacobson y tenían que reunirse para planificar su liberación. En Marienbad los amigos decidieron continuar produciendo las cartas circulares, a pesar de lo que Fenichel llamó «diferencias profundas de opinión en el campo del marxismo económico», específicamente, mantener el intercambio de información sobre los acontecimientos psicoanalíticos y las publicaciones.⁷ Inevitablemente él llevaría la voz cantante, porque ningún otro de los amigos era un escritor tan diligente como Fenichel, quien rehusaba entregarse, como escritor o activista, a la complacencia. Permaneció siendo el centro de las *Rundbriefe*, que hasta 1945 fueron la crónica de la historia excepcional de la batalla de un marxista para ampliar la información, aceptar sus contradicciones y luchar tanto por la «aplicación correcta del psicoanálisis a la sociología» como por «la existencia misma del psicoanálisis freudiano».⁸

Erich Fromm, un miembro del círculo exterior al grupo *Rundbriefe*, se instaló en Nueva York. En 1929, cuando Fromm se incorporó a la Escuela de Francfort y ejerció en su clínica gratuita, una reunión en Nueva York podía haber parecido un interesante pero extravagante viaje al país del capitalismo floreciente. Desde entonces la explosión de la violencia nazi, junto con la creciente influencia de los intelectuales americanos interesados en la Teoría Crítica, hacían que la perspectiva de instalarse en Estados Unidos fuera seria y auspiciosa. En 1934, cuando Nicholas Murray Butler publicó una invitación para acoger a Horkheimer, Marcuse y su instituto en la Universidad de Columbia en un edificio propio (429 West 117 Street), la posibilidad era irresistible. Los refugiados de la Escuela de Francfort llegaron a Nueva York en el curso del año y encontraron la tarea de volver a instalarse menos perturbadora que muchos de sus compañeros expatriados, en parte por su relativa independencia financiera y en parte porque eligieron trabajar sobre diversos temas relevantes que suponían un desafío. En la época en que sus colegas arribaban a Nueva York, Fromm ya se había separado del grupo, ya que había llegado dos años antes para dar conferencias con Franz Alexander en el Instituto de Psicoanálisis de Chicago. Incluso en el exilio, la relación de Fromm con el

psicoanálisis estaba en tensión, pues se situaba en algún lugar entre los «neofreudianos» culturalistas y los analistas puristas neoyorquinos. Su polémico amigo del grupo *Rundbriefe*, Otto Fenichel, ocupaba un lugar único al frente de este conflicto. Después de que Fromm publicara un artículo psicoanalítico de base social, Fenichel buscó renovar su «conexión interrumpida» y conectar a todos los que apoyaban el «psicoanálisis social».⁹ En un punto de las *Rundbriefe* atacó el elogio que Fromm hacía de Ferenczi al describirlo como un «artista revolucionario que superó el liberalismo».¹⁰ El liberalismo representaba precisamente el fallo de los neofreudianos, quienes, según Fenichel, creían en la reforma social sin profundidad (no marxista) y en la naturaleza biológica de la vida psíquica. Pero el psicoanálisis social postulaba que estos dos elementos separados (cultura e instinto) existían dialécticamente y podían fusionarse solo en la práctica, como había ocurrido en las clínicas gratuitas. Incluso Wilhelm Reich se equivocaba, según Fenichel, mientras que Freud lo entendió desde el principio y estaba de acuerdo. Para los lectores actuales, las *Rundbriefe* encierran la historia del psicoanálisis, la política y las nuevas publicaciones. Pero para aquellos que las escribieron, día tras día, las cartas siguieron siendo el cosquilleo que recordaba las discusiones nocturnas en salas llenas de humo de su antiguo ambiente de café. Algunos de ellos incluso seguían pagando su cuota como miembros de la sociedad de Berlín.

Mientras los exiliados soportaban la mayor parte de las noticias de Alemania con estoicismo, se enteraron con estupor de que todos los judíos habían sido expulsados del Poliklinik. «Que haya tenido que hacerlo sin siquiera decírmelo (dejando aparte la justificación de este paso, sobre el cual no quiero hablar aquí) me parece tan increíble que le pido primero que me aclare si este rumor se corresponde con los hechos», le escribía Fromm a Müller-Braunschweig.¹¹ Así era. La salida masiva había comenzado poco después de la tenebrosa Ley de Habilitación, de Hitler, y se había acelerado en los dos años pasados. Lo que estaba en juego en la comunidad psicoanalítica en 1936, y que ponía bien de relieve la carta de Fromm a Müller-Braunschweig, era la naturaleza antisemita de la visión de Jones de que los miembros judíos habían renunciado «voluntariamente». En verdad, los pocos analistas que aún estaban en Berlín habían decidido no disolver su sociedad y no renunciar de la IPA. Pero cualquier gesto, le dijeron a Jones, habría sido equivalente a admitir que habían hecho caso omiso del protocolo nazi. Los miembros judíos eran sofisticados políticamente y su definitiva respuesta a la petición de Müller-Braunschweig de renunciar inmediatamente no está

clara hoy en día. No se sabe con certeza si los miembros judíos realmente estuvieron de acuerdo o no en renunciar, o renunciaron «voluntariamente» bajo coacción, o renunciarían más tarde, aunque primero habían dicho que se marcharían inmediatamente, o habían pedido a Jones que anunciara que habían renunciado sin hacerlo realmente. De alguna forma la cuestión es discutible, dado que fueron expulsados bajo amenaza de muerte de todas maneras, y Jones, ambivalente como siempre, probablemente indicó que disponían de ayuda para hacer algunas reubicaciones. No obstante, Müller-Braunschweig se dirigió a Jones después de recibir la problemática carta de Fromm: «La carta que adjunto del doctor Fromm crea la duda de si usted ha informado a todos los miembros judíos afincados en el extranjero y les ha pedido que renuncien», le escribió a Jones.¹²

Aunque de forma ilusoria, Müller-Braunschweig pensaba que la defensa de Jones de los miembros judíos hacía que él y Boehm parecieran traidores al Estado alemán. Pero, de hecho, Jones, que pensaba poco en la política exterior más allá de sus efectos en el psicoanálisis, siempre ponía la «causa» por delante del bienestar de los psicoanalistas individuales. La experiencia acumulada de la pequeña pero continua serie de compromisos de Ernest Jones con las personas que firmaban sus cartas «*Heil Hitler!*» agregando ambigüedad al terror, dejó una huella indeleble en la historia del movimiento psicoanalítico. «No es literalmente cierto que hayan sido excluidos», le respondía a Fromm con una característica forma de autoprotección, «pero [...] (los miembros judíos) decidieron que sería del interés de todos que ellos presentaran su renuncia».¹³

Ernest Jones no solo era políticamente más astuto de lo que parecía al principio. También era muy hábil para lo administrativo. En 1936 Jones era el psicoanalista de más alto rango en la IPA, y su inclinación de toda la vida por el extremo conservador en todas las cosas freudianas parecía totalmente irreversible. Pero, durante los últimos diez años desde 1926, había demostrado estar profundamente a favor del tratamiento gratuito como Fenichel o Reich. De todas las clínicas psicoanalíticas gratuitas en Europa, la de Londres era la más viable económicamente en ese momento. Jones sabía que su presupuesto era ajustado, sin embargo, y propuso elegir a Pryns Hopkins como miembro asociado. Una vez que se hizo evidente que los nuevos programas didácticos y de tratamiento no podían sobrevivir sin ayuda financiera, Hopkins se destacó como patrón para ayudarlos, muy generosamente. «No olvido jamás —le escribió Donald Winnicott a John Bowlby— que solo gracias a Pryns Hopkins tenemos una clínica».¹⁴ Fundador de

dos escuelas progresistas para niños y una revista de izquierda, Hopkins había escrito un panfleto titulado «¿La opinión es un crimen?» al final de la Primera Guerra Mundial. Su asociación con los anarquistas de Nueva York lo llevó a fundar la Liga por la Amnistía de los Prisioneros Políticos junto con Margaret Sanger y Lincoln Steffens a principios de la década de 1920. En enero de 1936 Pryn's Hopkins se convirtió en Donante Honorario de la clínica, más o menos en la tradición de Von Freund, Max Eitingon y Marie Bonaparte, aunque él no tenía intención de «emprender un tratamiento terapéutico» como ellos hicieron.¹⁵ En lugar de invertir directamente en el mantenimiento del edificio, Hopkins decidió reforzar un programa de asistencia con subvenciones a los pacientes clínicos. Se preocupaba de las «circunstancias externas de los pacientes en tratamiento», sabiendo muy bien que la psicoterapia es un gesto vacío cuando el paciente es tan pobre que no tiene para comer. Mientras tanto, Jones quería crear un departamento de niños especialmente para Melanie Klein, cuya terapia de juegos requería un espacio amplio y mobiliario especial. Pero la distanciada hija de Klein, la doctora Melita Schmideberg (miembro también de la sociedad británica), aprovechó la oportunidad para criticar a Jones y sacó a relucir algunas de las cuestiones más polémicas que planteaba la expansión de la clínica. En una reunión de la junta, Schmideberg preguntó si la sociedad estaba preparada para manejar un número creciente de casos, retractarse de su demanda de análisis completos, y dejar sin resolver la cuestión del diagnóstico, todos ellos temas debidos al aumento de la capacidad de la clínica. La disputa solo obedecía a las ganas de discutir y de incordiar, ya que, como dijo Jones, el personal de la clínica estaba abordando el tratamiento de afecciones agudas en ese momento y pronto desarrollarían criterios más formales. Debido a la expansión, la clínica había adquirido casi el edificio entero en el número 36 de Gloucester Place¹⁶ durante los últimos cuatro años, incluyendo las dos plantas superiores previamente alquiladas como ingreso.¹⁷ El número del personal y de estudiantes y pacientes también se había incrementado considerablemente. Hopkins estaba convencido del mérito de la clínica y apoyó estos y otros fondos psicoanalíticos a ambos lados del Atlántico de forma intermitente hasta 1956.

Mientras que la clínica londinense parecía llena de conflictos pero en realidad era floreciente, la clínica de Berlín era una amarga antítesis de su ser original, y el espíritu del Ambulatorium de Viena de 1936 es difícil de describir. Fenichel pensaba que los analistas vieneses simplemente estaban ciegos ante el creciente antisemitismo de la ciudad y le

resultaba exasperante. «Aunque hace ahora tres años desde que se quemaron en Berlín los libros de Freud —escribió en la sección de noticias de las *Rundbriefe*—, la Prensa Psicoanalítica Internacional dejó el grueso de su *stock* de libros en Leipzig.¹⁸ Ahora bajo la orden del régimen se han apoderado del *stock* y han ordenado destruirlo. La Prensa [...] planea presentar una queja ¡en los juzgados alemanes!». ¹⁹ Menos escépticos (o más díscolos), los analistas vieneses eligieron permanecer al lado de Freud a pesar de las noticias alarmantes de la expulsión de los judíos y el reciente arresto de Edith Jacobson. Sentían que cualquier otra cosa significaría abandonar la fe en el psicoanálisis mismo. Unos meses después de su decisión de quedarse en Viena, los analistas podían sentirse justificados porque el Departamento de Salud de la ciudad ofreció celebrar el octogésimo cumpleaños de Freud financiando un juego de nuevos y amplios despachos para el Ambulatorium y el instituto. A finales de 1935, Anna Freud le escribía a Jones: «Algunas buenas noticias. Hemos tomado finalmente el piso en el número 7 de Berggasse [...]. Ernst vendrá después del Año Nuevo a aconsejarnos sobre [...] la decoración de nuestras diversas residencias. Tendrá que ser muy simple pero estoy muy feliz por ello, y la sociedad también». ²⁰

El nuevo alojamiento de los psicoanalistas vieneses estaba ubicado a solo una manzana y a pocas puertas del hogar y la consulta de Freud en el número 19 de Berggasse. El Ambulatorium ahora podía mudarse de la estrecha sede que aún compartía con el departamento de cardiología en el hospital; el instituto tendría sus propias salas de conferencias y reuniones; y la editorial tendría mayor espacio de oficinas, recordaba Richard Sterba, e incluso «una hermosa sala de reuniones para (hasta) cincuenta personas [...] salas de tratamiento, una cocina y una biblioteca. Las cortinas rojo-granate y las sillas tapizadas son proporcionadas y confortables». ²¹ Todo se terminó a tiempo para coincidir con el ochenta cumpleaños de Freud. Una vez que Jones se dio cuenta de que Berggasse 7 realmente ocurriría, animó a todos los analistas de la IPA a apoyar una gran inauguración como la que habían hecho a principios de la década de 1920. Como presidente de la IPA y director de la clínica de Londres, Jones (que amaba los rituales y encontraba irresistible la perspectiva de una apertura) anunció que inauguraría personalmente el nuevo edificio. Mientras tanto, Freud esperaba que el mes inaugural de mayo evitaría otras molestas celebraciones del ochenta cumpleaños. «Me alegra *mucho* ²² saber que estará usted en Viena para la fiesta de inauguración de nuestro nuevo hogar», le escribió a Jones. ²³ En una nota a Ludwig Binswanger, un analista y viejo amigo que

vivía en Suiza, Freud repitió el mismo sentimiento. «La apertura de nuestro nuevo hogar para la Sociedad de Viena —decía— será el mejor sustituto para las celebraciones. Las otras celebraciones me dejan frío».²⁴ Tanto si le gustaba como si no, el cumpleaños de Freud y la fiesta de inauguración de la casa siguieron adelante como las celebraciones de apertura en 1920 del Poliklinik. Karl Landauer asistió desde Francfort y el novelista Thomas Mann leyó su artículo lírico sobre «Freud y el futuro» a una audiencia internacional en la Sociedad Académica de Psicología Médica. Jones también fue a Viena para la fiesta, pero antes de su viaje le mandó una carta inusualmente ambivalente y condescendiente a Anna Freud: «Es un signo significativo de la pobreza honorable que la Sociedad Psicoanalítica de Viena, la madre de todas las demás, ha sufrido, que hayan tenido que pasar más de treinta años para encontrar un respetable hogar propio».²⁵ Finalmente, la debilidad física de Freud le impidió asistir a la ceremonia de apertura o incluso visitar las nuevas instalaciones hasta un mes después, el 5 de junio. En el pasado el propósito de tal convocatoria había sido tanto ampliar la visibilidad pública del psicoanálisis como festejar el progreso del movimiento. La sociedad de Viena parecía haber sobrevivido, no solo sin obstáculos sino realmente revigorizada por el régimen de Dolfuss. Aunque Dolfuss fuera un patán ¿el gesto del gobierno significaba que se protegería a los Freud? Freud, que no tenía ningún deseo de abandonar Viena, esperaba mantener una aceptable buena relación con el nuevo gobierno; su ausencia en la apertura sugiere una delicada deferencia con los funcionarios oficiales.

El traslado del Ambulatorium al número 7 de Berggasse colocaría a la clínica en una sólida posición para demostrar el valor del psicoanálisis y sus beneficios para el público. Freud sabía lo que estaba en juego. Desde 1918 su esfuerzo deliberado por llevar el psicoanálisis al ámbito público había producido algunos de los servicios clínicos más convincentes del siglo XX y lo había liberado del estancado aislamiento de la práctica privada. «Con sus propios fondos —escribía en el añadido de 1935 a su breve autobiografía— las sociedades (psicoanalíticas) locales apoyan [...] a los pacientes con recursos limitados ofreciéndoles clínicas donde analistas experimentados y estudiantes los tratan gratuitamente».²⁶ Las clínicas variaban: algunas eran muy pequeñas —en Zagreb la agrupación difícilmente constituía una clínica—, y otras eran grandes instituciones, como la de Berlín. Pero como Imre Hermann señalaba desde Budapest a Anna Freud y Edward Bibring, solo cuando la IPA realizara un estudio serio (como el que Eitingon realizó sobre el Poliklinik) se obtendrían los suficientes datos empíricos para poner de

relieve el propósito socioeconómico de mayor alcance en que se basaban las clínicas. Los miembros de la Comisión de Formación estaban de acuerdo y enviaron un cuestionario de seis páginas de su puño y letra, pidiendo a todos los directores de las sociedades que se concentraran en la «Parte II sobre todo», que era la sección titulada «Bericht der Klinik Ambulatoriums» (Informe de los Ambulatorios Clínicos), al realizar sus informes. La encuesta en tres partes volvía a examinar las gráficas de Fenichel pero planteaba un grupo difuso de preguntas respecto al número de pacientes tanto hombres como mujeres registrados, sus edades (adulto o infantil), el estado de su tratamiento, y los diagnósticos en general, subdivididos en géneros. Presumiblemente todos los clínicos mantenían estos registros, y los directores de clínica con ideas afines tabulaban sus datos fácilmente. Llamativamente, no se incluía en estos formularios ninguna pregunta respecto a honorarios, ingresos o idoneidad de los pacientes. En la medida en que este mismo cuestionario llegó a Göring como jefe del Instituto de Berlín, uno se pregunta hasta qué punto los líderes veteranos de la IPA propusieron ofrecer estos datos numéricos para evitar revelar el alcance de sus compromisos. Como se había obligado a exiliarse a muchos de sus colegas, los analistas restantes querían evitar cualquier investigación externa de sus clínicas. Un resultado fue el simple artículo de fe: que el número de pacientes registrados en la clínica era el número tratado sin coste.

Las características del Ambulatorium de Viena en su último año —acceso público, privacidad personal, fiabilidad del tratamiento— no habían cambiado desde su primer año. Desde 1918 Freud se había asociado sólidamente a personas como Max Eitingon, Ernst Simmel y Sándor Ferenczi, que pusieron su fe en las clínicas. Cuando Joseph Wortis, entonces un escéptico joven analista americano, cuestionó a Freud, el anciano se atuvo a la defensa constante y estándar de las clínicas.

—Una conocida mía —dije—, una mujer rica americana, ahora está en su quinto año de análisis.

—Debe ser rica para permitírselo... Es una cuestión de ética médica —dijo Freud—. Los abusos son posibles en el análisis como en otras ramas de la medicina.

—Excepto —dije— por el arma especial de la transferencia positiva. En cualquier caso, plantea la importancia del dinero para los pacientes en análisis.

—Ahora que tenemos clínicas gratuitas e institutos de psicoanálisis, ya no se plantea esta cuestión. Ahora puede analizarse cualquiera. Tal vez haya que esperar un poco, pero cualquiera puede disfrutar del privilegio. Además, cada analista se hace cargo de tratar a dos pacientes gratuitamente. Considerando que un analista en activo puede tratar como mucho a siete u ocho pacientes a un tiempo, es evidente que tratar a dos pacientes gratuitamente supone un considerable sacrificio.

Hablé del lugar del psicoanálisis en la medicina socializada, pero a Freud no le gustó la noción.

Ello no se ajustaba a la supervisión del Estado y no encajaba en los esquemas del seguro social de aquí. El sistema presente le parece mejor, y cree que no hay motivo para preocuparse.²⁷

Excepto por el último párrafo prudente en relación con la práctica socializada (ahora extinta junto con la Viena Roja), esto era, al pie de la letra, el discurso de Budapest de 1918. Pocos predijeron entonces con exactitud la impresión que causaría el discurso de Freud o cómo se desarrollaría su proyecto. Edith Jackson, presumiblemente la «mujer americana rica» que Wortis mencionó a Freud, era una candidata en el instituto de Viena que entendía implícitamente que el mensaje del discurso de Budapest había seguido siendo válido durante casi dos décadas. Durante años había visitado Schloss Tegel, financiando el Verlag, y, en Viena y más tarde en Londres, fundó una guardería experimental. Al igual que Freud, estaba orgullosa de la amplia red de servicios de Viena y de la presencia formal del psicoanálisis entre ellos. Muchos años más tarde recordaba que «las madres y los bebés tenían más intimidad estando juntos en aquellas guarderías (en Austria), donde se les prestaba atención, de la que tenían en nuestro país».²⁸ Ella lo había visto de primera mano en el Ambulatorium y también en la guardería experimental de Anna Freud y Dorothy Burlingham para los «más pobres de los pobres», un trabajo que emprenderían más tarde en las Guarderías de Guerra de Hampstead en Londres.²⁹ Edith financió la pequeña escuela en Rudolfplatz. Pagaba el alquiler, compraba alimentos y mobiliario, y suscribió muchos de los primeros proyectos de investigación infantil de Anna y Dorothy.

En un contexto posterior Erik Erikson, contemporáneo de Edith Jackson en Viena en la década de 1920 y luego en la de 1950 en Nueva Inglaterra, elogiaba su «Unidad de alojamiento conjunto» en el Hospital YaleNew Haven. También reconocía que ella era muy diferente. Decía que Jackson «podía cumplir con una de las más grandes esperanzas de Sigmund Freud, recopilar lo que sabemos de los avances en psicopatología para la psicología normal; tomar lo que hemos aprendido de las vidas de los enfermos y aplicarlo al comienzo mismo de lo que esperamos que serán vidas saludables».³⁰ Erikson había sido uno de los primeros analistas en abandonar Viena en 1933 y había emigrado con su familia a Boston después de algunos meses de dificultades en Copenhague. Como Edith Jackson, Erikson no tuvo la confianza de los médicos americanos, que pudieron haber socavado su carrera pero realmente nunca lo hicieron. Cuando se volvió a

encontrar con Edith, le impresionó que ella hubiera trasladado su experiencia de Viena a la práctica cotidiana. El equipo de su hospital se reunía desde las cinco a las seis y media cada tarde para revisar y criticar las actividades del día, exactamente como el seminario de Anna Freud, y, notablemente, a la misma hora que el análisis diario de Jackson con Freud varias décadas antes. Nada como el concepto de alojamiento conjunto se había discutido durante su estancia en Viena, ya sea entre los analistas o dentro del grupo de alumnos.

De forma similar, Karen Horney y Teresa Benedek buscaban aplicar a su trabajo americano los aspectos de su experiencia en la clínica gratuita, pero les fue difícil. Horney había regresado a Berlín por poco tiempo para dar una conferencia en el nuevo Instituto Alemán. Pero nunca se puso del lado de Felix Boehm, quien había firmado la invitación a la conferencia con «*Heil Hitler!*», y regresó rápidamente a su situación de exiliada.³¹ De vuelta en Estados Unidos, Horney se trasladó pronto de Chicago a Nueva York, y Benedek ocupó su lugar como analista didacta y en el equipo. Obviamente no podía quedarse en Alemania, así que Teresa Benedek había pensado en trasladarse a Sudáfrica, luego a China, pero se instaló en Chicago para sustituir a Horney y trabajar con Franz Alexander, el viejo amigo de ambas en el Poliklinik.³² Benedek enseguida reconoció los aspectos de la clínica del instituto de Chicago que Alexander había traído de Berlín. «Los pacientes, debido a reveses económicos, no pueden continuar manteniendo los honorarios que comenzaron pagando en el origen», le escribía Bill Harrison al representante de la Fundación Rockefeller, para responder a algunas preguntas respecto a las interrupciones en los ingresos estimados. Tal como lo hacían en Berlín, «los médicos, así como el instituto, tienen una obligación moral de completar el tratamiento».³³

1937

«FUE UNA ÉPOCA TRAUMÁTICA Y DESPUÉS HABLAMOS POCO DE
ELLA»

Un nuevo centro de día o guardería fue la respuesta de Edith Jackson a varios problemas. Primero, Jackson sabía que Anna Freud ansiaba un verdadero entorno de investigación donde probar sus teorías sobre el desarrollo en la primera infancia, y un marco clínico en el que pudieran realizarse observaciones a largo plazo de la conducta al año o los dos años de edad sería lo más idóneo para ello. Conforme los nazis se acercaban de manera cada vez más opresiva a los Freud y el padre aún rehusaba abandonar la patria, la necesidad de Anna de un trabajo nuevo era acuciante. Además, Jackson estaba inmensamente agradecida a Freud por su propio análisis y quería retribuirle con un gesto que fuera más allá de los honorarios corrientes. A partir de las reuniones en el *Kinderseminar* a las que había asistido en el Ambulatorium, supo que Freud aún apoyaba la idea de las clínicas gratuitas. Aun con las instalaciones ampliadas en el número 7 de Berggasse, la clínica de los analistas llegó a estar abarrotada. Y, por último, puesto que los socialdemócratas ya no gobernaban y se había eliminado la infraestructura de bienestar de la Viena Roja, se habían retirado los pocos recursos que aún se concedían a las personas pobres. Así que, parafraseando a Alfred Adler en 1919, ¿por qué no poner en marcha una nueva clínica?

Edith Jackson decidió que pronto se abriría su centro de día sin coste (*Krippe*) para niños muy pequeños de las familias más pobres de Viena. Anna Freud y Dorothy Burlingham buscaron un espacio de trabajo idóneo para una guardería o parvulario. Localizaron un parvulario Montessori en el primer distrito de Viena, que en ese momento preciso necesitaba dinero y buscaba alquilar algunas de sus salas. La pequeña escuela, la mitad de la cual ahora se dedicó a los analistas, se alzaba en un lado de la Rudolfsplatz, agradable y soleado. Anna se apresuró a diseñar los protocolos de investigación y redecorar al mismo tiempo, e infundió su carácter de paisana austríaca a todo, desde las sillas pintadas de tamaño infantil a los pequeños manteles. Edith Jackson estuvo de acuerdo en pagar el alquiler y reformar el mobiliario, así como en cubrir los gastos de las

licencias del gobierno, el mantenimiento, el mobiliario y los juguetes. La actividad frenética, nacida tanto del deseo de ayudar a otros como de negar el impacto del fascismo, permitió que las puertas de la renovada «Jackson *Krippe*» abrieran algunas semanas más tarde. Así como la Escuela Heitzing, Rudolfsplatz era un programa completo, íntimo, que integraba la educación con la atención pediátrica y psiquiátrica. Y como durante los primeros días del Poliklinik, al menos veinte madres jóvenes que vivían en el segundo distrito, en familias que Dorothy describía como «desprovistas incluso del subsidio», llevaron a sus niños al nuevo centro de día.

En el *Krippe* se alimentaba, se bañaba, se cambiaba la ropa y se entretenía a los bebés. Se les hacían exámenes médicos y dentales gratuitos y en general eran bien atendidos durante los días laborables de los padres.¹ La mayoría de los niños tenían entre uno y seis años, y el abanico de empleos de los padres, desde lavanderas a mendigos, era muy diverso y mal pagado. Edith Jackson le pidió a Josephine Stross que trabajara allí. Era una encantadora pediatra con formación analítica, y la ayudaban Julia Deming (otra americana) y unas pocas voluntarias locales que supervisaban las comidas, las siestas y las horas de juego. Los analistas de niños observaban y trataban allí mismo la mayoría de los trastornos de salud mental que veían en los niños en edad escolar. Mientras tanto, Anna y Dorothy montaron la pieza central del programa, una triple investigación para recoger datos sobre los hábitos de adiestramiento en la alimentación, en el sueño y en la higiene de los infantes. En los años transcurridos desde que la Escuela Heitzing había cerrado, se había incrementado la evidencia de la vulnerabilidad de los niños frente al peligro o el abandono durante los años formativos. Al mismo tiempo, Anna y Dorothy estaban cada vez más persuadidas de su misión personal: aliviar el sufrimiento en la infancia mediante el psicoanálisis. El análisis de niños, sin embargo, requería conocer en profundidad el crecimiento y desarrollo humanos. Anna y Dorothy podían ver de primera mano cómo el equipo de Stross estaba tratando de guiar a los niños, y dispusieron de una cronología para sus propios experimentos tan pronto como Edith Jackson acordó financiar su investigación. Primero exploraron su concepto de una autorregulación innata de los niños observando cómo se alimentaban los bebés de uno a dos años por sí mismos. Montaron «bufets de bebés» en mesas de tamaño infantil y observaban a los niños gateando alrededor y seleccionando comida sin la interferencia adulta. ¡Cómo comían los niños! Muchos años después la psicoanalista vienesa Eva Laible se reía a gusto del bufet y las historias de Josephine Stross. «Aquellos niños no habían visto nunca

muchos de los alimentos del bufet. Primero comieron de todo durante tres días. Luego volvieron al pan y la mantequilla».² Al principio, por supuesto, todos los bebés se atiborraron de chocolate, pero comenzaron a alimentarse con una dieta equilibrada sorprendentemente rápido. Si los niños y sus familias no se hubieran beneficiado realmente de este estudio —cosa que sí hicieron—, se podría inferir la condescendencia caritativa. Al contrario, el proyecto fue un éxito en varios sentidos. En 1937 el sistema de bienestar municipal había desaparecido prácticamente, pero el *Krippe* consiguió prolongar el modelo derrotado de asistencia directa en la Viena Roja un año más y, con la ayuda de Edith Jackson y Betty Grünspan, compensó la restringida capacidad del Ambulatorium para tratar a niños.³ En 1938, una vez que Anna y Dorothy se trasladaron a Londres bajo presión, el plan básico del *Krippe* les facilitó un anteproyecto eficaz para desarrollar las celebradas Guarderías de Guerra de Hampstead. Aunque las meticulosas notas clínicas desaparecieron con el Anschluss, el proyecto de Rudolfsplatz prometía una fórmula humana para analizar el desarrollo infantil. Observando cómo los pequeños de familias muy pobres determinan sus necesidades personales de sueño y alimentos independientemente, los analistas comenzaron a formular los conceptos de «tiempo del niño» y resiliencia que priman en los servicios de bienestar infantil en la actualidad. El *Krippe* se mantuvo abierto hasta los últimos días de Anna Freud en Viena y fue reconstruido en poco tiempo en Londres de forma completa con el mobiliario infantil original.⁴

Mientras tanto, en Alemania el director de la Sociedad Médica Alemana de Psicoterapia había iniciado conversaciones con Carl Jung como parte de un ambicioso plan para desarrollar una forma de psicoterapia mezclada con una creencia mística en el poder creativo de la nación fascista. Jung despreció no solo a Freud mismo, sino todo lo que su trabajo representaba. Desde el inicio, Jung había asesorado al Instituto Göring en Berlín para ofrecer dos líneas de psicoterapia simultáneamente. Una era una versión del psicoanálisis clásico arianizada, o no judía, con un elemento añadido de espiritualidad. La otra favorecía la psiquiatría médica tradicional con un programa biológico cada vez más despiadado de esterilización y eutanasia para un grupo definido de forma general como «enfermo incurable». El Departamento de Interior del Reich había autorizado a Göring para organizar el instituto como un campo de práctica para psicoterapeutas jungianos, adlerianos e independientes, siempre y cuando se cerrara el instituto psicoanalítico «judío». Al examinar la demografía de pacientes durante el periodo en que Göring

administraba la clínica, no existen pistas claras. En 1937 Boehm y Göring evaluaron a 259 pacientes para tratamiento, rechazaron a 220 por no ser adecuados, derivaron a 43 a profesionales privados y continuaron con 58 en la clínica.⁵ El Instituto Göring y sus filiales contrataron a 128 miembros, entre ellos 60 médicos (10 de ellos eran mujeres), más 25 miembros con licenciatura universitaria y 43 (39 mujeres entre ellos) sin licenciatura.⁶ El instituto generalmente iba corto de fondos y se sostenía gracias a que sus profesores y administrativos trabajaban sin cobrar. Las instalaciones de Wichmanstrasse eran tan caras de mantener que incluso los jungianos de Berlín, según Göring escribió a Carl, eran reacios a incorporarse.⁷ No obstante, el instituto dotó de personal a filiales subsidiarias en Dusseldorf, Múnich, Stuttgart y Wuppertal. La filial de Múnich (cerca de Dachau) era particularmente activa. Su director Leonhard Seif, que había fundado el primer grupo de psicología individual local fuera de Viena en 1920 y presentado el Primer Congreso Internacional de Psicología Individual en 1922, acuñó el término *psychagogy* para describir su trabajo de prevención de la neurosis infantil familiar. Sus esfuerzos requerían aparentemente colaboración con la Juventud Hitleriana y la Liga de Jóvenes Alemanas. El trabajo de Seif en Múnich dejaba clara la disonancia entre las ideas de comunidad de Adler y Freud. En la visión de Freud, los seres humanos están incrustados en la comunidad pero no pierden su yo individual y, de hecho, ambos principios, el social y el individual, se mantienen en pugna en el inconsciente. En la visión de Adler la relación entre persona y comunidad era primordial, pero la comunidad era más decisiva. Aparte de Freud y Adler, la idea de la preeminencia de la «comunidad» puede confundirse con el totalitarismo, pero no es una consecuencia necesaria de la misma, que cambia en función de la interpretación ideológica. La Viena Roja, por ejemplo, intentó proveer a sus ciudadanos con servicios «de la cuna a la tumba», incluyendo la salud mental, de acuerdo con una determinada idea de comunidad que no obstante fomentaba asimismo la autonomía individual. Al contrario, la parcialidad del Tercer Reich en el «cuidado y control» total (que incluía a la psicoterapia profesional en el Instituto Göring) del *Volk* alemán era fascista porque deliberadamente eliminaba la voluntad individual. El éxito de los expertos en salud mental asociados con el Instituto Göring no solo atestiguaba la complicidad con el racismo de Estado de un gran número de profesionales alemanes de la salud mental. Asimismo, este racismo unificaba a los psicoterapeutas en sus propias aspiraciones de profesionalizar su disciplina bajo el gobierno nazi.⁸ «Fue una época traumática —recordaba Martin Grotjahn—, y después hablamos poco de ella».⁹

1938

«EL DESTINO DEL PSICOANÁLISIS DEPENDE
DEL DESTINO DEL MUNDO»

El final de las clínicas psicoanalíticas llegó el 12 de marzo de 1938, mientras miles de tropas de la Wehrmacht alemana, armadas con bayonetas, marcharon con la bandera de conquista nazi sobre Viena. «La ciudad entera —escribía Sterba— cambió durante la noche».¹ Schuschnigg había capitulado ante Hitler, así que, creía el Instituto Göring, Freud debía entregar el Ambulatorium a los analistas nazis. Matthias Göring urgió a MüllerBrunschweig a aprovechar el momento: «Será mejor que un terapeuta ajeno a las diversas tendencias analíticas asuma la dirección provisional de la clínica (de Viena) —escribió a su colega el 20 de marzo—. Además, no me gustaría tener una camarilla de un solo bando en Viena. Mis mejores deseos y ¡Heil Hitler!».² Con la aquiescencia de Hitler, Göring nombró al doctor Anton Sauerwald, un químico nazi, administrador interino de la clínica, de la editorial y de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Sauerwald y Müller-Braunschweig se reunieron con los líderes de la sociedad de Viena el mismo día. Jones asistió a la reunión como presidente de la IPA, junto con Anna Freud, Martin Freud, Paul Federn, Eduard Hitschmann, Willi Hoffer, Ernst Kris, Robert Waelder y Herta Steiner. El debate sobre el destino de la sociedad fue forzosamente corto y concluyó con la previsible decisión de delegar el fideicomiso del grupo de Viena al DPG de Göring. El instituto de Viena se convertiría en un componente del DPG y, por supuesto, todos los miembros «no arios» serían expulsados de inmediato. Los pocos analistas restantes renunciaron antes de ser excluidos, y los únicos dos analistas que quedaron de los 102 originales eran Wilhelm Sölms y August Aichhorn. Mientras tanto, el equipo de Sauerwald ya había barrido el número 7 de Berggasse, destruido los registros clínicos del Ambulatorium, saqueado todos los libros y guarnecido el número 19 de Berggasse con una esvástica. «El Ambulatorium, la Bibliothek [...] la editorial y todo lo demás ha sido confiscado», le escribió Jones a Edith Jackson a finales de marzo.³ Los nazis se mudaron a Viena velozmente. Toda la resistencia que los socialdemócratas derrotados habían planeado fracasó pronto, y la Wehrmacht arrasó gran parte de la

ciudad no solo sin impedimento alguno, sino con un amplio entusiasmo por parte de los ciudadanos antisemitas, que estaban exultantes. Un plebiscito a primeros de abril ratificó sus deseos.

Como MüllerBraunschweig creía que la reciente anexión de Austria lo autorizaría a supervisar toda la actividad psicoanalítica de Freud, un puesto incluso más prestigioso que el de Göring en Berlín, no perdió el tiempo en empezar a arianizar el Ambulatorium. «Como fideicomisario de la Asociación y la Clínica Psicoanalítica de Viena —le escribió al nuevo líder del distrito, Josef Bürckel, representante de Hitler para el plebiscito en Austria—, me urge la autorización, a la mayor brevedad, para realizar las reformas. La demora dañaría no solo a los pacientes del Policlínico, sino también la financiación de las instituciones que se basan esencialmente en los honorarios de los pacientes del Policlínico y en los ingresos de las conferencias y la formación. *Heil Hitler*».⁴ Como cabeza activa del Partido Nazi en Viena (y futuro jefe de gabinete de Heinrich Himmler), a Bürckel se le había asignado la tarea de integrar a Austria política, económica y culturalmente en el Reich alemán. Alto y rubio, con la piel suave y mirada serena, ligeramente triste, Bürckel era, en los estándares nazis, el hombre ario de pura raza. Josef Bürckel entendió que la «reforma» nazi significaba expulsar a todos los judíos y sustituir el psicoanálisis freudiano por una psicoterapia con conciencia cívica, alternativa. Por desgracia para él y para MüllerBraunschweig, la mayoría de los analistas judíos ya se habían marchado y los pocos gentiles que quedaban, como Richard Sterba, también estaban a punto de hacerlo. El esfuerzo nazi por arianizar el Ambulatorium pareció muy pobre porque, a diferencia de Berlín, los psicoanalistas ya habían decidido echar el cierre y trasladarse a donde Freud se desplazara. Con respecto a la editorial, MüllerBraunschweig se imaginaba editando una nueva revista «sobre una base puramente aria, y en el espíritu de las principales líneas políticas y culturales [...] una revista alemana de psicoanálisis, firmemente fundada en la tierra del Tercer Reich».⁵ Este proyecto también fracasó. En el plazo de un mes MüllerBraunschweig admitió la derrota y pasó su breve fideicomiso de la sociedad de Viena a la dirección médica general (Landesärztführer) para Alemania-Austria. Sin embargo, antes de abandonar su puesto pidió al nuevo gobierno el reembolso de sus gastos «después de la renuncia de los activos líquidos, por ahora bloqueados, de las anteriores Asociación Psicoanalítica de Viena y la Clínica Psicoanalítica de Viena. *Heil Hitler*».⁶

Durante las semanas que precedieron a la partida definitiva de los Freud a Inglaterra,

en junio de 1938, Muriel Gardiner y Edith Jackson aún estaban comprometidas con el proyecto psicoanalítico de crear un mundo mejor, tal vez como solo podían hacerlo las mujeres americanas. Utilizando el nombre en código «Mary», Muriel Gardiner fundó grupos de resistencia y ayuda para fabricar y distribuir pasaportes para los colegas que escapaban. Mientras tanto, Edith Jackson, de acuerdo con la psicoanalista Edith Buxbaum, «llevaba a las personas que estaban en peligro a Checoslovaquia derrumbando las barreras de la frontera con su coche».⁷ Jackson pasó la mejor parte de su último año en Viena ayudando a sus amigos socialdemócratas a huir de los nazis utilizando su coche y su dinero. El *Krippe* experimental en Rudolfsplatz que ella había financiado se «mantuvo hasta el 1 de abril»,⁸ según Dorothy Burlingham. Jones «lo cerró estampándole el sello de la Embajada Americana».⁹ Evidentemente, el proyecto mismo se mantuvo después de que ella abandonara Viena, y la comunidad psicoanalítica en general quería que perdurara. «Cuando me he enterado de que los Freud aún están en Viena —decía Dorothy con una mezcla de desesperación y simulación—, me he puesto enferma y me parece prematuro hacer planes».¹⁰ Por el contrario, las cartas más objetivas de Jones la urgían a comenzar de inmediato a prepararse para la vida de los Freud en Londres. Encargó a Edith (que ahora estaba de regreso en Boston) que se atuviera a los planes de Anna para instalarse en secreto en Inglaterra y, al mismo tiempo, la presionaba para transferir dinero y continuar apoyando la causa. «Naturalmente (Anna) desea retomar parte de sus anteriores actividades —le escribía desde Londres, casualmente el mismo día en que Müller-Braunschweig solicitó la arianización del Ambulatorium—. Lo que sin duda más ilusión le hace es el Jardín de Infancia que con tanta previsión usted se ofreció a financiar».¹¹ Edith le recordó su donación de cinco mil dólares para el *Krippe* en 1936 y 1937 pero, ante la insistencia de Jones, decidió destinar aproximadamente la misma cantidad otra vez ese año. Planeó entonces que Anna y Dorothy pusieran en marcha un centro de investigación sobre la primera infancia y decidió apoyarlo, «siempre que los planes y las intenciones originales puedan ser llevados a cabo en la dirección actual».¹² Seis semanas más tarde Anna Freud aún estaba en Viena. El tono defensivo de su carta del 18 de mayo, manuscrita unos días antes de ser detenida por la Gestapo, resultaba casi cómico: «Su regalo de la guardería —le escribió a Edith— hizo que el último año en Viena haya sido el mejor de los que nunca he pasado aquí».¹³

El énfasis de Muriel Gardiner en el trabajo clandestino, diferente del más visible de los proyectos de Jackson como el *Krippe*, no era una sorpresa. Desde 1934 Gardiner se

había sumergido en la resistencia antinazi de los socialistas y, utilizando el nombre en código de «Mary», había realizado acciones secretas contra el régimen de Dolfuss. En 1938 había establecido una conexión fructífera con el mayor socialdemócrata de Viena en la década de 1920, Otto Bauer, ahora exiliado en Brno, y con Viktor Adler en París. Después del 11 de marzo, y durante los diez meses siguientes, el aumento de los encargos urgentes de Muriel la llevaron a la misma Herzstation donde, casualmente, tantos analistas activistas habían llevado a cabo las obligaciones sociales del psicoanálisis. Ahora que los analistas se habían trasladado a Berggasse, los médicos de la Herzstation habían reanudado sus rondas diarias de rayos X, exámenes médicos y atención a urgencias. Las filas de pacientes en espera eran largas, y Muriel descubrió que podía mezclarse entre ellos con bastante facilidad leyendo un libro y mirando a su alrededor. En realidad estaba localizando a sus contactos. El paso siguiente —la tarea de determinar quién conseguiría los pasaportes y cómo transportarlos— correspondía a sus amigos clandestinos. Gardiner decía que se sintió «conmovida de repente, como ante una gran obra de arte» un día lluvioso y llevó doce nuevos pasaportes checos «legales» en mano a la Herzstation (la misma Herzstation que había alojado al Ambulatorium). Ella «podía entregar los pasaportes de forma segura directamente o mediante intermediarios» a los psicoanalistas en peligro y colegas socialistas como el líder austro-marxista de la Viena Roja, Otto Bauer, y su familia.¹⁴ Muriel iba a proteger a Bauer otra vez después de que él escapara a Estados Unidos. Luego de que Muriel se casara con Joseph Buttinger, el anterior jefe del Partido Socialdemócrata Austríaco, Bauer vivió con ellos como bibliotecario en la residencia.

Por primera vez desde 1902, cuando Freud había convocado a algunos amigos para los encuentros de los miércoles por la noche, toda la actividad psicoanalítica progresista de Viena había desaparecido. Desde Praga a Berlín y más allá, los psicoanalistas cada vez más aprensivos se preparaban para abandonar Europa. En ese momento, incluso Fenichel abandonaba su crítica de los puntos más sutiles del psicoanálisis. Frente al barbarismo y la «estupidez cruda», urgía a los psicoanalistas a no aislarse sino a continuar luchando por la causa, incluso en los nuevos países extranjeros. «Mientras siga existiendo la verdad —escribía en las *Rundbriefe*—, la preservaremos, aunque tenga que volar lejos [...] El destino del psicoanálisis depende del destino del mundo».¹⁵

Mientras tanto, en Berlín, Matthias Göring estaba celebrando el segundo aniversario del Instituto Alemán de Investigación Psicológica y Psicoterapia en Wichmanstrasse. Del

mismo modo que los freudianos de 1922 impresionaron a sus colegas en el Séptimo Congreso Internacional de Psicoanálisis en Berlín, Göring y Boehm usaron el antiguo Poliklinik como escaparate para sus amigos nazis invitados a la conferencia en 1938 del Allgemeine Ärztliche Gesellschaft für Psychotherapie. La muestra de pleitesía a Hitler fue increíble. Los miembros del grupo de Göring, a pesar de que estaban orgullosos de sus aportaciones al tratamiento y la formación, veían a Hitler como un juez omnipotente a quien debían no solo la existencia del instituto, sino también su significado.¹⁶ Enviaron telegramas al *Reichsärzteführer* y al ministro del Interior declarando «nuestro absoluto compromiso con la causa del Nacionalsocialismo». Según ellos, su obra se apoyaba «sobre los cimientos que nuestro Estado nacionalsocialista, nuestro Führer, han puesto. A él debemos agradecerle que la ciencia y nuestro trabajo se desarrollen con normalidad». Boehm envió otro telegrama directamente a Hitler:

Le ofrezco, mi Führer, un voto de eterna lealtad. [Nuestra] Suprema tarea en el Instituto es trabajar por la salud mental y física de nuestro pueblo en el espíritu del nacionalsocialismo.¹⁷

A lo que Hitler respondió:

Agradezco a la Sociedad Médica Alemana para la Psicoterapia su voto de eterna lealtad, y el anuncio del establecimiento de un Instituto Alemán para la Investigación Psicológica y la Psicoterapia. Le deseo gran éxito en su trabajo.¹⁸

Ahora que el nuevo régimen se había apropiado de la biblioteca psicoanalítica del Poliklinik (junto con las estanterías de Ernst Freud y otros de sus muebles), podían rellenar los estantes con ejemplares más de su gusto. Las publicaciones de Freud se escondieron en un «armario de veneno» y se reemplazaron por autores escogidos, entre ellos, «para nuestra alegría también C. G. Jung», tal como exclamó Göring.¹⁹ Los libros iban desde el simbolismo de los sueños y la herencia racial, hasta la anormalidad y la psicología infantil. Göring tenía un interés personal en presentar su instituto tanto como un centro de salud mental para niños y familias como para adultos. Para sumarse a la tarea nacional de asegurar la pureza genética de las futuras generaciones arias, el instituto hizo uso de sus activos más valiosos: acceso frecuente a altos cargos del gobierno, una ideología de la práctica jungiana autorizada y un grupo de psicoterapeutas que creían en la cura de las enfermedades psicológicas mediante la procreación humana. La

terminología psicoanalítica fue reemplazada por palabras desexualizadas y prefreudianas: *Edipo* se cambió por *familia*, y el término *psicoanálisis* en sí mismo pasó a ser *psicología del desarrollo*.²⁰ Con el aumento de las Leyes Raciales de Núremberg, los pacientes que eran identificados como homosexuales, no arios o con diagnósticos de impotencia eran sometidos a un escrutinio particular. Al mismo tiempo, a las mujeres racialmente aptas (a las cuales se les prohibía abortar) se les proporcionaba apoyo psicológico para lidiar con los niños y a los fértiles hombres arios se les compensaba y se les ofrecía tratamiento para las enfermedades psicógenas. Göring insistió en que la nueva psicoterapia podía transformar Alemania en una rica nación de felices y exitosos trabajadores gracias a la eliminación de los discapacitados mentales y la adaptación de personas con problemas y «malos hábitos». El *Neue Deutsche Seelenheilkunde* reemplazaría el tratamiento introspectivo por una psicología de resistencia pragmática y ejercicio cívico. En general, los nazis usaron el Poliklinik para liberar Alemania de influencias sociales que ellos consideraban degeneradas, modernas, judías, democráticas y comunistas.

Mientras los Freud se instalaban en Londres en el verano de 1938, a salvo de sus enemigos en Alemania y Austria, su viejo amigo activista Ernst Simmel se había instalado en Los Ángeles. Hizo posible también que Fenichel se mudara para unirse a él, y juntos decidieron construir un sanatorio psicoanalítico como el Schloss Tegel y bautizarlo con el nombre del mentor de Simmel. «Su sanatorio no está acabado aún —le escribía Freud a Simmel el 9 de enero de 1939, junto con las felicitaciones de Año Nuevo—. Si en el momento de su apertura no vivo aún puede usted hacer lo que le plazca. Si en contra de lo previsto estoy aún aquí, un cable suyo hará posible una rápida decisión».²¹

Freud siempre creyó que el psicoanálisis fomentaría las capacidades de raciocinio en los individuos oprimidos y que la visión personal (combinada con el pensamiento crítico) naturalmente llevaba a la independencia psicológica. En *El malestar en la cultura*, posiblemente su discurso más público sobre pensamiento político, Freud subraya la manera en que la búsqueda humana de la satisfacción instintiva es constantemente frustrada por las limitaciones externas de la cultura (que no obstante son necesarias). Esta obra, escrita pocos años antes del ascenso de Hitler al poder, lejos de demostrar que la visión de Freud de la naturaleza humana era negativa o pesimista, afirma precisamente que la supervivencia humana no yace únicamente en la fuerza individual o el libre albedrío. «La sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso

cultural decisivo».²² Al sugerir que la vida social debería estar regulada solo si beneficia a lo *colectivo*, Freud expone que el «siguiente requisito cultural es la justicia, o sea, la garantía de que el orden jurídico ya establecido no se quebrantará para favorecer a un individuo». Todo ello venía precedido de una concepción de la naturaleza humana según la cual «la convivencia humana solo se vuelve posible cuando se aglutina una mayoría más fuerte que los individuos aislados, y que permanece cohesionada frente a cualquier individuo aislado». El ego autónomo existe, pero es mutable y está determinado a acercarse a los otros para sobrevivir. En sus especulaciones sobre la relación entre los individuos y la cultura, Freud afirmaba la interdependencia, la adhesión y la colectividad como el vehículo apropiado —y el más efectivo— para la emancipación humana. Tal como dijo en 1918: «El hombre pobre debería tener derecho a la asistencia mental igual que tiene derecho a la cirugía que salva vidas. [...] la salud pública [...] no puede dejarse en las manos impotentes de los miembros individuales de la comunidad». Hasta 1938, al menos, la comunidad se había preocupado.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAHAM, HILDA C. y ERNST L. FREUD, *A Psycho-Analytic Dialogue, The Letters of Sigmund Freud y Karl Abraham*, 1907-1926, Nueva York, Basic, 1965.
- ALEXANDER, FRANZ, SAMUEL EISENSTEIN y MARTIN GROTHJAHN (eds.), *Psychoanalytic Pioneers*, Nueva York, Basic, 1966.
- ARON, LEWIS y ADRIENNE HARRIS (eds.), *The Legacy of Sándor Ferenczi*, Hillsdale, NJ, Analytic, 1993.
- BAYER, HERBERT, WALTER GROPIUS e ISA GROPIUS, *Bauhaus*, 1919-1928, Nueva York, Museum Of Modern Art, 1990 [1938].
- BENEDEK, THOMAS G., «A Psychoanalytic Career Begins: Therese F. Benedek, M. D.: A Documentary Biography», 3-15, *Annual of Psychoanalysis*, vol. 7, Nueva York, International Universities Press, 1979.
- BENTON, CHARLOTTE, *A Different World: Emigre Architects in Britain, 1928-1958*, Londres, RIBA Heinz Gallery, 1995.
- BERGMANN, MARTIN, «Reflections on the History of Psychoanalysis», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 41/4, 1993, págs. 929-955.
- BERNER, PETER y otros, *Zur Geschichte der Psychiatrie in Wien: Eine Bilddokumentation*, Viena, Christian Bristätter, 1995.
- BETTELHEIM, BRUNO, *Freud's Vienna i Other Essays*, Nueva York, Knopf, 1990.
- , «Last Thoughts on Therapy: An Interview with David James Fisher», *Society* 28/3, 1991, págs. 62-69.
- BION, W. R., *The British Psycho-Analytical Society Fiftieth Anniversary*, Londres, impresión privada, 1963.
- BIRNBAUM, FERDINAND, «The Individual Psychological Experimental School in Vienna», *International Journal of Individual Psychology*, n.º 2, 1935, págs. 118-124.
- BLAU, EVE, *The Architecture of Red Vienna*, Cambridge, MIT Press, 1998.
- BOEHLICH, WALTER (ed.), *The Complete Letters of Sigmund Freud to Eduard Silberstein 1871-1881*, trad. Arnold J. Pomerans, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1990.
- BOYER, JOHN W., *Culture and Political Crisis in Vienna, Christian Socialism in Power, 1897-1918*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- BRABANT, EVA, ERNST FALZEDER y PATRIZIA GIAMPIERI-DEUTSCH (eds.), *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi: Volume I, 1908-1914*, trad. Peter T. Hoffer, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1994.
- BRABANT-GERÖ, EVA, *Ferenczi et l'école hongroise de psychanalyse*, París, Harmattan, 1977.
- BRECHT, KAREN, VOLKER FRIEDRICH, LUDGER M. HERMANN, ISIDOR J. KAMINER y DIERK H. JUELICH (eds.), *Here Life Goes On in a Most Peculiar Way: Psychoanalysis Before and After 1933*, ed. Hella Ehlers, trad. Christine Trollope, Hamburgo, Kellner, 1990.
- , «La Psychanalyse sous l'Allemagne nazie: Adaptation à l'institution, relations entre psychanalystes juifs et non juifs», *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse* 1, 1988, págs. 95-108.
- BRINKSCHULTE, EVA, «Stationär oder Ambulant, Die orthopädische Poliklinik zwischen klinischer Rekrutierung und allgemeiner Krankenversorgung», *Jahrbuch für Universitätsgeschichte* 3, 2000, págs. 181-194.
- BRODY, BENJAMIN, «Freud's Case-load», *Psychotherapy: Theory, Research, and Practice*, 7, 1970, págs. 8-12.
- BRUNNER, JOSÉ, «Psychiatry, Psychoanalysis, and Politics During the First World War», *Journal of the History of*

- the Behavioral Sciences*, 27, 1991, págs. 352-365.
- BURLINGHAM, MICHAEL JOHN, *The Last Tiffany: A Biography of Dorothy Tiffany Burlingham*, Nueva York, Atheneum, 1989.
- BURNHAM, JOHN CHYNOWETH, «Psychiatry, Psychology, and the Progressive Movement», *American Quarterly*, 12, 1960, págs. 457-465.
- CARSTEN, F. L., *The First Austrian Republic, 1918-1938*, Londres, Gower/Maurice Temple Smith, 1986.
- COCKS, GEOFFREY, *Psychotherapy in the Third Reich, The Göring Institute*, 2.^a ed. New Brunswick, Transaction, 1997.
- COCKS GEOFFREY y KONRAD H. JARAUSCH (eds.), *German Professions, 1800-1950*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- COLBY, KENNETH MARK, «On the Disagreement Between Freud and Adler», *American Imago*, 8/3, 1951, págs. 229-238.
- COLLOTTI, ENZO, «Socialdemocrazia e Amministrazione Municipale: Il Caso della «Vienna Rossa», *Annali del'Istituto Giangiacomo Feltrinelli*, 1984, págs. 431-474.
- CROWLEY, RALPH M., «Psychiatry, Psychiatrists, and Psychoanalysts, Reminiscences of Madison, Chicago, and Washington-Baltimore in the 1930s», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 6/4, 1978, págs. 557-567.
- DERI, FRANCES y DAVID BRUNSWICK, «Freud's Letters to Ernst Simmel», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 12/1, 1964, págs. 93-109.
- DEUTSCH, HELENE, *Confrontations with Myself: An Epilogue*, Nueva York, Norton, 1973.
- DRELL, MARTIN J., «Hermine Hug-Hellmuth: A Pioneer in Child Analysis», *Bulletin of the Menninger Clinic*, 46/2, 1982, págs. 139-150.
- EASTMAN, MAX, *Great Companions: Critical Memoirs of Some Famous Friends*, Nueva York, Farrar, Straus and Cudahy, 1942.
- EISSLER, K. R., *Freud as an Expert Witness: The Discussion of War Neuroses Between Freud and Wagner-Jauregg*, trad. Christine Trollope, Madison, CT, International Universities Press, 1986.
- , «On Some Theoretical and Technical Problems Regarding the Payment of Fees for Psychoanalytic Treatment», *International Review of Psychoanalysis*, 1, 1974, págs. 73-101.
- EITINGON, MAX, «Report of the Berlin Psycho-Analytical Policlinic, March 1920-June 1922», *International Journal of Psychoanalysis*, 4, 1923, págs. 254-269.
- , «Report on the Berlin Psycho-Analytical Institute, May 1924-August 1925», *International Journal of Psychoanalysis*, 7, 1926, págs. 139-141.
- EITINGON, MAX, ERNST SIMMEL, OTTO FENICHEL y KAREN HORNEY, *Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches Institut, 1920-1930*, ed. revisada, prefacio de Anna Freud, *Berliner Psychoanalytisches Institut der Deutschen Psychoanalytischen Vereinigung*, Hain, Meisenheim, 1970 [1930].
- ENGLISH, O. SPURGEON, «Some Recollections of a Psychoanalysis with Wilhelm Reich, September 1929-April 1932», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 5/2, 1977, págs. 239-253.
- ENGSTROM, ERIC J., «Emil Kraepelin: Psychiatry and Public Affairs in Wilhelmine Germany», *History of Psychiatry*, 2, 1991, págs. 111-132.
- , «The Birth of Clinical Psychiatry: Power, Knowledge, and Professionalization in Germany, 1867-1914», tesis doctoral, University of North Carolina at Chapel Hill, 1997.
- ETKIND, ALEXANDER, *Eros of the Impossible: The History of Psychoanalysis in Russia*, trad. Noah y Maria

- Rubins, Nueva York, Westview, 1997.
- FALLEND, KARL, *Sonderlinge, Träumer Sensitive: Psychoanalyse auf den Weg zur Institution und Profession*, Viena, Jugend und Volk, 1995.
- , *Wilhelm Reich in Wien: Psychoanalyse und Politik*, vol. 17, Viena, Ludwig Boltzmann Institute, 1988.
- FALZEDER, ERNST (ed.), *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Karl Abraham, 1907-1925*, Londres y Nueva York, Karnac, 2002.
- FALZEDER, ERNST, EVA BRABANT y PATRIZIA GIAMPIERI-DEUTSCH (eds.), *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi: Volume 2, 1914-1919*, trad. Peter Hoffer, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1996.
- , *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi: Volume 3, 1908-1914*, trad. Peter Hoffer, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 2000.
- FEDERN, ERNST y otros, «ThirtyFive Years with Freud: In Honor of the Hundredth Anniversary of Paul Federn, MD», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 8/1, 1972, págs. 355.
- FENICHEL, OTTO, *119 Rundbriefe, 1934-1945*, 2 vols., ed. Elke Mühlleitner y Johannes Reichmayr, Fráncfort, Stroemfeld, 1998.
- , «Psychoanalysis as the Nucleus of a Future DialecticalMaterialistic Psychology», *American Imago*, 24, 1967, págs. 290-311.
- FRENCH, WILLIAM J. y GEDDES SMITH, *The Commonwealth Fund Activities in Austria, 1923-1929*, Nueva York, Commonwealth Fund Division of Publications, 1930.
- FREUD, ANNA, «August Aichhorn, July 27, 1878-October 17, 1949», *International Journal of Psychoanalysis*, 32, 1951, págs. 51-56.
- , *The Writings of Anna Freud*, vols. 18, Nueva York, International Universities Press, 1974.
- FREUD, SIGMUND, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 24 vols., ed. y trad. James Strachey y Alix Strachey, Londres, Hogarth, 1953-1974.
- FRIEDMAN, LAWRENCE J., *Identity's Architect: A Biography of Erik H. Erikson*, Nueva York, Scribner's, 1999.
- FROMM, ERICH, *Sigmund Freud's Mission: An Analysis of His Personality and Influence*, Nueva York, Harper, 1959.
- GARDINER, MURIEL, *Code Name «Mary»: Memoirs of an American Woman in the Austrian Underground*, New Haven, Yale University Press, 1983.
- GARDNER, SHELDON y GWENDOLYN STEVENS, *Red Vienna and the Golden Age of Psychology, 1918-1938*, Nueva York, Praeger, 1992.
- GAY, PETER, *Freud: A Life for Our Time*, ed. rev., Nueva York, Norton, 1999.
- , *Freud for Historians*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.
- , *Freud, Jews, and Other Germans: Masters and Victims in Modernist Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.
- , *Weimar Culture: The Outsider as Insider*, Nueva York, Harper and Row, 1968.
- GIFFORD, SANFORD, «“Repression” or SeaChange: Fenichel's Rundbriefe and the “Political Analysts” of the 1930s», *International Journal of Psychoanalysis*, 66, 1985, págs. 265-271.
- GIFFORD, SANFORD y ANN MENASHI, *In Memoriam: Edward Bibring and Grete L. Bibring*, impresión privada para la biblioteca de la Boston Psychoanalytic Society and Institute, 1979.
- GOETZ, BRUNO, «Some Memories of Sigmund Freud» [1952], en Hendrik M. Ruitenbeek (ed.), *Freud as We Knew Him*, Detroit, Wayne State University Press, 1973.

- GOGGEN, JAMES E. y EILEEN BROCKMAN GOGGIN, *Death of a «Jewish Science», Psychoanalysis in the Third Reich*, West Lafayette, IN, Purdue University Press, 2001.
- GOLDMANN, EMMA, *Living My Life*, Nueva York, New American Library, 1977.
- GRÖGER, HELMUT, «Zur Gründungsgeschichte des Wiener Psychoanalytischen Ambulatoriums», *Sigmund Freud House Bulletin*, 18/1B, 1994, págs. 322.
- GRÖGER, HELMUT, EBERHARD GABRIEL y SIEGFRIED KASPER (eds.), *On the History of Psychiatry in Vienna*, Viena, Brandstätter, 1997.
- GROSSKURTH, PHYLLIS, *Melanie Klein, Her World and Her Work*, Harvard University Press, 1987.
- , *The Secret Ring: Freud's Inner Circle and the Politics of Psychoanalysis*, AddisonWesley, Nueva York, 1991.
- GROTJAHN, MARTEN, *My Favorite Patient, The Memoirs of a Psychoanalyst*, Fráncfort y Nueva York, Lang, 1987.
- GRUBER, HELMUT, *Red Vienna: Experiment in Working-Class Culture, 1919-1934*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.
- GUERRAND, ROGER-HENRI, «VienneLaRouge», *Histoire*, n. 88, 1986, págs. 36.
- GUTTMAN, SAMUEL A., «In Memoriam Muriel M. Gardiner, MD», *Psychoanalytic Study of the Child*, 40, 1985, págs. 17.
- HALE, NATHAN G., JR., *Freud and the Americans: The Beginnings of Psychoanalysis in the United States, 1876-1917*, Nueva York, Oxford University Press, 1971.
- , «From Bergasse 19 to Central Park West: The Americanization of Psychoanalysis, 1919-1940», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 14(1978), págs. 299-315.
- , *The Rise and Crisis of Psychoanalysis in the United States: Freud and the Americans, 1917-1985*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.
- HALE, NATHAN G., JR. (ed.), *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, Cambridge, Harvard University Press, 1971.
- HALL, MURRAY G., «The Fate of the Internationaler Psychoanalytischer Verlag», en Edward Timms y Naomi Segal (eds.), *Freud in Exile: Psychoanalysis and Its Vicissitudes*, New Haven, Yale University Press, 1988, págs. 90-108.
- HARMAT, PAUL, «Die zwanziger Jahre: Die Blütezeit der Budapester psychoanalytischen Schule», *Medezinhistorisches Journal*, 23/34, 1988, págs. 359-366.
- HARRIS, BENJAMIN y ADRIAN BROCK, «Freudian Psychopolitics: The Rivalry of Wilhelm Reich and Otto Fenichel, 1930-1935», *Bulletin of the History of Medicine*, 66/4, 1992, págs. 578-612.
- , «Otto Fenichel and the Left Opposition in Psychoanalysis», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 27, 1991, págs. 157-165.
- HELLER, PETER, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, trad. Mary Weigand, Madison, Conn, International Universities Press.
- HERMANN, IMRE, «Sándor Ferenczi: The Man», *New Hungarian Quarterly*, 25/9, 1984, págs. 115-118.
- HERMANN, LUDGER M., «Conditions et limites de la productivité scientifique des psychanalystes en Allemagne de 1933 à 1945 : Un premier tableau d'ensemble et un essai à titre d'exemple sur Alexander Mette (1897-1985) et son projet sur Novalis», *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse* 1, 1988, págs. 71-93.
- HITSCHMANN, EDUARD, «A Ten Years' Report of the Vienna Psycho-Analytic Clinic», *International Journal of Psychoanalysis*, 13, págs. 245-255.
- HOCHMAN, ELAINE S., *Architects of Fortune: Mies van der Rohe and the Third Reich*, Nueva York, Weidenfeld

- and Nicolson, 1989.
- HOFFMAN, LOUISE E., «War, Revolution, and Psychoanalysis: Freudian Thought Begins to Grapple with Social Reality», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17, 1981, pág. 251-269.
- HORKHEIMER, MAX, «Ernst Simmel and Freudian Philosophy», *International Journal of Psychoanalysis*, 29, 1948, págs. 110-113.
- HUBER, WOLFGANG, *Psychoanalyse in Österreich Seit 1933*, Viena, Geyer, 1977.
- HUG-HELLMUTH, HERMINE (GRETE LAINER), *A Young Girl's Diary*, eds. Daniel Gunn y Patrick Guyomar, Londres, Unwin Hyman, 1990 [1919].
- JACOBY, RUSSELL, *The Repression of Psychoanalysis: Otto Fenichel and the Political Freudians*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- JAHODA, MARIE, «The Emergence of Social Psychology en Vienna: An Exercise in Long-Term Memory», *British Journal of Social Psychology*, 22, 1983, págs. 343-349.
- JAY, MARTIN, *The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, Berkeley, University of California Press, 1973.
- JONES, ERNEST, *Glossary for the Use of Translators of Psycho-Analytical Works*, Londres, Baillière, Tindall y Cox, 1926; suplemento n.º 1 al *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 7, 1926.
- , *The Life and Work of Sigmund Freud*, 3 vols., Nueva York, Basic, 1955.
- , «The London Clinic of Psychoanalysis Decennial Report», Londres, Institute of Psychoanalysis, 1936.
- JURJI, DAVID, «The Significance of Freud for Radical Theory and Practice», *Issues in Radical Therapy*, 10/2, 1982, págs. 23-55.
- KAES, ANTON, MARTIN JAY y EDWARD DIMENDBERG, *The Weimar Republic Sourcebook*, University of California Press, Berkeley, 1994.
- KARDINER, ABRAM, *My Analysis with Freud*, Nueva York, Norton, 1977.
- KAUFMANN, DORIS, «Science as Cultural Practice, Psychiatry in the First World War and Weimer Germany», *Journal of Contemporary History*, 34/1, 1999, págs. 125-144.
- KEIBL, ERNST, «Zur Geschichte der Herzstation», *Österreichische Ärztezeitung*, 11, junio de 1972, págs. 701-703.
- KING, PEARL, «Sur les activités et l'influence des psychoanalystes britanniques durant la Deuxième Guerre Mondiale», *Revue Internationale d'Histoire et la Psychanalyse* 1, 1988, págs. 133-165.
- KIRSCH, THOMAS B., *The Jungians: A Comparative and Historical Perspective*, Londres, Routledge, 2000.
- KOHLER, ROBERT E., «A Policy for the Advancement of Science: The Rockefeller Foundation, 1924-1929», *Minerva*, 16, 1978, págs. 480-515.
- KRAMER, HILDE C., «The First Child Guidance Clinic and Its First Patient», *Individual Psychology Bulletin*, n.º 2, 1942, págs. 32-37.
- KRAMER, RITA, *Maria Montessori: A Biography*, Nueva York, Putnam's, 1976.
- KRAUS, KARL, *Half-Truths and One and a Half Truths: Selected Aphorisms*, ed. y trad. Harry Zohn, Montreal, Egendra, 1976.
- KURZWEIL, EDITH, *The Freudians: A Comparative Perspective*, New Haven, Yale University Press, 1989.
- LANDAUER, GUSTAV, *For Socialism*, trad. David J. Parent, St. Louis, Telos, 1978.
- LAQUEUR, WALTER, *Weimar: A Cultural History, 1918-1933*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1974.
- LEVINE, HOWARD, «Interview with Erik H. Erikson», *Boston Psychoanalytic Society and Institute Newsletter* 1/2, 1985, págs. 1-3.
- LEWIS, JILL, «Red Vienna: Socialism in One City, 1918-1927», *European Studies Review*, 13, 1983, págs. 335-

- LOBNER, HANS, «Discussion on Therapeutic Technique in the Vienna Psycho-Analytic Society (1923-1924)», *Sigmund Freud House Bulletin*, 2/2, 1978, págs. 15-32.
- LOMAX, ELIZABETH, «The Laura Spelman Rockefeller Memorial: Some of Its Contributions to Early Research in Child Development», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 13, 1977, págs. 283-293.
- LYNN, DAVID J. y GEORGE E. VAILLANT, «Anonymity, Neutrality, and Confidentiality in the Actual Methods of Sigmund Freud: A Review of Forty-three Cases, 1907-1939», *American Journal of Psychiatry*, 155/2, febrero de 1998, págs. 163-171.
- MCGRATH, WILLIAM J., *Dionysian Art and Populist Politics in Austria*, New Haven, Yale University Press, 1974.
- , *Freud's Discovery of Psychoanalysis: The Politics of Hysteria*, Ithaca, Cornell University Press, 1986.
- MCLYNN, FRANK, *Carl Gustav Jung*, Nueva York, St. Martin's, 1997.
- MENAKER, ESTHER, *Appointment in Vienna: An American Psychoanalyst Recalls Her Student Days in Pre-War Austria*, Nueva York, St. Martin's, 1989.
- MEISEL, PERRY y WALTER KENDRICK (eds.), *Bloomsbury/Freud: The Letters of James and Alix Strachey, 1924-1925*, Nueva York, Norton, 1990.
- MÉSZÁROS, JUDIT, «Entretien avec un patient d'Alice Balent au cours des années trente», *Coq-Héron*, n.º 153, 1998, págs. 101-115.
- MOLNAR, MICHAEL (ed. y trad.), *The Diary of Sigmund Freud, 1929-1939: A Record of the Final Decade*, Nueva York, Scribner's, 1992.
- MÜHLEITNER, ELKE, *Biographisches Lexikon der Psychoanalyse: Die Mitglieder der Psychologischen Mittwoch-Gesellschaft und der Wiener Psychoanalytischen Vereinigung von 1902-1938*, Tubinga, Diskord, 1992.
- MÜHLEITNER, ELKE y JOHANNES REICHMAYR, «Otto Fenichel: Historian of the Psychoanalytic Movement», *Psychohistory Review*, 26/2, 1998, págs. 159-174.
- NEISER, E. M. J., «Max Eitingon, Leben und Werk», tesis médica inédita, University of Mainz, 1978.
- NOVECK, BETH, «Hugo Bettauer and the Political Culture of the First Republic», *Contemporary Austrian Studies*, 3, 1995, págs. 138-170.
- NUNBERG, HERMANN y ERNST FEDERN (eds.), *Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society*, 3 vols., Nueva York, International Universities Press, 1962.
- OVERBORBECK, K. W. «Kinderanalyse im Umfeld des Berliner Psychoanalytischen Instituts 1920 bis 1933», *Luzifer-Amor*, 13, 1994, págs. 71-120.
- OVERNDORF, C. P., «The Berlin Psychoanalytic Polyclinic», *International Journal of Psycho-Analysis*, 7, 1926, págs. 318-322.
- PAPPENHEIM, ELSE, «Politik und psychoanalyse in Wien vor 1938», *Psyche*, 43/2, 1989, págs. 120-141.
- PASKAUSKAS, R. ANDREW (ed.), *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Ernest Jones, 1908-1939*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1993.
- POLLAK, MICHAEL, «Psychanalyse et Austromarxisme», *Austriaca*, 21/2, 1985, págs. 83-88.
- QUINN, SUSAN, *A Mind of Her Own: The Life of Karen Horney*, Reading, MA, Addison-Wesley, 1987.
- REICH, ILSE O., *Wilhelm Reich: A Personal Biography*, Nueva York, St. Martin's, 1969.
- REICH, PETER, *A Book of Dreams: A Memoir of Wilhem Reich*, Nueva York, Harper and Row, 1989.
- REICH, WILHELM, «Dialectical Materialism and Psychoanalysis», 1929, en Lee Baxandall (ed.), *Sex-Pol: Essays 1929-1934*, Nueva York, Random House, 1972.
- , *Early Writings*, vol. 1, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1975.

- , *The Mass Psychology of Fascism*, trad. Vincent Carfagno, Nueva York, Noonday, 1970 [1942].
- , *Passion of Youth: An Autobiography, 1897-1922*, Nueva York, Paragon House, 1990.
- , «The Living Productive Power, “Work-Power”, of Karl Marx», 1936, en Mary B. Higgins y Philip Schmitz (eds. y trads.), *People in Trouble*, vol. 2: *The Emotional Plague of Mankind*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 1976.
- , *The Sexual Revolution: Toward a Self-Governing Character Structure*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1945.
- , «This Is Politics!», 1937, en Mary B. Higgins y Philip Schmitz (eds. y trads.), *People in Trouble*, vol. 2: *The Emotional Plague of Mankind*, págs. 77-117, Nueva York, Farrar, Strauss y Giroux, 1976.
- , *Zeitschrift für Sexualwissenschaft*, vol. 10, n.º 23.
- REICHMAYR, JOHANNES, «Rudolf von Urbantschitsch [Rudolf von Urban] (1879-1964)», *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse*, 4, 1991, págs. 647-658.
- REPPÉ, SUSANNE, *Der Karl Marx Hof: Geschichte Eines Gemeindebaus und Seiner Bewohner*, Viena, Picus, 1993.
- ROAZEN, PAUL, *Freud and His Followers*, Nueva York, Knopf, 1971.
- , *Helene Deutsch: A Psychoanalyst's Life*, Garden City, NY, Doubleday, 1985.
- ROBINSON, PAUL A., *The Freudian Left: Wilhelm Reich, Geza Roheim, Herbert Marcuse*, Nueva York, Harper and Row, 1969.
- ROUDINESCO, ELISABETH y MICHEL PLON, *Dictionnaire de la Psychanalyse*, ed. rev., París, Fayard, 2000.
- SABLIK, KARL, «Sigmund Freud und Julius Tandler, Eine rätselhafte Beziehung», *Sigmund Freud House Bulletin*, 9/2, 1985, págs. 12-19.
- SCHORSKE, CARL, *Fin-de-Siècle Vienna*, Nueva York, Random House, 1981.
- SCHRÖTER, MICHAEL, «Max Eitingon and the Struggle to Establish an International Standard for Psychoanalytic Training (1925-1929)», *International Journal of Psychoanalysis*, 83, 2002, págs. 875-893.
- SCHULTZ, U. y LUDWIG M. HERMANN, «Das Sanatorium Schloss Tegel Ernst Simmels: Zur Geschichte und Konzeption der Ersten Psychoanalytischen Klinik», *Psychotherapie. Psychosomatik. Medizinische Psychologie*, 37/2, 1987, págs. 58-67.
- SCHÜTTE-LIHOTZSKY, MARGARETE, «Vienne-Francfort: Construction de logements et rationalisation des travaux domestiques: Coup d'oeil sur les années vingt», *Austriaca*, 12, 1981, págs. 129-138.
- SIEDER, REINHARD, «Housing Policy, Social Welfare, and Family Life in “Red Vienna”, 1919-1934», *Oral History, Journal of the Oral History Society*, 13/2, 1985, págs. 35-48.
- SEIDLER, REGENE, «School Guidance Clinics in Vienna», *International Journal of Individual Psychology*, 2/4, 1936, págs. 75-78.
- SHARAF, MARTIN, *Fury on Earth: A Biography of Wilhelm Reich*, Nueva York, St. Martin's/Marek, 1993.
- SHEPHARD, BEN, *A War of Nerves: Soldiers and Psychiatrists in the Twentieth Century*, Cambridge, Harvard University Press, 2001.
- SHORTER, EDWARD, «Private Clinics in Central Europe, 1850-1933», *Social History of Medicine*, 3, 1990, págs. 159-195.
- SIMMEL, ERNST, «Psycho-Analytic Treatment in a Sanatorium», *International Journal of Psycho-Analysis*, 10/4, 1929, págs. 70-89.
- , «The “Doctor-Game”: Illness and the Profession of Medicine», *International Journal of Psychoanalysis*, 7, 1926, págs. 470-483.
- , «The Psychoanalytic Sanatorium and the Psychoanalytic Movement», *Bulletin of the Menninger Clinic*, 1,

- 1937, págs. 133-143.
- STEINER, RICCARDO, «It Is a New Kind of Diaspora...», *International Review of Psycho-Analysis*, 16, 1989, págs. 35-78.
- STEPANSKY, PAUL, *In Freud's Shadow: Adler in Context*, Hillsdale, NJ, Analytic, 1983.
- STERBA, RICHARD, *Reminiscences of a Viennese Psychoanalyst*, Detroit, Wayne State University Press, 1982.
- STERN, FRITZ, *The Failure of Illiberalism: Essays on the Political Culture of Modern Germany*, Chicago, University of Chicago Press, 1975.
- TAYLOR, SETH, *Left-Wing Nietzscheans: The Politics of German Expressionism, 1910-1920*, Berlín y Nueva York, de Gruyter, 1990.
- TENNANT, F. S. y C. M. DAY, «Survival Potential y Quality of Care Among Free Clinics», *Public Health Reports*, 89/6, 1974, págs. 558-562.
- THOMÄ, HELMUT, «Some Remarks on Psychoanalysis in Germany, Past and Present», *International Journal of Psychoanalysis*, 50, 1969, págs. 683-691.
- TIMMS, EDWARD y NAOMI SEGAL (eds.), *Freud in Exile: Psychoanalysis and Its Vicissitudes*, New Haven, Yale University Press, 1988.
- WÄELDER-HALL, JENNY, «Structure of a Case of Pavor Nocturnus», *Bulletin of the Philadelphia Association for Psychoanalysis*, 20, 1971, págs. 267-274.
- WATSON, JOHN B., «Psychology as the Behaviorist Views It», *Psychological Review*, 20, 1913, págs. 158-177.
- WEBER, MATTHIAS M. y ERIC J. ENGSTROM, «Kraepelin's Diagnostic Cards: The Confluence of Clinical Research and Preconceived Categories», *History of Psychiatry*, 8, 1997, págs. 382-385.
- WEGS, J. ROBERT, «Working Class Respectability, The Viennese Experience», *Journal of Social History*, 15, 1982, págs. 621-635.
- WESSEL, MORRIS y FREDERIC BLODGETT, «Edith B. Jackson and Yale Pediatrics», *Connecticut Medicine*, 26, 1962, pág. 438.
- WHITE, WILLIAM ALANSON, *The Autobiography of a Purpose*, Nueva York, Doubleday, 1938.
- WIGGERSHAUS, ROLF, *The Frankfurt School: Its History, Theories, and Political Significance*, Cambridge, MIT Press, 1993.
- WILLETT, JOHN, *The Weimar Years: A Culture Cut Short*, Nueva York, Abbeville, 1984.
- WORBS, DIETRICH, «Ernst Ludwig Freud in Berlin», *Bauwelt*, 88/42, noviembre de 1997, págs. 2.398-2.403.
- WORTIS, JOSEPH, *Fragments of an Analysis with Freud*, Nueva York, Aronson, 1984.
- WRIGHT, JOHN H. y JACK M. HICKS, «Construction and Validation of a Thurstone Scale of Liberalism-Conservatism», *Journal of Applied Psychology*, 50/1, 1966, págs. 9-12.
- YOUNG-BRUEHL, ELISABETH, *Anna Freud: A Biography*, Nueva York, Summit, 1988.

INTRODUCCIÓN «LA CONCIENCIA DE LA SOCIEDAD»

¹ Sigmund Freud, «Lines of Advance in Psychoanalytic Psychotherapy» (1918), en *The Standard Edition*, Londres, Hogart Press, volumen XVII, pág. 167. [Hay trad. cast.: «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica» (1918) en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1994, volumen XVII, pág. 162.]

² *Ibid.*

³ Sigmund Freud, «Postscript to an Autobiographical Study» (1935), en *The Standard Edition*, Londres, Hogart Press, volumen XVII, pág. 69. [Hay trad. cast.: «Presentación autobiográfica (1925); Postfacio (1935)», en *O. C.*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1994, volumen XX, pág. 69.]

⁴ Deutsch, *Confrontations*, pág. 84.

⁵ Véase Hale, *Freud and the Americans*.

⁶ Reich, «The Living Productive Power», pág. 75.

⁷ Véase Sigmund Freud, «Further Recommendations on the Technique of Psychoanalysis: On Beginning the Treatment, the Question of the First Communications, the Dynamics of the Cure» (1913), en *The Standard Edition*, Londres, Hogart Press, volumen XII, págs. 123-156. [Hay trad. cast.: «Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)» (1913), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1994, volumen XII, págs. 123-157.]

⁸ Freud, «Lines of Advance», *ibid.* [«Nuevos caminos», *ibid.*]

⁹ French and Smith, *The Commonwealth Fund*, pág. 121.

¹⁰ Véase Gruber, *Red Vienna*.

¹¹ Else Pappenheim, «Politics and Psychoanalysis in Vienna Before 1938», documento presentado al Oral History Workshop of the American Psychoanalytic Association de 1984.

¹² Para profundizar en la discusión del traspaso excesivo de privilegios de «alta cultura» a las clases bajas, véase Gruber, *Red Vienna*.

¹³ Bluma Swerdloff, entrevista con Sándor Radó (1965), en «History of the Psychoanalytic Movement», Oral History Collection, Nueva York, Columbia University Libraries.

¹⁴ Norman W. Lyon, carta, 5 de agosto de 1929, al «Secretario, Instituto Psicoanalítico, Berlín, Alemania», Koblenz, Alemania, archivos del Poliklinik de Berlín.

¹⁵ Sobre el espíritu cívico progresista de la sociedad berlinesa, véase Ludwig M. Hermanns, «Karl Abraham und die anfänge der Berliner Psychoanalytischen Vereinigung», págs. 30-40; y Rotraut De Clerck, «Der Traum von einer bess'eren Welt: Psychoanalyse und kulture in der mitte der zwanziger jahre», págs. 41-70, ambos en *Luzifer*.

1918. «EL TRATAMIENTO SERÁ GRATUITO»

- 1 Eitingon, «Informe del Instituto Psicoanalítico de Berlín, mayo de 1924-agosto de 1925».
- 2 Incluso en esa conversación para acordar los honorarios, Freud menciona que «durante unos diez años consagré todos los días una hora, y en ocasiones hasta dos, a tratamientos gratuitos».
- 3 Freud, S., «Further Recommendations» en *S. E.*, volumen 12, pág. 131. [Hay trad. cast.: «Sobre la iniciación al tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis)» (1913), en *O. C.*, volumen XII, pág. 133.]
- 4 Freud a Ferenczi, carta n.º 1.079, 19 de septiembre de 1926, en Faldezer, Brahant y Giampieri, *Complete Correspondence*, volumen III, pág. 278.
- 5 McGrath, William J., *Freud's Discovery of Psychoanalysis*, Ithaca, Cornell University Press. Véase Gay, Peter, *Freud: A life of our Time*, Nueva York, Norton, 1999, págs.14-21. [Hay trad. cast.: *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, 1989.]
- 6 Sigmund Freud, «An Autobiographical Study», en *The Standard Edition*, volumen 20, p. 8. [Hay trad. cast.: «Presentación autobiográfica» (1925), en *O. C.*, volumen XX, pág. 8.]
- 7 *Ibid.*, pág. 9.
- 8 Freud, Anna, «My Brother, Sigmund Freud» (1940), en *Freud as We Knew Him*, Detroit Hendrik M. Ruitenbeek, Wayne State University Press, 1973.
- 9 Goldmann, Emma, *Living My Life*, Nueva York, New American Library, 1977, pág. 173.
100. Ferenczi, carta n.º 124, 22 de marzo de 1910, a Freud, en *Correspondence*, Brabant, Falzeder y Giampieri-Deutsch, volumen I, pág. 153. [Hay trad. cast.: *Sigmund FreudSándor FÉrenczi Correspondencia completa 1908-1911*, Madrid, Editorial Síntesis, 2001, pág. 198.]
- 11 *Internationale Zeitschrift für Ärztliche Psychoanalyse* (1919), volumen 5, pág. 228.
- 12 Freud a Ferenczi, carta n.º 542, 8 de abril de 1915, en Falzeder, Brabant y Giampieri, *Complete Correspondence*, volumen 2, pág. 55.
- 13 Freud a Ferenczi, carta n.º 646, 28 de enero de 1917, *ibid.*, volumen 2, pág. 179.
- 14 Freud a Ferenczi, carta n.º 762, 11 de octubre de 1918, *ibid.*, volumen 2, pág. 199.
- 15 De la misma forma, Freud más tarde regañó a Wilhelm Reich por leer un artículo en la sociedad en 1921. Reich nunca lo volvió a hacer, e Ilse Reich evocaba la imagen vívida de Freud comparando a un conferenciante leyendo un artículo con un conductor de ferrocarriles conduciendo su locomotora a gran velocidad mientras los pasajeros corren a su lado, tratando de cogerlo. Freud comparó un documento leído con un artículo donde el autor presenta una posición firme, un *fiat* y no una conversación. Jones puede haber malentendido las molestias causadas por esta elección en Budapest o simplemente trataba de ignorar las implicaciones políticas del artículo.
- 16 Jones, Ernest, *The Life and Work of Sigmund Freud*, Nueva York, Basic, 1955, volumen I, pág. 198.
- 17 Freud, S., «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica», *ibid.*, pág.162.
- 18 *Ibid.*, p. 163.
- 19 Aquí se refiere a los términos acuñados por C. Wright Milles en *The Sociological Imagination*.
- 20 Freud, S., «Lines of Advance», *ibid.*, pág. 166. [Hay trad. cast.: «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica», *ibid.*, pág. 162.]
- 21 *Ibid.*
- 22 Freud, S., «Further Recommendations», *ibid.*, pág. 139. [Hay trad. cast.: «Sobre la iniciación del tratamiento», *ibid.*]
- 23 Freud, S., «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica», *ibid.*
- 24 *Ibid.* pág. 167
- 25 Bluma Swerdloff, entrevista con Sándor Radó (1965), en «History of the Psychoanalytic Movement», *Oral*

History Collection, Columbia University Libraries, Nueva York.

26 Melanie Klein en Grosskurth, *Melanie Klein*, pág. 71.

27 S. Freud-K. Abraham, 27 de octubre de 1918, *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Karl Abraham*, Falzeder, Brabant and Gampieri eds., Cambridge, Belknap Press of Harvard University, 2002, pág. 381. [Hay trad. cast.: Sigmund Freud-Karl Abraham, *Correspondencia*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1979, pág. 310.]

28 Con una contribución de Ernest Jones, *Zur Psychoanalyse der Kriegs-Neurosen*, Simmel, Ferenczi, Abraham y Jones, *Psychoanalysis and the War Neuroses*. Leipzig, 1919.

29 Freud, Sigmund, «Dr. Anton von Freund: Obituary» (1920), Londres, en *The Standard Edition*, volumen 18, págs. 267-268. [Hay trad. cast.: «Dr. Anton von Freund», en *O. C.*, volumen XVIII, pág. 263.]

30 Freud, Sigmund, «Memorandum on the Electrical Treatment of War Neurotics» (1920), en *The Standard Edition*, volumen 17, pág. 215. [Hay trad. cast.: «Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra» (1955[1920]), *O. C.*, volumen XVII, pág. 213.]

31 Jones, E., carta a Van Emden, 14 de noviembre de 1920, documento n.º CVA/ F03/02, Archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

32 Abraham, Karl, en *Zur Psychoanalyse der Kriegs-Neurosen*, citado en Brunner, «Psychiatry, Psychoanalysis, and Politics during the First World War», *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 27(1991), pág. 357.

33 Formas de terapia de electrochoque utilizadas por Julius Wagner-Jauregg en pacientes psiquiátricos, y rechazadas por Sigmund Freud y los socialdemócratas (véase 1920).

34 Simmel, Ernst, en *Zur Psychoanalyse der Kriegs-Neurosen*, Kaufmann, «Science as Cultural Practice in the First World War and Weimar Germany» en *Journal of Contemporary History*, pág. 140.

35 Simmel, Ernst, *Psycho-Analysis and the War Neuroses*, Introducción de Sigmund Freud, Londres, International Psycho-Analytical, (1921). Originalmente publicado como *Kriegs-Neurosen und Psychisches Trauma*; véase Introducción, n. 18.

36 Freud, S., «Memorandum on the Electrical Treatment of War Neurotics», *ibid.*, pág. 215. [Hay trad. cast.: «Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra» *ibid.*, pág. 213.]

37 Ferenczi a Freud, carta n.º 556, 24 de julio de 1915, en Falzeder y Brabant, *Correspondence*, volumen 3, pág. 71.

38 Ferenczi a Freud, carta n.º 767, 8 de octubre de 1918, *ibid.*, volumen 2, pág. 298.

39 Freud, Sigmund, «Introduction to “Psychoanalysis and War Neuroses”» (1919), en *The Standard Edition*, volumen 17, pág. 209. [Hay trad. cast.: «Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen* (1919), *O. C.*, volumen XVII, pág. 207.]

40 Simmel, E., «War Neuroses and “Psychic Trauma”», en Kaes y Dimendberg, *The Weimar Republic Sourcebook*, Berkeley, University of California Press, 1994, pág. 7.

41 Abraham a Freud, 27 de octubre de 1918, *Complete Correspondence*, *ibid.*, pág. 383. [Hay trad. cast.: *Correspondencia Completa*, *ibid.*, pág. 312.]

42 Freud a Jones, cartas n.º 222 y 306, 10 de noviembre de 1918, en Paskauskas, *Complete Correspondence of Freud and Jones*, pág. 325. [Hay trad. cast.: *Sigmund Freud Ernest Jones-Correspondencia completa Sigmund Freud-Karl Abraham*, compilador Andrew Paskauskas, 2002, Madrid, Editorial Síntesis, pág. 385.]

43 Freud a Ferenczi, carta n.º 772, 17 de noviembre de 1918, *Correspondence*, *ibid.*, volumen 2, pág. 311.

44 Véase Mc Grath, *Dyonysian Art*.

45 *Ibid.*

46 Boyer, John W., *Culture and Political Crisis in Vienna: Christian Socialism in Power, 1897-1918*, Chicago,

University of Chicago Press, 1995.

47 Molnar, Michael (ed. y trad.), *The Diary of Sigmund Freud, 1929-1939: A Record of the Final Decade*, Nueva York, Scribner's, 1992, pág. 202.

48 Freud, S., «An Autobiographical Study», *ibid.*, pág. 7. [Hay trad. cast.: «Presentación autobiográfica», *ibid.*, volumen XX, pág. 8.]

49 Freud a Julie Braun-Vogelstein, 1927, en Martin Grotjahn, «A Letter by Sigmund Freud with Recollections of His Adolescence», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 4 (1956), págs. 644-652.

50 Freud a Silberstein, 7 de marzo de 1875, en Walter Boehlich, *Complete Letters of Sigmund Freud to Eduard Silberstein, 1871-1881*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1990, pág. 97.

51 Pappenheim, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 1995.

52 French, William y Gedes Smith, *The Commonwealth Fund Activities in Austria, 1923-1929*, Nueva York, Commonwealth Fund Division of Publications, 1930, pág. 109.

53 *Ibid.*, pág. 103.

54 Sterba, Richard, *Reminiscences of a Viennese Psychoanalyst*, Detroit, Wayne State University Press, 1982, págs. 21-22.

55 Jahoda, Marie, «The Emergence of Social Psychology in Vienna: An Exercise in Long-Term Memory», *British Journal of Social Psychology* 22 (1983), págs. 343-349.

56 Rosa Luxemburgo, ardiente revolucionaria socialista y cofundadora de la Liga Espartaquista, fue arrestada con Karl Liebknecht y fusilada por las tropas *Freikorps* en Berlín al año siguiente.

57 Reich, Wilhelm, *Passion of Youth: An Autobiography, 1897-1922*, Nueva York, Paragon House, 1990, pág. 74.

58 *Ibid.*, pág. 136.

59 Bettelheim, Bruno, «Last Thoughts on therapy: An Interview with David James Fischer», *Society* 28/3, 1991, pág. 65.

60 Gustav Landauer, un colega de Martin Buber, Thomas Mann y Walter Benjamin, estaba influenciado por el libro anarquista de Max Stirner de 1844, *El único y su propiedad*. Landauer había servido como ministro de Educación en la efímera República de Bavaria de los Trabajadores y fue asesinado en 1919 por los *Freikorps* reaccionarios. Su libro más popular, de 1911, *Aufruf zum Sozialismus* (llamada al socialismo) combinaba el anarquismo y las teorías espirituales con la forma individualista de Stirner de la socialdemocracia. Las teorías posteriores de Wilhelm Reich se nutrían en gran medida de Stirner y Landauer.

61 Bettelheim, B. *Freud's Vienna and Others Essays*, Nueva York, Knopf, 1990, pág. 25.

62 Ekstein, Rudolph, «Foreword» (1991) en Gardner, Sheldon y Gwendolyn Stevens, *Red Vienna and the Golden Age of Psychology, 1918-1938*, Nueva York, Praeger, 1992.

63 Freud a Eitingon, 25 de octubre de 1918, en Gay, P. *Freud*, *ibid.*

1919. «EL POLICLÍNICO SE ABRIRÁ EN EL INVIERNO Y SE CONVERTIRÁ EN UN INSTITUTO Ψ»

- 1 Kramer, Hilde C., «The First Child guidance Clinic and Its First Patient», en *Individual Psychology Bulletin* 2 (1942), págs. 32-37.
- 2 Véase Pollak, «Psychanalyse et Austromarxisme», pág. 83.
- 3 Sterba, *Reminiscences*, pág. 81.
- 4 Federn y otros, «Thirty-Five Years with Freud», pág. 38.
- 5 Informe sobre «El trabajo de reconstrucción en Europa», 1919, de las conferencias en la Cruz Roja, Washington D. C., 29-31 de octubre, caja 25, carpeta 223, Barry C. Smith serie 2, subserie 4, Colección del Fondo de la Commonwealth, archivos de la Fundación Rockefeller.
- 6 Gropius, Walter, «First Proclamation of the Weimar Bauhaus» (1919), en Bayer, Gropius, y Gropius, *Bauhaus*, pág. 16.
- 7 CV del doctor Felix Tietze, caja 24, carpeta 206, R. G. Barry Smith serie 2, subserie 4, colección Fondo de la Commonwealth, archivos de la Fundación Rockefeller.
- 8 Gruber, *Red Vienna*, pág. 66.
- 9 Gifford, Sanford, transcripción de la entrevista con Clare Fenichel, 1 de mayo de 1984, archivos de la Sociedad Psicoanalítica de Boston, págs. 10-11.
- 10 Wyneken fue un reformador educativo, muy influyente, del movimiento *Wandervogel*, y fundó una *freie schulgemeinde* (escuela comunitaria libre) en las montañas Taunus. Josephine Dellisch, una amiga de Anna Freud y de Alix Strachey y paciente del Poliklinik de Berlín, enseñó en una escuela Wyneken a mediados de la década de 1920. Walter Benjamin, más tarde una de las principales figuras de la Escuela de Francfort, que integraba el psicoanálisis dentro del marxismo, fue alumno en Wyneken.
- 11 Gifford, entrevista con Fenichel, pág. 21.
- 12 Deutsch, *Confrontations*, pág. 161.
- 13 Young-Bruehl, *Anna Freud*, pág. 100.
- 14 Freud, Anna, «A Short History of Child Analysis», *Psychoanalytic Study of the Child* (1966), págs. 7-14.
- 15 Véase «Siegfried Bernfeld», en Roudinesco y Plon, *Dictionaire de la Psychanalyse*, pág. 109. [Hay trad. cast.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1998.]
- 16 Gifford, Sanford, «Grete Bibring», 1899-1977, obituario en *Harvard Medical Alumni Bulletin*, diciembre de 1977.
- 17 Véase Roudinesco y Plon, «Siegfried Bernfeld».
- 18 Alexander, Franz, «Recollections of Bergasse 19», *Psychoanalytic Quarterly* 9 (1940), pág. 196.
- 19 Deutsch, *Confrontations*, pág. 148.
- 20 Levine, «Entrevista con Erik H. Erikson», pág. 5.
- 21 Sterba, *Reminiscences*, pág. 81.
- 22 La postal de Navidad de Freud a Abraham en 1908 describía una escena en el Café Riedl y «despertó muchos recuerdos» de sus primeras visitas a Viena. Karl Abraham a Sigmund Freud, 13 de enero de 1909, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 75. [Hay trad. cast.: S. Freud-K. Abraham, *Correspondencia*, *ibid.*]
- 23 Véase Reich, *Zeitschrift für Sexualwissenschaft*, volumen 10, n.º 23; y *Early Writing*.
- 24 Reich, *Passion*, pág. 80.
- 25 Deutsch, Helene, «Freud, and His Pupils: A Footnote to the History of the Psychoanalytic Movement, 1940», Detroit, Wayne State University, H. M. Ruitenbeek, 1973.
- 26 Horney, Karen, «The Establishment of a Training Program: On Its Organization», en Eitingon y otros, *Zehn*

Jahre.

27 Freud, «Lines of Advance», *ibid.*, pág. 167. [Hay trad. cast.: «Nuevos caminos en la terapia psicoanalítica», *ibid.*, pág. 163.]

28 S. Freud-K. Abraham, *Correspondencia*, pág. 75.

29 Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 80.

30 S. Freud-K. Abraham, *Correspondencia*, pág. 138.

31 *Ibid.*, págs. 324 y 326.

32 Korrespondenzblatt, *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse* 6 (1920), pág. 100.

33 En Berlín, como en Viena y en todos los centros de psicoanálisis europeos, los analistas pusieron en marcha primero las clínicas externas gratuitas y luego el instituto de formación. Karl Abraham a Sigmund Freud, 3 de agosto de 1919, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*. pág. 402. [Hay trad. cast.: K. Abraham a S. Freud, *Correspondencia*, pág. 322.]

34 Abraham a Freud, 7 de diciembre de 1919, *ibid.*, pág. 410. [Hay trad. cast.: K. Abraham a S. Freud, *Correspondencia*.]

35 Se trata del influyente comité secreto propuesto por Ernest Jones en 1912 y formado por los seis dirigentes seguidores de Freud (Karl Abraham, Hanns Sachs, Otto Rank, Sándor Ferenczi y Anton von Freund, sustituido por Eitingon) quienes se comprometieron a preservar la doctrina psicoanalítica y a promocionar la política de la IPA. Freud le dio a cada hombre un elegante anillo de oro. S. Freud a K. Abraham, *ibid.*, pág. 404. [Hay trad. cast.: S. Freud a K. Abraham, 3 de octubre de 1919, *Correspondencia*, pág. 323.]

1920. «LA POSICIÓN DEL MISMO POLICLÍNICO COMO CUARTEL GENERAL DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO»

1 Freud, carta n.º 837, a Ferenczi, 15 de marzo de 1920, en Falzeder, Brabant y Giampieri-Deutsch, *Correspondence*, volumen 3, pág. 12.

2 Jones a Van Emden, 14 de noviembre de 1920, documento n.º CVA(F03/02, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

3. Abraham a Freud, 13 de marzo de 1920, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 418. [Hay trad. cast.: Abraham a Freud, *Correspondencia*, pág. 336.]

4 Véase Worbs, «Ernst Ludwig Freud in Berlin».

5 Benton, *A Different World*, pág. 156.

6 *Ibid.*

7. Abraham a Freud, 13 de marzo de 1920, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 418. [Hay trad. cast.: Abraham a Freud, *Correspondencia*, pág. 336.]

8 Brecht y otros, *Here Lifes Goes On*, pág. 32.

9 Simmel, Ernst, «On the History and Social Significance of the Berlin Psychoanalytic Institute», en Eitingon y otros, *Zehn Jahre*.

- 10 Gay, *Weimar Culture*, pág. 35.
- 11 Abraham a Freud, 29 de diciembre de 1919, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 413. [Hay trad. cast.: Abraham a Freud, 29 de diciembre de 1919, *Correspondencia*, pág. 332.]
- 12 *Ibid.*, 1 de mayo de 1920, pág. 421. [*Ibid.*, pág. 339.]
- 13 *Ibid.*, 13 de marzo de 1920, pág. 418. [*Ibid.*, págs. 336 y 337.]
- 14 Deutsch, *Confrontations*, pág. 136.
- 15 *Ibid.*
- 16 Eitingon, «Report on the Berlin Psycho-Analytical Institute», mayo 1924-agosto de 1925.
177. Escritores como Brody, «Freud's Case-load», han tratado de demostrar que la teoría y la práctica psicoanalíticas se afirman exclusivamente sobre la base de una muestra de pacientes femeninas desocupadas y pudientes. Por el contrario, los datos de la clínica demuestran que esa distribución de género era igual tanto para consultas como para tratamientos durante diez años. En cuanto a la clase social (definida por la ocupación), la categoría totalmente femenina de «casada sin ocupación» mostraba solo un 7 % de la población entera del servicio durante dos años, 1923-1925. La categoría más amplia de pacientes (+/- 40 %) era de «profesionales», seguida de cerca por artesanos y empleados.
- 18 Swerdloff, Bluma, entrevista con Sándor Radó (1965), en «History of the Psychoanalytic Movement», Oral History Collection, Bibliotecas de la Universidad de Columbia, Nueva York, pág. 84.
- 19 Abraham a Freud, 6 de Junio de 1920, *Abraham and Freud, A Psycho-Analytic Dialogue*, pág. 314. [Hay trad. cast.: Abraham a Freud, 27 de junio de 1920, *Correspondencia, ibid.*, pág. 347.]
- 20 Abraham, *Rundbrief* n.º 11, 12 de diciembre de 1920, serie 1, subserie 2, Otto Rank Papers, Bibliotecas de la Universidad de Columbia.
- 21 Freud a Abraham, 28 de noviembre de 1920, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 434. [Hay trad. cast.: Freud a Abraham, *Correspondencia, ibid.*, pág. 351.]
- 22 Edith Jacobson, «Fenichel-Simmel Memorial Lecture, 1966», en Mühlleitner y Reichmayr, «Otto Fenichel», pág. 162.
- 23 Fenichel, «Psychoanalysis as the Nucleus», pág. 307.
- 24 Simmel, «On the History of the Berlin Psychoanalytic Institute».
- 25 Eitingon, «Report of the Berlin Psycho-Analytical Policlinic, marzo 1920-junio 1922».
- 26 Oberndorf, «The Berlin Psychoanalytic Policlinic».
- 27 Benedek, «A Psychoanalytic Career Begins», págs. 4-5.
- 28 Freud a Jones, carta n.º 275, 13 de mayo de 1920, Paskauskas en *Complete Correspondence of Freud and Jones*, pág. 379. [Hay trad. cast.: *Sigmund Freud Ernest Jones Correspondencia completa*, Madrid, 2002, Síntesis, pág. 444.]
- 29 Jones a Van Emden, 14 de noviembre de 1920.
- 30 Jones a Eitingon y Freud (¿o Rank?), *Rundbrief* L6 (1920), archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 31 Jones a Eitingon, 27 de septiembre de 1928, documento n.º CEC/Fo1/28, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 32 Actas de la Sociedad Psycho-Analítica Británica, reunión del 27 de mayo de 1920, documento n.º FAA/01, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 33 Federn, Paul, «Sixtieth Birthday of Eduard Hitschamann: July 28, 1931», *International Journal of Psychoanalysis*, 13 (1932), págs. 263-264.
- 34 Pappenheim, Else, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 1995.

- 35 Young-Bruehl, *Anna Freud*, pág. 157.
- 36 Freud a Ferenczi, carta n.º 855, 31 de octubre de 1920, Falzeder, Brabant y Giampieri-Deutsch, *Correspondence*, volumen 3, pág. 37.
- 37 Freud a Abraham, 4 de julio de 1920, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 430. [Hay trad. cast.: *Correspondencia*, *ibid.*, pág. 348.]
- 38 Gifford, Sanford, «Interview with Grete Bibring», 11 de mayo de 1973, 15, archivos de la Sociedad Psicoanalítica de Boston.
- 39 Incluso en la mesa de la cena de los psicoanalistas, decía Ernest Jones, se hablaba de que los «inmigrantes pobres de Galicia llegan a Palestina sin ropa pero con *Das Kapital* de Marx en la mano y la *Traumdeutung* bajo el brazo». La agudeza del doctor Heimann podría no haber sido solo una broma informal. Jones a Budapest y Berlín, *Rundbrief* n.º 7 de diciembre de 1920, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 40 Gifford, «Interview with Grete Bibring».
- 41 Para una revisión más extensa sobre la recepción, positiva y negativa, de las ideas de Freud en Estados Unidos véase Hale, *Freud and the Americans*.
- 42 Putnam a Freud, carta n.º 10, 17 de noviembre de 1909, en Hale, *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, pág. 86.
- 43 Eastman, Max, «Differing with Freud», en Eastman, *Great Companions*, pág. 178.
- 44 Freud a Ferenczi, carta n.º 841, 22 de abril de 1920, en Falzeder, Brabant y Giampieri-Deutsch, *Correspondence*, volumen 3, pág. 17.
- 45 Eversole a Pearce, «Conditions In Austria», 9 de julio de 1924, pág. 3, subserie A, serie 705, RG 1.1, archivos de la Fundación Rockefeller.
- 46 Pearce a Gregg, «Alan Gregg Diary Jan. 28-Feb 2, 1926», subserie A, serie 705, RG 1.1, archivos de la Fundación Rockefeller.
- 47 Jones, *Sigmund Freud*, volumen 3, pág. 5.
- 48 Véase Kaufmann, «Science as Cultural Practice», pág. 141.
- 49 Véase «Nevrose de Guerre», en Roudinesco y Plon, *Dictionaire*, págs. 731-732.
- 50 Freud, carta n.º 853, 11 de octubre de 1920, en Falzeder, Brabant y Giampieri-Deutsch, *Correspondence*, volumen 3, pág. 35.
- 51 Mühlleitner, *Biographisches Lexikon der Psychoanalyse*, pág. 161.
- 52 Jones, *Sigmund Freud*, volumen 3, pág. 157.
- 53 Holzkecht a Hitschmann, 16 de junio de 1920, *Archiv des Psychoanalytischen Ambulatoriums Wien*, archivos del Museo de Freud, Londres.
- 54 Hitschmann, Eduard, en Fallend, *Sonderlinge*, pág. 114.
- 55 Holzkecht a Hitschmann, 23 de junio de 1920, en Fallend, *Sonderlinge*, pág. 114.
- 56 Tandler, Julius, *Krieg und Bevölkerung* (Berlín, 1917), pág. 555, citado en Reinhard Sieder, «Housing Policy, Social Welfare and Family Life in “Red Vienna”, 1919-1934», *Oral History: Journal of the Oral History Society*, 13/2 (1985), pág. 41.
- 57 *Ibid.*, pág. 43.
- 58 French y Smith, *The Commonwealth Fund*, pág. 21.
- 59 *Ibid.*, pág. 24-25.
- 60 Seidler, «School Guidance Clinics in Vienna», pág. 75.
- 61 Reich, *Passion*, pág. 110.

62 Entre las tumultuosas relaciones con mujeres, esta iba a obsesionar a Reich. Freud lo reprendió personalmente pero también lo disculpó. El episodio «ocurrió hace cuatro años», según Freud le escribió a Ferenczi, mucho antes de que Reich se instalara dentro de la sociedad de Viena. Véase la carta n.º 922, 19 de marzo de 1923, en Falzeder, Brabant y Giampieri, *Correspondence*, volumen 3, pág. 97.

63 Deutsch, *Confrontations*, pág. 110.

64 Véase Reich, *Early Writings*.

65 Reich, *Passion*, pág. 129.

66 Freud y Rank, *Rundbrief*, n.º CFC/FO5/15, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

1921. «DEBERÍA EXISTIR UN AMBULATORIUM PARA EL TRATAMIENTO PSÍQUICO EN SENTIDO EXTENSO»

1 Freud a Jones, cartas 304 y 306, 18 de marzo y 12 de abril de 1921, en Paskauskas, *Freud and Jones*, págs. 416 y 419. [Hay trad. cast.: en *S. Freud y E. Jones Correspondencia completa, ibid.*, págs. 484 y 486.]

2 Molnar, Michael (ed. y trad.), *The Diary of Sigmund Freud, 1929-1939: A Record of the Final Decade*, Nueva York, Scribner's, 1992, pág. 96.

3 Julius WagnerJauregg, en Fallend, *Sonderlinge*, pág. 114.

4 Pappenheim, Else, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 1995.

5 Orgler, H., *Alfred Adler: The Man and His Work*, Nueva York, Liveright, 1963.

6 Cursiva en el original, Reich, *Passion*, pág. 147.

7 *Ibid.*, pág. 161.

8 Eitingon a sus colegas, 3 de noviembre de 1921, carpeta 168, serie 1, subserie 2, artículos de Otto Rank, Universidad de Columbia.

9 Estas conversiones monetarias se basan en la equivalencia de Clarence Oberndorf de 1926, de 75 marcos a 18 dólares (USA) y describen la inflación rampante y la debilidad de la moneda que acosaba al Poliklinik y a la República de Weimar.

10 Alix a James Strachey, tarde del martes 16 de diciembre de 1924, en Meisel y Kendrick, *Bloomsbury/Freud*, pág. 147.

11 Alexander, Franz, «Psychoanalytic Training in the Past, the Present, and the Future: A Historical View», dirigido a la Asociación de Candidatos del Instituto de Psicoanálisis de Chicago, 26 de octubre de 1951, archivos del Instituto de Psicoanálisis de Chicago. .

12 Observación hecha por Grosskurth, en *Melanie Klein*

134. Material del caso de Melanie Klein, «Heinrich 1921», caja 6, archivo B5, serie PP/KLE, Centro de Archivos Médicos Contemporáneos, Instituto Wellcome de Historia de la Medicina.

14 Véase Eric J. Engstrom, «Social Prophylaxis: Pschiatric Policlinics», en «The Birth of Clinical Psychiatry: Power, Knowledge, and Professionalization in Germany, 1867 1914», tesis doctoral, Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, 1997.

- 15 King, Pearl, entrevista con la autora, 5 de julio de 2000.
- 16 Actas de la Sociedad Psicoanalítica Británica, 19 de octubre de 1921, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 17 Lewis, «Red Vienna», pág. 343.
- 18 Danneberg, Robert, *Kampf Gegen*, citado en Collotti, «Socialdemocrazia e Amministrazione Municipale», pág. 454.
- 19 Guerrand, «Vienne-La -Rouge», pág. 84. Loos, Adolf, «Die Modern Seidlung», en Blau, *The Architecture of Red Vienna*, pág. 101.
- 20 Loos, Adolf, «Die Modern Seidlung», en Blau, *The Architecture of Red Vienna*, pág. 101.

1922. «UN AMBULATORIUM PSICOANALÍTICO EN VIENA»

- 1 La Herzstation del Hospital General reaparece periódicamente en la historia del psicoanálisis. En marzo de 1938, por ejemplo, Muriel Gardiner quedó en encontrarse con Otto Bauer, en ese momento exilado en Brno, en esta clínica para recuperar los pasaportes providenciales que permitirían a judíos y socialistas escapar de la Austria post *Anschluss*.
- 2 Schick a la Junta Internacional de Salud de la Fundación Rockefeller, 25 de abril de 1922, subserie A, serie 705, RG 1.1, archivos de la Fundación Rockefeller.
- 3 Gruber, *Red Vienna*, págs. 106-107. .
- 4 Sawyier, Faye, entrevista con Helen Ross, serie de vídeos «Retratos en Psicoanálisis», Filmoteca Gitelson, Instituto de Psicoanálisis de Chicago H
- 5 Hitschmann, «A Ten Years' Report», pág. 246.
- 6 Ferenczi y Radó a Freud, 24 de mayo de 1922, Archiv des Psychoanalytischen Ambulatoriums Wien, archivos del Museo de Freud, Londres.
- 7 Eitingon a Freud, 30 de mayo de 1922, *ibid*.
- 8 Freud, Sigmund, «Preface to Max Eitingon's "Report on the Berlin PsychoAnalytic Policlinic"» (1922), en *The Standard Edition*, volumen 19, pag. 285. [Hay trad. cast.: «Prólogo a un trabajo de Max Eitingon», *O. C.*, volumen XIX, pág. 290.]
- 9 Posiblemente el americano William B. Parker, editor de *Psychotherapy: A Course of Reading in Sound Psychology, Sound Medicine, and Sound Religion*, Nueva York, Centre, 1909; comunicación personal, 15 de noviembre de 2000, de Michael Molnar.
- 10 Alexander, Franz, «Recollections of Berggasse 19», *Psychoanalytic Quarterly* 9 (1940), pág. 195.
- 11 «A Psychoanalytic Ambulatorium in Vienna», *Ärztliche Reform-Zeitung* 9/10 (mayo de 1922), pág. 49, *Archiv des Psychoanalytischen Ambulatorium Wien*, archivos del Museo de Freud, Londres.
- 12 Véase Freud, S., «Further Recommendations», volumen 12, pág. 139. [Hay trad. cast.: «Sobre la iniciación del tratamiento», *ibid.*, pág. 128.]
- 13 Pappenheim, Else, «Remarks on Training at the Vienna Psychoanalytic Institute» (transcrito y ampliado), Oral History Workshop of the American Psychoanalytic Association Meeting, diciembre de 1981.

- 14 Véase Hitschmann, *A Ten Years' Report*.
- 15 Hitschmann, en Lobner, «Discussions on Therapeutic Technique», pág. 30.
- 16 Pappenheim, «Remarks on Training». Freud, Anna, «The Ideal Psychoanalytic Institute», en Freud, *The Writings of Anna Freud*, volumen 7, pág. 80.
- 17 Freud, Anna, «The Ideal Psychoanalytic Institute», en Freud, *The Writings of Anna Freud*, volumen 7, pág. 80.
- 18 Gifford, «Interview with Grete Bibring», págs. 1-2.
- 19 Grayson, R., entrevista inédita con la doctora Marianne Kris (1972), A. A. Brill, archivos y colecciones especiales de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York.
- 20 Sterba, *Reminiscences*, pág. 41.
- 21 Gifford, «Interview with Grete Bibring», pág. 5.
- 22 *Ibid.*, pág. 4.
- 23 Freud a Kata Levy, citado en Gay, *Freud*, pág. 388.
- 24 Gröger y otros, *On the History of Psychiatry in Vienna*, pág. 49.
- 25 Fallend, *Sonderlinge*, pág. 115.
- 26 Federn, «Sixtieth Birthday of Eduard Hitschmann», págs. 263-264.
- 27 Kardiner, *My Analysis with Freud*, pág. 83.
- 28 Freud a Abraham, 22 de septiembre de 1914, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 279. [Hay trad. cast.: *Correspondencia*, *ibid.*, pág. 227.]
- 29 Menker, *Appointment in Vienna*.
- 30 French y Smith, *The Commonwealth Fund*, p. 27.
- 31 Pappenheim, Else, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 1995.
- 32 Noveck, Beth, «Hugo Bettauer and the Political Culture of the First Republic», *Contemporary Austrian Studies* 3 (1995), pág. 143.
- 33 Tillich, Paul, citado en Gay, *Weimar Culture*, pág. 36.
- 34 Jones, *Sigmund Freud*, volumen 3, pág. 88.
- 35 «Report of the General Meeting of the Vienna PsychoAnalytical Society, 18 de octubre de 1922», *International Journal of Psychoanalysis* 4 (1923), pág. 252.
- 36 Freud, S., «Preface to Max Eitingon's "Report"», volumen 19, pág. 285. [Hay trad. cast.: «Prólogo a un trabajo de Max Eitingon» (1923), *ibid.*]
- 37 Swerdloff, Bluma, entrevista con Sándor Radó (1965), en «History of the Psychoanalytic Movement», Oral History Collection, bibliotecas de la Universidad de Columbia, Nueva York, pág. 24.
- 38 Weber y Engstrom, «Kraepelin's Diagnostic Cards», pág. 382.
- 39 «Report of the Berlin Psychoanalytic Society», *International Journal of Psychoanalysis* 3 (1922), pág. 261.
- 40 Benedek, «A Psychoanalytic Career Begins», págs. 8-9.
- 41 Abraham a Sigmund Freud, 3 de diciembre de 1924, en Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág. 526. [Hay trad. cast.: Abraham a Freud, *Correspondencia*, *ibid.*, pág. 411.]
- 42 Alexander, Franz, «Psychoanalytic Training in the Past, the Present, and the Future: A Historical View», *ibid.*
- 43 *Ibid.*
- 44 Quinn, *A Mind of Her Own*, pág. 197.
- 45 El vigilante policial estándar asignado a tales reuniones.
- 46 Reich, «This Is Politics!», pág. 99.

47 Sharaf, *Fury on Earth*, pág. 136.

48 Reich, «This Is Politics!», pág. 111.

49 *Ibid.*, pág. 109.

50 Véase Friedrich Engels, *The Origin of the Family, Private Property, and the State*, Nueva York, International, 1945 (1845). [Hay trad. cast.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Alianza, 2008.]

51 Reich, *The Sexual Revolution*, págs. 69-70.

52 Reich, «This Is Politics!», pág. 111.

53 Reich, *The Sexual Revolution*, págs. 68-69.

54 Gruber, *Red Vienna*, pág. 159.

1923. «ESTA AYUDA DEBERÍA ESTAR DISPONIBLE PARA EL GRAN PÚBLICO...»

1 Federn, Paul, 5 de diciembre de 1923, reunión del Seminario Técnico publicada originalmente en el *Jahrbuch der Psychoanalyse*. Hans Lobner y Louis Rose, *Discussions*, Brno, Stuttgart, Viena, Hans Huber, 1978, pág. 23.

2 Ferenczi a Freud, carta n.º 961, 13 de mayo de 1924, en Falzeder, *Correspondence* volumen 3, pág. 149.

3 Alexander, Franz, «Recollections of Berggasse 19», *ibid.*, pág. 203.

4 Sterba, *Reminiscences*, págs. 24 y 27.

5 Stewart, Robert, entrevista con la autora, 6 de octubre de 1995.

6 Sigmund Freud a Franz Alexander, 13 de mayo de 1928, en Jones, *Life and Work*, volumen 3, págs. 447-448.

7 Pappenheim, Else, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 1995.

8 *Ibid.*

9 La Sociedad Psicoanalítica de Nueva York acababa de redactar un borrador de su propuesta para la Clínica Psicoanalítica de Nueva York y acordó solicitar al Estado la autorización. El acta fue denegada por la Junta de Organizaciones Benéficas del estado de Nueva York.

10 «Report of the Berlin PsychoAnalytical Society», *International Journal of Psychoanalysis* 4 (1923), pág. 510.

11 *Ibid.*, pág. 511.

12 Abraham a Sigmund Freud, 7 de enero de 1923, en Falzeder, *ibid.*, pág. 464. [Hay trad. cast.: Abraham a Freud, *Correspondencia*, *ibid.*, pág. 367.]

134. El Instituto Central para la Educación y la Instrucción.]

14 Abraham a Sigmund Freud, 16 de octubre y 26 de noviembre de 1923, en Falzeder, *ibid.*, págs. 473 y 476. [Hay trad. cast.: Abraham a Freud, *Correspondencia*, *ibid.*, págs. 375 y 377.]

15 Roazen, *Helene Deutsch*, pág. 223.

16 Freud a Abraham, 28 de noviembre de 1924, en Falzeder, *ibid.*, pág. 524.

17 Fleming, Joan, «A tribute to Therese Benedek», 1977, archivos del Instituto de Psicoanálisis de Chicago.

18 Práctica estándar en el siglo XIX y, muchos dirían, aún a día de hoy.

- ¹⁹Horkheimer, «Ernst Simmel and Freudian Philosophy», pág. 113.
- ²⁰ Freud, «Preface to Max Eitingon's "Report"», *ibid.*, volumen 19, pág. 285. [Hay trad. cast.: Freud, S., «Prólogo a un trabajo de Max Eitingon» (1923), *ibid.*]
- ²¹ Richardson a Smith, 11 de diciembre de 1922, caja 24, carpeta 206, R. G. Barry Smith, serie 2, subserie 4, colección del Fondo de la Commonwealth, archivos de la Fundación Rockefeller.
- ²²*Ibid.*, 4 de junio de 1923.
- ²³ «History of the Rockefeller Foundation», volumen 14, págs. 3.426-3.427, archivos de la Fundación Rockefeller.
- ²⁴ Tandler, Julius, *Ehe und Bevölkerungspolitik*, Viena, Leipzig, 1924, 15, en Sieder, «Housing Policy», pág. 42.
- ²⁵ *Ibid.*, pág. 36. .
- ²⁶ Müller, Anna, entrevista n.º 18, *ibid.*, pág. 38
- ²⁷ SchütteLihotzky, «VienneFrancfort», pág. 129.
- ²⁸ Blau, *The Architecture of Red Vienna*, pág. 189.

1924. «EL HONOR PROCEDE DEL PARTIDO SOCIAL DEMÓCRATA»

- ¹Federn, «Thirty-five Years with Freud», págs. 24-25.
- ² Sigmund Freud a Ernest Jones, carta n.º 469, 13 de diciembre de 1925, *ibid.*, pág. 586. [Hay trad. cast.: Freud a Jones, *Correspondencia completa*, *ibid.*, pág. 662.]
- ³ En la explicación sucinta de la evasiva de Ernest Jones sobre este episodio en su biografía de Freud, Federn decía que Jones «le prestaba poca atención al clima social y político de Viena y, puesto que él mismo era políticamente conservador, le tenían sin cuidado los socialdemócratas».
- ⁴ Freud a Abraham, 4 de mayo de 1924, en Falzeder, *ibid.*, pág. 501. [Hay trad. cast.: Freud a Abraham, *Correspondencia*, *ibid.*, pág. 395.]
- ⁵ Freud a Oliver y Henny Freud, 7 de mayo de 1924, artículos de Sigmund Freud, División de Manuscritos de las Colecciones, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, y Falzeder, Brabant con Giampieri-Deutsch, *Correspondence*, volumen 3, pág. 152, n. 1.
- ⁶ Federn, *ibid.*, pág. 26.
- ⁷ Wilhelm Reich, «Politicizing the sexual problem of youth» (1932), en Baxandall, *Sex-Pol*.
- ⁸ Reich, «This Is Politics!».
- ⁹ Reich, *Wilhelm Reich*, pág. 13.
- ¹⁰ Grete Bibring [Bibring-Lehner], «Seminar for the Discussion of Therapeutic Technique», *International Journal of Psychoanalysis* 13 (1932), pág. 259.
- ¹¹ Pappenheim, Else, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 1995.
- ¹² Hans Lobner y Louis Rose, *Discussions*, Brno, Stuttgart, Vienna, Hans Huber, 1978.
- ¹³ Periódico sin catalogar en Archiv des Psychoanalytischen Ambulatoriums Wien, archivos del Museo de Freud, Londres.

14 Eversole a Pearce, «Conditions in Austria», 9 de julio de 1924, serie 705, subserie A, RG 1.1, archivos de la Fundación Rockefeller.

15 Deutsch, *Confrontations*, págs. 111-112.

16 Sterba, *Reminiscences*, pág. 32.

17 Noveck, «Hugo Bettauer», pág. 145.

18 *Ibid.*, pág. 147.

19 Kraus, *Half-Truths*, pág. 77. .

20 Pappenheim, entrevista

21 Lobner y Rose, *Discussions*, pág. 23.

22 Gifford, Sanford, «Interview with Grete Bibring», 28 de junio de 1965, 16, archivos de la Sociedad Psicoanalítica de Boston.

23 *Ibid.*, 11 de mayo de 1973. .

24 Pappenheim, «Politik und psychoanalyse»

25 «4% tax», en Lobner y Rose, *Discussions*.

267. Freud a Ferenczi, carta n.º 963, 28 de mayo de 1924, *ibid.*, volumen 3, pág. 153; véase también Grosskurth, *The Secret Ring*, pág. 158.

27 Freud a Abraham, carta fechada el 17 de octubre de 1924, en Falzeder, *ibid.*, pág. 518. [Hay trad. cast.: Freud a Abraham, *Correspondencia*, *ibid.*, pág. 406.]

28 Ferenczi a Freud, carta n.º 962, 25 de mayo de 1924, *ibid.*, volumen 3, pág. 152.

29 Ferenczi a Rank, carta del 25 de mayo de 1924, caja 3, serie 1, subserie 2, artículos de Otto Rank, Nueva York, Universidad de Columbia.

30 Gay, *Freud*, págs. 498-499; y Sándor Ferenczi, carta n.º 1005, 15 de marzo de 1925, al comité, n. 6. Falzeder, *ibid.*, volumen 3, pág. 208.

31 Freud a Ferenczi, carta no. 863, 6 de febrero de 1921, *ibid.*, volumen 3, pág. 46.

32 Carta de Alix a James Strachey, «Sat. aft. December 6th» (1924), en Meisel y Kendrick, *Bloomsbury/Freud*, págs. 138-139.

33 «Report of the Berlin Psycho-Analytical Society», *International Journal of Psychoanalysis* 5, 1924, pág. 118.

34 Ford a Ruml, 23 de febrero de 1924, caja 52, carpeta 558, RG 3.6, LSRM (Laura Spellman Rockefeller Memorial), archivos de la Fundación Rockefeller.

35 Eversole a Pearce, «Conditions in Austria», 9 de julio de 1924, serie 707, subserie A, RG 1.1, archivos de la Fundación Rockefeller.

36 Carta de Alix a James Strachey, «Oct. 22nd» (1924), *ibid.*, pág. 94.

37 Roazen, *Helene Deutsch*, pág. 223.

38 Carta de Alix a James Strachey, «Sunday, December 7th», 1924, *ibid.*, pág. 141.

39 La historia de la relación de la familia de Max Eitingon con Naum (o Leonid) Eitingon (o Ettingon), un oficial de alto rango en la época de Stalin y responsable de varios asesinatos, incluyendo el que le encargó a la amante de su hijo para matar a Trotsky en México D. F., es dudosa pero persistente. La evidencia histórica no está clara en relación a la presunta implicación de Max en conspiraciones políticas, entonces o en Israel después de 1933.

40 Carta de Alix a James Strachey, «Thursday, December 11th» (1924), *ibid.*, pág. 144.

41 Nicolson, Harold, «The Charm of Berlin», en Kaes, Jay y Dimendberg, *The Weimar Republic Sourcebook*,

págs. 425-426.

42 Jacoby, *Repression*, pág. 67. Véase también Hermanns, «Conditions et Limites», pág. 81.

43 Deutsch, *Confrontations*, pag. 91.V

44 éanse los comentarios de Deutsch en su informe, *International Journal of Psychoanalysis*, 7, 1926, págs. 138-139.

1925. «UNA CÁLIDA SIMPATÍA ANTE EL DESTINO DE ESTOS DESAFORTUNADOS»

1 James a Alix Strachey, «Saturday afternoon. Jan. 24th» (192), *ibid.*, pág. 187.

2 *International Journal of Psychoanalysis*, 7 (1925), pág. 136.

3 James a Alix Strachey, *ibid.*

4 Actas de la reunión del 7 de enero de 1925, Archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

5 *Ibid.*

6 Alix a James Strachey, «Saturday May 16th» (1925), *ibid.*, pág. 267.

7 Quinn, *A Mind of Her Own*, pág. 199.

8 Swerdloff, Bluma, entrevista con Sándor Radó (1965), en «History of the Psychoanalytic Movement», Oral History Collection, Nueva York, Bibliotecas de la Universidad de Columbia, pág. 84.

9 Brecht *et al.*, *Here Life Goes On*, pág. 152.

10 Molnar, Michael, *The Diary of Sigmund Freud, 1929-1939*, *ibid.*, pág. 81.

11 «Report of the Berlin Psycho-Analytical Society», *IJP* 6 (1925), pág. 523.

12 Simmel, Ernst, *Der Sozialistische Arzt* 1/1, marzo de 1925..

13 «Report of the New York Psycho-Analytical Society», *IJP* 7 (1926), pág. 293

14 Smith a Scoville, 16 de enero de 1925, caja 1, carpeta 7, serie 6, R.G., Austria Program, Commonwealth Fund Collection, Archivos de la Fundación Rockefeller.

15 Hitschmann, «A Ten Years' Report», pág. 249.

16 Deutsch, *Confrontations*, pág. 155.

17 Freud, Anna, «Indications for Child Analysis» (1945), en Freud, *The Writings of Anna Freud*, volumen 4, pág. 5.

18 «First Quarterly Report of the Vienna Psycho-Analytical Society», *IJP* 6 (1925), pág. 528.

19 Véanse los puntos de vista de Eitingon en «Preliminary Discussion of the Question of Analytical Training», *IJP* 7 (1926), pág. 123..

20 Jackson a Irmara Putnam, 22 de abril de 1932, caja 5, carpeta 102, serie 3, Edith Banfield Jackson Papers, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.

21 Jahoda, «Emergence of Social Psychology in Vienna», pág. 346

22 Hitschmann, Eduard, «Report of the Out-Patient Clinic of the Vienna PsychoAnalytical Society», *IJP* 7 (1926), págs. 137-138.

23 Lynn y Vaillant, «Anonymity», pág. 165.

24 Abraham a Freud, 28 de octubre de 1914, Falzeder, *Complete Correspondence of Freud and Abraham*, pág.

284.

25 Hitschmann, *ibid.*, pág. 137.

26 Jahoda, *ibid.*, pág. 344.

27 Sándor Ferenczi, citado en Ben Shephard, *A War of Nerves - Soldiers and Psychiatrists in the Twentieth Century*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2001, págs. 148 y 425 (véase nota 18).

28 Véase ilustración en Gruber, *Red Vienna*, pág. 149.

29 Noveck, «Hugo Bettauer», pág. 147.

301 Jahoda, *ibid.*, pág. 347.

31 Freud, Sigmund, «Preface to Aichhorn's "Wayward Youth"» (1925), en *The Standard Edition* 19, pág. 273. [Hay trad. cast.: *Obras Completas*, volumen XIX, págs. 296-298]

32 Freud, «August Aichhorn», pág. 53.

33 Alexander, Franz, «Recollections of Berggasse 19», *Psychoanalytic Quarterly* 9 (1940), pág. 199.

1926. «AUNQUE AUSENTE EN LA APERTURA DE LA CLÍNICA, ESTOY CON VOSOTROS EN TODO»

1 Jones a Freud, carta 471, 18 de diciembre de 1925, *Freud and Jones, ibid.*, pág. 588. [Hay trad. cast.: *Correspondencia completa, ibid.*, pág. 665.]

2 Jones, «The London Clinic of Psycho-Analysis Decennial Report», pág. 7.

3 Freud a Jones, carta 473, 21 de diciembre de 1925, *Freud and Jones, ibid.*, pág. 589. [Hay trad. cast.: *Correspondencia completa, ibid.*, pág. 667.]

4 Freud a Jones, Carta 491, 27 de septiembre de 1926, *ibid.*, pág. 606. [Hay trad. cast.: *ibid.*, pág. 685.]

5 Actas del Comité de Educación, 3 de noviembre de 1926, Archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

6 Klein a Jones, 24 de octubre de 1926, caja 2, archivo A-12, serie PP/KLE, Centro de Archivos Médicos Contemporáneos, Instituto Wellcome de Historia de la Medicina.

7 Actas de la reunión de junta del 17 de noviembre de 1926, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

8 Klein, «Diary», 1924, caja 2, archivo A-20, serie PP/KLE, Centro de Archivos Médicos Contemporáneos, Instituto Wellcome de Historia de la Medicina.

9 «Reports», *IJP* 9 (1928), pág. 147.

10 Entrevista con Helen Ross de Faye Sawyer, serie de vídeo «Portraits in Psychoanalysis», Filmoteca Gitelson, Instituto de Psicoanálisis de Chicago.

11 Waelder-Hall, «Structure of a Case of Pavor Nocturnis», pág. 267.

12 Gifford, Sanford, «Entrevista con Jenny Waelder-Hall», 19 de agosto de 1982, archivos de la Sociedad Psicoanalítica de Boston, págs. 6-7.

13 Dorothy Burlingham, en Burlingham, *The Last Tiffany*, pág. 177.

14 Gifford, «Entrevista con Jenny Waelder-Hall», pág. 5.

15 Leipziger Volkszeitung, domingo, 25 de noviembre de 1926, carpeta «Psychoanalysis & Socialism, 1926-1937», contenedor 7, artículos de Siegfried Bernfeld, División de Colecciones de Manuscritos, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

16 Dossier del *Leipziger Volkszeitung*, miércoles 13 de octubre de 1926, «Die Entwicklung der Psychoanalyse», *ibid.*

17 Freud a sus colegas, 20 de mayo de 1926, en los Archivos del Museo de Freud (Viena), y carta n.º 1.059, en Falzeder, Brabant, Giampieri-Deutsch, *Correspondence*, volumen 3, pág. 257.

18 Gardiner, *Code Name «Mary»*, pág. 35.

19 *Ibid.*, pág. 36.

20 Bettelheim, *Freud's Vienna and Other Essays*, pág. 29.

21 Gardiner, *ibid.*, pág. 81.

22 Goetz, «Some Memories».

23 Jones a Freud, carta n.º 476, 25 de febrero de 1926, en Paskauskas, *Correspondence*, pág. 592. [Hay trad. cast.: *Correspondencia*, pág. 670.]

24 Con comentarios de Ernst Simmel, *Der Sozialistische Arzt*, vol. 2, 1926.

25 Brecht *et al.*, *Here Life Goes On*, pág. 40.

26 Ferenczi a Freud, carta n.º 1.045, 14 de enero de 1926, en Falzeder, Brabant, Giampieri-Deutsch, *Correspondence* 3, pág. 244.

27 Eitingon, Max, «Memorial Meeting for Karl Abraham, Report of the Berlin Psycho-Analytical Society», *IJP* 7 (1926), pág. 287.

28 Sándor Ferenczi, carta circular a «Liebe Freunde», 31 de enero de 1926, documento n.º CFC/F01/77, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

29 «Report», *IJP* 9 (1928), pág. 148.

30 *Ibid.*, págs. 148-149.

31 Alexander, Franz, «Psychoanalytic Training in the Past, the Present, and the Future: A Historical View», *ibid.*

323 Alix a James Strachey, «Dec 3d» (1924), *ibid.*, pág. 134.

33 Entrevista con Franz Alexander de Francesca Alexander, «The Man Who Brought Freud Here», *Chicago* (octubre de 1956), pág. 27.

34 Comentario de Alain de Mijolla durante la reunión de julio de 2000 de la Asociación Internacional de Historia del Psicoanálisis, Versalles, Francia.

35 Tosone, Carol, «Sándor Ferenczi: Forerunner of Modern Short-Term Psychotherapy», *Journal of Analytic Social Work* 4/3 (1997), págs. 23-41.

1927. «ES DE VALOR ESPECIAL EN LA PROMOCIÓN (DEL PSICOANÁLISIS) EL ESTABLECIMIENTO DE INSTITUTOS Y CLÍNICAS PARA EL TRATAMIENTO AMBULATORIO»

1 Reich, «This Is Politics!».

- 2 Freud a Jones, Carta 528, 11 de octubre de 1928, *Freud and Jones, ibid.*, pág. 649. [Hay trad. cast.: *Correspondencia completa, ibid.*, pág. 730.]
- 3 Freud a Simmel, 1 de abril de 1927, en Deri y Brunswick, «Freud's Letters to Ernst Simmel», pág. 102.
- 4 Simmel a Freud, 29 de marzo de 1927, *ibid.*, pág. 101.
- 5 Simmel, «Psycho-Analytic Treatment», pág. 74.
- 6 *Ibid.*, pág. 78.
- 7 *Ibid.*, pág. 86.
- 8 Simmel, Ernst, «Erstes Korreferat», en *Zur Psychoanalyse der Kriegs-Neurosen* (1918), en Doris Kaufmann, «Science as Cultural Practice: Psychiatry in the First World War and Weimar Germany», *Journal of Contemporary History* 34 (1999), pág. 140.
- 9 Freud a Simmel, 1 de julio de 1927, en Deri y Brunswick, «Freud's Letters to Ernst Simmel», págs. 102-103.
- 10 Memorias de Eva Rosenfeld, inéditas, citadas en el ensayo biográfico de Víctor Ross en Heller, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, pág. 27.
112. Friedman, Lawrence J., *Identity's Architect: A Biography of Erik H. Erikson*, Nueva York, Scribner's, 1999, pág. 60.
123. Erikson, Erik, «Anna Freud: Reflections» (1983), en *A Way of Looking at Things - Selected Papers from 1930-1980*, Nueva York, Norton, 1987, pág. 73.
- 13 Huber, *Psychoanalyse in Österreich Seit 1933*, Viena, Salzburgo, Geyer, 1977, pág. 27.
- 14 Freud, Sigmund, telegrama del 2 de septiembre de 1927, en la reunión administrativa del 10º Congreso, *IJP* 9 (1928), pág. 141.
156. *Stuttgart Tagblatt*, 1927, carpeta «Psychoanalysis & Socialism, 1926-29-1937», contenedor 7, artículos de S. Bernfeld, Colecciones de la División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.
- 16 «Statutes of the International Psycho-Analytical Association», *IJP* 9(1928), pág. 156.
- 17 Hitschmann, Eduard, documento de enero de 1927, en Archiv des Psychoanalytischen Ambulatoriums Wien, archivos del Museo de Freud, Londres.
- 18 Federn, Paul, «Sixtieth Birthday of Eduard Hitschmann: July 28, 1931», *IJP* 13 (1932), págs. 263-264.
- 19 French y Smith, *The Commonwealth Fund*, pág. 103.
- 20 Entrevista n.º 6 en Sieder, «Housing Policy», pág. 41.
- 21 Gruber, *Red Vienna*, pág. 69.
- 22 Paradeiser, Hans, «Ausschnitte aus dem System der Wiener Jugendfürsorge», en *Blätter für das Wohlfahrtswesen* 28/271(1929), pág. 76, en Sieder, «Housing Policy», pág. 43.
- 23 Véanse las tablas estadísticas de «Reasons for Admission of Children to the Municipal Child Observation Centre», en Sieder, «Housing Policy», pág. 43.
- 245 Informe de la Sociedad Psicoanalítica Británica, segundo trimestre, 1927, *IJP* 8/2 (1927), págs. 558-559.
- 25 Ferenczi a Freud, carta n.º 1.090, 26 de febrero de 1927, *Correspondence, ibid.*, vol. 3, pág. 301.
- 26 Ferenczi a Freud, carta n.º 1.108, 2 de octubre de 1927, *ibid.*, 3, pág. 325.

1928. FREUD «SABÍA EXACTAMENTE CÓMO ERAN LAS COSAS EN EL MUNDO. PERO, ANTES

DE PODER SALIR FUERA DEBÍA SABER QUÉ HABÍA DENTRO»

- 1 Reich, «The Living Productive Power», pág. 74.
- 2 Reich, «This Is Politics!», pág. 111.
- 3 Gardner y Stevens, *Red Vienna*, pág. 72.
- 4 Freud, S., «The Question of Lay Analysis» (1927), en *The Standard Edition*, volumen 20, págs. 249-250. [Hay trad. cast.: «¿Pueden los legos ejercer el análisis?», (1926), en *O. C.*, volumen XX, pág. 234.]
- 5 Eissler, K. R., «The Interview» (con Wilhelm Reich) (1952), en M. Higgins y C. M. Raphael, «Editors' Preface», *Reich Speaks of Freud*.
- 6 French y Smith, *The Commonwealth Fund*, pág. 107.
- 7 *Die Stunde*, 16 de septiembre de 1928, recorte en la carpeta «Psychoanalysis & Socialism, 1926-29-1937», contenedor 7, artículos de S. Bernfeld, Colecciones de la División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.
- 8 *Der Tag*, 14 de septiembre de 1928, recorte en la carpeta «Professional File-Europe: 1958-1942», contenedor 5, artículos de S. Bernfeld, Colecciones de la División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.
- 9 Brecht *et al.*, *Here Life Goes On*, pág. 57.
- 10 Boehm, Felix, «Report of August 21, 1934», en Brecht *et al.*, *Here Life Goes On*, pág. 118.
- 11 Fromm, Erich, *Sigmund Freud's Mission*, pág. 105. [Hay trad. cast.: *La visión de Sigmund Freud*, México, FCE, 1960, pág. 92.]
123. Simmel, Ernst y Ewald Fabian, *Der Sozialistische Arzt* 4/3/4 (diciembre de 1928).
- 13 Clark a Eitingon, 10 de octubre de 1928, archivos del Poliklinik de Berlín, Koblenz.
- 14 Eitingon a Clark, 14 de octubre de 1928, documento n.º CEC/F02/77, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 15 Carter a Eitingon, 9 de junio de 1928, archivos del Poliklinik de Berlín, Koblenz.
- 16 Dollard a Eitingon, s. f., archivos del Poliklinik de Berlín, Koblenz.
- 17 Jarrett, Mary C., a los «Miembros del Comité de Formación», 23 de marzo de 1928, archivos del Poliklinik de Berlín, Koblenz.
- 18 White, *The Autobiography of a Purpose*, págs. 106, 198.
- 19 Davies, Stanley, carta fechada el 12 de marzo de 1928, y dirigida al «Comité de Formación», archivos del Poliklinik de Berlín, Koblenz, Alemania.

1929. «EL MISMO GRUPO DE PACIENTES QUE PRECISA NUESTRO TRATAMIENTO CARECE DE RECURSOS»

- 1 Reich, «This Is Politics!», pág. 108.
- 2 Sharaf, *Fury on Earth*, pág. 133.
- 3 English, «Some Recollections», pág. 240.
- 4 *Ibid.*
- 5 *Arbeiter-Zeitung*, 15 de diciembre de 1929, recorte en la carpeta «Psychoanalysis & Socialism, 1926-29-1937», contenedor 7, artículos de S. Bernfeld, Colecciones de la División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.
- 6 Reich, «Dialectical Materialism and Psychoanalysis».
- 7 Brecht y otros, *Here Lifes Goes On*, pág. 55..
- 8 Simmel, «Psycho-Analytic Treatment», pág. 81
- 9 Simmel, «The Psychoanalytic Sanitorium», pág. 142.
- 10 Brecht *et al.*, *Here Lifes Goes On*, pág. 55.
- 11 Schultz y Hermanns, «Das Sanatorium Schloss Tegel», pág. 61.
- 12 Freud a Simmel, 5 de septiembre de 1929, en Deri y Brunswick, «Freud's Letters to Ernst Simmel», pág. 105.
- 13 Jones a Eitingon, 9 de marzo de 1929, documento n.º CEC/FO1/30; y 15 de marzo de 1929, documento n.º CEC/Fo1/31, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 14 Anna Freud a Rosenfeld, 18 de septiembre de 1929, en Heller, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, pág. 122.
- 15 Anna Freud a Rosenfeld, 29 de septiembre de 1929, *ibid.*, pág. 125.
- 16 Actas de la reunión de la junta del 15 de enero de 1930, FSA/4, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 17 Anna Freud a Rosenfeld, 14 de octubre de 1929, en Heller, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, pág. 129.
- 18 «Report of the Frankfurt Psychoanalytic Institute», *IJP* 11(1930), pág. 246-247.
- 19 Citado en Wiggershaus, *The Frankfurt School*, pág. 34.
- 20 Actas de la Reunión Ordinaria del 20 de febrero de 1929, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 21 Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 57.
- 22 *Ibid.*, pág. 60.
- 23 *Der Volkslehrer*, 7 de julio de 1929, documento n.º CEC/F01/20, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 24 Anna Freud a Eitingon, 17 de abril de 1928, en Peter Heller, «Introduction», en Heller, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, pág. 80.
- 25 Jones a Eitingon, 5 de enero de 1929, documento n.º CEC/FO1/20, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 26 Autobiografía de Heinrich Meng citada en Wiggershaus, *The Frankfurt School*, pág. 55.
- 27 Jones a Eitingon, 18 de noviembre de 1929, documento n.º CEC/F01/41, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 28 «Report of the British Psychoanalytic Society, cuarto trimestre, 1929», *IJP* 11 (1930), pág. 119; véanse también las actas del 2 de octubre de 1929, de la junta de la Sociedad Psicoanalítica Británica, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 29 Jones a Freud, carta 546, 14 de octubre de 1929, en Paskauskas, *Sigmund Freud and Ernest Jones*, pág.

665. [Hay trad. cast.: *Correspondencia completa, ibid.*, pág. 747.] Véase también Jones a Eitingon, 18 de octubre de 1929, documento n.º CEC/F01/40, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

30 Friedman, *Identity's Architect*, pág. 221.

31 No se debe confundir con el grupo de Berlín que lleva el mismo nombre pero con una función muy diferente.

32 French y Smith, *The Commonwealth Fund*, pág. 1.

33 Hermann, «Sándor Ferenczi», pág. 116.

34 Ferenczi, Sándor, «Aus der Kindheit eines Proletarmädchen», *Zeitschrift für Psychoanalytische Pädagogik*, año 3, parte 5/6 (febrero-marzo de 1929).

1930. «LOS ANÁLISIS GRATUITOS DE BAJO COSTE (FUERON) AL MENOS UN PEQUEÑO COMIENZO»

1 Freud, S., «Preface to Ten Years of the Berlin Psycho-Analytic Institute» (1930), en *The Standard Edition*, volumen 21, pág. 257. [Hay trad. cast.: «Prólogo a *Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches Institut*» (1930), O. C., volumen XXI, pág. 255.]

2 Graves, Robert, citado en Shephard, *A War of Nerves*, pág. 164.

3 Edith B. Jackson a Helen Jackson, 1 de febrero de 1929, caja 1, carpeta 3, serie 1, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe de Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.

4 Cursiva en el original.

5 Edith B. Jackson a Helen Jackson, 11 de mayo de 1930, caja 1, carpeta 3, serie 1, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe de Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.

6 Hermanns, «Conditions et limites», pág. 81.

7 Sharaf, *Fury*, pág. 136.

8 Reich, *Wilhelm Reich*, pág. 21.

9 Freud a Ferenczi, carta n.º 1.199, 5 de noviembre de 1930, *Correspondence, ibid.*, volumen 3, pág. 402.

10 Freud a Zweig, 26 de noviembre de 1930, en Ernst Freud (ed.), *The Letters of Sigmund Freud and Arnold Zweig*, Nueva York, New York University Press, 1970, pág. 21.

11 Organizado por Albert Moll en 1926 en asociación con el Instituto de Sexología de Magnus Hirschfeld en Berlín (Institut für Sexualwissenschaft), precursor del Kinsey Institute.

12 Liga Mundial de Reforma Sexual, una organización inequívocamente de izquierda: Jones a Eitingon, 22 de julio de 1930, documento n.º CEC/F01/48, archivo de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

13 *Ibid.*

14 Landauer a Eitingon, 15 de septiembre de 1930, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 64.

15 Jay, *The Dialectical Imagination*, pág. 88. [Hay trad. cast.: *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1989.]

16 Instituto Psicoanalítico de Frankfurt, «Second Report on Activities», *Internationale Zeitschrift für*

Psychoanalyse, 1933, págs. 276-278, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 58.

17 Jay, *The Dialectical Imagination*, pág. 101.

18 Horkheimer, «Ernst Simmel and Freudian Philosophy», págs. 110-111.

19 «Reports», *IJP* 11 (1930), pág. 518.

20 Reunión Anual de la Sociedad Psicoanalítica Británica, 16 de julio de 1930, archivo de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

21 En abril, Robert Hutchins, presidente de la Universidad de Chicago, y Franklin McLean, director de las clínicas universitarias, le ofreció a Alexander un puesto de visitante durante un año en psiquiatría después de escuchar su trabajo sobre «criminalidad» en el Segundo Congreso Internacional de Salud Mental en Washington D.C. Alexander buscó el título más polémico de «profesor de *psicoanálisis*».

22 Sándor Ferenczi, *Rundbrief*, carta n.º 1.201, 30 de noviembre de 1930, a Sigmund Freud, y n. 5, en *Correspondence*, *ibid.*, 3, pág. 389.

23 «Reports», *IJP* 11 (1930), pág. 354.

24 Sándor Ferenczi, posdata de la carta n.º 1.182, 4 de febrero de 1930, a Sigmund Freud, y n. 5, en Falzeder, Brabant y Giampieri-Deustch, *Correspondence*, *ibid.*, 3, pág. 389.

1931. «COMO CONCEJAL SOCIALDEMÓCRATA, EL DOCTOR FRIEDJUNG HA FAVORECIDO NUESTROS INTERESES COMO PSICOANALISTAS»

1 Grotjahn, *My Favorite Patient*, pág. 31.

2. «Fourth Quarter 1931 Report of the German Psycho-Analytical Society», *IJP* 13 (1932), pág. 267.

3 «Report of the British Psychoanalytic Society, Second Quarter, 1931», *IJP* 12 (1931), pág. 511.

4 Fenichel, Otto, citado en Mühlleitner y Reichmayr, «Otto Fenichel», pág. 163.

5 «Fourth Quarter 1931 Report of the Hungarian Psycho-Analytical Society», *IJP* 13 (1932), pág. 268.

6 Ferenczi a Sigmund Freud, carta n.º 1.206 del 31 de mayo de 1931, y copia de la carta a Eitingon, con la misma fecha, *Correspondence*, *ibid.*, 3, pág. 411.

7 Hermann, Imre, «Report of the Hungarian Psycho-Analytical Society, Second Quarter 1931», *IJP* 12 (1931), págs. 520-521.

8 Dupont, Judith, entrevista con la autora, 28 de enero de 2000.

9 Ferenczi, Sándor, *Rundbrief*, 30 de noviembre de 1930, *Correspondence*, *ibid.*, 3, pág. 403.

10 Ferenczi a Sigmund Freud, carta n.º 1.206 del 31 de mayo de 1931, *ibid.*, 3, pág. 410.

11 Hitschmann Eduard, «Sixtieth Birthday of Josef K. Friedjung: May 6, 1931», *IJP* (1932), pág. 260.

12 Federn, Paul, «Sixtieth Birthday of Eduard Hitschmann: July 28, 1931», *IJP* 13 (1932), págs. 263-264.

13 Molnar, Michael (ed. y trad.), *The Diary of Sigmund Freud, 1929-1939: A Record of the Final Decade*, Nueva York, Scribner's, 1992, pág. 284.

14 *Ibid.*, págs. 113-114.

15 Freud a Paul Federn, 1 de noviembre de 1931, en Federn *et al.*, *Thirty-Five Years with Freud*, pág. 20.

- 16 Edith B. Jackson a Helen Jackson, 6 de febrero de 1931, caja 1, no procesada, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.
- 17 Anna Freud a Rosenfeld, agosto de 1931, en Heller, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, pág. 162.
- 18 *Ibid.*, pág. 165.
- 19 De las memorias de Eva Rosenfeld, en Heller, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, pág. 39.
- 20 Simmel, «Psycho-Analytic Treatment in a Sanatorium», pág. 89.
- 21 Jones a Freud, carta n.º 545, 30 de septiembre de 1929, *Complete Correspondence of Freud and Jones*, pág. 664. [Hay trad. cast.: *Correspondencia completa, ibid.*, pág. 746.]

1932. «LOS SOLICITANTES MASCULINOS DE TRATAMIENTO (ERAN) MÁS NUMEROSOS REGULARMENTE QUE LAS MUJERES»

- 1 Hitschmann, «A Ten Years' Report», pág. 255.
- 2 Schur, Helen, entrevista con la autora, 8 de noviembre de 1995.
- 3 Tabla que ilustra las elecciones en la comunidad de Viena en Collotti, «Social-democrazia», pág. 438.
- 4 Citado en Goggin y Goggin, *Death of a «Jewish Science»*, pág. 50.
- 5 Mohr, G. F., «August Aichhorn: Friend of Wayward Youth», en Alexander, Eisenstein y Grotjahn, *Psychoanalytic Pioneers*, págs. 348-359.
- 6 Anna Freud a Rosenfeld, 25-26 de marzo de 1932, en Heller, *Anna Freud's Letters to Eva Rosenfeld*, pág. 170.
- 7 Jackson a Irmara Putnam, 11 de enero de 1932, caja 5, carpeta 102, serie 3, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.
- 8 La campaña de Bernfeld para el reconocimiento universal del abandono infantil no prevaleció hasta 1973, cuando el Centro Nacional para la Prevención del Abuso y el Abandono Infantil dedicó el Centro de Desarrollo Edith Banfield Jackson en su honor.
- 9 Jackson a Irmara Putnam, 12 de enero de 1932, caja 5, carpeta 102, serie 3, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.
- 10 Sigmund Freud citado en la carta de Edith B. Jackson a Irmara Putnam, 11 de enero de 1932, *ibid.*
- 11 Simmel, Ernst, *Der Sozialistische Arzt*, volumen 8, septiembre de 1932.
- 12 Memoria de Eva Rosenfeld, inédita, *ibid.*, pág. 39.
- 13 Anna Freud a Rosenfeld, 27 de agosto de 1931, en Heller, *ibid.*, pág. 167.
- 14 Rosenfeld a Glover, 14 de junio de 1939, documento n.º CGA/F30/18, Archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 15 Molnar, Michael (ed. y trad.), *The Diary of Sigmund-Freud*, *ibid.*, pág. 119.
- 16 Entrevista con Franz Alexander por Francesca Alexander, archivos del Instituto de Psicoanálisis de Chicago, pág. 27.
- 17 Brill a Jones, 17 de noviembre de 1933, documento n.º CBO/FO4/27, archivos de la Sociedad Psicoanalítica

Británica.

18 *Ibid.*

19 Crowley, «Psychiatry, Psychiatrists, and Psychoanalysts», pág. 558.

20 Alexander, Franz, «Psychoanalytic Training in the Past, the Present, and the Future: A Historical View», *ibid.*, pág. 6.

21 Actas de las reuniones de la junta del 6 de abril y el 15 de junio de 1932, *Correspondence, ibid.*, 3, pág. 425.

22 Ferenczi a Freud, carta n.º 1.218, 21 de enero de 1932, *Correspondence* 3, pág. 425.

23 Ferenczi a Freud, carta n.º 1.221, 21 de abril de 1932, *ibid.*, 3, pág. 428.

1933. «EL POLICLÍNICO PSICOANALÍTICO DE BERLÍN... LLEGÓ A SU FIN»

1 Eitingon, Max, «Memo of April 7, 1933», en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 113.

2 Jones a Anna Freud, 13 de junio de 1933, documento n.º CFA/FO1/17, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

3 Boehm, Felix, «Report of August 21, 1934», en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 119.

4 *Ibid.*, pág. 120.

5 Fenichel, Otto, *Rundbriefe*, mayo de 1937, en Jacoby, *The Repression of Psychoanalysis*, pág. 100.

6 Roudinesco y Plon, «Felix Boehm», en *Dictionnaire de la Psychanalyse*, págs. 136137.

7 Rickman, John, Informe de visitas a Berlín para entrevistar a psicoanalistas, en Pearl King, «Sur les Activités et l'Influence des Psychoanalystes Britanniques durant la Deuxième Guerre Mondiale», *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse* 1 (1988), pág. 154.

8 Jones a Brill, 25 de septiembre de 1933, documento n.º CBO/FO4/25s, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

9 Goggin y Goggin, *Death of a «Jewish Science»*, pág. 57.

10 Jones a Brill, 2 de diciembre de 1933, documento n.º CBO/FO4/28, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

11 Jones a Eitingon, 11 de marzo de 1933, documento n.º CEC/FO1/63A, *ibid.*

12 Van Ophuijsen a Jones, Brecht *et al.*, *ibid.*, pág. 114.

13 Brenner, Hildegard, citada en Hochman, *Architects of Fortune*, pág. 74.

14 Boehm, «Report of August 21, 1934», pág. 120.

15 Carl Müller-Braunschweig, «Memorandum of September 29, 1933», en Brecht y otros, *ibid.*, pág. 115.

16 Boehm, «Report of August 21, 1934», pág. 122.

17 Künkel a Göring, 12 de diciembre de 1933, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 114.

18 Jones a Anna Freud, 3 de octubre de 1933, en Goggin y Goggin, *Death of a «Jewish Science»*, pág. 21.

19 Boehm, *op. cit.*, pág. 122.

200. Actas del 5 de abril de 1933. British Psycho-Analytic Society, documento n.º FSA/54.

21 Actas del 13 de junio de 1933, *ibid.*, documento n.º FSA/57.

22 Jones a Anna Freud, 13 de junio de 1933, documento n.º CFA/FO1/36, *ibid.*

- 23 Jones a Brill, 20 de junio de 1933, documento n.º CBO/FO4/22, *ibid.*
- 24 Jokl, R. H., «Fourth Quarter Report of the Vienna PsychoAnalytical Society», *IJP* 15 (1934), págs. 383-384.
- 25 Roudinesco y Plon, «Matthias Heinrich Göring», *Dictionnaire de la Psychanalyse*, pág. 402.
- 26 Goggin y Goggin, *Death of a «Jewish Science»*, págs. 23, 92-93.
- 27 Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 111.
- 28 Gyömrői, Edith L., «Recollections of Otto Fenichel» (manuscrito inédito), citado en Jacoby, *The Repression of Psychoanalysis*, pág. 82.
- 29 Edith B. Jackson a Helen Jackson, 14 de mayo de 1933, caja 1, carpeta 5, serie 1, archivos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.
- 30 Edith B. Jackson a Helen Jackson, 12 de noviembre de 1933, *ibid.*
- 31 «Fourth Quarter Report of the Vienna PsychoAnalytical Society», *ibid.*, 14 (1933), pág. 280.
- 32 «Annual Report 1931-1933 of the Institute of Psycho-Analysis, London», *IJP* 15 (1934), pág. 113.

1934. «EL PSICOANÁLISIS (COMO) EL GERMEN DE LA PSICOLOGÍA MATERIALISTA DIALÉCTICA DEL FUTURO»

- 1 Fenichel a Edith Jacobsen, Annie Reich, Barbara Lantos, Edith Gyömrői, George Gero y Frances Deri, *Rundbriefe*, n.º 1, marzo de 1934, caja 1, carpeta 1, Biblioteca Austen Riggs.
- 2 Grotjahn, *My Favorite Patient*, pág. 77.
- 3. Göring, M. H., «Concluding Speech», en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 148.
- 4 Grotjahn, *My Favorite Patient*, pág. 77.
- 5 Anna Freud a Jones, 1 de enero de 1934, documento n.º CFA/FO2/59, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 6 Anna Freud a Jones, 1 de enero de 1934, documento n.º CFA/FO1/59, *ibid.*
- 7 Anna Freud a Jones, 24 de noviembre de 1934, documento n.º CFA/FO2/17, *ibid.*
- 8 «Factores ideológicos» tales como la familia y la represión social de la sexualidad.
- 9 Fenichel, «Psychoanalysis as the Nucleus», pág. 298.
- 10 Jones a Eitingon, 24 de enero de 1934, documento n.º CBO/FO2/10, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 11 Jones a Anna Freud, 7 de marzo de 1934, documento n.º CFA/FO1/75, *ibid.*
- 12 Jones a Anna Freud, 2 de julio de 1934, documento n.º CFA/FO1/78, *ibid.*
- 13 Jokl, R. H., «Fourth Quarter», *IJP* 15 (1934), págs. 383-384.
- 14 Jones a Anna Freud, 3 de noviembre de 1933, documento n.º CFA/FO1/50, Archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 15 C.V. de la doctora Betty Grünspan, caja 1, carpeta 6, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.

1935. «UN SEMINARIO ESCRITO DE PSICOANÁLISIS MARXISTA SOBRE NIÑOS»

1 Jones a Brill, 13 de noviembre de 1935, documento n.º CBO/FO4/43, archivos de la Sociedad Británica de Psicoanálisis.

2 Cocks, *Psychotherapy in the Third Reich*, pág. 117.

3 Gyömrői, Edith, *Rundbriefe*, n.º 7, 1935, en Jacoby, *The Repression of Psychoanalysis*, pág. 99.

4 Fenichel, Otto, *Rundbriefe*, n.º 11, 1935, *ibid.*, pág. 87.

5 Fenichel, Otto y Georg Gero, *Rundbriefe*, n.º 12, 1935, *ibid.*, pág. 102.

6 *Ibid.*, pág. 103.

7 Jones a Marie Bonaparte, 4 de diciembre de 1935, documento n.º G07/BC/F02/01, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

8 Bry, Gerhard, «Resistance: Recollections from the Nazi Years, 1930-1948», colección memoria, microfilm, Archivos del Instituto Leo Baeck, págs. 5-8.

9 Brill a Jones, 13 de noviembre de 1935, documento n.º CBO/FO4/43, Archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

10 Jones a Anna Freud, 2 de diciembre de 1935, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 130.

11 Técnicamente, había una diferencia retrospectiva entre los campos de exterminio (Auschwitz) y los de reeducación (Buchenwald).

12 Jones a Brill, 24 de diciembre de 1935, documento n.º CBO/FO4/49, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

13 Hoel a Jones, 4 de enero de 1935, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 129.

14 Jones a Eitingon, 2 de octubre de 1935, documento n.º CBO/FO2/59, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

1936. «EL PSICOANÁLISIS SOCIAL»

1 Jones a Anna Freud, 11 de julio de 1936, documento n.º CFA/FO2/77, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

2 Jones a Anna Freud, 12 de febrero de 1935, Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 131.

3 Brecht y otros, *Here Life Goes On*, págs. 156 y 162.

4 Cocks, *Psychotherapy in the Third Reich*, pág. 181.

5 *Ibid.*, pág. 184.

6 *Ibid.*, pág. 116.

7 Fenichel, Otto, en Mühlleitner y Reichmayr, «Otto Fenichel», pág. 166.

8 *Ibid.*, pág. 171.

9 Fenichel, Otto, *Rundbriefe*, n.º 13, 1936, en Jacoby, *The Repression of Psychoanalysis*, pág. 108.

- 10 *Ibid.*, pág. 109.
- 11 Fromm a Müller-Braunschweig, 11 de marzo de 1936, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 139.
- 12 Müller-Braunschweig a Jones, 22 de marzo de 1936, *ibid.*, pág. 139.
- 13 Jones a Fromm, 25 de marzo de 1936, *ibid.*, pág. 138.
- 14 Winnicott a Bowlby, 10 de diciembre de 1927, documento n.º GO3/BA/F09/84, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 15 Actas de la reunión del 15 de enero de 1936, *ibid.*
- 16 Los documentos de la clínica de Viena fueron enterrados allí durante al menos veinte años. Anna Freud estuvo «por la casa desde el fondo hasta arriba de todo (y finalmente) encontré [...] material relacionado con el Ambulatorium», Anna Freud a Jones, 14 de julio de 1953, documento n.º CFF/FO2/28, *ibid.*
- 17 Jones, Ernest, «The London Clinic of Psycho-Analysis Decennial Report», *ibid.*, pág. 8.
- 18 Como director de la editorial, Martin Freud continuó manteniendo negociaciones muy complicadas con los ministros alemán y austriaco de Asuntos Exteriores y consiguió recuperar prácticamente la mitad de los libros proscritos. La editorial sobrevivió hasta 1941.
- 19 Fenichel, Otto, *Rundbriefe*, n.º 16, 1936, *ibid.*, pág. 100.
- 20 Anna Freud a Jones, 28 de diciembre de 1935, documento n.º CFA/FO2/61, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 21 Sterba, *Reminiscences*, pág. 153.
- 22 Cursiva en el original.
- 23 Freud a Jones, n.º 645, 3 de marzo de 1936, en Paskauskas, *Complete Correspondence of Freud and Jones*, pág. 751.
- 24 Molnar, Michael (ed. y trad.), *The Diary of Sigmund Freud, 1929-1939: A Record of the Final Decade*, Nueva York, Scribner's, 1992, pág. 202.
- 25 Jones a Anna Freud, 3 de abril de 1936, documento n.º CFA/FO2/70, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 26 Freud, Sigmund, «Postscript to an Autobiographical Study» (1935), en *The Standard Edition*, volumen 20, pág. 73.
- 27 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, pág. 151.
- 28 Entrevista de Milton Senn a Edith Jackson, carpeta AJ119-Historia Oral; original en la Biblioteca Nacional de la Colección de Historia de la Medicina Oral.
- 29 Laible, Eva, entrevista con la autora, 25 de julio de 2000.
- 30 Wessel y Blodgett, «Edith B. Jackson», pág. 438.
31. Invitación, 22 de diciembre de 1937, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 159.
- 32 Jones a Anna Freud, 19 de septiembre de 1933, documento n.º CFA/FO1/40, archivos de la Sociedad Psicoanalítica Británica.
- 33 Harrison a Beale, 4 de abril de 1936, caja 3, carpeta 30, serie 216A, RG 1.1, archivos de la Fundación Rockefeller.

1937. «FUE UNA ÉPOCA TRAUMÁTICA Y DESPUÉS HABLAMOS POCO DE ELLA»

- 1 Burlingham, *The Last Tiffany*, pág. 228.
- 2 Laible, Eva, entrevista con la autora, 25 de julio de 2000.
- 3 C. V. de la doctora Betty Grünspar, caja 1, carpeta 6, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.
- 4 Este programa estelar de investigación y asistencia directa está ahora en el Curso y la Clínica de Terapia Infantil de Hampstead y en el Centro Anna Freud.
- 5 Cocks, *Psychotherapy in the Third Reich*, pág. 181.
- 6 *Ibid.*, pág. 178.
- 7 *Ibid.*, pág. 160.
- 8 Para una discusión a fondo de estos argumentos, véase Cocks y Jarausch, *German Professions*.
- 9 Grotjahn, *My Favorite Patient*, pág. 54.

1938. «EL DESTINO DEL PSICOANÁLISIS DEPENDE DEL DESTINO DEL MUNDO»

- 1 Sterba, *Reminiscences*, pág. 159.
- 2 Göring a Carl Müller-Braunschweig, 20 de marzo de 1938, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 144.
- 3 Jones a Edith Jackson, 30 de marzo de 1938, caja 1, carpeta 7, serie 1, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados, Universidad de Harvard.
- 4 MüllerBraunschweig a Brückel, 30 de marzo de 1938, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 145.
- 5 MüllerBraunschweig a Wirz, 1 de abril de 1938, *ibid.*, págs. 144-145.
- 6 MüllerBraunschweig a Kaufmann, 11 de abril de 1938, *ibid.*, pág. 144.
- 7 Buxbaum a Steele, 25 de enero de 1979, artículos de Edith Banfield Jackson, Biblioteca Schlesinger, Centro Radcliffe para Estudios Avanzados. Universidad de Harvard.
- 8 Burlingham a Edith Jackson, 8 de abril de 1938, *ibid.*
- 9 Jones a Edith Jackson, 30 de marzo de 1938, caja 1, carpeta 7, serie 1, *ibid.*
- 10 Burlingham a Edith Jackson, 8 de abril de 1938, *ibid.*
- 11 Jones a Edith Jackson, 30 de marzo de 1938, *ibid.*
- 12 Edith Jackson a Jones, 24 de marzo de 1938, *ibid.*
- 13 Anna Freud a Edith Jackson, 18 de mayo de 1938, caja 1, carpeta 6, serie 1, *ibid.*
- 14 Gardiner, *Code Name «Mary»*, págs. 109-110.
- 15 Fenichel, Otto, *Rundbriefe*, n.º 18, 1938, en Jacoby, *The Repression of Psychoanalysis*, págs. 116-117.
- 16 Nótese que «Estado» y «él» se juntan dentro de una simple unidad soberana.
- 17 Boehm a Hitler, 1938, en Brecht y otros, *Here Life Goes On*, pág. 146.
- 18 Hitler a Boehm, *ibid.*
- 19 Cocks, *Psychotherapy in The Third Reich*, pág. 179.
- 20 *Ibid.*, pág. 201.
- 21 Freud a Simmel, 9 de enero de 1939, en Deri y Brunswick, «Freud's Letters to Ernst Simmel», pág. 108.
- 22 Freud, Sigmund, *Civilization and Its Discontents* (1930), en *The Standard Edition*, volumen 21, pág. 96.

[Hay trad. cast.: *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 2013.]

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:

www.rbalibros.com

Índice

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN «LA CONCIENCIA DE LA SOCIEDAD»	10
PRIMERA PARTE. 1918-1922: LA SOCIEDAD DESPIERTA	21
1918. «EL TRATAMIENTO SERÁ GRATUITO»	24
1919. «EL POLICLÍNICO SE ABRIRÁ EN EL INVIERNO Y SE CONVERTIRÁ EN UN INSTITUTO Ψ»	46
1920. «LA POSICIÓN DEL MISMO POLICLÍNICO COMO CUARTEL GENERAL DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO»	64
1921. «DEBERÍA EXISTIR UN AMBULATORIUM PARA EL TRATAMIENTO PSÍQUICO EN SENTIDO EXTENSO»	94
1922. «UN AMBULATORIUM PSICOANALÍTICO EN VIENA»	104
SEGUNDA PARTE. 1923-1932: LOS AÑOS MÁS GRATIFICANTES	135
1923. «ESTA AYUDA DEBERÍA ESTAR DISPONIBLE PARA EL GRAN PÚBLICO...»	138
1924. «EL HONOR PROCEDE DEL PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA»	151
1925. «UNA CÁLIDA SIMPATÍA ANTE EL DESTINO DE ESTOS DESAFORTUNADOS»	171
1926. «AUNQUE AUSENTE EN LA APERTURA DE LA CLÍNICA, ESTOY CON VOSOTROS EN TODO»	186
1927. «ES DE VALOR ESPECIAL EN LA PROMOCIÓN (DEL PSICOANÁLISIS) EL ESTABLECIMIENTO DE INSTITUTOS Y CLÍNICAS PARA EL TRATAMIENTO AMBULATORIO»	202
1928. FREUD «SABÍA EXACTAMENTE CÓMO ERAN LAS COSAS EN EL MUNDO. PERO, ANTES DE PODER SALIR FUERA DEBÍA SABER QUÉ HABÍA DENTRO»	217
1929. «EL MISMO GRUPO DE PACIENTES QUE PRECISA NUESTRO TRATAMIENTO CARECE DE RECURSOS»	229
1930. «LOS ANÁLISIS GRATUITOS DE BAJO COSTE (FUERON) AL MENOS UN PEQUEÑO COMIENZO»	243
1931. «COMO CONCEJAL SOCIALDEMÓCRATA, EL DOCTOR FRIEDJUNG HA FAVORECIDO NUESTROS INTERESES COMO PSICOANALISTAS»	253
1932. «LOS SOLICITANTES MASCULINOS DE TRATAMIENTO (ERAN) MÁS NUMEROSOS REGULARMENTE	262

TERCERA PARTE. 1933-1938: CONCLUSIÓN	273
1933. «EL POLICLÍNICO PSICOANALÍTICO DE BERLÍN... LLEGÓ A SU FIN»	276
1934. «EL PSICOANÁLISIS (COMO) EL GERMEN DE LA PSICOLOGÍA MATERIALISTA DIALÉCTICA DEL FUTURO»	289
1935. «UN SEMINARIO ESCRITO DE PSICOANÁLISIS MARXISTA SOBRE NIÑOS»	299
1936. «EL PSICOANÁLISIS SOCIAL»	305
1937. «FUE UNA ÉPOCA TRAUMÁTICA	317
1938. «EL DESTINO DEL PSICOANÁLISIS DEPENDE DEL DESTINO DEL MUNDO»	322
BIBLIOGRAFÍA.	329
NOTAS	339